EL MISTERIO DE LA CRUZ

Georges Stéveny

aula7activa

EL MISTERIO DE LA CRUZ

Georges Stéveny

EL MISTERIO DE LA CRUZ

Georges Stéveny

aula7activa

Título original: *Le mystère de la croix*. Dammarie-lès-Lys (Francia): Éditions Vie et Santé, 1999

Traducción: **Raquel Aguasca**
Diagramación del interior: **Ramon C. Gelabert**
Diseño de la cubierta: **Isaac Chía**

Edita:
AULA7ACTIVA-AEGUAE
Barcelona, España
E-mail: info@aula7activa.org / info@aeguae.org
Web site: www.aula7activa.org / www.aeguae.org

Primera edición en español, 2019

Es propiedad de:
© 2019, herederos de Georges Stéveny
© 2019, Aula7activa-AEGUAE, en español para todo el mundo

Stéveny, Georges
El misterio de la cruz / Georges Stéveny / traducción al español de Raquel Aguasca – 1.ª ed. en español – Barcelona: Aula7activa-AEGUAE, 2019.
xxxii págs.; 441 págs.; 23 x 15,5 cm

Materia: 1. Jesucristo - Persona y oficios - Salvación - Redención
CDD: 232

Todos los derechos reservados. Se permite la impresión de esta publicación de Aula7activa-AEGUAE (www.aula7activa.org) solo para uso personal. No está autorizada la reproducción total o parcial de esta publicación por cualquier medio o procedimiento para su difusión pública, incluidos la reprografía, el tratamiento informático y su difusión por Internet sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Los archivos informáticos de las publicaciones electrónicas no pueden ser manipulados bajo ningún concepto.

A todos mis exalumnos.

A un amigo sin el cual este libro no hubiera existido.

A mi esposa, por su apoyo constante.

Sumario

Versiones de la Biblia citadas xxiii

Prólogo xxv

Prefacio del autor xxvii

Introducción. La cruz, hoy incomprendida 1

Primera parte

Revisión histórica de las principales explicaciones

Capítulo 1. La teoría clásica: Los Padres de la iglesia 9

1. Ireneo (130-208) 9
2. Orígenes (185-254) 10
3. Crítica de la teoría clásica 11

Capítulo 2. La teoría jurídica y la sustitución vicaria 15

1. Atanasio (298-373) 15
2. Anselmo de Canterbury (1033-1109) 16
   - 2.1. Necesidad de una satisfacción 17
   - 2.2. Una condición que cumplir 17
   - 2.3. Jesús, Dios-hombre, ofrece su vida 18
   - 2.4. Los beneficiarios 18
3. Crítica de la teoría jurídica de la sustitución vicaria 19
4. Resumen 22

Capítulo 3. La teoría moral 25

1. Pedro Abelardo (1079-1142) 25
2. El socinianismo 25
   - 2.1. Desde la perspectiva teológica 25

2.2. En su carácter jurídico 26
2.3. Desde el punto de vista moral 26
3. La teología liberal 27
4. Crítica de la teoría moral 27

Capítulo 4. La negación del cristianismo sacrificial: Jacques Pohier y René Girard 29
1. Reacciones actuales 29
2. Pohier y Girard 29
3. Jacques Pohier: Jesús rechaza al Dios de los sacrificios 29
4. René Girard: Un cristianismo no sacrificial 30
5. Crítica de la lectura no sacrificial del cristianismo 31

Segunda parte

La magia de las palabras

Capítulo 1. ¿Qué es el pecado? 35
1. La caída en el huerto de Edén 35
1.1. Génesis 3 35
1.2. La creación del hombre y el árbol de la vida 36
1.3. El llamado de Dios 37
1.4. El árbol del conocimiento del bien y del mal 38
1.5. La ruptura fatal 41
1.6. La serpiente 42
1.7. Conclusión 42
2. Evolución del pecado en el Antiguo Testamento 43
2.1. La torre de Babel 43
2.2. Los reyes de Babilonia y de Tiro 45
2.3. El pecado en el drama de la alianza con Israel 46
2.4. La promesa 48

2.5. Conclusión 49
3. Vocabulario referido al pecado en el Nuevo Testamento 50
3.1. Términos principales 50
3.2. Ejemplos 51
3.3. Consecuencias 51
4. Resumen y diagnóstico 53

Capítulo 2. La ira de Dios 55
1. Dios a imagen del hombre 55
1.1. La forma de Dios: Antropomorfismo 55
1.2. Los sentimientos de Dios: Antropopatismo 55
2. Consonancia entre el amor y la ira 56
2.1. Juan el Bautista 56
2.2. Pablo 56
2.3. La ira transformada: No violencia 57
3. Los ojos de Dios son demasiado puros para ver el mal 58
3.1. Basta de gracia barata 58
3.2. Éxodo y juicio final 60
4. Ira, peso de la justicia y tristeza del amor 62

Capítulo 3. El léxico de la redención 63
1. El Antiguo Testamento 63
1.1. La salvación 63
1.2. El rescate 63
1.3. *Kafar*, una palabra difícil: ¿Cubrir, expiar, perdonar? 64
1.4. El perdón 67
2. El Nuevo Testamento 68
2.1. La salvación 68
2.2. La redención 69

2.3. El rescate 69
2.4. La liberación: *Ruomai* = salvar 70
2.5. La liberación: *Exairô* = libertar 71
2.6. La liberación: *Apallassô* = manumitir 71
2.7. La reconciliación: *Katallassô* = reconciliar 72
2.8. ¿Expiar o indultar?: *Hilaskomai* 73
2.9. La justificación: *Dikaioô* 76

Resumen de la segunda parte 78

Tercera parte

El altar antes de la cruz

Capítulo 1. Los sacrificios rituales 81
1. Un traje de piel en Edén 81
2. El concepto de sacrificio 83
3. La institución de los sacrificios 85
3.1. El sacrificio por el pecado: *Hatat*. Levítico 4:1–5:13; 6:17-23 85
3.2. El sacrificio de culpabilidad: *Asham*. Levítico 5:14-16; 7:1-6 87
4. Un rito en tres actos 87
4.1. La imposición de las manos 87
4.2. La inmolación 88
4.3. La aspersión de la sangre 88
5. La fiesta de las expiaciones: *Yom Kippur*. Levítico 16; 23:27-32; 25:9; Números 29:7-11 89
5.1. Un macho cabrío para el Eterno 89
5.2. Un macho cabrío para Azazel 90
5.3. Más allá del velo 92

Capítulo 2. El sacrificio de Abraham. Génesis 22 95
1. ¿Voluntad divina o interpretación humana? 95
2. Las disposiciones de Abraham 96
3. De Moria a Gólgota 97

Capítulo 3. El sacrificio pascual 99
1. Fiesta agrícola y pascual 99
2. Fiesta judía 99
3. Fiesta profética 100

Capítulo 4. El sacrificio del siervo. Isaías 52:13–53:12 101
1. Un canto épico 101
    1.1. Isaías 52:13-15 101
    1.2. Isaías 53:1-10 102
    1.3. Isaías 53:11,12 102
2. ¿Quién es el siervo? 102
3. La profecía mesiánica 104
    3.1. El nacimiento. Isaías 53:2 104
    3.2. Llevó nuestros sufrimientos. Isaías 53:4 105
    3.3. Él llevó nuestros pecados 105
    3.4. El juicio de los hombres 106
    3.5. ¿Un castigo divino? 106
    3.6. «…haya puesto su vida en expiación por el pecado…». *Asham*, Isaías 53:10 109
    3.7. Una visión gloriosa 109

Capítulo 5. La protesta profética 113
1. Contra el formalismo 113
2. Una institución paliativa 113
3. Hasta la aversión de Dios 114

4. Debilidad del sistema 114
5. Una actitud consecuente 115

Resumen de la tercera parte 117

Cuarta parte

La cruz en los relatos evangélicos

Capítulo 1. Estudio objetivo 121
5. La misión de Jesús 121
6. Sombrías perspectivas 121
7. Los hechos históricos 123

Capítulo 2. ¿Cómo entendió Jesús su muerte? 127
1. Peligro de muerte 127
2. Conciencia del peligro 128
    2.1. Jesús anuncia su muerte 128
    2.2. Jesús ante la muerte en la pasión 128
    2.3. El pensamiento de Jesús acerca de su muerte 129
    2.4. El juicio de Jesús sobre su muerte 131
3. El triple testimonio del Espíritu Santo 131
    3.1. Convicción de pecado 131
    3.2. Convicción de justicia 132
    3.3. Convicción de juicio 133
4. La copa que hay que beber 133

Capítulo 3. ¿Historia humana o predestinación divina? 135
1. Dos pistas 135
    1.1. Historia y teología 135
    1.2. Difícil conciliación 135

1.3. La paradoja 136
2. La resolución: «No mi voluntad…» 137
3. ¿No tenía el Mesías que padecer todo eso? Lucas 24:26 137
3.1. Encuentro con los discípulos de Emaús 137
3.2. Dos formas de querer 139
3.3. El abandono de Dios 140
3.4. Un sacrificio 144
3.5. Resumen 145

Capítulo 4. Jesús explica su muerte 147
1. Dar su vida en rescate. Marcos 10:35-45; Mateo 20:20-28 147
2. No hay mayor amor. Juan 10:11-21 149
3. Si el grano de trigo no muere. Juan 12:24 151
4. Levantado para atraer a los hombres. Juan 12:32 152
5. Como la serpiente de bronce. Juan 3:14,15 153
6. La institución de la Santa Cena. Mateo 26:26-28; Marcos 14:22-24; Lucas 22:17-20; 1 Corintios 11:23-30 155
6.1. El marco pascual 155
6.2. El pan 156
6.3. La copa 157
7. Resumen 158

Quinta parte

Teología de la cruz en las epístolas de Pablo

Capítulo 1. La predicación de la cruz. 1 Corintios 1 y 2 161

Capítulo 2. La Epístola a los Romanos 165
1. La llave de oro 165
2. Todos pecaron 165

3. La ira de Dios 167
4. La redención 169
5. La justificación 170
5.1. La gracia 170
5.2. La justicia 171
5.3. El «propiciatorio». Romanos 3:25,26 173
5.3.1. Jesús es llamado *hilastêrion* 174
5.3.2. «Por medio de la fe en su sangre» 176
5.3.3. «Para manifestar su justicia» 177
5.4. A fin de que él sea el justo, y el que justifica 179
6. La reconciliación 182
7. Los dos Adanes 188
8. El bautismo 195
8.1. Un nuevo problema 195
8.2. No vivir como uno quiera 196
8.3. Inmersión de los adultos 196
8.4. Bautizados en Moisés 197
8.5. Bautizados para ser introducidos en Cristo 198
8.6. El bautismo en la muerte de Cristo 198
8.7. Creados en Cristo 199
8.8. La verdadera dimensión de la cruz 200
8.9. Morir al pecado 201
8.10. Romanos 6:6 203
8.11. Vivir con Cristo 205
8.12. Saber o sentir 205
8.13. Cambiar de Señor, o estar bajo la gracia 206
8.14. No estar ya bajo la ley 207
8.15. Obedecer de corazón 209

8.16. Conclusión 209
9. Servir con un nuevo espíritu para superar el bloqueo 212
9.1. Romanos 7:1-6 212
9.2. Romanos 7:7-13 212
10. Cristo murió; más aún, resucitó. Romanos 8:34a 218
11. Y él intercede por nosotros. Romanos 8:34b 220
11.1. Resumen 229
12. La santificación: ¡Más que vencedores! 229
12.1. Dos leyes. Romanos 8:2 232
12.2. El pecado condenado. Romanos 8:3 233
12.3. Cumplida la justicia de la ley. Romanos 8:4-8 235
12.4. El Espíritu de Dios y nuestro espíritu. Romanos 8:9-11 236
12.5. El testimonio del Espíritu. Romanos 8:12-17 237
12.6. Salvados en esperanza. Romanos 8:18-27 239
12.7. Ya no hay separación. Romanos 8:28-39 241
13. Conclusión 243

Capítulo 3. Las epístolas a los Corintios 245
1. Jesús hecho pecado. 2 Corintios 5:21 245
2. Jesús hecho sabiduría, justificación, santificación y redención. 1 Corintios 1:30 248
3. Cristo nuestra Pascua. 1 Corintios 5:6-8 249
4. En el desfile triunfal. 2 Corintios 2:14-17 250

Capítulo 4. La Epístola a los Gálatas 253
1. Un alegato 253
2. Ley, fe, gracia 253
3. La fe que obra. Gálatas 1:4; 5:6 255
4. Cristo en nosotros. Gálatas 2:11-21 256

5. Cuatro modos de considerar la santidad 256
5.1. Un ideal inaccesible 256
5.2. Un mandato que cumplir 257
5.3. Un ejemplo a imitar 258
5.4. Vivir en Cristo 259
6. La maldición. Gálatas 3:6-14 262
7. Revestirse de Cristo. Gálatas 3: 27 267

Capítulo 5. La Epístola a los Efesios 269
1. Un nuevo comienzo. Efesios 1:7-14 269
2. En los lugares celestiales. Efesios 2:1-10 272
3. La ley con sus mandamientos. Efesios 2:11-18 273
4. Nuestro verdadero combate. Efesios 6:12 278

Capítulo 6. La Epístola a los Filipenses 281
1. Con temor y temblor. Filipenses 2:12-18 281
2. La obediencia de la fe. Filipenses 3:7-11 283
3. La perfección. Filipenses 3:12-16 286
4. ¡Perfectos como Dios! Mateo 5:48 292

Capítulo 7. La Epístola a los Colosenses 293
1. «Os ha hecho dignos». Colosenses 1:12 294
2. «Nos libró». Colosenses 1:13,14 294
3. «Cristo en nosotros la esperanza de gloria». Colosenses 1:19-29 295
4. La astrología. Colosenses 2:8-12 299
5. Clavó el acta. Colosenses 2:13,14 301
6. El triunfo de Cristo. Colosenses 2:15 307

Conclusión de la quinta parte 310

Resumen esquemático de la quinta parte 312

Sexta parte

La redención en la Epístola a los Hebreos

Capítulo 1. Introduccion 317
1. El autor 317
2. Cuatro sermones para cristianos abatidos 318
3. Del judaísmo al cristianismo 320

Capítulo 2. Las ideas clave de la Epístola a los Hebreos 325
1. Plan de la epístola 325
2. Originalidad de la epístola 325
3. La mediación sacerdotal 327
   3.1. La noción de sacerdocio 327
   3.2. El sacerdocio antiguo 327
   3.3. Un nuevo sacerdocio 327
   3.4. Continuidad y ruptura 328
   3.5. Entrada en funciones 330

Capítulo 3. Algunos textos importantes 333
1. Las condiciones del sacerdocio: Dios y el hombre 333
2. Las condiciones del sacerdocio: La obediencia en conflicto 333
3. Las condiciones del sacerdocio: Jesús hecho perfecto 336
4. Desdramatizar la muerte. Hebreos 2:14,15 340
5. La purificación 344
   5.1. La gran preocupación de la epístola 344
   5.2. Antiguo Testamento 344
   5.3. Nuevo Testamento 346
6. El sacrificio de Cristo 347

6.1. Perseveremos en la humildad 347
6.2. La ineficacia de las ordenanzas anteriores 348
6.3. Entrada de Jesús en el mundo 348
6.4. La ejecución 350
6.5. La resurrección 352
6.6. Advertencias solemnes. Hebreos 6:6 353
6.7. Advertencias solemnes. Hebreos 10:26 356
7. La mirada fija en Jesús. Hebreos 12:1,2 358
7.1. Deshacerse de las cargas 358
7.2. El ejemplo de Jesús 359
7.3. Mejor que Abel. Hebreos 12:24 361
7.4. La fuerza de la mirada 361
7.5. Conclusión 364

Séptima parte

La redención según los apóstoles Pedro y Juan

Capítulo 1. Las enseñanzas de Pedro 369
1. Los Hechos de los Apóstoles 369
2. La primera epístola 370
2.1. La introducción de la carta. 1 Pedro 1:1,2 371
2.2. Una razón para esperar en la prueba. 1 Pedro 1:18-21 373
2.3. La piedra rechazada. 1 Pedro 2:7,8 374
2.4. El sufrimiento de Cristo. 1 Pedro 2:18-25 374
2.5. Llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero. 1 Pedro 2:24 375
2.6. Una parábola 381

Capítulo 2. La Primera Epístola de Juan 385
1. Jesús y la vida 385

2. Objetivo de la Primera Epístola de Juan 387
3. La redención 388
3.1. Jesús quita los pecados. 1 Juan 3:5 388
3.2. Víctima expiatoria. 1 Juan 2:2; 4:10 389
3.3. El pecado definitivamente vencido. 1 Juan 3:6-9 391
3.3.1. La impecabilidad en la Biblia y en el judaísmo 393
3.3.2. Contexto escatológico 393
3.3.3. La semilla. 1 Juan 3:9 394

Capítulo 3. El Apocalipsis de Juan 397
1. La teología de un visionario 397
2. El Cristo del Apocalipsis 397
2.1. El Señor 397
2.2. El Salvador 398
2.3. El Cordero 399
3. La redención en Apocalipsis 400
3.1. Apocalipsis 1:5 400
3.2. Apocalipsis 5:9 402
3.3. Apocalipsis 7:14 403
3.4. Conclusión 405

Epílogo. El pueblo miraba 407
1. El sufrimiento llevado a su extremo 407
2. El pecado llevado a su extremo 408
3. El triunfo de Satanás 409
4. La no violencia de Dios 410
5. El amor del Padre 411
6. La justicia del sabio 411
7. La oración de Dios 412

Índice de referencias bíblicas 415

Índice de autores 437

Versiones de la Biblia citadas

Para las referencias bíblicas empleamos generalmente la *Nueva Biblia Española* (NBE), dirigida por Luis Alonso SCHÖKEL y Juan MATEOS, Madrid: Ediciones Cristiandad, 1975. En los casos en que ha parecido conveniente emplear otra versión, se indica con la abreviatura al lado de la referencia o la cita o a pie de página.

- BJ: *Biblia de Jerusalén*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1998.
- BN: *Biblia de Navarra*. Pamplona: EUNSA, 2008
- BT: *Biblia Textual*, Sociedad Bíblica Iberoamericana, 2007.
- CI: *Sagrada Biblia*, edición de Francisco Cantera y Manuel Iglesias. 2.ª ed. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1979.
- NC: *Sagrada Biblia*, de Nácar-Colunga, Biblioteca de Autores Cristianos, 32.ª ed., 1974.
- RV1909: *Santa Biblia*, Reina-Valera 1909. Sociedades Bíblicas Unidas.
- RV60: *Santa Biblia*, Reina-Valera 1960, Sociedades Bíblicas Unidas.
- RV1990: *Santa Biblia*, Nueva Reina Valera 1990, Sociedad Bíblica Emanuel.

Prólogo

La persona y la obra de Jesucristo han estado siempre en el centro de las preocupaciones teológicas de Georges Stéveny. Recuerdo que cuando éramos jóvenes estudiantes ya sosteníamos apasionadas discusiones a propósito de este tema. Y ese apasionamiento por la figura de Cristo no lo ha abandonado nunca; ha hablado de Cristo en sus conferencias públicas, en sus sermones, y mucho más con los alumnos de sus clases de Teología.

Sus oyentes habían expresado, en múltiples ocasiones, su deseo de que pusiera por escrito lo que a lo largo de tantos años había dicho y enseñado. Lo hizo por fin cuando, en 1991, publicó *Descubriendo a Cristo*[1]. En esta obra dirigía una primera mirada hacia la persona de Jesús para responder, a su manera, a la pregunta del Maestro a los discípulos: «Y vosotros, ¿quién decís que soy?» Todos los que han leído la respuesta de Georges Stéveny habrán advertido sin duda que ha sido concebida a partir del testimonio de las Escrituras.

Tras el descubrimiento de la persona de Cristo, era de esperar que Georges Stéveny nos dijera también lo que las Escrituras enseñan sobre la obra de quien estremeció al mundo por «la locura de la cruz». Es precisamente lo que hace aquí, en este nuevo estudio: *El misterio de la cruz*. Se han dicho tantas cosas, a través de los siglos, que tergiversan la imagen del Dios de amor, que es indispensable analizar en profundidad las Escrituras para descubrir la verdad sobre este tema.

En efecto, desde los primeros siglos de la Iglesia, y bajo la influencia de cultos paganos, los cristianos llegaron muy pronto a considerar la muerte de Cristo como un castigo infligido por Dios para calmar su ira, o como una sanción para satisfacer su justicia. ¡Como si el sufrimiento de Cristo y su muerte atroz constituyeran grandes exigencias por parte de Dios para la salvación de los hombres!

¿No resulta indignante leer de la pluma de Bossuet, en uno de los arrebatos oratorios cuyo secreto dominaba, que en la cruz «Dios satisfacía

[1] Georges STÉVENY, *Descubriendo a Cristo,* Barcelona: Aula 7 Activa, 2017.

su venganza sobre Jesús»? Este es un ejemplo típico de la interpretación clásica y tradicional de la muerte de Cristo en la cruz.

No le faltaba razón a Henri Guillemin, en *L'Affaire Jésus*, al considerar las teorías de la satisfacción penal y jurídica como los obstáculos esenciales que el cristianismo tradicional ha erigido contra el mensaje original de Jesús. Estas teorías no solamente han deformado el rostro de Dios convirtiéndolo en un dios ávido de sangre, el asesino de su propio Hijo; sino que también han alejado definitivamente de la fe a la elite intelectual, favoreciendo el ateísmo y contribuyendo a la indiferencia de las masas y a la desafección de las iglesias en el mundo occidental, en otra época baluarte de la cristiandad.

Si existe una verdad que el enemigo tenga interés en falsificar, es seguramente la que se refiere al carácter de Dios y a su amor manifestado en el don de su Hijo. Y lo ha logrado; puesto que, finalmente, ha hecho de él un Dios completamente distinto: enfurecido, vengador, justiciero, supuestamente amante del sufrimiento, sediento de la sangre de su propio Hijo. Se trata de una auténtica mistificación, que ya denunció el profeta Isaías al hablar del sufrimiento y la muerte del Mesías que había de venir: «Le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido».

Quiero expresar aquí mi gratitud a Georges Stéveny por haberse atrevido a abordar sin rodeos un problema tan delicado como importante. Lo ha hecho, una vez más, con maestría, analizando exhaustivamente todos los pasajes bíblicos que pudieran aportar alguna luz sobre el misterio de la cruz, y devolverle a Dios su verdadero rostro. Porque, hemos de recordarlo: «Dios es amor». Y «en esto se hizo visible entre nosotros el amor de Dios: en que envió al mundo a su Hijo único para que nos diera vida» (1 Juan 4:8,9).

La obra que tengo el honor de presentar aquí constituye una indudable contribución a la cristología, es decir, al conocimiento de la persona y la obra de Cristo. Por ello celebro su aparición con esperanza y reconocimiento.

Jean Zurcher

Prefacio del autor

No hay que confundir revelación y teología

En mi ensayo *Descubriendo a Cristo* anuncié ya mi propósito de añadir una continuación. Tras un estudio sobre la persona de Jesús se hace necesario otro sobre su obra. En lenguaje teológico hablamos, en el primer caso, de cristología, y en el segundo, de soteriología. Entre todas las doctrinas del cristianismo, ninguna iguala en importancia a la de la redención. Este es un término que sin duda habrá que descifrar, puesto que ya no tiene demasiado sentido en nuestra lengua cotidiana. No obstante, es una palabra fundamental, porque la enseñanza que encierra constituye la esencia del Evangelio. No se puede traicionar su sentido sin trastocarlo todo.

Ya que vamos a tratar los aspectos más perceptibles y a la vez más esenciales de nuestra fe, me parece honesto declarar de entrada los sentimientos que me animan. Creo firmemente en la inspiración de las Sagradas Escrituras y estoy convencido de que nos proporcionan la revelación divina de las verdades conceptuales y normativas de las que tenemos necesidad. Es importante respetarlas, tanto si las comprendemos como si todavía permanecen rodeadas de misterio. En ese sentido, no le falta razón a la conocida sentencia de Anselmo de Canterbury: «A veces hay que creer para comprender.»[1]

Pero no podemos confundir la revelación con la teología. No es que haya que poner trabas a los estudios teológicos. El esfuerzo del alma humana por comprender la verdad es legítimo, incluso indispensable. Sin embargo, la historia de las variaciones dogmáticas evidencia que hay que hacer siempre una clara distinción entre el elemento divino, permanente, de nuestras creencias, y el elemento humano, variable y perfectible, de la fórmula escogida para expresarlas sistemáticamente.

A pesar de que todo el mundo lo reconoce, los ánimos se exaltan en cuanto se aborda alguna de las fórmulas sacrosantas de carácter tradicio-

[1] (N. del T.) Anselmo de Canterbury, *Proslogion*, cap. 1 «porque no busco comprender para creer, sino que creo para llegar a comprender».

nal. He visto a cristianos honestos y sinceros perder su sangre fría al oír palabras que no se ajustan a sus clichés habituales. Para comprender esto, hemos de saber que nuestras experiencias religiosas más preciadas están automáticamente vinculadas a las fórmulas mediante las cuales tenemos la costumbre de expresarlas. Una sutil ligadura enlaza la fórmula con la experiencia vivida. Desde ese momento, cualquier crítica relacionada con la fórmula afecta a la experiencia misma, dando la impresión de desacreditarla; y todo parece desmoronarse.

Son imprescindibles una atención sostenida y un profundo esfuerzo de objetividad para examinar –o incluso revisar– la expresión de nuestras creencias. Sin embargo, esta no es, por desgracia, la práctica habitual de los cristianos. Me produce un gran asombro constatar que hay muy pocos cristianos capaces de explicar sus creencias con precisión y justificar sus posiciones. Constantemente se pone de manifiesto el fracaso del cristianismo. ¿Cómo podría ser de otro modo? Nuestra sociedad conoce únicamente un barniz de cristianismo.

Nunca se elogiarán suficientemente los méritos de los bereanos, aquellos judíos que recibieron con solicitud las enseñanzas del apóstol Pablo, examinando escrupulosamente las Escrituras, para comprobar si lo que se les decía era exacto (Hechos 17:10,11). Si los contemporáneos de Jesús cometieron el trágico error de no reconocer en él al Enviado de Dios, fue precisamente por haber faltado a esa obligación. Hemos de tener en cuenta que ellos escudriñaban las Escrituras (Juan 5:39); no obstante, cegados por sus creencias tradicionales, ya no captaban su verdadera trascendencia. En consecuencia, la luz vino a su casa, pero los suyos no la recibieron (Juan 1:11). Se puede, pues, estudiar la Biblia y dejar a un lado la revelación de Dios.

Para que resulte provechoso, el estudio de la Biblia exige sinceridad, objetividad, honestidad y conocimientos. ¿Por qué no sacar partido de las ciencias capaces de esclarecerlo? Ahora bien, la teología carece del derecho a sustituir el «así ha dicho Jehová» por sus propias ideas. Dejemos eso para los filósofos. «Si vosotros permanecéis en mi doctrina, seréis verdaderamente discípulos míos, y conoceréis la verdad, y la verdad os

hará libres» (Juan 8:31 y 32).[2] No existe ninguna perspectiva más necesaria y productiva. Tampoco hay otro camino.

Pero, a propósito, ¿qué es la verdad? Entendido en el ámbito del pensamiento hebreo, el término sugiere solidez, seguridad, fidelidad, constancia. En la esfera de influencia de la lengua griega, expresa más bien la transparencia con la cual se manifiestan un hecho o un conocimiento, desligados de las apariencias que tienden a enmascararlos. Desde el punto de vista bíblico, ambos sentidos se complementan. La verdad es la expresión inmediata de la realidad esencial, en una certeza total y definitiva. Desde ese momento, sólo Jesús puede afirmar: «Yo soy la verdad». Gracias a él, nosotros accedemos al ser mismo, a la vida. Y la Biblia nos da acceso a la única revelación sin defecto.

La verdad implica una información. La palabra «información» entraña al menos dos significados distintos. Es en primer lugar una enseñanza, un conocimiento comunicado por el que sabe. Pero, además, la información es

> «…lo que proporciona una unidad orgánica, una estructura subsistente, a una multiplicidad de elementos inconexos. [...] La biología contemporánea ha descubierto [...] que los dos sentidos de la palabra información se fusionan. Un organismo vivo es una estructura, una forma que subsiste y vive, se desarrolla y se reproduce, porque contiene en sus genes un mensaje, una información en el sentido de enseñanza, que ha suministrado las instrucciones para construir este organismo altamente complejo. En los genes, que son estructuras moleculares muy complejas, hay un mensaje, una enseñanza».

Claude Tresmontant, de quien hemos tomado estas líneas, añade, refiriéndose a Jesús: «Enseñando, comunicando una información que es una ciencia, la ciencia del reino de Dios en germen, crea también, organiza también, una humanidad nueva, y constituye un cuerpo: la asamblea de los hombres y las mujeres que van a vivir y a pensar según esta Enseñanza.»[3]

---

[2] (N. del T.) Versión de F. CANTERA y M. IGLESIAS, *Sagrada Biblia. Versión crítica de los textos hebreo, arameo y griego,* Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1979.

[3] Claude TRESMONTANT, *L'enseignement de Ieschoua de Nazareth,* Éditions du Seuil, París, 1970, p. 45-46.

Para proporcionar datos exactos, el ordenador debe recibir informaciones verdaderas. Cuán importante es purificar nuestras creencias y verificar sin tregua si nuestras formulaciones teológicas corresponden exactamente a la revelación divina. Nuestra vida puede ser transformada. La verdad, sin la búsqueda de la verdad, se agosta. Deja de ser la verdad.

Ellen White lo había comprendido perfectamente. En 1892 escribió:

> «La verdad es progresiva y debemos caminar en su luz creciente. [...]
>
> »Pero no por eso debemos mirar con sospecha cualquier nueva luz que Dios pueda enviarnos [...].
>
> »Siempre se revelará nueva luz de la Palabra de Dios a aquel que mantiene una relación viva con el Sol de justicia. [...]
>
> »No hay excusa para que alguno tome la posición de que no hay más verdades para ser reveladas, y que todas nuestras exposiciones de las Escrituras carecen de errores. Que ciertas doctrinas hayan sido sostenidas como verdades durante muchos años no es una prueba de que nuestras ideas son infalibles. El paso del tiempo no convertirá el error en verdad, y la verdad tiene la capacidad de ser imparcial. Ninguna doctrina verdadera perderá algo por una investigación cuidadosa. [...]
>
> »Tenemos muchas lecciones que aprender, y muchas, muchas, que desaprender.»[4]

No hemos de olvidar que en la estructura del pensamiento hebreo la acción precede a la fe. Cuanto más actúo, más puedo conocer y comprender a Dios. Si las ideas conforman el mundo, reciben siempre la influencia de la vida. Así pues, sólo se puede hablar correctamente de la verdad viviéndola en la oración. Partiendo de este enfoque, puede entenderse que un hombre pueda tener mayor y mejor valor que sus creencias: la doctrina es defectuosa, pero el corazón y la vida han experimentado ampliamente la influencia de Cristo. Y viceversa: el conocimiento de la verdad no siempre basta para hacer del hombre un cristiano auténtico. La naturaleza humana es compleja. A Pablo no le falta razón cuando invita al cristiano a profesar la verdad en el amor (Efesios 4:15). Nos exhorta a *conocer* la verdad (1 Timoteo 2:4), a *examinarla* para ver si es creíble (1 Tesalonicenses 5:21), a *creer* en ella (2 Tesalonicenses 2:13), a *amarla* (2 Tesalo-

[4] Ellen G. WHITE, *El otro poder*, Asociación Casa Editora Sudamericana, Buenos Aires, 2013, pp. 28-31.

nicenses 2:10), a *regocijarnos* en ella (1 Corintios 13:6). El apóstol Pedro añade que es necesario *someterse a ella* para llegar al amor (1 Pedro 1:22).

En definitiva, hemos de decirlo sin rodeos: Jesús murió por nuestros pecados (1 Corintios 15:3). La Biblia lo afirma. Se trata de una verdad de fe, en el corazón del evangelio. Es imposible socavar o subestimar esta afirmación. Pero, cuando nos esforzamos en explicar por qué, entramos en la investigación teológica. Por tanto, no es cuestión de quedarse anquilosado en una fórmula relevante de la tradición en nombre de un fundamentalismo cualquiera. El sagrado deber consiste en regresar sin descanso a la Escritura, para esclarecerla, con la ayuda indispensable del Espíritu Santo.

Introducción

La cruz, hoy incomprendida

No basta con decir que la cruz se sitúa en el centro del evangelio. Constituye, en mi opinión, su propio núcleo. El apóstol Pablo, al describir sus sentimientos mientras predicaba por vez primera en Corinto, no duda en escribir: «Pues no me propuse saber entre vosotros algo que no fuera Jesucristo, y éste crucificado» (1 Corintios 2:2, CI). El primer capítulo del reciente libro de John Stott, dedicado a *La cruz de Cristo*,[1] se titula «La centralidad de la cruz». En él, Stott describe el cuadro de Holman Hunt,[2] *La sombra de la muerte* (*The Shadow of Death*, 1873).

Nos encontramos en el taller de José:

> «Con el torso desnudo, Jesús está de pie junto a un caballete de madera donde ha apoyado el serrucho. Dirige la mirada hacia el cielo; la expresión de su rostro es de dolor, de éxtasis, o ambos. Tiene ambos brazos levantados por sobre la cabeza, estirándose. Al hacerlo, la luz del atardecer que penetra por la puerta abierta arroja una oscura sombra en forma de cruz sobre la pared del fondo, donde el estante para las herramientas semeja una viga horizontal sobre la que sus manos han sido crucificadas. Las herramientas mismas nos recuerdan el fatídico martillo y los clavos.
>
> »Hacia la izquierda de la escena, en primer plano, una mujer está arrodillada entre las virutas de madera. Sus manos descansan sobre el cofre que guarda los valiosos obsequios de los sabios de Oriente. No podemos ver su rostro, porque lo ha apartado. Es María, y parece estar alarmada (o da esa impresión) ante la sombra en forma de cruz proyectada por su hijo sobre la pared.»[3]

---

[1] John R. W. STOTT, *La cruz de Cristo*, Ediciones Certeza, Barcelona, Buenos Aires, La Paz, Quito, 1996.

[2] (N. del T.) William Holman Hunt (1827-1910). Representante, junto a Millais y Rossetti, de la pintura prerrafaelita inglesa, se convirtió en el pintor de asuntos religiosos más importantes de su época, llegando incluso a desplazarse a Palestina con el fin de dotar de paisajes auténticos a sus escenas bíblicas.

[3] John R. W. STOTT, *La cruz de Cristo*, *op. cit*, p. 21.

John Stott advierte, tras la descripción, que este cuadro, sin ninguna autenticidad histórica: «Si bien se trata de una escena imaginada por el pintor, teológicamente es acertada. Desde la juventud de Jesús, incluso desde su mismo nacimiento, la cruz proyectaba su sombra. Su propia muerte era el eje de su misión y la iglesia siempre lo ha reconocido así.»[4]

Para empezar, hemos de prevenir un posible malentendido: hablamos, evidentemente, de Jesucristo crucificado, no del madero sobre el cual murió. Como instrumento de tortura, la cruz carece de valor teológico. Nuestra salvación no podría estar vinculada a dos vigas de madera. Depende de aquel que murió por nosotros (Romanos 5:8).

Pero, ¿qué hay de extraordinario en esta muerte horrible? ¿Por qué al Viernes Santo de la Pasión se lo ha llamado «el día en que se estremeció el mundo»? En opinión de los judíos, la cruz es un escándalo. Si Dios no pudo resistir ver a Abraham matar a su hijo Isaac, no ha podido tampoco dejar morir al Mesías. El mismo Saulo de Tarso vio probablemente en la cruz, en nombre de la Torah, la prueba última de la herejía de Cristo: «pues un colgado es una maldición de Elohim» (Deuteronomio 21:23, CI). Los musulmanes se resisten también a creer que Dios haya dejado morir en la cruz a su profeta Jesús. Están convencidos de que otra víctima le sustituyó en el último momento.

Resulta todavía más desconcertante comprobar hasta qué punto esta idea es rebatida por los cristianos en la actualidad. Evidentemente, no por incrédulos sacrílegos que buscan argumentos para justificarse; sino por hombres y mujeres de respetable sensibilidad impulsados a menudo por nobles convicciones. Veamos algunos ejemplos.

Ya en 1914, Louis Emery, profesor de teología en la Universidad de Lausana, ante un modo concreto de exponer el dogma de la expiación por la sangre de Jesús, se mostraba indignado:

> «…no solo como teólogo, sino como cristiano, como creyente que defiende el honor del Dios a quien adora; y disgustado, afligido incluso, al verlo rebajado al nivel de un Moloc sanguinario […] Consideramos esta

[4] *Ibidem*, p. 22.

> doctrina –escribió– como una especie de falta de respeto hacia nuestro Padre celestial, como un ataque a su justicia y a su bondad.»[5]

En enero de 1955, la revista francesa *L'âge nouveau* publicaba el resultado de una completa encuesta, dirigida por André Dez, sobre «La idea de Dios y sus consecuencias». Encabezaba el número una síntesis del libro de Maria Le Hardouin titulado *Dios y el hombre*. Reproducimos aquí unas conmovedoras líneas:

> «El cristianismo me parece, precisamente, la única religión a la cual yo nunca podría adherirme desde el punto de vista espiritual. En esto mismo se basa mi pesadumbre. Mi corazón se confesaría cristiano sin dificultad, pero mi espíritu, en cambio, se opone tajantemente a la noción de pecado original y a la de un Redentor que ha de morir para rescatarnos de este estado. Me resulta imposible pasar por la puerta de la culpabilidad pecadora y del sufrimiento que redime. […] Debería ser capaz de repudiar el cristianismo, puesto que la sangre de un inocente, derramada en nombre de una Falta que yo no he cometido, sigue siendo para mí un escándalo inexpugnable. Y sin embargo […] es la propia persona de Cristo quien toca mi corazón; me parece que tengo con él algún vínculo desde antes de mi nacimiento, pues él es el contemporáneo siempre joven de cada uno de nosotros.»[6]

Por otra parte, todos conocemos la enorme repercusión que ha tenido el dilatado estudio de Hans Küng, *Ser cristiano*. El teólogo disidente se deja seducir también por las interpretaciones sobre la muerte de Cristo. Para él, «el término sacrificio resulta enormemente equívoco e ininteligible a falta de algo equivalente en el campo de nuestra experiencia».[7]

George Knight, profesor de historia de la iglesia en el Seminario Teológico Adventista de Andrews University, en Estados Unidos, ha publicado un libro titulado *My gripe with God*[8] (mi confrontación con Dios). El editor concreta, en las guardas del libro, que el concepto de redención lo atormentaba. «Estaba especialmente confuso por la cruz. ¿Por qué Dios no puede

---

[5] Louis EMERY, *Revue de Théologie et de Philosophie,* n.º 10, julio 1914, Lausana, pp. 275, 276.

[6] Maria LE HARDOUIN, *L'Âge Nouveau,* n.º 90, París, enero 1955, pp. 4-6.

[7] Hans KÜNG, *Ser cristiano,* Ediciones Cristiandad, Madrid, 1977, p. 541.

[8] George R. KNIGHT, My Gripe with God*: A Study in Divine Justice and the Problem of the Cross*, Review and Herald Publishing Association*,* Washington, 1990.

perdonar sin ella? ¿Por qué es necesaria la muerte del Inocente para salvar a los culpables?» Estas preguntas ponen de manifiesto un desasosiego casi general, no solo entre los intelectuales, sino también entre las personas menos inclinadas a sutilezas.

Veamos un ejemplo:

> «Hay un Jesús que no acaba de convencernos; es el Jesús crucificado, mártir. Desde niños nos han dicho que había muerto por nuestros pecados. Pero esto ya no se puede soportar. Es algo que nos desborda. Nos han mostrado a un Jesús, un hombre inocente, que paga por los demás; paga, se trata de una deuda; ¿y a quién paga? ¡A Dios! Se trata de un padre enérgico que exige la muerte del hijo, la castración… Y Dios saca una doble ganancia del Gólgota: se ve finalmente satisfecho en sus sentimientos de padre ofendido y pone a los hombres, sus hijos, en un estado de inferioridad para siempre respecto a él: que Cristo haya muerto de ese modo, por la voluntad del Padre, condena a los hombres, nos condena a nosotros, bien a obedecerle ciegamente, bien a vernos absolutamente culpabilizados, o incluso a las dos cosas a la vez.»[9]

Presentamos ahora un último ejemplo, tomado de un ámbito radicalmente diferente. Se trata de una declaración de Benjamin Crème, uno de los representantes del movimiento de la Nueva Era, cuyos adeptos aumentan sin parar:

> «Las iglesias cristianas han presentado al mundo una concepción de Cristo inaceptable para el hombre contemporáneo: la del solo y único Hijo de Dios, sacrificado por un padre amante para salvarnos de la consecuencia de nuestros pecados; un sacrificio cruento, directamente derivado de la antigua ley judía. Hemos rechazado esta concepción; hemos abandonado la iglesia a millares porque eso no estaba en consonancia con nuestro conocimiento de la historia, de la ciencia y de las demás religiones.»[10]

---

[9] J.-F. SIX, Refus différents de Jésus-Christ*, Unité des Chrétiens*, n.º 15, julio, 1974, p. 21, citado por SESBOÜÉ, *Jesucristo el único mediador. Ensayo sobre la redención y la salvación,* Secretariado Trinitario, Colección Koinonia, n.º. 27, Salamanca, 1990, pp. 41, 42.

[10] Benjamin CRÈME, *La Réapparition du Christ et des Maîtres de la Sagesse,* éd. Partage, Dourdan, Francia, 1984, p. 45.

Ante estos comentarios, procedentes de todos los sectores sociales, resulta fácil encogerse de hombros con un semblante más o menos escandalizado. Un gesto como ese no permite que la discusión pueda progresar. Me parece más útil y más sensato regresar a las fuentes y revisar la información, buscando constantemente la ayuda de quien inspiró los textos. ¿Cuál es la revelación de Dios sobre la muerte de Cristo? ¿Qué nos enseña la Biblia sobre este tema? La cuestión merece ser planteada especialmente porque las tradiciones eclesiásticas han mezclado a menudo las aguas claras de las Santas Escrituras con las aguas turbias de la teología. Así es como, por ejemplo, la tradición filosófica sobre la inmortalidad del alma ha tergiversado por entero la enseñanza de la Biblia sobre el sueño de los muertos y la resurrección. En la actualidad, los mejores teólogos de todas las ideologías lo reconocen. Esto es igualmente cierto cuando se aborda el misterio de la cruz.

Con el objetivo de asegurar la claridad de nuestra exposición, se hace imprescindible resumir las grandes explicaciones que han sido propuestas a lo largo de la historia. Es evidente que no siempre somos conscientes de todas las implicaciones de las fórmulas que habitualmente empleamos; por ello puede resultar útil situarlas en los sistemas a los cuales pertenecen. Veremos que estos sistemas trasladan la impronta de su época. Si han descrito siempre con intensidad el amor de Cristo, no siempre han sabido, lamentablemente, respetar la elevada idea que hemos aprendido a hacernos de Dios, nuestro Padre celestial, en la escuela de Cristo.

Primera parte

Revisión histórica de las principales explicaciones

Capítulo 1

La teoría clásica: Los Padres de la iglesia

A lo largo de los siglos, los grandes concilios de la iglesia se han afanado en formular los distintos dogmas. La naturaleza de Cristo, por ejemplo, constituyó el eje de las discusiones desde Nicea (325) hasta Constantinopla (681). Sin embargo, los grandes concilios nunca se han pronunciado realmente sobre la redención. Definieron al Hijo de Dios, pero no al Salvador del mundo. Idéntica evidencia se impone en el caso de los Padres apostólicos, hasta el principio del siglo II, y de los Padres apologistas hasta finales del mismo siglo. Se limitan a repetir los textos bíblicos, sin intentar explicarlos, pero amplificándolos mediante comparaciones más o menos afortunadas.

Ponen énfasis en el pecado, considerado no solamente como una falta sino como una incapacidad. El hombre está dominado por él. En rebelión contra Dios, el pecado comporta una maldición y hace al hombre esclavo de Satanás. Únicamente una iniciativa del Padre y del Hijo puede producir la victoria. Cada uno de nosotros sabe que Jesús ha muerto *«por él»*. *«Por nosotros»*, dice la Biblia, *hyper hêmôn.* Más allá de estas dos palabras, estamos limitados a expresarnos por medio de imágenes. La redención es un misterio. Todavía hoy, algunos temperamentos se conforman. Pero, cuando soplan vientos contrarios y las pruebas nos afligen, corremos el grave riesgo de perder el rumbo. Siguiendo el ejemplo de Juan el Bautista, nos sentimos entonces tentados de enviar a preguntar al Maestro si él es efectivamente el Salvador esperado (Mateo 11:3). El desánimo se apodera de nosotros.

1. Ireneo (130-208)

Ireneo, natural de Asia Menor, vivía en Lyon, donde desempeñaba la dignidad de obispo. Sentía mucho interés por descubrir el plan de Dios para la salvación de los hombres. Los Padres apologistas mantenían estrechas relaciones con los gentiles ilustrados. Según ellos, para disfrutar de la salvación hay que obedecer las leyes divinas. Dios desciende hasta el hombre,

pero el hombre debe esforzarse en ir a su encuentro. Cristo acerca a Dios hacia el hombre para exaltar al hombre hacia Dios. Desafortunadamente, el diablo retiene a toda la humanidad bajo su dominación. El hombre es esclavo de Satanás. Pero, dice Ireneo:

> «El Verbo de Dios convertido en hijo del hombre, ha luchado y ha vencido. Como hombre, combatía por sus padres y expiaba la desobediencia a través de su obediencia. Ha atado al fuerte y desatado a los débiles […]. El ángel apóstata ha sido vencido por el hijo del hombre, que ha observado el precepto de Dios.»[11]

Así se inició la idea de un rescate pagado al diablo. Jesús le ofrece su vida a cambio de la de los hombres. La redención se concibe como una transacción jurídica, donde Dios ofrece la vida de su Hijo a cambio de la salvación de los elegidos. Afortunadamente, Cristo escapa del poder del maligno gracias a su obediencia perfecta. Esta es la explicación que Orígenes desarrollaría.

2. Orígenes (185-254)

Discípulo de Clemente de Alejandría, Orígenes estaba igualmente impresionado por la visión del combate arrostrado por Cristo contra Satanás (Juan 16:33). Desde su nacimiento hasta la cruz, Jesús no dejó de luchar contra los demonios. Orígenes es, ante todo, un exégeta. Estudia la Epístola a los Hebreos e interpreta los sacrificios del Antiguo Testamento como tipos del sacrificio de Cristo. Sin embargo, se niega a ver en ellos una ofrenda a Dios. Jesús no puede haber sido entregado más que a Satanás. Su sacrificio disgregó las fuerzas del mal de forma parecida a los héroes de la antigüedad, quienes, para salvar la ciudad, se ofrecían a la muerte, convencidos de neutralizar así la acción de los maléficos demonios.

El tema del rescate atrae especialmente la atención de Orígenes. Jesús, mediante su muerte, se hizo prisionero de Satanás, ocupando el lugar de los hombres. Ofreció voluntariamente su sufrimiento hasta la muerte en la cruz. A partir de ese momento, los prisioneros fueron libertados, rescatados por la sangre de Cristo (Mateo 20:28). Pero el drama no termina aquí. Jesús

[11] Citado por Joseph TURMEL, *Histoire des dogmes*, ed. Rieder, París, 1931, I, pp. 346, 347.

no estaba prisionero más que en apariencia, ya que Satanás poseía únicamente su naturaleza terrestre y no su divinidad. Luego Satanás no estuvo en situación de impedir la resurrección. La resurrección completó la cruz, asegurándole a Cristo la victoria.

Orígenes interpreta en este mismo sentido Colosenses 2:14,15, creyendo en la existencia de un contrato real que abandonaba a los hombres en las manos de Satanás; una especie de certificación que legitimaba nuestra pérdida. Al pagar el rescate al diablo, Jesús hizo pedazos esta acta cuyas disposiciones nos condenaban.

Sin entrar en detalles, hemos de añadir que el mismo asunto fue desarrollado hasta el siglo XI, especialmente por Agustín de Hipona (354-430), por León el Grande, Papa desde 440 hasta 461 y, sobre todo, por Gregorio Magno (540-604), elegido Papa en 590. Estos escritores no presentan una doctrina homogénea. Percibimos incluso en ellos algunas contradicciones. No obstante, Joseph Turmel no vacila en escribir, tras una extensa investigación basada en los textos, que «de Agustín a Anselmo, la teoría de la redención por la destrucción del imperio del diablo se ha impuesto sin rival en la iglesia latina».[12]

3. Crítica de la teoría clásica

La concepción anterior suscitó rápidamente duras críticas. ¿Cómo entender la cruz como una trampa de Dios a Satanás? Dios paga en la muerte y recobra el precio en la resurrección. ¿Cómo se ha dejado engañar el astuto Satanás? Gregorio Niceno (340-400) lo explica: orgulloso e insaciablemente ávido, el diablo ha pretendido en Cristo más de lo que podía. Queriendo obtener demasiado, ha acabado por perderlo todo. Al pensar en

[12] *Ibidem*, p. 408. El conocido historiador alemán, Adolf Harnack, comparte la misma opinión: «Se ha intentado dar cabida a los hechos de la vida de Jesús en la obra de la redención; se ha logrado en cuanto a la resurrección, pero no en los otros hechos. La muerte en la cruz, en particular, permaneció incomprendida, aunque no se dejaron de repetir las ideas paulinas… Desde Orígenes se menciona frecuentemente la idea de un sacrificio, sugerido por los misterios griegos. Es necesario, sin embargo, reconocer que se veía en esta muerte un misterio sagrado ante el cual se postraban; y nosotros podemos preguntarnos si la cautela de la dogmática de los griegos sobre este punto no debe en verdad ser preferida a los cálculos y a los trapicheos descarados de los occidentales» (Adolf HARNACK, *Précis de l'Histoire des Dogmes*, Fischbacher, París, 1893, p. 174).

adueñarse indebidamente de una presa divina, el malvado se ha convertido en la legítima víctima de su perfidia. Su fracaso no hace prescribir la transacción. –De acuerdo. Pero, ¿no nos sorprende ver a Dios obligado a ponerse de acuerdo con el enemigo sobre la forma de salvar a los hombres? ¿Cómo aceptar que el sufrimiento de Jesús, el santo, el justo, haya sido ofrecido por Dios al príncipe de este mundo de tinieblas, mentiroso y padre de mentira?– La Biblia no presta apoyo alguno a tales elucubraciones.

Además, ¿a qué podría corresponder, en la realidad, el hecho de que Jesús hubiera pagado un rescate al diablo? ¿Ha de entenderse así su muerte? El diablo habría sido estafado, ya lo hemos visto. ¿Se trata de su vida? Esto implicaría que Jesús se habría encontrado, al menos en una determinada medida, bajo el control de Satanás. Pero Jesús afirma: «el jefe del mundo […] contra mí no puede nada» (Juan 14:30, CI).

Veremos más adelante que Jesús obtuvo una victoria definitiva sobre el diablo, cuyo poder aniquiló (Hebreos 2:14); precisamente, para no caer jamás bajo su dominio. Muchos Padres de la iglesia lo habían comprendido. En fin, en el momento en que se fuerza un poco el sentido literal de la palabra *rescate* se acaba cayendo en el despropósito; debe imponerse otra explicación. De entrada, hay que decir que la palabra *rescate* en la Biblia no implica obligatoriamente una transacción comercial; indica en ese caso una liberación conseguida con dolor.

Ejemplos: Lucas escribe de Ana, la profetisa que alabó a Dios en el nacimiento de Jesús, que ella esperaba «la liberación de Jerusalén» (Lucas 2:38). La palabra griega empleada, *lytrôsis*, tiene la misma raíz que la de Mateo 20:28, *lytron*. Asimismo, Jesús, en su discurso escatológico, recogido también por Lucas, declara: «Cuando empiece a suceder esto, poneos derechos y alzad la cabeza, que se acerca vuestra liberación» (Lucas 21:28). El autor emplea la palabra compuesta *apolytrôsis*, que deriva también de la misma raíz. Al hablar, sobre todo, de los acontecimientos que habían de producirse en Jerusalén en el año 70, Jesús menciona ante todo la liberación final de la iglesia, en el momento de la parusía del Señor. La palabra *apolytrôsis*, traducida generalmente por «redención», no puede contener aquí, evidentemente, la idea de una transacción comercial o jurídica.

Por consiguiente, cuando Jesús anuncia que «no ha venido a que le sirvan, sino a servir y a dar su vida en rescate por todos» (Mateo 20:28), no debemos señalar a toda costa a quién y cómo fue pagado el rescate. Hablamos de la liberación que ha costado, sin duda alguna, la vida al Salvador, sin hacer referencia a un mercado material donde uno paga mientras el otro recibe. El apóstol Pablo emplea la imagen opuesta cuando escribe: «Pero yo soy un hombre de carne y hueso, *vendido* como esclavo al pecado» (Romanos 7:14). ¿Hace falta averiguar quién lo vendió, a quién y por qué precio? Desde luego que no. Nos encerraríamos en un ridículo callejón sin salida. Pablo consigna un estado real sin pretender dar a la imagen un sentido literal. Se trata de un hecho dramático: el hombre está sujeto al pecado como el esclavo a su amo. ¿Cómo escapar de semejante esclavitud? «¡Cuántas gracias le doy a Dios por Jesús, –dice Pablo– Mesías, Señor nuestro!» (Romanos 7:24,25).

En otro pasaje que hace referencia a su muerte, Jesús se compara con un grano de trigo caído en la tierra (Juan 12:24). Sin embargo, en sentido literal, no es más «rescate» que «grano de trigo». En la correlación «vendido-rescatado» se resume el evangelio. «Vendido» significa la caída, la alienación. «Rescatado» es la salvación, la liberación. No hemos de olvidar que, en los tiempos bíblicos, atenazados de forma dramática por la esclavitud, estas palabras eran portadoras de una pesada carga social y afectiva. Los de más edad entre nosotros la sustituirían provechosamente por «ocupados-liberados». Otros dirían en la actualidad «en guerra-en paz». El despliegue del poder divino no ha podido evitar el sacrificio supremo. Nuestra felicidad hoy es tener paz con Dios, por nuestro Señor Jesucristo (Romanos 5:1). No hemos sido rescatados, o liberados, con el pago de oro o de plata, sino con la sangre preciosa de Cristo (1 Pedro 1:18)

Capítulo 2

La teoría jurídica y la sustitución vicaria

Los Padres de la iglesia no tardaron en comprender cuán absurdo resultaba convertir a Dios en esclavo de Satanás en el proceso de la salvación. Ahora bien, fieles siempre al sentido *literal* de la palabra *rescate* y del verbo *rescatar*,[13] debían descubrir a qué patrón había que rendirle cuentas. Como la concepción anterior se había malogrado en sí misma, se sustituyó a Dios por el diablo como jefe a quien satisfacer.

Impelidos por nuestro deseo de ser objetivos, hemos de señalar que muchos historiadores del cristianismo afirman la coexistencia de las dos ideas, paradójicamente, incluso entre los Padres de la iglesia. Así, H. N. Oxenham escribe:

> «La idea de un sacrificio ofrecido al Padre, o más bien a toda la Trinidad, se afirma, o está implícita, en la mayoría de los escritores patrísticos, aunque no sea todavía la base de un esquema especial de satisfacción y se mantenga, habitualmente, en conexión con la idea de un rescate pagado a Satanás.»[14]

1. Atanasio (298-373)

Atanasio nació en la ciudad de Alejandría, de la cual fue patriarca. Se le considera el más ilustre de los doctores de la iglesia griega. Entre otras cosas, debido a su disputa contra Arrio sobre la naturaleza de Cristo. Imprimió un giro a la explicación de la muerte de Cristo. En su *De incarnatione Verbi*, presenta a la *muerte* como el poder a quien hay que despojar del hombre. En efecto, todo el que transgrede la ley debe morir. Ahora

---

[13] (N. del T.) Según el *Diccionario de la Lengua Española* (23.ª ed., 2014), «Recobrar por precio o por fuerza lo que el enemigo ha cogido, y por ext., cualquier cosa que pasó a ajena mano.» En la versión original francesa el verbo *racheter* significa literalmente «volver a comprar».

[14] H. N. OXENHAM, *The Catholic doctrine of the atonement*, Londres, 2.ª ed., 1869, p. 141, citado por Jean Rivière, considerado como el especialista católico de la historia del dogma de la redención, en Jean RIVIÈRE, *Le dogme de la Rédemption après saint Augustin*, ed. Gabalda et Fils, París, 1930, p. 137.

bien, nos dice el autor, Dios se compromete, en aras de su credibilidad, incluso a ejecutar su amenaza. En consecuencia, su Hijo adopta un cuerpo parecido al nuestro a fin de entregarlo por nosotros en el Calvario. Jesús ofrece su vida a su Padre para liberar a los hombres de la muerte. Y aunque esta muerte no sea definitiva, la sustitución es válida en razón del carácter absoluto de los sufrimientos y de la inmolación. La sentencia de muerte es, pues, ejecutada y nuestra alma se salva gracias a la comunicación de la vida divina.

Como se ve, el punto esencial del problema ha sido desplazado. En lugar de insistir en los derechos de Satanás, Atanasio sitúa en el primer plano la voluntad divina. Dios debe ser satisfecho, si no en su justicia, en su veracidad. Ofreciéndose a morir en lugar de los hombres, Jesús los libera de la deuda contraída por el pecado frente a la muerte. «Es indiscutible que, en muchos de nuestros textos, especialmente en los de Atanasio, de Cirilo de Jerusalén y de Basilio, la muerte de Cristo está destinada a aplacar la ira de Dios.»[15]

En relación con este tema, veamos un significativo pasaje de un sermón sobre el Salmo 48, escrito por Basilio (329-379), obispo de Cesarea: «Ningún hombre tiene el poder de predisponer a Dios en favor de un pecador, porque todo hombre es pecador. […] Por tanto, no hay que contemplar a Jesucristo como un hombre corriente que, solo, se ofreció a Dios como víctima de propiciación por todos nosotros.»[16]

2. Anselmo de Canterbury (1033-1109)

El italiano Anselmo vivió mucho tiempo en Normandía antes de ser nombrado arzobispo de Canterbury en 1092. Después de haber pasado varios años meditando sobre la existencia de Dios, estudió el misterio de la encarnación, buscando sobre todo comprender su causa. Sus reflexiones están registradas en su obra más relevante, *Cur Deus homo? (¿Por qué Dios se hizo hombre?)*. El pensamiento anselmiano ejerció una influencia decisiva sobre el dogma de la redención, dominando toda la teología de las

[15] Joseph TURMEL, *Histoire des dogmes*, *op. cit.*, p. 343.

[16] ATANASIO, *Sobre el Salmo 48, 3 y 4.*

épocas posteriores y fue recogido, con ligeras modificaciones, por el Concilio de Trento (1545-1563). Su influencia, más tarde, en los medios católicos y protestantes, fue tan importante que pasaremos a exponerlo con cierto detalle.

2.1. Necesidad de una satisfacción

El autor insiste, en primer lugar, en la necesidad de una satisfacción que ha de pagarse a Dios. «Es necesario que todo pecado vaya seguido de una satisfacción o de una pena» (I, 15). Sus argumentos se basan en su definición de pecado. Pecar es negar a Dios lo que se le debe, es decir, una obediencia perfecta, una sumisión absoluta. Se trata, pues, de un daño material comparable a un robo. En consecuencia, cuando pecamos atentamos contra el honor de Dios, agraviamos al Todopoderoso. Es, sin duda, una actitud grave, que confiere al menor pecadillo una trascendencia infinita. En verdad, la aniquilación del universo ocasionaría a Dios menos daño que un solo pecado nuestro.

Ofendido hasta ese punto, Dios reclama que se le ofrezca una satisfacción. Su justicia la exige para evitar el más grave de los desórdenes: la confusión entre el bien y el mal. Él, que nunca permite que se produzca el mínimo desorden en el universo, no consentirá el mayor de todos: la impunidad de la ofensa, auténtico crimen de lesa majestad. Por supuesto, a una ofensa infinita habría de corresponder una reparación infinita, si no el pecado quedaría, en cierto modo, impune (I, 20). Con la exigencia de esta reparación, Dios efectúa la demostración más evidente de su justicia.

2.2. Una condición que cumplir

Pero, ¿cómo obtener esta satisfacción? El hombre, que es el deudor, es incapaz de aportarla. Incluso si dejara de pecar, no haría otra cosa que cumplir su deber, y no tendría nada que ofrecer por sus pecados anteriores. No le queda, pues, a Dios otra opción que infligir el castigo para vengar su honor comprometido.

Surge entonces un razonamiento inesperado. Dios había creado a los ángeles en número perfecto. Así lo exigía la armonía. Ese número debía mantenerse constante. Pero hubo guerra en el cielo y los ángeles rebeldes fueron

precipitados al abismo. La armonía se quebró. Para remediarlo, Dios hizo a los hombres y la armonía fue restablecida. Pero ellos, a su vez, sucumbieron al pecado. Se produjo un nuevo desorden que ni siquiera podía ser corregido por el castigo de los culpables. Se estaba ante un callejón sin salida.

Y, sin embargo, el honor de Dios exige una satisfacción. El hombre, que debe ofrecerla, no puede. Dios, que podría, no debe. Es necesario encontrar a alguien que sea a la vez Dios y hombre, o más bien, un Dios-hombre, para cumplir lo que no pueden hacer ni Dios ni el hombre.

2.3. Jesús, Dios-hombre, ofrece su vida

Anselmo se explaya entonces mostrando cómo Jesús se ha convertido en ese Dios-hombre. Dos naturalezas en una sola persona; este es el único requisito con el que puede llevarse a cabo la redención.[17] ¿Qué podría ofrecer a Dios este redentor? ¿Su obediencia perfecta? No, porque ya se la debía. ¿Su sufrimiento? No, porque ha pasado sobre él sin alcanzarle. Lo que Jesús ha podido ofrecer a Dios para pagar nuestra deuda es su vida. La vida de Jesús revestía un valor infinito, puesto que era Dios. Poseía un valor inestimable porque había sido ofrecida libre y gratuitamente. Se podría incluso decir que el pago excede a la deuda. La reparación es más impresionante que la ofensa. Esto bien vale una recompensa. Dios sería ingrato si no lo hubiera tenido en cuenta. Pero, ¿qué darle al Hijo que no tuviera ya? Él renuncia, pues, a la recompensa en nuestro favor, y consigue para nosotros la felicidad celestial.

2.4. Los beneficiarios

Queda por indicar quién va a beneficiarse. Ningún demonio, porque los ángeles no pueden ser salvados por un Dios-hombre. Sería necesario

[17] Es conveniente presentar el razonamiento de Anselmo con el fin de esclarecer el contexto intelectual en el cual surgió el dogma del que estamos tratando. Una vez admitida la necesidad de que se encarne una de las tres personas de la Trinidad, hay que elegir cuál. Será el Hijo, responde Anselmo. Se alegan múltiples razones, de las cuales ofrecemos solo un ejemplo. Si se hubiera encarnado el Padre, habría habido dos nietos en la Trinidad: Dios el Padre, nieto de los padres de la virgen María, y Dios el Hijo, nieto de María misma, ya que habría sido el hijo de su hijo (*Cur Deus Homo,* II, 9).

un Dios-ángel. ¡Y aún así! Como los ángeles no constituyen una sola raza, ya que no proceden unos de otros, si Dios se encarnara en uno de ellos, no salvaría más que a ese, y no podría hacer nada por los demás. Por otra parte, puesto que los ángeles son seres espirituales, la encarnación en ellos queda excluida.

En consecuencia, solo los hombres se benefician de la obra de Cristo, incluso si fueran todos unos asesinos. ¿Todos los hombres? No, no hay más rescatados que los elegidos, cuyo número, fijado con antelación, está destinado a completar el ejército celestial de los ángeles. El número perfecto, comprometido por la caída, debe ser restablecido. El total de los ángeles que permanecieron fieles y de los hombres rescatados restablece la armonía.

3. Crítica de la teoría jurídica de la sustitución vicaria

Reconoceríamos de buen grado un cierto interés a la explicación que acabamos de resumir. Su carácter notoriamente pueril se debe a la época en que surgió. Anselmo vivió al final de un sombrío período, marcado por la ignorancia y el terror. Este pensador hizo mucho por impulsar la reflexión en el ámbito de la fe.[18]

Respecto a la redención, su mérito reside en haber desechado la teoría clásica, según la cual Jesús habría ofrecido su vida como rescate al diablo, en forma de una auténtica transacción. *Ipso facto*, Dios deja de estar anómalamente confrontado con un poder rival con el que debe transigir. Creador de los cielos y de la tierra, permanece como el único señor, de acuerdo con las Escrituras. No se puede hacer otra cosa que suscribir esta idea. Por el contrario, la noción anselmiana de pecado y de justicia difícilmente podría convencer en la actualidad.

---

[18] El método de Anselmo se resume en la fórmula: «*fides quaerens intellectum*» (creer para comprender). Lo que significa que no se puede hablar de teología más que como un esfuerzo de comprensión precedido por la fe y fundamentado en ella. Esto no significa que se tenga en poco la inteligencia, sino que la luz que proviene de la revelación de Dios precede a cualquier otra luz que el hombre podría intentar descubrir por sí mismo. Hemos de añadir que la teología tiene su lugar en el hombre completo, regenerado por el Espíritu Santo. Solo entonces, según la exhortación del apóstol Pablo, puede renovar su inteligencia para discernir cuál es la voluntad de Dios (Romanos 12:2).

Hablemos primero del *pecado*. Es entendido como una deuda y una ofensa. Su gravedad es objetiva, concebida como exterior al hombre. No afecta a este, sino a Dios. No es el hombre quien se convierte en el enemigo de Dios, sino Dios quien se vuelve enemigo del hombre. El enfermo que hay que curar ya no es el hombre, sino Dios, ofendido en su honor. Aun cuando encierra una parte de verdad, esta concepción de pecado no es fiel a la Biblia. No responde ni a la teología, ni a la psicología. Volveremos sobre este asunto.

Consideremos, a continuación, la *justicia*. Hemos de reconocer primero que, al invitar al hombre a obedecer, Dios no ambiciona la satisfacción de su honor; al contrario, no deja de poner de manifiesto que se trata nada menos que de nuestra propia felicidad. La tierra se transforma en infierno desde el momento en que se dejan de respetar las leyes de la creación. Desde este punto de vista, es imperativo, de un modo ineludible, satisfacer la justicia de Dios. Pero, sin duda alguna, no se pone el acento en el honor que hay que vengar.

Anselmo escribió: «No corresponde a nadie vengarse, sino a aquel que es el Señor de todos» (I, 12). La Biblia lo afirma, en efecto: «Mía será la venganza y el desquite» (Deuteronomio 32:35). El texto se cita en Romanos 12:19 y Hebreos 10:30, pero precisamente para hacer comprender de modo solemne que ningún hombre, judío o pagano, creyente o incrédulo, escapará al juicio de Dios. En efecto, el texto de Deuteronomio continúa: «Pues el día de su perdición se acerca y su suerte se apresura.» Lejos de dar a entender que un inocente pagará por los culpables, Dios se compromete a castigar a los culpables. El apóstol Pablo lo entendió tan bien que ya aplica la referencia al ministerio de las autoridades civiles. El magistrado es siervo de Dios, dice, castigador que pone penas *al que obra el mal* (Romanos 13:2-4, CI).

En Hebreos 10:30, la cita presenta el mismo sentido. El autor recuerda que la transgresión de la ley de Moisés acarreaba la muerte sin misericordia. Cuánto peor castigo merecerá el que haya violado la nueva alianza, dice él con mayor razón; «pues conocemos al que dijo: A mí [me toca] la venganza, yo daré el merecido» (CI).

Estamos en las antípodas de una justicia de sustitución. Explicar la muerte de Cristo a través de la satisfacción de la venganza divina es un

contrasentido. No es posible reducir la justicia de Dios a una especie de balanza ciega y sin alma, aceptando un equilibrio carente de verdad. Quien se vengara sobre un inocente podría, en última instancia, encontrar en ello un desagravio; pero menospreciando la justicia y en franca contradicción con la idea bíblica de venganza que implica el cumplimiento de aquella.

Esta idea es incompatible con el carácter de Dios, bien sea desde la perspectiva del amor (1 Juan 4:16) o del fuego devorador (Hebreos 12:29), por la simple razón de que no vuelve a colocar nada en su lugar, no repara nada. En efecto, la gravedad de la situación motivada por el pecado se observa mucho más en el hombre pecador que en el propio honor de Dios. El error de Anselmo consiste esencialmente en no haber entendido el pecado como una enfermedad que hay que extirpar mediante una erradicación total y definitiva (Isaías 26:10; Hebreos 9:26). Al retener únicamente como síntoma el vapuleado honor de Dios, ha lanzado toda su carga sobre el castigo. Se ha olvidado de la enfermedad. Libra al hombre de la pena, sin liberarlo realmente del mal que habita en él. Su comprensión del pecado le ha hecho perder de vista al pecador, cuando difícilmente se puede objetivar el pecado fuera del pecador. Es absolutamente cierto que Dios no puede destruir el pecado sin destruir al pecador, ni perdonar el pecado sin hacer del pecador una nueva criatura (2 Corintios 5:17).

La reparación, tal como la ha imaginado Anselmo, está teñida de antropomorfismo. Se halla intensamente influenciada por el espíritu de su tiempo, en que la autoridad se presentaba como exclusiva, apoyándose en la ignorancia y el terror. La sensibilidad actual no puede concebir un Dios en quien la gracia esté totalmente supeditada al deseo de venganza. El autor tiene razón al insistir en la necesidad de satisfacer la justicia de Dios. En Dios no se puede separar la justicia del amor. Privado de una, o de otro, Dios ya no sería Dios. En él, «la lealtad y la fidelidad se encuentran, la justicia y la paz se besan» (Salmos 85:11). El asunto consiste en saber si la reparación se lleva a cabo en el ámbito del castigo centrado en el inocente. Más adelante dedicaremos una considerable atención a esta cuestión fundamental.

En conclusión, en este sistema la justicia de Dios está completamente desfigurada, mientras que todo el razonamiento se centra en la necesidad

de satisfacerla. Además, la gracia de Dios resulta mutilada. Digamos, incluso, que se desvanece, porque ya no tiene nada que reclamar, desde el momento en que se ha establecido una infinita reparación. En lo que concierne al hombre, este se mantiene ajeno, se convierte en un pobre juguete, cuyo destino depende curiosamente de una exigente armonía preestablecida.

No deja de sorprender que tales ideas, confundidas a menudo con la ortodoxia, hayan podido complacer a tantos cristianos durante tantos siglos. Lo que muestra, indudablemente, que la emoción supera con frecuencia a la reflexión.

4. Resumen

Hemos recordado dos explicaciones de la muerte de Cristo basadas en el principio de la expiación jurídica. En la primera, el amor de Dios debe pactar con el diablo antes de manifestarse. En la segunda, aquel debe castigar un crimen de lesa majestad. Gaston Frommel, imbuido del pensamiento del teólogo suizo Alexandre Vinet, resumió y criticó de forma magistral este sistema en las siguientes consideraciones:

1. La idea de rescate interpretada jurídicamente ha conducido en primer lugar a la concepción de un precio de rescate pagado al diablo.
2. Esta noción no tardó en destruirse a sí misma por las siguientes razones:
    a. porque la fe cristiana no puede admitir que Satanás haya tenido jamás en su poder a Jesús, ya que la servidumbre al Príncipe de este mundo tiene como condición el pecado y Jesucristo es sin pecado;
    b. porque desde ese momento, al haber sido engañado el diablo por Dios, la supuesta transacción ya no tiene valor legal.
3. Así pues, se descartó esta solución para buscar en el mismo Dios la razón de la muerte expiatoria, hallada finalmente en la necesidad de la justicia soberana que encuentra su satisfacción en el amor redentor encarnado en Jesucristo.

4. El resultado inevitable de esta segunda concepción es que, en virtud de las exigencias de la justicia divina, Cristo ha tenido que experimentar la pena del infierno.
5. Esta hipótesis no es menos inadmisible que la de un rescate pagado al diablo. En efecto, por una parte, sería monstruoso que Dios mostrara aversión por una conciencia filial y santa en el momento en que esta se ofreciera por amor para la salvación del mundo; por otra parte, el infierno consiste esencialmente en el estado espiritual del culpable (el remordimiento que persigue y atormenta al condenado), siendo que Jesús no conoció el pecado.
6. Por consiguiente, la concepción jurídica se destruye a sí misma porque se apoya en la idea legal, moralmente inaceptable, de una compensación o de una equivalencia entre la falta de la humanidad y el sufrimiento de Jesucristo.[19]

[19] Gaston FROMMEL, *L'expérience chrétienne. Un cours de dogmatique,* Attinger Frères, Neuchâtel, 1916, tomo III, pp. 151-152. Véase también el estudio de Bernard SESBOÜÉ, *Jesucristo el único mediador: Ensayo sobre la redención y la salvación,* Secretariado Trinitario, Colección Koinonia, n.º 27, Salamanca, 1990.

Capítulo 3

La teoría moral

1. Pedro Abelardo (1079-1142)

Fue uno de los primeros en reaccionar contra la explicación de Anselmo. Para él, el verdadero problema se sitúa en el plano humano, en la incapacidad del hombre para amar a Dios. Cuando estudia la redención, Abelardo insiste en la necesidad de atraer de nuevo al ser humano hacia Dios. No es Dios quien debe cambiar en relación con el hombre, sino el hombre con respecto a Dios. Al no poder amar a Dios, el hombre no puede ser salvado. Sin embargo, la muerte de Cristo es, precisamente, un acto de amor que aviva los ateridos corazones. La contemplación de la cruz puede y debe cambiar al hombre, generando en él el amor de Dios y, en consecuencia, la reconciliación. Reconciliado con Dios por su comunión personal con Cristo, que consiste en la plenitud de su amor por Dios y de su constante intercesión. La obra de la redención, según Abelardo, consiste en despertar de nuevo el amor del hombre para con Dios y mantenerlo.

2. El socinianismo

Desde los inicios de la Reforma en el siglo XVI, la teoría moral fue retomada y desarrollada por el socinianismo. El Catecismo Racoviano (Rácow, Polonia, 1609), la presenta con pujanza. La doctrina de la expiación jurídica fue despiadadamente criticada, en nombre de la conciencia moral y de la razón, desde el punto de vista teológico, en su carácter jurídico y desde el punto de vista moral.[20]

2.1. Desde la perspectiva teológica

> «Si la pena por nuestras faltas ha sido debidamente cumplida, si Cristo proveyó el equivalente de lo que reclamaba la justicia, ¿dónde queda espacio para el amor? O bien Dios perdona porque es misericordioso, lo

[20] Gaston FROMMEL, *L'expérience chrétienne*, *op. cit.*, pp. 153-160.

> que hace innecesario el equilibrio tan inexorablemente establecido ya que la salvación es una gracia inmerecida; o bien Dios es justicia y Cristo ha pagado estrictamente nuestra deuda. Pero entonces la salvación deja de ser una gracia; Dios no podría negarnos una salvación que Cristo ha ganado legítimamente para nosotros.»[21]

2.2. En su carácter jurídico

A la noción de sustitución, que es su punto de apoyo, le falta claridad.

> «En sí misma, la sustitución se opone a la justicia. Se dice que Dios reclama una víctima que experimente por nosotros el castigo de nuestras ofensas. Pero, ¿cómo no se percibe que una sustitución como esta, del culpable por el inocente, constituye el colmo de la injusticia? En los asuntos humanos, ¿qué pensaríamos de un monarca que, queriendo destruir a sus enemigos, se vengara en hombres irreprochables? Su conducta sería reprobada. Sin embargo, esto es lo que no se teme imputar al Dios de los cielos. Una injusticia como esta, en la base de una transacción jurídica semejante, pervierte de entrada su valor moral.»[22]

La justicia legal se apoya en la responsabilidad individual. Dios no considera inocente al culpable (Éxodo 34:7). El que peca es el que morirá (Ezequiel 18:4). Es indudable: desde el punto de vista jurídico, la sustitución vicaria se encamina contra su objetivo. Lejos de satisfacer la justicia, la desvirtúa.

2.3. Desde el punto de vista moral

> «Si Jesús le ha pagado ya a Dios lo que nosotros le debíamos, la consecuencia natural es que *no nos queda nada que hacer*. (La cursiva es nuestra). ¿Con qué derecho nos pediría Dios lo que Cristo ha aportado y que era el equivalente de toda la culpa real y posible de la humanidad? A partir de ese momento, no importa cuál sea el desorden en que nos metamos, lo hacemos impunemente, puesto que, pase lo que pase, estamos cubiertos por el sacrificio expiatorio. La doctrina va, pues, en contra de la santificación cristiana y, a su vez, contra el cristianismo entero.

---

[21] *Ibidem*, p. 154.

[22] *Ibidem*, p. 155.

> Favorece la tibieza, la indiferencia moral, y, como lo expresa el *Catecismo Racoviano*, abre la ventana a la licencia del pecado.»[23]

3. La teología liberal

Volvemos a encontrar esta teoría, con algunos matices, en la teología liberal moderna. Así, según Schleiermacher, por ejemplo, la reconciliación se reduce prácticamente a la desaparición de las restricciones debidas al pecado. Bajo la influencia de Cristo se olvida la culpabilidad. La conciencia de Dios triunfa sobre la conciencia sensible. Hemos de reconocer en su *Dogmática*, publicada en 1821, muy loables intenciones; sin embargo, la redención no es más que un proceso psicológico natural. Este es a menudo el caso en otros planteamientos, que por otra parte no carecen de grandeza, relacionados con la realización del Reino de Dios, en una visión progresiva de la historia orientada hacia la prosperidad.

4. Crítica de la teoría moral

Los partidarios de esta teoría acertaron al censurar la paradoja interna de la concepción anselmiana de la justicia. Pero, lamentablemente, tampoco comprendieron el verdadero drama de la caída. Para ellos, la obra de Cristo se reduce al precepto y al ejemplo, puesto de relieve por su muerte y su resurrección. Jesús se alza en el centro de la historia como el ejemplo perfecto del maestro y del modelo. Pero, ¿de dónde obtendremos fuerzas para imitar un ejemplo así, jamás igualado en ninguna parte? Es utópico imaginar que bastará con este ejemplo magistral, iluminado incluso por un amor sublime, para transformar a la humanidad. Si Jesús no es más que un ejemplo, perdemos al Salvador. Si nos detenemos aquí, el evangelio queda desprovisto de su poder (Romanos 1:16). El hombre continúa, como único artífice de su salvación, lamentándose de su amarga enfermedad. «Pues no hago el bien que quiero, sino que el mal que no quiero, eso [es lo que] pongo por obra» (Romanos 7:19, CI).

Hemos de añadir que nos encontramos frente a otro modo de menoscabar la justicia de Dios, cuyas exigencias son no solamente ineluctables,

---

[23] *Ibidem*, pp. 156, 157.

sino que condicionan la paz y la felicidad de los hombres. La cruz se interpreta frecuentemente como un ajuste de cuentas, entre bastidores del cielo y de la tierra, al término del cual el hombre es indultado, salvado. Ya no tiene otra cosa que hacer que expresar su reconocimiento. Toda vuelta a la obediencia –es decir, al cumplimiento de la justicia divina– es entonces criticado como un desliz hacia el legalismo. Salvados por gracia, no tenemos ya que obedecer los mandamientos de Dios. Veremos que esta doctrina, atribuida al apóstol Pablo, se sitúa en las antípodas de su teología. Pero no nos anticipemos.

Capítulo 4

La negación del cristianismo sacrificial

Jacques Pohier y René Girard

1. Reacciones actuales

Las reacciones actuales, unas veces de angustia y otras de ira, contra la idea de sacrificio sustitutivo y redentor son muy abundantes. Me parece poco oportuno iniciar ahora una revisión de todas ellas, ya que no es ese el propósito de esta obra. No obstante, Jacques Pohier y René Girard merecen ser estudiados por su contribución novedosa y original. Analicemos primero lo que tienen en común.

2. Pohier y Girard

Según ellos, el sacrificio sustitutivo y expiatorio deforma el rostro de Dios y lo transforma en un ser perverso y cruel; puesto que exigir el sufrimiento para compensar la ofensa denota la incapacidad o la negación del verdadero perdón. Un Dios así se parece a los dioses sedientos de sangre de todas las religiones paganas que destruyen al hombre. De hecho, procede del imaginario humano, que inventa la magia de las víctimas expiatorias para escapar de la responsabilidad personal frente a la violencia. Los hombres han creído que a través del drama sagrado, y por tanto del sacrificio, podían liberarse de sus disensiones; que, mágicamente, se desembarazarían así de su propia culpabilidad. Se trata, sin duda, de una ilusión. Según nuestros dos autores, el hombre contemporáneo repudia este mecanismo carente de nobleza con argumentos mejores que los empleados en otras épocas para justificarlo.

3. Jacques Pohier: Jesús rechaza al Dios de los sacrificios

Hemos indicado ya lo que Jacques Pohier y René Girard tienen en común. Precisemos ahora sus singularidades. Jacques Pohier piensa que Jesús fue crucificado precisamente por haber protestado contra un Dios vengador. «La vida y la obra de Jesús de Nazaret no se definen por lo que fue

su muerte, sino que su muerte se define por lo que fueron su vida y su obra.»[24] La buena nueva que Jesús presenta consiste en la revelación de un Dios solidario de los hombres. Lejos de ser vivida en nuestro lugar, la pasión es consecuencia de una vida a nuestro lado; se explica por el hecho de que los contemporáneos de Jesús rechazaron sus ataques contra el Dios de la tradición.

4. René Girard: Un cristianismo no sacrificial

Como profesor de Letras, René Girard piensa que la literatura actualiza las pulsiones profundas que funcionan como resortes de la historia. Encuentra así su instrumento de análisis, que define como «la naturaleza mimética del deseo», y se sirve de él para explicar el comportamiento de los hombres. ¿De qué se trata? La idea, en el fondo, es simple. El hombre se mueve por sus deseos. Pero los deseos de los demás lo impulsan a querer hacer como ellos. Imitación, mimetismo; del cual surge una rivalidad. Rivalidad que engendra la violencia, madre de todos los males destructores de la vida humana. Esta es la naturaleza mimética del deseo.

Más o menos conscientes de este mecanismo, las sociedades primitivas inventaron el sacrificio para concentrar la violencia sobre una víctima incapaz de vengarse. De golpe, la cadena de violencia se interrumpe. El sacrificio reviste, pues, la misión social de purificar de su agresividad al grupo en crisis. Esta violencia del sacrificio, que generalmente suscita el desorden, restablece el orden, la unidad social, la armonía de la comunidad. En consecuencia, se va a dar al sacrificio una interpretación teológica, ya que se supone que es el dios quien reclama una víctima y el holocausto calma su cólera.

Girard explica de esta manera el proceso de la historia mundial. Emprende, entonces, la lectura de la Biblia con esta clave. Se produce aquí un cambio de perspectiva que consiste en tomar partido por la víctima, en proclamar su inocencia y la culpabilidad de sus asesinos. Y esto es una novedad, ya en el Antiguo Testamento y más aún en el Nuevo. Los evangelios

[24] Jacques POHIER, *Quand je dis Dieu,* éd. du Seuil, París, 1977, p. 156.

claman la inocencia del justo, rompen el mecanismo del homicidio. La violencia se atribuye a los hombres y no a Dios. Jesús y su Padre son totalmente inocentes de ella.

Haciendo esto, Jesús quebranta la prohibición suprema. Debe ser reducido al silencio, porque pone en peligro a la nación entera. «Os trae más cuenta que muera uno por el pueblo y no que toda la nación perezca» (Juan 11:50, CI).

> «A primera vista, la pasión de Cristo se asemeja a todos los ritos: una comunidad en crisis da muerte a una víctima expiatoria que lo exonera de su propia violencia. Se puede, pues, hacer de la pasión una lectura sacrificial (la que hará, por otra parte, el cristianismo histórico). Pero, a pesar de esta aparente continuidad, hay entre el cristianismo y las religiones anteriores una ruptura radical. Mientras en las narraciones míticas del sacrificio la víctima debe pasar por culpable (para que pueda ejercerse la transferencia colectiva), la pasión se presenta como una escandalosa injusticia, y la violencia ejercida contra Jesús como arbitraria e inicua.»[25]

Surge una nueva ordenación de lo sagrado. En lugar de aliarse con los perseguidores, la Biblia está escrita desde la perspectiva de las víctimas. Lejos de ser ocultada, la violencia se denuncia. Para René Girard, la cuestión esencial reside en el hecho de que Jesús predicó y vivió la no violencia para desenmascarar a todos los falsos dioses. Por desgracia, el cristianismo en su conjunto no lo comprendió. Este es, según nuestro autor, el malentendido más colosal de la historia. Y concluye solemnemente: «Ha llegado la hora de perdonarnos los unos a los otros. Si seguimos esperando, ya será tarde.»[26]

5. Crítica de la lectura no sacrificial del cristianismo

René Girard es un pensador audaz. No teme arremeter contra las tradiciones cristianas, al igual que contra el marxismo y el freudismo. Hace bien en proyectar una intensa claridad sobre la no violencia de Jesús. El mundo muere al reprimir ininterrumpidamente esta idea so pretexto de que Jesús está obligado a defenderse. Viene a ser como el gato que lamía una lima

---

[25] Marie-Françoise CÔTE-JALLADE, *Penseurs pour aujourd'hui*, Chronique sociale, Lyon, 1985, p. 53.

[26] René GIRARD, *El chivo expiatorio,* Anagrama, Barcelona, 1986, p. 275.

para alimentarse y murió desangrado. Comete Girard, sin embargo, el error de radicalizar una idea correcta olvidando que esta presenta solamente un aspecto de la realidad. Si el mecanismo mimético explica algunas formas de violencia, no puede explicarlas todas. La violencia tiene otras raíces, como la desconfianza, la incredulidad hacia los hombres y hacia Dios, el egoísmo, el orgullo, la necedad y un largo etcétera. La imitación no es tampoco el único resorte del deseo. Sin haberlo visto, Girard piensa que la víctima sacrificada libera al mundo de todas sus violencias latentes, y esto solo es verdad en parte.

Desde el punto de vista bíblico, Girard ha escogido un canon dentro del canon, dando prioridad a lo que concuerda con su esquema y descuidando el resto, por ejemplo, el hecho de que la cruz se erija dentro de un plan querido por Dios. Los textos lo afirman. Es esto lo que hace falta explicar, sin excluirlo en nombre de un oportunismo filosófico.

Por otra parte, resulta indiscutible que la no violencia forma parte integrante del cristianismo. Pero contar con ella para resolver los problemas de la humanidad es una quimera. La historia sigue siendo una horrible sucesión de violencias, a pesar de la pasión ejemplar de Jesús. Sin la escatología bíblica, la no violencia es una utopía, o un fraude.

Respecto del sacrificio, Girard hace aún una elección arbitraria. No hay duda de que Jesús rechazó el sacrificio formalista y mercantil ofrecido para calmar la cólera y obtener un favor (Mateo 9:13; 12:7); sin embargo, llegó a presentar su muerte en el marco del sacrificio de la nueva alianza (Mateo 26: 28). Por otra parte, René Girard se muestra intensamente desconcertado con la Epístola a los Hebreos, a la que considera como una excepción en el Nuevo Testamento por su revalorización del tema sacrificial. Hay que reconocerlo sin ambages, la muerte de Cristo aparece también en la Biblia como un sacrificio. Examinarlo todo y retener lo bueno (1 Tesalonicenses 5:21) es reconocerlo primero; e intentar después comprenderlo de acuerdo con toda la revelación.[27]

---

[27] Sobre J. Pohier Y R. Girard existe una abundante bibliografía. Resulta interesante consultar Michel BOUTTIER, «L'Évangile selon R. Girard», *Études Théologiques et Religieuses*, vol. 54, n.º 4 (1979), pp. 593-607; y André DUMAS, *La mort du Christ n'est-elle pas sacrificielle?*, ETR, 1981, 4, pp. 577-591.

Segunda parte

La magia de las palabras

Capítulo 1

¿Qué es el pecado?

Todos sabemos que las palabras a veces esconden trampas. Muchos malentendidos más o menos graves son imputables al mal uso del vocabulario. Si esta observación es cierta en el caso del lenguaje actual, deviene esencial en cuanto nos referimos a las lenguas muertas. Ya hemos tenido ocasión de tomar conciencia de ello al pasar revista a las principales teorías relativas a la redención. Por tanto, parece adecuado aportar algunas precisiones en este ámbito; para empezar, en relación con el pecado.

En efecto, el apóstol Pablo escribe: el Señor fue «entregado por nuestras ofensas y resucitó por nuestra justificación» (Romanos 4:25, CI). El texto original dice literalmente «a causa de nuestras ofensas». En definitiva, nuestros pecados son denunciados como responsables de la cruz. Es evidente, desde ese momento, que para comprender algo sobre el misterio de la cruz debemos conocer las enseñanzas bíblicas a propósito del pecado. Esta tarea es tanto más necesario porque hemos descubierto graves inconsistencias en relación a este tema en el pensamiento de los Padres y doctores de la iglesia.

¿Qué es el pecado? Para responder a esta pregunta no basta con abrir un diccionario. El pecado es un concepto expresado de múltiples formas en la Biblia, tanto en hebreo como en griego. A veces se incide en el proceso interior que desemboca en una mala acción, o en esa misma acción, o incluso en el resultado que esta genera. Aunque aquí no podemos entrar en detalles, expondremos los aspectos válidos para dilucidar la obra de Cristo en favor nuestro. Según el apóstol Pablo, el pecado tiene una historia, y esta historia tiene un principio: por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte (Romanos 5:12). En buena lógica, partiremos pues de este pecado original.

1. La caída en el huerto de Edén

1.1. Génesis 3

Cuando acabó la creación, Dios vio que todo lo que había hecho era «muy bueno» (Génesis 1:31). Adán y Eva vivían en plena naturaleza, en

estado de inocencia, con la misión de cultivar el huerto. Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles hermosos a la vista y buenos para comer. Dos de estos árboles eran portadores de un mensaje esencial. Para vivir, había que comer del fruto del árbol de la vida. Sin embargo, era preciso abstenerse bajo pena de muerte de tocar el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal. Pero, de modo inesperado, se presenta Satanás disfrazado de serpiente. Mediante una frase ambigua, insinúa astutamente la duda en cuanto a las intenciones de Dios, como si este tuviera que temer alguna rivalidad de parte de los hombres: «¿Conque Dios os ha dicho…?» (Génesis 3:1). Luego, aparece abiertamente la mentira: ¡Por supuesto que no moriréis! (inmortalidad) –seguida de diversas verdades intoxicadas: vuestros ojos se abrirán (conocimiento); seréis como Dios (divinización); conoceréis el bien y el mal (autonomía)–. Y, seducida, la pareja cede a la tentación (Génesis 3).

Releed el texto atentamente: no encontraréis en él la palabra *pecado*. Sin embargo, el concepto está muy presente y podemos sentir, a pesar de su estilo casi infantil, que nuestro destino está en juego. Es cierto que aparece la noción de bien y de mal (Génesis 3:5): «seréis como Dios, conocedores del bien y del mal» (NC). En la Biblia, el verbo *conocer* reviste un sentido dinámico muy rico. Por una parte, alude a la experiencia íntima y personal. Por otra, describe un «poder sobre…». En nuestro relato, cargado de una atmósfera espiritual sagrada, designa el poder de decidir el bien y el mal. Constituye una arrogante reivindicación de autonomía personal.

1.2. La creación del hombre y el árbol de la vida

Para ser capaces de evaluar el drama en cuestión, debemos remontarnos a la creación del hombre. Dios lo quiso «a su imagen» (Génesis 1:26), es decir, parecido a él. Adán, hijo de Dios (Lucas 3:38). No lo entendamos mal; Adán es un ser creado por Dios. Por su condición de ser creado, era «bueno en gran manera». No existía en la vida humana ningún defecto que pudiera ser reclamado. Era hijo de Dios únicamente por la gracia de su amor. Cuando el texto dice «a su semejanza», se pretende señalar con claridad la diferencia. Entre Dios y el hombre, el Creador y la criatura, habrá eternamente, en la realidad, una diferencia al mismo tiempo que un vínculo. Dios ha otorgado al hombre todos los dones, excepto el de poder

prescindir de él. Este es el significado de la presencia del árbol de la vida en medio del huerto. Si el hombre debe comer el fruto del árbol de la vida, es porque no tiene la vida en sí mismo. Para vivir, tiene necesidad de Dios, depende de Él.

Recordemos que Dios nos creó, no solamente por medio de Cristo, sino también en Cristo (Colosenses 1:16). El apóstol Juan, en el prólogo de su evangelio, revela que «todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él no se hizo nada de cuanto ha sido hecho. En Él estaba la vida» (Juan 1:3,4, NC).[28] El mantenimiento de la vida exige una comunión constante con Cristo. La nobleza del hombre consiste en haber sido creado partícipe de la naturaleza divina; lo cual significa que Dios desea compartirlo todo con él. Solo hay una condición: respetar el pacto.

1.3. El llamado de Dios

Ahora bien, esta participación no se impone; solo se propone. Porque, en su incomprensible grandeza, Dios ofrece al hombre el derecho de escoger, el poder de aceptar o de rehusar: la libertad. La libertad del hombre es el don de participar de la naturaleza divina y constituye, al mismo tiempo, la capacidad de poder negarse. En virtud de su libertad, el hombre puede aislarse, separarse, reclamar su parte de la herencia y abandonar la mansión del padre (parábola del hijo pródigo). La libertad del hombre es, en definitiva, el propio dolor de Dios. La posibilidad del mal es la libertad de Dios en el hombre.

Dios ha ofrecido todo al hombre, para que este sea, a su imagen, lo más grande posible. «Y los bendijo Dios y les dijo Dios: –Creced, multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad los peces del mar, las aves del cielo y todos los vivientes que reptan sobre la tierra» (Génesis 1:28). Procrear y

---

[28] (N. del E.) Traducción literal:
«Todas las cosas gracias a ella han existido
Y sin ella ni una cosa ha existido.
Lo que ha existido, en ella era vida
Y la vida era la luz de los hombres.»
Cf. Georges STÉVENY, *Descubriendo a Cristo,* Aula7activa-AEGUAE, Barcelona, 2017, pp. 60-63, acceso el 18 de mayo de 2018,
http://www.aula7activa.org/edu/libros/documentos/descubriendo_a_cristo.pdf.

dominar, ese es su privilegio. Pero existe un riesgo inherente a la nobleza. De ahora en adelante, Dios mismo solo podrá mantener la armonía con la condición de obtener el libre compromiso de la criatura. No se podría explicar mejor hasta qué punto Dios consiente en limitarse voluntariamente, por amor hacia aquellos a los que ha hecho sus hijos e hijas.

1.4. El árbol del conocimiento del bien y del mal

Ha llegado el momento de hablar del segundo árbol. Si el árbol de la vida enseña la indispensable comunión con Dios, fuente de vida y de felicidad, el árbol del conocimiento del bien y del mal formula una advertencia. Como escribió Roland de Pury, señala:

> «La diferencia entre el hombre y su Creador, la frontera entre Adán y Dios. Es decir, Adán solo puede comunicarse con Dios y vivir del fruto del árbol de la vida en la medida en que siga siendo el que lo recibe todo, y Dios continúe siendo el que lo da todo. Dios no ha recibido nunca nada de nadie; por eso es Dios. El hombre lo ha recibido todo de Dios; eso es lo que lo hace hombre. Ni siquiera Dios puede suprimir esta diferencia. Cuanto más colme al hombre de sus dones, tanto más será él quien dé y el hombre quien reciba.»[29]

Cuando el movimiento de la Nueva Era difunde universalmente la antigua herejía del panteísmo, vale la pena insistir en que:

> «El mundo no es una parte, un fragmento de la divinidad, lo cual le permitiría subsistir por sí mismo. El hombre no es un pequeño dios a quien la vida y la bondad le pertenecen en propiedad. El hombre no es la fuente de su vida y de su bondad. Vive únicamente de la vida que Dios le presta. No es bueno más que por la bondad que recibe, por otra parte, de aquel que es para siempre la única fuente de toda vida y de toda bondad.»[30]

Al comer del árbol de la vida, el hombre reconoce y acepta su dependencia respecto de Dios. Probablemente, este árbol es un símbolo de Cristo, en quien tenemos la vida. Comer el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal consiste en cruzar deliberadamente la frontera que separa a la criatura de su creador. En su comentario del Génesis, Frank Michaeli

---

[29] Roland DE PURY, *Présence de l'Éternité*, éd. Delachaux et Niestlé, París, 1946, p. 32.

[30] *Ibidem*, p. 33

indica que hay que renunciar aquí «a una explicación puramente *moral* según la cual el hombre no habría tenido, en su origen, la facultad de discernir el bien y el mal y habría vivido en una inocencia total e incluso en una ausencia de conciencia moral». Eso sería contrario a la dignidad del hombre.

> «Se debe igualmente renunciar –dice Michaeli– a una explicación *intelectual*: el hombre habría tenido únicamente la inteligencia y el juicio de un niño, y no los de un hombre en su plena madurez. La desobediencia le habría hecho adquirir un discernimiento intelectual parecido al de Dios (ser como dioses, 3:5). Sin embargo, este prejuicio racional tiene poco que ver con el pensamiento bíblico.
>
> »Una explicación sexual se muestra también excesivamente restrictiva y falsa. Es cierto que el verbo *conocer* en hebreo se emplea para referirse a relaciones sexuales (Génesis 4:1); y que los versículos 2:25 y 3:7 hablan de la desnudez del hombre y de la mujer, de la cual solo se avergonzaron después de la caída. Pero, ¿no es atribuir a la cuestión del sexo una importancia y un carácter que no tenían en su origen?»[31]

Recordemos que la orden de procrear es anterior a la aparición del mal.

El profesor Michaeli explica entonces que la expresión «bien y mal», en hebreo, se emplea con frecuencia para decir: «cualquier cosa, sea lo que fuere». Por ejemplo: hablar ni en bien ni en mal, Génesis 24:50; 31:24,29, en la que Darby[32] emplea la expresión literal: «bien y mal», en tanto que la versión llamada «à la Colombe»,[33] traduce por «cualquier cosa». Él concluye:

> «Conocer el bien y el mal es, pues, tener un conocimiento de todas las cosas, de "sea lo que fuere", en todos los ámbitos; es tener la omnisciencia de Dios. Lo que Dios prohíbe al hombre es adquirir el saber total, la

[31] Frank MICHAELI, *Le livre de la Genèse*, Delachaux et Niestlé, Neuchâtel, 1957, pp. 39, 40.

[32] (N. del T.) Traducción al francés de John Nelson Darby (1800-1882), conocida también como la Biblia de Pau. Acabada a finales de los 80 del siglo XIX, sirvió de base a una edición en alemán y a una inglesa que vio la luz en 1890.

[33] (N. del T.) Revisión de 1978 de la versión francesa Louis Segond (1880), revisada por vez primera en 1910. Se la conoce con la denominación «à la Colombe» por el diseño inicial de su portada, en el que aparecía una paloma.

> ciencia de todo, al comer del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal.»[34]

Esta explicación aclara perfectamente la expresión «el bien y el mal». Pero es necesario insistir algo más en el verbo conocer. Significa: arrogarse pleno poder de decisión en relación con el bien y el mal; por tanto, sobre cualquier cosa. ¿Qué sucede con la expresión «comer el fruto»?: *a)* «Comer» es destruir para uno mismo. Resulta imposible comer sin reducir a papilla; imposible comer para otro. *b)* El «fruto» puede interpretarse como «el beneficio». El fruto de una transacción es la ganancia que se obtiene. En definitiva, «comer el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal» consiste en atribuirse pleno poder sobre el empleo egoísta de los productos del conocimiento, cualesquiera que fueren.

Comprendida de esta manera, la orden relacionada con los dos árboles se ilumina con una nueva luz. Lejos de proceder de un capricho de Dios, destinado únicamente a poner a prueba al hombre, esta orden se convierte en una apremiante invitación a una colaboración indispensable, sin la cual la felicidad y la armonía de la creación están peligrosamente comprometidas. Al llamar al hombre a reinar con él, Dios consiente en limitar su propio poder. Se trata de una decisión inquietante, rara vez percibida en todas sus implicaciones. El hombre puede separarse de Dios, mientras que en Dios, sin embargo, radican para él la vida, el movimiento y la existencia (Hechos 17:28). La posibilidad del mal deriva de la nobleza ofrecida por el creador a su criatura. Lamentablemente, la frontera que había que respetar fue traspasada. Adán y Eva mordieron[35] el fruto del conocimiento del bien y del mal. El conocimiento debía elevarse como un himno a la gloria de Dios. Debía iluminar el deseo con el propósito de incitar a la acción. El conocimiento debía acrisolar el deseo motor para conferirle la huella de la divina armonía. Era necesario transformar incesantemente el deseo en amor para que la vida alcanzara su plenitud en el seno de la alegría.

Pero el hombre ha mordido el fruto. Ha corrompido el conocimiento sojuzgándolo al deseo. A partir de ese momento, su centro de gravedad se

---

[34] Frank MICHAELI, *Le livre de la Genèse*, *op. cit.*, p. 40.

[35] (N. del T.) En el original «ont croqué» significa además, en lenguaje figurado, «dilapidar, derrochar».

ha desplazado. En lugar de instalarse en el trono del espíritu, ha caído en el instinto. El dios del hombre en estado de caída es su vientre, como dice el apóstol Pablo: «Pues muchos proceden […] como enemigos de la cruz de Cristo, cuyo final [es] la condenación, cuyo dios [es] el vientre, y se glorían de lo que es su vergüenza, que apetecen lo de la tierra» (Filipenses 3:18,19, CI). Atraer hacia sí el conocimiento y degradarlo para el disfrute y el placer: este es el pecado en el principio del mundo. En lugar de continuar siendo una fuente de energía pura, el deseo se ha convertido en el aguijón del pecado. «Cada uno es tentado por sus propias concupiscencias, que le atraen y seducen. Luego la concupiscencia, cuando ha concebido, pare el pecado, y el pecado, una vez consumado, engendra la muerte.» Así se expresa Santiago (1:14,15, CI), traduciendo la palabra *deseo* (*epithymia)* por concupiscencia. Se trata de un pasaje destacable que explicita el auténtico linaje de la muerte. En él percibimos el pecado en su realidad más íntima.

1.5. La ruptura fatal

El pecado que ocasionó la caída original no puede ser comprendido únicamente en el plano moral. ¿Me atreveré a decir que es ontológico? Sugiero que entendamos que el pecado modifica la naturaleza misma del ser humano. ¿De qué modo? Es un asunto complicado. Intentaremos exponerlo con sencillez. Salido de las manos del creador, el hombre, antes de la caída, no estaba realmente separado de Dios. Un vínculo invisible, pero auténtico y vital, lo unía al Señor. El espíritu humano permanecía naturalmente en contacto con el Espíritu divino; igual que un feto está unido a su madre mediante el cordón umbilical. O, si se prefiere, como un tranvía se conecta a la fuente de electricidad por medio de su trole. Sabemos bien qué sucede cuando se interrumpe la conexión. Pues bien, en la caída se produjo una ruptura de esta índole. Expulsados del huerto, Adán y Eva dejan de mantener una comunión espontánea con Dios. Su naturaleza íntima resulta afectada por el pecado. Y el privilegio del que disfrutaban en virtud de su inocencia ya no puede ser transmitido a su descendencia. A partir de entonces, la vida que se transmite está hipotecada, fluye hacia la muerte. Todo recién nacido es un condenado a muerte en suspenso. El hombre ac-

cede a la existencia separado de Dios; sin él no puede vivir. Para restablecer la comunión, debe pasar por la conversión; la cual implica un nuevo nacimiento. El pecado afecta a su naturaleza; es una enfermedad mortal. La conversión restablece su naturaleza inicial; se trata, pues, de una curación eterna.

1.6. La serpiente

Entre Dios y el hombre, el Génesis introduce a la serpiente, a la que Apocalipsis llama el diablo y Satanás (12:9). A pesar de que no podemos extendernos aquí sobre este asunto, debemos observar, no obstante, que la Biblia insiste sobre su peligrosa influencia. Con razón confió Dios al hombre la tarea de «guardar» el huerto (Génesis 2:15). De este modo, en cierto sentido, el hombre está expuesto al peligro. Su situación comporta una cierta fragilidad. Pero no está encerrado en sí mismo. La promesa de la redención ilumina la noche de su caída. A través del lenguaje profético, Dios anuncia su intervención. Un día, la descendencia de la mujer aplastará la cabeza de la serpiente (Génesis 3:15). La victoria no se obtendrá sin daño, pero es segura. Indudablemente, esta profecía apunta ya a la obra de Cristo.

1.7. Conclusión

Las dos principales teorías que hacen referencia a la muerte de Cristo, ambas fundamentadas en un argumento jurídico –la llamada clásica (rescate pagado al diablo) y la de la sustitución vicaria–, circunscriben la obra de la redención a una acción misteriosa en la cual el hombre apenas participa. Se insiste especialmente en el castigo merecido por el pecado. Nuestro análisis del pecado original manifiesta, por el contrario, que la redención debe a toda costa cambiar al hombre, provocar en él una toma de conciencia de su situación desesperada, sin Dios; y ofrecerle el medio de reencontrar la comunión perdida, entre otras cosas, un nuevo vínculo a nivel espiritual. Sin embargo, este resultado no puede conseguirse sin una victoria sobre Satanás. La lucha no se desarrolla únicamente en el plano moral como piensan los partidarios de la teoría moral.

2. Evolución del pecado en el Antiguo Testamento

2.1. La torre de Babel

Además de las palabras que emplea para designar el pecado, la Biblia refiere hechos que nos ayudan a percibir toda su magnitud. No se limita a denunciar únicamente el mal en el seno del pueblo elegido, sino que narra también historias ejemplares acontecidas fuera de Israel. Es el caso de la torre de Babel (Génesis 11). ¿Quién no conoce esta historia, peculiar y trágica a un tiempo, exactamente en el mismo estilo que la de la caída? Los hombres hacen ladrillos y se ponen de acuerdo para edificar una ciudad y una torre cuya cúspide toque al cielo. «No se trata de una expresión figurada e hiperbólica. Antiguamente, se consideraba el firmamento como una bóveda sólida, una cúpula por encima de la tierra. No parecía, pues, imposible tocarla al elevarse lo suficiente en vertical.»[36] Ello no impide que Dios tenga que *descender* para ver lo que pasa e intervenir «"a fin de que nadie entienda el habla de su compañero". Luego los dispersó Yahveh de allí por la superficie de toda la tierra y cesaron de construir la ciudad» (Génesis 11:7,8, CI). La ironía del texto salta a la vista.

> «La conclusión del versículo 8 se completa en el 9 con una referencia etimológica sobre la palabra *Babel*. Según el texto, la palabra procedería del verbo *balal* (confundir, mezclar) y significaría, pues, confusión, mezcla, en consonancia con el tema central del relato. Pero esta etimología, como muchas otras en el Antiguo Testamento, tiene un valor más teológico que lingüístico. Está basada en una comparación de las palabras más que en una realidad filológica. La palabra *Babel*, en la lengua babilónica, significa: *puerta de Dios*. El autor bíblico la interpreta de otra forma, como si quisiera enlazar definitivamente la idea de la confusión con el nombre de la gran ciudad que encarna, para Israel, la rebelión contra Dios y el castigo que de ella se desprende.»[37]

La mayor parte de los rabinos que ha comentado este pasaje equipara la actuación a la idolatría. El Talmud señala que entre los hombres que proyectaban construir la torre de Babel había tres intenciones diferentes:

---

[36] Frank MICHAELI, *Le livre de la Genèse*, *op. cit.*, p. 104.

[37] *Ibidem*, p. 105.

> «Rabí Jeremías ben Eleazar dijo: Se dividieron en tres partes. Una dijo: "Subamos y moremos allí"; la segunda, "Ascendamos y sirvamos a ídolos"; y la tercera dijo: "Subamos para librar una guerra [contra Dios]". La parte que propuso: "Subamos y moremos allí", el Señor los dispersó; la que dijo: "Subamos para librar una guerra" los convirtió en monos, espíritus, diablos y demonios nocturnos; mientras que en cuanto a la parte que dijo: "Ascendamos y sirvamos a ídolos", "por eso el Señor confundió el lenguaje de toda la tierra".»[38]

El poder del lenguaje es evidente. Mediante él los hombres se comunican y se unen. También a través de él tergiversan sus relaciones: mentiras, lisonjas, seducciones. Siendo una bendición al servicio del bien, este poder se convierte en maldición cuando es mal empleado. Ahora bien, cualesquiera que fuesen los matices antiguos o actuales en la interpretación del relato,[39] encontramos indudablemente en él la intervención de Dios contra la loca tentativa humana de elevarse hasta el cielo. Reaparece el antiguo afán de Lucifer por igualar a Dios. De hecho, nunca se ha extinguido. La voluntad de construir el mundo sin reconocer al verdadero Dios es más persistente que nunca. Más profunda también la confusión en todos los ámbitos. Jesús anuncia un tiempo en que «se angustiarán las gentes» (Lucas 21:25). El texto original sugiere la idea de un punto muerto. ¿No tienen la impresión de que ya nos encontramos en él?

Por medio de la confusión de las lenguas, Dios ha querido detener la locura del orgullo. Sin embargo, a fuerza de ciencia y de técnica, obstinándose en comer el fruto del conocimiento, la humanidad se empeña en gobernar el mundo. Resultado: se encierra en un callejón sin salida. El pecado ahonda cada vez más la profundidad del abismo entre nosotros y la única fuente de vida. Génesis 3 describe la caída del hombre; Génesis 11 presenta la caída de la humanidad.

> «Los arrebatos de la cólera de Dios no han bastado para conducir a los hombres al arrepentimiento y a la obediencia. Hará falta otra cosa a lo largo de los siglos siguientes. Será necesario un pueblo escogido para recibir la revelación de la Ley; será preciso, sobre todo, que Dios mismo

---

[38] (N. del E.). Talmud de Babilonia, *Sanedrín* 109a. Ver «Babylonian Talmud: Tractate Sanhedrin», acceso el 18 de mayo de 2018, www.come-and-hear.com/sanhedrin/sanhedrin_109.html.

[39] *Cf*. Hubert BOST, *Babel, du texte au symbole,* Labor et Fides; Ginebra, 1985.

> descienda a la tierra; ya no para destruir la torre de Babel, sino para venir en persona –en Jesucristo– a anunciar la gracia, el amor y la salvación de todos los que se arrepientan y crean.»[40]

2.2. Los reyes de Babilonia y de Tiro

Después de Adán y los hombres de Babel, descubrimos a los reyes de Babilonia y de Tiro, que encarnan el pecado en su más precisa magnitud, el ataque a Dios. El primero decía en su corazón: «Escalaré los cielos, por encima de los astros divinos levantaré mi trono […] me igualaré al Altísimo» (Isaías 14:13,14). Se le llama Lucero, nombre aplicado generalmente a Venus, la estrella de la mañana, la más brillante de todas. Lucifer es el nombre latino correspondiente. Algunos Padres de la iglesia, como Tertuliano y Jerónimo, vieron en él el símbolo de Satanás.

En cuanto al rey de Tiro, él proclamaba también con arrogancia: «Soy Dios» (Ezequiel 28:2). El profeta Ezequiel describe minuciosamente todos los privilegios de los que lo había colmado el Eterno, hasta el día en que se entregó al pecado. Algunos detalles del texto avivan la curiosidad. El personaje en cuestión estaba en Edén, el huerto de Dios (v. 13). Era un querubín protector de alas extendidas (v. 14). Directamente creado por Dios, era íntegro en sus caminos (v. 15). Pero habiendo sido empujado por su pecado a la injusticia y a la violencia, fue desterrado de la montaña de Dios (v. 16). ¿Es posible aplicar todos estos rasgos a un hombre de una forma literal? Resulta tan poco probable, que la tradición ha visto también en el rey de Tiro un tipo de Satán. Por consiguiente, para la Biblia la naturaleza del pecado no cambia cuando se pasa de los hombres, en el plano natural, a Satanás, en el plano sobrenatural. Se trata siempre de rechazar a Dios como Dios, en una voluntad sobrehumana de autonomía moral. El propósito del diablo ante Jesús, en el desierto de la tentación, sigue siendo ponerlo a sus pies: «Te daré todo eso –es decir, todos los reinos de mundo– si te postras y me rindes homenaje» (Mateo 4:9). La respuesta de Cristo está exenta de ambigüedad: hay que adorar a Dios y solo a él. Sin ello, no es posible ninguna felicidad en el mundo.

---

[40] Frank MICHAELI, *Le livre de la Genèse*, *op. cit.,* p. 103.

2.3. El pecado en el drama de la alianza con Israel

Hemos visto ya el pecado fuera de Israel. Vamos a considerar ahora qué representa en las relaciones de Israel con su Dios. Recordemos que el Antiguo Testamento posee para ello una gran variedad de términos. Su trascendencia religiosa conlleva a menudo un sentido profano. Veamos los principales, según P. Van Imschoot y Gerhard von Rad, especialistas en Antiguo Testamento.[41]

- *ḥet' [jet]*, *ḥata' [jata]*, *ḥata'ah [jataah]* = errar el blanco (Jueces 20:16); dar un paso en falso (Proverbios 19:2); no conseguir lo que se busca (Job 5:24). De ahí el sentido de faltar a una norma (Génesis 20:9; Jueces 11:27). La palabra designa a menudo una falta contra Dios, por ejemplo, una transgresión de la ley (Éxodo 9:27). El sentido de la ley es indicar el camino de la felicidad; el pecado consiste en desviarse hasta el punto de fallar el objetivo que el Señor desea.
- *'avon* = el hecho de estar torcido, desviado del camino; y, en el sentido religioso, la iniquidad, la falta, el pecado (Éxodo 20:5; Salmos 31:11; 51:7).
- *pesha'* = rebelión. Este vocablo (mencionado 86 veces) no ha encontrado lugar en el lenguaje litúrgico. Pertenece más bien al lenguaje político, en el que se refiere a la rebelión. Sin embargo, es el más fuerte y el más expresivo, especialmente en boca de los profetas (1 Reyes 12:19; Isaías 1:2; 43:27).
- El verbo *rasa'* = ser culpable, no tener razón (Job 10:15).

Aparentemente, este vocabulario surgió del empleo profano y jurídico. Sin embargo, como la vida social estaba impregnada de religión, el pecado fue concebido también como un ataque a las relaciones sagradas. Se trata de una desobediencia a Dios, una transgresión de la voluntad de Yahvé. «Puesto que es Yavé en persona quien impone el respeto hacia la persona y los derechos del prójimo, toda falta contra un hombre es también una

[41] P. VAN IMSCHOOT, *Teología del Antiguo Testamento,* Fax, Madrid pp. 661-664. Gerhard VON RAD, *Teología del Antiguo Testamento,* Sígueme, Salamanca, 1975, vol. 1, pp. 331-342.

desobediencia a Dios.»[42] El ejemplo clásico se encuentra en el salmo en que David reconoce con dolor su gran falta: «Contra ti, contra ti solo pequé» (51:6[4]).

Para enfatizar mejor su culpabilidad, el salmista acumula tres términos: *pesha'* = rebelión, desarraigo de Dios (51:1); *'avon* = mancha, inversión de lo que está bien (51:2,7); y *hata'* = falta, extravío, aberración (51:6). (Ídem en 32:5). El pecado es siempre tanto traición a Dios como perjuicio al hombre. «Toda falta afecta necesariamente al Autor de la ley moral.»[43]

Hemos de formular aún una advertencia tanto más importante cuanto que es completamente extraña a nuestras ideas actuales. Hoy en día tendemos a limitar el pecado a la misma mala acción. Y como la psicología domina el arte de explicarlo todo, la misma noción de pecado se vuelve etérea. ¡Qué evolución! Los antiguos estaban convencidos de que un acto malo libera un poder maligno que tarde o temprano se vuelve contra el culpable o contra su entorno. Desde este punto de vista, las represalias que alcanzan al malvado no constituyen en absoluto una retribución jurídica vindicativa.

> «Es, más bien, una irradiación del mal que sigue actuando y se extingue solo en la retribución misma. […] Presupone, por el contrario, la proporción más estrecha posible entre la acción y sus consecuencias; se trata de un proceso que en virtud de un poder intrínseco, tanto al bien como al mal, desemboca en un resultado bueno o malo. Este era para Israel un orden fundamental; Yahvé lo había instaurado y vigilaba por su funcionamiento regular. Él "hace recaer la conducta del malvado sobre su propia cerviz" (1 Reyes 8:32).»[44]

Esta idea fundamental reaparece constantemente. El pecado tiene efecto bumerán. El que desenvaina la espada contra otro la verá un día penetrar en su propio corazón (Salmos 37:15; 7:15,16; Números 32:23; Proverbios 5:22; 14:32; Isaías 24:5,6; Jeremías 2:19). Inevitablemente, quien transgrede las leyes de las cuales depende su felicidad edifica su pro-

---

[42] P. VAN IMSCHOOT, *Teología del Antiguo Testamento, op. cit.*, p. 669.

[43] Louis JACQUET, *Les Psaumes et le cœur de l'homme*, Duculot, Namur, 1977, tomo II, p. 165.

[44] Gerhard VON RAD, *Teología del Antiguo Testamento*, *op. cit.*, vol. 1, pp. 334, 335.

pia desdicha. Como señala acertadamente Gerhard von Rad: «Lo dicho indica que nuestra distinción entre el pecado y el castigo no corresponde en absoluto con la mentalidad del Antiguo Testamento.»[45] Hasta el punto de que la misma palabra puede designar el pecado como acto al mismo tiempo que su consecuencia, el castigo, o su sanación mediante el sacrificio de culpabilidad.

Entendido de esta forma, el pecado interrumpe el contacto con Dios; ya que el compromiso de Dios en la alianza reclama imperativamente la respuesta del hombre. Así pues, el pecado se opone a Dios, quien se entrega. Se equipara a la ruptura de la relación conyugal (Jeremías 3:1,2). Es como una negación de la vocación. Si para el hombre es trágico, al tratarse de Dios el sufrimiento es grande, como lo prueban las primeras líneas del libro de Isaías: «Hijos he criado y educado, y ellos se han rebelado contra mí. Conoce el buey a su amo, y el asno el pesebre de su dueño; Israel no conoce, mi pueblo no recapacita. ¡Ay gente pecadora…» (Isaías 1:2,3).

Desde esta perspectiva, Dios mismo experimenta un perjuicio a consecuencia de la rebelión de sus criaturas. No es ni indiferente ni impasible. Dios no es un Buda.

2.4. La promesa

El relato de la caída en Génesis 3 no acaba sin una promesa. Babel tiene también su contrapartida en el Pentecostés, donde la confusión desaparece gracias al don de lenguas. ¿Dónde está la fisura hecha a la alianza de Dios con Israel? Tenemos la impresión casi física de no poder salir de ahí. Jeremías habla del pecado que se adhiere a la piel: «¿Puede un etíope cambiar de piel o una pantera de pelaje? Igual vosotros: ¿podréis enmendaros, habituados al mal? Los disiparé como tamo arrebatado por el viento de la estepa» (Jeremías 13:23,24).

Afortunadamente, la misericordia divina es inescrutable. Se anuncia una nueva alianza: «Meteré mi Ley en su pecho, la escribiré en su corazón, yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo» (Jeremías 31:33). David había comprendido ya magistralmente hacia dónde debía conducir el remedio:

---

[45] *Ibidem*.

«Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme […] Los sacrificios no te satisfacen, si te ofreciera un holocausto, no lo querrías. Sacrificio para Dios es un espíritu quebrantado, un corazón quebrantado y humillado» (Salmos 51:12,18,19).

Jesús también lo afirma: «Porque del corazón salen las malas ideas: los homicidios, adulterios, inmoralidades, robos, testimonios falsos, calumnias. Eso es lo que mancha al hombre» (Mateo 15:19,20). Por consiguiente, para sanar al hombre solo existe un remedio eficaz: hay que cambiar su corazón. Y esta es, en efecto, la promesa: «Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Os infundiré mi espíritu y haré que caminéis según mis preceptos y que pongáis por obra mis mandamientos» (Ezequiel 36:26,27).

2.5. Conclusión

En resumen, el pecado está en todas partes, tanto entre los paganos como en el propio Israel, enraizándose siempre en un rechazo de Dios y adoptando matices más o menos dantescos. Se trata sin duda de una orgullosa reivindicación de autonomía personal y, por tanto, de la seguridad de no tener que rendirle cuentas a nadie. Pero el pecado actúa como un bumerán, libera un poder nocivo, destruye al pecador y arrastra a la perdición a toda la creación. Deforma y corrompe la naturaleza humana. Desde ese momento, «si se trata con clemencia al malvado, no aprende justicia: en tierra de honradez obra mal, sin ver la grandeza del Señor» (Isaías 26:10). ¡Nada de gracia barata! La única solución consiste en rehacer al hombre. Es necesario restablecer, a nivel espiritual, el vínculo primero que lo unía a la fuente de vida y de sabiduría. Dios debe, pues, empeñarse en volver a poner en nosotros su Espíritu y, para ello, cambiar nuestro corazón.

No olvidemos tampoco la influencia misteriosa y maléfica de aquel que se disfrazó de serpiente y al que la Biblia llama diablo y Satanás. Para rehabilitar al hombre, hay que tener en cuenta este poder y aniquilarlo (Apocalipsis 12:7-12; Hebreos 2:14).

Así pues, el estudio de la evolución del pecado después de la caída confirma los defectos que hemos apuntado en las principales teorías que

han intentado explicar la muerte de Cristo por nosotros. Las que se basan en un argumento jurídico no conducen a la metamorfosis del hombre. Las otras, que han comprendido la necesidad de volver a guiar al hombre a Dios, han subestimado la empresa, estancándose en un plano moral. Una enseñanza magistral, un ejemplo sin defecto, e incluso la prueba de amor más sublime, no conseguirían sanar al hombre y restablecer el orden en el universo. Se impone una intervención *recreadora* por parte de Dios.

3. Vocabulario referido al pecado en el Nuevo Testamento

Al pensar en el pecado, el lector atento del Nuevo Testamento recuerda inmediatamente la definición propuesta por el apóstol Juan: «El pecado es transgresión de la ley» (1 Juan 3:4, NC). Sin embargo, «el pecado no es simplemente una brecha externa abierta en la letra de la ley, sino una condición interior y profunda de la mente, la disposición, los hábitos y el carácter, de donde proceden todos los actos pecaminosos.»[46] Al igual que la enfermedad física, el pecado reviste una infinidad de formas distintas.

3.1. Términos principales

El teólogo anglicano Richard C. Trench, especializado en griego bíblico, escribe:

> «El pecado puede ser considerado desde un número infinito de facetas, y en todas las lenguas se le ha conceptuado así; pero como su diagnóstico pertenece sobre todo a la Escritura, en ninguna otra parte podemos esperar encontrar el pecado analizado desde tantos ángulos, ni representado bajo tantas imágenes. Se le verá comparado a una flecha que no alcanza el blanco, es entonces *hamartia* o *hamartêma*; a la acción de franquear, de traspasar un límite, en ese caso *parabasis*; a la transgresión de un mandamiento, tenemos entonces *parakoé*; a una caída cuando era necesario permanecer de pie, lo que da *paraptôma*; a la ignorancia de lo que hubiera hecho falta saber, será *agnoema*; a la disminución de lo que debía ser reproducido en toda su extensión, lo que se traduce por *hêttêma*; a la violación de una ley, *anomia* o *paranomia*; a una falsa nota en la armonía de las esferas celestes, y entonces tenemos *plêmmeleia*. Se

[46] *Comentario Bíblico Adventista del Séptimo Día*, Pacific Press Publishing Association, Boise, Idaho, 1988, vol. 6, p. 545.

puede todavía examinar el pecado desde otras perspectivas casi innumerables.»[47]

3.2. Ejemplos

Algunos ejemplos permitirán esclarecer esta larga enumeración. Los escogeremos casi todos en la notable exposición de Pablo a los Romanos, de la que hemos partido, afirmando, gracias a él, que el pecado tiene una historia, y esta historia un principio.

- *Hamartia*, no alcanzar el objetivo, pecado (Romanos 5:12).
- *Parabasis*, sobrepasar, transgredir (Romanos 5:14).
- *Parakoê*, no atender, desobediencia (Romanos 5:19).
- *Paraptôma*, desviación, caída, falta (Romanos 5:15).
- *Agnoêma*, ignorancia, falta (Hebreos 9:7).
- *Hêttêma*, fracaso, derrota, mengua o merma (Romanos 11:12).
- *Anomia*, violación de la ley, iniquidad (Mateo 7:23).
- *Plêmmeleia*, nota equivocada, desacuerdo, infidelidad (Levítico 5:15).[48]

3.3. Consecuencias

El apóstol Pablo insiste en las consecuencias universales de la caída original. No habla de una culpabilidad moral que afecte automáticamente a todos los hijos de Adán. Por el contrario, subraya que el pecado de la primera pareja condenó a su descendencia a nacer separada de Dios. Y esta situación implica una tendencia natural a vivir sin Dios, en el pecado. De manera que todos los hombres, cualquiera que sea por otra parte su valor moral, se encuentran en una situación de insolvencia, todos mortales; de ahí la necesidad de un salvador. No hace falta ser criminal o corrupto para tener necesidad de una ayuda externa. ¿Nos encadena a la muerte el simple

---

[47] Richard-Chenevix TRENCH, *Les synonymes du Nouveau Testament*, C. Muquardt, Bruselas, 1869, pp. 226, 227. Reimpreso en 1984 por Copiexpress, Quebec, Quebec, Canadá, pp. 266, 267.

[48] No existe en el Nuevo Testamento. *Cf*. Alfred-Félix VAUCHER, *Historia de la Salvación*, Safeliz, Madrid, 1988, p. 155.

hecho de pertenecer a la humanidad? Nadie escapa de ella. Como bien dijo François de Malherbe:

> «El pobre que se refugia en su humilde choza
> está sometido a sus leyes;
> y la guardia que vela a las puertas del Louvre
> no defiende [de ella] a nuestros Reyes.»[49]

Llegamos así a la conclusión del profesor Walter Grundman, al final de una larga y minuciosa investigación sobre el pecado en la Biblia, publicada por el prestigioso diccionario teológico del Nuevo Testamento *(TDNT)*. Tras haber declarado que la victoria de Cristo sobre el pecado constituye el punto culminante de la Revelación, concluye:

> «Nuestras reflexiones han confirmado esta visión en tres aspectos. Hemos observado:
>
> *a)* que el pecado es la realidad que, de manera inhumana, determina el estado del mundo;
>
> *b)* que el pecado es esencialmente el rechazo del derecho de Dios, como consecuencia de la reivindicación personal del hombre, no solo en algunas manifestaciones de carácter prometeico,[50] sino en virtud de su propia naturaleza, que atañe a todos los hombres;
>
> *c)* que la remisión de los pecados resume toda la redención.
>
> Esto es lo que distingue al Nuevo Testamento del judaísmo.»[51]

---

[49] MALHERBE, François de, *Poésie, XI, Consolation à M. Du Périer, gentilhomme d´Aix-en-Provence, sur la mort de sa fille.*

[50] (N. del T.) Walter Grundmann hace alusión al mito de Prometeo. Según este, el titán habría dado forma a un hombre con barro y le habría comunicado la vida robando una centella al carro del sol. Indignado, Júpiter le envió a Pandora, y con ella a todos los males que desde ese momento afligen a la humanidad. El relato mitológico presenta a Prometeo enseñando a los hombres a construirse casas, imponer el yugo a los animales para aprovecharse de su fuerza, conocer las artes de la navegación y los rudimentos de la botánica, oponiéndose de este modo a los dioses y provocando sus celos.

[51] *Theological Dictionary of the New Testament,* Gerhard KITTEL, Editor, traducido por Geoffrey W. BROMLEY, 1978, vol. 1, p. 316. En lo sucesivo, nuestras referencias a esta obra aparecerán bajo las siglas *TDNT*.

4. Resumen y diagnóstico

Hemos analizado la caída en el huerto de Edén y atisbado la evolución del pecado tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. De este estudio se desprende que el pecado afecta al hombre infligiéndole una enfermedad mortal de la cual no puede curarse por sí mismo.

> «El pecado es esencialmente una desobediencia a la voluntad de Dios. Pero puede ser una transgresión puramente material, así como también voluntaria y formal de un precepto divino, una transgresión de orden ritual o moral. Puede representársele como una mancha cuasi física que mancilla al hombre, le hace impuro, es decir, le excluye del culto, le hace inepto para acercarse al Dios Santo; o como una rebelión consciente que le aparta, le separa de Dios.»[52]

Por tanto, a partir de entonces, todo acceso a la vida eterna le es imposible. Yerra el blanco, que consiste en vivir feliz, en armonía. Su integridad vital está comprometida.

Insistamos en la universalidad del pecado comprendido como una privación de existencia. En lo que concierne a este tema, se ha hablado de la «esencialidad» del pecado. En Adán, la humanidad entera pierde el acceso al árbol de la vida. Incluso los hombres más santos padecen esta situación. A causa de la caída, el hombre está, por naturaleza, sin Dios, privado de Dios.

Gaston Frommel consigna, con gran lucidez, la siguiente declaración:

> «1. Siendo el hombre impotente, es decir, caído, la salvación deberá conferirle un nuevo poder moral, es decir, una regeneración.
>
> »2. Siendo el hombre culpable, la salvación deberá conferirle una nueva justicia, es decir, habrá de consistir en un perdón que aniquile el pecado.
>
> »3. Siendo el hombre a la vez culpable e impotente, esta salvación no podría llegar al hombre desde el mismo hombre, sino solo de Dios.
>
> »4. Pero existiendo aún el hombre y permaneciendo destinado a la vida y a la libertad morales, esta salvación no podría venir de Dios al hombre sin el hombre (sin que el hombre participara en ella voluntariamente).»[53]

---

[52] P. VAN IMSCHOOT, *Teología del Antiguo Testamento, op. cit.,* pp. 705, 706.

[53] Gaston FROMMEL, *L'expérience chrétienne*, *op. cit.,* vol. 3, p. 172.

Toda teoría que pretenda dar cuenta de la muerte de Cristo desatendiendo uno u otro de estos factores, debe ser considerada parcial, arbitraria y carente de validez.

Capítulo 2

La ira de Dios

1. Dios a imagen del hombre

Ante el pecado del mundo, los teólogos han hablado a menudo de la necesidad de apaciguar la ira divina. ¿Por qué motivo? La Biblia se refiere con frecuencia al furor de Dios. En el Antiguo Testamento, 375 pasajes lo mencionan, frente a 80 solamente que hacen referencia a la cólera humana. Esa misma ira divina aparece al menos 24 veces en el Nuevo Testamento, en tanto que la cólera de los hombres se cita en solo 8 ocasiones. Sí, Dios monta en cólera, se venga[54] (Salmos 94:1; Nahum 1:2; Isaías 61:2; 63:4; Jeremías 46:10) y puede incluso experimentar odio (Amós 5:21). Pero no nos escandalicemos antes de tiempo, la magia de las palabras ha de ser descifrada…

1.1. La forma de Dios: Antropomorfismo

Cuando Dios se presenta delante de los hombres, escoge la apariencia humana.

> «Pero, si […] el ser divino es percibido como si fuera un hombre en cuanto a su cuerpo y a sus actos, ¿por qué no seguir por ese derrotero aún más allá y hablar de sus sentimientos en términos idénticos a los que se emplean para la existencia humana? Esto es exactamente lo que constatamos en el Antiguo Testamento cuando los escritores de la antigua literatura israelita y judía desean traducir las relaciones afectivas y las expresiones del pensamiento del Eterno, Dios de Israel.»[55]

1.2. Los sentimientos de Dios: Antropopatismo

Llamamos antropomorfismo al hecho de comparar a Dios con los hombres en el plano corporal. Cuando se presentan sus *sentimientos* en lenguaje

---

[54] En griego, *venganza* se traduce por *ekdikesis*, que contiene la palabra *diké* = justicia. Schrenk señala que Romanos 12:19 no significa «no busquéis la justicia por vosotros mismos», ya que el juicio de Dios que aceptamos hace las veces de venganza (SCHRENK, *TDNT*, vol. 2, p. 444).

[55] Frank MICHAELI, *Dieu à l'image de l'homme*, Delachaux et Niestlé, Neuchâtel, 1950, p. 36.

humano, se produce el antropopatismo. La Biblia recurre a él sin miramientos. Si buscara un lenguaje que solo se aplicara a Dios, no podría ser entendida. Corresponde, pues, al lector hacer el esfuerzo de trasladar los términos a su propia cultura con objeto de interpretar la intencionalidad del mensaje.

Para expresar la ira de Dios suscitada por el pecado de los hombres, predominan las imágenes insospechadas o incluso violentas. Dios se exalta, se exaspera, sus labios rebosan furor, su lengua es como un fuego devorador, su aliento como un torrente desbordado (Isaías 30:27,28). Es grande, entonces, la tentación de pretender que estamos todavía bajo la antigua dispensación, a la que el Nuevo Testamento trasciende y supera. Sin embargo, este no es seguramente el caso. Una concordancia permite convencerse fácilmente de ello.

2. Consonancia entre el amor y la ira

2.1. Juan el Bautista

Juan el Bautista hace una de las declaraciones más explícitas respecto a este asunto: «el que cree en el Hijo tiene vida eterna, pero el que se niega a creer al Hijo, no verá [la] vida sino que la ira de Dios persiste sobre él» (Juan 3:36, CI). Este capítulo 3 del Evangelio según Juan es uno de los más brillantes. Se ha dicho, con razón, que la conversación de Jesús con Nicodemo equivale al Sermón de la Montaña. El versículo 16, seguramente en la memoria de todos, es sublime: «Tanto amó Dios al mundo». Y, sin embargo, el apóstol Juan no duda en conjugar este pasaje con el testimonio de Juan el Bautista, cuya conclusión desemboca en la ira. El sentido es claro: es imposible prescindir de Cristo. Quien no afianza su vida sobre él, se expone a «la ira».

2.2. Pablo

Después de Juan, el apóstol del amor, veamos a Pablo, el cantor de la gracia, el poeta de la caridad. –Para él, «se revela la ira de Dios desde el cielo contra toda clase de impiedad e injusticia de [los] hombres que con [su] injusticia tienen maniatada la verdad» (Romanos 1:18, CI). El evangelio nos ofrece un «apocalipsis», una revelación de la justicia de Dios. Y, paralelamente, el cielo desvela la ira de Dios.

A simple vista, esta consonancia entre la ira y el evangelio sorprende. ¿No es este el momento preciso para exonerar a Dios de todas las sombras paganas que se ciernen sobre él? Tal vez. Pero no perdamos la perspectiva. Esta noción de cólera expresa un aspecto fundamental y esencial del carácter divino. Sin ella, Dios ya no sería Dios. Porque, ¿qué sería de un Dios indiferente al mal? ¿Podemos imaginar a Dios adoptando la misma actitud en presencia de Hitler y del doctor Schweitzer? ¿Mostrándose igualmente comprensivo con ambos? No. Es imposible. Esperamos una reacción legítima y necesaria frente al mal. No obstante, este es exactamente el sentido continuo que implica la cólera de Dios.

2.3. La ira transformada: No violencia

Además, puesto que el antropopatismo se inspira en los sentimientos humanos, situémonos también en el nivel del hombre para intentar comprender. Los hindúes hablan de la soga del rey hecha con una hebra de amor y una hebra de ira entrelazadas una con otra. Asociar el amor con el bien y la ira con el mal sería muy simple, pero considerablemente falso. Porque sin la capacidad de enfurecerse, el hombre perdería toda virtud. Carecería de orgullo, de dignidad, de justicia, de valor. Sería incapaz de trabajar, de emprender, de arriesgar, de indignarse frente a los desórdenes. En una palabra, sería un enclenque, flojo como la cuerda destensada de un arco, que no sirve para lanzar una flecha.

No es menos cierto que la cólera conduce al hombre a henchirse de soberbia, a enfurecerse, a caer en el crimen. La irascibilidad es un aspecto de la naturaleza humana en estado de caída, separada de Dios. Pero el amor no transformado, los sentimientos naturales, comportan también su reverso negativo. Los afectos naturales son peligrosos por su impureza, su versatilidad, su limitación. Amar es preferir; y preferir es ser injusto. Además, nuestras emociones son volubles, siempre listas para convertirse en su opuesto. Por esa razón el amor y el odio se entrecruzan frecuentemente. De ese modo, el amor, que es el bien más grande del mundo, se convierte a menudo en fuente de innumerables crímenes y desgracias. Para estar al servicio del Espíritu, el amor debe ser transformado. La ira también. Debe constituir la fuerza de la no violencia: resistencia al mal sin participación en él; capacidad viril y espiritual de oponerse al mal, sin dejarse corromper

uno mismo por ninguna de las múltiples formas del mal. Este era uno de los temas preferidos de Lanza del Vasto cuando predicaba a favor de la no violencia: reparación de las injusticias por el poder del sacrificio, victoria sobre los malvados mediante la paciencia para soportar su crueldad, capacidad de padecer un daño mayor, si es necesario, con el fin de procurar despertar las conciencias ofuscadas.

Quien reacciona contra el malvado empleando sus mismas armas le está demostrando que tiene razón. Porque, ofuscado en lo relativo a su propia condición, se mantiene lúcido para juzgar la de los demás. La ira responde a la ira y multiplica los golpes de los que se culpa a la necedad humana. Pero, transformada, la cólera rehúsa entrar en el terreno de las reacciones. No se niega a actuar, sino a actuar mal, es decir, a añadir un mal al mal. La ira se convierte entonces en el aguijón necesario del Espíritu que se esfuerza por obtener una apertura de conciencia justa y leal.

Vista desde esta perspectiva, la cólera es una virtud distintiva del hombre honesto y valiente, bien conocido por su rectitud, ante cuya presencia uno se domina desde el primer momento sabiendo que no permanecerá indiferente a las palabras, a los comportamientos y a los actos. Estamos lejos de la falta de control, según la concepción habitual, que desborda crispación y gestos agresivos. Esta cólera es pecado; aquella de la que estamos hablando combate el pecado.

3. Los ojos de Dios son demasiado puros para ver el mal

3.1. Basta de gracia barata

Dios es tardo para la ira (Números 14:18, RV60). Pero, cuando esta se enciende (Números 11:1,10,33), el pecador tiembla, porque su ira es ardiente (Números 25:4, RV60). Por tanto, es primordial obtener la justicia de Dios, aquella que se consigue por medio de la fe: «Pues, se revela la ira de Dios desde el cielo contra toda clase de impiedad e injusticia de [los] hombres que con [su] injusticia tienen maniatada la verdad» (Romanos 1:18, CI). En el texto original, este versículo está introducido por la conjunción «porque» o «en efecto», mostrando la relación de causa-efecto entre la ira y la justicia mencionadas anteriormente. En otras palabras, la justicia de Dios se revela como ira hacia los hombres pecadores, con el fin de

que su misericordia pueda alcanzarlos también. «La ira no es más que la afirmación intensa de sí mismo por parte de Dios, de su santidad, esto es, de su horror al pecado. Excluye todo aquello que es contrario a Dios, a la comunión con Dios, es decir, a la fuente de toda la vida.»[56] Cómo no pensar en las palabras del profeta Habacuc: «Tus ojos son demasiado puros para estar mirando el mal, no puedes estar contemplando la opresión: pues, ¿por qué contemplas en silencio a los traidores, al culpable que devora al inocente?» (Habacuc 1:13).

Repitámoslo, la revelación de Dios solo puede penetrar el espíritu y el corazón del hombre a través de las imágenes tomadas de su propio desarrollo afectivo e intelectual. El hombre pecador debe comprender plenamente que Dios nunca podrá conformarse con su pecado. Toda concepción de la salvación que no desemboque en la conversión total del hombre carece de valor. La gracia barata ignora la verdadera gracia. Porque «si se trata con clemencia al malvado, no aprende justicia: en tierra de honradez obra mal, sin ver la grandeza del Señor» (Isaías 26:10). Sin duda alguna, Dios, en su amor, no desea que el malo muera; pero, como en él el amor y la justicia están indisolublemente unidos, Dios exige la conversión. «Si el malvado se convierte de los pecados cometidos y guarda mis preceptos y practica el derecho y la justicia, ciertamente vivirá y no morirá. [..] ¿Acaso quiero yo la muerte del malvado –oráculo del Señor– y no que se convierta de su conducta y que viva?» (Ezequiel 18:21,23) Veremos más adelante cómo este resultado se convierte en el fruto último de la auténtica gracia, y no de la voluntad del hombre.

Una enseñanza similar aparece en el Nuevo Testamento. La predicación de Juan el Bautista se basa en la necesidad de arrepentimiento (Mateo 3:7-12)**.** Desde su aparición, Jesús emplea el mismo lenguaje (Mateo 4:17); también los apóstoles después de Pentecostés (Hechos 2:38; 3:19). La salvación no es un recurso misterioso que pretende apaciguar la ira divina. Se trata, sin embargo, de una heroica intervención del cielo en la tierra para reconducir al hombre a la razón. Antes de ser salvado, el hombre está condenado, pero con el objetivo de ser salvado. Únicamente recurre a la gracia

[56] F. Hermann KRUEGER, *Les huit premiers chapitres de la lettre de Paul aux Romains*, G. Bridel, Lausana, 1899, p. 124.

quien se siente y se sabe perdido. Experimentar hoy la ira de Dios es el paso obligado para escapar de la cólera escatológica. Si los cristianos se parecen con demasiada frecuencia a cualesquiera otros hombres, hasta el punto de que la iglesia pierde por ello toda su credibilidad, es seguramente en gran parte porque se les ha enseñado que su salvación se lleva a cabo misteriosamente al margen de su propia vivencia.

Se dice a menudo: «Dios es bueno», para reconocer subrepticiamente: «Es débil. Su perdón es una complacencia con el mal que yo deseo seguir practicando.» Como si fuera posible estar al mismo tiempo en paz con Dios y con el diablo. Las Escrituras contradicen tajantemente esta idea.

3.2. Éxodo y juicio final

Para comprenderlo aún mejor, situémonos en la travesía del Mar Rojo por el pueblo de Israel desde la salida de Egipto.

> «Sabemos que el Éxodo constituye el acontecimiento central de la historia de Israel. A partir de ahora, los profetas se referirán a él constantemente. Confesión de fe de todo el pueblo hasta el final de los tiempos, […] es verdaderamente la *reshit* de la historia, es decir su primicia (*sic)* y su cumplimiento. La escatología no puede ser más que un *exodus redivivus*.»[57]

¿Es el fin del mundo un nuevo éxodo? Desde luego. Por consiguiente, reflexionemos en la advertencia de Roland de Pury:

> «El mar que se ha abierto ante el pueblo elegido vuelve a cerrarse sobre los egipcios y se los traga; en el momento en que rozan su victoria, alcanzan su ruina. Esta vez Dios ha dicho su última palabra. Ha pronunciado su justo juicio. La sentencia no admite apelación. Porque Dios quiere salvar a Israel y no puede hacerlo sin perder a los egipcios. O bien, realmente, Dios no es nada ni para los unos ni para los otros y abandona indefinidamente las cosas; o bien es el Salvador de Israel y por ello el Juez de los egipcios. […] La salvación de Israel marca ahora el límite de la paciencia de Dios con respecto a los egipcios, como en los últimos días la salvación de la iglesia marcará el límite de la paciencia divina con respecto al mundo, el fin del tiempo de la Cruz. Así, esta travesía del Mar Rojo no es más que una anticipación de los últimos

[57] André LACOCQUE, *Le devenir de Dieu*, Éditions Universitaires, París, 1967, p. 161.

> tiempos, una profecía del gran día en que Dios perderá la paciencia, cerrará la puerta al viejo hombre y hará nuevas todas las cosas.»[58]

La cólera de Dios se había manifestado en Egipto, como muchas otras exhortaciones a la conversión, a través de las plagas. Pero no fue escuchada. Por tanto, este fue el último resplandor, preludio del fuego del último juicio, del cual vemos seguidamente la descripción hecha por el apóstol Juan tras una visión:

> «Bajó fuego del cielo y los devoró. Al diablo que los había engañado lo arrojaron al lago de fuego y azufre con la fiera y el falso profeta […] y cada uno de ellos fue juzgado por sus obras. A la muerte y al abismo los echaron al lago de fuego. El lago de fuego es la segunda muerte. Y a todo el que no estaba escrito en el registro de los vivos lo arrojaron al lago de fuego» (Apocalipsis 20:9-15).

Los egipcios, obstinadamente rebeldes, fueron destruidos en el Mar Rojo; Satanás y sus acólitos serán destruidos en el mar de fuego.

Recordemos que el amor de Dios es inseparable de su justicia, la cual, frente a toda rebelión, se convierte en ira, o victoria definitiva sobre el mal. La expresión empleada a menudo por los profetas «día de la ira» se refiere siempre al juicio final, único medio de asegurar definitivamente la liberación y la libertad de los hijos de Dios. Sin cólera, Dios ya no sería Dios, y el bien no tendría la última palabra. ¿Cómo imaginar a gente no regenerada en el Reino restaurado? El conflicto de los siglos volvería a empezar enseguida. También acaso el hombre está completamente seguro de que deben actuar el amor y la cólera del Señor. Se comprende mejor por qué la ira *persiste* sobre quien se niega a creer en Cristo (Juan 3:36, CI).

En definitiva, en relación con los pecadores convertidos, el amor-justicia es el cumplimiento de las promesas en el marco de la alianza. Por el contrario, el amor-justicia se manifiesta «en ira» en la destrucción final como único medio para poder asegurar sus promesas a los elegidos.

---

[58] Roland DE PURY, *Le Libérateur*, Publication du Conseil Protestant de la Jeunesse, París, 1945, pp. 47, 48.

4. Ira, peso de la justicia y tristeza del amor

La ira:

> «…es la medida de seriedad y de atención que Dios otorga a su creación, y en primer lugar a sus obras más valiosas. Es la dimensión divina del mal que produce el hombre. […] La ira divina es la otra cara de su atención creadora. Pero su cólera no es su justicia: la cólera revela el pecado del hombre; la justicia, el rostro de Dios.»[59]

Meditemos en esta reflexión de Paul Ricoeur:

> «Esta Ira ya no es la venganza de los tabúes, ni el resurgir del caos originario, tan viejo como los más viejos dioses, sino la Ira de la Santidad misma. Sin duda, todavía queda mucho camino por recorrer antes de comprender o adivinar que la Ira de Dios solo es la tristeza del amor; será preciso que esa Ira se convierta a su vez y se transforme en el dolor del "Siervo de Yahvé" y en el rebajamiento del "Hijo del Hombre".»[60]

Verdaderamente, solo en Cristo desaparece la tensión entre la cólera de Dios y su amor. Como bien dijo Ignacio, uno de los primeros padres apostólicos, discípulo de Juan: «Porque, una de dos: o hemos de temer la ira venidera o amar la gracia presente.»[61]

---

[59] J. GUILLET, «Justice-Foi-Loi», en *La Vie de la Parole: De l'Ancien au Nouveau Testament*, Desclée, París, 1987, p. 350.

[60] Paul RICOEUR, *Finitud y culpabilidad*, Trotta, Madrid, 2011, p. 227.

[61] IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Carta a los Efesios*, XI, I, en Daniel RUIZ BUENO, *Padres apostólicos y apologistas griegos (s. II),* Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2002.

Capítulo 3

El léxico de la redención

La reacción del Eterno ante la situación desesperada del hombre se expresa por medio de un vasto y significativo vocabulario. Pretender un análisis exhaustivo de él sería poco menos que una utopía. Sin embargo, conviene presentar los principales términos.

1. El Antiguo Testamento

1.1. La salvación

El hombre, en estado de caída y convertido en pecador, tiene necesidad de una salvación. Esta noción se expresa, sobre todo, por el verbo *yasha'*, que significa en primer lugar *estar a gusto*; después, en un contexto médico, curarse de una enfermedad; en un contexto social, estar contento; y, en el plano religioso, estar liberado del juicio. Frank Michaeli, de quien tomamos estos datos, precisa: «La palabra que corresponde a nuestro término *salvación (yesha')*, posee un sentido más amplio que en nuestra lengua. Puede significar tanto salvación como liberación, victoria, bien, felicidad, prosperidad, paz.»[62] Ser salvado genera una situación nueva, una liberación individual o colectiva (Deuteronomio 20:4; Salmos 6:5). Solo Dios puede salvar (Isaías 31:1). La liberación del pecado produce la alegría del perdón (Salmos 51:14).

1.2. El rescate

Encontramos dos grandes series de textos, con *padah* (separar, desatar) y *ga'al* (vengar, hacer justicia a).

Padah (rescatar) implica a la vez la destrucción de los vínculos de pertenencia y la indicación del precio de esta destrucción. Desde ese punto de vista, se habla del rescate del esclavo (Éxodo 21:8) y de los recién nacidos

---

[62] Frank MICHAELI, *en* Jean-Jacques VON ALLMEN, ed., *Vocabulaire biblique,* Delachaux et Niestlé, París, 1954, pp. 273, 274.

(Éxodo 13:12; Números 3:40). Pero el verbo adquiere también un sentido religioso. Dios actúa entonces por pura gracia y no pide nada a cambio (Deuteronomio 7:7-9; Salmos 49:8,9,16). Por último, asume una trascendencia escatológica al describir la liberación venidera (Isaías 1:16-27; 35:8-10).

Ga'al (vengar) significa restablecer el derecho de alguien que ha padecido un perjuicio moral o material. A quien se encarga de ello se le llama *go'el*. En caso de crimen, el pariente más cercano, llamado *go'el* (*anchisteus* en griego), se convierte en el vengador de la sangre derramada (Números 35:19-21). Tras una defunción, responde de los suyos como cabeza de familia (Deuteronomio 25:5-10; Rut 2:19,20; 3:9-13; 4:4,6). Tiene también deberes en las herencias (Levítico 25:24,25). En definitiva, el *go'el* redentor aparece ante todo como un protector.

Una vez más nos encontramos ante expresiones que han sido transferidas del ámbito humano al divino (Salmos 69:19; Miqueas 4:10). Yahvé toma también en sus manos la causa de los suyos, actuando como el pariente próximo (Isaías 40:1,2; 43:4-7). Pero, como señala Edmond Jacob, especialista en Antiguo Testamento:

> «Es evidente que, empleada con referencia a Dios, la idea de rescate da paso a la más general de liberación, porque, para Yahvé, no podría tratarse de pagar un rescate; él realiza su obra de liberación sin esfuerzo; pero cuando se dice que Yahvé desnuda su brazo (Isaías 52:10), podemos encontrar aquí la idea de cierto esfuerzo por medio del cual Yahvé paga con su propia persona el rescate exigido por su perdón.»[63]

1.3. Kafar*, una palabra difícil: ¿Cubrir, expiar, perdonar?*

Von Rad, considerado una autoridad en cuanto se refiere al Antiguo Testamento, reconoce que «la tentativa de acercarse al significado de una palabra tan importante […] no produjo hasta ahora el resultado apetecido.»[64] Sin embargo, 69 de 91 referencias pertenecen a textos sacerdotales. Se puede, pues, deducir que la expresión está estrechamente vinculada a la vida ritual.

---

[63] Edmond JACOB, *Théologie de l'Ancien Testament*, Delachaux et Niestlé, París, 1955, p. 235.

[64] Gerhard VON RAD, *Teología del Antiguo Testamento*, *op. cit.*, vol. 1, p. 331.

El *Diccionario bíblico adventista* lo explica del siguiente modo: «heb. *kippurîm*, literalmente, "cubiertas" [de los verbos *kâfar*, "cubrir", "hacer expiación"…] […]. Término que aparece en el AT, generalmente en relación con diversos sacrificios y servicios del sistema ceremonial.»[65] El autor indica entonces que el hebreo *kafar* se ha traducido en griego por *katallage*, empleado por Pablo en Romanos 5:11 y traducido en inglés por *atonement*, que describe el retorno a la unidad (at-one-ment), es decir, la reconciliación, la armonía de la relación. Después añade:

> «La palabra "expiación" adquirió el significado teológico y técnico de "propiciación", y cuando se la usa así implica que el sacrificio de Cristo en la cruz constituyó una reparación para un Dios ofendido. Este concepto refleja la idea pagana de propiciar a una deidad ofendida con el fin de evitar su ira y venganza y supone que Dios debe ser reconciliado con nosotros.»[66]

Así pues, actualmente, el término *atonement* no expresa correctamente ni su sentido etimológico –retornar a la unidad–, ni el sentido del hebreo y del griego. De hecho, el significado de la raíz *kâfar* y *kippurim*, vocablos hebreos traducidos por «hacer expiación» y «expiación» son *cubrir* y *cubierta*.

> «Cuando *kâfar* y *kippurîm* se usan en relación con el sistema ceremonial, el escritor bíblico supone que las personas o cosas por las que se hace ese "cubrimiento" –las personas o cosas cubiertas– son comunes, "inmundas" o pecaminosas a la vista de un Dios justo; por tanto, no aceptos ante él.
>
> »Por causa del pecado en general, y a veces por causa de pecados particulares en especial, se entiende que los hombres están alejados de Dios. Pero los escritores bíblicos presentan a Dios como ansioso de una reconciliación, y muestran que él ha hecho las provisiones necesarias para lograr esto. No es necesario cambio alguno de parte de él para producir la reconciliación, porque el hombre en su estado natural es un pecador que ni siquiera tiene el deseo de ser reconciliado, y por lo tanto es necesario un cambio de su parte. Es el pecador quien debe ser "cubierto" o reconciliado con Dios, no Dios con respecto al pecador.»[67]

---

[65] *Diccionario Bíblico Adventista del Séptimo Día*, Asociación Casa Editora Sudamericana, Buenos Aires, 1995, p. 429.

[66] *Ibidem*.

[67] *Ibidem*.

La noción de «cubrimiento» resulta atractiva. Adán y Eva, convertidos en pecadores, sintieron vergüenza de su desnudez. Entonces, Dios los cubrió (señal de una afectividad activa). La misma palabra se emplea en el caso de Noé, que calafateó su arca con brea (Génesis 6:14), igual que lo hizo Jocabed con la cesta de juncos, con el objetivo de salvar al pequeño Moisés (Éxodo 2:3). Había que impermeabilizar el arca y la canasta protegiéndolas contra el elemento mortal, el agua en ambos casos.

Parece probable, no obstante, que la equivalencia establecida entre *kafar* y *cubrir* merezca una apostilla. Fernand Prod'homme, en el reciente *Dictionnaire encyclopédique de la Bible*, sugiere pasar de la idea de «extender algo para cubrir, esconder» a la de «borrar, purificar».[68] Una comisión encargada de estudiar los problemas planteados por la traducción de la Biblia indica que «el sentido es el de la eliminación y desaparición final del pecado».[69] Edmond Jacob relaciona el hebreo *kafar* con el acadio *kupuru*, que significa «frotar, borrar». Concluye: «El sentido de borrar es tal vez preferible al de cubrir.»[70] Pierre Winandy, al término de una interesante investigación, observa con razón que *kafar* «corresponde, en el Antiguo Testamento, al ritual de purificación, de perdón de los pecados por el sacrificio cruento».[71] Será necesario aún explicar el papel del macho cabrío para *Azazel* en el ritual del conocido día de las expiaciones, y que aparece asociado a la palabra *kafar*, aunque su sangre no sea derramada (Levítico 16:10). Volveremos más adelante sobre este asunto.

---

[68] *Dictionnaire encyclopédique de la Bible*, Brepols, Maredsous, Bélgica, 1987, p. 460.

[69] *Problems in Bible Translation*, Review and Herald Publishing Association, Washington D.C., 1954, p. 212.

[70] Edmond JACOB, *Théologie de l'Ancien Testament*, *op. cit.*, p. 236.

[71] Pierre WINANDY, *Sens de kaphar dans la théologie biblique d'après l'étude philologique,* Revue Servir, Collonges sous Salève, 3.º-4.º trimestres 1977, p. 17.

The Interpreter's Dictionary of the Bible (Abingdon Press, Nashville, Tennessee, 1980), declara incierta la etimología de *kafar*. Algunos optan por *cubrir*, otros por *borrar*. La versión *King James* emplea una sola vez «expiación» en Números 35:33. Se indica, además, que *kafar* se traduce en griego por *hilaskomai*, precisando: «Las palabras de la familia *hilaskomai* no tienen generalmente el sentido de propiciación, sino el de expiación, que no hay que entender en el sentido del griego clásico o helenístico.» (p. 200) La acción no es dirigida hacia Dios, sino contra el pecado. El teólogo inglés C.H. TODD fue uno de los primeros en reaccionar en el mismo sentido.

Observaremos todavía que el verbo que significa «cubrir y borrar» tiene siempre a Dios como sujeto (Salmos 78:38) y al pecador como objeto (2 Crónicas 30:18), o bien al pecador y su pecado (Ezequiel 16:63). En el caso de la «expiación» ritual, el sacerdote actúa, pero como representante de Dios (Levítico 4:35; 5:6,10,13,18; 16:32-34).

Es el momento de comprender que en la concepción habitual de la expiación persiste una idea pagana que ha hecho correr ríos de sangre. En la palabra *expiación*, el *Petit Robert*,[72] explica: «ceremonia religiosa con el objetivo de calmar la cólera divina» y cita la crítica de Voltaire: «Desde que hubo religiones establecidas, existieron las expiaciones.» Desde esta perspectiva, quien «expía» es el pecador. Paga por sus crímenes padeciendo un castigo. Sin embargo, nos encontramos así en el polo opuesto de las enseñanzas bíblicas, donde es Dios quien toma la iniciativa para hacer desaparecer el pecado, tanto en sus raíces profundas –cambiar el corazón–, como en sus manifestaciones visibles –cubrir la desnudez de Adán y Eva–.

1.4. El perdón

Además, es extraordinario apreciar el celo que pone la revelación en multiplicar los recursos expresivos con objeto de hacer comprender el perdón.

> «Es, en primer lugar, la expresión más corriente "remitir", "abandonar" (una transgresión) por comparación con una remisión de deuda (Salmos 32:1; Mateo 9:2; Lucas 7:48). Son las expresiones "no inculpar" (Números 12:11; Salmos 32:2; Romanos 4:8), "cubrir", como algo que no se quiere volver a ver (Salmos 85:3; Romanos 4:7), "olvidar", al igual que, por ejemplo, un asunto que no se desea recordar (Ezequiel 33:16), "borrar", "purificar", como se hace con una mancha (Isaías 6:7; 43:25; Salmos 51:4). Se podría mencionar aún: "echarse a la espalda" (Isaías 38:17), "poner bajo sus pies", "echar al fondo del mar" (Miqueas 7:19).»[73]

[72] (N. del T.): El *Diccionario de Lengua Española* (23.ª ed., 2014) señala la siguiente acepción para *expiar*: «Borrar las culpas; purificarse de ellas por medio de algún sacrificio.»

[73] H. Mehl KOEHNLEIN, en VON ALLMEN, *Vocabulaire biblique*, *op. cit*., p. 216.

2. El Nuevo Testamento

2.1. La salvación

Se trata también de un concepto bastante importante, ya que lo encontramos desarrollado alrededor de 150 veces en el Nuevo Testamento, no como un dato estadístico, sino como un acontecimiento histórico realizado en Jesucristo. A partir de su connotación médica, la salvación representa la curación (Marcos 5:34). En un contexto social, describe la liberación de un peligro (Mateo 8:25). En el plano religioso, la salvación no se concibe como el acceso a la vida espiritual, sino más bien como una liberación. No se trata de una evolución, sino de una ruptura. El ser humano está o perdido o salvado. Sin embargo, la situación de persona salvada se presenta siempre como una vida que hay que proseguir sin descanso. Estamos siempre *en vías de* salvación, siendo salvados. Será, pues, salvado quien persevere hasta el fin (Mateo 10:22). La salvación es ya real, pero todavía no definitiva; conserva una perspectiva escatológica.

Pero, ¿de qué es el hombre salvado por Dios, en Jesucristo?, se pregunta Michaeli. Y responde:[74]

- De sus pecados (Mateo 1:21; Lucas 1:77; Hechos 5:31; Lucas 7:50; Santiago 4:12).
- De la condenación (Juan 3:17; 12:47; Marcos 16:16; 1 Corintios 3:15; 5:5; 1 Pedro 4:18).
- De la perdición (Mateo 16:25; Marcos 8:35; Lucas 9:24; 1 Corintios 1:18; 2 Corintios 2:15; 2 Timoteo 2:10; Mateo 18:11; Lucas 19:10).
- De la muerte (Santiago 5:20; Lucas 6:9; 2 Corintios 7:10).
- De la ira de Dios (Romanos 5:9; 1 Tesalonicenses 5:9).

Se vislumbra toda la alegría experimentada en la paz del reencuentro con Dios. No es la fe lo que salva, como lo enseña el movimiento de la Nueva Era, sino Jesucristo, en respuesta a la fe-adhesión.[75]

---

[74] Frank MICHAELI, en Jean-Jacques VON ALLMEN, *Vocabulaire biblique*, *op. cit*., pp. 275, 276.

[75] En la traducción de la Biblia, inspirándose en el hebreo, CHOURAQUI traduce, muy acertadamente, *pistis*, «fe», por «adherencia».

2.2. La redención

Una primera familia léxica deriva del verbo *lytroô*, que significa rescatar, liberar. Corresponde al hebreo *padah*, *ga'al*, e incluso a veces a *kafar*. Puede aplicarse a una liberación temporal y a una redención adquirida o esperada. Las referencias son escasas y la forma de la palabra varía bastante, como si su acepción estuviese mal definida. Esta es la lista de todas las citas en el Nuevo Testamento:

- *lytron*, Mateo 20:28; Marcos 10:15 = rescate, o mejor, precio de la liberación.
- *antilytron*, 1 Timoteo 2:6 = precio pagado, o castigo experimentado como contrapartida de la liberación.
- *lytrousthai*, Lucas 24:21; Tito 2:14; 1 Pedro 1:18 = rescatar, liberar a un alto precio.
- *lytrôsis*, Lucas 1:68, 2:38; Hebreos 9:12 = redención, liberación.
- *apolytrôsis*, Lucas 21:28; Romanos 3:24; 8:23; 1 Corintios 1:30; Efesios 1:7,14; 4:30; Colosenses 1:14; Hebreos 9:15; 11:35 = redención, liberación, libertad.
- *lytrôtês*, Hechos 7:35 = libertador = Moisés.

2.3. El rescate

En este punto, dos verbos atraen nuestra atención: *agorazô* y su compuesto *exagorazô*. Estudiemos las menciones al primero:

- 1 Corintios 6:20, «Fuisteis comprados pagando un precio» (CI).
- 1 Corintios 7:23, «pagaron para compraros».
- 2 Pedro 2:1, «negando al Amo que los compró» (CI).
- Apocalipsis 5:9, «Eres digno de recibir el documento y abrir sus sellos…, con tu sangre compraste para Dios» (CI).
- Apocalipsis 14:3, «los ciento cuarenta y cuatro mil, los rescatados de la tierra» (CI).

Hemos explicado ya por qué la muerte de Cristo no puede haber sido ofrecida a Satanás. ¿Hace falta recordar que ha sido exigida por Dios como precio del perdón? ¿No llegamos entonces a un despropósito, a saber, que

Dios, habiendo sido pagado, pierde todos sus derechos sobre nosotros? Apocalipsis 5:9 dice lo contrario: es *para Dios* que hemos sido rescatados, no *a Dios*. Para pertenecerle, en una relación donde nosotros le reconocemos como nuestro Señor.

Veamos la opinión de Büchsel respecto a 1 Corintios 6:20 y 7:23:

> «En los dos textos, el argumento principal es que los cristianos no son libres (6:19) sino que pertenecen a Cristo (7:23). Intencionadamente, Pablo no dice quién ha comprado, ni a quién, o a qué precio. Se refiere simplemente al hecho de la redención. La contrapartida de su sentimiento de libertad, que le impide someterse a un hombre, es su conciencia de estar ligado a Dios y a Cristo.»[76]

En cuanto a *exagorazô* (Gálatas 4:5; 3:10-13; Efesios 5:16; Colosenses 4:5), incluso en los autores griegos, no reviste siempre el sentido de rescatar.

> «Puede significar: adquirir para uno mismo, con un gran esfuerzo si es necesario. Es así como puede entenderse Colosenses 4:4, Efesios 5:16 = aprovechar toda ocasión favorable… No creemos que, a pesar del término, San Pablo haya pretendido sugerir la idea de una liberación previo pago de un rescate…»[77]

2.4. La liberación: Ruomai = *salvar*

Corresponde también al hebreo *padah* y *ga'al*: verbo *ruomai* = librar de un peligro, salvar, liberar: Mateo 6:13; 27:43; Lucas 1:74; Romanos

---

[76] BUCHSEL, en *TDNT*, vol. 1, p. 125.

[77] Joseph BONSIRVEN, *L'Évangile de Paul*, Aubier, París, 1946, p. 168. Con muchos otros, W.T. Hyde llega a la misma conclusión. Todos estos términos provienen de *lyô* que significa *desatar*. Puesto que el dinero constituye habitualmente el medio de la liberación, se interpreta normalmente en el sentido material de rescate. Pero este no es siempre el caso. En Hechos 7:35, Moisés es llamado *lytrôtês*, libertador. Sin embargo, no pagó nada a Faraón o a Dios por liberar a Israel. Hyde concluye lógicamente que *lytron* no significa pago (William T. Hyde, «Great Words of the Bible—No. 9: Atonement (c)-"Kopher" and "Lutron"», *The Ministry*, Official Journal of the Ministerial Association of Seventh-day Adventists, abril 1962, vol. 25, n.º 4, pp. 16 y 17, acceso el 9 de julio de 2018, https://www.ministrymagazine.org/archive/1962/04/atonement-(c)-kopher-and-lutron). Artículos publicados, de febrero a julio, sobre este tema. Esta revista se llama en la actualidad: *Ministry,* International Journal for Pastors.

7:24; 11:26; 15:31; 2 Corintios 1:10; Colosenses 1:13; 1 Tesalonicenses 1:10; 2 Tesalonicenses 3:2; 2 Timoteo 3:11; 4:17,18; 2 Pedro 2:7,9.

Si las palabras de la familia anterior pueden tener un componente comercial (el rescate), no es así en el caso del verbo *ruesthai*. No obstante, se emplea incluso cinco veces en el plano religioso: «Líbranos del Malo» (Mateo 6:13); «¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?» (Romanos 7:24, CI); «Entonces todo Israel se salvará» (Romanos 11:26); «Que nos libró del dominio de la oscuridad» (Colosenses 1:13, CI); «Jesús, el que nos libra del castigo que viene» (1 Tesalonicenses 1:10)

2.5. La liberación: Exairô = *libertar*

Liberación, verbo *exairô* = libertar, librar:

Hechos 7:10 (CI), Dios «libra» a Israel de sus tribulaciones.

Hechos 7:34, Dios desciende a Egipto para «librar» a su pueblo.

Hechos 12:11, el Señor «libra» a Pedro.

Hechos 23:27 (CI), el tribuno «libra» a Pablo de la mano de los judíos.

Hechos 26:17 (CI), el Señor «ha librado» a Saulo para enviarlo a los gentiles.

Gálatas 1:4, Jesús se entregó a sí mismo por nuestros pecados, para «librarnos» de este perverso mundo presente.

Me he dedicado a explicitar las distintas aplicaciones de este nuevo verbo para mostrar con claridad que no contiene ninguna alusión a transacción alguna. No obstante, está correctamente aplicado a la liberación de nuestros pecados. Sucede lo mismo con otro compuesto del mismo verbo, *periaireô*, empleado en Hebreos 10:11 en relación con los sacrificios por los pecados en el Antiguo Testamento. El autor insiste en la inoperancia de estos ritos.

2.6. La liberación: Apallassô = *manumitir*

La liberación es igualmente presentada mediante el verbo *apallassô* = manumitir. En Lucas 12:58 significa librarse de los magistrados. En Hechos 19:12, las enfermedades eran ahuyentadas. En estas referencias, no aparece ninguna relación con nuestro tema. Pero en Hebreos 2:15, el autor

habla de Cristo que viene a liberar a todos los que, por miedo a la muerte, estaban durante toda la vida sujetos a esclavitud.

Esta enumeración puede parecer tediosa, pero tiene al menos el mérito de poner de manifiesto una verdad importante. Solo los términos de la familia de *lytron* podrían sugerir una transacción que permitiera la liberación. Transacción con Satanás o con Dios. Pero estas palabras se emplean también en un sentido figurado, sin connotación comercial. Sin embargo, los otros términos del Nuevo Testamento, *ruomai, exairô, periaireô* y *apallassô* no aluden nunca a una transacción de este tipo. Si aquí resulta imposible, no debe imponerse allí. Por consiguiente, hay que concluir lógicamente que es necesario renunciar a buscar cuál es el amo del esclavo al que le habría sido pagado un rescate, puesto que esta concepción plantea problemas pero no resuelve ninguno.

2.7. La reconciliación: Katallassô = *reconciliar*

Katallagê = reconciliación (Romanos 5:11; 11:15; 2 Corintios 5:18,19), *katallassô* = reconciliar (Romanos 5:10; 1 Corintios 7:11; 2 Corintios 5:18,19) y *apokatallassô* = reconciliar (Efesios 2:16; Colosenses 1:20,22) ocupan un lugar único en el Nuevo Testamento. No se encuentra ningún equivalente exacto, ni en el Antiguo Testamento, ni en la literatura religiosa helenística. La raíz de la palabra es *allos* = otro. La noción de reconciliación que se sugiere implica, pues, necesariamente una transformación. Alguien debe ser «convertido en otro». ¿Es Dios o el hombre?

Observemos también que Dios es siempre el sujeto del verbo, el autor de la acción. Él es quien «convierte en otro», y no quien debe ser cambiado. En Romanos 5:10 el complemento directo es «nosotros»; «cuando éramos enemigos, […] nos reconcilió con Dios». En Romanos 11:15, este complemento es el mundo, en el sentido técnico, los no judíos, los paganos. En 2 Corintios 5:18,19, el mundo está también implicado, pero en un sentido general. Se trata de la humanidad entera, a quien Dios desea llevar de nuevo hacia él. En Efesios 2:11-22, Pablo muestra que la cruz debe desechar toda hostilidad entre los dos troncos de la humanidad, judíos y paganos. Son reconciliados con Dios, los dos en un solo cuerpo (2:16). Por último, en Colosenses 1:20, le agradó a Dios reconciliar *todas las cosas*

con él, mientras que en el versículo 22 el autor piensa en los destinatarios de su carta: «por su cuerpo humano, mediante su muerte, quedasteis reconciliados» (CI).

La forma en que se analiza la obra de Cristo en estos pasajes es completamente original. Parece como si el apóstol Pablo no estuviera satisfecho con el vocabulario del que disponía para interpretar el misterio de la cruz. Forja, pues, una nueva imagen, tomada de las relaciones familiares y sociales: el restablecimiento de una relación normal. Más adelante nos ocuparemos de esto. De momento, basta recordar un hecho importante: Dios toma la iniciativa de la reconciliación, sin esperar que un acto cruento venga a calmar su furor. El amor del Padre, libre y dinámico, se sitúa en el primer plano.

2.8. ¿Expiar o indultar?: Hilaskomai

Este verbo y los términos de la misma raíz requieren toda nuestra atención. En la literatura religiosa del mundo griego pagano, son empleados con el hombre como sujeto y Dios como objeto. El hombre debe *apaciguar* a Dios, «volverlo propicio». Sin ello, acercarse a Él sería peligroso. Sin embargo, la Biblia enseña lo contrario. En el Antiguo Testamento (LXX), encontramos *hilaskomai* en doce ocasiones, en las que significa «ser misericordioso» (Lamentaciones 3:42), o «mostrarse misericordioso» (Éxodo 32:14), actitud de gracia por parte de Dios hacia los hombres. El compuesto *exhilaskomai* se usa a menudo para describir la acción de los sacerdotes, encargados de anular el pecado ante Dios. En contra de lo que podría imaginarse, estos términos están poco presentes en el Nuevo Testamento. Es esencial comprenderlos a partir del sentido que les da el Antiguo Testamento, y no en función de las religiones paganas.

a) Hebreos 8:12, *hileôs esomai*, referencia de Jeremías 33:8, donde se trata de perdonar purificando. No aparece aquí ninguna idea de propiciación. «Cuando a Dios le es posible poner en obra su nueva alianza, la ley se inscribe en el corazón en tanto que la naturaleza retorcida y pecadora

desaparece. Esta supresión de la raíz del mal es la misericordia divina sugerida por la palabra griega *hileôs*.»[78]

b) Hilaskomai vuelve a aparecer únicamente en dos ocasiones en el Nuevo Testamento.

- *Lucas 18:13*. Quien habla es un recaudador de impuestos que no conoce el plan de salvación. Para él, sus pecados son tan grandes que Dios no puede amarlo espontáneamente.

  > «No se da cuenta de que es el pecado mismo el que provoca el sufrimiento y la muerte. El amor de Dios no puede suprimir estas consecuencias, a menos que el pecador acepte ser guiado a vivir en armonía con la ley. El cambio debe producirse en el ámbito del pecador y no en el del Señor.»[79]

- *Hebreos 2:17*. Jesús se encarnó. Se hizo semejante a sus hermanos en todas las cosas para «expiar así los pecados del pueblo». El original dice «*eis to hilaskesthai tas hamartias tou laou*». Si asignamos a *hilaskesthai* el sentido de «volver propicio», obtendremos un significado inaceptable, «hacer propicios los pecados», cosa que Dios no puede hacer en ningún caso. W. T. Hyde, cuya argumentación estamos siguiendo, afirma que este verbo debe de tener otro significado. Recuerda que en el Antiguo Testamento griego este término traduce el hebreo *kipper* = cubrir; *naḥam [najam]* = lamentar, gemir sobre, y *salaḥ [salaj]* = quitar el pecado. El compuesto *exhilaskomai* traduce *kipper* unas 80 veces. *Kipper* significa «cubrir en una percepción especial». Cuando el pecador ha ofrecido su sacrificio por el pecado y el sacerdote ha cumplido con su deber, el pecador está cubierto por los méritos del sacrificio, en lo que respecta a sus pecados confesados, y el pecado le ha sido quitado.

---

[78] William T. Hyde, «Great Words of the Bible—No. 10: Propitiation in Relation to "Hileos," "Hilasmos" (d)», *The Ministry*, mayo 1962, vol. 25, n.º 5, pp. 18, 19, acceso el 30 de junio de 2019, https://www.ministrymagazine.org/archive/1962/05/propitiation-in-relation-to-hileos-hilasmos-(d.

[79] *Ibidem*. LOASBY traduce Lucas 18:13, «Oh Dios que algo cubra mi pecado para que yo te vea cara a cara.»

En un contexto familiar a todos los cristianos de origen judío, es casi seguro que este vocablo hebreo debía de hacer comprender el acto en virtud del cual el sumo sacerdote-antitipo realiza efectivamente por nuestros pecados lo que el sacerdote-tipo cumplía simbólicamente. Por los méritos de su sacrificio, que nosotros aceptamos como nuestro, nos cubre con su manto de justicia y separa de nosotros los pecados confesados. De este modo, se nos quitan nuestros pecados, son también eliminados de la presencia de Dios y nosotros somos aceptados por el cielo como sin pecado. –El concepto de mérito, aplicado al sacrificio, se explicará más adelante.–

c) Hilasmos es una palabra de la misma familia, que emplea únicamente Juan.

- *1 Juan 4:10.* El apóstol Juan explica de qué forma manifestó Dios su amor en Jesucristo. Puntualiza: «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados» (RV60). Estas palabras muestran claramente que el autor no usa la expresión «víctima expiatoria» en un sentido pagano, que implicaría un cambio de disposiciones de parte del Padre. Al contrario, es él quien toma la iniciativa para que no se pueda dudar de su amor. Ése es, sin duda, el verdadero rostro de Dios.
- *1 Juan 2:2*. Afirma también que Jesús es «*hilasmos peri tôn hamartiôn hêmôn*», que se traduce generalmente por «víctima expiatoria por nuestros pecados». La palabra *víctima* está ausente del original, tanto aquí como en 1 Juan 4:10. En cambio, aparece en ambas ocasiones la preposición *peri.* Si tenemos en cuenta la forma en que se emplea la expresión en hebreo, conviene traducir «quien cubre todo alrededor». El fin último es mostrar toda la eficacia del procedimiento escogido para separar el pecado del pecador y quitarlo de la presencia de Dios.

  > «Es la conciliación deseada por Dios, buscada por Dios, realizada por Dios en Cristo; la conciliación, no de Dios mismo que es Amor y no tiene necesidad de ella, sino la conciliación, la reconciliación, del hombre con Dios. Dios en Cristo no se ofrece a sí mismo un sacrificio propiciatorio; es al hombre a quien es ofrecida la propiciación, para vencer, mediante este acto de amor, sus últimas resistencias, para provocar en él

> el *self surrender*, la abdicación de su hostilidad, de su orgullo y de sus temores, que le retienen lejos de Dios y de su eterna salvación.»[80]

La traducción que proponemos es: Jesús, perfecta vía de perdón.

2.9. La justificación: Dikaioô

En la Biblia, el vocabulario sobre la redención procede de situaciones concretas. *El mercado de esclavos* ha inspirado todos los términos que sugieren la idea de un precio a pagar, o de un gran esfuerzo que hay que aceptar con miras a una liberación. *Los ritos de sacrificio*, a su vez, están en la base de las palabras traducidas generalmente por expiación, o propiciación. Nos ha parecido indispensable señalar respecto a ellas el peligro de un contrasentido, debido a la forma en que se emplean en las religiones paganas. Mal entendidas, desfiguran a nuestro Dios, asimilándolo poco o mucho a las divinidades sedientas de sangre.

El apóstol Pablo propone una nueva terminología tomando como base las *relaciones humanas***.** Cuando las circunstancias provocan la enemistad, es necesario reconciliar. Esta es nuestra situación ante el Eterno. Debemos cambiar de actitud y reconciliarnos. Pero el gran apóstol sitúa en el núcleo de su evangelio otra idea procedente del ámbito de los *tribunales*. El pecado nos arrebata toda justicia. Por tanto, para ser salvados tenemos necesidad de una nueva justicia. Debemos ser «justificados».

Sin embargo, este concepto, tan importante en la teología paulina, suele ser mal comprendido. La crisis luterana que suscitó la Reforma partía, en buena medida, de este punto. No le falta razón a Emil Brunner cuando afirma que la brecha reformadora fue provocada por su forma inédita de comprender la «justicia».[81] Destaquemos aquí algunos matices relativos al léxico.

En griego clásico, se considera justo al hombre correcto con sus semejantes, respetuoso con las leyes de la ciudad y virtuoso en el plano moral.

---

[80] Henri CLAVIER, «Notes sur un mot clef du Johanisme et de la sotériologie biblique», *Novum Testamentum*, Leiden, E. J. BRILL, vol. 10 (1968), p. 301.

[81] Emil BRUNNER, *La doctrine chrétienne de l'Église de la foi et de l'achèvement,* vol. 3, *Dogmatique*, Labor et Fides, Ginebra, 1967, p. 290.

Para el Antiguo Testamento, en cambio, la justicia depende completamente de Dios. Es él quien juzga, como un rey (Salmos 7:12; Isaías 42:21; Jeremías 12:1). El profesor Pierre Bonnard no duda en escribir:

> «No se entiende nada del concepto bíblico, y paulino en particular, sobre el justo y la justicia, si no se lo vuelve a situar en esta perspectiva veterotestamentaria del rey-juez. El justo aquí ya no es el hombre virtuoso, menos aún el hombre interiormente transformado o divinizado por la iniciación mística; es esencialmente el hombre *aprobado por su rey*.»[82]

Es cierto que *dikaioô* significa «considerar como justo» y no «convertir en justo». Estamos hablando del sentido forense o declarativo. En Romanos 8:33,34, la justificación se contrapone a la condenación. Es otra visión del juez acerca del pecador, una mirada de gracia y de absolución. Sin embargo, cuando resumamos la enseñanza bíblica respecto a este tema, deberemos integrar declaraciones como Deuteronomio 6:25. «Quedaremos justificados ante el Señor, nuestro Dios, si ponemos por obra todos los preceptos que nos ha mandado.» Y también Romanos 5:19, «por la obediencia de uno quedarán hechos justos todos los demás» (CI), donde no estamos frente a una mala traducción de justificar-*dikaioô*, en el sentido de considerar como justo, sino en presencia de otro giro, correctamente traducido.

Se intuye ya toda la problemática: si somos considerados gratuitamente como justos, ¿es necesario que seamos convertidos en justos? Y si es así, ¿cómo? Resulta imposible sobreestimar la importancia de una controversia como esta.

---

[82] Pierre BONNARD, «Juste», en Jean-Jacques VON ALLMEN, *Vocabulaire biblique*, *op. cit.*, p. 151.

Resumen de la segunda parte

Hemos llegado ya al final de la segunda parte de nuestra obra: la magia de las palabras. Sabedores de cuánto nos traiciona a menudo nuestro vocabulario –las palabras no tienen el mismo valor para todos y su significado ha variado a lo largo de los siglos–, hemos querido precisar lo que la Biblia entiende por *pecado*, *cólera* y *redención*. En el punto de partida de nuestra investigación se halla la certeza de que no se puede tratar el pecado sin referirse al pecador. El pecado ha modificado la naturaleza profunda e íntima del ser humano. En lo sucesivo, el hombre está naturalmente sin Dios, ¡a-teo! Así pues, privado de ser y de vida. Ahora bien, frente a la indiferencia o a la rebelión de los pecadores, Dios no permanece inerte. Salva, redime, libera, manumite, condona, justifica. La intervención parte de él, de su amor. Su objetivo es volver a llevar a los hombres hacia él, pero en pleno acuerdo con su justicia. Nuestro propósito ahora es comprender mejor por qué, en esta empresa, la muerte de Cristo en la cruz fue indispensable.

Tercera parte

El altar antes de la cruz

Capítulo 1

Los sacrificios rituales

Cuando planteamos el tema de los sacrificios en el Antiguo Testamento, entramos en un terreno complicado. En el momento en que Israel entró en Canaán, tuvo que enfrentarse a un sistema de tradiciones sagradas del que, indudablemente, recibiría influencias.[83] Reconocer esto con franqueza no nos obliga, sin embargo, a creer que el origen de los sacrificios es pagano. Al contrario: la primera ocasión en que se dio muerte a un animal tuvo lugar en el huerto de Edén, inmediatamente después de la caída.

1. Un traje de piel en Edén

Después de su desobediencia, avergonzados por su desnudez, Adán y Eva se hacen delantales con hojas de higuera entrelazadas (Génesis 3:7). Pero el Eterno interviene y analiza la situación. Luego, les hace a Adán y a su mujer unas túnicas de piel y los viste con ellas (Génesis 3:21). Cubierto de ese modo por la mano de Dios, el hombre se encuentra en una situación nueva. Pese a su falta, su relación con el Creador queda restablecida; diferente, desde luego, pero llena de esperanza. Después de la defensa instintiva, se manifiesta la gracia divina.

Michaeli cree que este gesto de Dios no explica necesariamente el origen de los sacrificios religiosos en que se ofrecen animales a la divinidad. Francis A. Schaeffer formula otra opinión:

> «Creo que esto indica que el hombre no podía permanecer ante Dios con su propia cubierta –un vestido de una naturaleza específica– un vestido que requiriera sacrificio y muerte, […] el comienzo del sistema de sacrificios del Antiguo Testamento, en espera de la venida de aquel que aplastaría la cabeza de la serpiente.»[84]

---

[83] *Cf*. William F. ALBRIGHT, *De l'âge de la pierre â la chrétienté.* Payot, París, 1951, p. 173.

[84] Francis A. SCHAEFFER, *Génesis en el tiempo y el espacio*, Ediciones Evangélicas Europeas, Barcelona, 1974, pp. 107, 108.

Nuestro autor piensa, pues, que la muerte de Jesús es la ejecución del propósito de Dios, forjado en el inicio de los tiempos como respuesta a la rebelión del hombre.[85]

El drama de la relación entre Abel y Caín apoya esta interpretación. Caín presenta al Eterno frutos de la tierra, mientras que su hermano Abel ofrece a los primogénitos de su pequeña grey. Y el Eterno dirige una mirada complaciente a Abel, pero no a Caín. Porque la Epístola a los Hebreos nos dice: «Abel, por la fe, ofreció un sacrificio superior al de Caín» (11:4). Más adelante serían admitidos los sacrificios no cruentos (Levítico 5:11). La importancia de la ofrenda y su composición estaban determinadas por la situación económica y no por la gravedad del pecado. Se puede, pues, admitir que la fe de Abel desempeña un papel decisivo en la aprobación del Señor. Ahora bien, la fe ha de tener un objeto, que se precisa con la idea de fidelidad o con la de creencia. Por tanto, el verdadero sacrificio parece estar muy arraigado en el gesto de Dios en Edén para cubrir la afrentosa desnudez provocada por el pecado.

La primera ocasión en que se dio muerte a un animal produjo seguramente un impacto doloroso. Adán y Eva estaban amenazados de muerte pero la desconocían. Por vez primera, descubrieron su horror. Una lección práctica, en suma, que les da el gran maestro de la pedagogía: los culpables viven y el inocente muere. ¿Para ofrecer una satisfacción a Dios? Sería complicado precisar cuál. Ciertamente, el hombre es el responsable. Sus ojos deben ser abiertos, su corazón ha de hacerse sensible. Dios no encuentra mejor modo que mostrarle la muerte que merece y cubrirlo con la piel del cordero sacrificado. Imaginemos el dolor del Creador cuando le quita la vida a aquel que la ha recibido de él. Ese es el precio de la única posibilidad de abolir el pecado.

Dejemos a otros la tarea de descubrir en qué medida podía Adán conocer la relación entre el cordero y Cristo. En cuanto a nosotros, que tenemos a nuestro alcance toda la historia y la revelación, ¿cómo podríamos dudar de ello? Lo demás importa poco.

---

[85] *Cf.* Ellen G. WHITE, *Patriarcas y Profetas,* Publicaciones Interamericanas, 1975, cap. 4, «El Plan de Redención».

2. El concepto de sacrificio

Etimológicamente, la palabra procede del latín *sacrum facere* = hacer santo, dicho de otro modo, «procurar poner aparte». El sacrificio es, pues, una acción material que actualiza una relación entre Dios y el oferente. Los paganos esperaban así complacer a las fuerzas maléficas. Como estos poderes eran concebidos a la medida del hombre, resultaba imprescindible ofrecerles algo. Sin embargo, los únicos bienes disponibles consistían en alimentos, que se enviaban sublimados en humo. El proceso mediante el cual el don presentado era ofrecido se llamaba «*rem divinam facere*», que significa consagrar, dedicar, santificar. La noción de sacrificio es muy compleja. Por una razón fácil de comprender: por un lado, Dios mismo está en el origen del sacrificio; pero, por otro, este gesto degeneró rápidamente en manos de los paganos hasta llegar incluso a los sacrificios humanos. Se hizo de él una moneda de cambio, un medio cómodo para seguir viviendo en el pecado, imaginando mediante él el restablecimiento de una relación normal con la divinidad, entre otras cosas, la suspensión del castigo.

W. Corswant, en su *Dictionnaire d'archéologie biblique*, (creo que resumo correctamente la cuestión) respondiendo a la pregunta «¿Cuál es el significado del sacrificio para los israelitas?», indica:

> «Se puede decir que el sentido fundamental y primero del sacrificio israelita no está tanto en una comunión o un parentesco con la divinidad por la sangre, ni en el deseo de alimentarlo, por así decirlo, sino más bien en la idea de alianza. El adorador manifiesta con él su deseo de unirse a la divinidad. En el fondo, es siempre una oración. –Pero a esto se añade una idea de don, de verdadera ofrenda. No obstante, es evidente que en determinadas circunstancias este don podía adoptar un carácter interesado o convertirse en un homenaje, un acto de reconocimiento, o incluso una súplica.– Es también natural que con el tiempo, con el paso a la vida sedentaria y después de la privación de cualquier posibilidad de sacrificio durante una generación, estas nociones relativamente simples se hubieran desarrollado. Las ideas de alianza y de ofrenda siguieron dominando, pero se añade enseguida otra cosa: en primer lugar, es la búsqueda de un cierto parentesco exclusivo con la divinidad por la sangre; después, el sacrificio se convierte en un castigo aceptado, una especie de multa; y finalmente, es la noción de expiación operada infaliblemente por el sacrificio. La última perspectiva parece haberse desarrollado en esa dirección; se produciría una expiación más segura cuanto

> mayor fuera el sacrificio y, en ese caso se buscaba pagar a Dios un rescate suficiente para que él perdonara necesariamente.»[86]

Pese a todo, la idea de alianza parece indudablemente situada en el núcleo del sacrificio. Incluso cuando aparece como una ofrenda a Dios, debemos comprender que el don es menos un objeto ofrecido que un símbolo del mismo oferente, de modo que se establece un vínculo esencial. Esto resulta especialmente cierto en los sacrificios cuyas víctimas se comen. El Eterno dice: «Congregadme a mis fieles que sellaron mi pacto con un sacrificio» (Salmos 50:5). Desde ese punto de vista, el sacrificio tiene como finalidad comunicar un atisbo de la fuerza de vida que constituye la santidad divina (Éxodo 28:38; 29:33). Aún es necesario cumplir ciertas condiciones de dignidad. Además, la interrupción del culto de sacrificio será considerada como una negativa divina a comunicar su santidad (Jeremías 11:14,15).

Abstengámonos, sin embargo, de conferir al sacrificio un valor mágico. Según R. de Vaux, especialista en arqueología, se trata de un acto simbólico, que da eficacia a los sentimientos que expresa, con la condición de que esos sentimientos sean verdaderos.[87] Von Rad piensa también que la eficacia del sacrificio escapa a la voluntad del oferente. «Era competencia exclusiva de Yahvéh, quien podía aceptar el sacrificio y darle su eficacia.»[88] Cuando los sentimientos requeridos empiezan a faltar o se convierten en formalismo, el sacrificio pierde su sentido; está pervertido y no inspira a Dios más que repugnancia (Isaías 1:10-20). Además, toda la Biblia insiste en la necesidad del arrepentimiento. El Talmud también lo hace: «Ni una ofrenda por el pecado, ni un sacrificio expiatorio, ni la muerte, ni la fiesta de las expiaciones puede realizar la expiación si no hay arrepentimiento.»[89]

---

[86] W. CORSWANT, *Dictionnaire d'archéologie biblique*, Delachaux et Niestlé, Neuchâtel, 1956, p. 267.

[87] Roland DE VAUX, *Instituciones del Antiguo Testamento*, Herder, Barcelona, 1964, p. 571. *Cf*. *Les Sacrifices de l'Ancien Testament*, Gabalda, París, 1964, donde el autor desarrolla y precisa las ideas expresadas en la obra anterior.

[88] Gerhard VON RAD, *Teología del Antiguo Testamento*, *op. cit.*, vol. 1, p. 321.

[89] *Tosefta Yoma, 5, 9,* citado por A. COHEN, *El Talmud*, Payot, París, 1958, p. 154.

Es poco probable que nos equivoquemos si sugerimos que el verdadero valor de los sacrificios residía en las disposiciones interiores que debía favorecer, y no en la transformación de la ira divina en amor. Sin embargo, también hemos de comprender que, en ausencia de estas disposiciones, el amor de Dios no podía evitar el rechazo del pecador pues en Dios amor y justicia están unidos indisolublemente (Salmos 85:11).

3. La institución de los sacrificios

Desde el huerto de Edén, pasando por Abel, Noé, Abraham y todos los patriarcas, se practicó el sacrificio. Pero fue después de la salida de Egipto cuando Moisés lo institucionalizó. Se distingue entonces, según la *Jewish Encyclopedia*,[90] el holocausto (*olah* o *kalil*), la ofrenda de oblación (*minḥah [minjah]*), el sacrificio por el pecado (*ḥatat [jatat]*), el sacrificio de culpabilidad (*asham*), el sacrificio de acción de gracias (*zebaḥ [zebaj] shelamim*), el sacrificio de los primogénitos (*bekor*) y el diezmo de los animales (*ma'aser* y *pesaḥ [pesaj]*). En el marco de nuestro tema, únicamente nos interesan el sacrificio por el –pecado y el sacrificio de culpabilidad.

3.1. El sacrificio por el pecado: Hatat. Levítico 4:1–5:13; 6:17-23

Este sacrificio está prescrito cuando se incumple uno de los mandamientos de Dios (Levítico 4:2,13,22,27). Se refiere únicamente a los pecados por inadvertencia (Números 15:30-31). Hay que reconocer que resulta inquietante. Es cierto que se puede matizar la expresión: «pecado por ignorancia». En efecto, según los rabinos, esta expresión designa también los pecados cometidos por descuido y por debilidad.[91] Así que, además, uno puede ser culpable de ignorar. ¿Qué sucede entonces cuando alguien peca con plena consciencia? La Biblia responde que cargará con su pecado (Levítico 24:15). A menos que aquí también, sobre todo aquí, la salvación dependa esencialmente de un cambio de disposiciones. Veamos la enseñanza

---

[90] Emil G. HIRSCH, Kaufmann KOHLER, M. SELIGSOHN, Isidore SINGER, Jacob Zallel LAUTERBACH y Joseph JACOBS, «Sacrifice», en *Jewish Encyclopedia*, acceso el 21 de mayo de 2018, http://www.jewishencyclopedia.com/articles/12984-sacrifice#anchor15.

[91] Alfred EDERSHEIM, *El Templo: Su ministerio y servicios en tiempos de Cristo*, Clie, Barcelona, 2013, p. 128.

del Talmud: «Los sacrificios solo realizaban la expiación para todo aquel que había pecado por error, pero la rectitud y la justicia expían por aquel que ha pecado, sea por error, sea con un propósito deliberado.»[92] (*Khagigah* 12b) En la misma dirección, A. Cohen escribe:

> «Lo más grande que el Talmud hizo por el pueblo judío fue hacerle sentir que el fin del templo no suponía el fin de la religión. Por duro que resultara el destino, quedaba abierto el camino para acercarse a Dios. Además de la caridad, la justicia y el estudio de la *Torah*, las oraciones eran declaradas "superiores a los sacrificios".»[93] (*Berajot* 32b)

Pensándolo bien, se descubre una lógica en esta manera de actuar, pues uno solo puede arrepentirse de las faltas de las que es consciente. El rito del sacrificio cubría al hombre en todas las situaciones en que hubiera podido separarse involuntariamente de Dios.

Dos aspectos distinguen este sacrificio de los demás: la función de la sangre y el uso de la carne de la víctima. El procedimiento implica tres ritos:

a) el sacerdote entra en el lugar santo con la sangre y asperja con ella siete veces ante el velo del santuario;

b) unta los salientes del altar del sahumerio con la sangre.

c) derrama el resto de la sangre al pie del altar de los holocaustos.

R. de Vaux escribe que estos son los únicos sacrificios en que alguna parte de la víctima se introduce en el interior del Templo. Después de señalar que las grasas son quemadas sobre el altar y que la carne de los sacrificios de cada persona es comida por los sacerdotes como «porción sagrada» (Levítico 6:22), continúa, este hecho:

> «…contradice la teoría según la cual la víctima sería cargada con el pecado del oferente y padecería el castigo que debiera alcanzarle. No, la víctima no se convierte en "pecado", es agradable a Dios, quien, considerando esta ofrenda, quita el pecado. Es, evidentemente, en este sentido ritual que San Pablo emplea el término: "Al que no conoció pecado,

[92] A. COHEN, *op. cit.*, p. 263.

[93] *Ibidem*, p. 210.

> [Dios lo] hizo pecado a favor nuestro" [CI] (*ḥatat [jatat]*), es decir *víctima por el pecado*.»[94]

Se pueden intuir fácilmente las implicaciones de una comprobación como esta; recordémoslo. Trataremos este asunto más adelante. Retengamos, de momento, que el sacrificio por el pecado descarga al oferente de todas sus transgresiones involuntarias.

3.2. El sacrificio de culpabilidad: Asham. Levítico 5:14-16; 7:1-6

El sistema de sacrificios apenas habla de él. Está pensado únicamente para los particulares. La sangre no se lleva nunca dentro del santuario; se derrama al pie del altar, en el atrio. La carne puede ser comida por cualquier hombre en estado de pureza. Este sacrificio debe acompañarse de una indemnización o multa. No hay previsto ningún lugar para él en la celebración de las grandes fiestas.

La distinción entre *ḥatat [jatat]* y *asham* es muy difícil de precisar. Se ha propuesto entender el primero aplicado al pecado en tanto que disposición interior, mientras que el segundo trataría del daño producido por la transgresión.

4. Un rito en tres actos

El sacrificio conlleva tres aspectos determinantes en cuanto a su trascendencia: la imposición de las manos, la inmolación y la aspersión de la sangre.

4.1. La imposición de las manos

Su significado exacto todavía se discute. Parece difícil identificarlo automáticamente con una sustitución. Cuando Jesús imponía sus manos a los niños o a los enfermos, no realizaba ninguna transferencia. Si, en algunas ocasiones, este gesto se acompaña de una transmisión, el texto se ocupa de señalarlo, como en el caso del macho cabrío para Azazel, Levítico 16:21. R. de Vaux es categórico respecto a este tema:

---

[94] Roland DE VAUX, *Les sacrifices de l'Ancien Testament*, Gabalda, París, 1964, pp. 84, 85.

> «No es un gesto mágico que establezca un contacto entre Dios y el hombre, ni es tampoco símbolo de que la víctima sustituya al oferente, cargándose con sus pecados para expiarlos; desde luego, en la ceremonia del chivo expiatorio, Lev. 16:21, se carga así al animal con las faltas del pueblo, pero precisamente por esta transferencia se hace impuro e indigno de ser sacrificado. La imposición de las manos por el oferente no es tampoco una simple *manumissio*, un abandono de la víctima a Dios, sino que es el atestado solemne de que tal víctima proviene ciertamente de él, del oferente, de que el sacrificio que va a ser presentado por el sacerdote es ofrecido en su nombre y él será quien reciba los frutos del mismo.»[95]

En conclusión, podemos retener la idea de una personificación entre aquel que ofrece el sacrificio y el animal ofrecido. La comunión así concebida une y compromete.

4.2. La inmolación

Aunque no se debe ser categórico, podemos admitir que generalmente es el sacerdote quien degolla el animal. También aquí es muy importante comprender el significado de la identificación. Los oficiantes debían sentirse figuradamente impulsados a renunciar al yo corrupto; lo que Pablo llamaría después «la muerte al pecado» (Romanos 6:11).

4.3. La aspersión de la sangre

Mediante el misterio de la identificación (imposición de las manos), la vida del culpable es transferida simbólicamente a Dios, por la sangre (inmolación), y puesta en situación de recibir las nuevas fuerzas que proceden de la comunión recuperada con Dios (aspersión). El hecho de dar muerte es el gesto técnico que permite obtener la sangre, que representa desde ese momento la vida del pecador.

Ahora bien, es necesario recordar que la sangre no debe ser considerada como un objeto. La Biblia no enseña nunca a creer en un objeto, cualquiera que este sea. Cuando se sacralizó la serpiente de bronce, convertida

---

[95] Roland DE VAUX, *Instituciones del Antiguo Testamento, op. cit.*, p. 529.

en objeto de adoración, Ezequías, que hizo lo recto a los ojos del Eterno, la hizo pedazos (2 Reyes 18:4).

La razón por la cual los judíos atribuyen tanto valor a la sangre está explicada en Levítico 17:11, «Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona» (RV60). En este texto, el término *vida* traduce acertadamente la palabra *nefesh*, alma. Dar su alma, es dar su vida entera:

> «…darse a sí mismo en todo lo que uno es. […] Es interesante observar que la eficacia del sacrificio según Levítico 17:11 no se refiere al castigo padecido por la víctima, a una especie de sanción. Su muerte únicamente interviene para liberar el principio vital de la *nefesh* y es a este principio, no a la muerte, al que Dios atribuye el valor del sacrificio. No es la muerte lo que se da sobre el altar (incluso si es el sacerdote quien inmola a la víctima, no la inmola sobre el altar), es la sangre y no la sangre como tal, sino la sangre como portadora de vida […] vida que retorna a Dios su autor.»[96]

Edmond Jacob se expresa en el mismo sentido. Para él, la víctima:

> «…es el intermediario a través del cual Dios comunica su vida al pecador. Y, si los textos rituales insisten tanto en su pureza, su integridad, su juventud, su vigor, es porque su vida debe simbolizar la vida divina. Además, lo esencial del sacrificio no es la muerte de la víctima, sino la ofrenda de su vida.»[97]

5. La fiesta de las expiaciones: *Yom Kippur*. Levítico 16; 23:27-32; 25:9; Números 29:7-11

5.1. Un macho cabrío para el Eterno

El *Yom Kippur* marca el apogeo de la liturgia del perdón. Combina dos ceremonias distintas. En primer lugar, el sumo sacerdote ofrece un novillo como sacrificio por su pecado y el de su casa. Lleva su sangre al lugar santísimo y asperja el propiciatorio del arca de la alianza, llamada *kappo-*

[96] Alain ARCHIDEC, *De l'Autel à la Croix*, Collonges-sous-Salève, 1966, pp. 48, 49.

[97] Edmond JACOB, *Théologie de l'Ancien Testament*, *op. cit.,* p. 237.

ret. La comunidad de los israelitas ofrece también dos machos cabríos, sobre los cuales Aarón echa suertes, una suerte por el Eterno y una suerte por Azazel. El macho cabrío para el Eterno es inmolado. Su sangre es rociada también sobre el propiciatorio. Sacrificio por el pecado, *ḥatat [jatat]*; porque esta última palabra se emplea tanto para designar el sacrificio por el pecado como el mismo pecado.

A este ritual, ajustado a las reglas del Levítico, se añade otra ceremonia muy diferente. El sumo sacerdote impone las manos al macho cabrío destinado a Azazel y confiesa sobre él todas las iniquidades *('avon)* de los hijos de Israel y todas las transgresiones *(pesha')* mediante las cuales han pecado. El texto es claro: «los depositará sobre la cabeza del macho cabrío y lo enviará al desierto por medio de un hombre preparado al efecto» (Levítico 16:21, CI). No hay duda, en esta ocasión, de que el rito conlleva la sustitución sobre el animal de todos los pecados cometidos y confesados. Y, en este caso, el macho cabrío no puede ser sacrificado.

5.2. Un macho cabrío para Azazel

Pero, ¿a quién representa Azazel? Algunos teólogos no admiten diferencia alguna entre Azazel y Yahvé. Es el caso de John Stott, que escribe:

> «Algunos comentaristas cometen el error de interponer una cuña entre los dos machos cabríos, el que era sacrificado y el que llevaba los pecados, desconociendo el hecho de que ambos animales conjuntamente se describen como una sola "expiación", en singular (v. 5; *cf.* "el sacrificio por el pecado", RVA2015). Tal vez T. J. Crawford tenía razón cuando sugirió que cada uno de los machos cabríos representaba un aspecto distinto del mismo sacrificio, "uno exhibiendo el medio, el otro el resultado de la expiación". En este caso la proclamación pública del día de expiación no ofrecía dudas, expresaba que la reconciliación era posible solo llevando los pecados en forma sustitutiva. El autor de la Carta a los Hebreos no tiene inhibiciones en cuanto a ver a Jesús como "misericordioso y fiel sumo sacerdote" (2:17) y a la vez como las dos víctimas: el macho cabrío sacrificado cuya sangre se llevaba a la segunda parte del santuario (9:7,12) y el que llevaba los pecados del pueblo al desierto (9:28).»[98]

[98] John STOTT, *La cruz de Cristo, op. cit.,* p. 163.

Esta interpretación no carece de lógica en la perspectiva jurídica de una sustitución vicaria y penal. Pero resulta inadmisible frente a las conclusiones de los mejores estudios sobre la palabra *Azazel*. Así, R. de Vaux escribe: «Es el nombre de un ser sobrenatural, de un demonio Azazel; así fue como lo entendieron la versión siríaca y el Targum, y también el libro de Enoc, que hace de Azazel el príncipe de los demonios, relegado al desierto.»[99] Los autores más reconocidos ya no discuten esta identificación. Azazel es seguramente el jefe de los ángeles rebeldes, es decir, Satanás.[100] El macho cabrío cargado con los pecados del pueblo se ha convertido en impuro. No puede servir de víctima para el sacrificio. Y, sin embargo, participa en la expiación. El texto es insoslayable: «El que tocó en suerte a Azazel lo presentará vivo ante el Señor, hará la expiación por él y después lo mandará al desierto, a Azazel» (Levítico 16:10).

Un día, Jesús reprendió severamente a los fariseos: «Vosotros tenéis por padre al diablo y queréis realizar los deseos de vuestro padre. Él fue un asesino desde el principio, y nunca ha estado con la verdad porque en él no existe verdad. Cuando dice la mentira le sale de dentro, porque es falso y padre de la mentira» (Juan 8:44). Se denuncia de un modo contundente a Satanás como primer responsable del pecado. Sin embargo, en el *Yom Kippur*, todo sucede como si se devolviera al diablo el mal que proviene de él. Los hombres son incapaces, por sí mismos, de deshacerse de él. La única salida para ellos es volver a ponerlo en manos de Dios, en el desierto. Esta escena viene a ser una profecía de lo que sucederá un día al final de la historia (Apocalipsis 20).

La importancia del ritual en cuestión resulta evidente. Una sola vez al año ofrece al sumo sacerdote la oportunidad de entrar en el lugar santísimo del santuario. Es allí donde reside la divina *Shekinah*, entre los dos querubines que guardan la cubierta del arca. Penetrar en este lugar constituye un privilegio temible. A lo largo de esta parte del servicio, el pueblo espera terriblemente angustiado el regreso del mediador que está oficiando. El representante del pueblo comparece ante Dios. No hay nada más sagrado, más temible.

---

[99] Roland DE VAUX, *Les sacrifices dans l'Ancien Testament*, *op. cit*., p. 187.

[100] *Cf. Dictionnaire encyclopédique de la Bible*, Brepols, Maredsous, 1987, p. 170.

Cuando escribe sobre todas estas ceremonias, von Rad confiesa:

> «La interpretación más comprensible del sacrificio en el Antiguo Testamento puede llegar a profundidades insospechadas, pero siempre se encontrará con un límite absoluto, detrás del cual no existe ninguna explicación posible. Y el exegeta debe reconocer que es precisamente más allá de esta frontera donde tiene lugar la parte esencial del sacrificio.»[101]

Lo comparto. Y aun así, el punto culminante de la vida religiosa debía de ofrecer a los israelitas un consuelo considerable. Esforcémonos, pues, en descorrer un poco el velo. Retomemos para ello los principales elementos de los que disponemos en lo que concierne a los dos machos cabríos, puesto que son ellos los que diferencian este rito sacrificial de todos los demás.

5.3. Más allá del velo

Una vez echada la suerte, el sumo sacerdote impone las manos al macho cabrío designado para el Eterno. En este caso, el sumo sacerdote actúa como representante de todos los israelitas en estado de gracia. Es el gran día del examen de conciencia. «La nobleza de un hombre no consiste en haber estado sin falta, sino en no haber dejado pasar la noche sobre su falta. Reside en no enmascarar la verdad para intentar justificarse. Se resume en juzgarse y hacer penitencia.»[102]

La fiesta de las expiaciones tiene lugar el décimo día de *Tishri*, séptimo mes del calendario mosaico. Desde la fiesta de las semanas, en el tercer mes, ha transcurrido un largo silencio. De repente, este silencio se ve interrumpido por el estrépito resonante de las trompetas, que Dios ha ordenado tocar el primer día de *Tishri*. Es el anuncio de un acontecimiento grave y solemne. Los diez días que siguen a partir de entonces son llamados por los rabinos los días terribles. Cada cual debe prepararse para el gran perdón. «Toma de conciencia, confesión y decisión de reformarse son los tres grados del arrepentimiento.»[103]

---

[101] Gerhard VON RAD, *Teología del Antiguo Testamento*, *op. cit.,* vol. 1, p. 329.

[102] Leo ADLER, *La Signification morale des Fêtes Juives*, Labor et Fides, Genève, 1967, p. 61.

[103] *Ibidem*, p. 75.

Así que el pueblo está en estado de gracia cuando el sumo sacerdote se identifica en su nombre, mediante la imposición de las manos, con el macho cabrío dedicado al Eterno. No se trata en absoluto de que el pueblo esté sin pecado; se presenta con sus debilidades, pero Dios responde a su arrepentimiento mediante la gracia, una gracia que no se conforma con olvidar las transgresiones, una gracia dispuesta a transformar al pecador para que refleje de nuevo la imagen de su creador. Y por eso lo que más importa es restablecer la comunicación. Ha de ser restablecido el vínculo del espíritu.

Examinemos, pues, la escena, que se desarrolla en tres actos:

a) imposición de las manos: por medio del sumo sacerdote, el pueblo arrepentido se identifica con el macho cabrío que simboliza a Cristo;

b) sacrificio del animal: don de la sangre que representa la vida;

c) aspersión de la sangre sobre el propiciatorio del arca de la alianza: constituye la verdadera transferencia de vida a Dios. Viene a ser como si el creyente dijera:

> «Señor, acéptame tal como soy. No puedo ofrecerte más que un corazón cansado de sufrir por el pecado. Cuando deseo hacer el bien, el mal se aferra a mí. No hago el bien que quiero y hago el mal que aborrezco. Tómame, pues, para hacer de mí, en Cristo, una nueva criatura.»

No es casual que la sangre fuera asperjada sobre la cubierta del arca de la alianza. Esta contenía la vara de Moisés y de Aarón, a través de la cual se había manifestado el poder de Dios frente al obstinado Faraón. Era el símbolo de la supremacía divina. El maná recordaba la solicitud de Dios hacia aquellos que habían respondido a su llamado. Era el símbolo de su providencia. Finalmente, el Decálogo describía la vida con Dios en la restablecida armonía con su voluntad. Así, la ceremonia de la alianza del pueblo con el Eterno (Éxodo 24:8; Hebreos 9:19,20) era, en cierto sentido, recordada y confirmada.

El *Yom Kippur* es, por tanto, un día de juicio en el que se confirma el perdón porque se toman disposiciones con vistas a una nueva vida. Se traslucen ya la justificación y la santificación, que ocuparán un lugar importante en el pensamiento del apóstol Pablo.

Es en ese momento cuando el pecado, bajo todas sus formas, puede ser devuelto al diablo por medio del macho cabrío para Azazel. Según el rabino Leo Adler, Azazel significa, etimológicamente, «el Dios poder»; el dios de la violencia, aquel que se encarna en todos los Caín del mundo para degollar a todos los Abel de la humanidad. El falso dios que se aparta del verdadero Dios para arrastrar a los hombres al fango donde se enlodazan hasta la muerte. Este macho cabrío va a extenuarse en el desierto, esperando el fuego que descenderá del cielo para devorar a aquel a quien Jesús desarmará para siempre (Apocalipsis 20:9). En ese sentido participa el macho cabrío en el ritual de la expiación; porque, en definitiva, Satanás está «cubierto» con todos los pecados, de los cuales él es el primer responsable.

> «El ritual relativo a los dos machos cabríos enseña la completa destrucción del mal y de su autor. Señala a Cristo quien en Su ministerio sacerdotal es a la vez Redentor y Juez. De otro modo, el pecado no sería destruido jamás. La obra de redención y la obra de juicio son ministradas por el mismo Sumo Sacerdote. Dios ha entregado todo el juicio al Hijo (véase Juan 5:22). […] La victoria final vendrá solo como resultado del ministerio de Cristo tanto de redención como de juicio. Esta es la enseñanza del Día de la Expiación.»[104]

[104] Edward HEPPENSTALL, *Our High Priest*, Review and Herald Publishing Association, Washington D.C., 1972, pp. 81, 82.

Capítulo 2

El sacrificio de Abraham

Génesis 22

1. ¿Voluntad divina o interpretación humana?

Sin duda alguna, este relato se considera uno de los más hermosos de la historia de los patriarcas, tanto por su forma literaria como por su profundidad espiritual. Sin embargo, plantea una cuestión lacerante: ¿cómo el creador de la vida, que reclama imperativamente el respeto a ella –«no matarás»– puede aquí ordenar al infortunado padre que sacrifique a su hijo único?

Una mañana, hace algunos años, asistimos con estupor a la noticia de que un hombre había degollado a su hijo durante la noche. Afirmaba que Dios se lo había pedido por mediación de un ángel. Incluso aquellos que se sentían incondicionalmente fascinados por la obediente fe de Abraham, clamaban en este caso contra el abyecto fanatismo. Con razón, sin duda; a menos que se tratara de un acceso de locura. Pero, ¿por qué este cambio de actitud? ¿Se pueden utilizar dos pesos y dos medidas?

Ahora bien, la mayoría de las versiones de la Biblia traduce el versículo 2 «Dios le dijo: –Coge a tu hijo único, a tu querido Isaac, vete al país de Moria y *ofrécemelo allí en sacrificio* en uno de los montes que yo te indicaré». Pero la reciente traducción de André Chouraqui (1985) tiene algo que sorprende: «Él dijo: Toma a tu hijo, tu único, a quien amas, Isaac, vete a tierra de Moria, allí *súbelo en alto* sobre uno de los montes que yo te diré.» Ha desaparecido la orden de matar.

La psicoanalista Marie Balmary, por su parte, traduce también, «literalmente» según ella, «*elévalo en elevación* sobre uno de los montes que te mostraré.» Aduce en su apoyo el comentario de Rabí Shlomo Yitzjaki (1040-1105), más conocido con el nombre de Rashi: «Literalmente, hazlo subir. Dios no le dice: sacrifícalo. El Santo, bendito sea, no pretendía esto de ningún modo, sino únicamente hacerlo subir a la montaña para dar a la persona de Isaac el carácter de una ofrenda a Dios.» Así que el mismo

verbo hebreo es traducido en ocasiones por «hacer subir» o bien por «ofrecer en holocausto». A pesar de su traducción, Chouraqui no descarta la idea de sacrificio. En la edición Lidis, publica en nota al pie de página:

> «El tipo de sacrificio demandado aumenta la tensión trágica del texto. Habrá que subir a Isaac sobre el altar, degollarlo y quemarlo hasta que todo su cuerpo sea reducido a cenizas: es un holocausto, un sacrificio que debe ser completamente quemado, tal como traduce este término la Septuaginta (Levítico 8:20).»

Por su parte, Marie Balmary señala: «Hay que destacar, sin embargo, que el término empleado por la Septuaginta (*holokarposis)* significa, en su origen, ofrenda compuesta íntegramente por frutos (holos karpos).»[105]

2. Las disposiciones de Abraham

Sea lo que fuere, Abraham *comprendió* que debía degollar a su hijo (22:9,10) y Dios *sabía* que la fe del patriarca sería así puesta a prueba (22:1), una prueba insólita. Permite que la situación llegue hasta el límite, ocultándose incluso en la más incomprensible contradicción. Porque el hijo tan esperado, prometido para engendrar una descendencia numerosa como las estrellas, se expone a morir antes de haber concebido. Pero es precisamente en esta coyuntura cuando la fe de Abraham se vuelve sublime.

> «Por [la] fe Abrahán, puesto a prueba, ofreció a Isaac, y estaba ya ofreciendo al hijo único el que había recibido las promesas, a quien se había dicho: "Por Isaac darás nombre a tu descendencia", pensando que Dios tiene poder hasta para resucitar [a uno] de entre [los] muertos; de ahí que lo recobró también con valor de símbolo» (Hebreos 11:17-19, CI).

No es necesario buscar explicaciones en el psicoanálisis. La intención de Dios logra poner de relieve la fe de su siervo. Porque creer, para un hebreo, es afirmarse en Yahvé. Además, frente a la orden de Dios tal como él la comprendió, Abraham no tenía por qué disgustarse, ya que los sacrificios humanos, y en particular el del hijo primogénito, formaban parte de las obligaciones religiosas en esta época. Por tanto, la orden de ofrecer a

[105] Marie BALMARY, *La Sacrifice interdit, Freud et la Bible*, Grasset, París, 1986, pp. 196, 197.

Isaac no podía ser interpretada *por él* como el capricho tiránico de un déspota insensato.

Todo sucede como si el patriarca escogido como padre de los creyentes diera muestras de una valentía respetuosa con las costumbres, en el momento preciso en que va a modificarlas en nombre de Dios. Porque los sacrificios humanos serán formalmente prohibidos en Israel, y reemplazados por víctimas animales (Deuteronomio 12:31); a la espera de que esta última práctica sea también cuestionada por los profetas (Miqueas 6:7).

La fe de Abraham es asombrosa. La orden de abandonar su país y a su familia (Génesis 12:1) lo había desarraigado de su pasado. Su nueva prueba parece cerrarle el futuro. En efecto, todo el Israel venidero está ligado al altar en la persona de Isaac. Pero el amor de Dios se manifiesta en la libertad de su gracia. El hijo otorgado milagrosamente en su nacimiento es ofrecido una segunda vez, como por una resurrección. La obediencia y la gracia han surtido efecto.

3. De Moria a Gólgota

Esta historia hace pensar, por supuesto, en la cruz de Gólgota, donde Dios da a su hijo único. En lo que concierne a la generosidad heroica, la comparación es legítima; sugerida tal vez por la Epístola a los Hebreos, que habla de símbolo, o más literalmente de parábola (11:19).[106] La misma palabra, *parábola*, aparece en Hebreos 9:9,[107] donde se traduce por «figura», para mostrar que los sacrificios de la antigua alianza no tenían ninguna eficacia propia. Ahora bien, hemos de abstenernos de llevar la comparación demasiado lejos, porque en el Calvario no es el padre quien degüella a su hijo. Más adelante veremos que incluso el verbo *entregar*, empleado para describir la actitud de Dios hacia Jesús (Romanos 4:25; 8:32),

[106] (N. del T.) La versión de Cantera-Iglesias registra la expresión «símbolo». Ninguna de las versiones en castellano consultadas emplea la traducción «parábola». La traducción francesa de Louis Segond, que emplea el autor, G. Stéveny, traduce «le recouvra-t-il par *une sorte de* [una especie de] resurrection». El texto griego indica: «Θεός ὅθεν αὐτὸν καὶ ἐν παραβολῇ ἐκομίσατο».

[107] (N. del T.) Tanto la NBE como la CI y la RV60 traducen «símbolo». Louis Segond habla de «figure» y el texto griego emplea también «ἥτις παραβολὴ εἰς τὸν καιρὸν τὸν ἐνεστηκότα».

significa «abandonar» en ausencia de cualquier otra posibilidad. En contraposición, ningún brazo celestial o terrestre interrumpió el drama de Dios sobre la cruz. El Padre y el Hijo bebieron la amarga copa hasta las heces.

Otra diferencia merece nuestra atención. En Moria se puso a prueba la fe de Abraham. Evidentemente, ese no es el caso de Dios. Es difícil mencionar la fe en relación con él; Dios, que lo sabe todo, conocía la resurrección (Mateo 12:39,40; 16:21). Por consiguiente, se puede ver en el sacrificio de Isaac un anuncio del sacrificio de Cristo y en Abraham la imagen del Padre que da a su hijo y lo recupera por la resurrección. Esto:

> «…no implica forzosamente que se deba indagar –y descubrir– un significado para cada detalle del relato: la madera de la cruz, el cordero pascual, el asno, el cuchillo, el fuego, etc. La profunda unidad de la revelación bíblica en el Antiguo y el Nuevo Testamento no puede limitarse a un ejercicio de comparación fácil que se expondría a no ser más que un juego de ingenio.»[108]

Esta historia prefigura los elementos clave de la redención, es decir, la muerte salvadora de Cristo con las consecuencias sobrenaturales que produciría sobre los fieles: vida espiritual y vida eterna más allá de la resurrección.

[108] Frank MICHAELI, *Le Livre de la Genèse*, Delachaux et Niestlé, París, 1960, vol. 2, p. 63.

Capítulo 3

El sacrificio pascual

El Nuevo Testamento enfatiza con intensidad la relación entre la Pascua judía y la muerte de Jesús (Mateo 26:2; Juan 11:55; 12:1-8; 13:1; 1 Corintios 5:7); porque esta página grandiosa de la historia judía no es solo el relato de una prueba trágica infligida a los egipcios, sino un texto legislativo que establece los ritos que han de ser observados como recuerdo de la suprema intervención del Altísimo en favor de los suyos. La Pascua se afianza, pues, en el núcleo mismo de la vida de todo Israel.

1. Fiesta agrícola y pascual

Desde antes del Éxodo, los nómadas de origen semítico practicaban ya dos fiestas rurales que se refundieron en la Pascua. Por una parte, la fiesta de los *ácimos*, o panes sin levadura, con ocasión de las cosechas, donde se ofrecían cereales. Por otra parte, la fiesta de la renovación (nuevas crías) de los rebaños, también en primavera. Su objetivo era ahuyentar demonios e influencias funestas que amenazaban con desbaratar el trabajo de los agricultores y de los pastores. El rito de la sangre resultaba esencial para liberarse de fuerzas nocivas.

2. Fiesta judía

En cuanto a la Pascua judía, el acontecimiento histórico ocupa el primer lugar. Etimológicamente, la palabra es el calco del griego *pascha* [*pasja*], derivado del hebreo *pesaḥ* [*pesaj*] = pasar (Éxodo 12:23-27). Se recordaba de este modo el favor de Yahvé en el momento de la décima plaga, cuando pasó por alto las casas cuyo dintel y cuyos postes mostraban la señal de la sangre, en tanto que tocó de muerte a todas las demás. La Pascua se convierte así en la conmemoración por excelencia de una invencible voluntad de salvación, ante la cual todo obstáculo debe desaparecer (Éxodo 12:26,27; 13:8,9). La Pascua es el recordatorio de la gracia liberadora. Al perder su carácter de rito agrícola y pastoril, esta ceremonia se

convertía en el fundamento de la fe de Israel; recuerdo de un pasado victorioso y promesa de un futuro triunfante. Esta conmemoración liberaba una energía espiritual que permitía vivir en armonía con la ley (13:9).

3. Fiesta profética

> «Todas las intervenciones de Dios en el pasado hacen esperar su intervención decisiva en el futuro. La salvación definitiva (= escatológica) aparece como una nueva creación (Isaías 65:17), un éxodo irreversible (65:22), una victoria total sobre el mal, el paraíso reencontrado (65:25). El enviado de Dios, encargado de instaurar esta transformación del mundo, no es otro que el Mesías (Isaías 11:1-9), por más que cada noche de Pascua los judíos esperen su venida.»[109]

Este es el contexto en el que debe comprenderse la afirmación del apóstol Pablo: «nuestra pascua, que es Cristo» (1 Corintios 5:7, RV60).

[109] Pierre E. BONNARD, en *Vocabulaire de Théologie biblique*, Xavier Léon-Dufour, ed., Cerf, París, 1971, p. 888.

Capítulo 4

El sacrificio del siervo

Isaías 52:13–53:12

1. Un canto épico

El quinto evangelio, tal como se lo llama a menudo, se halla en el pensamiento de todos como la culminación del Antiguo Testamento. Asimismo, no dejan de sorprendernos sus múltiples e importantes variantes. Sin embargo, hemos de decir, de entrada, que estas no alteran en absoluto la extrema belleza del texto ni la sublime enseñanza que contiene.

El pasaje consta de tres partes: discurso divino (52:13-15), coro (53:1-10) y discurso divino (53:11,12). Se trata de una liturgia profética que supera todo lo relativo a las celebraciones de culto.

1.1. Isaías 52:13-15

El versículo 14 describe la humillación del siervo. El resto del canto muestra su exaltación ante todas las naciones.

> «…este discurso divino enfoca su mirada precisamente al momento en que los pueblos reconocerán qué circunstancias se dan en este hombre, menospreciado y desfigurado de un modo inhumano. Con gran sorpresa tendrán conocimiento de algo "que nunca se les había dicho". El comienzo del grandioso texto es tan extraño porque comienza por el final de todo el acontecimiento: por la glorificación y reconocimiento de la importancia universal del siervo. Pero así se expresa algo de capital importancia para todo el canto, a saber, que en este asunto del siervo de Dios estamos ante un acontecimiento que sólo puede entenderse a la luz de su final.»[110]

[110] Gerhard VON RAD, *Teología del Antiguo Testamento*, *op. cit.* vol. 2, p. 318.

1.2. Isaías 53:1-10

El coro que habla en nombre de Israel presenta después, de forma retrospectiva, los sufrimientos inmerecidos del siervo. Se retrata con un realismo impresionante la faceta más miserable y despreciable de su vida. Aceptó humildemente, y sin resistir, llevar nuestros sufrimientos, cargar con nuestros dolores. Siguiendo el modelo de los salmos de lamentaciones, este coro acumula detalles aciagos: apariencia exterior, desprecio, enfermedad, maltrato físico. Tenemos la impresión de encontrarnos, con toda certidumbre, frente al paroxismo de la prueba. Sin embargo, los planes de Dios no fracasan, porque el siervo verá la posteridad, prolongará sus días y lo que agrada a Yahvé será cumplido a través de él.

1.3. Isaías 53:11,12

Como conclusión, observemos el discurso divino, que se complace en describir la salvación operada por el siervo: «el justifica a muchos […], cargó sobre sí el pecado, llevándoselo» (v. 11b). Von Rad, cuya traducción presentamos, insiste en la variedad del vocabulario escogido para dar cuenta de la obra salvadora del siervo: purifica, lleva las enfermedades, carga con los dolores, el castigo cae sobre él, sus cicatrices nos curan, ofrece su vida en expiación, justifica, se entrega a la muerte e intercedió por los demás.[111]

Nuestro autor observa entonces que este estilo tan expresivo apela a la fuerza y a la emoción más que al rigor teológico. Por consiguiente, invita a la prudencia en cuanto a su interpretación. Señalemos finalmente la nota triunfante del versículo 12. El sacrificio del siervo no se produjo en vano.

2. ¿Quién es el siervo?

Esta pregunta ha sido intensamente debatida. Algunos ven en él un ser colectivo, bien sea todo Israel, o bien una elite de ese pueblo; otros, un personaje individual. Muchos comentaristas judíos optan por una de las dos primeras alternativas, mientras que los cristianos identifican al siervo

[111] *Ibidem*, pp. 318, 319.

con el Mesías. El léxico no ofrece demasiada ayuda. *Ebed*, siervo, se emplea en 807 ocasiones, y se traduce generalmente en la Septuaginta como *pais*, niño, siervo, o *doulos*, esclavo. Se aplica a Moisés (2 Crónicas 24:9; Deuteronomio 9:11) y a David (2 Samuel 3:18). Oscar Cullmann señala que «muchos investigadores han estudiado el sentido de la figura de *Ebed Yahvé* en el antiguo testamento, pero han sido pocos los que se han preocupado por su aplicación a Jesús».[112] Es sorprendente. Sin embargo, en su opinión, nos conduce al centro mismo de la cristología del Nuevo Testamento. Los textos referidos a esta figura se encuentran en Isaías 42:1-4; 49:1-7; 50:4-11; 52:13–53:12.

Isaías 49:3 parece dirigirse a todo Israel. Ahora bien, 49:5 se comprende mejor si se reconoce en él un solo personaje. Este siervo fue modelado por Yahvé, desde el seno de su madre, para cumplir una obra sublime. Recibe oídos para oír, una boca para hablar (50:4), un rostro que será desfigurado, una espalda que recibirá la flagelación (50:6). En cuanto al último canto (52:13–53:12), los mismos antiguos comentaristas judíos lo interpretaron en relación con el Mesías. Así, el Targum sobre Isaías, en la versión en lengua aramea, escribe: «He aquí mi siervo el Mesías prosperará». Y el Midrás Tanhuma dice también: «Éste es el rey Mesías. […] *"Será engrandecido"*, más que Abrahán. *"Ensalzado"*, más que Moisés. *"Y será sublimado"*, mucho más que los ángeles que ministran.»[113]

En definitiva, ¿quién es, pues, este siervo? ¿Todo Israel, una parte del pueblo o un individuo que profetiza al Mesías? Me inclino a compartir la opinión de Oscar Cullmann:

> «Sin embargo, debemos subrayar de entrada que no puede ser válida ninguna solución que tenga exclusivamente en cuenta *una sola* categoría de pasajes. Además, las tres explicaciones no se excluyen en modo alguno. Para el pensamiento semítico resulta algo corriente vincular una colectividad y sus representantes individuales. La idea de la sustitución constituye la enseñanza teológica principal de los cánticos del *Siervo* y dentro de ella es normal que una mayoría se reduzca progresivamente y

[112] Oscar CULLMANN, *Cristología del Nuevo Testamento*, Sígueme, Salamanca, 1998, p. 105.

[113] (N. del E.) Víctor M. ARMENTEROS, «Midrás Tanḥuma Buber a Génesis: Traducción, notas y análisis estructural-hermenéutico», tesis doctoral, Universidad de Granada, Granada, 2006, p. 356, acceso el 1 de julio de 2018, https://hera.ugr.es/tesisugr/16218772.pdf.

> que una minoría cada vez más reducida asuma una misión que en principio correspondía al conjunto.»[114]

Decir esto es admitir que el *ebed Yahvé* representa también a Cristo, pero en el cumplimiento de una misión más amplia, confiada a Israel. Jesús tenía buenas razones para decir a la samaritana: «la salvación viene de los judíos» (Juan 4:22, CI).

Conviene añadir que los escritores del Nuevo Testamento ratifican de forma concluyente la interpretación mesiánica de Isaías 53 porque, de doce versículos que se citan, aplican ocho a Cristo. Veamos la lista con sus correspondencias:

- v. 1, citado por Juan 12:38.
- v. 4, citado por Mateo 8:17.
- vv. 5,6,9,12, citados por 1 Pedro 2:22-25.
- vv. 7,8, citados por Hechos 8:30-35.

3. La profecía mesiánica

Solo podemos registrar aquí las declaraciones que apuntan hacia la cruz. Al comparar algunas traducciones antiguas y recientes, descubrimos que a menudo resulta difícil advertir la verdadera intención del autor. El traductor debe a veces decidirse por una lectura del texto fundada en conjeturas.[115] Veamos los puntos fuertes del texto.

3.1. El nacimiento. Isaías 53:2

El siervo aparece como una planta frágil, un retoño, una raíz en tierra árida. No sale del tronco de Isaí, como en 11:1, sino de un suelo reseco, es

---

[114] Oscar CULLMANN, *Cristología del Nuevo Testamento*, *op. cit.*, p. 109. La *Jewish Encyclopedia*, en el artículo *Siervo de Dios (Servant of God)* admite también que el 4º canto ofrece una visión «anticipante» del Mesías.

[115] A. LOISY lo indicaba antes de los descubrimientos de Qumran, en su libro: *La condition d'Israël,* París, 1927, pp. 122-126. Las notas de la TOB (*Traduction OEcuménique de la Bible*) dan igualmente fe de ello, a pesar de los manuscritos antiguos, disponibles hoy. *Cf*. *Ancien Testament*, TOB, édition intégrale, Cerf, París, 1983, pp. 857-859.

decir, del pueblo de Israel en plena derrota espiritual. Y no tiene nada que resulte agradable.

3.2. Llevó nuestros sufrimientos. Isaías 53:4

«Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores.» Afortunadamente, disponemos de una explicación brillante e inspirada que procede del propio ministerio de Jesús. Sucedió en Galilea, en el glorioso momento en que la multitud se arremolinaba en torno al Maestro. Jesús entra en casa de Pedro y sana a su suegra. Al atardecer, expulsa a los espíritus mediante su palabra y cura «a todos los enfermos, para que se cumpliese lo que dijo el profeta Isaías: Él tomó nuestras dolencias y cargó con nuestras enfermedades» (Mateo 8:16,17). Jesús no vio ninguna idea de sustitución jurídica en relación con la profecía. Llevar las enfermedades, cargarse con los dolores no significa convertirse en enfermo o poseído, en lugar de los desgraciados que se presentan para ser liberados. No existe ningún indicio de justicia retributiva. Se trata simplemente de una solidaridad dinámica. Jesús no puede ver sufrir a nadie sin hacer todo lo que de él dependa para exorcizar el mal, para expulsar la pena. Su amor no tiene nada de platónico. Él se implica en la pelea, se allega a nosotros incluso en nuestros mayores padecimientos. Y si generalmente las tinieblas rechazan la luz, a veces retroceden vencidas. Ungido de Espíritu Santo y de poder, Jesús de Nazaret iba de un lugar a otro haciendo el bien y curando a todos aquellos que estaban bajo la opresión del diablo; porque Dios estaba con él (Hechos 10:38). Por consiguiente, llevar nuestras enfermedades significa curarlas.

3.3. Él llevó nuestros pecados

«Él cargó con el pecado de muchos» (53:12). Aquí se emplea en hebreo el mismo verbo que en el versículo 4. Por tanto, la lógica nos exige que comprendamos los dos pasajes de la misma forma. El pecado hace sufrir a Cristo tanto como las enfermedades. Y desea combatirlo con mucha más intensidad, ya que, en el fondo, es quien engendra todos nuestros males. La Epístola a los Hebreos declara que Jesús se manifestó para *abolir* el pecado (9:26). Este es el mayor objetivo de toda su obra. Llevar nuestros pecados significa curarnos. Recordemos la observación de Roland de Vaux recogida en nuestra nota 94.

3.4. El juicio de los hombres

«Nosotros le tuvimos por castigado, herido por Dios y abatido. Fue traspasado por nuestras iniquidades y molido por nuestros pecados» (53:4,5, NC). Se olvida con demasiada frecuencia que este pasaje nos hace conocer el juicio de los hombres y no el de Dios. Y es seguramente así como sucedieron las cosas en realidad (Juan 10:35-38; Mateo 26:65-68). Los contemporáneos de la cruz la entendieron como una maldición de Dios. «Castigado, herido por Dios»,[116] es una expresión que recuerda la situación de un leproso. Una antigua tradición, retomada por Aquila en el siglo I, presenta al siervo como un leproso. Hemos de recordar también que, según la *Torah*, «el colgado es objeto de maldición ante Dios». Su cadáver no podía pasar la noche en el madero (Deuteronomio 21:23). Puede entonces comprenderse, desde esta perspectiva, el menosprecio de quienes asistieron a la crucifixión: supusieron que Dios aprobaba el juicio de aquellos y que Jesús era maldecido por el Eterno.

3.5. ¿Un castigo divino?

«Nuestro castigo saludable cayó sobre él, sus cicatrices nos curaron […] el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes […] El Señor quiso triturarlo con el sufrimiento» (53:5,6,10). Esta vez se impone mostrar otras traducciones:

- «La sanción, prenda de paz para nosotros, estaba sobre él y en sus llagas se encontraba nuestra curación […] El Señor hizo recaer sobre él la maldad de todos nosotros […] Pero, Señor, que, aun triturado por el sufrimiento, te complazca» (TOB).
- «Tiene sobre él la disciplina de nuestra paz. Pero nosotros somos curados en su herida […] Dios la ha enfrentado por nuestra culpa […] Yahvé desea abrumarlo, causarle dolor» (Chouraqui).

Si tomamos la palabra *castigo* en su sentido más desfavorable (*in malam partem),* podemos aplicarlo al juicio erróneo de los hombres contra

[116] (N. del T.) Nueva Biblia Española indica «nosotros lo estimamos leproso» (Isaías 53: 4).

Jesús, cuando lo condenaron por blasfemo. Pero este error judicial contribuyó, a pesar de todo, a la salvación de los hombres.

- El inconveniente de una interpretación como esta es que difícilmente concuerda con el versículo 10: «el Señor quiso». Todo el pasaje parece poner en obra una intención divina. Por el contrario, el versículo 8 revela que fue víctima de una sentencia injusta. Los términos *violencia* y *juicio* se refieren a un juicio opresivo por parte de sus contemporáneos.

La palabra hebrea *musar* plantea un problema. Segond la traduce por «castigo», la TOB por «sanción» y Chouraqui por «disciplina».[117] En efecto, pueden darse estos diferentes sentidos; generalmente con un propósito pedagógico. La noción de castigo jurídico se expresa más bien con *mishpat* (Isaías 53:8). Sucede lo mismo con la palabra griega *paideia* (que no hay que confundir con *kolasis*) escogida por la Septuaginta para nuestro pasaje. Su raíz es *pais*, niño. *Paideia* significa «educación» y a veces «corrección», inevitable en educación. Una vez más, la semántica nos aleja de la idea de un «castigo» concebido como una pena jurídica. Si los jueces de Jesús lo concibieron de esta forma, Dios mismo lo entiende de otra.[118]

A partir de este momento, hemos de admitir que Dios hizo entrar la cruz en su plan de salvación; de ningún modo para satisfacer su venganza, sino para responder a nuestras necesidades. La muerte del Mesías era necesaria para restablecer la paz entre nosotros y Dios. Así, consintiendo en sacrificarse, Dios dejaba actuar contra su Hijo amado toda la maldad de los hombres. La maldad de la humanidad se descargó sobre él. Y como un cordero que es llevado al matadero, no abrió su boca. El Padre también estaba en él, en la no violencia silenciosa, mientras la tierra temblaba y las rocas se partían (Mateo 27:51).

---

[117] (N. del T.) Las versiones en castellano empleadas en esta traducción utilizan mayoritariamente la palabra *castigo*. Nueva Biblia Española precisa «castigo saludable» y Cantera-Iglesias anota «castigo [precio] de nuestra paz».

[118] *Kolasis* expresa el castigo concebido como retribución jurídica. Es el que se inflige a los impenitentes, Mateo 25:46. *Cf.* Richard-Chenevix TRENCH, *Synonymes du Nouveau Testament*, ed. Copiexpress, Quebec, 1984, p. 28.

Desde este punto de vista, ¿cómo admitir el versículo 10: «El Señor quiso triturarlo con el sufrimiento»? Se habrá observado la traducción bastante diferente propuesta por la TOB: «Pero, Señor, que aun triturado por el sufrimiento te complazca». Una nota propone también «acéptalo» en lugar de «que te complazca»; y añade: «otra traducción: el Señor se agradó». El texto griego es muy diferente; traduce literalmente: «El Señor quiera purificarlo de la llaga». Pero no podemos descartar el texto hebreo. Si lo entendemos como la TOB, hay que comprender que de un mal Dios ha podido producir un bien (*cf*. Génesis 50:20). Desde esta perspectiva, la cruz resulta provechosa a pesar del atroz sufrimiento que representa. Y con este enfoque la muerte del Mesías puede ser interpretada como un sacrificio fragante (Efesios 5:2). Aunque quebrantado por el sufrimiento, Cristo agrada a Dios; su muerte es aceptada. Está encaminada a contribuir poderosamente a la educación y corrección de los pecadores; por tanto, a su salvación.

La expresión «le agradó» adopta entonces el sentido del verbo griego *eudokeô*, bastante frecuente en el Nuevo Testamento, y se traduce generalmente de la misma manera (1 Corintios 1:21; 2 Corintios 12:10; Gálatas 1:15; Colosenses 1:19; 1 Tesalonicenses 2:8; Hebreos 10:6). Su empleo en 2 Corintios 12:10 es especialmente revelador: gozarse en las debilidades, ultrajes, infortunios, persecuciones y angustias, únicamente puede comprenderse en función de la finalidad. Todo esto contribuye finalmente al progreso de la obra de Cristo. Este es seguramente el sentido de Isaías 53:10.

> «Dios no se alegró de que su Siervo […], el Mesías, tuviera que sufrir; pero por causa del bienestar eterno de los hombres y la seguridad del universo, *era necesario* que sufriera. Debe entenderse por esta frase que tal fue la voluntad de Dios. Únicamente así podría tener éxito el plan de Salvación. Los sufrimientos de Cristo eran parte del plan eterno (Hechos 2:23).»[119]

[119] *Comentario Bíblico Adventista del Séptimo Día*, *op. cit.*, vol. 4, p. 329.

3.6. «…haya puesto su vida en expiación por el pecado…». Asham, Isaías 53:10, RV60

La TOB habla aquí de un «sacrificio de expiación»[120] y señala en una nota: «Es el único texto del Antiguo Testamento que presenta una víctima humana ofrecida en expiación. Sabemos que los sacrificios humanos estaban absolutamente prohibidos.» Por su parte, Gerhard von Rad observa:

> «Si con ello se alude al uso de las ofrendas cúlticas, la afirmación tendría una significación teológica especial, pues la referencia a que la ofrenda del siervo hubiese sobrepasado las ofrendas cúlticas no tendría precedentes en el AT […]. Tal vez lo más probable sea que se deba entender אָשָׁם *[asham]* en un sentido jurídico más general como "obra de compensación", o "prenda", fianza (1 Samuel 6:3).»[121]

De hecho, esta clase de sacrificio contiene esencialmente la idea de una reparación. El asunto es saber en qué consiste la reparación. Desde luego, no en el hecho de los sufrimientos hasta la muerte. Acabamos de verlo. Resultaría morboso imaginarlo. La imagen de Dios quedaría desvirtuada. –Nosotros proponemos ver en la obediencia de Cristo, obediencia hasta la muerte en la cruz, la indispensable reparación exigida por la Ley.– El bienestar eterno de los hombres y la seguridad del universo tenían inevitablemente este precio.[122] Porque la ley condiciona la vida íntima de toda realidad; no se la puede transgredir sin atentar contra la vida misma. Desarrollaremos esta idea más adelante.

3.7. Una visión gloriosa

Una lectura atenta de nuestro canto (Isaías 52:13–53:12) pone de relieve toda una serie de verbos en futuro: tendrá éxito, subirá, crecerá mucho, purificará, saciará de conocimiento, justificará a muchos, llevará sus iniquidades. Estos son los designios del Eterno al describir la misión del siervo. Tres de esas expresiones merecen explicación aparte.

---

[120] (N. del E.) Versión de Cantera-Iglesias: «sacrifico expiatorio».

[121] Gerhard VON RAD, *Teología del Antiguo Testamento, op. cit*., vol. 2, p. 319.

[122] Ellen G. WHITE, *El Deseado de todas las gentes,* Pacific Press Publishing Association, Publicaciones Interamericanas, Mountain View, California, p. 713.

a) «*Purificará por la aspersión a muchas naciones*» (52:15).[123] Con la TOB, el texto cambia completamente: «Muchas gentes se asombrarán». Veamos la traducción proporcionada por Chouraqui: «Él hace estremecerse a muchas naciones».[124]

La TOB explica:

> «El verbo hebreo significa "hacer deslizarse" (un líquido sobre alguien), es decir, asperjar; literalmente "hará deslizarse las naciones". Este texto poco satisfactorio ha sido traducido de forma diversa: la versión siríaca ha conservado un sentido ritual (Números 19:17-22): purificará o saneará las naciones. Símaco y Targum traducen: dispersará o rechazará a las naciones. Si el término pudiera emplearse en sentido figurado, diríamos seguramente: "él salpicará a las naciones" (*cf*. Job 29:21-22).»

La Biblia de Neuchâtel adopta la misma interpretación y rechaza la idea ritual de purificación, afirmando que la palabra hebrea no puede tener este sentido. El *Comentario Bíblico Adventista* hace lo mismo, apelando a la traducción griega. La exaltación del humilde siervo provocará la admiración del mundo.

b) «Por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos» (53:11, RV60).

La TOB traduce: «Nada más conocido, justo, impartirá la justicia.» «No es enteramente claro el sentido de esta frase. […] Parece referirse al conocimiento íntimo que Jesús tenía del carácter y de la voluntad del Padre, a quien había venido a revelar a los hombres.»[125] En definitiva, poco importa que el texto designe el conocimiento directo del Padre, o el conocimiento indirecto del Padre a través del Hijo. Ya en el inicio del texto se evidencia la idea de que no se puede llegar a la justicia sin descubrir la justicia del Hijo y por ella la del Padre.

---

[123] (N. del T.) Se trata, probablemente, de una traducción del texto de la Vulgata: «*Iste asperget gentes multas*.»

[124] (N. del T.) Cantera-Iglesias traduce «así *se llenaron de asombro* muchos pueblos», indicando en nota al margen que se trata de una «versión conjetural c G [a partir de la versión griega de la Septuaginta], pero otros prefieren interpretar H [texto hebreo masorético] *dispersará*, etc. (cf. Kit [KItel, edic. 1971])».

[125] *Comentario Bíblico Adventista del Séptimo Día*, *op. cit*., vol. 4, p. 330.

c) «Llevará las iniquidades de ellos» (53:11, RV60).

Veamos todo el pasaje según la traducción ecuménica [TOB]: «Nada más conocido, justo, impartirá la justicia, él mi Siervo, en beneficio de muchos, por el hecho de que él mismo soporta sus iniquidades.»

Von Rad lo entiende del mismo modo: «Por las fatigas de su alma,… justificará mi Siervo a muchos, y las culpas de ellos él soportará». Las palabras están tomadas literalmente de la traducción de la Biblia de Jerusalén. Estas últimas versiones traducen el verbo *llevar* de una forma distinta a la del versículo 12 (veáse lo indicado en el punto 3.3. ÉL LLEVÓ NUESTROS PECADOS). Parece que la profecía anuncia indudablemente el maltrato del que Cristo fue víctima de una forma justa, es decir de una forma no violenta. Sea lo que fuere, volveremos a tratar más adelante el significado histórico, psicológico y teológico de «llevar los pecados». Puede inferirse ya que gracias a Jesús los hombres descubrirán el verdadero rostro de Dios (Juan 17:6), restableciendo así con él una relación sana, más allá de los miedos y de los cálculos interesados (justificación), y viviendo con Cristo la curación del pecado (santificación).

d) Mi siervo tendrá éxito

Al final de estas breves observaciones sobre la visión gloriosa, recordemos que en ella se encierra un auténtico decreto divino: «Mirad, mi siervo tendrá éxito» (52:13). Cómo no apasionarnos hoy con esta afirmación igual que, pronto hará dos mil años, cuando Felipe, en el camino de Jerusalén a Gaza, fue enviado por un ángel a un etíope, ministro de la reina Candace, para explicarle todo este canto glorioso.

Capítulo 5

La protesta profética

1. Contra el formalismo

¿Cómo concluir este esbozo de los principales elementos que han jalonado el camino del altar a la cruz sin mencionar los desaciertos provocados por las protestas de los profetas? El ritual es siempre peligroso. La forma acaba fácilmente tomándole la delantera al fondo; pierde entonces su sentido y su eficacia pedagógica. Y si además el rito aprovecha a alguien, cabe esperar, lamentablemente, que se multipliquen las oportunidades de organizarlo con el fin de que aumenten el rendimiento y los privilegios de aquel. Por esa razón el templo se convirtió en una «cueva de bandidos» (Mateo 21:13), mientras los sacrificios evolucionaban hacia repugnantes libaciones de sangre. En lugar de conducir a la santidad (*sacrum facere*), promovían el formalismo y la hipocresía.

2. Una institución paliativa

Es lícito pensar que las leyes ceremoniales no habrían sido dictadas jamás si el pueblo de Israel se hubiera mostrado más sensible a la voz de Yahvé expresada en el Decálogo.

> «Dios les había dado su ley; pero el pueblo no quiso obedecerla. Luego les dio ceremonias y ritos, para que por su cumplimiento, pudiesen recordar a Dios. Pero propendían de tal manera a olvidarle a él y sus derechos sobre ellos, que era necesario mantener sus mentes agitadas para que comprendiesen sus obligaciones de obedecer y honrar a su Creador. Si hubiesen sido obedientes y se hubiesen deleitado en guardar los mandamientos de Dios, no se habría requerido la multitud de ceremonias y ritos.»[126]

Esto significa que los ritos no eran indispensables de derecho, sino solamente de hecho. En una situación ideal, Dios no los necesitaba. Fueron

---

[126] Ellen G. WHITE, *Joyas de los Testimonios*, Asociación Casa Editora Sudamericana, Buenos Aires, 2004, tomo 2, p. 281.

las circunstancias las que lo llevaron a introducirlos para acabar con la falta de conciencia moral y espiritual. Pero, por desgracia, esta institución consiguió su objetivo en muy contadas ocasiones.

3. Hasta la aversión de Dios

La voz de Dios, expresada a través de los profetas, no tardó en dar a entender su tristeza y después su disgusto –«¿Quiere el Señor sacrificios y holocaustos o quiere que obedezcan al Señor? Obedecer vale más que un sacrificio; ser dócil, más que grasa de carneros» (1 Samuel 15:22).

> «¿Qué me importa el número de vuestros sacrificios? –dice el Señor–. Estoy harto de holocaustos de carneros, de grasa de cebones; la sangre de novillos, corderos y machos cabríos no me agrada. ¿Por qué entráis a visitarme? ¿Quién pide algo de vuestras manos cuando pisáis mis atrios? No me traigáis más dones vacíos, más incienso execrable. Novilunios, sábados, asambleas, no los aguanto» (Isaías 1:11-14).

Habría que citar todo el capítulo y muchos otros pasajes no carentes de vehemencia (2 Crónicas 7:14; Nehemías 9:17; Salmos 25:6-11; 32:5; 51:18,19; 103:3-12; 130:4; Oseas 5:6; 6:6; 8:11-13; Amós 4:4-12; Miqueas 6:6-8; Jeremías 6:20; 7:1-34; Ezequiel 18:21-32; Malaquías 2:1-4). Hemos de reconocer en el trasfondo de estas críticas la convicción de los profetas de que los sacrificios debían transformar a los hombres para modificar el juicio de Dios, y no para calmar su cólera.

4. Debilidad del sistema

Si bien es cierto que los profetas reaccionaron generalmente contra las desviaciones formalistas de los sacrificios, también denunciaron la debilidad del propio sistema. Resulta inesperada la declaración de Dios que transmite Ezequiel: «¿Acaso les di yo preceptos no buenos, mandamientos que no les darían la vida? ¿Los contaminé con las ofrendas que hacían inmolando a sus primogénitos? ¿Los horroricé para que así supieran que yo soy el Señor?» (Ezequiel 20:25,26; *cf*. Jeremías 7:22).

Se trata aquí del precepto que se refiere a la inmolación de los recién nacidos. Según las creencias primitivas, el niño tomaba sobre sí la vida de

sus padres. Por tanto, era necesario que perdiera su vida con el fin de recuperarla. En la legislación mosaica, todo primogénito era consagrado a Dios (Éxodo 13:2; 22:29). Para ello, bastaba con sustituir por un animal a la víctima humana. Pero la superstición popular impuso a menudo una observación literal del mandamiento, a pesar de las vehementes protestas (Jeremías 7).

¿Cómo pretender entonces que Dios dio órdenes que no eran buenas? Es porque:

> «…en el lenguaje figurado bíblico, se le atribuyen a Dios muchas acciones, no porque él las haya realizado, sino porque a pesar de su omnipotencia y de su omnisapiencia, no impide que se realicen. Si se entiende este principio, se explican muchas afirmaciones que parecen contradecirse. […] Dios no contaminó al pueblo, sino solo permitió que sufriera las consecuencias de su propia conducta. En el lenguaje figurado bíblico se dice muchas veces que Dios hace lo que permite que se haga o no lo impide.»[127]

5. Una actitud consecuente

En la antigua alianza, nadie más que David dedujo las consecuencias lógicas de la enseñanza divina en relación con los sacrificios. El salmo 51 nos viene espontáneamente a la memoria. Muchos siglos más tarde, este *miserere* no ha dejado de encaminar hacia Dios a los corazones doloridos por el pecado.

> «Tanto es así que hay en la experiencia del pecado una especie de revelación de la miseria que, quebrando la suficiencia de la "gente honrada" –o que pretende serlo– hace estallar su acolchada corteza de burgueses virtuosos, o de fariseos satisfechos, y, por eso mismo, los acerca a Dios.»[128]

Desde luego, David no niega la eficacia religiosa de los ritos instituidos por Dios; pero ha comprendido que su valor depende, ante todo, de la disposición interior del oferente. Llega entonces a pensar, lógicamente, que

---

[127] *Comentario Bíblico Adventista del Séptimo Día*, *op. cit.,* vol IV, p. 676.

[128] Louis JACQUET, *Les Psaumes et le coeur de l'homme*, Duculot, Namur, Bélgica, 1977, vol. 2, p. 185.

esta podría bastar y suplir a todo. Y esto, más aún, cuando la ley no prevé nada en el caso de los pecados muy graves por conscientes y voluntarios. Al llegar al cenit de su espiritualidad, David se da cuenta de que nada puede complacer más al Señor que la conciencia íntima de haberlo ofendido, ligada al recuerdo agradecido del perdón alcanzado: «Los sacrificios no te satisfacen, si te ofreciera un holocausto, no lo querrías. Sacrificio para Dios es un espíritu quebrantado, un corazón quebrantado y humillado, tú, Dios, no lo desprecias» (Salmos 51:18,19). Jesús adopta la misma actitud: respeto a la institución (Mateo 5:23-26), pero indispensable superación a través del amor (Mateo 9:13; 12:7).

Resumen de la tercera parte

Mediante el recorrido por las principales etapas que van desde el altar hasta la cruz hemos intentado descubrir las motivaciones divinas en el seno de las prácticas religiosas. En primer lugar, en Edén, Dios toma la piel de un animal y cubre con ella a Adán y Eva para, iluminando su conciencia, acabar con el pecado. Practicados esporádicamente por los patriarcas, los sacrificios son sistematizados por Moisés a partir de la salida de Egipto. El culpable se identifica con la víctima inmolada mediante la imposición de las manos. La sangre es entonces asperjada siete veces ante el velo que separa el lugar santo del santísimo y probablemente proyectada hacia el lugar santísimo por el propio impulso. La sangre se coloca también en los cuernos del altar del incienso. En el transcurso del *Yom Kippur* o fiesta de las expiaciones, la sangre es asperjada directamente sobre la cubierta del arca de la alianza, en el lugar santísimo.

Este ritual implica un proceso de sustitución. Por mediación del animal, tipo de Cristo, el culpable, en estado de gracia por el arrepentimiento que lo impulsa, transmite su vida a Dios. Con sus debilidades, desde luego, pero también con su necesidad de perdón y regeneración. Nada insinúa la morbosa satisfacción de un deseo de venganza por parte de Yahvé, ni la sustitución del animal para padecer un castigo merecido por el pecador. La justicia divina es satisfecha en la medida en que el pecador cambia de conducta y vive una comunión restablecida con su creador. El amor de Dios no ha retrocedido ante el sacrificio inevitable para alcanzar este resultado. Amor y justicia son inseparables.

El sacrificio de Abraham, interrumpido por el Eterno, anuncia el don que será otorgado hasta el final. El cordero pascual, por su parte, recuerda el objetivo al que apunta la justicia conjugada con el amor, es decir, la victoria definitiva sobre toda opresión engendrada por el pecado.

El siervo de Dios, el *ebed Yahvé*, personifica primero a todo el pueblo de Israel, como la base de una pirámide. Poco a poco, un remanente fiel cumple la misión confiada. La pirámide se estrecha para acabar en la punta, el Mesías, Cristo. La visión es dramática porque deja al descubierto los sufrimientos soportados para reparar los estragos del mal. Es también gloriosa, porque culmina en una victoria cósmica definitiva.

En un magnífico libro sobre el sentido cristiano del hombre, Jean Mouroux describe la libertad como: «Terrible abrazo del amor divino y de la libertad humana, donde el mismo Dios no está seguro de resultar vencedor.»[129] El riesgo al que se ha expuesto resalta aún más la deslumbrante belleza de la victoria. Sin embargo, nosotros, que desciframos con certeza el drama a la luz de la historia de la salvación, nos sentimos desconcertados ante la ofuscación de los responsables de la cruz. Así que habremos de reconocer sin ambages que no todo estaba tan claro como a veces se pretende. El Nuevo Testamento da testimonio de ello.

[129] Jean MOUROUX, *Sens chrétien de l'homme*, Aubier, París, 1950, 5.ª ed., p. 121.

Cuarta parte

La cruz en los relatos evangélicos

Capítulo 1

Estudio objetivo

1. La misión de Jesús

El Antiguo Testamento anuncia la venida del Mesías. El Nuevo Testamento describe su llegada.

¿Qué vino a hacer a la tierra? Algunos responden sin vacilar que vino a morir. Conscientemente o no, son discípulos de Anselmo. Sin embargo, cualquiera que acepte releer el Nuevo Testamento subrayando todos los pasajes que ponen en evidencia las razones de la encarnación, realizará un descubrimiento significativo. La cruz no se presenta *nunca* como un objetivo en sí mismo, sino como una consecuencia. ¿Cuál era el objetivo de Cristo? Veamos algunas declaraciones escogidas de una larga lista:

- « […] tengo que anunciarles el reino de Dios; para eso me han enviado» (Lucas 4:43).
- «Tengo por misión ser testigo de la verdad, para eso nací yo y vine al mundo» (Juan 18:37).
- «Yo he venido para que vivan y estén llenos de vida» (Juan 10:10).
- «El pabilo humeante no lo apagará hasta que haga triunfar el derecho» (Mateo 12:20).
- «Te he manifestado a los hombres que me confiaste, sacándolos del mundo» (Juan 17:6).

La misión fundamental del Hijo fue revelar el verdadero rostro de Dios para eliminar cualquier obstáculo a la reconciliación.

2. Sombrías perspectivas

Sin embargo, el evangelio reserva a la cruz un lugar preeminente. Se nos dice muy poco acerca del nacimiento; menos aún sobre la adolescencia. En cuanto a su ministerio, este avanza con rapidez hacia la pasión, sobre la cual se quiere poner ostensiblemente el acento. El evangelista Ruben Saillens expresa esta idea sirviéndose de una sugerente comparación:

> «Algunos kilómetros río arriba de las cataratas del Niágara, el agua discurre tranquila entre agrestes riberas. […] Es una escena llena de calma y de sosiego, que resultaría parecida a la que se puede ver a la orilla de todos los ríos, si no se oyera subir incesantemente desde allá abajo el sordo rumor de la catarata. Se adivina entonces que estas aguas tan apacibles van a convertirse enseguida en impetuosas, que toda esta calma se transformará en catástrofe, y uno queda sorprendido a la vez por el contraste entre dos aspectos tan diferentes del mismo río en movimiento, y por la unión profunda, la identidad absoluta que reina entre las dos. […] Así nuestro estudiante, atento y receptivo, ha percibido, desde las primeras páginas del evangelio, que se eleva un creciente rumor de muerte. Este ruido lejano se escucha ya en los relatos de la Natividad, en la profecía del anciano Simeón; la voz se intensifica en el momento del bautismo; el Jordán que fluye hacia el mar Muerto es una buena imagen de esta vida sacrificada con antelación; en las enternecedoras palabras de Juan el Bautista: "He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo", se oye el ruido anticipado de la inminente catástrofe. […] A medida que se avanza, la carrera hacia la muerte se acentúa; el paisaje se hace más austero, el cielo más sombrío. […] Como el río corre hacia el abismo, así los relatos sagrados se precipitan hacia la cruz.»[130]

Efectivamente, cuando Juan el Bautista reconoce en Jesús al Mesías y lo presenta a sus discípulos como el cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Juan 1:29), la referencia no es a la víctima pascual, sino al Siervo de Yahvé, de Isaías 53, la más sombría de todas las profecías mesiánicas. Desde la primera purificación del templo, según Juan, la actitud del Maestro provoca reacciones: «¿Qué señal nos das para obrar así?» (Juan 2:18) –La respuesta de Jesús desconcierta: «Destruid este templo y en tres días lo levantaré» (Juan 2:19). El evangelista precisa que hablaba del templo de su cuerpo. En otras palabras: seguid viviendo como lo hacéis y conseguiréis, no solo la profanación de este templo, sino también dar muerte a quien encarna el santuario vivo entre vosotros.–[131]

En términos coloquiales, diríamos seguramente que Jesús no nació con buena estrella. Sus padres son despedidos de la posada; disfruta únicamente de un pesebre como cuna y apenas recién nacido se pone precio a su

---

[130] Ruben SAILLENS, *La Croix de Jésus-Christ et l'Évangélisation*, éd. des Groupes Missionnaires, Yverdon, Suiza, 1954, pp. 23, 24.

[131] Juan 1:14 dice, en griego, que al encarnarse Jesús «se convirtió en santuario» entre nosotros.

vida. ¡Y qué precio! Mueren todos los niños menores de dos años. Afortunadamente, un ángel previene a José y a María, que huyen a Egipto. Después de la muerte de Herodes, Jesús creció en Nazaret, ciudad sin fama. En el momento de su ministerio público, las cosas se complican.

3. Los hechos históricos

Lucas sitúa la enseñanza en las sinagogas al principio del ministerio en Galilea. Jesús se dirige a Nazaret, donde es llamado a leer un texto mesiánico del profeta Isaías (61:1,2). Anuncia «un año de gracia», alusión al jubileo, que parece cumplirse cada cincuenta años, con cuatro prácticas destinadas a promover en la sociedad una revolución permanente sin violencia.[132] Cada siete años, el año sabático preveía el barbecho de los campos (Levítico 25:4-7), la remisión de las deudas (Deuteronomio 15:1-3) y la liberación de los esclavos (Éxodo 21:2-6). El quincuagésimo año se practicaba, además, la redistribución de las tierras. Cada uno recuperaba su patrimonio perdido. Se impedía así la acumulación de capital en manos de una miserable minoría (Levítico 25:10-17).

Por desgracia, el sistema fue rara vez aplicado. Apenas se pensaba en él durante las grandes reformas (Jeremías 34:8-17; Nehemías 5). La expropiación de los grandes propietarios de terrenos o la liquidación del sistema de usura del cual vivía la clase dirigente no tenían nada que agradara a los más favorecidos. En la época de Jesús, el jubileo tenía únicamente un significado ritual. El Maestro seguramente no pretendió darle una trascendencia social y política; los evangelios hacen pensar más bien en una transposición espiritual: el barbecho de las tierras corresponde a la confianza en la serenidad (Mateo 6:25-34); la remisión de las deudas al perdón de los pecados (Mateo 6:12); la liberación de los esclavos a la victoria sobre el pecado (Juan 8:32). En cuanto a la redistribución del patrimonio, sugiere de forma evidente el regreso al paraíso perdido (Mateo 19:27-30).

---

[132] Un estudio presentado en la Universidad de Basilea por Robert Sloan, muestra que existen sólidas razones para creer que la predicación en Nazaret tiene en mente un jubileo. Un texto de Qumrán vincula Levítico 25 y Deuteronomio 15 con Isaías 61, en relación con el jubileo. Los tres pasajes están situados en una perspectiva escatológica.

Lo cierto es que todo el mensaje de Cristo está incluido en esta predicación, la cual, por otra parte, provocó inmediatamente admiración y alabanza (Lucas 4:22). Sin embargo, al término de algunas explicaciones complementarias, «todos en la sinagoga se pusieron furiosos y, levantándose, lo empujaron fuera del pueblo hasta un barranco del cerro donde se alzaba su pueblo, con intención de despeñarlo» (Lucas 4:28,29). Intento de asesinato.

Nos hemos detenido un poco en este episodio porque es sintomático. A lo largo de su peregrinaje, la vida de Jesús no estuvo libre de amenazas de distintas clases. Así, algún tiempo más tarde curó a un hombre que tenía una mano seca. Era sábado. Nuevamente, henchidos de furor, los judíos discutían entre ellos sobre qué harían con él (Lucas 6:11). Hasta el punto de que Jesús evitó pasar por Judea (Juan 7:1). A sus hermanos, que se ofenden por ello, les explica: «El mundo […] me aborrece, porque yo declaro que sus acciones son malas» (Juan 7:7; 15:18-25). En el momento de la resurrección de Lázaro, la copa rebosa. Ese día, los principales sacerdotes y los fariseos deciden acabar con el asunto (Juan 11:45-54) y trazan planes para matarlo.

Y los artífices de la cruz empiezan a trabajar: Caifás, Judas, Pilato, Herodes, la multitud. Sobre todo Caifás, que despliega sus aptitudes para el mal. Su brillante intervención enreda a la asamblea y la gana para su causa. Está contra Jesús porque presiente que lo destronará; porque Jesús es el verdadero sumo sacerdote.

Judas, decepcionado al ver que su sueño mesiánico se retrasa constantemente, se impacienta ante su ídolo cada día un poco más frágil. Y entonces toma cuerpo el proyecto de apresurar los acontecimientos poniendo al héroe entre la espada y la pared, donde ya no pueda volverse atrás. Tendrá que hacer un milagro para salir de allí. Pero eso no impide que el miedo lo atenace. Desde el día en que entrega a su Maestro, Judas vaga al azar, como un animal acorralado; hasta el momento en que, una vez disipado el humo de la pasión, se queda ante el hecho cumplido, el hecho que permanece, ineluctable. Y retoma su carrera hasta el valle de los sepulcros donde acaba miserablemente. No, Judas no es un mecanismo indispensable en la máquina de la redención. Pero es uno de los artífices de la cruz, uno de los

más desdichados sin duda, que ha servido a su sueño a expensas de su Maestro, y de su propia felicidad.

¿Qué decir de Pilato? No tenía madera de héroe. Si consiente en dejarse manipular es por cálculo. Ante los principales sacerdotes del Templo, henchidos de rabia, no se atreve a discutir más; es preferible condenar a un inocente que poner en peligro su posición y sus honores. Herodes Antipas no es mucho mejor: personaje sádico, este zorro (Lucas 13:32) busca una distracción en el proceso del Mesías. Después, lo trata con burla y desprecio poniendo sobre sus hombros un ropaje espléndido (Lucas 23:8-12).

Queda la multitud, de una inconstancia ridícula. Ocho días antes de la cruz canta a su rey; despojándose de sus vestiduras, cubre con ellas el camino de Jesús. En el proceso, manipulada por los principales sacerdotes y los ancianos, gritará: «¡Que lo crucifiquen!» (Mateo 27:20-22).

Estos son los hechos, que hemos recordado sucintamente. El apóstol Pedro no se equivoca cuando, en Pentecostés, reprocha sin rodeos: «Escuchadme, israelitas: Os hablo de Jesús el Nazareno, el hombre que Dios acreditó ante vosotros, realizando por su medio los milagros, signos y prodigios que conocéis […] vosotros, por mano de paganos, lo matasteis en una cruz» (Hechos 2:22-23). La cruz fue indudablemente querida, concebida y levantada por los hombres; y no bajo la inspiración de Dios. Los hechos son indiscutibles. Vamos a intentar ahora descubrir las reacciones de la víctima, Jesús.

Capítulo 2

¿Cómo entendió Jesús su muerte?[133]

Una respuesta exhaustiva a esta pregunta puede esclarecer nuestro tema. Verdaderamente, las amenazas se cernieron de principio a fin sobre su ministerio. Se nos ha incitado a pensar, asimismo, que la muerte de Jesús fue incorporada por él y por su Padre a un plan de salvación concebido desde antes de la creación (Efesios 1:4). Si es este el caso, la muerte no pudo sorprenderle como un simple accidente y debemos encontrar en su ministerio señales precisas de que Jesús era consciente de ello.

1. Peligro de muerte

El comportamiento de Jesús tiende, generalmente, a suscitar la oposición. Recordemos su extrema audacia en el Templo, cuando persigue a los mercaderes y vuelca las mesas de los cambistas (Juan 2:13-22; Mateo 21:12,13). La temeridad de sus intenciones no es menos atrevida; verbigracia, la parábola del buen samaritano, en la que el sacerdote y el escriba, que personifican la religión judía, dan mal ejemplo, mientras que el samaritano, o enemigo jurado, encarna la actitud humana, buena y generosa (Lucas 10:25-37). Al comportarse de esta manera, cabe esperar fuertes discusiones y no es posible excluir la perspectiva de un final violento. Más aún cuando la predicación del Maestro se refiere al advenimiento del reino, lo cual podía prestarse a graves malentendidos políticos.

Además, la forma radical en que Jesús entiende la voluntad de Dios, con su aguda conciencia de la santidad, lo impele a rechazar tanto la interpretación de la ley adoptada por los fariseos, como la religiosidad de culto de los saduceos. Si se añade su permanente simpatía hacia los pecadores, considerados «gente de mala vida», aparecen todos los elementos susceptibles de atraer los peores problemas (Lucas 15:1,2). Molesto para los religiosos, Jesús es también sospechoso para los políticos. No hace falta más

[133] *Cf.* Augustin GEORGE, *Lumière et Vie,* Lyon, marzo 1971, n.º 101, pp. 34-59.

para ponerlo en peligro de muerte. «Jesús solo podía vivir, trabajar y predicar con la perspectiva de una eventual muerte violenta ante sus ojos. Se trata de un aspecto ampliamente reconocido por la investigación actual.»[134]

2. Conciencia del peligro

¿Tuvo Jesús conciencia del peligro que asumía? La lectura de los evangelios no deja ninguna duda al respecto. Podemos solo resumir sucintamente las abundantes alusiones.

2.1. Jesús anuncia su muerte

- El esposo será arrebatado (Mateo 9:15; Marcos 2:19,20; Lucas 5:34,35).
- Respuesta a la amenaza de Herodes (Lucas 13:31-33).
- La copa que hay que beber (Mateo 20:22; Marcos 10:38).
- El Hijo del hombre, siervo (Mateo 20:28; Marcos 10:45).
- La parábola del hijo único asesinado (Mateo 21:33-46; Marcos 12:1-12; Lucas 20:9-19).
- Los tres anuncios explícitos de la pasión (Marcos 8:31; 9:31; 10:33,34)

2.2. Jesús ante la muerte en la pasión

- El ungimiento en Betania (Mateo 26:6-13; Marcos 14:3-9; Juan 12:1-8).
- El lavamiento de pies, preludio de su muerte (Juan 13:1-17).
- El anuncio de la traición de Judas (Mateo 26:21-25; Marcos 14:18-21; Lucas 22:21-23; Juan 13:18-30).
- La consagración del pan y del vino (Mateo 26:26-29; Marcos 14:22-25; Lucas 22:15-20; 1 Corintios 11:23-25).
- La profecía del pastor herido (Mateo 26:31; Marcos 14:27).

---

[134] Heinz SCHUERMANN, *Comment Jésus a-t-il vécu sa mort?*, Cerf, París, 1977, p. 41.

- La oración de Getsemaní (Mateo 26:36-46; Marcos 14:32-42; Lucas 20:40-46).
- El prendimiento de Jesús (Mateo 26:47-56; Marcos 14:43-52; Lucas 22:47-53; Juan 18:1-11).
- Jesús ante las autoridades judías (Mateo 26:57-66; Marcos 14:53-64; Lucas 22:66-71; Juan 18:12-23).
- Las últimas palabras de Jesús (Mateo 27:46; Marcos 15:34).

2.3. El pensamiento de Jesús acerca de su muerte

Los textos que acabamos de citar, y algunos otros, evidencian que Jesús vio venir su muerte: la anuncia, vuelve a hablar de ella en numerosas ocasiones, se esfuerza por dar a entender su significado… Hemos mostrado ya[135] que se dirigió a ella deliberadamente, con la cabeza alta, después de un doloroso momento de duda en Getsemaní. Porque no se dejó engañar por el complot que se tramaba contra él. Con decidida lucidez, denuncia a los asesinos de los profetas (Mateo 23:29-37) y pone en guardia a los miembros del Sanedrín frente a su proyecto de matar al Hijo amado (Mateo 21:34-46).

Esta última parábola exhibe una precisión inaudita. Describe los sentimientos de Dios a través de la caracterización del maestro de la viña. La viña es Israel, el pueblo elegido, confiado a los sacerdotes, representados por los viñadores. Los distintos servidores maltratados son los profetas. Se trata de una auténtica crónica de la historia en la que Dios se ha ausentado. «Pero hay que entender esta ausencia como corresponde. Significa que Dios nos toma en serio, nos deja el campo libre. Se hace a un lado. Realmente, deja su sitio. No es ni abandono, ni evasión, ni deserción.»[136]

No, Dios no abandona a los suyos; los visita por mediación de los profetas. Y el drama estalla. Porque «los labradores agarraron a los criados, apalearon a uno, mataron a otro y a otro lo apedrearon» (Mateo 21:35). Después de haber enviado también a algunos siervos más, el Señor dijo finalmente: Enviaré a mi propio hijo; quizás lo respetarán.

---

[135] *Cf*. Georges STÉVENY, *Descubriendo a Cristo, op. cit.*, pp. 82-105.

[136] Alphonse MAILLOT, *Les paraboles de Jésus aujourd'hui,* Labor et Fides, Ginebra, 1973, p. 59.

> «Este *quizás*, propio de la versión de Lucas (20:13), es el eco de la esperanza que ha sustentado toda la misión de Jesús: el Señor, su Padre, ofrecía aún una posibilidad de conversión a los descarriados responsables de su pueblo. Pero este *quizás* solo es retrospectivo. La parábola muestra con claridad que Jesús no se hace ilusiones sobre la salida del conflicto. Presiente próxima la ejecución del proyecto de muerte que había percibido en sus enemigos.»[137]

Esta frase pronunciada por Jesús resulta valiosa y conmovedora a un tiempo. Valiosa, porque desmiente categóricamente todas las teorías según las cuales la cruz fue exigida por el Padre. Desde esa perspectiva, Dios hubiera debido razonar en estos términos: «Tengo que encontrar voluntarios para matar a mi hijo: esta es la ocasión.» Pero Jesús revela justamente lo contrario: «No han respetado a mis siervos: quizás respetarán a mi hijo.» Entonces se descubre el verdadero rostro de Dios, iluminado por una tímida esperanza; no exenta de angustia, sin embargo. Porque él quiere enviar a su hijo a los hombres. Acepta el riesgo por amor hacia nosotros. Y por eso la declaración de Jesús nos aflige tanto.

«Pero los labradores, al ver al hijo, se dijeron: –Este es el heredero: venga, lo matamos y nos quedamos con su herencia» (Mateo 21:38). Se trata de una iniciativa del hombre:

> «…que quiere poseer la creación y que, tal vez, la hará morir con él; Israel que quiere poseer la Alianza, la Revelación, la Gracia. Sin embargo, todo esto conduce fatalmente a los unos y los otros a querer apoderarse de ese mismo que es el Amor pero que es también el último obstáculo: Dios mismo. Porque Dios viene, en definitiva, a recordar al hombre que no es el propietario, que no puede tratarse de heredar, de poseer, de retener, de merecer, de comprar o de robar. Y entonces mata; pero se planta así sobre el mundo y sobre la humanidad la señal definitiva e indestructible de la propiedad divina: la Cruz. Y el designio divino se cumple en el mismo momento en que parece aniquilado para siempre.»[138]

«Enviaré a mi hijo: lo respetarán» constituye la revelación de una sobrecogedora tensión entre el amor de Dios por su hijo y su voluntad de

---

[137] Charles L'EPLATTENIER, *Jérusalem rejette son roi*, Le Christianisme au XXe siècle, 19 marzo 1984, p. 7.

[138] Alphonse MAILLOT, *Les paraboles de Jésus aujourd'hui, op. cit*., p. 59.

salvarnos pese a las temibles consecuencias. Este es el pensamiento de Jesús respecto a su muerte.

2.4. El juicio de Jesús sobre su muerte

Así pues, Jesús ve venir su muerte y previene a su entorno. Él precisa, sin embargo, que aquella no obedece al deseo de Dios. Hay más. Después de haber denunciado a los asesinos de los profetas (Mateo 23:29-37), expresa su horror con respecto a Judas: «¡Ay de ése que va a entregar a este Hombre! ¡Más le valdría a ese individuo no haber nacido!» (Marcos 14:21). Porque su comportamiento está indudablemente inspirado por Satán: «Pero entró Satanás en Judas Iscariote, que pertenecía al grupo de los doce, y éste fue a tratar con los sumos sacerdotes y los oficiales la manera de entregárselo» (Lucas 22:3,4). Más tarde: «Estaban cenando. El diablo le había metido ya en la cabeza a Judas, hijo de Simón Iscariote, entregar a Jesús» (Juan 13:2). Más grave aún: «el que me ha entregado a ti –dijo Jesús a Pilato– es el principal culpable» (Juan 19:11).

Cuando van a prenderlo, Jesús protesta con orgullo contra la violencia injusta de la cual es víctima (Marcos 14:48) y declara a las autoridades que estará un día a la derecha de Dios para juzgar (Marcos 14:62). Así pues, todo este complot no es la obra de Dios, sino de Satanás (Juan 13:27; 14:30). No es Dios el que instala una máquina infernal, sino el enemigo quien orquesta una ominosa intriga. En relación con este asunto, las primeras palabras de Cristo en la cruz son reveladoras: «Padre, perdónalos, que no saben lo que se hacen» (Lucas 23:34). Toda explicación de la muerte de Jesús que descuide esta verdad histórica puesta bajo el sello de la inspiración comporta una peligrosa contradicción y hace a Dios responsable de aquello que Jesús considera un gran pecado.

3. El triple testimonio del Espíritu Santo

3.1. Convicción de pecado

Jesús no duda en considerar su entrega a la muerte como un pecado. Tenemos confirmación de ello en la forma en que anuncia las tres convicciones que motivará el Espíritu Santo (Juan 16:7-11). Cuando venga, «con-

vencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio». Se trata de una expresión enigmática, pronunciada durante el discurso de despedida en el aposento alto. La convicción de pecado se relaciona frecuentemente con la acción de Dios sin la cual le es imposible al pecador tomar conciencia de su estado. Aunque es justa, no nos parece que esta forma de pensar dé cuenta adecuadamente de las palabras del Revelador. No es eso lo que dice en esta circunstancia solemne en que cada palabra debía ser pesada.

Probablemente, incluso los apóstoles se quedaron perplejos. Porque enseguida se añade una explicación: en cuanto se refiere al pecado, «porque no creen en mí» (Juan 16:9). Sin duda alguna, aquí Jesús tiene en mente su crucifixión. Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron ni le creyeron. Este es ciertamente el primer axioma: nuestro mundo no es normal; está desorientado. En lugar de acoger al Verbo hecho carne, los hombres han aprovechado esa encarnación para clavar un cuerpo vivo a un árbol seco. ¿Se puede negar que esto constituye una catástrofe moral tan insondable como el infinito? A ese hombre justo, santo y perfecto, el único en quien el mal no ha logrado arraigar, aquel que fue por todas partes derramando bendiciones a su paso, no se lo ha soportado… Escupitajos, espinas, flagelación, burlas, clavos… Al horror del crimen no le ha faltado nada.

La cruz del Gólgota es, pues, el innegable signo de la caída. Un mundo capaz de una infamia como esta es un mundo fracasado, del que no cabe esperar nada. Nadie lo comprendió mejor que el apóstol Pablo; ante la cruz, llega a la única conclusión que se impone: el mundo que ha hecho esto está crucificado para mí, como yo lo estoy para el mundo (Gálatas 6:14). Imposible seguir viviendo para el mundo que ha crucificado a Jesús. La cruz revela que aquí abajo hay un poder infernal que resiste a una energía celestial. La cruz demuestra el pecado del mundo. Esta es la primera convicción del Espíritu Santo.

3.2. Convicción de justicia

Si se quedara aquí, el texto resultaría desalentador; las cruces sobre nuestros sepulcros no serían un símbolo de esperanza. Pero ahora llega el fulgor pascual de la vindicación: el Consolador convencerá al mundo de justicia porque «me voy con el Padre y ya no me veréis más» (Juan 16:10).

El mal no es la última realidad. El bien, la santidad, es una fuerza irresistible: resucitaré, recuperaré la gloria de Dios.

Sin la resurrección, la cruz hubiera sido la demostración de la soberanía del mal. La resurrección, por el contrario, levanta el velo con el que el príncipe de este mundo quisiera cubrir la realidad. Más allá del dominio o reino de la muerte, desde el mismo seno de la noche más negra, brilla la justicia triunfante. Escuchemos al apóstol Pedro: «Dios lo resucitó rompiendo las ataduras de la muerte; no era posible que la muerte lo retuviera bajo su dominio» (Hechos 2:24). Desde entonces, la ley del pecado ha sido quebrada. La despreciable fatalidad del mal no es más que una ilusión. La vida de Dios es más fuerte que la muerte de Satanás. Tenemos derecho a experimentar la alegría sobrenatural de la confianza. Este es el segundo testimonio del Espíritu Santo.

3.3. Convicción de juicio

El primer axioma nos ha puesto en presencia de la cruz, revelación del pecado. Con el segundo estábamos frente a la resurrección, fuerza de vida, triunfo de la justicia. Queda el tercero: el Espíritu Santo os convencerá «de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado» (Juan 16:11, RV60). El mal todavía no ha sido definitivamente aniquilado, por supuesto; pero, a la luz del evangelio, Satanás aparece como ya vencido y sus días están contados. Así es como debe el cristiano mirar el mundo si está animado por el Espíritu del Consolador.

En conclusión, no se puede considerar la crucifixión desde el punto de vista del Espíritu sin descubrir en ella el mayor de los pecados, aquel que desvela el fracaso del mundo y preludia la ruina de Satanás. La caída no se manifiesta solamente al pie del árbol del conocimiento del bien y del mal. Se descubre, especialmente, al pie de la cruz.

4. La copa que hay que beber

Y, sin embargo, Jesús acepta también su muerte como la voluntad de Dios. Su doloroso diálogo con el Padre no deja ninguna duda al respecto: «Padre mío, si es posible, que se aleje de mí ese trago. Sin embargo, no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú» (Mateo 26:39; Marcos 14:36;

Lucas 22:42). Jesús remite su muerte a las Escrituras (Mateo 26:54), la interpreta a la imagen del sacrificio de la alianza (Éxodo 24:8; Mateo 26:28), del sacrificio del siervo (Isaías 53:10-12; Mateo 20:28; 26:28) y de la prueba del justo desamparado (Salmos 22; Mateo 27:46). La muerte le sobreviene a la hora prevista (Mateo 26:45; Marcos 14:35; Juan 12:23,27; 17:1). La pasión es la copa que tiene que beber (Mateo 20:22), el término de su misión (Mateo 20:28). Es entregado en manos de los pecadores (Mateo 26:45).

La prueba del huerto de Getsemaní confirma que la pasión que Jesús teme es claramente consentida por Dios. La voluntad divina se expresa aquí con el verbo *thelô*, y no con *boulomai*.[139] El matiz entre los dos es bien conocido. *Thelô* significa «consentir en» mientras que *boulomai* expresa una voluntad deliberada. Como su Padre, Jesús decide adaptarse a una situación que se niega a dejar en manos del enemigo.

[139] *Cf*. P. JOÜON, «Les verbes boulomai et thelô dans le N. T.», en *R.S.R*., vol. 30, 1940, pp. 127-138.

Capítulo 3

¿Historia humana o predestinación divina?

1. Dos pistas

1.1. Historia y teología

Nuestra investigación posee el mérito de mostrar claramente dos pistas. La primera, la del determinismo histórico, pone de relieve los elementos humanos que provocaron de modo natural la muerte de Jesús. No hay ninguna necesidad de recurrir a la predestinación para explicar la historia. Dios no manipuló a nadie, ni a Judas, ni a Caifás, ni a Pilato, ni a la multitud, ni a los verdugos. Todos actuaron con plena conciencia. La segunda pista, la del plan de Dios, se descubre progresivamente; presente entre líneas en un primer momento, constituye finalmente el resultado de una lectura teológica de la historia, y por tanto, de una revelación. Se trata, más que de un simple análisis, de una exposición de la fe.

1.2. Difícil conciliación

Pero, ¿cómo superponer las dos pistas? ¿No poseen orientaciones contrarias? Sobre una se cierne la sombra infernal del príncipe de este mundo; sobre la otra desciende una luz celeste. ¿Contradicción? En suma, ¿quién mató, entonces, a Jesús: Satanás o Dios? La cuestión es esencial; entraña más implicaciones de lo que a simple vista parece. En primer lugar, ¿puede Satanás matar a Jesús? La Epístola a los Hebreos dice abiertamente que él tiene el dominio sobre la muerte (Hebreos 2:14); Jesús lo llama «asesino desde el principio» (Juan 8:44); pero es porque él consigue arrastrarnos tras él al pecado. La muerte es la paga del pecado (Romanos 6:23); el pecado es su aguijón (1 Corintios 15:56). La consumación del pecado produce la muerte (Santiago 1:15). El poder de la muerte que posee Satanás es, sin duda, el pecado. Sin embargo, Jesús no pecó (Hebreos 4:15). Para él, la muerte no podría ser la paga del pecado. Por tanto, Satanás no tiene por sí mismo poder sobre él. Su único poder, en este caso, debe serle otorgado. Jesús podría decirle a Satanás lo que declaró a Pilato: No tendrías autoridad alguna para actuar contra mí si Dios no te dejara (Juan 19:11).

Desde este punto de vista, es interesante retomar la conversación de Jesús con los judíos en el transcurso de la cual él designó a Satanás como *asesino*. El término *homicida* sería la traducción más precisa de *anthrôpoktonos*. Satanás posee el poder de la muerte sobre todos los hombres porque todos los hombres han pecado. La singularidad del pecado consiste en romper el vínculo entre Dios y el hombre. El pecado genera una situación desprovista de Dios (Efesios 2:12).[140] Pero Jesús no teme decir, en el mismo encuentro: «¿Quién de vosotros me puede acusar de pecado?» (Juan 8:46, CI). Me parece que la dinámica interna del razonamiento es esta: como el pecado no tiene nada en mí, escapo al poder del homicida. Satanás no tiene poder sobre mí. Ciertamente, yo soy la vida (Juan 8:24). Vosotros no lo creéis ahora. Si persistís en vuestra incredulidad, moriréis. Pero cuando hayáis alzado al Hijo del Hombre, es decir, cuando lo hayáis puesto en una cruz, entonces sabréis que *yo soy* (Juan 8:28; 12:32). Mi vida, lo veréis, triunfará sobre la muerte. Porque mi muerte no será la paga del pecado. No será posible que yo sea retenido por ella (Hechos 2:24).

1.3. La paradoja

El razonamiento reviste un aspecto paradójico: Jesús no debe morir y sin embargo morirá. ¿Cómo comprenderlo? Gracias a otra intervención de Jesús, recogida por Juan: «Por eso me ama mi Padre, porque yo me desprendo de mi vida para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita, yo la doy voluntariamente. Está en mi mano desprenderme de ella y está en mi mano recobrarla. Este es el encargo que me ha dado el Padre» (Juan 10:17,18).

Con esta afirmación tenemos, tal vez, la clave del enigma. Los días de Jesús están amenazados desde el principio de su ministerio, pero él escapa siempre y, sentimos la tentación de añadir, como por arte de magia. Cuando llega «su hora», por el contrario, todo sucede como si interviniera un misterioso acuerdo entre el Padre y el Hijo para el gran enfrentamiento. Se pronuncian las terribles palabras: «No mi voluntad, sino la tuya.» Ya sabemos cuál es el precio…

---

[140] «El hombre se ha hecho una imagen de sí mismo extraña a su ser. Ha cortado los puentes con su propia naturaleza. Ha alterado la representación de Dios que él era al principio, por creación» (André LACOQUE, *Pérennité d'Israël*, Labor et Fides, Ginebra, 1964, p. 48).

2. La resolución: «No mi voluntad…»

El momento crucial parece haberse producido en el monte de la transfiguración. Hemos de tener en cuenta que la transfiguración sigue al primer anuncio de la Pasión, ante el cual Pedro se sublevó… (Mateo 16:21-23). Elevado a la perfección (Hebreos 2:10; 5:9), Jesús experimentó una gloriosa transformación, física y espiritual. De la inocencia a la gloria, no traicionó su santidad. Se le ofrece un camino de rey; es el punto culminante de su existencia terrestre y el primer paso hacia el cielo. En cuanto a Moisés y Elías, estos dos enviados de un mundo superior que se presentan ante él, son los mensajeros que vienen a su encuentro para introducirlo en los tabernáculos celestiales. Esa nube, en fin, símbolo misterioso de la presencia del Padre, es como el carro en el que el santo y justo subirá al seno de la gloria. Pero el resplandor se apaga de repente y Jesús desciende de la montaña.

Unas palabras del relato de Lucas lo explican todo: «Y hablaban de su éxodo, que iba a completar en Jerusalén» (Lucas 9:31). Se entrecruzan dos caminos: uno sube, el otro baja. El primero conduce a la gloria merecida. Su obediencia le da derecho a él. –El final del segundo camino es Jerusalén, ciudad que mata a los profetas.– Si sube, la muerte no será vencida para los hombres y conservará su poder sobre ellos. ¡No! Es imposible. Jesús desciende y sigue el camino que conduce a la cruz. No será únicamente el paladín de la obediencia; será el Salvador del mundo. Jesús sabe que se trama un complot contra él. Quienes lo maten serán hombres inspirados por Satanás. Pero solamente podrán hacerlo en virtud del acuerdo entre el Padre y el Hijo. El Padre entrega a su Hijo. El Hijo entrega su vida. El plan concebido antes de la creación se inscribe en la historia.

3. ¿No tenía el Mesías que padecer todo eso? Lucas 24:26

3.1. Encuentro con los discípulos de Emaús

Gracias a Lucas conocemos el episodio del recorrido de Cristo con los discípulos de Emaús. Estos hombres están consternados porque únicamente han hecho de la cruz una lectura superficial, la de las esperanzas truncadas. Pero, gracias a ellos, nosotros nos sumamos a la experiencia

mediante la cual la iglesia primitiva recibió la comprensión de la fe. Debemos así a Jesús la primera interpretación de las Escrituras relativa a la cruz. «Comenzando por Moisés y siguiendo por los Profetas, les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura» (Lucas 24:27). Ahora bien, él declara la necesidad de su muerte, una necesidad insoslayable. Pero, ¿de qué necesidad se trata? No debemos eludir esta pregunta.

El verbo griego *edei* (era necesario) aparece 102 veces en el Nuevo Testamento. Solamente Lucas lo utiliza en 41 ocasiones. El uso cotidiano de este verbo le ha conferido con frecuencia un sentido atenuado.[141] Indica entonces el carácter inevitable de un acontecimiento que ocupa su lugar en un plan (*cf*. 1 Corintios 11:19; 1 Pedro 1:6; Apocalipsis 1:1; 11:5). La pista histórica referida a la cruz entendida como la suprema demostración del pecado, nos obliga a reconocer en el «era necesario» una necesidad de situación. No fue un decreto divino el que programó el sufrimiento del Mesías. El relato evangélico se opone a una predestinación de este tipo. La necesidad es inherente a las relaciones de la humanidad rebelde con el Dios santo.

> «La Pasión es inevitable *debido a lo que son los hombres*: quienes proclaman las exigencias de Dios suscitan siempre el odio de los orgullosos, que rechazan ver denunciadas sus injusticias. […] La Pasión es inevitable *debido a lo que es Dios*: si su santidad y su justicia son las del amor, era necesario el sufrimiento de Cristo para encarnar la solidaridad total de este Dios con las víctimas de toda clase de violencia. Era necesario para que su reino, su poder y su gloria no puedan aparecer jamás como un poder que destruye y humilla.»[142]

La muerte de Cristo no es en absoluto un guion escrito previamente y *determinado* desde toda la eternidad. Es un auténtico drama histórico, *previsto* desde toda la eternidad, pero sin predestinación en el sentido calvinista del término. Cuando la Biblia afirma que Dios entregó a Jesús a la muerte, revela que Dios se ha adaptado a la historia. Exactamente como cuando se entrega una ciudad al enemigo, al final de un asedio que se ha convertido en insoportable. Se trata de un abandono condicionado por las

---

[141] *TDNT*, vol. 2, p. 21. No se trata de una creencia ciega en el destino, sino de confianza en el designio de Dios.

[142] Charles L'EPLATTENIER, *Le Christianisme au XXe siècle*, 16 abril 1984, p. 16.

circunstancias adversas. Con la cruz, vivimos la historia de un amor escarnecido hasta la muerte.

3.2. Dos formas de querer

Para interpretar la Biblia correctamente conviene seguir algunas reglas. Una de ellas fue formulada con sencillez por el gran Pascal: hay que armonizar los pasajes opuestos, encontrar la explicación que haga desaparecer la contradicción. Tratándose de las dos formas de ver la muerte de Cristo, es fundamental atender a la diferencia entre una voluntad «de derecho» y una voluntad «de hecho». La primera es ideal; coincide con el bien. Su aplicación universal contribuye a la felicidad de todos. Por ejemplo, el Decálogo expresa la voluntad ideal de Dios. Es una voluntad «de derecho».

Por el contrario, la voluntad «de hecho» es circunstancial. Se adapta a la realidad tal como se presenta. Acepta a veces un mal inmediato con miras a un bien futuro. Es el caso de los padres que reprenden a sus hijos, del cirujano que opera a un enfermo. ¡Qué diferencia entre el bisturí y el puñal! De una forma comparable, Dios se adapta, por amor, a la situación creada por los hombres en rebelión contra él. Desciende a un mundo en crisis. Y su amor se convierte en su infierno. Asume una situación de desgracia para sacar de ella el mayor bien posible. Como en la historia de José, donde Dios no tiene nada que ver con el proyecto de muerte concebido por los hermanos. Sin embargo, Dios hizo salir un bien de ese mal (Génesis 50:20).

Apliquemos esta observación a las dos pistas descritas por los evangelios respecto de la cruz. Dios no incitó a los artífices de la cruz, del mismo modo que no había puesto en el corazón de los hermanos de José la intención de matarlo. Por el contrario, frente a la situación del mundo, causada por el pecado, Dios toma la iniciativa de la salvación. Por consiguiente, integra la cruz en el plan de salvación concebido con su Hijo. Y desde este punto de vista, quiere la muerte de Cristo, porque es salvífica. En cuanto a la voluntad del Hijo, coincide con la del Padre.

> «Seguramente, no se cae en un psicologismo impropio cuando, en la interpretación de la cruz, se concede al sí de Jesús, a su aceptación de la cruz, una importancia decisiva. En este sentido, especialmente, hay que hablar de la obediencia de Jesús con respecto a Dios y de su fidelidad sin límites. […] Jesús no considera la vida como un "botín" que debe

> retener. Jesús no desea (sobre-) vivir a cualquier precio, no a ese precio: ¡que todo siga como antes, que el pecador, por ejemplo, permanezca en el pecado! […] La obediencia y la fidelidad de Jesús no tienen fronteras, no están limitadas ni por el pecado de los hombres, ni por la propia justicia de Jesús. Durante su vida, Jesús no solo cruzó la frontera del lado de los pecadores, permaneciendo en relación con ellos; padeció también la muerte del pecador, sin serlo. Aparece así en grado sumo el don que él hizo de sí mismo en la obediencia y la fidelidad.»[143]

Cuando Jesús discierne la voluntad de Dios en su sacrificio, no ve al principio los sufrimientos y la muerte, sino la fidelidad a la misión que quiere asumir en la esperanza y el amor. En cierto modo, muere… A la vanguardia, delante de nosotros.

3.3. El abandono de Dios

Al Evangelio de Marcos le debemos el relato más corto de la crucifixión. Es también el más conmovedor, el que pone en escena la realidad desnuda, despojada de todos los artificios literarios. Hoy nos resulta difícil imaginar la cruz sin adornarla de la indecible belleza que le han comunicado los grandes genios, sea a través de la pluma, el buril, el pincel o los instrumentos musicales. Debemos volver a aprender a mirarla tal como es, uno de los más horribles instrumentos de suplicio. Conviene también escuchar las *siete palabras*[144] pronunciadas por quien agoniza. Aquí analizaremos la cuarta: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Marcos 15:34; Mateo 27:46). Ha sido objeto de interpretaciones muy contradictorias. Para unos, el abandono es tal que el sueño de Jesús se desvanece al resultar aniquilada su obra. Otros, por el contrario, no ven más que un grito de confianza en Dios.[145]

---

[143] E. H. AMBERG, citado por Heinz SCHUERMANN, *Comment Jésus a-t-il vécu sa mort?*, *op. cit.*, pp. 42, 43.

[144] (N. del T.) La expresión «siete palabras» (*septem verba*) alude a las siete últimas frases que Jesús pronunció en la crucifixión, recogidas en los evangelios.

[145] *Cf.* P. Benoît, al hablar del Salmo 22: «El espléndido canto de dolor es en el fondo un inmenso grito de confianza en Dios. Al aplicárselo, Jesús no muestra ninguna desesperación, más bien deja entrever lo contrario» (Pierre BENOÎT, *Revue Biblique*, vol. 54, 1947, p. 301). Véase también Jürgen MOLTMANN, *El Dios crucificado: La cruz de Cristo como base y crítica de la teología cristiana,* Sígueme, Salamanca, 2010, pp. 175-184.

Como escribe Bernard Sesboüé:

> «La interpretación de este versículo resulta sobrecogedora; porque compromete a la propia imagen de Dios. Desde los tiempos de la Reforma, toda una tradición de interpretación, por otra parte ampliamente común a los protestantes y a los católicos, ha visto en él un abandono justiciero de Jesús por parte de su Padre. Jesús, en efecto, se había convertido en maldición a los ojos de Dios (Gálatas 3:13), había sido hecho pecado (2 Corintios 5:21). Padecía la venganza del Padre sobre el pecado que Jesús representaba ante él. Jesús era, pues, castigado por el mismo Padre, de quien los verdugos de Jesús se convertían en una especie de aliado objetivo, incluso en ejecutores de las obras de lo alto, aun cuando sus intenciones fueran otras muy distintas.»[146]

Entre los siglos XVI y XX, se desarrolló con frecuencia esta interpretación. Resulta aún más sorprendente encontrarla todavía hoy,[147] porque hace participar a Dios en lo que Jesús llama un gran pecado, atribuido a Satanás. La tradición nos vuelve a menudo ciegos y sordos. Convengamos también, con el profesor Pierre Bonnard, que:

> «Todos los intentos de distinguir en Jesús una parte de la persona que sufriría y otra parte que permanecería tranquila son contrarios a la antropología mateana, que es global o total; es toda la persona de Jesús (*μέ*) la que está abandonada a la muerte, y, en consecuencia, esta muerte reviste una seriedad infinita en dos planos: en el plano antropológico, ya que está en entredicho la persona entera; en el plano teológico, ya que es Dios (y no los hombres, ni un proceso natural, ni la fatalidad) quien abandona a Jesús a la muerte.»[148]

Recordemos una vez más que la muerte depende de modo natural del poder de Satanás (Hebreos 2:14). Es la paga del pecado (Romanos 6:23). Por tanto, la muerte no podía afectar normalmente a Jesús, puesto que permaneció sin pecado desde su nacimiento hasta la cruz. Cuando el hombre muere, sufre la consecuencia lógica del pecado, la ruptura del vínculo que

---

[146] Bernard SESBOÜÉ, *Jésus-Christ médiateur*. Vol. 2. *Les Récits du salut*, Desclée, Tournai, Bélgica, 1992, p. 203.

[147] Jürgen Moltmann la desarrolla en su libro *El Dios crucificado*, *op. cit.*, pp. 153-164.

[148] Pierre BONNARD, *El Evangelio según San Mateo,* Cristiandad, Madrid, 1976, p. 605.

debía mantenerlo unido al creador. Nosotros morimos porque hemos soltado la mano de Dios. Pero ese no es el caso de Jesús. La oración sacerdotal es tajante: el Padre y el Hijo son uno, el Hijo en el Padre y el Padre en el Hijo (Juan 17:20,21; 10:30).

En numerosas ocasiones se ha señalado la terrible soledad de Cristo: rechazado por su pueblo, ignorado por su familia, abandonado por sus discípulos, traicionado por un apóstol, negado por un amigo. Pero su experiencia del mal habría sido incompleta si no hubiera experimentado otra soledad, la de Dios, más punzante aún y mucho más inquietante porque carece de motivo. Porque Jesús es sin pecado. Esa es toda la protesta filial de una conciencia sin reproche que se agota en este clamor. Solo Jesús, en el fondo, tiene derecho a expresarla. Job puede protestar decentemente de su fidelidad: Dios mismo lo reconoce íntegro y recto. Sin embargo, cuando finalmente se abren sus ojos, se retracta y se arrepiente echándose polvo y ceniza (Job 42:6). Nada comparable al caso de Jesús. Para él, la muerte no es en absoluto la paga de sus pecados. Por primera vez desde la creación del mundo, un hombre muere sin merecer la muerte. No muere por haber abandonado a Dios. Es Dios quien debe abandonarlo para que pueda morir.

Se trata de una prueba inconcebible, cuya sola vislumbre arranca a Cristo coágulos de sangre. El pecado –ese muro construido desde dentro, como decía Péguy– es una trágica fuerza de aislamiento; nos confina en pleno desierto. Pero Jesús podía afirmar: «Aunque yo no estoy solo, está conmigo el Padre» (Juan 16:32). Para él siempre brilla la luz, porque él es la luz del mundo. En cambio, vemos ahora cómo las tinieblas cubren toda la tierra (Mateo 27:45), señal angustiosa de la mortal retirada de Dios. En su agonía, Jesús descubre el horror de la caída al vacío. Su «por qué» subraya el carácter injusto de su muerte. En el plano ontológico, el abandono es real. La ruptura viene desde arriba y no desde abajo.

Perdónenme por la insistencia: en Jesús, por primera vez en toda la historia, un hombre muere sin experimentar la paga de su propio pecado. No se ha soltado nunca de la mano de Dios. Por tanto, si su muerte debe tener alguna utilidad salvífica, es indispensable que su Padre lo abandone a la muerte. Por doloroso que sea tanto para uno como para el otro, no hay otra solución.

Se ha hablado de la ausencia de Dios en la cruz. Sin embargo, la verdad es muy distinta: «Dios estaba en Cristo», afirma el apóstol Pablo (2 Corintios 5:19, RV60). No se puede ser más preciso: Dios está en Cristo y, sin embargo, lo abandona. Nos enfrentamos una vez más a verdades en tensión. ¿Bastará toda la eternidad para comprenderlas? De momento, puede ayudarnos una mirada al Salmo 22, de donde procede la invocación. Este relevante poema de David se menciona al menos siete veces a lo largo del Nuevo Testamento, siempre en relación con la pasión. Consta de dos partes: el lamento (2-22) y la acción de gracias (23-32).

> «El grito desgarrador que inicia el salmo 22 sitúa con precisión el drama del salmista, que nace menos de la oposición a la que debe hacer frente, o del mal que le mantiene postrado, que del silencio de su Dios… La angustia del que suplica es primero de índole espiritual, se sitúa en el ámbito de la fe, una fe maltrecha, puesta a prueba por un Dios que permanece alejado. El salmista se enfrenta, como Job, a un Dios que se calla y se oculta; pregunta, como Jeremías, a un Dios que no responde.»[149]

Ciertamente, esta conocida exclamación, que adopta la forma de «¿por qué?» o «¿hasta cuándo, oh Eterno?», recorre toda la Biblia. Pone de relieve la emoción y la angustia del hombre frente a la desconcertante lógica de Dios. La lógica de la parábola del trigo y de la cizaña que no conviene arrancar. Pero, ¿es adecuado aún hablar de lógica cuando el pecado siembra el desorden por todas partes? A menudo el silencio de Dios es condición para la única actitud oportuna por su parte; pero provoca la súplica de quien vive la hora de las tinieblas sin ver, y generalmente sin saber, cómo lo librará Dios. La experiencia, afortunadamente, nos ayuda. Permite prever, o presentir, la salida favorable. Y vuelve a infundirnos aliento en medio de la noche.

Así sucede en el Salmo 22, ya que la segunda parte (versículos 23-32) es una acción de gracias. El tono cambia bruscamente, dando paso a la alabanza de Yahvé. Se invita a toda la comunidad a unirse a su himno y a participar de la fiesta. «En la última exaltación del salmo original se trasluce un júbilo cuasi pascual.»[150]

---

[149] Robert MARTIN-ACHARD, *Approche des Psaumes*, Cahiers théologiques, Delachaux et Niestlé, París, 1969, p. 31.

[150] *Ibidem,* p. 33.

En el caso de Jesús en la cruz, observamos la misma evolución de la angustia a la confianza. Después de haber interpelado a Dios, Jesús habla con su Padre. Es la última intervención, la séptima: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu» (Lucas 23:46). No había en él ninguna desesperación, como si fuera víctima de la fatalidad o hubiera sido rechazado por su Padre. Bebió, sin duda, la copa que nadie podía beber. Padeció injustamente la separación de Dios. Mientras el Eterno promete a su pueblo no desampararlo jamás (1 Samuel 12:22; Salmos 9:11; 37:28), Dios abandona a su Hijo. No podemos imaginar qué sintió él. Conoció la verdadera muerte que es el abandono de Dios. Pero expira pronunciando una oración de liberación y de fe, tomada de un salmo: «En tus manos mi espíritu encomiendo» (Salmos 31:6, CI). La continuación de este salmo es significativa: «Me has redimido, Yahveh, *'El* fiel» (CI). David había empleado un futuro: «encomendaré», describiendo la forma en que deseaba morir. Jesús habla en presente. Lejos de lanzarse al vacío, confía su espíritu a su Padre. La muerte es real, pero la resurrección está asegurada. Sin ser pecador, padece la muerte del pecador con todas las contrariedades que ello implica. Pero, como es sin pecado, la muerte resulta burlada. Como la abeja, que muere al clavar su aguijón (1 Corintios 15:55).

En definitiva, el grito de Jesús en la cruz significa que Dios, voluntariamente y por vez primera, interrumpe su comunicación vital con él. Pero el Hijo no interpreta este gesto como un rechazo afectivo o como una condenación personal, porque Dios sigue siendo su Padre, a quien confía su vida. Todo el horror del Padre se dirige a los pecados de los hombres, motivo de la tragedia, y no hacia aquel que trabaja con él para que, en la oscuridad, vuelva la luz. Allí también, sobre todo allí, se puede afirmar que Dios es Amor. Es el verdadero rostro de Dios.

3.4. Un sacrificio

Un homicidio es una muerte premeditada. Se puede, pues, afirmar que la crucifixión de Jesús es un homicidio. Esta es su dimensión horizontal, histórica.

Un martirio es una muerte aceptada con fe y por la fe, pero no necesariamente deseada. La crucifixión no es, hablando con propiedad, un martirio.

En un sacrificio se ofrece la vida; por tanto, la muerte es decidida y aceptada. Jesús ofreció su vida en sacrificio (Hebreos 9:26). La muerte de Cristo constituye cabalmente un sacrificio.

El Padre y el Hijo escogieron la cruz como medio de salvación. La planearon antes de que el mundo existiera. Dios la programó. Pedro habla de un plan preciso o determinado (Hechos 2:23; 1 Pedro 1:20). Pablo dice que Dios lo estableció anticipadamente (Romanos 3:25), ejecutando un proyecto eterno (Efesios 3:11). Estas declaraciones son inequívocas. Sin embargo, todo lo que precede muestra que es peligroso radicalizarlas. Recordemos aún el «quizás» de Jesús en la parábola de los viñadores. Para hacer concordar los textos contrarios, hay que apelar a la diferencia entre la voluntad de derecho, o ideal, y la voluntad de hecho, o circunstancial.

La conclusión de la parábola no es menos significativa. «Él se les quedó mirando y les dijo: –¿Qué significa entonces ese texto de la Escritura: "La piedra que desecharon los constructores es ahora la piedra angular?"» (Lucas 20:17). Sin embargo, ellos no la rechazaron para que se convirtiera en la principal del ángulo. El arquitecto tampoco los manipuló para que actuaran así. Nos causa admiración porque tiene la misteriosa capacidad y la suprema bondad de dejar entrar la rebelión de ellos en su plan; de hacer concurrir todas las cosas al bien. Razonando a la manera de los seres humanos, se puede decir que este no era el plan inicial, sino el plan adaptado. Pablo parece indicarlo así cuando acusa a los príncipes de este siglo de haber ignorado la sabiduría de Dios al crucificar a Jesús (1 Corintios 2:8). La sabiduría de Dios corresponde a su voluntad en sí; el plan de salvación aplica su voluntad adaptada a la tragedia de los siglos. El bien al que la cruz concurre, le da el valor de un sacrificio de suave aroma (Efesios 5:2).

3.5. Resumen

En su aspecto execrablemente homicida, la cruz no es la obra de Dios, ni tampoco la de Cristo. El Padre no asesina a su Hijo. Jesús no se suicida. Pero, prevista y preconocida por el Padre y por el Hijo en el orden de una historia en quiebra, la cruz es primero aceptada por ellos (Dios amó tanto que dio), después querida por ellos y ordenada en su plan de salvación. Es

así como la muerte de Jesús se convierte auténticamente en sacrificio. Sacrificio del Padre y del Hijo, porque si la cruz desgarra al Hijo, hiere también el corazón del Padre, porque Dios estaba en Cristo. Con demasiada frecuencia se ha alabado la abnegación del Hijo en detrimento, inconscientemente sin duda, del puro amor de nuestro Padre celestial. Desfigurando a Dios, se le aleja de las almas puras que, sin embargo, lo buscan.

Capítulo 4

Jesús explica su muerte

Ya hemos mencionado las principales declaraciones de Jesús que aluden a su muerte de un modo más o menos directo. Tanto su enseñanza como su comportamiento suscitaron una hostilidad que impulsó a sus adversarios a querer deshacerse de él.

> «La clave para comprender la vida de Jesús de Nazaret en la tierra es su muerte en la cruz. Porque esta muerte era el desenlace de toda su vida. Se le condenó a muerte porque había vivido toda su vida como un blasfemo. Pero lo que fue calificado de blasfemia era la proclamación de la presencia oculta del reino de Dios. Para comprender en toda su profundidad la vida humana de Jesús, hace falta, por tanto, unir su muerte con su predicación del reino y su conducta; la predicación y el comportamiento que, en opinión de sus jueces, le hicieron merecer la muerte de un criminal.»[151]

Según los judíos, Jesús no devolvió a Dios lo que le debía; merecía la muerte de los blasfemos. Y según los romanos, no devolvió a César lo que a aquel le correspondía; merecía, entonces, la muerte de los conspiradores. Es la explicación natural. Pero ha llegado el momento de considerar que las intenciones del Maestro conllevan una interpretación más profunda.

1. Dar su vida en rescate. Marcos 10:35-45; Mateo 20:20-28

Sabemos ya que la palabra *rescate* debe entenderse en su sentido de liberación. Partiendo de esa base, el mensaje de Jesús es claro. Vamos a verlo inmediatamente. Los dos hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, se acercan para obtener el favor de estar sentados uno a la derecha y el otro a la izquierda del Señor cuando llegue su gloria. En el contexto de Mateo, es su madre quien intercede para obtener este favor. El resultado es idéntico. Que nadie se confunda. No se trata, en absoluto, de la gloria celestial. Estas personas viven siempre en la perspectiva mesiánica de un nuevo reinado

---

[151] Regin PRENTER, *Connaître Christ*, Delachaux et Niestlé, Neuchâtel, 1966, p. 90.

terrenal, del mismo modo en que David venció a Goliat. La respuesta es casi un reproche:

> «Entre vosotros, mis discípulos, no será como en el mundo. En el mundo, la grandeza consiste en ser el más fuerte, en vencer, mandar, ser servido. Escuchad, pues, el principio de mi reino: el más grande, el mejor, es quien mejor sirve. Por esta razón, yo, vuestro Mesías y vuestro rey, he venido, no para ser servido, sino para servir y dar mi vida para la liberación de muchos.»

No hay error posible: la verdad que se enfatiza es que el elegido de Dios da ejemplo de servicio. No de algún tratamiento al que los hombres no tendrían acceso, sino de un servicio que tiene como objetivo la liberación del pecado. Servicio al que se vincula a la iglesia: «Id por el mundo entero pregonando la buena noticia a toda la humanidad. El que crea y se bautice, se salvará; el que se niegue a creer, se condenará» (Marcos 16: 15,16).

Quien se acerca a Jesucristo únicamente por lo que puede obtener de él no ha comprendido el evangelio. Esperar el cielo de forma egoísta es dar la espalda a la cruz. No olvidemos que el nombre más hermoso del Mesías en el Antiguo Testamento es el de *Ebed Yahvé*, siervo del Eterno. Esta es la imagen de la que se vale Cristo. En ella, él reconoce la profecía de su propio destino. «Dar su vida en rescate» no es un recurso metafísico, sino un ejemplo, un itinerario, la definición de la verdadera justicia conforme a la voluntad del Padre. Como muy bien apuntó Wilfred Monod en una oración: en la comunión con el Hijo, nuestra debilidad se convierte en fuerza, nuestras pruebas se transforman por el ideal sobrenatural del ministerio; «y si la tristeza nos abruma, si la enfermedad nos paraliza, incluso entonces mantenemos la capacidad de ofrecer, libremente, nuestros dolores involuntarios sobre el altar del sacrificio.»[152]

Indudablemente, en consonancia con este pensamiento se comprenden mejor las enigmáticas palabras del apóstol Pablo: «Ahora me alegro de mis sufrimientos por vosotros, y por mi parte completo en mi carne lo que falta de las tribulaciones de Cristo por el bien de su cuerpo, que es la Iglesia» (Colosenses 1:24, CI). Si los sufrimientos de Jesús constituyen un precio

[152] Wilfred MONOD, *Délivrances,* Fischbacher, París, 1914, p. 250.

en el sentido literal, pagado al diablo o a Dios, ¿qué puede faltar que nosotros podamos completar, nosotros, que somos pobres pecadores? ¿Hay que establecer una equivalencia entre la palabra *sufrimiento (pathémata)* de la que habla Pablo y la palabra *tribulaciones (thilipseis)*? Desde luego. El especialista Schlier es concluyente y cita en apoyo de su tesis la comparación con Filipenses 3:10 y 1 Pedro 4:13, dos textos que nos invitan también a participar del sufrimiento de Cristo *(pathémata)* con el objetivo de regocijarnos con alegría en el momento de la resurrección.[153] Así, todo aquel que sirve al Señor con fidelidad, sin retroceder ante las dificultades, ni siquiera ante el sufrimiento, inscribe su actuación en la continuidad del ministerio de Jesús. Y este es el secreto para transformar el sufrimiento en alegría. Por insólita que sea, esta afirmación es fundamental: el dolor resulta insoportable cuando es absurdo; adquiere otra dimensión en el momento en que un objetivo lo ilumina desde su interior.

> «Si Jesús pudo transformar su brutal suplicio en sacrificio voluntario, en servicio prestado, en ministerio de redención, parece lícita una transformación análoga de nuestros dolores; evidentemente no en el mismo grado ni con la misma eficacia, porque, por desgracia, estamos paralizados por el pecado; pero finalmente de un modo real y que permite en nosotros las experiencias de un san Pablo.»[154]

2. No hay mayor amor. Juan 10:11-21

La imagen del buen pastor confirma todo lo que acabamos de ver. En Asiria, en Babilonia, en Egipto y en Grecia, el título de pastor se daba a menudo a los soberanos divinizados. El Antiguo Testamento lo atribuye incluso a Dios porque guía a su pueblo y cuida de él (Génesis 49:24; Salmos 23; Salmos 80:2) y porque lo reunirá (Jeremías 23:3; 31:10; Isaías 40:11; 49:9ss.). Recordemos también a muchos jefes de Israel a quienes se compara con los pastores: Moisés y, especialmente, David. La imagen, en general, subraya la estrecha relación que une al pastor con los suyos.

---

[153] SCHLIER, *TDNT,* vol. 3, pp. 143, 144.

[154] Wilfred MONOD, *Délivrances, op. cit.*, p. 255.

Es verdad sobre todo en el caso de Jesús, el buen pastor, el verdadero, el que da la vida en abundancia. Lejos de querer sacar provecho de su rebaño, se entrega a él, protegiéndolo con peligro de su vida. *Ipso facto*, su muerte acrecienta su influencia sobre los corazones. Porque nada despierta mejor el amor que el propio amor. Y nada prueba mejor la grandeza y la intensidad del amor que entregarse hasta la muerte si es preciso. «No hay amor más grande que dar la vida por los amigos» (Juan 15:13). Si Jesús no hubiera entregado el máximo de su amor por ellos, sus discípulos no le habrían correspondido con el mismo afecto; y él mismo no hubiera tenido sobre ellos idéntica autoridad.

Una de las características del buen pastor es que conoce a sus ovejas y sus ovejas lo conocen. Conocer al otro es reconocerlo en su especificidad, mantener con él una relación normal y legítima. Conocer a Dios es, pues, reconocerlo como Dios, aceptar su soberanía, someterse a él. El conocimiento de Dios engendra una obediencia concreta. Esta es la actitud de Jesús hacia su Padre (Juan 4:34; 6:39; 7:17; 9:4). Le sirve y dará su vida, si es necesario. «Nadie me la quita, sino que yo la doy por mi cuenta. Tengo poder para darla y tengo poder para recobrarla de nuevo. Este mandato recibí de mi Padre» (Juan 10:18, CI). Si retenemos el sentido literal de las palabras, la afirmación no concuerda con la realidad, porque le quitaron la vida. Pero no se la arrebataron, en el sentido de que hubiera podido escapar incluso de sus enemigos, como lo había hecho anteriormente. Jesús afirma categóricamente que sus discípulos habrían combatido de buen grado para protegerlo (Juan 18:36). En un plano bien distinto, de haber invocado a su Padre, legiones de ángeles hubieran volado en su auxilio (Mateo 26:53). Pero él estaba decidido a amar hasta el final, hasta el sacrificio.

La palabra traducida por «poder» puede entenderse en el sentido de «libertad», «derecho».[155] Desde este punto de vista, Jesús tenía derecho a volver a tomar su vida mediante la resurrección porque su muerte era fundamentalmente injusta (Hechos 2:24).

[155] *Cf. Exousia*, *TDNT*, vol. 2, pp. 566-570.

3. Si el grano de trigo no muere. Juan 12:24

Advirtamos, de paso, que en todo el Evangelio según Juan la remisión de los pecados se menciona únicamente una vez, durante la primera aparición de Cristo ya resucitado a sus discípulos, que estaban reunidos (Juan 20:23). Por el contrario, Juan 12:24 nos presenta una imagen original para dar cuenta de la utilidad de su inminente muerte. Recordemos que en el capítulo 11 Juan da a conocer la decisión tomada bajo la instigación de Caifás: hay que eliminar al peligroso predicador. Los peregrinos que han subido a Jerusalén para celebrar la fiesta se consultan sabiendo que el momento es decisivo. De pronto, llegan los prosélitos griegos, que vienen para adorar. Quieren ver a Jesús y se dirigen a Felipe, cuyo nombre es griego. Felipe habla a Andrés (también un nombre griego) y juntos advierten al Maestro, que sale al paso: «La hora viene en que el Hijo del hombre ha de ser glorificado» (Juan 12:23, RV1909). Hasta aquí, la muerte estaba anunciada (4:7; 6:30; 8:20); ahora ya está muy próxima.

> «Al anunciar esta glorificación como una necesidad ("ha de ser"), Jesús no se doblega ante una inexorable fatalidad, demuestra que la glorificación (es decir, la completa manifestación) forma parte del propósito de Dios. Por medio de cada uno de sus gestos, de sus palabras, de los acontecimientos que vive, cumple la voluntad de Dios para con él.»[156]

¡Qué decepción para la multitud, ayer todavía exultante de entusiasmo! La imagen del grano de trigo no deja lugar a duda: la muerte está en el ambiente. Y sin embargo la ilustración explica la muerte a través de la vida. No existe la menor alusión a un castigo que sufrir. «Quien tiene apego a la propia existencia, la pierde; quien desprecia la propia existencia en el mundo, éste la conserva para una vida sin término» (Juan 12:25). F. Godet observa con razón que la palabra *vida* traduce el griego *psychê*, que designa el ser humano completo, con todas las facultades de las que está dotado.

> «Esta vida física y psíquica es buena como punto de partida de la existencia humana; Jesús la posee también. Pero el destino de la vida natural no es en absoluto mantenerse y perpetuarse tal cual: debe ser transformada, por una fuerza superior, en vida espiritual, eterna; sin embargo, para ello, debe ser voluntariamente entregada, sacrificada, inmolada

[156] Claude F. MOLLA, *Le quatrième Évangile,* Labor et Fides, Ginebra, 1977, p. 168.

> bajo la forma del renunciamiento. De otro modo, después de haber florecido un momento y de haberse satisfecho más o menos, muere y se marchita para siempre.»[157]

En el fondo, Jesús declara, en esencia: «Voy a morir porque es indispensable para que yo viva y muchos otros conmigo. Así comenzará una nueva humanidad.» La explicación se articula en torno a una necesidad misteriosa. Nos enfrentamos a una de esas paradojas por las que Jesús siente predilección: para vivir, hay que morir…

4. Levantado para atraer a los hombres. Juan 12:32

Jesús va más allá. Revela ahora cómo va a morir: «"Y yo, cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí." (Decía esto indicando de qué muerte iba a morir)» (Juan 12:32,33, CI). Él sabía perfectamente que los romanos castigaban a los rebeldes mediante la crucifixión. Y era bastante buen psicólogo para intuir que los judíos no se arriesgarían a actuar por ellos mismos. Sería, pues, alzado en la cruz. ¿No había presentido el filósofo Platón que si un día la tierra tenía que conocer a un justo sería clavado al madero? –«El justo –escribe– será flagelado, torturado, encarcelado, le quemarán los ojos, y tras haber padecido toda clase de males, será al fin empalado.»[158]

Jesús es perfectamente consciente de que lo esencial de su mensaje no pasa. Su doctrina está hipotecada por una falsa concepción del mesianismo. Se quiere el reino enseguida. «A las armas, ciudadanos, y que una sangre impura empape nuestros surcos.»[159] Al pueblo no le falta valor ni audacia. Es preciso acabar, modificar la situación y, sobre todo, no cambiar uno mismo. Pero Jesús sabe que las guerras, a fuerza de repetirse, vaciarán los corazones de toda esperanza posible. No puede meter su dedo en este infernal engranaje. Es mejor que él mismo se deje atrapar, vale más dejarse

---

[157] Frédéric GODET, *Commentaire sur l'Évangile de Jean*, Attinger Frères Editeurs, Neuchâtel, 1876, vol. 3, p. 193.

[158] PLATÓN, *La República*, 362a.

[159] (N. del T.) Se trata de un fragmento del estribillo de *La Marsellesa*, himno nacional francés, compuesto en 1792 con motivo de la declaración de guerra contra Austria.

levantar. Tal vez un día los hombres acabarán por comprender y el justo será finalmente reconocido.

Esta es, en todo caso, su esperanza: «Cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí.» Desde luego, no bastará la crucifixión por sí sola; serán necesarias también la resurrección y la ascensión. En el ministerio de Cristo todo cuenta. Aislar la cruz de todo lo que la precede y la sigue es vaciarla de todo valor, hacer de ella un talismán. Él atraerá a todos los hombres, los judíos y los griegos, los mismos que solicitaban verle.

Sí, todos los hombres, vengan de donde vinieren y sean quienes fueren. Con tal de que comprendan.

> «A través de esta humillación total de su único Hijo, Dios dirige su llamado a todos los hombres. No se trata, desde luego, ni de una atracción mística, ni de ninguna aproximación a su alma, sino de una invitación que se les ofrece, de una elección que se les propone. ¿Aceptarán discernir en el escándalo de la crucifixión el gesto liberador?»[160]

5. Como la serpiente de bronce. Juan 3:14,15

La mención de la elevación conduce lógicamente a la enseñanza presentada a Nicodemo: «Lo mismo que Moisés levantó en alto la serpiente en el desierto, también el Hombre aquél tiene que ser levantado en alto para que todos los que creen en él tengan vida eterna.» El episodio es bien conocido. En el transcurso de su peregrinación por el desierto, el pueblo de Israel protesta. El paso obligado de Egipto a la Tierra prometida es insoportable. Después de todo, incluso la misma esclavitud resultaba menos dura… Surge siempre el mismo problema: desde luego que queremos abandonar Egipto, pero con la condición de aterrizar inmediatamente en Canaán. Esta dilatada marcha educativa, que tomará el nombre de santificación, está de más. Todo, todo en seguida y sin esfuerzo. Esta es la necesidad visceral de los hombres.

Entonces empiezan a pulular las serpientes ardientes. Digámoslo ya: La *salida de Egipto* corresponde a la gracia; Pablo dirá: a la justificación. En cuanto a la *travesía del desierto*, sigue refiriéndose a la gracia, el maná

---

[160] Claude MOLLA, *Le quatrième Évangile, op. cit.*, p. 172.

y el agua de la roca; pero, al mismo tiempo, a la necesidad de renunciar a la impiedad, a los deseos de este mundo. Se trata de vivir en este mundo de una forma equilibrada, justa y piadosa (Tito 2:11,12). La gracia desemboca también en la santificación. Quien se resiste a la metamorfosis recibe la ardiente picadura de las serpientes. Muchos mueren. Y llega la petición de auxilio (Números 21:4-9). Moisés recibe las instrucciones de Dios, hace una serpiente de bronce y la fija a una estaca. Todos los que han sido mordidos y la contemplan conservan la vida.

Está claro que esta serpiente no tiene en sí misma ningún poder. Cuando se convierta más adelante en objeto de un culto idólatra, Ezequías, el rey de Judá, la hará pedazos para satisfacción del Señor (2 Reyes 18:3,4). Es la mirada de la fe la que cura. Pero es importante tratar de comprender mejor el simbolismo de esta oscura escena porque este curioso objeto hace pensar en la serpiente antigua que la Biblia identifica con Satanás (Apocalipsis 12:9). ¿Por qué haberla escogido para representar a Cristo? Sin duda alguna porque simboliza el mal vencido. Esta serpiente no es «de serpiente», si se me permite la expresión; es de bronce. Ya no tiene veneno. Está sometida, clavada al madero, inofensiva. Paradójicamente, alude al mismo tiempo al pecado y a la victoria sobre él. Tal vez no es casual que la suma de las letras que forman en hebreo la palabra *serpiente (nahash)*, y la palabra *mesías (meshiah)*, dé el mismo número. ¡Para provocar la comparación!

Ellen G. White escribe:

> «La gente sabía perfectamente que en aquella serpiente de bronce no había poder alguno para ocasionar un cambio tal en los que la miraban. La virtud curativa venía únicamente de Dios. En su sabiduría eligió esta manera de manifestar su poder. Mediante este procedimiento sencillo se le hizo comprender al pueblo que esta calamidad le había sobrecogido como consecuencia directa de sus pecados. También se le aseguró que mientras obedecieran a Dios no tenían motivo de temor.»[161]

Comentando en otra parte el mismo relato, añade:

---

[161] Ellen G. WHITE, *Patriarcas y Profetas*, Publicaciones Interamericanas, Mountain View, California, 1975, p. 457.

> «Era un símbolo de Cristo. Así como la imagen de la serpiente destructora fue alzada para sanar al pueblo, un ser *"en semejanza de carne de pecado"*,[162] iba a ser el Redentor de la humanidad. Muchos de los israelitas consideraban que el ceremonial de los sacrificios tenía virtud en sí mismo para libertarlos del pecado. Dios deseaba enseñarles que no tenía más valor que la serpiente de bronce.»[163]

Es muy destacable que Ellen G. White haya recordado aquí que Jesús vino «en semejanza de carne de pecado». Porque la analogía que hemos señalado respecto a la serpiente de bronce existe también en Jesús. La serpiente de bronce representa el pecado vencido. Sin embargo, Cristo se encarnó en una carne semejante a la nuestra (Hebreos 2:17) y en ese estado obtuvo una victoria definitiva y completa sobre el pecado. En cierto modo, él es el pecado vencido. Se convirtió en el segundo Adán. Es decir, Dios vuelve a comenzar su obra con él. De ahora en adelante, asociados por naturaleza al primer Adán en la debilidad, podemos unirnos al nuevo Adán para participar en su victoria. Para ello debemos contemplarlo (Juan 6:40), esto es, mirarlo con admiración, de una forma perseverante. Esta es la mirada de fe que salva.

6. La institución de la Santa Cena. Mateo 26:26-28; Marcos 14:22-24; Lucas 22:17-20; 1 Corintios 11:23-30

6.1. El marco pascual

Se han sucedido interminables controversias con el fin de establecer si Jesús instituyó la Cena en el marco pascual. Existe una alta probabilidad de que así fuera. Suscribimos la opinión del profesor Roberto Badenas, presentada como conclusión a un riguroso examen:

> «Nuestro estudio nos permite concluir que la Cena ha sido instituida en un contexto pascual, aunque este contexto no fuera el de la Pascua "oficial" para algunos judíos: *a*) los textos del Nuevo Testamento la sitúan indudablemente en un contexto de Pascua; *b*) las diferentes fases de la ceremonia son compatibles con el *Séder* de *Pésaj*; *c*) los elementos de la Cena son interpretados por el propio Jesús a partir de un antecedente

[162] (N. del T.) Romanos 8:3, RV60. La cursiva es nuestra.

[163] Ellen G. WHITE, *El Deseado de todas las gentes, op. cit.*, p. 146.

> pascual. Esto significa que la Cena es una *creación* de Jesús a partir de una *reinterpretación* y *transformación* de una ceremonia existente.»[164]

La cuestión no es en absoluto secundaria. En efecto, el significado de la Cena está en juego, porque tiene su raíz en el contexto pascual. ¿De qué se trata? Para un judío, la cena de Pascua constituye la conmemoración de su gran liberación. Gracias a ella, se borra la distancia entre ayer y hoy, los siglos se desvanecen. El padre debe decir a su hijo: «Esto es por lo que el Señor hizo en mi favor cuando salí de Egipto» (Éxodo 13:8). La salvación no es solamente colectiva, está individualizada, personificada. Cada uno debe sentirse directamente implicado, y entrar en el acontecimiento salvífico conducido por el Eterno.

6.2. El pan

> «Al servirse del contexto pascual para expresar su último pensamiento, Jesús permanece fiel a este aspecto del rito tradicional. Se propone asegurar la continuidad de la acción divina a través de la historia secular del pueblo elegido. […] Jesús muestra también mediante su enseñanza que se propone inscribir su ministerio en la continuidad de la acción liberadora del Dios de Israel.»

F. J. Leenhardt, de quien proceden estas líneas, piensa que el cordero pascual estuvo ausente de la cena organizada en el aposento alto. Y para reemplazarlo, en cierto modo, el Maestro toma el pan que consagra después de haber dado gracias (*eucharistêsen*), pronunciando estas palabras: «Esto es mi cuerpo» (Mateo 26:26).

> «Jesús asimila su próximo sacrificio al sacrificio del cordero. En su pensamiento, su propio sacrificio sustituye el sacrificio del cordero que en otro tiempo había marcado la intervención liberadora de Dios. Del mismo modo que la acción divina había tomado cuerpo en la víctima pascual tradicional, Jesús mostraba ahora a los comensales de esta cena la continuidad de la misma voluntad divina de salvación en el destino de su propio cuerpo. Un mismo amor, una misma condescendencia, se daba

[164] Roberto D. BADENAS, «Antecedentes de la Cena», en *Cena y ablución de pies*, Comité de Investigación Bíblica, División Intereuropea, IASD, Aula7Activa-AEGUAE, Barcelona, 2014, p. 26, acceso el 18 de mayo de 2018, http://www.aula7activa.org/edu/libros/documentos/Cena_y_ ablucion_de_pies.pdf.

a conocer entonces; pero en una humillación que provocaba escándalo, es cierto.»[165]

6.3. La copa

El relato de Mateo continúa:

> «Y cogiendo una copa, pronunció la acción de gracias y se la pasó, diciendo: –Bebed todos, que ésta es mi sangre, la sangre de la alianza que se derrama por todos para el perdón de los pecados. Os digo que desde ahora no beberé más de este fruto de la vid hasta que llegue el día en que lo beba con vosotros, pero nuevo, en el Reino de mi Padre» (Mateo 26:27-29).

Las palabras del Señor parecen haber sido inspiradas por Éxodo 24:8, «Moisés tomó el resto de la sangre y roció con ella al pueblo, diciendo: –Esta es la sangre del pacto que el Señor hace con vosotros…» Si este paralelismo está bien fundamentado, Jesús presenta su muerte desde una doble perspectiva: el cordero pascual y la consagración solemne de una nueva alianza. O, más explícitamente, como la señal actual de la liberación asegurada por Dios en vista de una nueva alianza donde las relaciones entre Dios y los hombres son completamente renovadas.

Al precisar que la sangre es derramada por muchos, da a entender que muchos aceptarán entrar en la alianza y recibirán el perdón de sus pecados. Este lenguaje ritual descifrado significa que ellos aceptan la intervención de la gracia de Dios en su vida. Entonces se quiebra la esclavitud del pecado, se comprometen con denuedo en una vida nueva, no desprovista de luchas y de caídas, pero ante la promesa de victoria; se acerca el día en que participarán en las bodas del Cordero en el reino del Padre.

No vamos a tratar por separado el conocido discurso sobre el pan de vida (Juan 6:32-58) porque se cumple plenamente en la Cena. Comer la carne y beber la sangre de Jesús: ¿es posible afirmar de una forma más radical la voluntad de Dios de hacernos entrar en comunión con Cristo? De esta manera, el hombre pecador es restaurado en su vocación original. Si es cierto que uno se convierte en lo que come, la Cena actualiza, en un

---

[165] Franz J. LEENHARDT, *La mort et le testament de Jésus*, Labor et Fides, Ginebra, 1983, pp. 43-46.

signo visible y concreto, la posibilidad para cada discípulo cabal de ser como su maestro (Lucas 6:40); con la condición, evidentemente, de vincularse al Señor para formar con él «un solo ser» (1 Corintios 6:17).

7. Resumen

El elegido de Dios da ejemplo de servicio. Como buen pastor, está decidido a dar su vida por sus ovejas. Invoca la gran ley del mundo físico y moral según la cual la vida procede de la muerte. El grano de trigo debe morir para reproducirse. Toda vida superior tiene como condición la muerte de una vida inferior. Jesús nos ha dejado un ejemplo con el fin de que sigamos sus pasos. Sus palabras nos hacen comprender con claridad no solamente que su muerte era inevitable en el plano histórico, sino también necesaria en el plano psicológico y moral.

Con la alusión a la serpiente de bronce, abandonamos el terreno de la historia, de la psicología y de la moral. La victoria de Cristo sobre el pecado está directamente asociada, por la fe, a nuestra propia liberación. Estamos más allá de lo racional, en un terreno misterioso. La relación con Dios está claramente implicada en el gesto de la mirada que actualiza la fe. Por último, la Cena hace intervenir el lenguaje ritual y sacrificial en el ámbito de la Pascua, con la idea de liberación en vanguardia, completada por la instauración de la nueva alianza. Queda claro que para obtener la liberación de los pecados, hay que unirse a Cristo de la forma más literal posible.

Esta es la enseñanza de Cristo en lo que concierne a su muerte, exenta de indicaciones relativas a una sanción jurídica que hay que padecer, pero de una riqueza religiosa incomparable. Desde esa perspectiva, no existe ninguna contradicción entre la enseñanza de Jesús: «quiero misericordia, y no sacrificio» (Mateo 9:13), y su decisión de hacer de su propia muerte un sacrificio salvífico.

Quinta parte

Teología de la cruz en las epístolas de Pablo

Capítulo 1

La predicación de la cruz

1 Corintios 1 y 2

En nuestro recorrido a través de los evangelios hemos descubierto un trazado histórico que va desde el pesebre hasta la cruz. Pero resulta evidente que esta historia tiene un sentido: la historia cuenta y nosotros la hemos tenido en cuenta. Todavía hemos de descubrir su verdadero significado, en concreto, el valor de la Cruz. A partir del momento en que se abandona el terreno de los evangelios, aparte de algunas declaraciones en los Hechos de los Apóstoles, ese rastro histórico se difumina. Solo queda la predicación de la Cruz. Ello es especialmente cierto en las epístolas de Pablo, aunque él profesa el intenso deseo de no traicionar a los apóstoles que habían seguido a Jesús. «Lo que os transmití fue, ante todo, lo que yo había recibido: que el Mesías murió por nuestros pecados, como lo anunciaban las Escrituras» (1 Corintios 15:3).

Teólogo judío altamente cualificado, Pablo experimentó el «aferramiento» del Señor (Filipenses 3:12, texto en griego) en el camino a Damasco (Hechos 9). Esta conversión ha trastocado toda su vida y todo su pensamiento. Pero, influido por el Antiguo Testamento, retiene sobre todo que la crucifixión es una muerte «por nuestros pecados». Sin embargo, hace hincapié desde el principio en la resurrección y construye una teología original. Percibe que el único Mesías es Jesús crucificado y resucitado: recurre al sustantivo *cruz* en diez ocasiones, y emplea ocho veces el verbo *crucificar*.

Lamentablemente, los corintios, formados en el pensamiento griego, debieron de encontrar el mensaje de Pablo algo rudimentario. Y el apóstol constata con tristeza que «el lenguaje de la cruz […] [es] escándalo para los judíos, locura para los gentiles» (1 Corintios 1:18,23, CI). Estos últimos se enorgullecen de su «sabiduría» (vv. 19,24). No hemos de dar a este término el sentido que posee en la actualidad.

> «Se llama sabiduría a lo que da acceso a la salvación, lo que da entrada a los poderes del mundo divino, lo que libera de los vínculos con respecto al mundo de aquí abajo y de los poderes de la muerte. Concebida

> a veces como una grandeza mitológica, la sabiduría juega el papel redentor; participar en esta sabiduría es ser restituido en su verdadero ser, en su ser divino. La sabiduría ayuda, pues, al sabio a salvarse, a reencontrar su identidad con el mundo divino.»[166]

Se trata de un auténtico gnosticismo.

Aunque seductora, esta idea resulta peligrosa. Pretende elevar al hombre, tal como es, por sus propias virtudes, hasta la dimensión divina. Sin embargo, esta actitud no es más que el mismo pecado, pues genera la convicción de que todo está permitido. Reproduce la tentación de la serpiente en el huerto de Edén. Engendra la suficiencia, el orgullo, que Pablo combatió radicalmente hasta su último aliento. En su pretendido movimiento hacia Dios, el sabio se aleja de él cada vez más. El fracaso de esta sabiduría es comparable al fracaso del legalismo. Para ella, la cruz es una locura.

Que la cruz sea un escándalo y un absurdo para los judíos no tiene tampoco nada de sorprendente. «Proclamar a Cristo, un crucificado, es una provocación inaceptable para aquellos que siguen la Ley, un insulto a Dios que merece la reprobación.»[167] Sin embargo, es precisamente en la debilidad de la cruz donde se revela el verdadero Dios. Los judíos exigen milagros. Los griegos aprisionan a Dios en su filosofía confiando únicamente en su propio juicio. Rechazan creer en aquel que contradice lo que esperan. Someten a Dios a su propia razón y les escandaliza la cruz, porque se lo muestra de otra forma. Esperaban de Dios una manifestación completamente distinta. Judíos y griegos son, pues, invitados por la cruz a establecer con Dios una relación nueva, transformadora. Desde esta perspectiva, se puede decir que la predicación de la cruz es una expresión de ruptura que restablece la comunicación.[168]

En efecto, ¿qué valoración podemos sugerir frente a la cruz? Ni que está bien, ni que es sabia. Ninguna de las categorías de nuestros juicios resulta válida en este caso. En su Hijo, Dios mismo desciende al lado de

---

[166] Philippe NICOLET, Francine SCHNEIDER, «Folie de la prédication de la croix», en *Mort de Jésus*, Labor et Fides, Ginebra, 1984, p. 61.

[167] Christophe SENFT, *La prémiere épître de Saint Paul aux Cotinthiens,* Delachaux et Niestlé, París, 1979, p. 40.

[168] *Cf. Ibidem*, p. 42.

los hombres. Y este acontecimiento nos afecta como un acto de amor inesperado.

> «Ante la cruz vivida como un acto de Dios para nosotros, no se puede ni siquiera decir que la pretensión humana sea condenada; simplemente, ya no puede existir nunca más (Romanos 3:27); solo hay lugar para la fe, es decir, estamos situados en un orden de relaciones distinto. La única gloria que permanece es la gloria en el Señor (1 Corintios 1:31; 2 Corintios 10:17) y Pablo precisa: "en la cruz de nuestro Señor" (Gálatas 6:14, CI).»[169]

Ante Cristo crucificado, el creyente se da cuenta de que no tiene nada que hacer valer; y sí todo que recibir en la humildad de la fe.

[169] Max-Alain CHEVALLIER, «La prédication de la croix», Études Théologiques et Religieuses, Montpellier. 1970, n.º 2, p. 143.

Capítulo 2

La Epístola a los Romanos

1. La llave de oro

La Epístola a los Romanos no hace mención explícita de la cruz. Sin embargo, sus enseñanzas son fundamentales para comprender la redención. Se la denomina la llave de oro de las Escrituras, y Calvino creía que quien la comprendiera bien encontraría la puerta abierta para penetrar los más secretos tesoros de la revelación. Ha desempeñado, con razón, un papel preponderante en todos los reavivamientos espirituales. A menudo se ha pretendido que el concepto de la justificación por la fe se sitúa en el centro del pensamiento paulino. En la actualidad, se tiende más bien a pensar que es «el místico estar en Cristo concebido en términos quasi físicos. […] El centro unificador es más bien la obra redentora de Cristo como el eje de la historia de la salvación.»[170]

Esto viene a significar que el pensamiento de Pablo se comprende mejor a partir de la comunión con Cristo que a partir de la justificación. Sin embargo, lo cierto es que cometeríamos un grave error separando las dos acciones; porque es imposible ser justificado sin estar en Cristo. Resulta esencial no disociar estos dos aspectos de la historia de la salvación arraigada en la muerte y resurrección de Jesús por nosotros. El tema se indica claramente desde el comienzo: el evangelio es poder para la salvación (Romanos 1:16).

2. Todos pecaron

La Epístola a los Romanos, a diferencia de las demás epístolas, no es esencialmente una carta de circunstancias. No se trata de una respuesta apresurada a cuestiones precisas. Pablo se toma su tiempo para elaborar una exposición sistemática que se presenta como un edificio maravillosamente construido, una verdadera obra arquitectónica. Cada palabra está en

---

[170] George LADD, *Teología del Nuevo Testamento,* Clie, Barcelona, 2002, pp. 508, 509.

su lugar, según una lógica imperturbable; como las notas de un concierto de Mozart. Para disfrutar de él es esencial descubrir su hilo conductor.

Todo arranca de una constatación: la universalidad del pecado. Romanos 1:18-32 nos presenta una lectura creyente del mundo profano. Los paganos disponen, en la naturaleza, de elementos donde descubrir la invisible perfección de Dios, su eterno poder y su divinidad. Además, hay que contar con su inteligencia. Una contemplación sosegada es insuficiente (1:20). Sin embargo, si no glorifican a Dios, son inexcusables. Como escribe Juan Crisóstomo:

> «Lo primero que se les reprocha es no haber encontrado a Dios (Romanos 1:19,20); lo segundo, no haber sabido aprovechar los medios más fáciles y eficaces (v. 21); lo tercero es que ello no les ha impedido proclamarse sabios (v. 22); lo cuarto, que no solo no han encontrado a Dios, sino que además han prostituido su culto a los demonios, a los ídolos de madera y de piedra (v. 23).»[171]

Y, sorprendente paradoja, este mundo entregado a sí mismo demuestra, a pesar de todo, la influencia que Dios conserva sobre él. Dios los ha *entregado*. Los especialistas reconocen actualmente que este verbo debería traducirse por «abandonado». Se trata de una necesidad dictada por una determinada situación. Cuando alguien se aparta de Él, Dios no puede hacer otra cosa que abandonar. El verbo vuelve a aparecer tres veces más para completar el diagnóstico. Primero es la perversión de la relación del hombre con Dios «los entregó Dios a la inmoralidad» (v. 24). Después, la alteración de su relación consigo mismo: «los entregó Dios a pasiones degradantes» (v. 26). Finalmente, el desorden en la relación con sus semejantes: «los entregó Dios a la inadmisible mentalidad de romper toda regla de conducta» (v. 28). El paganismo no es una religión primitiva sino una degradación a través de la cual se mantiene el recuerdo de una religión más pura. El hombre necesita aprender cómo lo juzga Dios para que su conciencia despierte.

Lo que es naturalmente cierto respecto a los paganos, lo es con mayor motivo en el caso de los judíos, ya que ellos poseen la ley: «tú te llamas judío, […] te respaldas en la Ley, te glorías de Dios» (2:17). La palabra *ley* –*nomos*, en griego y *torah* en hebreo– comprende varios significados. Los

---

[171] JEAN CHRYSOSTOME, *Oeuvres,* 460.

reseñamos a continuación, desde el más amplio al más estricto: *a)* Toda la revelación hecha a Israel, *b)* la compilación de las Escrituras y algunas veces el Pentateuco de Moisés, *c)* las disposiciones del Pentateuco, *d)* el Decálogo, *e)* la economía del Antiguo Testamento desde Moisés hasta Cristo, *f)* en raras ocasiones, las leyes civiles y las reglas sociales. En nuestro pasaje, el sentido es claro: los judíos no solo disponen de la naturaleza y de su conciencia para conocer a Dios; tienen el privilegio de haber recibido por revelación el conocimiento de la voluntad divina. Pero no han sabido aprovecharlo; ni hacer que lo aprovechen los paganos (v. 24).

> «Quien no ha comprendido el sentido de la historia a la luz de la misericordiosa paciencia de Dios, carece de ocasiones para arrepentirse y emplea el tiempo a destiempo. Vive como si las prórrogas de la paciencia de Dios significaran su indiferencia o su debilidad. Sin embargo, la historia avanza hacia su meta, cada día cuenta, la vida no es un juego fútil, suceden cosas. […] Cuando Dios manifieste su juicio contra la impenitencia, entonces se revelará la precisión de su gobierno del mundo, que habría sido puesta en duda por los ambiguos caminos de la historia.»[172]

Ahora bien, Pablo dice, «Así será el día en que Dios juzgue lo escondido en el hombre; y, según el evangelio que predico, lo hará por medio de Jesús el Mesías» (v. 16). Esta afirmación se confirma en 2 Corintios 5:10, «porque todos tenemos que aparecer como somos ante el tribunal del Mesías, y cada uno recibirá lo suyo, bueno o malo, según se haya portado mientras tenía este cuerpo.» El apóstol Pedro declara también que Dios juzga a cada uno según sus obras (1 Pedro 1:17), afirmación que produce escalofríos en quienes radicalizan la salvación gratuita, en la que el hombre no tiene nada que hacer. De hecho, estas dos doctrinas, lejos de excluirse, se complementan, como veremos más adelante. Cuando la Biblia presenta al mismo tiempo el sí y el no, no se debe proceder a una elección arbitraria sino a una síntesis.

3. La ira de Dios

Los dos primeros capítulos de la Epístola a los Romanos se resumen al principio del capítulo 3: «Acabamos de probar que todos, judíos y paganos,

---

[172] Franz J. LEENHARDT, *L'épître de Saint Paul aux Romains*, Delachaux et Niestlé, París, 1957, p. 45.

están bajo el dominio del pecado» (3:9)… «Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios» (3:22,23, RV60). Este es el diagnóstico, seguido por la sentencia. La gloria de Dios es su santidad manifestada y comunicada; es su presencia junto a los hombres al principio, con todos los privilegios que ello comportaba. Y es también, al final de los tiempos, la presencia de los hombres junto a Dios. Ser privado de la gloria de Dios significa, por tanto, ser encomendado a la muerte eterna.

En efecto, el apóstol es concluyente: «Pues se revela la ira de Dios desde el cielo contra toda clase de impiedad e injusticia de [los] hombres que con [su] injusticia tienen maniatada la verdad» (1:18, CI). O, según la TOB, «que retienen la verdad cautiva de la injusticia». Ya sabemos que la cólera de Dios es su reacción sana contra el mal, su incapacidad de permanecer indiferente. Cuando se sumerge en agua un hierro al rojo vivo, el agua chisporrotea. Así le sucede a Dios: en presencia del mal, reacciona. Ciertamente, es tardo para la ira y grande en misericordia, pero se resiste a dejar que el mal actúe de forma indefinida. Esta cólera es una cara del amor. Es la última respuesta del Señor al problema del mal. No nos sorprende, por tanto, verla vinculada a la justicia salvífica. Sin duda alguna, condena a los culpables, pero a fin de conducirlos a la salvación. Saber que la gracia existe no le sirve de nada a quien no está convencido de necesitarla.

Por otra parte, percibir la cohesión de las ideas en todo el pasaje es absolutamente revelador: «[*En efecto***,** el evangelio] es fuerza de Dios para [dar la] salvación […] *pues* en él se revela la justicia de Dios […] *pues* se revela la ira de Dios desde el cielo…»[173] El evangelio, hondamente cimentado en el amor y en la gracia, no puede existir sin justicia; y la justicia es ineficaz sin ira. La ira es la virtud de la justicia, condición del amor. Sin ella, el juicio sería imposible y, en consecuencia, el restablecimiento final resultaría ficticio. De ahí la relación de la ira con el evangelio. En la antigüedad, se llamaba evangelio a la buena noticia de la victoria, anunciada a la ciudad mediante mensajeros al final de una guerra. El evangelio de Jesús proclama también la gran victoria al final del conflicto de los siglos. El mal

[173] (N. del T.) El autor, G. Stéveny, cita aquí una selección de Romanos 1:16-18, CI.

será destruido definitivamente. Es agradable saber que «Jesús […] nos libra de la ira que viene» (1 Tesalonicenses 1:10, CI).

4. La redención

Una nueva sección de la Epístola a los Romanos comprende desde 3:21 hasta 5:11. Encontramos en ella tres ideas principales:

a) Pablo describe el hecho histórico del que depende la justificación (3:21-26).

b) Demuestra la armonía de su pensamiento con la revelación del Antiguo Testamento (3:27–4:25).

c) Enuncia las principales consecuencias de la justificación (5:11).

Después de haber formulado su diagnóstico sobre la situación del hombre, Pablo pone mucho empeño en describir su tratamiento. La fuente de salvación es la gracia de Dios, su medio es la redención en Jesucristo y la condición es la fe del hombre. Nos encontramos aquí frente a la noción de redención, *apolytrôsis*. Este término se menciona nueve veces en el Nuevo Testamento. Ya hemos descrito antes su significado, centrado en la idea de liberación. La siguiente nota explicativa de la TOB es digna de reseña:

> «En el Antiguo Testamento, el verbo simple equivalente *(lytrousthai)* se emplea con mucha frecuencia para designar la liberación otorgada por Dios a su pueblo: de la esclavitud egipcia (Deuteronomio 7:8; 15:15; etc.), de la cautividad de Babilonia (Isaías 41:14; 43:1, etc.) y, más profundamente, del pecado (Salmos 130:8). Esta liberación mesiánica se realizó en Jesucristo (1 Corintios 1:30; Colosenses 1:14). Constituye la remisión de los pecados (Colosenses 1:14; Efesios 1:7); tiene como objetivo la formación de un pueblo nuevo convertido en propiedad de Dios (Efesios 1:14; *cf*. Éxodo 19:5), cuando antes era esclavo del pecado y de la muerte (Romanos 6:6,20,21). Esta liberación es un don gratuito de la soberana libertad de Dios en Jesucristo (Efesios 1:7). A través de Cristo muerto y resucitado, el creyente se beneficia desde ahora de esa redención (Romanos 3:24; Colosenses 1:14; Efesios 1:7; 1 Corintios 1:30); pero esta únicamente será total y definitiva al final de los tiempos (Efesios 1:14), y se extenderá al cuerpo del hombre (Romanos 8:23) así como a toda la creación (Romanos 8:22). La noción de *rescate*, de precio pagado por la liberación de un prisionero o el coste de un cautivo, está etimológicamente presente en un segundo plano del vocabulario paulino

> (*lytron)*, y no está de ningún modo ausente del pensamiento del apóstol, pero sus elementos se valoran de forma desigual. Pablo dice con frecuencia que el creyente ha sido *comprado* o *rescatado* (1 Corintios 6:20; 7:23; Gálatas 3:13; 4:5); pero esta expresión significa ante todo que el creyente *pertenece* a Dios y es liberado de la esclavitud y de la cautividad del pecado y de la muerte. Si se recuerda el precio de este rescate (1 Corintios 6:20; 7:23), es para insistir en el carácter *oneroso* de esta redención por la cual Dios, en su amor, no ha dudado en entregar a su propio Hijo (Romanos 5:8; 8:32): el precio de este rescate (Efesios 1:7; *cf*. 1 Pedro 1:19) es la sangre de Jesús –es decir, la vida entregada por amor– que es el precio de este rescate (Efesios 1:7; *cf*. 1 Pedro 1:19). Pero el símil no se completa: su carácter de transacción queda indeterminado, así como la persona a quien se le paga el precio.»[174]

No se puede explicar mejor. Ahora procede tratar de descubrir cómo funciona este medio de liberación.

5. La justificación

5.1. La gracia

Llegamos a un texto cuya importancia es imposible sobrevalorar, Romanos 3:24-26, «esencia de la teología» y compendio de la sabiduría divina. Pablo acaba de decir que por medio de la redención somos gratuitamente justificados por la gracia. El pleonasmo: «justificados gratuitamente por la gracia» (Romanos 3:34, RV60) denota la extrema importancia de la gracia.

> «La libertad de las manifestaciones del amor de Dios es el punto central de su gracia. […] San Pablo contrapone *gracia* a *obras* (*charis* a *erga*) en una de las más categóricas antítesis y muestra que ambas se excluyen mutuamente, porque la esencia de todo don que dimana de la gracia consiste en no ser ganado ni merecido.»[175]

La salvación del hombre es la gran obra de Dios. Es él quien la acomete, todo es resultado de su iniciativa. Siempre aparece, como entre líneas, el patético llamado de Isaías 55: «Oíd, sedientos todos, acudid por

---

[174] *Épître aux Romains*, fascículo TOB, A.B.U. y Cerf, París, 1967, p. 46.

[175] Richard-Chenevix TRENCH, *Synonymes du Nouveau Testament*, *op. cit.*, p. 191.

agua, también los que no tenéis dinero: venid, comprad trigo, comed sin pagar; vino y leche de balde» (55:1).

5.2. La justicia

Los hombres son todos pecadores y esclavos del pecado por naturaleza. Pero Dios les ofrece gratuitamente la liberación. En ese caso, ¿en qué se convierte su justicia? ¿Se otorga el perdón desdeñando la justicia? La Epístola a los Romanos demuestra lo contrario. El primer capítulo ha señalado ya que el evangelio revela (*apocalyptetai*) la justicia y la ira. A esta revelación responde ahora la manifestación (*pephanerôtai*) de la justicia. Y Pablo precisa: sin la ley. Bajo la antigua alianza, Dios colmó de gracias a Israel, por la elección y la *torah*. Estas subsisten, porque Dios no se desdice. Pero el mal uso que hizo el pueblo las transformó en ocasiones de caída. El evangelio inaugura un resurgimiento. La Ley y los Profetas dan testimonio de la justicia evangélica (3:21).[176] No existe, pues, ninguna ruptura, ninguna abolición, sino un cumplimiento (Mateo 5:17), y cierta reactivación. La justicia no cambia –¿cómo podría hacerlo, puesto que subyace en el propio entramado de la realidad– Todo el capítulo 4 desarrolla esta idea. Pablo aduce los ejemplos de Abraham y de David para demostrar que su evangelio no es revolucionario.

> «Entre la ley y el evangelio existen a la vez una continuidad y una discontinuidad, un acuerdo y una oposición. El acuerdo reside en el hecho de que tanto la ley como el evangelio exigen una justicia real, una justicia que se manifieste por las obras (Romanos 2:6,13-16,28,29) y en el hecho también de que tanto la ley como el evangelio tienen como objetivo conducir al hombre al arrepentimiento y al conocimiento de su pecado (Romanos 2:4; 3:20). La ley y el evangelio tienen el mismo contenido, expresan la voluntad inmutable del mismo Dios. Pero la ley y el evangelio difieren en cuanto al modo de producir esta justicia.»[177]

---

[176] (N. del T.) La traducción de la versión de Cantera-Iglesias: «la Justicia de Dios atestiguada por la ley y los profetas», parece la más acorde con la de Louis Segond que cita el autor, G. Stéveny: «la justice de Dieu, à laquelle rendent témoignage la loi et les prophètes».

[177] Gaston DELUZ, *La Justice de Dieu*, Delachaux et Niestlé, París, 1945, pp. 59, 60.

Con la nueva alianza, se pasa de la justicia de la ley a la justicia de la fe (Romanos 10:5). Vamos a esforzarnos en comprender en qué consiste el cambio.

En primer lugar, es indispensable eliminar malentendidos sobre la palabra *justicia*, el término que hacía temblar a Lutero antes de descubrir su auténtico sentido. Sigamos el comentario de Franz J. Leenhardt. La palabra hebrea *tsedeq* entraña primero un significado lógico. Corresponde, en ese caso, a quien es justo de acuerdo con la norma. Para nosotros, el término preciso sería *rectitud*.

Si aplicamos esta noción a la vida bajo la alianza, la justicia consiste en la conformidad con el pacto. Moisés escribió: «Quedaremos justificados ante el Señor, nuestro Dios, si ponemos por obra todos los preceptos que nos ha mandado» (Deuteronomio 6:25). «El hombre es justo mientras actúa de acuerdo con el pacto que lo une a su pueblo y a su Dios. Yahvé es justo mientras se manifiesta de acuerdo con la alianza», sea a favor de su pueblo o contra él.

> «El momento crucial en la historia de este concepto fue determinado por las desdichas del exilio. Yahvé manifestará su justicia a su pueblo en la adversidad ante todo mediante la bondad; será fiel en el cumplimiento de las obligaciones de la alianza liberando, salvando. En un gran número de casos, justicia se compara con salvación.»

Así, David se refugia en el Eterno y grita: «Libérame en virtud de tu justicia» (Salmos 31:2, CI). Es el texto mediante el cual Lutero descubrió que la justicia no castiga, sino que salva. Más cercano aún al pensamiento paulino resulta el Salmo 98:2, «El Señor da a conocer su victoria, revela a las naciones su justicia.» Precisamente, en la Epístola a los Romanos, la justicia se revela a los judíos y a los griegos.

En el ejercicio de su justicia, Dios actúa todavía como juez, apreciando si la norma ha sido respetada; pero también restableciendo el legítimo derecho.

Encontramos, por último, la justicia aplicada a la vida social, en el desarrollo de las relaciones humanas. Se trata entonces de la aplicación concreta del derecho.

> «Si Pablo habla de justicia y justificación, lejos de mostrarse, de ese modo, insensible a las relaciones concretas y personales y ávido de abs-

> tracciones frías e inhumanas, es porque toda la cuestión de su fe se desarrolla en un plano en el que están comprometidas las relaciones personales entre el hombre y Dios. En el marco de la alianza, los términos 'justo', 'justicia' y 'justificación' *se convierten en las palabras clave de la vida de la fe; designan a aquel que se encuentra con Dios en la relación que Dios ha querido, aquel a quien Dios acepta y acoge, o bien el acto de la soberanía divina por el cual Dios devuelve a un hombre una relación transitoriamente interrumpida por el pecado, el acto gracias al cual aquel encuentra de nuevo acceso ante él*.»[178]

Una imagen nos ayudará a comprender mejor cómo la noción hebrea de justicia difiere de la idea griega a la cual estamos habituados. Los griegos y los romanos comparan la justicia a una mujer con los ojos vendados que sostiene una balanza en la mano. Se procederá según el peso incline el platillo a izquierda o a derecha. Se trata de una idea abstracta, impersonal, jurídica. Los hebreos compararían si acaso la justicia a un hombre fuerte que ofrece al débil su brazo vigoroso para socorrerlo. Es así como Dios, sin permanecer indiferente al pecado, pone todo en funcionamiento para salvar al pecador. Esta es la idea que Pablo sitúa en el núcleo de su evangelio. He aquí por qué *tsedeq*, justicia, se une a *tsedaqah*, amor.

5.3. El «propiciatorio». Romanos 3:25,26

Una de las ilustraciones que Pablo emplea para hacer comprender la salvación es la de la justificación. El hombre ha perdido su justicia. En Cristo, se le ofrece gratuitamente una nueva justicia. Es considerado –y declarado– justo desde el instante en que acepta por la fe a Jesús como su Salvador. Pero sus detractores acusan al apóstol de favorecer el pecado (3:8). Pablo aprovecha la ocasión y plantea el asunto abiertamente: en el fondo, *¿es Dios justo al considerar como justo a aquel que no lo es?* Esta pregunta domina no solo nuestro pasaje, sino toda la Epístola a los Romanos. Responde a ella de forma más detallada hasta el capítulo 8, pero la clave está en 3:25. La traducción de este versículo conlleva múltiples dificultades.

---

[178] Franz J. LEENHARDT, *L'épître de Saint Paul aux Romains*, *op. cit.,* pp. 31, 32. La cursiva es nuestra.

5.3.1. Jesús es llamado *hilastêrion*

Es el nombre de la cubierta del arca de la alianza que ocupaba el lugar de honor en el lugar santísimo del santuario. Se la llama en castellano *propiciatorio* y en inglés *mercy seat*, sede de la misericordia; dos términos bastante diferentes. La palabra *propiciatorio* supone que Dios no quiere o no puede mostrarse propicio a los hombres si la sangre no se derrama previamente para apaciguar la cólera que suscita el pecado. Hemos visto que esta doctrina está inficionada de paganismo. La Biblia enseña, por el contrario, que Dios amó tanto a los hombres que dio a su único Hijo para salvarlos. Esta verdad se repite en diversas ocasiones. «Pero el Mesías murió por nosotros cuando éramos aún pecadores: así demuestra Dios el amor que nos tiene» (5:8). El apóstol Juan insiste igualmente en ello: «Hemos comprendido lo que es el amor porque aquél se desprendió de su vida por nosotros» (1 Juan 3:16).

Ellen G. White comenta:

> «Este gran sacrificio no fue hecho para crear amor en el corazón del Padre hacia el hombre ni para moverlo a salvarnos. ¡De ninguna manera! "Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único" (Juan 3:16). El Padre nos ama no a causa de la gran propiciación, sino que él mismo proveyó la propiciación porque nos ama.»[179]

La palabra *propiciación* se mantiene, pero despojada de su sentido pagano.

El *Comentario Bíblico Adventista* subraya: «Por supuesto, esto no debe entenderse que significa que el sacrificio de Cristo se ofreció, como los sacrificios paganos, para aplacar a un dios ofendido y para persuadirlo a que considerase con más benignidad a los pecadores.»[180]

Por consiguiente, se impone una pregunta: ¿qué debemos entender cuando a Jesús se le llama «propiciatorio»? Para responder, es necesario recurrir al Antiguo Testamento. Esta cubierta es una placa de oro colocada sobre el arca de la alianza (Éxodo 25:17-21). En el interior del arca, Dios

---

[179] Ellen G. WHITE, *El camino a Cristo*, Safeliz, Madrid, 2000, p. 17.

[180] *Comentario Bíblico Adventista del Séptimo Día*, *op. cit.,* vol. 6, p. 502.

había ordenado que fuera depositada la vara de Moisés, señal de la autoridad que le había sido conferida para enfrentarse al Faraón de Egipto. El maná debía encontrarse también allí para recordar el pan del cielo asegurado a todos aquellos que tomaron el bastón de peregrinos para ir del país de la esclavitud al de la libertad. Finalmente, descansaban en el arca las dos tablas de la Ley, porque únicamente hay libertad en la armonía con los principios que rigen el mundo. La vara, instrumento de liberación; la ley, condición de libertad. «¡Oh, disciplina fecundadora, cuántos cantos de libertad te debemos!» decía Baudelaire.[181]

El arca simboliza a Cristo que, como Moisés, es también investido de autoridad para liberar; como el maná, el verdadero pan del cielo; como la ley, la palabra hecha carne. Era también el lugar donde Moisés se encontraba con Dios para recibir sus ordenanzas (Éxodo 25:22; Números 7:89); la residencia de Dios (1 Samuel 4:4; Salmos 80:2). En el momento de la ceremonia de las expiaciones, el *Yom Kippur*, era asperjado con la sangre del macho cabrío que tras echar suertes había sido designado para el Eterno. Recordemos que con esta ceremonia Israel alcanzaba el punto culminante de su relación con Dios. Al imponer las manos sobre el macho cabrío designado para el Eterno, el sumo sacerdote actuaba como representante del pueblo en estado de gracia a través de su profundo sentimiento de arrepentimiento. Era, pues, el pueblo mismo quien se identificaba simbólicamente con el animal y, más allá de este, con Cristo.

Así sucede cuando, por la fe, y en el arrepentimiento, nosotros nos unimos a Cristo. Desde ese momento, Cristo se convierte en nuestro sustituto. En primer lugar, de manera figurada, en relación con el animal sacrificado; después, realmente, en la cruz: él muere por nosotros y nosotros morimos en él. Una verdadera muerte al pecado, como señala Pablo en el capítulo 6. En resumen, la palabra *hilastêrion* posee un amplio significado: es el lugar de reencuentro entre el hombre y Dios, donde la vida del pecador es purificada.

[181] (N. del T.) Charles BAUDELAIRE, *Escritos sobre literatura*, Bruguera, Barcelona, 1984, p. 29.

5.3.2. «Por medio de la fe en su sangre»[182]

En estas condiciones, nuestra comunión con Dios puede ser restablecida. Nuestra vida, unida a la de Cristo, es transmitida a Dios por medio de la sangre vertida sobre la cubierta de oro. Se ha establecido una relación triangular: Dios-Cristo-el hombre en estado de gracia. La sangre no debe, pues, ser aquí considerada como materia. En vano se afanaron los caballeros en la búsqueda del Grial. Pablo nunca habló de creer en un objeto; esta idea es contraria a su enseñanza. La fe supone un intercambio personal, una relación viva. Si la vida se representa con frecuencia mediante la sangre, es para mostrar que el sacrificio ha sido total. Es evidente, sin embargo, que la sangre no alude a la muerte sino a la vida más allá de la muerte; muerte que Jesús padeció en condiciones inexpresables y que nosotros debemos comprender en la autenticidad, sostenida permanentemente, del arrepentimiento, la *metanoia*, que es una transformación total de nuestro ser interior, un cambio radical de nuestra mentalidad.[183]

Así el hombre se convierte en Cristo en una nueva «criatura»; podría traducirse como una nueva «creación».[184] Es regenerado (2 Corintios 5:17; 1 Pedro 1:3,23). Puede salir «venciendo y para vencer» (Apocalipsis 6:2, RV60). Todo puede volver a empezar. Las cosas viejas pasaron, todas son hechas nuevas.[185] Por eso la ceremonia de *Yom Kippur* que subyace en el pensamiento de Pablo acababa con la sustitución de todos los pecados del pueblo sobre la cabeza del macho cabrío para Azazel, que simbolizaba a Satanás. Todo sucede, lo hemos visto ya, como si el pecado fuera por fin remitido al diablo, su iniciador. Sin duda, se trata de una prefiguración del juicio final.

---

[182] (N. del T.) Romanos 3:25, RV60.

[183] *Cf*. Ellen G. White: «Dando su vida por la de los hombres, haría volver el mundo a su lealtad a Dios. Aunque primero debía recibir el bautismo de sangre; aunque los pecados del mundo iban a abrumar su alma inocente» (Ellen G. WHITE, *El Deseado de todas las gentes*, *op. cit*., p. 378).

[184] (N. del T.) Las comillas de «criatura» y «creación» son nuestras, no aparecen en el original. El autor, G. Stéveny, cita 2 Corintios 5:17; nosotros empleamos la versión RV60.

[185] (N. del T.) El autor, G. Stéveny, cita literalmente 2 Corintios 5:17. Nosotros empleamos la versión RV60.

5.3.3. «Para manifestar su justicia»[186]

Nos hallamos ante otra expresión difícil de traducir, porque el autor emplea una palabra que no aparece en ningún otro texto del Nuevo Testamento. ¿Por qué habla de una manifestación de la justicia divina?[187]

- porque «dejó impunes con su tolerancia los pecados del pasado» (NBE),
- «a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados» (RV60),
- «perdonando los pecados cometidos antes» (CI),
- «por la tolerancia de los pecados pasados» (NC),
- «a causa de haber pasado por alto, Dios en su paciencia, los pecados pasados» (BT).

El apóstol emplea la palabra *paresis*, que ha provocado intensas discusiones. El término *paresis* está relacionado con *aphesis*, formado por la misma raíz con una preposición diferente. *Aphesis* es la palabra fundamental del Nuevo Testamento para expresar el perdón o la remisión de los pecados. Pablo la emplea en numerosas ocasiones. Si escoge en este caso *paresis*, es porque quiere decir otra cosa. Esta expresión procede de *parienai*, que significa «dejar pasar, no hacer caso de». Existió, pues, en el tiempo de la paciencia de Dios, una suspensión de su reprobación. «Durante mucho tiempo, en su infinita paciencia, Dios había pasado por alto los pecados, sin dar a los hombres señal adecuada de su reprobación, durante todos estos largos años que precedieron la venida de Cristo.»[188]

Ahora que conocemos la palabra escogida por Pablo, debemos precisar su pensamiento. ¿Qué quiso decir? En este pasaje, hay que observar que no emplea la palabra *hamartia*, que designa el pecado como principio en una actitud que conduce a errar el blanco, siendo este vivir feliz y en paz.

---

[186] (N. del T.) Romanos 3:25, RV60.

[187] (N. del T.) Georges Stéveny menciona, a continuación, diversas versiones francesas: Louis Segond, TOB, Jérusalem, Darby, Lausanne y La Pléade. Nosotros incluimos las principales versiones en castellano.

[188] Richard-Chenevix TRENCH, *Synonymes du Nouveau Testament*, *op. cit.*, p. 137.

En Romanos 3:25, tenemos *hamartêmata*, que describe los efectos del pecado, los desmanes que comete. Desde ese momento, se presentan dos posibilidades:

a) La sangre de los animales no hacía desaparecer ningún pecado. Era vertida en función de una disposición carnal impuesta solamente hasta una época de reforma (Hebreos 9:10). Únicamente la sangre de Cristo actúa realmente. El perdón estaba, pues, suspendido hasta su muerte. Dios lo pasaba por alto.

Esta interpretación, a menudo aceptada, plantea problemas. En primer lugar, tiende a cosificar la sangre de Jesús en contradicción con la enseñanza de las Escrituras. Además, hace aflorar otra dificultad: si la sangre de Cristo era necesaria para borrar los pecados cometidos antes, también es necesaria para borrar los pecados cometidos después de su muerte. Pero, ¿cómo la sangre vertida desde hace cerca de dos mil años puede todavía borrar nuestros pecados hoy? Será más acertado buscar en otra dirección.

b) Liberado de la esclavitud egipcia, Israel era un pueblo que había que educar. Dios se puso a su altura. Las disposiciones ceremoniales constituían un conjunto de lecciones. Incluso Dios llegó a pensar que había prescrito preceptos que no eran buenos (Ezequiel 20:25). Y, a lo largo del Sermón de la Montaña, Jesús anunció claramente la necesidad de una superación. «Si vuestra fidelidad no sobrepasa la de los letrados y fariseos, no entraréis en el Reino de Dios» (Mateo 5:20). «Os han enseñado […]. Pues yo os digo» (Mateo 5:21). Es preciso admitir que Dios no pudo forzar sus exigencias hasta el ideal. El ejemplo de la poligamia es sintomático; Dios la toleró sin desearla. En cuanto a los divorcios, Jesús aduce «vuestra dureza de corazón» (Mateo 19:8, CI) e invita a sus oyentes a reconsiderar la situación tal como se presentaba al principio. ¿Y qué decir de las guerras y otras formas de violencia? Incluso los Diez Mandamientos eran objeto de deformaciones ridículas, contra las cuales Jesús reaccionó poniendo su vida en peligro. En conclusión, se apartaron del camino trazado por el Creador. El Señor tuvo que ajustar sus exigencias a las posibilidades de sus hijos. Al hacerlo, bajó el listón, tolerando algunos pecados, dejándolos sin castigo y exponiéndose con ello a desdibujar su propia justicia.

Por otra parte, desde la caída de Adán reinaba una impunidad relativa. Desde luego que sobrevinieron el diluvio, Babel, Sodoma y Gomorra o el

exilio; pero eran casos aislados, catástrofes naturales. La historia acarreó muchas otras. Estas desgracias no aparecen necesariamente como juicios. Dios parecía haber olvidado la amenaza del huerto de Edén: el día en que comáis, moriréis… «Dios perdona bien, es su oficio», se burlaba Voltaire. Era, pues, necesario que la justicia de Dios fuera demostrada en toda su verdad, es decir, que el bien fuera personificado de una manera absoluta, asociada al amor que salva (*tsedeq* y *tsedaqah*). Jesús se empeñó en ello, personificando la justicia plena.

> «Mientras el mundo solo nos atormenta y Dios deja que la justicia inmanente siga su curso, mientras Dios no interviene directamente en sus juicios, no tenemos la impresión de haber provocado y herido al Señor en persona. Nos resignamos a soportar los golpes del destino y nos parece muy magnánimo por nuestra parte perdonar a la Providencia los males a los que expone a sus débiles criaturas. No se nos ocurre que somos nosotros quienes tenemos algo que hacernos perdonar y que es Dios quien sufre a causa de nuestra iniquidad.»[189]

En la cruz, Jesús expira por haber sido obediente hasta la muerte. Toda su vida y su muerte son una fascinante demostración del bien que Dios ha querido. Vino para testificar en pro de la verdad (Juan 18:37, CI). Desde esta perspectiva, las acciones de los hombres toman otro cariz. «Yo he venido a este mundo para abrir un proceso; así, los que no ven, verán, y los que ven, quedarán ciegos» (Juan 9:39). Y además: «Si [yo] no hubiera venido ni les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa de su pecado» (Juan 15:22, CI). Al atacar a Jesús, los hombres firman su propia condena. Es también una forma de poner de relieve la justicia de Dios. El Padre podría perfectamente desatar el freno de su cólera; pero su justicia también es poder de amor para salvar.

5.4. A fin de que él sea el justo, y el que justifica[190]

Acabamos de explicar Romanos 3:25. Este texto es más fácil de parafrasear que de traducir. Intentémoslo a pesar de todo. En primer lugar, muy literalmente. «Cristo Jesús, a quien Dios ha establecido con anticipación

---

[189] Gaston DELUZ, *La Justice de Dieu*, *op. cit.*, p. 64.

[190] (N. del T.) Romanos 3:26, RV60.

[para que sea] lugar de reconciliación y de liberación (*hilastêrion*), mediante la fe en su sangre, para mostrar su justicia a causa de la tolerancia (*paresis*) para con las faltas cometidas en el tiempo de la paciencia de Dios.» Sus palabras son de una concisión extrema. Pablo alude al plan de salvación elaborado por la divinidad antes de que el mundo existiera (con anticipación). La persona y el ministerio de Jesús son el medio escogido como el único eficaz para volver a llevar a los hombres a su Dios en un arrepentimiento que haga posible de nuevo la comunicación (puesto como *hilastêrion*). Al mismo tiempo, el verdadero rostro de Dios se revela más allá de todos los malentendidos que hayan podido surgir porque, en su paciencia, se ha adaptado a una cierta relatividad, muy diferente del ideal divino.

Este pensamiento es retomado y completado en el versículo 26, que presentamos aquí traducido literalmente: «por la revelación de su justicia en el tiempo presente con el fin de ser él mismo justo y que justifica a aquel [que es] de la fe de Jesús.» La preocupación de Pablo es mostrar que Dios es justo cuando considera como justo a un pecador que se aferra a Cristo por la fe. La respuesta, que se extenderá hasta el capítulo 8, puede resumirse fácilmente: el hombre que se une a Cristo por la fe-adhesión ha tomado conciencia de su separación de Dios a causa del pecado, ha pasado por la experiencia vital del arrepentimiento; su ser interior ha sido completamente transformado. Objetivamente es aún pecador; pero, en su fuero interno, lo lamenta y decide cambiar de vida. Sin embargo, consciente de que el pecado se ciñe a su piel de tal modo que es incapaz de vencerlo por sí mismo, acepta la ayuda re-creadora de Cristo. Tiene la certeza de que esta comunión producirá un nuevo nacimiento. Progresivamente, crecerá, pues, en novedad de vida. Puede decir: «Estoy crucificado con Cristo. Y vivo, ya no yo, sino que Cristo vive en mí. Y la vida terrena de ahora la vivo por la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí» (Gálatas 2:19,20, CI).

Entonces, Dios ya no lo ve tal como es –aún pecador– sino tal como él desea ser y será: vencedor en Cristo. Él es, pues, justo al justificar. La justificación es una nueva mirada de Dios sobre el hombre. Desde el punto de vista jurídico, las cosas suceden como si todo el crédito de la obediencia

de Jesús reemplazara a todo el débito de las debilidades humanas. La justicia de Cristo es imputada al pecador. Y Dios puede hacer eso con justicia porque sabe que gracias a la milagrosa comunión engendrada por la fe, la justicia del Hijo será progresivamente impartida al pecador sanado. Este es el evangelio, la buena nueva de la salvación gratuita, a la que Pablo llama poder o dinamita (Romanos 1:16). Nada se le resiste, a excepción de las distracciones mediante las cuales nos separamos del Salvador. Distracción viene del latín *distrahere* que significa efectivamente «separar de». En adelante, ya no tenemos que luchar contra el pecado, sino contra la distracción.

Que nadie se confunda: el aspecto jurídico cuenta más para el universo que para Dios mismo. Pero, demandado, el Altísimo condesciende a justificarse: «para que ahora, por medio de la Iglesia, se dé a conocer a los principados y potestades en los cielos la multiforme sabiduría de Dios» (Efesios 3:10, CI).

Digamos con Wilfred Monod: «la redención es Dios que, en su amor incomprensible, condesciende a contemplar cómo Cristo vive por nosotros durante todos los intervalos en que nosotros ya no vivimos en nosotros mismos.»[191] Concluyamos con un relevante comentario de Ellen White:

> «La ley requiere justicia, una vida justa, un carácter perfecto; y esto no lo tenía el hombre para darlo. No puede satisfacer los requerimientos de la santa ley de Dios. Pero Cristo, viniendo a la tierra como hombre, vivió una vida santa y desarrolló un carácter perfecto. Ofrece éstos como don gratuito a todos los que quieran recibirlos. Su vida reemplaza la vida de los hombres. Así tienen remisión de los pecados pasados, por la paciencia de Dios. Más que esto, Cristo imparte a los hombres atributos de Dios. Edifica el carácter humano a la semejanza del carácter divino y produce una hermosa obra espiritualmente fuerte y bella. Así la misma justicia de la ley se cumple en el que cree en Cristo. Dios puede ser "justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús" (Romanos 3:26). El amor de Dios ha sido expresado en su justicia no menos que en su misericordia. La justicia es el fundamento de su trono y el fruto de su amor.»[192]

---

[191] Wilfred MONOD, *Il vit*, Fischbacher, París, 1898, p. 216.

[192] Ellen G. WHITE, *El Deseado de todas las gentes*, *op. cit*., pp. 710, 711.

6. La reconciliación

Hemos señalado ya el empeño que pone Pablo en mostrar la continuidad entre la antigua y la nueva alianza. El capítulo 4 de la Epístola a los Romanos está íntegramente dominado por esta preocupación. Abraham y David, figuras indiscutibles para cualquier judío, fueron justificados por Dios independientemente de sus obras. Es verdaderamente la fe la que determina la nueva situación jurídica del hombre ante el Eterno. No vayamos a imaginar, sin embargo, que la justificación corresponde sin más a una simple declaración de intenciones para con nosotros. No se trata de un juicio sin efecto en la realidad. Este es el tema del capítulo 5. Pablo, formado en la dialéctica estoica, actúa como si estuviera ante un adversario. Y se anticipa a sus objeciones.[193]

La justificación, ¿no es más teórica, más ideal, que real? ¿Qué cambia en la vida práctica? La índole de las dificultades con las que el cristiano se enfrenta a diario en este mundo ¿no le impide vivir verdaderamente la salvación aportada por Cristo? El plan de Dios es maravilloso, pero las pruebas persisten, como obstáculos insalvables. Respuesta: tenemos paz con Dios y eso lo cambia todo. Más doloroso que la prueba misma es el sentimiento de culpabilidad que corroe la conciencia y arruina la salud. Ahora bien, en Cristo, este sentimiento desaparece, porque somos considerados a través de su justicia como si no hubiéramos pecado nunca. Nuestra naturaleza caída no puede nada contra la dinámica de la salvación. Si comparamos el camino recorrido desde 1:18, nos estremece un sorprendente contraste: el pecado ha dado paso a la fe, la ira a la justificación y la enemistad a la paz. Los valores se han trastocado. «El amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones gracias a[l] Espíritu Santo que se nos dio» (Romanos 5:5, CI).

Pero hay más, parece decir el apóstol:

> «Pues cuando nosotros estábamos todavía enfermos, en el momento preciso murió Cristo por [los] impíos; pues a duras penas morirá uno por un justo (aunque por el [que es] bondadoso quizás alguno hasta se atreva a morir), pero Dios hace resaltar su amor a nosotros por el hecho de que,

[193] *Cf.* Alphonse MAILLOT, *L'Épitre aux Romains*, Le Centurion- Labor et Fides, Ginebra-París, 1984, p. 135.

> cuando nosotros éramos todavía pecadores, Cristo murió por nosotros. Así que, justificados ahora por su sangre, con mucha más razón seremos salvados por él de la ira [divina]; pues si cuando éramos enemigos fuimos reconciliados con Dios mediante la muerte de su Hijo, con mucha más razón, una vez reconciliados, nos salvaremos por su vida» (Romanos 5:6-10, CI).

El lector hará bien en releer este pasaje e impregnarse de él. Cada palabra comporta una densidad excepcional. Jesús murió en el *momento preciso*. La cruz no es un accidente de la historia. Tras el corrupto juicio, interviene Aquel que pone fin a la historia, a pesar de nuestros crímenes. Pablo, el intelectual judío, conocía las profecías de Daniel, que se erigían en un preciso cronógrafo del calendario mesiánico (Daniel 9:20-27; véase también Gálatas 4:4). Se podría temer que el pecado hubiera pervertido el plan de Dios. Pero Pablo afirma que eso no sucedió en absoluto. Todo se desarrolló como estaba previsto. Cristo murió por amor a los impíos (*hyper*).[194] Al precisar que la muerte del Hijo *hace resaltar* el amor del Padre, Pablo enfatiza el papel activo que este asume en el drama del Calvario. En relación con este tema, A. Maillot observa que:

> «…todas las soteriologías occidentales tienen, pues, necesidad de un serio cuestionamiento. El pecado no ha podido dejarnos fuera del proyecto fundamental de Dios, porque este ha permanecido idéntico; ha sido incluso ampliado. El Señorío de Dios sobre el mundo es tal que lo incluye todo. […] El pecado no ha implicado una reducción en "cantidad" ni en eficacia del amor de Dios.»[195]

Pablo expresa entonces una idea distintiva de su pensamiento: la reconciliación. Hugues Oltramare desarrolla una dilatada exposición al respecto, que resumimos a continuación. Cuando alguien pregunta qué ha ve-

---

[194] *Hyper* + genitivo significa habitualmente «a favor de, por amor de, para». Algunos sostienen que tiene el sentido de *anti* en el Nuevo Testamento. Si ese fuera el caso aquí, con la sustitución vicaria en segundo término, se debería admitir que todos los impíos serán salvados. Riesenfeld, en Kittel, sugiere «más allá», «en defensa de», «para», especialmente en relación con la muerte de Jesús. Propone también «en lugar de», citando 1 Corintios 15:29, donde la idea me parece indefendible. (*TDNT*, vol 8, pp. 507-516). Diré de buen grado, con E. Lohse y Heinz Schuermann que *hyper* puede muy bien entenderse como el resumen central del mensaje del Nuevo Testamento (*op. cit.*, p. 25).

[195] Alphonse MAILLOT, *L'Êpitre aux Romains*, *op. cit.*, pp. 139, 140.

nido a hacer Jesús en la tierra, respondemos a menudo que vino a reconciliar a *Dios* con los hombres y a salvarlos. Para explicar la redención, se parte entonces de la enemistad de Dios hacia los hombres pecadores. Dios está furioso, y su justicia ofendida reclama imperiosamente una satisfacción. Jesús viene precisamente para *reconciliar a Dios con los hombres***.** Él aplaca la cólera dando plena satisfacción a la justicia divina por su muerte expiatoria. Reemplaza a los pecadores y se somete a la vindicación, padeciendo, en lugar de los culpables, el castigo merecido por sus pecados. Toda la obra de Jesús se concentra, pues, en su sacrificio expiatorio. Una vez satisfecha la justicia, la enemistad de Dios se desvanece y queda consumada la reconciliación de Dios con los hombres. Esta reconciliación se produce aparte del hombre, después de un acto terrible y conmovedor entre Dios y su Hijo. Una vez satisfecha, la justicia de Dios ya no tiene nada que reclamar: Jesús ha pagado la deuda de los hombres.

Desde esta perspectiva, el amor de Jesús por los hombres es sublime; sin embargo, existe una gran diferencia en el caso de Dios. No es posible hacer referencia a su amor, porque su justicia lo domina tan completamente que paraliza ese amor. Es necesario esperar que su ira sea apaciguada por el pago de la deuda para que finalmente se muestre *propicio* a los hombres. La muerte de Cristo es expiatoria para Dios y propiciatoria para el hombre.[196] Por ello, la cubierta del arca de la alianza recibirá el nombre de propiciatorio.

Ahora bien, esta idea que se le atribuye a Pablo es contraria a su pensamiento. A la pregunta sobre el objetivo de la venida de Cristo, responde que Jesús vino a reconciliar, no *a Dios* con los hombres, sino *al hombre con Dios*. Es el punto de vista precedente a la inversa. Pablo sitúa la enemistad en los hombres. Son ellos quienes deben cambiar, así lo sugiere la etimología del verbo *reconciliar*, como ya hemos señalado. En Dios, como principio de redención, habita un amor inaudito, que sobrepasa lo más grande que el amor humano haya podido hacer. El sacrificio de Jesús es un efecto de ese amor y no su causa. Su primer y directo objetivo es zarandear el corazón duro y hostil del hombre, al que es preciso alcanzar;

[196] Hugues OLTRAMARE, *Commentaire sur l'Épitre aux Romains*, Fischbacher, París, 1882, tomo 1, pp. 414-423.

de ningún modo Dios, a quien habría que ablandar mediante los sufrimientos, la sangre y la muerte. Este es, resumido, el comentario de Oltramare.

Entendida de esta manera, la llamada de la cruz nos cala hasta lo más íntimo. El Dios cristiano es ante todo un Espíritu misericordioso que busca a nuestro mundo como un pastor a su oveja perdida. Es el Dios de Jesucristo, no el de las religiones. Fueron las religiones quienes, en el Calvario, en un arrebato, se precipitaron brutalmente sobre Jesús, la «cristiana» en la persona de Judas, la judía en Caifás, y la romana en la figura de Pilato. Y cuando las religiones hubieron rematado a su víctima, el evangelio la resucitó.

Con la cruz de Gólgota se desploma un montón de prejuicios sobre el rostro de Dios acumulados a lo largo de los siglos. ¡Fuera las máscaras de las divinidades ávidas de sangre, vengativas, tiránicas y violentas, aquellas que esclavizan en lugar de liberar! ¡Que se descubra el verdadero rostro del Padre, que mezcla sus lágrimas con el sudor sanguinolento de su amado, que sufre con él y más que él, para desvelar dramáticamente la única manera de reunir la justicia y el amor! Todo esto –y todo lo que nosotros no podemos todavía descubrir ahora– para que cada uno de nosotros sepa que no tiene nada que temer de parte de Dios, si no es permanecer lejos de él en una mortal separación. En absoluto, nada que temer, porque todo lo que las religiones han inventado como complicaciones inútiles e inoperantes, Jesús lo ha desechado en nombre de su Padre. Inspirado por el Espíritu, Pedro dijo en el concilio de Jerusalén: «¿Por qué provocáis a Dios ahora imponiendo a esos discípulos una carga que ni nosotros ni nuestros padres hemos tenido fuerzas para soportar?» (Hechos 15:10). «Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, porque soy manso y humilde de corazón, y hallaréis reposo para vuestra alma» (Mateo 11:29, CI). ¡Qué diferencia entre el Dios de Jesucristo y aquel que nosotros hemos «fabricado» con la proyección de todos nuestros fantasmas!

Dios ha enviado a Cristo para establecer con nosotros relaciones completamente nuevas; la iniciativa de la salvación ha partido de él. En Cristo, Dios nos acoge en su presencia y en su comunión. Para ello hay que deshacer la obra del pecado y volver a ponernos en contacto con el poder de lo alto con este objetivo, reconciliarnos con Yahvé.

> «Entre los términos que describen la nueva situación del mundo después de la muerte de Jesús en la cruz, el de reconciliación ocupa un lugar aparte; si bien se equipara, en efecto, muy estrechamente en cuanto a su fondo con los de salvación, justificación, paz, etc.; tiene algo de particular en cuanto a su forma al carecer de antecedentes directos en el Antiguo Testamento y en el lenguaje religioso helenístico. El acontecimiento redentor ha inaugurado un cambio tan radical para la humanidad y al mismo tiempo tan específico desde el punto de vista religioso, que hacía falta, para designarlo, una palabra nueva y también diferente.»[197]

Sin embargo, la noción no estaba del todo ausente en el Antiguo Testamento. El regreso a una situación de gracia del pueblo rebelde se representa, entre otros, con el *Yom Kippur*. El jubileo debía también prefigurar la gran restauración final. Más precisas aún son las profecías mesiánicas de Isaías 11 y 35, o la promesa reconfortante de Oseas 2:25, citada en Romanos 9:25,26, «Llamaré pueblo mío al que no es mi pueblo, a la no amada la llamaré amada mía; y en el mismo sitio donde les dijeron "no sois mi pueblo", los llamarán "hijos de Dios".»

La palabra *reconciliación* aparece cinco veces en el Nuevo Testamento, Romanos 5:10,11; 11:15; 2 Corintios 5:18-20; Colosenses 1:20-22; Efesios 2:16. Los cinco pasajes permiten poner de manifiesto diversos componentes de su significado: *a)* el sujeto de la acción es siempre Dios o Cristo; *b)* el objeto es el hombre pecador o el mundo; *c)* la cruz se ofrece como agente de la reconciliación; *d)* la consecuencia es un cambio que produce el restablecimiento final.

a) Romanos 11:15. Pablo muestra que incluso el rechazo de los judíos revierte en un beneficio para todos los que tienen fe y constituyen el Israel espiritual, sean judíos o paganos. El término *mundo* corresponde a «naciones no judías».

b) 2 Corintios 5:18-20. Dios nos ha reconciliado mediante Cristo, porque él estaba en Cristo, reconciliando el mundo consigo mismo y no imputando de ninguna manera a los hombres sus ofensas. «Mundo» se entiende en el sentido global de toda la humanidad. La forma en que se trata la muerte de Jesús afianza la explicación que hemos dado sobre Romanos

---

[197] Michel BOUTTIER, en Jean-Jacques VON ALLMEN, *Vocabulaire biblique*, *op. cit.*, p. 245.

5:10,11. El Padre y el Hijo no solo están de acuerdo sino que son inseparables en la empresa de la reconciliación. Y esto, no solo al término de la pasión, sino a lo largo de todo el ministerio que termina en la cruz. La reconciliación no es la obra del Hijo contra el Padre, sino la obra del Padre en su Hijo. Nosotros somos llamados a ser embajadores de ello.

c) Colosenses 1:20-22. Aquí el autor concede a la reconciliación una dimensión cósmica: su objeto es *todas las cosas*, tanto las que están en la tierra como las que están en los cielos, así como *vosotros*,[198] que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras. Esta dimensión cósmica del pecado y de la salvación enfatiza bien a las claras la insuficiencia de una interpretación simplemente moral de la cruz. Frente a los imponderables de la revelación, debemos evitar tanto eludirlos en nombre de la razón, como racionalizarlos a toda costa con el riesgo de desvirtuarlos. La obra de Cristo sobrepasa nuestro entendimiento. Aceptemos su grandeza sublime sin correr el riesgo de rebajarla a la medida de nuestras pequeñeces.

d) Efesios 2:16. Judíos y paganos estaban enfrentados hasta tal punto que, incluso en caso de conversión de estos últimos, quedaban separados de los fieles por un muro real cuando entraban en el atrio del templo. Constituían dos troncos aparentemente irreductibles. Dios los ha reunido en Cristo; por tanto, la reconciliación tiene un alcance universal.

Citemos aún a M. Bouttier:

> «Si la justificación triunfa sobre la ley y la redención sobre el pecado y la desobediencia; la reconciliación parte del desorden hostil que ha trastornado la creación de Dios. […] La reconciliación no está, sin embargo, acabada; instaurada en Cristo, debe continuar en la tierra hasta la resurrección final de la cual ella constituye el acontecimiento anunciador. […] Todo el Nuevo Testamento resuena con el eco de la reconciliación, esta iniciativa soberana y victoriosa de Dios, quien ha abierto, a través de la cruz, el camino del amor y ha podido reconciliar con él a un mundo que nunca había esbozado precisamente el mínimo gesto. En ese sentido,

[198] (N. del T.) El autor, G. Stéveny, transcribe directamente el texto de Colosenses 1:20,21 en la traducción de Louis Segond. Nosotros empleamos la más próxima que, en este caso es RV60.

> el Nuevo Testamento tiene conciencia de encontrarse en claro antagonismo con todas las religiones pasadas y futuras de la humanidad, y de ser plenamente el evangelio de la gracia.»[199]

7. Los dos Adanes

Hemos de insistir en que el apóstol Pablo, después de haber expuesto el principio de la justificación por la fe (Romanos 3) y haber mostrado su conformidad con el Antiguo Testamento (Romanos 4), anticipa las posibles objeciones. En primer lugar, las dificultades que el cristiano encuentra en este mundo ¿no desmienten la salvación por la fe aportada por Jesucristo? Ya hemos respondido a esto: no, porque tenemos paz con Dios (5:1-5). Segundo, ¿pervirtió el pecado el plan de Dios? Tampoco, porque somos reconciliados con Dios (5:6-11). Abordamos ahora una tercera dificultad: ¿no lo desbarató Adán todo desde el principio? Nosotros somos solidarios con Adán. El hombre no es un individuo aislado; forma parte de un todo, la humanidad. La primera pareja constituye el extremo de una gigantesca pirámide de hombres, ligados por una dependencia ineluctable. En consecuencia, el pecado no se presenta solamente como un acto individual, como un hecho simple; es también «un hecho genérico, complejo, universal en sus manifestaciones como la misma muerte, signo de una terrible maldición que pesa sobre la raza entera.»[200] A partir de esto, ¿es el remedio proporcionado a la inmensidad del mal por el cual nos sentimos desbordados? Esta es la cuestión a la que responden los versículos 12-21.

Efectivamente, todo hombre, venga de donde venga y sea quien sea, hereda desde su nacimiento una situación de fracaso, de debilidad y de muerte. Le abruma una especie de carga que establece en él la tiranía del pecado. Pablo relaciona esta situación con la falta de Adán. Seguramente, quienes apoyan la evolución se sienten confusos y proponen no restringir las palabras del apóstol al sentido histórico, sino ver en Adán a la humanidad considerada en su responsabilidad. No podemos compartir su planteamiento por la sencilla razón de que Pablo establece un paralelo entre Adán

---

[199] Michel BOUTTIER, en Jean-Jacques VON ALLMEN, *Vocabulaire biblique*, *op. cit*., pp. 246, 247.

[200] Maurice ANTONIN, *L'Épître aux Romains,* ed. Emmaüs, Lausana, 1937, p. 43.

y Jesús. Para que el razonamiento sea válido, Adán ha de tener tanta historicidad como Cristo. Así, el pecado tiene una historia y esa historia tiene un principio.

Conviene precisar la naturaleza del vínculo que nos enlaza con el pecado de Adán ya que no han faltado los malentendidos a lo largo de la historia. Según Agustín de Hipona, todo hombre está perdido a causa del pecado de Adán. Todos están sentenciados y reprobados. No hay esperanza para nadie. Pero Dios exceptúa a algunos, a quienes predestina a la salvación, estando los demás predestinados a la perdición. Esta doctrina, que se impuso en la iglesia, fue retomada por Juan Calvino quien intensificó aún más su rigurosidad al presentarla como una doble predestinación: unos fueron creados para ser salvados, otros para ser perdidos.

Pelagio atacó intensamente a Agustín afirmando que su doctrina de la predestinación procedía de Satanás. Él pensaba que todo hombre nace como Adán, en las mismas condiciones que él. Cada cual lleva en sí mismo el poder necesario para obtener la victoria sin ayuda exterior. Con un movimiento pendular, se ha pasado al otro extremo.

Siguieron los semipelagianos. Para ellos, la muerte reina sobre todos los hombres a causa del pecado de Adán, pero la gracia de Dios es ofrecida a todos. Por supuesto que esta gracia no es irresistible; Dios no obliga. Para beneficiarse de la gracia, hay que aceptarla por la fe y colaborar.

Jacobo Arminio, nacido en 1560 en Holanda, precisó aún más las ideas de los semipelagianos. Su enseñanza solo difiere ligeramente de la de Calvino en cuanto a la predestinación. Arminio no niega la elección, pero se resiste a que sea incondicional y absoluta; sostiene la libertad del hombre y su responsabilidad. La predestinación es solamente un acto de la presciencia de Dios que sabía anticipadamente quiénes serían los que creerían. Esta es la idea que se impuso de forma general en el movimiento protestante.

De hecho, el hombre es pecador por naturaleza y por elección. Por naturaleza, hereda la tendencia al pecado. Por elección, la actualiza. Pablo también es concluyente: «Y así la muerte pasó a todos los hombres, dado que todos pecaron» (5:12, CI). El propio Calvino tuvo que reconocerlo:

> «Somos perjudicados por el pecado de Adán, cosa que no sucede por imputación solamente, como si se volcase sobre nosotros el pecado ajeno, sino que llevamos el castigo porque somos también culpables, en tanto nuestra naturaleza corrompida sea hallada delante de Dios culpable de iniquidad y rodeada de condenación.»[201]

«Por la ofensa de uno, de uno solo, reinó la muerte» (Romanos 5:17, CI). Esta es nuestra situación por naturaleza. Después de la caída, Adán ya no tiene acceso al árbol de la vida. Se ha convertido en mortal y arrastra consigo hacia la aniquilación a toda su descendencia. Todos sus descendientes son mortales. Pero no hay que confundir esta debilidad hereditaria con el castigo que el pecado cometido genera. La culpabilidad es personal e intransferible, pero los profundos desórdenes físicos, morales y espirituales engendrados por el pecado subsisten de mil modos después de que el pecador haya desaparecido.[202]

Esto que acabamos de llamar «debilidad hereditaria» no es pese a ello menos grave. La palabra pecado en 5:12, *hamartia*, empleado en singular, designa todo el ámbito de lo que no está de acuerdo con la voluntad revelada de Dios, todo lo que no tiene su aprobación. Hemos señalado ya que corresponde esencialmente a la idea de errar el blanco, el objetivo, lo único que contribuye verdaderamente a nuestra felicidad. Este pecado produce e instala en el hombre una fragilidad interna a la cual Adán dio entrada en el mundo. Cuanto más se cede a esta tendencia, más se consolida. Llega incluso un momento en que la verdadera falta es anterior a la tentación. Consiste en una especie de esclerosis espiritual que vuelve vulnerable el alma. En cierto modo, cuando somos tentados es ya demasiado tarde… El mal se sirve únicamente de las fuerzas que nosotros hemos perdido previamente. La esencia del pecado consiste en interrumpir la relación del hombre con Dios creando una situación vacía de Dios. Así pues, Pelagio se equivocaba

---

[201] Juan CALVINO, *Epístola a los Romanos,* México, Publicaciones de La Fuente, 1961, p. 148.

[202] «Los adventistas no aceptan la idea de una culpabilidad individual y moral que afecta a los descendientes de Adán a causa de su pecado. Subrayan, por el contrario, que su pecado produjo condiciones de separación de Dios que afectan a todo ser humano. El hecho de estar separado de Dios implica una tendencia heredada a cometer pecado. En estado de pecado, la vida del hombre está centrada en él mismo; sin embargo, la conversión reorienta la vida y la centra en Cristo» (*SDA Encyclopedia*, Review and Herald Publishing Association, Washington D.C., 1966, vol. 10, p. 1197).

torpemente al enseñar que todo hombre nace como Adán y se encuentra en las mismas condiciones que él.

A decir verdad, el Creador sería injusto si nos abandonara en esta situación de fracaso sin acudir en nuestro auxilio. Pero interviene precisamente en Jesucristo. Opone, a la gravedad del pecado, una corriente de gracia capaz de arrastrar al bien, hacia la vida, a cualquiera que acepte sumergirse en ella. Desde el versículo 12 hasta el 19, Pablo establece una comparación entre Adán y Jesús, en que el segundo se opone sistemáticamente al primero. Esta oposición queda especialmente subrayada por un «mucho más». Así:

a) Como por la desobediencia de un hombre todos los demás quedaron hechos pecadores, así también por la obediencia de uno quedarán hechos justos todos los demás (v. 19, CI).

b) Por un hombre entró el pecado en el mundo y la muerte se propagó sin más a todos los hombres (v. 12); pero no hay proporción entre el delito y la gracia que se otorga, pues la gracia otorgada por Dios, el don de gracia que correspondía a un hombre solo, Jesús el Mesías, sobró para la multitud (v. 15).

c) A partir de un solo delito, el proceso acabó en sentencia condenatoria, mientras la gracia, a partir de una multitud de delitos, acaba en amnistía (v. 16).

d) Por el delito de uno solo, la muerte inauguró su reinado. Los que reciben esa sobra de gracia y de perdón gratuito, viviendo reinarán por obra de uno solo, Jesús Mesías (v. 17).

e) Donde proliferó el pecado sobreabundó la gracia (v. 20).

Así pues, Dios opone:

- a Adán, a Jesucristo;
- a la desobediencia, la obediencia;
- al pecado, la gracia;
- a la condenación, la justificación;
- a la transgresión, el don gratuito;
- a la muerte, la vida eterna.

Como escribió Alphonse Maillot al mostrar las similitudes entre Adán y Jesús, Pablo recuerda sus diferencias fundamentales. «Incluso si Adán y Cristo son únicos ("uno solo"), no son simétricos.»[203] El poder y el reino de Cristo superan con mucho el poder y el reino del pecado. Sin embargo, este último destaca por su extrema fertilidad, ya que arrastra a todos los hombres. Pero la fecundidad de la gracia es más fuerte. Adán es fuente de pecado y de muerte; Cristo es fuente de vida y de victoria sobre el pecado. La sombra de Adán se cierne sobre Cristo; sin embargo, la luz de Cristo ilumina ya, por contraste, la figura de Adán. La perfecta estatura de Cristo se impone con toda su majestad sobre el débil Adán. A la universalidad del pecado se opone la universalidad de la gracia. El efecto interno de la gracia combate eficazmente el efecto interno del pecado.

La mención de la ley merece aquí una puntualización. Me parece que algunos comentaristas comprenden mal el versículo 13. La TOB resume su argumentación del siguiente modo:

> «Pablo, situándose en el terreno jurídico, razona así: los hombres que vivieron entre Adán y Moisés no podían, aun cuando eran pecadores, ser castigados de muerte en virtud de una ley que les concerniera personalmente, puesto que no había ley. Por eso estos hombres no experimentaban la muerte debido a sus pecados sino al de Adán.»[204]

Seguramente, no existía ninguna revelación escrita antes de Moisés. ¿Significa eso que no había ley? Esta afirmación subestimaría la tradición oral adecuadamente transmitida por los patriarcas.

Ya a Noé se le llama «pregonero de [la] justicia» (2 Pedro 2:5, CI). Sin embargo, no hay justicia sin ley. Además, Dios dice que «Abrahán me obedeció y guardó mis preceptos, mandatos, normas y leyes» (Génesis 26:5). La comparación entre las dos listas de referencias que siguen prueba que el Decálogo mismo no innovó nada:

1.	Éxodo 20:3	Génesis 35:1-5
2.	Éxodo 20:4-6	Génesis 35:1-5; Éxodo 32

[203] Alphonse MAILLOT, *L'Êpitre aux Romains*, *op. cit.*, p. 149.

[204] *TOB,* fascículo, A.B.U. et Cerf, 1967, p. 55.

3.	Éxodo 20:7	Génesis 6:5,11,12; 21:33
4.	Éxodo 20:8-11	Génesis 2:1-3; Éxodo 16
5.	Éxodo 20:12	Génesis 28:7
6.	Éxodo 20:13	Génesis 4:15
7.	Éxodo 20:14	Génesis 39:7-9
8.	Éxodo 20:15	Génesis 30:33
9.	Éxodo 20:16	Génesis 12:18
10.	Éxodo 20:17	Génesis 3:6

Las diez palabras grabadas por Dios en las dos tablas de piedra (Deuteronomio 10:1-5) existían, por tanto, sumariamente, antes de Moisés. Además, Pablo dice con claridad en el versículo 12 que todos los hombres murieron *por cuanto todos pecaron***.** Sin duda alguna, sus transgresiones eran diferentes de la de Adán (v. 14). Hemos visto que el pecado de Adán era ontológico, debilitó a toda la humanidad. Pero si todos los hombres han pecado es precisamente por haberse apartado de la voluntad de Dios. Por consiguiente, es necesario comprender que la ley existía de otro modo que en forma de tablas de piedra. La muerte no era un castigo a causa de Adán sino una consecuencia del comportamiento de los hombres, desconectados de la fuente de vida. Sin esto, el juicio del diluvio quedaría completamente tergiversado. La conclusión del razonamiento del autor confirma nuestra interpretación: «[La] ley se metió subrepticiamente para que la ofensa aumentase» (v. 20, CI). Efectivamente, la ley escrita clarifica la situación volviendo incontrovertible el pecado. Entonces, el pecado es reconocido y lamentado en todas partes. La ley actúa como el reactivo que hace aparecer la hiperglucemia de un diabético. El reactivo no es la causa de la diabetes. Al contrario, la hace patente para que se pueda curar al enfermo.

Desde este punto de vista, la comparación entre Adán y Jesús conduce a constatar la tensión entre la desobediencia y la obediencia. «Como por la desobediencia de un hombre todos los demás quedaron hechos pecadores» (v. 19, CI). Desde luego, no automáticamente, sino en virtud del peso de la tendencia heredada. Son responsables, pero debemos concederles circunstancias atenuantes. Viene entonces una frase clave: «así también por la

obediencia de uno quedarán hechos justos todos los demás» (v. 19b). Las últimas palabras traducen correctamente el original: «*dikaioi katastathêsontai*». El verbo *kathistêmi* significa «convertir, poner en la posición de». En el *TDNT*, diccionario teológico del Nuevo Testamento, leemos:

> «Es difícil establecer una diferencia lingüística o material entre *katestathêsan* y *egenonto* (es decir, entre ser vuelto y convertirse). Veamos el significado: como muchos se convirtieron en pecadores por la desobediencia de un solo hombre, igualmente muchos se convierten en justos por la obediencia de uno solo.»[205]

Es esencial ser preciso, porque estamos en un punto clave del pensamiento paulino. El verbo *justificar* significa «considerar como justo, declarar justo» y no volver justo. Todos los bautizados son gratuitamente considerados como justos, perdonados; pero no todos son «convertidos en justos». Es del todo evidente. Se dice que el verbo *justificar* tiene un sentido jurídico, es decir declarativo. Sin embargo, cuando afirma que Dios justifica a los pecadores, Pablo se pregunta si esto es justo por parte de Dios. La respuesta es afirmativa. Dios es justo puesto que, por la fe, el pecador se asocia a Jesucristo hasta el punto de parecerse a él cada vez más. La justificación y la santificación son inseparables. Constituyen dos aspectos complementarios de la misma salvación. Este es ciertamente el pensamiento expresado en el versículo 19: por la obediencia de Jesús, muchos se convertirán en justos, porque la gracia que justifica en el instante de la conversión, santifica a lo largo de toda la vida.

Es así como puede cerrarse la brecha abierta por la caída. El pecado original produce la ruptura de la relación personal del hombre con su creador; provoca una orgullosa reivindicación de autonomía personal: querer decidir solo, sin remitirse a las normas divinas. Aceptando unirse a Cristo por la fe, el cristiano restablece el equilibrio de su situación. Se convierte entonces en partícipe voluntario de la naturaleza divina. Dependiendo todavía de modo natural del primer Adán, es heredero de forma sobrenatural del último Adán. Es rehabilitado gratuitamente, porque Dios ya no lo ve tal como aún es, sino como será progresivamente si persevera.

---

[205] A. OEPKE, *TDNT*, vol. 3, p. 445.

En consecuencia, no es la muerte de Cristo lo que satisface la justicia de Dios, sino su obediencia y su efecto en la vida del creyente. Ellen White escribe:

> «Toda alma puede decir: "Mediante su perfecta obediencia, Cristo ha satisfecho las demandas de la ley y mi única esperanza radica en acudir a él como mi sustituto y garantía, el que obedeció la ley perfectamente por mí. Por fe en sus méritos, estoy libre de la condenación de la ley. Me reviste con su justicia, que responde a todas las demandas de la ley."»[206]

Esta es la justificación por la gracia.

«En el mismo comienzo de la vida cristiana deben enseñarse a cada creyente los principios fundamentales. Debe enseñársele que no ha de ser meramente salvado por el sacrificio de Cristo, sino que ha de hacer que la vida de Cristo sea su vida, y el carácter de Cristo su carácter.»[207]

«El ideal de Dios para sus hijos es más elevado de lo que puede alcanzar el más sublime pensamiento humano. "Sed, pues, perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto." Esta orden es una promesa. El plan de redención contempla nuestro rescate del poder de Satanás.»[208] Esta es la santificación por la gracia.

8. El bautismo

8.1. Un nuevo problema

El resumen de todo lo que precede puede enunciarse de forma simple: Todo aquel que permanece en la descendencia de Adán está en crisis; quien opta por Jesucristo, por el contrario, camina de victoria en victoria. Surge entonces un nuevo problema: ¿Cómo pasar de la descendencia de Adán a la comunión con Cristo? ¿Cómo puede Jesús crear a la humanidad nueva, liberada del pecado? ¿Cómo puede romperse la firme solidaridad que une

---

[206] Ellen G. WHITE, *Mensajes selectos*, Publicaciones Interamericanas, Mountain Wiew, California, 1966, tomo 1, p. 464.

[207] Ellen G. WHITE, *Palabras de vida del gran Maestro*, Publicaciones Interamericanas, Pacific Press Publishing Association, Mountain Wiew, EE.UU., 1971, p. 37.

[208] Ellen G. WHITE, *El Deseado de todas las gentes*, *op. cit*., p. 277.

a todos los hombres con Adán y ser reemplazada por una solidaridad nueva con Cristo, que lleve a la justicia y conduzca a la vida?

El apóstol responde con una sola palabra: por medio del *bautismo*. Aún es necesario comprender de qué se trata. Sigamos su argumentación.

8.2. No vivir como uno quiera

Pablo persevera en su interés por refutar todos los argumentos dirigidos contra él. En 3:8, se ha referido a la calumnia de quienes lo acusan de animar a la gente a pecar en nombre de la gracia. Retoma esta idea al principio del capítulo 6: «Entonces, ¿qué diremos? ¿Hemos de seguir en el pecado para que la gracia aumente? ¡En absoluto! Quienes ya hemos muerto al pecado, ¿cómo vamos a vivir todavía en él?» (6:1,2, CI). Entender la enseñanza de Pablo como una invitación a vivir *como uno quiera* en nombre de la libertad es traicionar su pensamiento; sería volver a caer en el pecado original. Adán y Eva, bajo la influencia de la serpiente, decidieron precisamente vivir *a su manera*, sin tener en cuenta la prohibición divina. El remedio no consiste en perseverar en el mismo camino, con la conciencia tranquila, en nombre de Jesucristo. Sería una aberración. La curación se obtiene únicamente cuando se produce un cambio interior en virtud del cual todo el ser acoge con alegría la voluntad del Padre, comprendiendo plenamente su intención de hacernos vivir en paz, en el conocimiento y en la felicidad (Deuteronomio 5:33; Proverbios 3:1-3; Salmos 119).

8.3. Inmersión de los adultos

A esta extraordinaria transformación interior que nos hace comprender y amar la voluntad de Dios, Pablo la llama «la muerte al pecado»: «los que hemos muerto al pecado». ¿En qué puede consistir esto? La argumentación está centrada en el bautismo, que ocupa un lugar importante en su teología y del que nuestro capítulo proporciona la exposición más clara. Por supuesto que el bautismo del que se habla tiene poco que ver con la ceremonia tal como se suele practicar en la actualidad.

Baptizein significa sumergirse. Esta es su auténtica forma. No consiste en una aspersión sobre la frente de los bebés, sino en la inmersión de los adultos. Jesús tenía cerca de treinta años cuando fue bautizado (Lucas 3:21-

23). Pedro afirma que el bautismo es la oración y el compromiso de una buena conciencia hacia Dios (1 Pedro 3:21). Así pues, es necesario ser adulto. Pablo precisa además que se trata de un *baño* de regeneración, una inmersión (Tito 3:5). El bautismo no es un *sacramento*, porque no se produce independientemente del creyente. Es más que un *símbolo*, porque su forma reviste un significado preciso. El mejor término para calificarlo es, pues, *signo***.** La ceremonia no encierra ningún poder mágico. Hemos de ver en ella la proclamación pública y deliberada de una relación espiritual con Cristo que ha comenzado mucho antes de la inmersión propiamente dicha. Es la señal de una muerte y de una resurrección; de ahí la importancia de su forma. Al compromiso del hombre, Dios responde por medio del don del Espíritu Santo.

Tras esta breve puntualización, regresemos al tema que nos ocupa. Pablo declara que el bautismo es «en Cristo», *eis Christon*. La forma en la que se expresa muestra que el autor piensa en un acontecimiento dinámico. El que se bautiza deja de pertenecerse a sí mismo para entregarse a Cristo en un movimiento perpetuo. Se convierte en propiedad de Cristo.

8.4. Bautizados en Moisés

Con una fórmula idéntica, Pablo dice en otra cita que los israelitas fueron bautizados en Moisés (*eis ton Môysên*; 1 Corintios 10:2). Porque ambos, Moisés y Jesús, ejecutaron el plan redentor de Dios: liberación de Egipto-liberación del pecado. Para abandonar Egipto, hacía falta estar unido a Moisés; para abandonar el pecado, hay que ser uno con Cristo. En su discurso en Jerusalén, Esteban proclama que Moisés era *jefe y libertador*. Pedro, por su parte, predica que Cristo es *jefe y salvador*. Los dos primeros sustantivos son idénticos; los otros dos son sinónimos.

> «El papel de Moisés parece de extrema importancia, y comprendemos por qué Pablo puede hablar del bautismo de los israelitas *en Moisés*, es decir de su unión a él. Existe bautismo propiamente dicho porque los elementos naturales (nube, mar) consolidaron la unidad del pueblo y de su jefe, situando así a los israelitas en el beneficio de la obra que Dios había emprendido al llamar a Moisés; solo con Moisés, el pueblo

> de Dios estaba virtualmente salvado; él solo realizaba el propósito de Dios; era necesario y suficiente que el pueblo estuviera unido a él para entrar en la solidaridad salvífica inserida en la historia en la persona de este profeta. En su sola persona, había sido constituida una humanidad, en el seno de la humanidad adánica, orientada a la revelación venidera.»[209]

8.5. Bautizados para ser introducidos en Cristo

Este ejemplo, fácil de comprender, explica bien lo que significa «ser bautizado en Cristo». «Ser bautizado *en Moisés*» significa formar con él un solo pueblo a quien Dios ha decidido ofrecer la liberación; «ser bautizado *en Cristo*» significa formar con él un mismo pueblo –su iglesia– a quien Dios ha resuelto ofrecer la salvación. De ahí la incongruencia de pedir el bautismo rehusando adherirse a la iglesia. En el plan de Dios, todos los que se unen a Cristo por la fe, manifestada públicamente en el bautismo, forman con él una nueva humanidad.

8.6. El bautismo en la muerte de Cristo

Pero hay más. El autor enfatiza también el bautismo *en la muerte de Cristo*. «¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?» (6:3, RV60). ¿Qué significa «unirnos a Cristo en su muerte»? El texto continúa: «Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva» (6:4, RV60). Debemos descubrir plenamente lo que implica el hecho de participar en la muerte y en la resurrección de Cristo por el bautismo. Ahora bien, la clave de la explicación aparece en los versículos siguientes, cuyas primeras palabras anuncian precisamente una aclaración. «Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección» (6:5, RV60). Se descifra así el enigma de la expresión: es la palabra griega *symphytoi*, traducida por «ser plantados juntamente con».[210] Gracias a esta

---

[209] Franz J. LEENHARDT, *L'épître de Saint Paul aux Romains*, *op. cit.*, p. 89.

[210] S*ymphytoi* = de la misma naturaleza, que crece o surge con, innato, natural.

palabra penetramos en el más sorprendente de los misterios. Se han rebasado los límites de lo racional; nos hallamos ante la esencia de lo sobrenatural. Su formulación es sencilla, pero inexplicable: el Hijo de Dios y la humanidad forman un solo ser, una misma planta.

8.7. Creados en Cristo

Permitidme retomar una idea que no parece haber suscitado toda la sorpresa que merece: todo lo que ha sido creado era vida en Cristo (Juan 1: 3,4). «Porque en él fue creado el universo (en el cielo y sobre la tierra, lo visible y lo invisible: tronos, señoríos, principados, potestades), el universo ha sido creado por medio de él y para él» (Colosenses 1:16, CI). Esta es la teología cristiana de la creación. En su belleza, el universo es el «reflejo luminoso de su esplendor e impronta de su ser, y gobernando el universo con su palabra poderosa […]» (Hebreos 1:3, CI). Si existe una relación real entre el mundo material y Cristo, con mucha mayor razón hemos de reconocer una relación sustancial entre el Hijo y la humanidad.

La Palabra de Dios insiste. A sus discípulos, Jesús les decía: «El que os recibe a vosotros, *me* recibe *a mí*, y el que me recibe a mí recibe al que me ha enviado» (Mateo 10:40); «El que acoge a un chiquillo como éste por causa mía, me acoge a mí» (Mateo 18:5). Y refiriéndose al deber de aliviar a los oprimidos: «Os lo aseguro: Cada vez que dejasteis de hacerlo con uno de esos más humildes, dejasteis de hacerlo *conmigo*» (Mateo 25:45). Aún después de su resurrección, en el camino a Damasco, interpela a Saulo de Tarso, que empuña su daga dispuesto a arrojarse sobre los cristianos: «Saulo, Saulo, ¿por qué *me* persigues?» (Hechos 9:4).

> «En resumen, si el Hijo de Dios podía declarar "Soy uno con el Padre", el Hijo del hombre podía afirmar: "Soy uno con los hombres". Uno con ellos, no solo en la intención, sino en efecto; no solamente por simpatía, sino por origen; no solamente sobre la tierra, sino ya en el cielo, antes de su encarnación, antes de la creación misma del hombre. Sí; en el seno de la gloria del Padre, el Hijo constituía una viva predicción de la humanidad; y su aparición aquí abajo fue la manifestación visible y pasajera de esta relación eterna con nuestra raza.»[211]

---

[211] Wilfred MONOD, *Il vit*, *op. cit.*, pp. 81, 82.

Cuando el niño de Belén apareció en el pesebre, venía realmente *a los suyos*.

La comunión de Jesús con nosotros mediante la sangre de María es ampliamente rebasada por una unidad superior, indescriptible porque se sitúa fuera del marco de nuestro pensamiento ordinario. Antes de abandonar a sus apóstoles para regresar a la gloria del Padre, todavía les aseguraba: «Mirad que yo estoy con vosotros cada día, hasta el fin del mundo» (Mateo 28:20). No «he estado», ni «estaré», sino «estoy», desde el principio del mundo hasta su fin. Como tan acertadamente indicó Wilfred Monod: «Es la calma de un eterno presente, semejante a la tranquilidad de un pájaro que planea, inmóvil, con las alas extendidas, bajo una dorada luz.»[212]

8.8. La verdadera dimensión de la cruz

El mismo autor, Monod, observa que, visto así, en toda su magnitud, el drama del Gólgota adquiere su verdadera trascendencia:

> «Había comenzado mucho antes de que el hijo de María saliera lentamente del pretorio, encorvado por el peso del patíbulo; desde el origen de los tiempos, la compasión divina que se inmola y que sitúa su mérito en la humillación dirigía el destino de los hombres. Como se ha dicho con insistencia: Había una cruz en Dios antes de que el madero se elevara sobre el Calvario. […] La ley del sacrificio es más antigua que el hecho del pecado.»[213]

Esta verdad presenta una asombrosa grandeza y una belleza deslumbrante. Si somos una misma planta con Cristo, hay que admitir que hemos hecho en él y con él todo lo que él ha hecho. Él lo ha hecho, pues, por nosotros y en nuestro lugar, en la medida en que nosotros no tenemos ya que hacerlo de la misma manera.

> «Los hombres no son un puñado de granos de arena que una ráfaga de viento puede dispersar, sino los elementos de un mismo todo, las ramas de un mismo árbol, los órganos de un mismo cuerpo. Todos los hombres

---

[212] *Ibidem*.

[213] *Ibidem,* p. 83.

> han formado, forman y formarán un solo ser y, si bien es cierto que nuestros contemporáneos cayeron antes en Adán, es igualmente cierto que nuestros contemporáneos fueron elevados, antaño, en la persona del nuevo Adán. Porque en la persona del Redentor se condensaba la humanidad entera; estábamos (tú y yo) en él cuando se ofreció a Dios en la cruz "como un sacrificio fragante"; y si su propia posición respecto al Padre se convierte en la nuestra, es gracias a una comunión real de vida entre la cabeza y los miembros. Así, según el apóstol, la muerte del Salvador es un acontecimiento de nuestra propia existencia; a los pies del Crucificado, no tenemos derecho a decir: Este que está clavado aquí no soy yo, es otro. Nos conviene, únicamente, adorar en silencio y murmurar en la comunión del Redentor: Acepta, oh Padre, mis gemidos en Getsemaní y mi agonía en el Calvario; he cumplido con todo.»[214]

Partiendo de esta base, el apóstol escribirá también a los Colosenses: «Cuando se manifieste Cristo, vuestra vida, entonces también vosotros os manifestaréis con él revestidos de esplendor. Así que mortificad los miembros de la tierra: fornicación, impureza, pasión [carnal], concupiscencia, y la avaricia, porque es una idolatría» (Colosenses 3:4,5, CI).

8.9. Morir al pecado

Morir al pecado significa, pues, sustituirse a sí mismo por Cristo, de modo que el pecado ya no ejerza sobre uno ningún poder ni atracción imposibles de controlar; como tampoco lo hace sobre Cristo en persona. Tentación (sí, es cierto, Jesús fue tentado como nosotros en todas las cosas), pero sin necesidad de sucumbir. El hecho de participar en la nueva humanidad implica mucho más que una mayor información sobre la voluntad divina. Porque el conocimiento no es suficiente para transformar la vida de un hombre y conducirlo a la obediencia. No basta con instruir la voluntad, hay que cambiarla. Es en el interior del hombre, en su ser íntimo y profundo, donde debe producirse la metamorfosis. Se nos ofrece, en Jesucristo, una voluntad regenerada.

Ha llegado el momento de confirmar una vez más nuestra concepción del pecado. Hemos visto que, desde el punto de vista bíblico, más que de un acto en sí, externo al culpable, se trata sobre todo de una disposición

---

[214] *Ibidem,* pp. 84, 85.

interior cuya consecuencia es contraria a la felicidad que Dios nos destina. Errar el blanco. El pecado existe, pues, esencialmente, en el ámbito de la elección y pertenece al *ser* antes de realizarse en el *hacer*. Esta es una de las mayores revelaciones del memorable Sermón de la Montaña: el pecado tiene su raíz en el pensamiento. El maestro precisa en otro momento: «Lo que sale de la boca viene del corazón, y eso sí mancha al hombre. Porque del corazón salen las malas ideas: los homicidios, adulterios, inmoralidades, robos, testimonios falsos, calumnias. Eso es lo que mancha al hombre» (Mateo 15:18-20). Así pues, queda claro que el cambio de corazón implica una muerte al pecado. Dicho de otro modo, el pecado ya no es invencible cuando el corazón ha sido transformado.

Se confirma así la evangélica aseveración de David: «Los sacrificios no te satisfacen, si te ofreciera un holocausto, no lo querrías. Sacrificio para Dios es un espíritu quebrantado, un corazón quebrantado y humillado, tú, Dios, no lo desprecias» (Salmos 51:18,19).

Queda ya dicho lo esencial; sin duda inesperado y más allá de una lógica cartesiana. A partir de ahora, se impone un paréntesis. Ahora bien, algunos planteamientos del texto merecen todavía nuestra atención. Jesucristo no murió para eximirnos de morir, sino para que en él pudiéramos morir por la fe, morir al pecado. En la cruz, Dios no toleró el pecado, sino que lo resistió hasta el sacrificio. La cruz no es un castigo que Dios inflige a su Hijo; eso sería culpar al Padre por el pecado que Jesús le recriminaba a Satanás. Sin embargo, con la aceptación de la cruz, Dios revela de forma dramática la imposibilidad para él de dejar al pecado el mínimo espacio en el mundo. Indudablemente, Jesús no pecó nunca. Pero se hizo carne (Juan 1:14); fue hecho en todo semejante a sus hermanos, participando como ellos de carne y sangre (Hebreos 2:14-17); Dios lo envió en semejanza de carne de pecado (Romanos 8:3). Así, por su encarnación, aunque de una manera no responsable, participó en la caída. Precisamente, Pablo afirma que murió una vez por todas como perteneciente al pecado (Romanos 6:10). Y, en otro pasaje, pone de relieve su debilidad: Cristo fue crucificado a causa de su debilidad (2 Corintios 13:4); debilidad heredada de la humanidad.

Segond traduce que murió «por el pecado».[215] Más rigurosa, la TOB dice que murió «al pecado».[216] Y, como hemos sido hechos uno mismo con él (*symphytoi*), hacemos en él, también nosotros, la experiencia de la muerte al pecado. A partir de ahí, todo se vuelve, para nosotros, común con Jesucristo. Participantes en su muerte, compartimos también su vida nueva, su reino, su herencia y su gloria. La unión inefable, asimilada por Pablo a un injerto, mezcla íntimamente nuestra vida a la de Cristo hasta confundirlas. Es decir, por la experiencia del bautismo, Cristo reivindica todo nuestro ser, pasando a estar nuestra vida cotidiana, a partir de entonces, bajo su señorío. En el versículo 5, nuestra participación en la muerte es expresada por un verbo en pasado (*gegonamen*), mientras que nuestra participación en la resurrección se pone en futuro (*esometha*). Es el futuro de la consecuencia lógica. En nuestras lenguas modernas se puede usar el presente sin traicionar el sentido.[217] Este futuro tiene, sin embargo, la ventaja de evitar todo iluminismo. Todo no está detrás de nosotros. Lo mejor está delante. La vida nueva comienza inmediatamente y continúa hasta la eternidad.

8.10. Romanos 6:6

«Comprendamos bien esto: nuestro viejo hombre ha sido crucificado con él para que sea destruido este cuerpo de pecado y que así ya no seamos

---

[215] (N. del T.) El autor, G. Stéveny, emplea como referencia a lo largo de su obra la versión francesa de Louis Segond. Las versiones empleadas para esta traducción indican: «[…] su morir fue un morir al pecado» (NBE); «murió al pecado» (CI, RV60).

[216] *Têi hamartiai apethanen ephapax*. Se trata evidentemente de un dativo de pertenencia. Así pues, morir al pecado, o como perteneciendo al pecado. Esto plantea un problema importante desde el punto de vista cristológico. No se puede desechar la idea de que Jesús experimentó el peso del pecado de una forma u otra. Él conocía su dominio, el reino. Ellen White habla de *sinfull nature*. Él tuvo que morir para ser liberado una vez por todas. Nos hallamos alejados del docetismo.

[217] (N. del T.) Esta alternancia pasado-futuro se constata en las versiones en castellano que manejamos: «si hemos quedado incorporados a él por una muerte semejante, ciertamente también lo estaremos por una resurrección semejante» *(Nueva Biblia Española)*; «fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección» (RV60); o presente-futuro: «estamos injertados [en él], también lo estaremos en la resurrección» (CI).

esclavos del pecado» (TOB).[218] El «cuerpo de pecado» no debe ser comprendido en función de un dualismo cuerpo-alma. Esto sería contrario a la antropología paulina. Se trata del hombre completo, en la caducidad provocada por la caída. Las dos expresiones «cuerpo de pecado» y «viejo hombre» son equivalentes. Pero, ¿en qué piensa el apóstol al afirmar que este cuerpo debe ser «destruido»? El verbo así traducido no significa aniquilado, sino puesto fuera de uso, convertido en inoperante.[219] Consecuencia: ya no somos esclavos del pecado. «Porque aquel que ha muerto está liberado del pecado» (6:7, TOB).[220] El texto griego dice literalmente: «es justificado fuera de pecado».

> «Es un versículo difícil –observa la TOB–. O bien "es justificado" significa "queda libre" (ese sería un axioma jurídico de alcance general; por la muerte, la acción penal queda extinguida); o bien (y mejor conservando el sentido que tiene el verbo en todas las referencias de Pablo) aquel que está muerto (con Cristo, v. 8, *cf*. v. 5), ha sido liberado del pecado que dominaba al viejo hombre; ha sido hecho justo.»[221]

El final de esta explicación me parece ambiguo. La primera alternativa parece más congruente. Maunoury decía: «Ante todos los tribunales posibles, un esclavo muerto está emancipado de su amo; un deudor muerto está liberado de sus deudas respecto de su acreedor. Por tanto, nosotros ya no le debemos nada al pecado.»[222] Si morimos al pecado con Cristo, estamos justificados, es decir considerados como justos, pero aún no convertidos en justos. Como lo hemos intuido con Romanos 5:19, el hecho de ser convertidos en justos depende de la obediencia de Cristo en nosotros tras su resurrección y nuestra resurrección con él. La justificación está directamente

---

[218] (N. del T.) «El hombre que éramos antes fue crucificado con él, para que se destruyese el individuo pecador y así no seamos más esclavos del pecado» *(Nueva Biblia Española)*.

[219] *Cf.* William SANDAY y HEADLAM, Arthur C., *A Critical and Exegetical Commentary on the Epistle to the Romans*, T. & T. Clark, Edimburgo, 1958, 5.ª ed., p. 158.

[220] (N. del T.) «Porque cuando uno muere, el pecado pierde todo derecho sobre él» *(Nueva Biblia Española)*.

[221] Épître aux Romains, T.O.B., fascículo, p. 58

[222] Auguste-François MAUNOURY, *Commentaire sur l'épître de Saint Paul aux Romains*, Bloud et Barral, París, 1878, p. 139.

ligada a la cruz. En cuanto a la santificación, sería imposible por la cruz sola, sin el colofón de la resurrección.

8.11. Vivir con Cristo

> «Pero si estamos muertos con Cristo, nosotros creemos que viviremos también con él. Lo sabemos en efecto: resucitado de los muertos, Cristo ya no muere; la muerte ya no tiene poder sobre él. Porque, al morir, murió al pecado una vez por todas; al vivir, vive para Dios. Igualmente vosotros también: considerad que estáis muertos al pecado y vivos para Dios en Jesucristo» (Romanos 6:8-11, TOB).

Hemos visto ya que la muerte infligida a Jesús lo separó para siempre del pecado. Cuando vuelva, será sin pecado (*chôris hamartias*, Hebreos 9:28). Su resurrección lo ha separado para siempre del poder del pecado (*cf*. nota 211).

8.12. Saber o sentir

El imperativo del versículo 11 debe retener nuestra atención: «teneos por muertos», «haceos cuenta de que estáis muertos».[223] Dios no nos pide que reconozcamos algo que no sea un hecho. Pero la existencia de este hecho depende también de nuestra consideración. En efecto, es significativa la forma en que se expresa Pablo.[224] En el versículo 3, «no sabéis»; en el versículo 6 «sabemos esto»; en el versículo 8, «creemos»; en el versículo 9 «al saber que»; después, en el versículo 11, «haceos cuenta de que estáis muertos». Todos estos verbos describen una disposición de nuestro espíritu. Es preciso saber. Sin embargo, muchos creyentes querrían sentir. «Me alegro –escribe Ellen G. White– porque nuestros sentimientos no son una evidencia de que no somos hijos de Dios. El enemigo os tentará para que penséis que habéis hecho cosas que os han separado de Dios, y que él ya no os ama más, pero nuestro Señor todavía nos ama…»[225] «La esperanza del cristiano no está basada en el arenoso fundamento de los sentimientos.

---

[223] (N. del T.) Citamos aquí, en primer lugar la versión de referencia la NBE y CI en segundo lugar.

[224] (N. del T.) CI para todo el pasaje.

[225] Ellen G. WHITE, *A fin de conocerle*, Pacific Press Publishing Association, Nampa, Idaho, 2008, p. 239.

Los que obran por principio contemplarán la gloria de Dios más allá de las sombras, y confiarán en la segura palabra de su promesa.»[226] Todavía es preciso que mediante un ejercicio de pensamiento voluntario y activo nos veamos a nosotros mismos como muertos. Cadáveres, dice más específicamente el original (*nekroi*), es decir, sin vida ni fuerza para producir. La moral farisaica es una ardua escalera; la moral cristiana se parece más bien a un ascensor: entramos en él por medio del bautismo y Dios nos pide que nos quedemos para ser elevados progresivamente mediante el dinamismo de la gracia.

8.13. Cambiar de Señor, o estar bajo la gracia

> «Que el pecado no reine en vuestro cuerpo mortal, hasta el punto de que obedezcáis sus deseos, ni ofrezcáis vuestros miembros al pecado como armas de injusticia, sino ofreceos vosotros mismos a Dios como quienes viven [resucitados] de entre [los] muertos, y vuestros miembros a Dios, como armas de justicia; pues el pecado no tendrá dominio sobre vosotros, pues no estáis bajo [la] ley, sino bajo [la] gracia» (Romanos 6:12-14, CI).

«Que el pecado no reine», que ya no sea rey. Es un imperativo, una exigencia y no un simple deseo. Lo que virtualmente sois, sedlo efectivamente. Actualizad cada día aquello en lo que os habéis convertido en Cristo, por su muerte y por su resurrección. Dicho de otro modo, no cedáis ya a vuestras propias pulsiones, físicas o psíquicas. La tendencia al pecado no desaparece de la noche a la mañana, sino que se va debilitando progresivamente a medida que se desarrolla el hombre nuevo. Pablo ha dicho en el versículo 12 que el pecado ya no debe ser rey (*mê basileuetô*); repite en el 14 que el pecado ya no será señor (*ou kyrieusei*), porque nosotros ya no estamos bajo la ley sino bajo la gracia.

Quienes se oponen al papel de la ley en la ética cristiana se basan frecuentemente en este texto para justificar su posición. Se colocan así en flagrante contradicción con todo el contexto. Pablo se defiende contra la acusación de que su doctrina de la gracia favorece el pecado poniéndolo en desacuerdo con el Antiguo Testamento, y demuestra, por el contrario, que

[226] *Ibidem*, p. 255.

el pecado pierde su influencia sobre un cuerpo muerto al pecado. Y, como el pecado es autonomía personal en la ruptura con Dios, la desaparición del pecado es retorno a Dios, en una plena dependencia de amor en cuanto a su voluntad, expresada, entre otros, en la ley del Decálogo. Si el apóstol Juan puede afirmar que el pecado es la transgresión de la ley (1 Juan 3:4), nosotros debemos concluir que si el pecado ya no reina la ley recobra todos sus derechos.

8.14. No estar ya bajo la ley

Este es el sentido de estar «bajo la gracia». Expliquemos ahora qué significa: «no estar bajo la ley». Algunos entienden que nosotros ya no estamos bajo la condenación de la ley, siendo la ley el Decálogo. Pero esto es inexacto; porque Pablo emplea exactamente la misma fórmula (*hypo nomon*) en Gálatas 4:4 al afirmar que Jesús vino *bajo la ley*. Sin embargo, Jesús no estaba bajo la condenación de la ley.

La fórmula empleada significa «estar bajo el dominio de». Equivale al sistema jurídico de la salvación. Y, precisamente, Jesús vino bajo el dominio de la ley. Dios le formó un cuerpo para que obedeciera a su voluntad (Hebreos 10:5-10). Tuvo que aprender la obediencia a través de lo que padeció (Hebreos 5:7-10). Sin embargo, nosotros somos incapaces de hacer lo mismo, porque no hemos nacido del Espíritu Santo. Por eso, Dios sustituye para nosotros el régimen de la ley por el régimen de la gracia. Se pueden considerar varias posibilidades:

- ¿Es posible que el pecado ya no exista bajo la gracia? Pablo afirma lo contrario de modo concluyente en Romanos 7:14-25.
- ¿Ha caducado la ley, de manera que de ahora en adelante podemos transgredirla impunemente? Pablo refuta expresamente esta idea en Romanos 2:14; 7:12,14,21; 1 Corintios 7:19…
- Queda una única y última posibilidad: el régimen de la ley, que no consigue hacer desaparecer el pecado porque la carne lo deja sin fuerza, es sustituido por el régimen de la gracia que proporciona la victoria sobre el pecado.

La razón de ser de la ley no es constituir para nosotros un medio de salvación. En la *inocencia*, hace conocer la voluntad de Dios. En el *pecado*,

pone al descubierto la culpabilidad. En la *gracia*, revela cómo caminar con las fuerzas recibidas. Del mismo modo que el drenaje impide que la herida cicatrice taponando la infección, la ley mantiene alerta nuestra conciencia hasta la curación completa. El apóstol puede entonces, sin contradecirse, afirmar por una parte: ya no estamos bajo la ley, y por otra: «[lo que vale] es el guardar [los] mandamientos de Dios» (1 Corintios 7:19, CI). O incluso: «Con la fe, ¿derogamos la Ley? Nada de eso; al revés, la Ley la convalidamos» (Romanos 3:31).

> «La gracia, tal como se manifiesta en el evangelio, es el homenaje más extraordinario, la consagración más solemne que podía recibir la ley. Esta gracia es de una naturaleza peculiar. No es en absoluto la blanda indulgencia y el fácil abandono de un padre débil quien, cansado de su propia severidad, cierra los ojos a los errores de un hijo culpable. No es la inercia de un gobierno indeciso que, al no poder reprimir el desorden, deja dormir a las leyes y se duerme él mismo junto a ellas. Es una santa bondad, es un amor sin debilidad, que perdona y hace justicia a la vez. No es posible que el supremo garante del orden pueda tolerar la sombra del desorden, ni que el Dios santo se muestre indiferente ante la menor infracción de las leyes santas que él ha dado. Así, en la obra de la salvación, la condenación estalla en el perdón, y el perdón en la condenación. Dios no pudo salvarnos sin revestirse de nosotros, ni convertirse en uno de nosotros sin resumir en él toda nuestra miseria. La cruz, el triunfo de la gracia, es el triunfo de la ley.»[227]

Los hombres tienen mucha razón cuando se afanan por conocer cada vez mejor las leyes de la naturaleza, gracias a las cuales tienen influencia sobre la materia. Es una lástima, en cambio, verlos cada vez menos preocupados por las leyes de Dios, en el plano espiritual, con riesgo de perderse en el mismo momento en que están cada vez más preparados para disfrutar de la vida. Que nadie se sorprenda al ver la insistencia del apóstol:

> «Entonces, ¿qué? ¿Vamos a pecar, porque no estamos bajo [la] ley, sino bajo [la] gracia? ¡En absoluto! ¿No sabéis que, si os ofrecéis a la obediencia de uno como esclavos, sois esclavos de aquel a quien obedecéis: o de[l] pecado, para muerte, o de la obediencia, para justicia? Pero, ¡gracias a Dios!, que, habiendo sido esclavos del pecado, obedecisteis de

[227] Alexandre VINET, *La loi et la grâce: Discours sur quelques sujets religieux*, 5.ª ed., 1853, pp. 113, 114, 109.

> corazón a la norma de doctrina a la que habéis sido entregados» (Romanos 6:15-17, CI).

8.15. Obedecer de corazón

A la esclavitud del pecado, Pablo opone «la esclavitud de la obediencia». No podía decirlo mejor para demostrar que no pretendía en absoluto desechar la obediencia. Pero, consciente de la imperfección de su comparación, añade inmediatamente: «os hablo llanamente, debido a lo débil de vuestra naturaleza» (6:19, CI). No obstante, se ha esmerado en indicar la obediencia que preconiza, es decir, la obediencia del corazón. Completa su pensamiento, un poco más adelante, cuando afirma que aquel que ama cumple la ley:

> «De hecho, el *"no cometerás adulterio, no matarás, no robarás, no envidiarás"* y cualquier otro mandamiento que haya se resumen en esta frase: *"Amarás a tu prójimo como a ti mismo"*. El amor no causa daño al prójimo y, por tanto, el cumplimiento de la Ley es el amor» (Romanos 13:9,10).

En el Sermón del Monte, Jesús dijo que no había venido para abolir la Ley y los Profetas, sino para cumplirlos. El verbo traducido por *cumplir* tiene la misma raíz que el sustantivo empleado por Pablo, traducido por *cumplimiento*. Significa: llevar a su pleno desarrollo, a su plenitud. Al mencionar varios de los Diez Mandamientos, el autor muestra que la plenitud de la obediencia debe cumplirse en el amor. Sin embargo, el amor es derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo (Romanos 5:5). Llegamos así al punto central de toda esta exposición: convirtiéndonos en «una misma planta» con Cristo, seremos también con él «un solo espíritu» (1 Corintios 6:17), capaces de obedecer con todo nuestro corazón, con todas nuestras fuerzas, y con todo nuestro pensamiento.

8.16. Conclusión

«En cambio ahora, liberados del pecado, hechos esclavos de Dios, sacáis vuestro fruto para [alcanzar la] santidad, y el término [es la] vida eterna; pues la paga del pecado [es la] muerte, mientras que el regalo de Dios [es la] vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Romanos 6:22,23, CI). El capítulo 5 enseña que hay que eludir la carga del pecado transmitido

por Adán participando en el aliento de gracia del que nos beneficiamos en Cristo. Pero aún tenemos que descubrir el modo de pasar del primer Adán al segundo. En el capítulo 6, Pablo responde que ese modo es el bautismo. Para él, constituye la oportunidad de ofrecernos una profunda visión teológica de la naturaleza del bautismo.

El bautismo es el modo sobrenatural de identificarnos con Cristo en una unidad fundamental y trascendente que sobrepasa nuestro entendimiento. Aunque sea invisible y escape a nuestros sentidos, aun así es una realidad. Es necesario *saberlo*. Toda la energía de nuestra fe está centrada en este conocimiento salvífico. Recobramos así, de una manera consciente, nuestra participación en la naturaleza divina gracias a nuestra ferviente comunión con el Hijo de Dios. En él, nosotros hemos hecho todo lo que él ha hecho. De modo que, de ahora en adelante, somos libertados del pecado (6:22) y hechos siervos de Dios. La voluntad de reemplazar a Dios ha muerto. Se recupera con alegría y amor una dependencia voluntaria. Pablo dice literalmente que somos esclavizados por Dios. Seguramente no para proclamar con orgullo que la ley ha caducado, sino para comprender su finalidad y vivir en ella por amor, como un fruto del Espíritu.

Libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenemos como fruto la santidad, lo que significa que nosotros nos diferenciamos de aquellos que continúan viviendo su propia independencia. Y tenemos «como fin, la vida eterna»[228] que él llama «carisma» de Dios. La palabra *fin* traduce el griego *telos*. Es el término empleado en Romanos 10:4 «porque el fin de la Ley es el Mesías». Son muchos los cristianos que se refieren a este texto para afirmar que la ley ha terminado. Incluso el excelente Alphonse Maillot:

> «La *torah*, en particular en tanto que *nomos*, ha prescrito. Porque ahora Cristo es el Alfa y la Omega. Desde luego, me remitirán ustedes a Mateo 5:18,19. Y yo les responderé que el error más grave sería buscar una conciliación costara lo que costase, en la cual necesariamente Pablo se

[228] (N. del T.) El autor, G. Stéveny, cita aquí la segunda parte del versículo 22 de Romanos 6, en la versión Louis Segond: «vous avez pour fruit la sainteté et pour *fin* la vie éternelle»; en la RV60: «tenéis por vuestro fruto la santificación, y *como fin*, la vida eterna»; la *Nueva Biblia Española* traduce «os vais ganando una consagración *que lleva a* vida eterna» y la CI: «sacáis vuestro fruto para [alcanzar la] santidad, y *el término* [es la] vida eterna».

> llevaría la peor parte, para mayor alegría del legalista que persiste en cada uno de nosotros. Hay que considerar la posibilidad de que Mateo y Pablo sean inconciliables, e incluso de que nos obliguen a escoger: o bien el Jesús de Mateo o bien el de Pablo. […] Y, si hay que escoger, yo me quedo con Pablo. Lutero escogió ya a Pablo, incluso Calvino (a pesar de sus intentos de conciliación). También K. Barth, Bultmann, e incluso Bonhöffer, Conzelmann, Käsemann (y algunos pocos más).»[229]

Aunque enseguida intenta matizar un poco su postura, el teólogo no modifica su afirmación: la ley ha prescrito. Sin embargo, Pablo escribe que nosotros tenemos como *telos* la vida eterna ¿Hemos de entender que la vida eterna ha prescrito? No es posible mayor paradoja. El verdadero sentido es ineludible: la vida eterna es el objetivo hacia el cual avanza el que camina en Cristo.

Por el contrario, la paga del pecado es la muerte.

> «Hay ironía al decir que el salario, destinado normalmente a mantener la vida, es la muerte. El pecado engaña a sus esclavos. Al menos, mantiene sus compromisos: el salario es lo debido, se está seguro de no escapar a la muerte. Este amo paga al contado. La vida eterna, en cambio, no es lo debido: es un don, es inmerecida, otorgada gratuitamente por Dios, sin otro origen que la gracia generosa de Dios en Cristo Jesús. Así, la economía adánica se sume en el descrédito. Muestra verdaderamente lo que vale en este doble hecho: produce obras que hacen ruborizarse y engendra la muerte.»[230]

En resumen:

- el primer nacimiento me hace hijo de Adán, el segundo me convierte en hijo de Dios,
- el primero me hace ser de carne, el segundo me hace de espíritu y borra el pecado,

---

[229] Alphonse MAILLOT, *L'Épître aux Romains*, *op. cit.,* p. 266. Deseo mencionar aquí la excelente tesis doctoral de Roberto BADENAS publicada con el título *Christ, the end of the Law, Romains 10:4 in Pauline Perspective*, Department of Biblical Studies. The University of Sheffield, Sheffield S10 2 TN-England, 1985 (N. del T., ed. esp.: *Cristo, fin de la ley*, 2.ª ed., Barcelona: Aula7activa, 2010, acceso el 18 de mayo de 2018, http://www.aula7activa.org/edu/libros/documentos/cristofindela ley2.pdf). Estudio filológico exhaustivo que demuestra que *telos* significa «objetivo» y no «término».

[230] Franz J. LEENHARDT, *L'épître de Saint Paul aux Romains*, *op. cit,* p. 100.

- el primero es para muerte, el segundo para vida.

9. Servir con un nuevo espíritu para superar el bloqueo

Aunque un análisis detallado de Romanos 7 resultaría fascinante, no se ajusta al marco que hemos escogido. Sin embargo, es oportuno señalar sus principales ideas, pues pertenecen, como los eslabones de una cadena, al razonamiento que construye el apóstol Pablo para demostrar que el evangelio es un poder de salvación para todo aquel que cree.

9.1. Romanos 7:1-6

Al hablar de nuestras relaciones, ya no con el pecado, sino con la ley, Pablo abandona la degradante comparación de la esclavitud para emplear la más noble del matrimonio. La idea es simple y clara: la ley solamente tiene poder sobre los vivos. En una pareja, si muere uno de los cónyuges, el otro está liberado de toda obligación. La ley no ha sido suprimida, pero la muerte ha modificado la situación de aquellos a quienes unía. Obliga al hombre mientras vive (7:1).

«Pues bueno, hermanos míos, en el cuerpo del Mesías os hicieron morir a la Ley; así pudisteis ser de otro, del que resucitó de la muerte, y empezar a ser fecundos para Dios» (7:4). Como expresión inmediata de la realidad, la ley es inmutable. Como medio de revelación y de acción, es decir, para informarnos sobre la voluntad divina, es también inmutable. Dios y la realidad creada no cambian. Sin embargo, como medio de coerción, la ley es temporal y condicional: actúa contra el pecador mientras no se convierte. Desde que pasa por el arrepentimiento, que es la muerte al pecado, la ley ya no tiene nada que reprenderle. No ha desaparecido, pero ya no tiene influencia sobre él. Es el pensamiento expresado en Romanos 7:1-6.

9.2. Romanos 7:7-13

«Entonces, ¿qué diremos? ¿[Es] pecado la ley? ¡En absoluto! Sin embargo, no conocí al pecado sino por la ley; y ni conocería la codicia si la ley no dijera: *No codiciarás*» (7:7, CI). La formulación literaria de esta frase subraya la negativa del autor a admitir que la ley sea mala. Ahora

bien, el ejemplo que escoge muestra que está pensando en el Decálogo. Clemente de Alejandría lo había entendido bien: «La ley no ha hecho el pecado –dice él–; lo ha mostrado. Según Pablo, el conocimiento del pecado ha sido puesto de manifiesto por la ley; él no dice que se reciba de la ley la causa del pecado.»[231] Si la ley no es el medio de salvación, tampoco es un instrumento de perdición. Hace conocer el pecado, pero no induce a cometerlo.

«En ausencia de Ley, el pecado está muerto» (7:8), añade el apóstol. Y Leenhardt comenta con acierto que esto sugiere el estado de una serpiente inactiva, inmóvil, escondida, como muerta, en el huerto; nada se parece tanto a una serpiente muerta como una serpiente viva mientras no se mueve. Sin la manifestación de la ley, el pecado puede hacerse el muerto.

Llegamos a la frase más debatida: «Yo, antes, cuando no había Ley, estaba vivo. Pero al llegar el mandamiento recobró vida el pecado y morí yo» (7:9). ¿A qué período de la vida de Pablo se refiere la famosa declaración: «cuando no había Ley, estaba vivo»? Se han enunciado todas las hipótesis posibles: estado de preexistencia de las almas sin cuerpo (Orígenes); estado de inocencia de Adán en el paraíso antes del precepto (Metodio de Olimpia); estado de Pablo en su infancia (F. Godet, Krueger); estado de Pablo antes de su conversión. Pero, ¿cómo puede un hombre no convertido tener una visión tan clara del pecado y sufrir por él? Los versículos 14-25, tan dramáticos cuando describe su profunda alienación, han inspirado a los más grandes poetas:

> «Dios mío, ¡qué guerra cruel!
> Hallo en mí a dos hombres…
> Por desgracia, en guerra conmigo mismo.
> ¿Dónde podría encontrar la paz?
> Quiero, pero no cumplo jamás.
> Quiero, pero, ¡oh miseria extrema!
> No hago el bien que quiero,
> Sino que hago el mal que odio.»[232]

---

[231] CLEMENT d'ALEXANDRIE, *Stromata*, II, VII, trad. de Genoude, Les Pères de l'Église, V, París, 1839, p. 137.

[232] Jean RACINE, *Cantiques spirituels,* III; Le Combat du Chrétien.

¿Este ser contradictorio es el hombre no convertido o el cristiano? Reconozcamos que hay que estar convertido para ver tan claro en el drama descrito. Un incrédulo no puede alcanzar estos matices de sinceridad. De acuerdo con Roland de Pury, no podemos ver enunciada aquí una simple ley psicológica cuya fórmula sería: deseamos lo que nos está vedado, sentimos atracción por el fruto prohibido. No hay ninguna necesidad de conocer a Jesucristo para descubrir esta trivialidad. Mucho antes que Pablo, Cicerón ya había escrito: «Nos inclinamos hacia lo que está prohibido.» La lucha descrita por el apóstol sería desconocida sin una iluminación interior. La servidumbre del pecado es una revelación de Dios y no un precepto psicológico (Juan 15:22).

Todo esto se descubre en Jesucristo y resulta bien distinto de lo que nosotros pensamos.

> «Lo que nos muestra este capítulo no es simplemente el hecho de que, ante el mandamiento, el pecado se manifiesta por medio de nuestra negativa a obedecer, no; lo que muestra todo este capítulo, de una forma sorprendente y terrible, es que el pecado cobra vida *en nuestro esfuerzo de obediencia*, y que alcanza su máximo nivel de gravedad en nuestra tentativa de cumplir la ley de Dios. Es la ley de Dios, no en la medida en que yo tengo deseo de transgredirla, sino más bien en la medida en que deseo cumplirla, la que constituye la fuerza del pecado. Cuando quiero hacer el bien, entonces el mal se adhiere a mí y me hace prisionero. En el momento en que quiero tomar en serio el mandamiento de Dios y lo reconozco como bueno y tengo la voluntad de cumplirlo, es cuando el pecado me seduce a través del mandamiento mismo y por él me hace morir.»[233]

El razonamiento en cuestión no es fácil de comprender ya que presenta muchos matices. El ejemplo del mismo Pablo puede aclararlo. Cuando describe su propia experiencia dice que era «por lo que toca a la Ley, fariseo; si se trata de intolerancia, fui perseguidor de la Iglesia; si de rectitud que propone la Ley, era intachable» (Filipenses 3:6). Por tanto, antes de su conversión tenía la conciencia tranquila, seguro de atenerse a las exigencias de la ley. Sin embargo, en ese momento no conocía otra cosa que la letra de la ley, la cual es relativamente fácil de obedecer. Esta era la situación de

[233] Roland de PURY, *Ton Dieu règne,* Delachaux et Niestlé, París, 1946, p. 10.

aquellos a quienes Jesús dirigía severos reproches: «¡Ay de vosotros, letrados y fariseos hipócritas, que pagáis el diezmo de la hierbabuena, del anís y del comino y descuidáis lo más grave de la Ley: la justicia, el buen corazón y la lealtad! ¡Esto había que practicar!, y aquello…, no dejarlo» (Mateo 23:23).

Cuando Saulo de Tarso se encontró con Cristo y recibió la visión de la ley que se desprende del Sermón de la Montaña, su concepción fue completamente trastocada. Por ejemplo, muchos pueden afirmar que no han transgredido jamás el sexto mandamiento según la letra: «No matarás.» No obstante, ¿quién puede sentirse cómodo ante el comentario de Jesús: «Pues yo os digo: Todo el que trate con ira a su hermano será condenado por el tribunal; el que lo insulte será condenado por el Consejo; el que lo llame renegado será condenado al fuego del quemadero» (Mateo 5:22).

Podemos comprender, desde esta perspectiva, la confesión del apóstol: «Al llegar el mandamiento recobró vida el pecado y morí yo» (Romanos 7:9).

> «…cuando discernió el carácter espiritual de la ley, cuando miraba el espejo santo, se veía a sí mismo como un pecador. Juzgado por un estándar humano, se había abstenido del pecado, pero cuando sondeó las profundidades de la ley de Dios, y se vio a sí mismo como Dios lo veía, se inclinó humillado y confesó su culpa. No se alejó del espejo y se olvidó de la clase de hombre que era [Santiago 1:24], sino que experimentó un arrepentimiento genuino hacia Dios y [ejerció] la fe hacia nuestro Señor Jesucristo. Fue lavado, fue purificado. […]
>
> »Entonces el pecado se manifestó con toda su repugnancia, y su autoestima desapareció. Se volvió humilde. […] Dejó de sobreestimarse, y atribuyó toda la gloria a Dios. Ya no ambicionaba grandezas. Cesó en su deseo de venganza, y aprendió a soportar el reproche, el ninguneo o el desprecio. Ya no buscaba la alianza terrenal, posición u honor. Ya no arrastró a otros para elevarse él mismo. Se tornó amable, condescendiente, manso y humilde de corazón, porque había aprendido la lección en la escuela de Cristo. Habló de Jesús y de su amor sin igual, y se iba transformando progresivamente a su imagen.»[234]

[234] Ellen G. WHITE, *Review and Herald*, 22 julio 1890, párrs. 16, 17, acceso el 24 de julio de 2018, https://egwwritings.org/?ref=en_RH.July.22.1890.par.20&para=821.10595.

Podemos suponer que, después de su conversión, Pablo continuó durante un cierto tiempo desplegando todos sus esfuerzos para someterse a la ley cada vez más escrupulosamente. Y aquí es donde todo se complica. Con fuerza de voluntad podemos doblegarnos, adaptarnos a las exigencias. Pero la voluntad no tiene ninguna influencia sobre los pensamientos, que surgen espontáneamente, a veces para mayor confusión nuestra. Ni sobre nuestros sentimientos, que a menudo nos gustaría poder modificar. En consecuencia, ¿cómo puedo impedirme a mí mismo codiciar para obedecer la ley?

Roland de Pury propone, con cierta ironía, otro ejemplo acerca de la humildad. El Eterno requiere: «andar humildemente con tu Dios» (Miqueas 6:8, RV1990). Y Jesús recomienda no buscar los primeros lugares (Lucas 14:7-14). «Vete derecho a sentarte en el último puesto» (Lucas 14:10).

> «Estoy aquí, en la sala del banquete donde resuena esta ley divina: ve a sentarte al último lugar. Yo quiero hacer el bien, quiero obedecer, me encamino directamente hacia el final de la mesa y me siento en la última silla. En ese momento, un personaje invisible, un personaje que yo no había advertido, un compañero singular, me dice: "¡Bravo!" Me sobresalto y me levanto, furioso, porque este imbécil con su "bravo" ha aniquilado mi humildad y hay que volver a empezar. Debo ir a buscar un rincón más modesto aún en esta sala donde palpita el santo mandamiento, justo y bueno: "camina humildemente ante tu Dios." Encuentro un puesto, todavía más atrás, y me instalo con precaución. En ese mismo instante, la voz del compañero grita: "¡bravísimo!" Esto es excesivo. Con él, yo no puedo quedarme en la sala del banquete; con él, no puedo obedecer, "hago el mal que no quiero", caigo en el orgullo en el mismo instante en que busco la humildad. […] La perdición es que Satanás nos admire y nosotros no podamos sustraernos a esa admiración ni evitar ser sensibles a ella. ¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?»[235]

Alguien replicará tal vez que una aflicción así resulta incompatible con la santidad del gran apóstol. Es preciso releer entonces todo el capítulo 12 de su segunda Epístola a los Corintios, de la que citaré solo un versículo:

---

[235] Roland de PURY, *Ton Dieu règne, op. cit.*, pp. 11-13.

«para que no tenga soberbia, me han metido una espina en la carne, un emisario de Satanás, para que me abofetee y no tenga soberbia» (2 Corintios 12:7).

> «Todo hombre, esté en presencia de la ley de Moisés o de la ley moral, o de cualquier otra ley (eclesiástica, sociológica…), encuentra en la noción misma de la obligación (moral) que ella implica el fundamento de un "derecho" y la posibilidad de adquirir un "mérito", es decir, un derecho al favor divino. Se justifica por lo que hace. Su obediencia resulta un título para hacer valer ante Dios. Alimenta el sentimiento que está en la raíz del pecado: el orgullo.»[236]

Este es el sentido profundo y doloroso de la declaración: «el pecado, aprovechando la ocasión, por medio del mandamiento me sedujo, y por él [me] mató» (Romanos 7:11, CI). Afrontamos así un aspecto temible de la ley. Sin duda «la Ley es santa y el mandamiento santo, justo y bueno» (Romanos 7:12). La ley es santa porque procede de Dios (su origen). Es justa, porque expresa la justa voluntad del Señor (su naturaleza). Y es buena, porque está al servicio del benigno amor del Creador (sus efectos). Si la ley suscita el pecado en el ser humano, no puede culparse más que a aquel, y no a ella. Mi incapacidad de practicarla demuestra, *a contrario*,[237] su origen divino.

La ley lo es todo. Es a la vez necesaria y peligrosa; necesaria para mostrarme el pecado, peligrosa porque se presta a alimentar el orgullo por mi esfuerzo de obediencia. Ella es buena y yo soy perverso. Me pone entre la espada y la pared: el pecado está en mí, pero generalmente ignorado, como muerto. La ley saca al hombre de esta situación engañosa revelándole su triste condición. «Entonces, ¿eso que era bueno se me convirtió en muerte? ¡En absoluto! Sino que el pecado, para revelarse como pecado, valiéndose de eso que era bueno me produjo la muerte, y así, a través del mandamiento, el pecado llegó a ser enormemente pecaminoso» (Romanos 7:13, CI).

> «La contradicción no se refiere a la debilidad de la voluntad que no está a la altura de sus intenciones puras. La oposición es mucho más radical;

---

[236] Franz J. LEENHARDT, *L'épître de Saint Paul aux Romains*, *op. cit.,* p. 113.

[237] (N. del T.) La locución latina *a contrario (sensu)*, en sentido contrario, se emplea cuando se deduce una consecuencia opuesta a lo afirmado o negado en una premisa dada.

> afirma que entre mi *conciencia* que quiere el bien y mi *voluntad* que quiere la acción, se ha producido una fisura, como consecuencia de la cual mi acción ya no expresa lo que yo apruebo.»[238]

La ruptura no es entre mi yo-bueno y mi yo-malo; ni entre el hombre nuevo y el hombre viejo; ni siquiera entre el hombre-interior y el hombre-exterior. Separa al hombre ideal, aquel que yo querría ser y que intento ser por la ley y el yo-real, aquel que existe y que actúa verdaderamente. Porque la ley es espiritual, depende del Espíritu, y yo soy carnal, separado del Espíritu por la caída.

En definitiva, hasta su conversión, Pablo estaba *sin ley*, porque no había vislumbrado todas las exigencias de la ley (7:9). Después de su conversión y durante un período desdichado, se encontró *bajo la ley*, sin haber comprendido todas las virtudes de la gracia (7:9-24). Finalmente, descubre la verdadera solución, la que describe en la Epístola a los Romanos: «¡Cuántas gracias le doy a Dios por Jesús, Mesías, Señor nuestro!» (7:25). Desde ese momento, está bajo la gracia, *con la ley*.

Hay quienes imaginan que la confesión de Pablo es la última palabra de su experiencia cristiana, que habría padecido hasta su muerte esta ruptura patéticamente descrita. Y nos animamos entonces con ese fracaso, para justificar aquellos de los que nosotros mismos somos culpables. Ahora bien, eso es poner al hombre de Dios en contradicción consigo mismo. El grito de victoria expresado en el versículo 25 domina todo el capítulo siguiente. En otro pasaje, Pablo afirma que su voluntad, lejos de permanecer todavía neutralizada por el pecado, es activada por Dios que produce en él el *querer* y el *actuar* (Filipenses 2:13). Por consiguiente, lo puede todo gracias a aquel que lo fortalece (Filipenses 4:13). Cuando recurrimos a Pablo para justificar la imposibilidad de vencer el pecado, estamos tergiversando sus palabras.

10. Cristo murió; más aún, resucitó. Romanos 8:34a

No es mi intención examinar la historicidad de los textos relativos a la resurrección. Otros lo han hecho ya. Constato, simplemente, que los textos

---

[238] Franz LEENHARDT, *L'épître de Saint Paul aux Romains*, *op. cit.,* p. 110.

del Nuevo Testamento están ahí, constituyendo el acontecimiento central de la historia humana. Remiten, con toda seguridad, a un mundo sobrenatural. Prestemos atención a la forma en que Pablo se expresa: «Cristo Jesús [es] el que murió (*más aún*, resucitó)» (CI). «Este *más aún* implica dos cosas: primero, que la muerte de Jesús ofrece un sentido oculto; después, que su victoria sobre la muerte presenta un significado más sorprendente y más glorioso todavía.»[239]

Se piensa a veces que la obra de Cristo culmina en su muerte, que se consuma definitivamente en la pasión. Sin embargo, cualquiera que sea la importancia de este hecho excepcional, hemos de reconocer que, para el apóstol Pablo, la resurrección lo sobrepasa. Y no de un modo superficial y desdeñable, sino de forma esencial. *¡Más aún!* Sin la resurrección, la cruz no habría salvado a nadie. El escritor lo había indicado ya en el capítulo 4: «entregado por nuestros delitos y resucitado para nuestra rehabilitación» (4:25). O más exactamente: «entregado a causa de nuestros delitos y resucitado con el propósito de nuestra justificación.»[240]

El plan de Dios para abolir el pecado pasaba necesariamente por la cruz; de haber existido otro medio, el Padre lo habría escogido. Es preciso decir que no se decidió de buen grado a dar a su Hijo amado conociendo lo que el mundo iba a hacer con él. El verbo *entregar* da a entender el doloroso sacrificio. Por razones diferentes, pero igualmente necesarias, la

---

[239] Wilfred MONOD, *L'avoir du Chrétien*. Fischbacher, Paris, 1935, VI, p. 5.

[240] (N. del T.) El autor, G. Stéveny, introduce una aclaración relativa al sentido de la preposición *pour* de la traducción francesa de Louis Segond empleada en nuestro texto («a été livré *pour* nos offenses, et est ressuscité *pour* notre justification»):

La preposición *pour* corresponde en los dos casos a *dia* + acusativo. Literalmente, sentimos el impulso de traducir por «a causa de». Es correcto en el primer miembro de la frase: él fue entregado «a causa de» nuestras ofensas. Por el contrario, en el segundo nos hallamos ante una finalidad y no una causalidad. En efecto, *dia* indica la causa instrumental cuando se trata de un hecho pasado, pero la causa final cuando se trata de un hecho por venir. Así pues, *con el propósito de* nuestra justificación. Se es fiel al texto traduciendo *dia* por *pour* en los dos casos.

En la traducción al castellano, el problema no se plantea al disponer la lengua de las preposiciones *por* y *para*, que indican, respectivamente, valor causal y final. No obstante, hay traducciones como la de Cantera-Iglesias que mantienen *por* en ambos casos («fue entregado *por* nuestras ofensas y resucitó *por* nuestra justificación»), si bien se aclara su respectivo sentido, causal y final, en nota al pie.

resurrección se impuso también. Primero, para ser justo con Jesús que no merecía la muerte (Hechos 2:24). Después, para culminar el plan de salvación. Porque nuestra justificación no sería posible sin la vida de Cristo.

Pablo lo dijo de modo concluyente: somos reconciliados con Dios por la muerte de Jesús y «*nos salvará su vida*» (Romanos 5:10). Recordemos la famosa cuestión: ¿Es Dios justo al justificar a los pecadores? Sí, responde el autor. Porque por la fe nos adherimos a Cristo hasta formar con él una sola planta. Semejantes a los sarmientos en la vid, llevamos los frutos de la vid. Convertidos en una misma planta con Cristo (*symphytoi*), somos transformados en él (*symmorphoi*). Porque «a los que conoció de antemano, también [los] predestinó a [ser] *copias de la imagen* [*symmorphoi*] de su Hijo, para que éste fuera primogénito entre muchos hermanos» (Romanos 8:29, CI).

Tal transformación requiere obligatoriamente que la vid esté viva. La justificación es inseparable de la santificación; pero la santificación es inseparable de la vida de Cristo. Así pues, la resurrección era necesaria para la justificación. Entregado a causa de los pecados, Jesús resucitó con el propósito de la justificación. La justificación no genera solamente el perdón sino también la reconciliación y el establecimiento de una relación nueva y viva, la experiencia que nos hace justos con Dios (Romanos 5:19). En la cruz, Cristo se da *por* nosotros. En la resurrección, se da *a* nosotros.

¡Alabado sea el Señor! Nuestro planeta no pertenece únicamente a un universo astronómico. Desde el fondo del abismo, más allá de las fuerzas materiales y luciferinas, emerge un poder espiritual, una capacidad de vida más fuerte que la muerte. Todo el drama humano se sustenta en dos palabras: Adán-Jesús; la caída-la redención; la cruz-la resurrección; la muerte y la vida. Durante la Edad Media, los ascetas se sumían en la contemplación de un crucifijo esquelético, verdinoso, que rezumaba cólera divina. Olvidaban la resurrección. Cristo está vivo: esta es la suprema realidad del evangelio.

11. Y él intercede por nosotros. Romanos 8:34b

El verbo *interceder* no es frecuente en el Nuevo Testamento. Se emplea en las siguientes ocasiones:

a) *Hechos 25:24.* El apóstol Pablo ha sido arrestado en Jerusalén al regreso de su tercer viaje misionero. El ejército romano ha tenido que trasladarlo a Cesarea para preservarlo de la violencia desatada contra él. El gobernador Porcio Festo presenta a su prisionero al rey Agripa diciendo que «la población judía toda entera *ha acudido a mí*» reclamando su muerte. El verbo griego *entygchanô* se ha traducido aquí por «ha acudido a mí». Debe observarse que no interviene a favor, sino en contra del acusado.

b) *Romanos 8:26.* «El Espíritu acude en auxilio de nuestra debilidad: nosotros no sabemos a ciencia cierta lo que debemos pedir, pero el Espíritu en persona *intercede* por nosotros con gemidos sin palabras.» Aquí Pablo escoge el verbo compuesto *hyperentygchanô*, que significa «intervenir a favor de». Nuestro verbo *interceder* se ajusta a la perfección.

c) *Romanos 8:27.* «Y aquel que escruta el corazón conoce la intención del Espíritu, porque éste *intercede* por los consagrados como Dios quiere.» Se trata del verbo simple *entygchanô*.

d) *Romanos 8:34.* «¿A quién tocará condenarlos? Al Mesías Jesús, el que murió, o, mejor dicho, resucitó, al mismo que está a la derecha de Dios, el mismo que *intercede* en favor nuestro.»

e) *Romanos 11:2.* «Recordáis, sin duda, aquello que cuenta de Elías la Escritura, cómo *interpelaba a Dios* en contra de Israel: *"Señor, han matado a tus profetas"*.» Al igual que en Hechos 25:24 el verbo es empleado en un sentido desfavorable.

f) *Hebreos 7:25.* «Puede también salvar hasta el final a los que por su medio se van acercando a Dios, pues está siempre vivo para *interceder* por ellos.»

En resumen, de los cinco casos en que aparece el verbo simple *entygchanô*, en dos reviste un sentido peyorativo: no intervenir a favor de, sino en contra. Esta constatación recomienda prudencia en cuanto se refiere a su interpretación.

¿Qué significa, en francés, el verbo *interceder*? El Petit Robert dice: «emplear su influencia a favor de alguien, rogar, defender, abogar por al-

guien.»[241] Este es, desde luego, el sentido más corriente en el lenguaje cotidiano, lo que conduce generalmente a creer que Jesús ruega a Dios a favor nuestro, esforzándose en predisponerlo a la benevolencia hacia nosotros. De ahí a pensar que Dios es reticente, no hay más que un paso. Y la cuestión de la cólera reaparece con su séquito de falacias e ideas que traumatizan. Hasta el punto de que hemos imaginado a toda una serie de intercesores, los santos, encargados de unir sus esfuerzos a los de Cristo, para obtener para nosotros el favor del Señor. No conformes con ello, hemos ideado una gran cantidad de actitudes, de gestos y de obras cuya influencia apoya la de los intercesores: oraciones, cirios, azotes, peregrinaciones… La disciplina monástica ilustra cabalmente mi discurso.

¿En qué consiste en realidad? ¿Cómo debemos comprender la intercesión de Cristo? Observemos, de entrada, el carácter insólito de la interpretación que acabamos de recordar. En efecto, cuando estaba en la tierra, dentro de los límites de su encarnación, Jesús perdonaba con autoridad. No faltan ejemplos de ello: el paralítico descolgado desde el techo, María Magdalena sorprendida en delito de adulterio, el ladrón en la cruz (Mateo 9:2; Lucas 7:47; Juan 8:1; Lucas 23:43). Jesús reivindicó públicamente su poder para perdonar (Mateo 9:6). ¿Habría tenido, entonces, el privilegio en la tierra, siendo hombre entre los hombres; y en el cielo, glorificado a la diestra de Dios, estaría limitado a pleitear por una causa incierta? Resulta impensable.

Además, Jesús condenó por adelantado una comprensión análoga de su ministerio celestial: «Cuando llegue aquel día pediréis alegando mi nombre. Con esto no quiero decir que yo rogaré al Padre por vosotros; el Padre mismo os quiere, porque vosotros ya me queréis y ya creéis que yo salí de junto a Dios» (Juan 16:26,27). El mismo Calvino reaccionó: «No podemos imaginarnos que Cristo esté como un hombre de rodillas, con las manos juntas, suplicándole al Padre.»[242] Ellen G. White es aún más precisa: «El Capitán de nuestra salvación está intercediendo por su pueblo, no como

---

[241] (N. del T.) El *Diccionario de Lengua Española* (23.ª ed., 2014) indica: «Hablar en favor de alguien para conseguirle un bien o librarlo de un mal.»

[242] Juan CALVINO, *Epístola a los Romanos,* Publicaciones de la Fuente, 1961, p. 226. Comentario de 8:34.

quien, por sus peticiones, quisiera mover al Padre a compasión, sino como vencedor, que pide los trofeos de su victoria.»[243] La verdad es que la reivindicación no se hace contra Dios sino contra Satanás, el acusador de los hermanos.

Varios pasajes de las Escrituras son concluyentes respecto a este asunto. El profeta Zacarías vio un día al sumo sacerdote, Josué, de pie ante el ángel del Eterno. A su derecha, erguido, estaba Satanás acusándolo (Zacarías 3). El caso de Job es más conocido todavía.

> «El Señor le dijo: –¿Te has fijado en mi siervo Job? En la tierra no hay otro como él: es un hombre justo y honrado, religioso y apartado del mal. Satanás le respondió: –¿Y crees tú que su religión es desinteresada? ¡Si tú mismo lo has cercado y protegido, a él, a su hogar, y a todo lo suyo! Has bendecido sus trabajos, y sus rebaños se ensanchan por el país. Pero tócalo, daña sus posesiones, y te apuesto a que te maldecirá en tu cara» (Job 1:8-11).

La pregunta es artera: «¿Y crees tú que su religión es desinteresada?» Satanás no acusa a la gente de mala vida; ya se encarga de ello su propia conducta. Ataca a los verdaderos creyentes. Nadie está a salvo, ni siquiera Job, de quien Dios está tan contento. Satanás acusa a los hermanos ante Dios día y noche (Apocalipsis 12:10). Nada escapa a su vigilancia. Y, cuando no encuentra nada que denunciar, lanza su dardo envenenado: «¿Por nada? Vamos, Señor, no serás tan inocente de creer que ellos te aman realmente. Lo que buscan son las bendiciones, las ventajas que tú les concedes.» ¿Cómo demostrar que miente? La artimaña es terrible. Más aún cuando Satán podría no estar del todo equivocado. Caminar con Dios cuando todo va bien no plantea grandes problemas; pero todo cambia cuando surgen los conflictos. ¿Quién nos librará del maligno? ¿Quién hará mentir al acusador?

Prestemos atención a la despiadada ironía del diablo. Le dice a Dios: «Pero ¡alarga tu mano y toca lo que él tiene! ¡[Veremos] si no te maldice en tu misma cara» (Job 1:11, CI). Pero Dios no es el autor del mal. También debe decirle a Satanás: «¡Ahí está cuanto posee a *tu* disposición, salvo que

---

[243] Ellen G. WHITE, *El evangelismo*, Asociación Casa Editora Sudamericana, Buenos Aires, 1987, p. 143. *Cf*. *Evangelism*, Washington D.C., 1946, p. 189.

no pongas en él tu mano!» (Job 1:12, CI). Este diálogo es extremadamente revelador en relación con el origen de las pruebas, las cuales no proceden de Dios sino del enemigo. Job, que lo ignoraba, exclama en plena aflicción, con una ingenua fe: «Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré a él. El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó, bendito sea el nombre del Señor» (Job 1:21). Job acababa de perder sucesivamente sus rebaños, sus bienes, sus siervos y a sus hijos. Y todavía encuentra fuerzas para bendecir a Dios. Resulta aún más conmovedor teniendo en cuenta que él ignoraba el papel de Satanás y creía ingenuamente que todo le había sido arrebatado por el Señor del cielo. En cuanto a nosotros, guardémonos de equivocarnos de dirección; estas cosas fueron escritas para nuestra enseñanza. Descubramos con gratitud el verdadero rostro de Dios y desenmascaremos al enemigo.

Tal vez este sea el momento de preguntarnos por nuestras genuinas motivaciones. Si el acusador dice la verdad, si nosotros solo deseamos los beneficios de Dios y no a Dios mismo, estamos todos perdidos.

> «¿Sabéis cuál es la peor catástrofe? Que Satanás diga la verdad. Que nuestra vida cristiana no sea más que un buen negocio, que nosotros busquemos finalmente en la iglesia nuestro beneficio espiritual y no la gloria de Dios, el enriquecimiento de nuestra personalidad y no la voluntad de Dios, un elixir contra la muerte y no la soberanía presente de Dios. Y que entonces, el día en que seamos privados de todas estas ventajas, el día en que la prueba nos reduzca, como Job, a no ser más que una voz que se lamenta, pensemos en nuestro fuero interno: "No valía la pena creer en Dios. ¿Qué hemos logrado con ello? También se vive bien sin él", y así aparezcamos finalmente como ateos, enemigos de Dios, hijos del diablo.»[244]

En definitiva, ¿dónde está aquel a quien Satanás no puede acusar? ¿Quién nos librará del acusador?

Para dejar por mentiroso al acusador, Dios no puede más que aceptar el desafío, dejarle el campo libre. Excepto que con Job impone al menos un límite: «a él no lo toques» (1:12). Y, naturalmente, el siniestro personaje se sirve de esta cláusula para atacar de nuevo: «–Uno da una piel por otra

[244] Roland de PURY, *op. cit.,* p. 20.

piel; por la vida, todo lo que tiene. Ponle la mano encima, hiérelo en la carne y en los huesos, y apuesto a que te maldice en tu cara. El Señor le dijo: –Haz lo que quieras con él, pero respétale la vida» (2:4-6). Y entonces Satanás hiere a Job con una úlcera maligna hasta el punto de que el desdichado se convierte en objeto de las burlas de su esposa.

La prueba de Job está ahí, sobre todo, para anunciarnos el anonadamiento de Cristo. Job es un tipo de Cristo. Alguien debe demostrar ante todo el universo que Dios puede ser amado por Él mismo, sin interés. Alguien debe ir hasta el final de la demostración, hasta la muerte. Porque solo la elección de la muerte, en ciertas condiciones, puede invalidar la acusación. Pues bien, estas condiciones se concentran en torno a la cruz. Jesús no muere para evitar afrontar un problema insoluble, no muere para eludir un trance doloroso, Jesús no muere por él. Lo cierto es que disponía de todos los medios humanos y celestiales para salir indemne del enfrentamiento. Después de la transfiguración, eligió volver a Jerusalén, la ciudad que mata a los profetas. En la noche de Getsemaní, escogió aceptar su hora. Jesús renuncia a su propia voluntad para albergar la del Padre.

Resulta imposible encontrar un signo más evidente de desinterés. No hay mayor amor que dar su vida como Jesús la ha dado. A lo largo de la pasión, Satanás está en su puesto acusando: «no lo has puesto a prueba hasta el final».

> «Mientras Jesús no ha muerto, Satanás puede acariciar la esperanza de que descenderá de la cruz, de que se salvará a sí mismo; y hace todo lo que está en sus manos (si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz). Sí, mientras Jesús respire, Satanás respira; puede mantener la verdad de su acusación, puede afirmar que ningún hombre prefiere a Dios antes que su propia vida. Mientras Jesús respire, Satanás puede vencer, puede tener razón. Pero en el instante en que Jesús expira, en que se anonada a sí mismo, el acusador sucumbe, porque su imputación es falsa.»[245]

El Apocalipsis revela:

> «Lucharon el dragón y sus ángeles, pero no vencieron y desaparecieron del cielo definitivamente; al gran dragón, a la serpiente primordial que se llama diablo y Satanás y extravía a la tierra entera, lo precipitaron a

[245] *Ibidem*, p. 22.

> la tierra y precipitaron a sus ángeles con él. Oí en el cielo una aclamación: –¡Ha sonado la hora de la victoria de nuestro Dios, de su poderío y de su reinado, y de la potestad de su Mesías! Porque han derribado al acusador de nuestros hermanos, al que los acusaba día y noche ante nuestro Dios» (Apocalipsis 12:7-10).

Brillante descripción de la victoria de Jesús. Veamos ahora cómo nos afecta esta victoria histórica en el plano espiritual.

«Ellos lo vencieron» (Apocalipsis 12:11). *Ellos*, es decir, nuestros hermanos, los discípulos de Jesús, nosotros. «Ellos *lo* vencieron»; ellos vencieron a Satanás. «Con la sangre del Cordero y con el testimonio que pronunciaron sin preferir la vida a la muerte» (Apocalipsis 12:11). El mensaje de Jesús era bien claro: «El que quiera venirse conmigo, que reniegue de sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Porque si uno quiere salvar su vida, la perderá; en cambio, el que pierda su vida por mí, la conservará» (Mateo 16:24,25). En la medida en que caminemos con Jesús, aceptando la economía de la cruz, él puede hacer de nuestra causa perdida su propia causa. Puesto que nosotros estábamos en Cristo sobre la cruz del Calvario, él puede atribuirnos la victoria de su muerte. Todo lo que él ha sido, nosotros lo somos. Todo lo que él ha hecho, nosotros lo hemos hecho.

Si nuestro Señor no es más que un cordero inmolado, un condenado a muerte, Satanás no puede acusarnos de ir a él por interés.

> «He aquí nuestro abogado. He aquí la intercesión del Cordero que ofrece a Dios su propia vida por la nuestra. He aquí nuestra única esperanza, nuestra única oportunidad de escapar al acusador. Sin la cruz, sin esta ofrenda perpetua de su vida que Jesús ha hecho a Dios, Satanás dice la verdad, el padre de la mentira tiene razón. […] De modo que la sangre del Cordero, es decir la realidad de la muerte de Jesús, es ciertamente la que constituye la victoria eterna sobre el diablo.»[246]

Chouraqui y la TOB traducen el verbo griego *entygchanô* por «interponerse». No es posible expresarlo mejor. A la derecha de Dios, Jesús se interpone entre el acusador y nosotros para protegernos. Asimismo, presenta a Dios su victoria en lugar de nuestras debilidades.

---

[246] Roland de PURY, *op. cit.*, p. 23. Es momento de decir que la palabra *sangre* no representa la vida de una forma general, sino la vida más allá de una muerte violenta.

> «No importa cuál haya sido la experiencia del pasado ni cuán desalentadoras sean las circunstancias del presente, si acudimos a Cristo en nuestra condición actual –débiles, sin fuerza, desesperados– nuestro compasivo Salvador saldrá a recibirnos […]. Él aboga por nosotros ante el Padre, diciendo: Me he puesto en el lugar del pecador. No mires a este hijo desobediente, sino a mí. Y cuando Satanás contiende fuertemente contra nuestras almas, acusándonos de pecado y alegando que somos su presa, la sangre de Cristo aboga con mayor poder.»[247]

Volvemos, con esta cita, a la historia del sumo sacerdote Josué que presenta Zacarías. Como representante del pueblo de Dios, está abrumado por la condenación, recubierto de vestiduras sucias. Consciente de los pecados de su pueblo, es presa del más profundo desaliento, casi sumido en la desesperación. Pero el Eterno reprende a Satanás: «¿No es acaso éste un tizón sacado del fuego?»[248] El ángel, tomando la palabra, dice: «Quitadle de encima las vestiduras sucias.» Después, le dice: «Mira, he quitado de sobre ti tu iniquidad y te revestiré de ropas de fiesta.»

> «El pecado de Adán y Eva causó una separación sobrecogedora entre Dios y el hombre. Y aquí Cristo se interpone entre el hombre caído y Dios, y le dice al hombre: "Aún puedes venir al Padre; hay un plan ideado por medio del cual Dios puede reconciliarse con el hombre y el hombre con Dios; y a través de un mediador puedes acercarte a Dios."»[249]

Por tanto, en lo que se refiere a la intercesión, la muerte de Cristo juega un papel de suma importancia, reviste un valor objetivo, del todo irremplazable, que la interpretación moral de la cruz ha perdido completamente de vista. Bien comprendida, no proyecta ninguna sombra sobre el maravilloso rostro del Padre. Antes bien, él mismo está comprometido de manera personal en la lucha contra las acusaciones perversas de Satanás; hasta el punto de permitir a su Unigénito exhalar su último suspiro sobre la cruz.

---

[247] Ellen G. WHITE, *El discurso maestro de Jesucristo*, Publicaciones Interamericanas, 1964, p. 13.

[248] (N. del T.) En esta intervención y las siguientes se cita literalmente Zacarías 3:2-4 en la versión CI.

[249] Ellen G. WHITE, *Review and Herald*, 31 mayo 1870, párr. 12, acceso el 24 de julio de 2018, https://egwwritings.org/?ref=en_RH.July.19.1870&para=821.1088.

En Romanos 8:34 y Hebreos 7:25, la intercesión de Cristo está directamente vinculada a la resurrección. «Está siempre vivo para interceder por ellos» (Hebreos 7:25). Es la vida triunfadora sobre la muerte la que cuenta. La misma vida sin la cruz no hubiera permitido a Cristo interponerse. «Si [Jesús] dejara que nos atrape por un momento, Satanás está listo para destruir[nos].»[250] De ahora en adelante, accedemos a Dios a través de la perfecta santidad de nuestro único mediador (1 Timoteo 2:5). Aún aquí, el privilegio sobrepasa infinitamente nuestra habitual comprensión.

> «Cristo, nuestro Mediador, y el Espíritu Santo están intercediendo constantemente en favor del hombre, pero el Espíritu no ruega por nosotros como lo hace Cristo, quien presenta su sangre derramada desde la fundación del mundo. El Espíritu actúa sobe nuestro corazón instándonos a la oración y al arrepentimiento, a la alabanza y al agradecimiento. La gratitud que fluye de nuestros labios es el resultado de la acción del Espíritu sobre las cuerdas del alma en santos recuerdos que despiertan la música del corazón. Los servicios religiosos, las oraciones, la alabanza, la confesión arrepentida del pecado ascienden desde los verdaderos creyentes como incienso ante el santuario celestial, pero al pasar por los canales corruptos de la humanidad, se contaminan de tal manera que, a menos que sean purificados por sangre, nunca pueden ser de valor ante Dios. No ascienden en pureza inmaculada, y a menos que el Intercesor, que está a la diestra de Dios, presente y purifique todo por su justicia, no son aceptables ante Dios. […] Ojalá comprendieran todos que toda obediencia, todo arrepentimiento, toda alabanza y todo agradecimiento deben ser colocados sobre el fuego ardiente de la justicia de Cristo. La fragancia de esa justicia asciende como una nube en torno del propiciatorio.»[251]

No permitamos que esta afirmación nos desconcierte. Desde un punto de vista humano, parece volver a ocultar el amor de Dios, cuyo esplendor tanto deseamos que brille, para que se desvanezcan todos los antropomorfismos con que ha sido revestido. Pero, ¿tenemos nosotros una idea justa de la infinita grandeza de Dios y de su santidad, que supera toda comprensión? Dios es también un «fuego devorador» (Hebreos 12:29). Se impone

---

[250] Ellen G. WHITE, Manuscript 73, párr. 17, 1893, acceso el 24 de julio de 2018, https://m.egwwritings.org/en/book/7176.2000001#22.

[251] Ellen G. WHITE, *Mensajes selectos, op. cit*., tomo 1, pp. 403, 404.

la humildad ante aquel a quien ningún hombre puede ver, y seguir vivo. A fin de cuentas, lo esencial es saber que en Jesús tenemos de ahora en adelante un libre acceso al Padre. El papel de mediador encuentra aquí toda su razón de ser.

11.1. Resumen

La intercesión de Cristo no se lleva a cabo contra una resistencia de Dios a la misericordia, ya que el Padre mismo nos ama. Ante el Eterno, Jesús *se interpone* entre Satanás y nosotros porque él ha demostrado que es posible servir a Dios por amor, desdeñando cualquier interés personal inmediato. Al vincularnos al Crucificado, reconociendo que la Gloria no es para ahora, se nos hace beneficiarios del sacrificio consentido por Jesús. Por consiguiente, Cristo se convierte en nuestro Mediador indispensable porque lo que hay de mejor en nosotros, nuestras oraciones por ejemplo, solo puede llegar al Dios tres veces santo a través de la santidad inmaculada del Salvador.

Es cierto que en la más hermosa de las parábolas el Padre acoge a su hijo pródigo con los brazos abiertos. No hemos de permitir que ninguna sombra se cierna sobre la sublime belleza de esta imagen; pero la verdad es compleja, ninguna imagen puede contenerla por completo. Las distintas fotografías del Cervino, la conocida montaña del Valais suizo, aportan una hermosa ilustración sobre este asunto. En Dios, el fuego se fusiona con la gracia, la justicia con la misericordia, la santidad con la ternura, y todo está arraigado en el amor.

Queda todavía otro aspecto de la intercesión que merece nuestra atención: el que generalmente se describe con el término *abogado*. Pero el apóstol Pablo no utiliza esta palabra. Lo estudiaremos más adelante, en relación con las enseñanzas del apóstol Juan. Por el momento, discernimos cada vez mejor el verdadero rostro de Dios, aureolado de un amor infinito incluso en sus exigencias más temibles. ¡Bendito sea su nombre!

12. La santificación: ¡Más que vencedores!

El hombre es un lobo para el hombre, decían los antiguos. Verdaderamente, la capacidad humana de egoísmo, de orgullo, de odio y de violencia mortal, en una palabra su maldad, es desesperante.

> «Entre lo que el hombre debiera ser –Jesucristo–, y lo que el hombre es –sus verdugos–, existe toda la distancia que separa a los asesinos de su víctima. Esta distancia es un abismo moral cuya profundidad se mide y se subraya mediante la cruz. Lo que el hombre es y lo que debería ser se presentan de ahora en adelante como dos seres irreconciliables. Lo que es: un pecador que se condena a sí mismo por su pecado. Este pecado es una incapacidad por naturaleza, es decir, una debilidad humana; y una falta, esto es, una culpabilidad voluntaria. Ante la cruz, el hombre, sumido en una impotencia culpable, siente por primera vez que es incapaz de salvarse a sí mismo. Es como alguien que ha caído en una ciénaga: cuanto más se mueve, más se hunde; no le sirve de nada agarrarse a sí mismo por el pelo para salir. Le falta un punto de apoyo que querría encontrar en sí mismo; le hace falta un punto de apoyo exterior. Por otra parte, no podría ser salvado por nada que le fuera ajeno; no, ni siquiera directamente por Dios, porque su salvación no sería entonces más que un salvamento. Podría cambiar sus condiciones exteriores pero no transformaría su estado interior y ese estado lo colocaría indefectiblemente en la misma situación. O, si transformara su estado interior sin que el hombre tuviera en ello ninguna parte, ya no sería una salvación, sino un acto de magia divina, destructor a la vez de la identidad humana y del orden moral.»[252]

Estas palabras de Gastón Frommel derivan de un análisis muy lúcido. La causa del hombre podría parecer perdida, pero este no es el caso. Pablo lo comprendió perfectamente y encontró incluso nuevos matices para expresar su confianza. El capítulo 8 de su Epístola a los Romanos aporta un magnífico ejemplo, bien afianzado en la memoria de los cristianos y encuadrado por dos afirmaciones sublimes: «ya no hay condenación» –«ya no hay separación»–. En la época en que se expresaron estas afirmaciones, nadie antes de Pablo había hablado de esta forma, ni Juan el Bautista, ni siquiera el mismo Jesús. Como iniciador supremo, Pablo forjó las palabras, las ideas, los sentimientos, ecos de su experiencia personal, donde la realidad del Espíritu Santo encuentra su lugar indispensable. La descripción de su evangelio (Romanos 2:16) llega a su término. Se impone un resumen: el pecado ha sido vencido. Fuera cual fuera su poder, somos más que vencedores.

---

[252] Gaston FROMMEL, *L'expérience chrétienne*, *op. cit.,* pp. 1, 2.

Analicemos este asunto una vez más con el objetivo de ganar en claridad. Pablo mostró que todos los hombres, paganos y judíos, son pecadores e inexcusables. Por consiguiente, están perdidos. Sin embargo, son gratuitamente justificados por medio de la redención que se encuentra en Jesucristo, porque Dios ha destinado a Jesús a ser el lugar de la reconciliación. Todo aquel que se une a él por la fe-adhesión es instantáneamente justificado, considerado justo. Esto le hace exclamar, al principio del capítulo 8, este grito de victoria: ¡Ya no hay condenación para los que están en Jesucristo! Los verdaderos discípulos son como si no hubieran pecado nunca.

Pero, ¿no es esto injusto por parte de Dios? ¿No se traiciona a sí mismo al actuar así? *No, porque la situación existencial del creyente ha cambiado por completo***.** A partir de ahora, su destino está ligado al de su Salvador. Y ello es posible porque hemos sido creados en Jesucristo. Jesús no es solamente un maestro excepcional, que deja un ejemplo sublime; es Dios, en quien tenemos la vida, el movimiento y el ser. Al contrario de todos los moralistas del mundo, él puede actuar en nosotros. Su encarnación instaura una nueva creación. No solamente él es Hijo de Dios, sino que a todos los que le reciben y creen en su nombre, les da el poder de convertirse a su vez en hijos de Dios, nacidos, no de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios (Juan 1:12,13). Se nos propone una disyuntiva trascendental: seguir siendo esclavos del pecado en la descendencia del primer Adán, de quien todos dependemos de forma natural; o bien pasar a la descendencia de Cristo para pertenecer a la nueva humanidad. Para realizar esta transición hay que pasar por el bautismo, gracias al cual nos beneficiamos de una especie de injerto milagroso que nos afianza en Cristo hasta el punto de formar con él una sola planta.

En esta nueva situación, la vida de Cristo alcanza su plenitud en nosotros. Lo que la ley, abandonada a sí misma, no podía cumplir, Cristo lo realiza en nosotros. Bajo la gracia, podemos ser hechos justos progresivamente (5:19). La gracia reina mediante la justicia para vida eterna (5:21). Nos convertimos voluntariamente en esclavos de la justicia (6:18) al obedecer a Dios con todo nuestro corazón (6:17). Lo esencial es no equivocarse de camino. El camino de la salvación no es la obediencia a la ley. Esta vía provoca la desesperación en caso de fracaso (7:14-24) y el orgullo en caso de supuesta victoria. Lo cual es peor, porque no hay nada más grave

que la corrupción de las mejores cosas. La solución, la única, consiste en abandonarse a Jesucristo, y después aferrarse a él (7:25). Libertados del pecado (7:6), emancipados de la ley (7:7), somos también liberados de la condenación (8:1). Desde 5:12 a 6:23, Pablo nos pregunta si estamos en Adán o en Cristo. De 7:1 a 8:39, nos invita a escoger entre la carne y el Espíritu. Una vez más, conviene sacrificar los detalles para realzar las ideas principales.

12.1. Dos leyes. Romanos 8:2

«Pues la ley del Espíritu de la vida en Cristo Jesús me liberó de la ley del pecado y de la muerte» (CI). ¿Qué es la ley del pecado y de la muerte? Evidentemente, no la ley en general, ni el Decálogo. Es difícil imaginar que Dios haya escrito de su propia mano una ley del pecado y de la muerte. Podemos entender que se refiere a la ley que impone el pecado, a la cual somete al hombre. El pecado está como personificado: es un señor que hace prevalecer su voluntad. Hoy diríamos «el poder del pecado y de la muerte». Este versículo responde a la pregunta de 7:24, indicando la razón (o efecto) de la consoladora afirmación del versículo primero. Al oponerse al poder del pecado, la ley del Espíritu de vida es la fuente de vida, lo que transmite la vida (2 Corintios 3:6).

Romanos 7:23 me sitúa frente a una trágica realidad: yo encuentro en mí una ley, un poder, que me hace prisionero del pecado y de la muerte. La única salida posible es encontrar otra ley –otro poder– más fuerte que la anterior y capaz de neutralizarla. Porque no se puede suprimir una ley; todas las leyes de Dios son eternas. Pero las leyes pueden apoyarse mutuamente o por el contrario neutralizarse. Pongamos como ejemplo un globo aerostático. Cuando lo desplegamos al sol para inflarlo, nos sorprende que un volumen tan grande pueda llegar a despegar. Sin embargo, eso es lo que sucede cuando el helio llena la envoltura. La gravedad fijaba el artefacto al suelo, pero ha intervenido otra ley, la de un gas más ligero que el aire, para escapar a la ley de la gravedad. El mismo fenómeno resulta mucho más espectacular en el caso de los aviones. Es imposible mirar un Boeing 747 sin maravillarse de que una máquina tan imponente pueda despegarse del suelo.

Así razona el apóstol Pablo: para superar el poder del pecado es necesario hacer intervenir el poder del Espíritu de vida en Cristo Jesús. No sirve de nada luchar contra la gravedad, hay que despegarse de ella. Igualmente, no sirve de nada luchar contra el pecado, hay que desasirse de él, uniéndose a Cristo. Cuando un hombre cae en el mar y se ahoga, le lanzamos un salvavidas. Su salvación ya no consiste en luchar contra el agua, sino en aferrarse al salvavidas. «Permanece aferrado a Jesús», –decía Ami Bost[253] a su hijo–. Constatamos, pues, que Pablo no hace más que extraer las últimas consecuencias de la imagen propuesta en el capítulo 6, la de los *symphytoi*: mediante el bautismo nos convertimos en una sola planta con Cristo.

12.2. El pecado condenado. Romanos 8:3

Este texto es muy importante desde el punto de vista cristológico. Hemos explicado en otro estudio[254] que Jesús se encarnó en una carne semejante a la nuestra, participando, pues, de la degradación debida a la caída de la raza humana. De este modo, Jesús libera a Dios de la acusación según la cual su ley somete al hombre a exigencias que están fuera de su alcance. Es cierto que Jesús fue concebido por el Espíritu Santo, por tanto, mediante una intervención directa del Creador. Entre él y su Padre no se produjo la ruptura que nos obliga a nosotros a arrepentirnos y a convertirnos. Esto explica su obediencia efectivamente excepcional y absolutamente única. Pero, precisamente, si estamos «en Cristo» –expresión clave de la teología paulina–, nos convertimos con él en un solo espíritu (1 Corintios 6:17) y disfrutamos desde ese momento del mismo privilegio.

Notemos que este versículo explica el anterior, ya que empieza por la conjunción causal «pues». Y la consecuencia de su afirmación se presenta más adelante, introducida por una conjunción de subordinación final: «a fin de que» (CI). Estamos, pues, en presencia de una cadena de ideas estrechamente asociadas:

---

[253] (N. del T.) Paul Ami Isaac David Bost (1790-1874) fue un pastor protestante suizo de ascendencia hugonote. Su hijo, John Bost, pionero de la acción social, fundó una red de asilos para huérfanos, ancianos y discapacitados en la región francesa del Périgord.

[254] Georges STÉVENY, *Descubriendo a Cristo, op. cit*., pp. 259-272.

- 8:1, ya no hay condenación para aquellos que están en Jesucristo,
- 8:2, porque el poder del pecado es neutralizado por el poder del Espíritu;
- 8:3, pues Jesús venció al pecado en una carne semejante a la nuestra.
- 8:4, a fin de que los actos de justicia que la ley exige sean cumplidos en nosotros, que ya no caminamos según la carne, sino según el espíritu.

Aquí se percibe claramente el punto culminante de la justificación en Cristo. En otra referencia, Pablo habla de santificación. Cuando escribe a la iglesia de Corinto, dirige su carta a aquellos que han sido santificados en Jesucristo (1 Corintios 1:2). A los mismos cristianos les dice: «[…] pero os lavasteis, pero fuisteis santificados, pero fuisteis justificados en el nombre del Señor Jesucristo, y en el Espíritu de nuestro Dios» (1 Corintios 6:11, CI). En buena lógica, esperaríamos que la justificación fuera mencionada antes de la santificación. Si el autor no está condicionado por esta lógica, es sin duda porque la justificación y la santificación son inseparables. Se trata de la misma realidad (la salvación) vista desde dos ángulos complementarios. Una y otra son producto de la gracia, que no solamente perdona, sin que enseña a renunciar al pecado (Tito 2:11,12).

Sin la santificación, la gracia es inoperante. Dietrich Bonhoeffer la califica como «la gracia barata» y la juzga el enemigo mortal de la iglesia. Se la considera un perdón de rebajas, una consolación con descuento, un sacramento de saldo. La factura ha sido pagada de forma anticipada y definitiva. Sobre la fe de esta factura abonada se puede obtener todo gratuitamente. Entonces, uno encuentra un velo para cubrir sus pecados, pecados de los que no se arrepiente, de los que no desea liberarse. Es la justificación del pecado, no del pecador. Ya que la gracia lo hace todo ella sola, no hay nada más que hacer que quedarse como antes. No hay necesidad de obedecer.

Por el contrario, la gracia que cuesta es el tesoro escondido en el campo. Para obtenerlo, el hombre va y vende alegremente todo lo que tiene (Mateo 13:44). Esta es la perla de gran precio; para adquirirla, el mercader abandona todo cuanto posee (Mateo 13:46). La verdadera gracia cuesta,

dice Bonhoeffer. Es gracia porque le ha regalado al hombre la vida; pero cuesta porque ha sido al precio de la vida. Es gracia porque justifica al pecador; pero cuesta porque condena el pecado. Es gracia porque Dios no consideró el precio demasiado elevado; pero cuesta cara porque le ha costado cara a Dios.[255]

12.3. Cumplida la justicia de la ley. Romanos 8:4-8

Mientras no es liberada por el Espíritu, la carne está esclavizada por el pecado y permanece envilecida, sede de malos designios y causa de todas nuestras faltas; exaspera a la ley y paraliza nuestras fuerzas. «Los que se dejan dirigir por los bajos instintos tienden a lo bajo, mientras los que se dejan dirigir por el Espíritu tienden a lo propio del Espíritu» (8:5). Pablo insiste: es necesario que la justicia de la ley se cumpla en nosotros. La palabra justicia (*dikaiôma*) no designa un principio abstracto, sino los actos concretos acordes con la ley.

> «La ley, que no ha podido quebrantar el poder del pecado y hacer que reine la justicia, perdura sin embargo como la norma de la justicia, la expresión eterna de la voluntad del Dios Santo, ley perfecta que se resume en el amor. Si somos salvados, y por consiguiente partícipes del Espíritu, no es para sustraernos de la ley, sino para ponernos en condiciones de realizarla. La cruz, al reconciliarnos con Dios, nos reconcilia con la ley santa; y el Espíritu Santo la escribe en nuestro mismo corazón; nos da así el poder de cumplirla. "El fruto del Espíritu es el amor… El amor es el cumplimiento de la ley."»[256]

Los filósofos griegos enseñaban que el hombre es guiado por su razón; Pablo refuta esta teoría. Nosotros somos, por naturaleza, dirigidos por nuestras pasiones. Si la carne presenta al hombre en aquello que lo diferencia de Dios, el Espíritu caracteriza a Dios en lo que lo distingue del hombre. El hombre no posee el Espíritu; debe recibirlo incesantemente de lo alto. Porque el Espíritu es Dios: Dios es Espíritu (Juan 4:24). El Señor es el Espíritu (2 Corintios 3:17). Es precisa una tensión permanente del

---

[255] Dietrich BONHOEFFER, *El precio de la gracia: El seguimiento,* Sígueme, Salamanca, 1986, pp. 15-25.

[256] Maurice ANTONIN, *L'Épître aux Romains*, *op. cit.,* p. 64.

hombre hacia Dios para que le sea dado el Espíritu, en una participación salvífica. El Espíritu debe venir a habitar en nosotros (8:9) y Dios puede así mismo retirarlo (1 Samuel 16:14).

12.4. El Espíritu de Dios y nuestro espíritu. Romanos 8:9-11

En todo este pasaje el Espíritu es mencionado en diecinueve ocasiones, de ahí que resulte inútil insistir en la importancia que Pablo le atribuye. Sin embargo, el enigma inextricable persiste. Los versículos 9-11 resultan muy significativos en cuanto a este asunto. Parece existir una especie de ósmosis entre el Espíritu de Dios, el Espíritu de Cristo, Cristo y el espíritu del hombre. No hay ninguna delimitación clara que separe uno del otro. No se puede, pues, definir el Espíritu. Solo a través de una participación auténtica y real puede el hombre estar verdaderamente en comunión con Dios. El misterio de la participación es prodigioso y difícil de comprender.

No obstante, veamos ahora una sencilla ilustración. Si quiero repartir un pastel entre varias personas, cuantos más invitados haya más pequeñas resultarán las porciones de tarta. En cambio, si ofrezco una cantata de Johann Sebastian Bach, el número de oyentes no importa: cada uno la recibe entera, todos participan. Mediante el Espíritu Santo participamos en la naturaleza divina, en Jesucristo. Por muchos que seamos, Dios está «todo entero» con nosotros y para nosotros, el Espíritu habita en nosotros; la misma muerte es vencida. No se trata de que nosotros seamos súbitamente inmortales. No. El apóstol dice: «el cuerpo por su parte [seguirá] sujeto a la muerte a causa de[l] pecado, pero el espíritu [es] vida [plena] a causa de [la] justicia» (8:10, CI). El cuerpo está virtualmente muerto porque lleva en él la sentencia y el origen de su destrucción; es adjudicado y condenado a la muerte. Pablo anticipa aquí la muerte que todos los hombres tienen en perspectiva, pero, más allá del sueño de la muerte, vislumbra con entusiasmo la vida eterna.

> «A través de todas las Escrituras se asocian en forma constante la justicia con la vida y el pecado con la muerte. Cuando hay rectitud en la vida, existe la evidencia de la presencia y el poder del Espíritu de Dios, y esto significa vida. Algunos comentadores prefieren limitar el significado de justicia en este pasaje a la justicia que Cristo acredita al creyente para justificación […]; pero el contexto no parece indicar esta limitación. Si

> se toma la justicia en su sentido más amplio, el significado que da Pablo parece ser que aunque el cuerpo está muerto debido al pecado de Adán, del cual todos hemos participado […], el espíritu es vida debido a la justicia de Cristo, que primero ha sido imputada o acreditada al pecador para su justificación y después impartida para su santificación. Esta dádiva de la justicia es acompañada por el don de la vida eterna.»[257]

12.5. El testimonio del Espíritu. Romanos 8:12-17

Este nuevo pasaje está dominado por el tema de la adopción, la *huiothesia*. Se trata de un vocablo técnico, relativo al lenguaje jurídico helenístico. La adopción, desconocida para los judíos, introduce al pecador en una relación nueva con Dios. Adán fue creado hijo de Dios (Lucas 3:38) y nosotros habríamos podido obtener esta dignidad por él. Pero el privilegio queda comprometido por la caída y se impone una nueva disposición para recuperarlo. La cuestión consiste en saber si somos hijos a causa del Espíritu o si recibimos el Espíritu en virtud de nuestra calidad de hijos. Pablo responde: «la prueba de que sois hijos es que Dios envió a vuestro interior el Espíritu de su Hijo que grita: ¡Abba! ¡Padre!» (Gálatas 4:6). Nos convertimos en hijos por la reconciliación, pero podemos no saberlo todavía. Es entonces cuando se recibe el Espíritu. Y «Ese mismo Espíritu le asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios» (Romanos 8:16). El verbo *testificar*[258] significa «certificar, atestiguar, dar fe…». Para Pablo, la certeza de ser hijo de Dios no resulta de una atrevida presunción; se sustenta en el testimonio interior que el Espíritu da a su espíritu.

El primer privilegio del adoptado es poder llamar Padre a Dios. Además, la adopción lo hace heredero de los bienes del Padre. La imagen escogida subraya la gratuidad de los bienes recibidos. El derecho está al servicio de la gracia. Más allá de los sufrimientos actuales, se produce la asociación a la gloria, este resplandor de Dios con el que seremos iluminados en su presencia.

---

[257] *Comentario Bíblico Adventista del Séptimo Día*, *op. cit.,* vol. 6, p. 561.

[258] (N. del T.) La versión de Louis Segond que maneja el autor, G. Stéveny, indica «rend témoignage» (da testimonio o testifica). En este sentido, la traducción de *Nueva Biblia Española* que empleamos aclara bien el sentido de las palabras de Pablo.

> «Al venir entre nosotros, Cristo nos ha dado, a nosotros, los cristianos, ese poder que nos faltaba. Cristo restituye la unidad a nuestra existencia. No solamente reconcilia en nosotros el "poder" y el "querer", sino que ese "querer" mismo tiene, a partir de ese momento, otro origen. Es filial en lugar de ser alienado, es obediencia en lugar de ser codicia. Es el querer de aquellos que quieren glorificar a su Padre en lugar de buscar su propia gloria. Es el querer del Espíritu que habita en nosotros, en lugar de ser el querer de la carne que constituye, en su origen, una rebelión contra Dios y que se resuelve fatalmente en poder carnal, o más bien en impotencia desesperada.»[259]

Recibir el Espíritu es un maravilloso privilegio porque nos hace conscientes de que somos hijos de Dios y coherederos de Cristo. Además, nos da la sabiduría. En Dios, la sabiduría consiste en el mejor empleo de su omnisciencia al servicio de sus objetivos. El problema del hombre es no disponer de la omnisciencia. Su deseo, autor de la acción, carece de límite puesto que el hombre es libre; sin embargo, su inteligencia es limitada, de ahí las malas elecciones a las que se entrega, para su desgracia. Ahora bien, Dios no podía ofrecer la omnisciencia a su criatura; no podía hacer otro Dios. Entonces, para conjurar el peligro inherente a la creación de un ser libre –lo que él quería en su amor–, Dios ofreció al hombre participar en su propia ciencia. Este fue el vínculo del Espíritu; un vínculo roto por la caída y restablecido por la reconciliación, que hace de nosotros hijos e hijas a quienes se ofrece el Espíritu Santo. Los estragos de la caída son reparados y somos por fin aptos para la sabiduría. Nuestros deseos, iluminados por la ciencia divina, nos conducen hacia el bien. «[…] con el Espíritu dais muerte a las bajas acciones» (8:13). Dicho de otro modo, obedecemos con alegría.

Por esta razón el tema de la obediencia recorre la Epístola a los Romanos de principio a fin. Desde los primeros versículos, el autor anuncia su objetivo, que es guiar a los gentiles a la obediencia de la fe (1:5). Es el hilo conductor, implícito o explícito, a lo largo de la exposición. Lo volvemos a encontrar en la conclusión: «pues no me atreveré a decir nada que Cristo

---

[259] Alphonse MAILLOT, *L'Épître de l'espérance*, Les cahiers du Réveil, Desclée et Brouwer, Bruselas, 1968, p. 50.

no haya realizado por mi medio, para que obedezcan los gentiles, de palabra y obra» (15:18, CI). –«Pues vuestra obediencia [a la fe] ha llegado a [oídos de] todos, así que por vosotros me alegro, pero quiero que seáis sabios en lo bueno, inocentes en lo malo» (16:19, CI).– Incluso la doxología final lo menciona todavía. Pablo da gracias a Aquel que tiene el poder de fortalecerlos según *su* evangelio, «conforme [a] la revelación de un misterio mantenido secreto por tiempos eternos, pero manifestado ahora, y dado a conocer mediante escritos proféticos, por orden del Dios eterno, a todos los gentiles *para que obedezcan a la fe*» (16:25-27, CI). En definitiva, la santificación es inseparable de la justificación. Si Pablo teme el orgullo que puede engendrar la ley, aboga incesantemente en favor de la obediencia de la fe.

12.6. Salvados en esperanza. Romanos 8:18-27

> «Una profunda intuición mística de San Pablo os revela toda la curva del destino de la creación con su restablecimiento final. […] Él escribe: "sabemos", pero se trata del conocimiento reservado a aquellos que penetran el misterio; aquí, el misterio del mundo tomado en la íntima conexión de su conjunto. El universo está en un estado de desazón que el observador percibe y cuyos lamentos comparte. El mundo suspira porque en un momento dado fue sometido a la vanidad, término que en Eclesiastés designa una condición absurda, incomprensible; el mundo sufre porque experimenta una corrupción para la cual no estaba hecho: corrupción física de la muerte y corrupción espiritual, aún más envilecedora; ninguna de ellas tenía cabida en la creación primera.»[260]

La palabra *creación* se ha entendido de todas las formas posibles: el universo, la humanidad, los animales, el mundo material, la naturaleza aparte de los hombres. El término es general; por tanto, conviene que conserve su sentido más global. Pablo describe la dimensión cósmica del mal. Se contiende igualmente para saber quién es «el que sometió» el mundo a la vanidad. Algunos piensan en Satanás, otros en Adán. Como afirma Maurice Carrez: «Es Dios, a causa de la desobediencia del hombre, desde luego;

[260] Joseph BONSIRVEN, *L'Évangile de Paul,* Aubier, París, 1946, p. 121.

por Satanás puede ser, pero es Dios.»[261] Efectivamente, ni el hombre ni Satanás tienen ese poder.

El sufrimiento, inherente a la creación caída, no tiene ningún valor meritorio. Sin embargo, constituye el camino inevitable de la glorificación; es signo de que el presente es una transición con vistas al futuro. Todo lo que vemos y vivimos debe ser el referente de otro mundo, el del Espíritu, que instala en el corazón del hombre una nostalgia sustancial. Pablo habla de alumbramiento: la creación sufre los dolores del parto. Así, gracias a Jesucristo, lo que había degenerado en absurdo recobra sentido. El sufrimiento permanece, pero para la vida; prepara otro mundo.

> «Debemos aprender a leer con los ojos de la fe el sufrimiento contemporáneo y las vueltas y revueltas de la historia; hemos de descifrar el mundo. Es evidente que la descodificación será siempre ambigua, arriesgada, pero Pablo nos da aquí bastantes puntos de referencia para que intentemos esta lectura de la historia contemporánea.»[262]

Pablo apunta que los sufrimientos no son estériles, no conducen a la nada. Nuestro tiempo es el lapso en que se prepara la revelación de los hijos de Dios, en que se desarrolla un embarazo. Nos encontramos ante un pasaje sin parangón en los escritos de Pablo y que contiene verdaderamente toda la historia de la salvación.

«Pues nos hemos salvado [solo] en esperanza» (Romanos 8:24, CI). No debe entenderse como si la salvación fuera hipotética. No se trata de esperar sin estar seguros, eso sería un contrasentido. La idea expresada es que «tenemos ya la plena seguridad, pero todavía no el completo disfrute de la salvación».[263] Estamos salvados, es un hecho conseguido; pero en esperanza, porque lo que ya está ganado todavía no está realizado. La espera es la condición actual del creyente.

Muchas veces se le da al verbo *esperar* un sentido negativo.

> «Esperar es no tener, es experimentar la amargura del "aún no", la privación del futuro. La esperanza sería la debilidad de la reconciliación.

---

[261] Maurice CARREZ, *De la souffrance à la glorie,* Delachaux et Niestlé, París, 1964, p. 115.

[262] Alphonse MAILLOT, *L'Épître de l'espérance*, *op. cit.,* pp. 54, 55.

[263] Alexandre VINET, *Études et Méditations évangéliques*, Payot, Lausana, 1952, vol. 2, p. 50.

> Pero bíblicamente es al contrario: la esperanza es la fuerza de la reconciliación. Esperar no es estar privado, es tener la seguridad de ser satisfecho. Toda certeza es esperanza y toda esperanza es por ello mismo certeza. […] La esperanza es una fuerza. Porque el Reino que viene es el motor de la historia. La forma de este mundo es pasajera, pero el futuro interviene en este instante y nos da la verdad de la promesa divina bajo la forma de una esperanza. Son las cosas últimas las que determinan las penúltimas. La victoria transforma el combate en alegre y feliz.»[264]

12.7. Ya no hay separación. Romanos 8:28-39

Llegamos al final de esta amplia presentación sobre la redención. Aquí Pablo conecta todo lo expuesto con el propósito de Dios, que hace que todas las cosas contribuyan al bien de los que lo aman. Si entramos en el plan divino, él se hace cargo de nosotros. Las aflicciones del presente no pueden obstaculizar nuestro bien final. Al acercarnos al Crucificado, las pruebas más duras nos encaminan hacia la resurrección. Ya no hay más azar, ya no hay más absurdo para aquellos que hacen causa común con Jesús.

Dicho esto, el apóstol parece preguntarse si ha olvidado algo: «¿Cabe decir más?» (8:31). Y entonces surgen expresiones que no requieren comentario: «Si Dios está a favor nuestro, ¿quién podrá estar en contra?» Dios está a nuestro favor. Aquí está todo, este es el verdadero rostro de Dios; se ha implicado en la historia y ha dado a su Hijo. Al darlo, sabía que lo dejaba, que lo abandonaba en manos de los impíos. Dios está, por tanto, absolutamente a nuestro favor. Al darnos a su Hijo, lo ha dado todo, se ha metido él mismo, plenamente, en la tragedia. ¿Qué más hubiera podido hacer para hacernos comprender que está a nuestro favor? En definitiva, nadie puede acusarnos puesto que el ser supremo nos justifica.

Cuando escribe estas líneas, Pablo piensa posiblemente en el ejemplo de Job, cuya prueba estuvo subordinada a las acusaciones de Satanás. Todo creyente íntegro se expone a ser situado en la misma coyuntura. El propio Pablo la experimentó intensamente. El versículo 35 constituye una autén-

---

[264] Pierre MAURY, *L'Eschatologie,* Labor et Fides, Ginebra, 1959, p. 28.

tica autobiografía, donde evoca toda su existencia permanentemente amenazada. Como dice Leenhardt, la práctica de la fe se vive en los confines de la muerte; para algunos, con una cruel intensidad.

El versículo 36 es una revisión del Salmo 44:23. «Esta mención no es casual si el pasado anuncia todas las pruebas que pueden sobrevenir. Jesucristo es la demostración de que ninguna de ellas tiene un poder real sobre nosotros, ni el de vencernos, ni el de juzgarnos o solamente acusarnos, ni siquiera el de hacernos sentir culpables.»[265]

Sigue una enumeración, que el apóstol parece pretender que sea exhaustiva, de todas las fuerzas hostiles a las que el cristiano puede enfrentarse. Primero, todo lo que comporta, en las luchas internas, el riesgo de introducir en nosotros la duda, las amenazas de la *muerte*, así como los fracasos de la *vida*. Después, las *potencias* más misteriosas, que operan a través de los acontecimientos de la historia. Pablo se expresa apoyándose en un vocabulario que hoy ya no tiene sentido, pero que era corriente en su época. Finalmente, después de haber recordado las causas interiores y exteriores que provocan esta duda nociva, el autor arremete con el mismo cosmos, *poderes*, *alturas*, *abismos*, todo lo que escapa al control humano. Menciona, así, diez focos diferentes de oposición que pueden quebrantar la fe. Se trata de una expresión literaria escogida con el fin de hacer entender, inequívocamente, que nada puede introducir una distancia entre el cristiano y su Salvador; nada, sino su propia distracción. Nada podrá separarnos del amor de Dios en Jesucristo. Los traductores añaden con frecuencia un participio: el amor de Dios «manifestado» en Jesucristo. Es una lástima, pues así se debilita impropiamente el verdadero pensamiento del apóstol Pablo, según el cual Cristo no es solamente una manifestación del amor de Dios. Para él, Cristo es ese amor en medio de nosotros. Nadie podía decir con más firmeza que no hay que separar nunca al Padre del Hijo a lo largo de todo el plan inefable de la redención. Mal que le pese a Anselmo de Canterbury, ¡qué grato es para mí el verdadero rostro de Dios en Jesucristo!

¿No resulta conmovedor saber que él no quiere vivir sin nosotros?

---

[265] Alphonse MAILLOT, *L'épître aux Romains, op. cit*., p. 231.

> «El perdón de los pecados no es el único resultado de la muerte de Jesús. Él hizo el sacrificio infinito, no solo para que el pecado fuese quitado, sino para que la naturaleza humana pudiese ser restaurada, reembellecida, reconstruida desde sus ruinas y hecha idónea para la presencia de Dios.»[266]

13. Conclusión

Terminamos la Epístola a los Romanos. No sin pesar, ciertamente, pues, aunque le hemos dedicado un amplio espacio, frente al misterio de la cruz quedan todavía muchas evidencias extraordinarias que presentar. Resumir este razonamiento es un desafío. Se presenta como una demostración en cadena: tocando un solo eslabón todo se pone en marcha. Hemos de retener, sin embargo, que la muerte de Jesús no nos salva dejándonos en el lodazal del pecado, sino librándonos de él.

1. Quien continúa amando *su* pecado, todavía no ha descubierto a Cristo, ni el verdadero rostro de Dios. El pecado y la Divinidad son incompatibles. En efecto, todo es gracia. ¿Cómo podría ser de otra forma? El pecado vuelve impotente al ser humano; tiene necesidad de una regeneración, y la obtiene de una recreación en Jesucristo (2 Corintios 5:17).
2. Como es culpable, el ser humano precisa una nueva justicia. Toda la de Cristo le es imputada; ya no hay condenación para él (Romanos 8:1)
3. Dado que el ser humano es a la vez culpable e impotente, su salvación solo puede proceder de Dios. Dios se encarnó en Cristo Jesús para realizar, en lugar del hombre y a su favor, aquello de lo que este solo es incapaz. Jesús obedeció hasta la muerte en la cruz, desestimando las acusaciones pérfidas e infatigables del adversario. (Romanos 5:19; Filipenses 2:5-15; Apocalipsis 12:7-12).
4. Puesto que el ser humano está siempre destinado a la vida y a la libertad morales, –llamado a ser hijo de Dios– su salvación no

[266] Ellen G. WHITE, *Joyas de los Testimonios*, Asociación Casa Editora Sudamericana, 2004, tomo 2, p. 209.

> puede venir de Dios al hombre sin el hombre. Sin Cristo, no podemos hacer nada, pero tenemos algo que hacer con él: salvados por gracia, somos reintroducidos en una relación armoniosa con Dios; nuestra voluntad de autonomía se desploma, dejando espacio a la obediencia de corazón. La ley de Dios, a través del Sermón de la Montaña, recobra entonces, a nuestros ojos, todo su maravilloso potencial informativo. Porque el reino todavía no está instalado. En la espera en que nos encontramos, la gracia soberana de Dios nos ofrece la alegría de vivir la obediencia de la fe. Entonces, somos más que vencedores por medio de aquel que nos ama (Romanos 8:37).

«Cristo murió para hacer posible que dejaras de pecar.»[267] «Podemos vencer plena y enteramente. Jesús murió para hacernos un camino de salida, a fin de que pudiésemos vencer todo mal genio, todo pecado, toda tentación.»[268] «El plan de la redención contempla nuestro completo rescate del poder de Satanás.»[269] Cristo murió para llevarnos tras sus pasos.

---

[267] Ellen G. WHITE, *Review and Herald,* 28 agosto 1894, párr. 4, acceso el 24 de julio de 2018, https://egwwritings.org/?ref=en_RH.August.28.1894&para=821.13738.

[268] Ellen G. WHITE, *Joyas de los Testimonios*, Pacific Press Publishing Association, 1971, tomo 1, p. 43

[269] Ellen G. WHITE, *El Deseado de Todas las Gentes*, *op. cit*., p. 277.

Capítulo 3

Las epístolas a los Corintios

Lo esencial del pensamiento de Pablo sobre la salvación en Jesucristo está expresado sin duda en su Epístola a los Romanos, cuyos aspectos primordiales acabamos de analizar. Procuraremos ahora completar esta teología atendiendo, en las otras epístolas, a los pasajes que consideramos directamente vinculados con nuestro tema.

Comenzamos por las dos cartas dirigidas a los Corintios. La primera, como hemos visto ya, apunta hacia la predicación de la cruz. Cuando Jesús habla del perdón y de la salvación, los hace dimanar generalmente del amor del Padre; solamente algunas declaraciones relacionan la remisión de los pecados con su muerte. Pablo, por el contrario, propone de entrada la palabra de la cruz (1 Corintios 1:18) y retorna a menudo a la virtud redentora de la muerte de Cristo; sin separar por ello al Hijo del Padre. Tanto es así, que el apóstol otorga al Padre el título de Salvador en muchas ocasiones (Tito 3:4; 1 Timoteo 2:3; 4:10), aunque lo atribuye también a veces al Hijo, sin alusión directa a su muerte (1 Timoteo 1:15). No obstante, la cruz no deja por ello de ser presentada como el hecho central de la historia de la salvación; así que algunos pasajes retendrán todavía nuestra atención.

1. Jesús hecho pecado. 2 Corintios 5:21

«Al que no conoció pecado, por nosotros *lo hizo pecado*, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él» (RV60).[270] (Se trata de una traducción literal; constituye un grave error traducir que Dios lo hizo convertirse en pecado). Veamos el contexto. Pablo acaba de presentarse como embajador de Cristo, a quien Dios ha instado a reconciliar al mundo consigo mismo. Esta reconciliación es posible gracias a la muerte de Jesús. «…si uno murió por todos, todos por tanto murieron» (5:14, BJ).

[270] (N. del T.) Optamos por esta traducción por ser la que más se ajusta a la traducción de Louis Segond que emplea el autor. CI traduce: «Al que no conoció pecado, [Dios lo] hizo pecado en favor nuestro, para que nosotros lleguemos a ser en él Justicia de Dios.»

En efecto, más que Adán, Cristo lleva en él a todos los hombres. Todo lo que ha sido creado era vida en él antes de que el mundo existiera (Juan 1:3,4). Por medio de la descendencia histórica estamos unidos a Adán; mediante la creación somos uno con Cristo. En cierto modo, a través del bautismo hemos muerto en él y resucitado en él. Y esto, para que ya no vivamos para nosotros mismos, sino para quien murió y resucitó por nosotros (5:15). Desde ese momento, nuestro conocimiento de Cristo trasciende el conocimiento del Jesús histórico. Un vínculo invisible, pero real y poderoso, nos une a él (5:16). En él, somos recreados (5:17).

Todo esto lo ha querido Dios; lo ha dispuesto haciendo surgir el mayor bien del mal mayor. Así, somos reconciliados con él, en Cristo, y actuamos en calidad de embajadores. Apremiado por el amor de Cristo, Pablo vive únicamente para servirle. Tras haber expresado todas estas ideas como en un suspiro, el autor deja caer una especie de conclusión explicativa: quien no conoció el pecado, Dios lo hizo pecado por nosotros para que fuésemos hechos justicia de Dios en él.

El verbo *conocer* designa una relación real, íntima, auténtica. Se ha dicho que Jesús no conoce la sensación de pecado, es sin pecado. Pero Dios *lo hizo* pecado. Recordemos que la serpiente levantada por Moisés en el desierto, con la cual Jesús fue comparado, no era «de serpiente» sino «de bronce». No era verdaderamente una serpiente, únicamente tenía su forma y su nombre. Del mismo modo, Jesús no hubiera podido ser pecado sin convertirse en pecador.

Es preciso desechar

> «…esta desafortunada idea, tan frecuentemente expresada a partir de la Reforma y que sería ya hora de abandonar definitivamente: Cristo habría sido tratado por Dios como una auténtica personificación de los pecadores, exactamente como si los pecados de estos se hubieran convertido en los de Cristo. En Isaías 53:10, donde San Pablo debe de inspirarse, la palabra hebrea *asham*, que puede significar "pecado", reviste de hecho, como a menudo en otros contextos, el significado de sacrificio por el pecado. Este mismo sentido del sacrificio por el pecado sería otorgado por San Pablo al término *hamartia*. Cuando él declara de Cristo que Dios lo hizo pecado por nosotros, él no querría decir más que esto: *Dios lo ha hecho sacrificio por nuestros pecados*. Esta exégesis no solo tiene un

> buen fundamento bíblico, sino que está sólidamente atestiguada en la tradición.»[271]

Esta explicación de A. Feuillet ha sido adoptada por muchos exégetas. Maurice Carrez escribe:

> «Se trata de una afirmación claramente sacrificial: Él hizo de Cristo un sacrificio por el pecado para nosotros. Léon-Dufour recuerda las interpretaciones excesivas de las que ha sido objeto esta afirmación tanto entre los católicos como entre los protestantes. Resumamos: Cristo abandonado por Dios a las potencias adversas, más aún, abandonado *de* Dios. Este abandono de Dios es en cierto modo el castigo de la condenación eterna (Bourdaloue). Moltmann habla (*El Dios crucificado*) de "Dios contra Dios".»[272]

Nosotros hemos propuesto una interpretación del abandono de Dios en la cruz que no cae en estas paradojas.

De hecho, cuando Dios permite que su Hijo sea puesto en la cruz, lo abandona en situación de pecado, aunque esté sin pecado. En ese sentido, la cruz se convierte en un sacrificio por el pecado, cuyo objetivo es vencerlo. Pablo lo afirma tajantemente: *el objetivo* (para que) no es satisfacer la vindicación divina, sino «que nosotros *lleguemos a ser* (*genômetha*) en él [Cristo] Justicia de Dios» (2 Corintios 5:21, CI). No se trata de satisfacer la cólera de Dios sobre el inocente, sino de vencer el mal pese a la situación injusta y dolorosa a que es sometido Jesús a causa de la maldad de los hombres.

Es una situación de debilidad, dice Pablo en 13:4. En virtud de esta debilidad (*ex astheneias*), pudo ser crucificado; sin embargo, en virtud del poder de Dios (*ek dynameôs Theou*) vive.

---

[271] A. FEUILLET, *Christologie paulinienne et tradition biblique,* Desclée, París, 1973, pp. 143, 144.

[272] Maurice CARREZ, *La 2e Épître de Saint Paul aux Corinthiens*, Labor et Fides, Ginebra, 1986, pp. 155, 156. Jean Hering piensa que Cristo cargó verdaderamente con los pecados. Continúa: «Por más que A. Schlatter se oponga a la asimilación de Cristo a Azazel, es muy probable que Pablo haya visto en esta expulsión del pecado algo así como una prefiguración de su ocultamiento (Col. 2:14) en el misterio de Gólgota» (Jean HERING, *La seconde épître de saint Paul aux Corinthiens*, Delachaux et Niestlé, París, 1958, p. 34). Estas dos ideas están relacionadas lógicamente, pero hemos demostrado que la segunda es filológicamente falsa.

> «Nunca nadie pudo parecer más débil e impotente que Cristo cuando en agonía y oprobio colgaba de la cruz; pero a pesar de todo Cristo vive y es supremamente enaltecido (Fil. 2:6-9). Todos los que viven en Cristo pueden esperar que compartirán no sólo su humillación, sino también su fortaleza que "se perfecciona" en la debilidad humana (2 Cor. 12:9).»[273]

2. Jesús hecho sabiduría, justificación, santificación y redención. 1 Corintios 1:30

«Por él [Dios] vosotros estáis en Cristo Jesús, que ha llegado a ser para nosotros sabiduría [venida] de Dios, y justicia, santificación y redención» (CI). La idea que domina todo el pensamiento de Pablo es que Jesús hizo todo por nosotros. Jesús mismo lo decía a su Padre en la oración sacerdotal: «Y *por ellos* yo me santifico a mí mismo» (Juan 17:19, RV60, la cursiva es nuestra). Este es el pensamiento expresado en nuestro texto: puesto que el discípulo debe ser como su maestro (Lucas 6:40), el maestro hace realidad todo lo que anhela encontrar en su discípulo, sabiduría, justicia, santificación y redención.

La construcción de la frase griega revela el papel de Dios: por su acto de elección y de vocación, él es el origen y la causa de la salvación. El verbo traducido por «ha sido hecho»[274] no es el mismo que en 2 Corintios 5:21. En esta ocasión, sería más adecuado proponer «se ha convertido en». Aquí no hay ninguna simulación, ninguna puesta en escena. Si Jesús ha sido situado en la posición del pecado sin participar en él, se ha convertido en sabiduría, justicia y santidad al encarnar de hecho estas disposiciones. Y esta personificación alcanza su grado supremo en la cruz, acontecimiento al que se refiere el verbo «se ha convertido». Jesús fue realmente sabio, justo y santo hasta la muerte.

---

[273] *Comentario Bíblico Adventista del Séptimo Día*, Mountain View: Publicaciones Interamericanas/ Pacific Press Publishing Association, 1984, vol. 6, pp. 922, 923.

[274] (N. del T.) La versión francesa de Louis Segond empleada por el autor, traduce «a été fait» (ha sido hecho). Nosotros hemos optado por la de Cantera-Iglesias, que se ajusta a la interpretación del autor.

3. Cristo nuestra Pascua. 1 Corintios 5:6-8

«¿No sabéis que un poco de levadura leuda toda la masa? Limpiaos, pues, de la vieja levadura, para que seáis nueva masa, sin levadura como sois; porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros» (RV60). La condición de la identificación con Cristo está aquí claramente indicada. La ha recordado ya en 3:16,17; somos templo del Espíritu Santo. Ahora bien –nobleza obliga– si alguien destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá. La idea reaparece en 6:19,20; comprados por un alto precio, ya no nos pertenecemos en absoluto a nosotros mismos. Para ser un solo espíritu con Cristo, es preciso ser lavado, santificado, justificado (6:11,17) y, por consiguiente, rehuir el pecado bajo todas sus formas (6:18); porque «un poco de levadura leuda toda la masa» (5:6).

> «Para comprender este pasaje conviene recordar algunos detalles de la Pascua judía:
>
> 1. En la noche del 13 al 14 de nisán y en la madrugada del 14, había que barrer cuidadosamente la casa para eliminar cualquier rastro de pan leudado, considerado entonces portador de un principio de impureza contagiosa.
>
> 2. El pan de la Pascua debía ser *azymos*, es decir, sin levadura. Igualmente, los cristianos han de evitar toda levadura, es decir, todo espíritu de impureza y de maldad, que podría contaminar toda la iglesia, y festejar una verdadera Pascua, haciendo realidad el ideal de pureza simbolizado por el pan ácimo.»[275]

La falta de uno solo recae sobre toda la comunidad. Sin embargo, nosotros somos sin levadura «porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros» (5:7, RV60). Jesús liberó realmente a los creyentes del dominio del pecado. Ya hemos visto cómo. Así que él es sin duda el antitipo del cordero pascual cuya sangre aseguraba la vida a Israel. De forma continuada se nos insta a comprender que la comunión con Jesucristo produce ineludiblemente una transformación de nuestras inclinaciones profundas, las cuales operarán también de modo progresivo un cambio de vida efectivo.

---

[275] Jean HERING, *La première épître de Saint Paul aux Corinthiens*, Delachaux et Niestlé, París, 1959, p. 40.

Así se explica el lugar reservado a la ley, a continuación de la gracia, en la teología paulina. «…para ganar a los que no tienen Ley –no es que yo esté sin Ley de Dios, no; mi Ley es el Mesías–…» (9:21). Hasta el punto de que «el que coma el pan o beba el vaso del Señor indignamente, será reo de [un pecado contra] el cuerpo y la sangre del Señor. Examínese uno a sí mismo; y después coma del pan y beba del vaso, pues el que come y bebe sin distinguir ese Cuerpo, come y bebe su propia condena. Por esto [hay] entre vosotros muchos débiles y enfermos, y mueren bastantes» (11:27-30, CI).

Pablo denuncia con dureza un uso inadecuado de la Santa Cena. No se trata de que haya que estar sin falta para participar de ella; porque entonces todos deberían abstenerse. «Comer y beber indignamente» es hacerlo sin adentrarse en uno mismo para alcanzar el arrepentimiento; y sin lograr la unidad de la iglesia, cuerpo de Cristo (recordemos las disensiones señaladas desde el principio de la epístola). Debe observarse además que la unidad exige una separación respecto de los infieles (2 Corintios 6:14-18). «Purifiquémonos de toda mancha de [la] carne y de[l] espíritu, llevando a término [nuestra] santificación en [el] temor de Dios» (2 Corintios 7:1, CI). No olvidemos, sin embargo, que para Pablo *purificarse* no es imponerse artificialmente un moralismo exterior, sino vivir de acuerdo con la pureza que Cristo otorga a su iglesia.

4. En el desfile triunfal. 2 Corintios 2:14-17

«Pero, ¡gracias a Dios, que siempre nos hace triunfar en Cristo, y en todo lugar pone de manifiesto por nosotros el olor de su conocimiento!»[276] La versión Second presenta una nota para señalar que la expresión «que siempre nos hace triunfar» puede igualmente ser traducida por «que triunfa siempre sobre nosotros». Son dos significados diametralmente opuestos: en un caso somos vencedores; en el otro, vencidos. ¿De qué se trata?

El verbo griego *thriambeuô* pertenece al vocabulario militar. Cuando un general regresaba a la capital después de haber vencido a los enemigos,

[276] (N. del T.) CI. Esta traducción indica en nota al pie «nos hace triunfar: o *nos exhibe como cautivos en su triunfo*».

se organizaba un desfile triunfal en su honor. En su carro, puesto en pie detrás de él, un esclavo hacía oscilar un incensario repitiendo continuamente *«¡Caesar, hominus te esse memento!»* (Recuerda, César, que no eres más que un hombre). Rodeado de incienso, el vencedor se exponía a dejarse llevar por la euforia. Tras el carro marchaban los prisioneros de guerra y los reyes vencidos. Por eso, según Plutarco, cuando Cleopatra visitó la sepultura de Marco Antonio, juró preferir la muerte a la cautividad. «No –dijo ella– no me dejaré conducir por tu vencedor en su desfile triunfal.» En suma, la expresión «ser conducido en triunfo» implica el hecho de haber sido vencido.

Consecuentemente, la analogía se esclarece: Jesús obtuvo la mayor victoria de todos los tiempos y nosotros somos invitados a participar en su desfile triunfal. Para ello, es necesario y suficiente que hayamos sido vencidos por él, que nos hayamos rendido a su llamado. Pero, en nuestra vida espiritual, nuestros verdaderos triunfos son los que Dios consigue sobre nosotros. Las derrotas que nos inflige son nuestras únicas victorias. Y en su desfile glorioso debemos esparcir la fragancia de su conocimiento (2 Corintios 2:15). Ahora bien, a menudo para obtener el perfume de una flor es preciso machacarla; a veces, dar a conocer a Cristo exige también sacrificios. Además, habitualmente los vencidos llevados en triunfo tras los generales romanos debían participar en la capital en los célebres juegos a los que tan aficionados eran. Tanto si se trataba de enfrentarse a las fieras como de luchar contra los gladiadores, casi siempre corría la sangre. Pablo era el más indicado para saber que detrás de Cristo-Rey uno debe estar listo para pagar con su propia vida.

«Para éstos, un olor que da muerte y sólo muerte; para los otros, un olor que da vida y sólo vida» (2:16). El resultado no depende de nosotros. Nuestra parte es «no traficar con el mensaje de Dios», sino dar testimonio «conscientes de nuestra sinceridad, conscientes de que lo hacemos de parte de Dios, bajo su mirada, movidos por Cristo» (2 Corintios 2:17). Entonces, ya no queda ninguna duda, porque Dios nos hará triunfar en Cristo.

> «Paradójicamente, el paso de Jesús por la cruz es el desfile glorioso de Dios en el cual, como emperador del mundo, conduce a sus tropas del mismo modo que un emperador romano llevaba a sus prisioneros (Colosenses 2:13). En 2 Corintios 2:14, Pablo se describe a sí mismo como

uno de esos prisioneros. Sin embargo, considera como una gracia el hecho de poder, en sus cadenas, acompañar a Dios por todas partes y en todo momento, en su marcha triunfal, aunque sea solamente como esclavo de Cristo.»[277]

[277] G. DELLING, *TDNT*, vol. 3, p. 160.

Capítulo 4

La Epístola a los Gálatas

1. Un alegato

La Epístola a los Gálatas constituye un valioso complemento de la Carta a los Romanos, aunque difiere de ella sobre todo en el tono: entonces didáctico y sosegado, y ahora más vehemente.

> «La mayoría de los estudios enfatizan las cualidades intelectuales y morales del apóstol. El valor y la tenacidad del gran misionero se enaltecen constantemente, sus compendios doctrinales son admirados y se lo compara con los grandes filósofos. Se hace así de Pablo un teólogo intelectual, relegando la importancia de las pasiones y de las emociones en el proyecto teológico del apóstol.»[278]

Sin embargo, la pasión ocupa un lugar notable en la Epístola a los Gálatas. Cuando exclama: «Querría estar ahora presente entre vosotros, y adaptar mi lenguaje, porque me tenéis desorientado» (4:20, CI), expresa los sentimientos de un padre. Acaba de reconocer que experimenta de nuevo por ellos los dolores del alumbramiento. La epístola es claramente un alegato: Pablo defiende la causa del evangelio; de ahí el interés de este escrito para nuestro tema.

2. Ley, fe, gracia

Toda la discusión se centra en la interpretación de la gracia en relación con el lugar central de la cruz en la justificación. Sus adversarios lo acusan de favorecer el pecado siendo que la justificación por la fe, que da acceso a la vida en Cristo, genera por naturaleza la victoria sobre el pecado. Si ellos no han comprendido todas las implicaciones del «ser en Cristo», es en parte debido a la forma en que el apóstol habla de la ley.

---

[278] François BOVON, Marcel DURRER, Marinette PAYOT, Cécile De PURY, Bernard RORDORF, Philippe ROULET, Ulrich RUEGG y Joël ALLAZ, *Chrétiens en conflit*, Labor et Fides, Ginebra, 1987, p. 27.

En lo sucesivo, la palabra ley corresponde, en su vocabulario y en su pensamiento, a un sistema de salvación basado en las obras humanas. Y entiende por *obras*, en primer lugar, todo lo que es instrumento de cambio, lo que se hace en contrapartida de lo que se espera. Por ejemplo, todo lo ritual, como la participación en las ceremonias judías, que no implica necesariamente un cambio de vida; todo aquello que uno puede cumplir por motivos religiosos permaneciendo interiormente esclavo de todos los vicios posibles. La institución de las indulgencias, que tanto sublevó a Lutero, constituye una buena ilustración de ello. Se añaden a ellas los rosarios, las peregrinaciones, las misas y todos los demás actos religiosos a los que uno se somete para ganar los favores del cielo. Recuerdo a una señora que me decía: «Esta semana he hecho muchas obras de caridad porque he pecado mucho.»

Pero la perversión de la gracia en relación con la ley puede ser todavía más sutil. Porque la obediencia a los mejores mandamientos divinos también puede emplearse como un medio para presionar a Dios. Si la obediencia es concebida como un crédito humano que garantiza el débito divino, está corrompida; porque la única posibilidad de obtener la salvación reside en el descubrimiento de su carácter completamente gratuito: solamente puedo recibirla, nunca merecerla.

Comprender esto confiere a nuestras relaciones con Dios la única dimensión de gratitud apropiada; es decir, el discípulo de Jesús obedece los mandamientos de Dios no para ser salvo, sino porque es salvo. La obediencia dimana entonces naturalmente, y yo diría científicamente, de nuestra nueva situación. Cuando se introduce una semilla en la tierra, comienza una obra misteriosa, tan bien definida por las leyes de la ciencia que podemos describir de antemano todas sus etapas. Desde este punto de vista, el Sermón de la Montaña no me dice lo que *debo hacer*, sino lo que *haré* espontáneamente, de acuerdo con las leyes espirituales, si estoy en Cristo. Dime si deseas fervientemente ser la persona descrita en este maravilloso discurso y te diré si estás salvado.

Este es el sentido de la oposición que tan vehementemente establece Pablo entre la ley y las obras. La ley sola me hace tomar conciencia de mi incapacidad. Sirve de pedagogo para conducirme a Cristo (3:24), entendiendo aquel como el esclavo que antaño llevaba al niño a su maestro. En

el mismo sentido, Pablo afirma que Cristo es el fin de la ley (Romanos 10:4). Sin embargo, Jesús revela que, permaneciendo en el amor de su Padre, ha guardado sus mandamientos. Igualmente, nosotros debemos permanecer en su amor para guardar sus mandamientos (Juan 15:9-11). El apóstol Juan, que se refiere a estas palabras, las desarrolla en su primera epístola: quien permanece en Dios, y en quien Dios permanece, guarda sus mandamientos (1 Juan 3:24). Volveremos a esto más adelante. Observemos ya la concordancia, en este aspecto, entre Pablo y Juan.

3. La fe que obra. Gálatas 1:4; 5:6

En efecto, según Pablo, Cristo «se entregó por nuestros pecados *para* librarnos de este perverso mundo presente, conforme al designio de Dios nuestro Padre». La expresión «perverso mundo presente» designa lo que el apóstol Juan denomina tan peyorativamente «el mundo»: «No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Quien ama al mundo no lleva dentro el amor del Padre, porque de todo lo que hay en el mundo –los bajos apetitos, los ojos insaciables, la arrogancia de dinero– nada procede del Padre, procede del mundo» (1 Juan 2:15,16). Es sin duda una expresión concreta para denunciar el pecado. Toda la obra de Cristo, que culmina en la cruz, está por tanto orientada a sacarnos del pecado.

Pablo precisa: «Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor» (5:6, RV60). La circuncisión simboliza aquí el sistema de salvación por las obras, donde el pretendido *débito* de Dios se amplía a medida que se incrementa el supuesto crédito de los hombres: cuanto más hace el hombre más le debe Dios. Pablo no quiere oír hablar más de esto; él vive con alegría y predica con pasión la superación de la antigua alianza. Este sistema es sustituido por la fe «que obra» por el amor. Hemos de saber que el verbo «que obra» (*en*ergo*umenè*) deriva de la raíz *ergon* que significa «trabajo». Por consiguiente, Pablo no está en contra de las obras (Romanos 2:16; 2 Corintios 5:10), sino contra las actitudes que desembocan inevitablemente en el orgullo. Según sus propias palabras, quiere la obediencia de la fe y no la obediencia de la ley.

4. Cristo en nosotros. Gálatas 2:11-21

Este pasaje presenta la tesis central del mensaje de Pablo. Aun los apóstoles tuvieron problemas para comprenderla y Pablo hubo de enfrentarse un día a Pedro en una difícil coyuntura. Habiendo vivido su existencia al servicio de la ley como un humillante fracaso (Filipenses 3:4-11), Pablo ya no está dispuesto a compromisos en ese ámbito, así que se convertirá en audaz abogado de su causa sin importarle ante quién. En Antioquía se opuso a una de las columnas,[279] para quien no resultaba evidente la diferencia entre vivir bajo la ley y vivir bajo la gracia.

> «Desde la perspectiva de Pablo, el encuentro con Jesús crucificado es decisivo. En este, todos los que se confían a él por la fe descubren a un Dios que se acerca a los pecadores, un Dios amante, que llega incluso a entregarse él mismo. Un encuentro así no puede ser superado ni reemplazado por una normativa. La vida cristiana vivida como una solidaridad con el crucificado no es más que una disposición a vivir de la gracia que Dios reveló. La oposición radical que Pablo establece entre la justificación por las obras y la justificación por la fe […] no tiene, por tanto, nada de accidental, emana de la cruz de Cristo. Ante el crucificado, Pablo comprendió que la actitud correcta con respecto a Dios no es presentarnos con una justicia adquirida por nosotros mismos, sino renunciar a toda pretensión para recibir nuestra existencia y nuestra identidad de la única relación que Dios ha creado […] en Jesucristo.»[280]

Lo esencial es reconocer de hecho y de derecho que no tenemos ninguna atribución en la gracia que nos ha sido otorgada. Puesto que esta idea es fundamental, intentaremos precisarla lo máximo posible.

5. Cuatro modos de considerar la santidad

5.1. Un ideal inaccesible

Para muchos, la santidad es un ideal espléndido pero inaccesible; la podemos admirar de lejos sin tener acceso a ella. Tal como uno nace, así

---

[279] (N. del T.) En Gálatas 2:9, cuando Pablo narra su visita a Jerusalén, dice de Santiago, Pedro y Juan «que eran considerados como columnas». El autor se refiere con esta expresión al apóstol Pedro con quien se enfrentó en Antioquía (Gálatas 2:11-21).

[280] François BOVON *et al.*, *Chrétiens en conflit*, *op. cit.*, p. 37.

permanece: si nací colérico, seguiré siéndolo. Además, solemos recurrir al temperamento natural para excusarnos de las debilidades a las que cedemos. Seguramente no rechazamos el evangelio, lo necesitamos para embellecer la existencia; incluso para apelar a la gracia en nombre de San Pablo, para justificar una conducta muy diferente de la del apóstol… y de Jesucristo. Queremos mantener las ventajas del cristianismo, sin cambiar de carácter ni de conducta. Pero al actuar de esta forma convertimos a Jesús en un iluso. El Dios tres veces santo no es más que el indulgente consolador de un hombre que se complace en sus debilidades.

Un cristiano sincero y leal debe admitir la posibilidad de vencer el pecado; sin ello, la plegaria del Padrenuestro ya no podría ser pronunciada. ¿Cómo pedir a Dios que nos libre del mal sin creer que puede concedérnoslo? Sería una inconsecuencia.

5.2. Un mandato que cumplir

De los idealistas griegos pasamos a los moralistas judíos. Moisés, el gran libertador, es llamado por Dios a la cumbre del Sinaí, la montaña humeante a cuyos pies todo retiembla. Tras una larga ausencia que constituye en sí misma una prueba –cuarenta días–, vuelve a descender llevando las dos tablas de la ley, los Diez Mandamientos. Y en un arrebato de liberalidad, a una sola voz, el pueblo se compromete: «Haremos cuanto dice el Señor» (Éxodo 19:8; 24:3). Ninguna religión ha insistido más que la judía en la necesidad de obedecer; ningún pueblo ha mostrado más tenacidad para conseguirlo. Pero, ¡cuántas caídas!, ¡cuántas traiciones!, ¡qué desesperado propósito! Toda la historia de Israel resuena dolorosamente con los lamentos de Dios frente a su pueblo duro de cerviz. Los patéticos llamados de los profetas inspirados solo tuvieron efecto sobre un «remanente».

En el contexto cristiano asistimos a veces al mismo drama; es inevitable. Cuando consideramos la santificación como una labor continuada del alma, que trabaja sobre sí misma como quien pule un diamante, nos comprometemos a llevar un yugo insoportable.

> «¡Pobres almas mortales! Sois dignas de compasión. En lugar de negar la posibilidad de alcanzar el ideal, como los paganos, aceptáis humilde-

> mente la colosal tarea que se os impone. Pero, ¡tened cuidado! os aplastará; os encaminái hacia el desánimo sombrío, tal vez a la rebelión, quizás al escepticismo práctico y definitivo.»[281]

Cumplir una orden práctica está bien; pero ¿cómo obedecer de pensamiento, y cómo llegar a amar a los enemigos?

«El que está intentando alcanzar el cielo por sus propias obras al guardar la ley, está intentando un imposible. El hombre no puede ser salvado sin la obediencia, pero sus obras no deben ser propias.»[282]

5.3. Un ejemplo a imitar

Se trata ahora de vivir como cualquier otro, hecho semejante a sus hermanos, con una perfección moral que hace brillar ante nuestros ojos la expectativa de parecernos a él: ya que él ha sido como yo, yo debo poder ser como él. Aquí abajo, el ejemplo es soberano; la influencia es para los que actúan, no para los que hablan. Por otra parte, ¿no aconsejó el apóstol Pablo: «Seguid mi ejemplo, como yo sigo el de Cristo»? (1 Corintios 11:1). Nos alienta a ir incluso más allá: «Como hijos queridos de Dios, procurad pareceros a él» (Efesios 5:1). Y, sin embargo, Dios promulga en vano los Diez Mandamientos de su ley a través de Moisés. La humanidad se compromete y se arrastra de desobediencia en desobediencia. Con Jesús, todo debería cambiar. Porque el ejemplo tiene el poder de impulsar. Quien dice: ve, y se queda atrás, no es escuchado; pero caminamos con el que sale y grita: ¡soy yo! Este es el ejemplo de Jesús seguido por Pablo.

Excepto cuando descubrimos, lamentablemente, que el ejemplo no es siempre todopoderoso y nos arriesgamos a una desilusión tanto más humillante cuanto más intensa ha sido la esperanza. Queremos imitar a Jesús, pero él enseguida desaparece transfigurado en una nube. Su perfección es espontánea y sin defecto; supera con creces a todos los hombres. Decididamente, la imitación de Jesucristo se parece más bien a la contemplación de un ideal inaccesible, o a las exigencias de una orden imposible de ejecutar.

---

[281] Wilfred MONOD, *Il vit*, Fischbacher, París, 1898, p. 118.

[282] Ellen G. WHITE, *Mensajes selectos*, *op. cit*., tomo 1, p. 426.

Cuando Pablo invita a los corintios a imitarlo como él mismo imita a Cristo, no se refiere a la vida santa de Jesús. Ante un problema específico en la relación con los demás –el de las carnes presentadas a los ídolos–, él recomienda la tolerancia: «No seáis un impedimento para judíos ni griegos ni para la comunidad, como yo a mi vez procuro en todo dar satisfacción a todos, no buscando mi provecho, sino el de la gente, para que se salven» (1 Corintios 10:32,33) Se trata de un consejo que hay que seguir en el ámbito de la evangelización. Pablo se inspira en los métodos de Cristo y recomienda a los demás hacer lo mismo. Cuando se trata de psicología en el trabajo misionero, el comportamiento del Maestro permanece como el punto de referencia.

El llamado a imitar a Dios (Efesios 5:1) debe comprenderse también desde el punto de vista de la referencia. Hemos sido creados a imagen de Dios, y somos invitados a recobrar esta semejanza. Así como la ley sigue describiendo en qué consiste la voluntad de Dios, el Padre y el Hijo siguen siendo para todos los cristianos el punto clave por excelencia. Sabemos hacia qué debemos tender sin haber descubierto el medio para llegar a ello.

5.4. Vivir en Cristo

En resumen, este es el único camino, revelado por Pablo, para acceder a la santidad: «Lo que es yo, estando bajo la Ley morí para la Ley, con el fin de vivir para Dios. Con el Mesías quedé crucificado y ya no vivo yo, vive en mí Cristo; y mi vivir humano de ahora es un vivir de la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí» (Gálatas 2:19,20). Se puede ser torpe al copiar un modelo; para imitar a un gran artista, hay que tener su genio. Igualmente, para parecerse a Cristo, hay que ser habitado por él. Con razón se ha insistido en una mística del ser-en-Cristo y de la unión con Cristo. Ese es el secreto.

> «Ser en Cristo, expresión predilecta del apóstol, no expresa solamente una especie de comunión de ideas o de sentimientos con Cristo, sino que alude a una nueva manera de existir, como se ve aquí, y como lo expresará de una forma clásica 2 Corintios 5:17, el que está en Cristo [es] una criatura nueva. El empleo de la preposición *en* (dentro de) se justifica por la pertenencia real del cristiano al cuerpo de Cristo. La contrapartida de esta verdad ontológica en el ámbito de la psicología se expresa con la

> fórmula: "Cristo en mí, en nosotros, en vosotros". Cristo está presente en la colectividad cristiana, así como en cada uno de sus miembros.»[283]

«¡En Cristo!» La expresión aparece 165 veces en las epístolas de Pablo.[284] A primera vista, nos sorprende. Nunca un admirador de la música de Bach ha podido decir: «¡Es Johann Sebastian Bach quien vive en mí!» Ni un pintor: «¡Rembrandt vive en mí!» Tratándose de Cristo, ¿no estaremos conformándonos solo con las palabras? –Pues no. Por lo menos, si hemos comprendido que todo lo que vive recibe su vida de Cristo (Juan 1:3,4).– Si Cristo es mi vida (Filipenses 1:21), si mi vida está escondida con Cristo en Dios (Colosenses 3:3), puede existir una comunión auténtica entre él y yo. Esta es la razón por la que el apóstol Pedro pudo predicar: «La salvación no está en ningún otro, es decir, que bajo el cielo no tenemos los hombres otro diferente de él al que debamos invocar para salvarnos» (Hechos 4:12). No se trata de una decisión arbitraria de Dios contra Mahoma o Buda Sakiamuni; Cristo es indispensable para la salvación porque es la fuente de nuestra vida. El drama es que lo ignoramos y no intentamos, en consecuencia, restablecer el contacto interrumpido por el pecado.

En cuanto al apóstol Pablo, como bien dice Michel Bouttier:

> «La presencia de Cristo estalla en su vida con demasiada evidencia para que nadie se atreva a negar su realidad, pero esta realidad no es de las que se encierran en una fórmula. Emana de todo lo que sabemos del apóstol, palpita a lo largo de sus cartas; engendra la conciencia apostólica –el Señor mismo está trabajando en la persona de su enviado–. Sus pensamientos se manifiestan en los pensamientos de Pablo (1 Corintios 2:16, "nosotros poseemos la mente de Cristo", CI); sus palabras, en su boca (2 Corintios 13:3); sus sufrimientos, en las tribulaciones de su siervo (2 Corintios 4:11); su verdad, en las proclamaciones de su testigo (2 Corintios 11:10, la verdad de Cristo está en mí); su fuerza, a través del combate que lidera su soldado (Colosenses 1:29); su poder, en su debilidad; y su alegría, su paz, su amor, sí, en el amor de su elegido (Filipenses 1:8). La presencia del Señor, lejos de difuminar el carácter o el temperamento de Pablo, le confiere por el contrario su personalidad

[283] Jean HERING, *La seconde épître de saint Paul aux Corinthiens*, *op. cit.,* p. 23.

[284] *Cf*. Michel BOUTTIER, *En Christ: Étude d'exégèse et de théologie paulinienne,* Presses Universitaires de France, París, 1962.

> auténtica, eterna. El que viene es totalmente Cristo –y totalmente su enviado, totalmente Jesús y totalmente Pablo; este hombre verdaderamente muerto y sin embargo plenamente vivo–. Esa exultante seguridad le hace exclamar: "Ahora como siempre, Cristo será engrandecido en mi cuerpo, sea por [mi] vida o sea por [mi] muerte" (Filipenses 1:20, CI).»[285]

En síntesis, aquel en quien Cristo vive participa de todo lo que caracteriza su santidad: sus pensamientos, sus palabras, su verdad, su fuerza, su poder, su alegría, su paz, su amor y… su sufrimiento. La fe en Cristo forma entre el hombre y Cristo una unión misteriosa, pero real y viva, mediante la cual nos convertimos en partícipes de su naturaleza, de su persona y de su historia; en miembros de su cuerpo. Desde ese momento, si Cristo en la tierra encarnaba a Dios junto a nosotros, él nos encarna hoy junto a Dios. Dios ve a los creyentes a través de su Hijo. Les ama a través de Jesús. «El corazón se une con su corazón, la voluntad se fusiona con su voluntad, la mente llega a ser una con su mente, los pensamientos se sujetan a él; vivimos su vida. Esto es lo que significa estar vestidos con el manto de su justicia.»[286]

El cristiano no intenta desarrollarse a sí mismo; recibe y se apropia constantemente del principio divino de todo crecimiento espiritual. «El que está intentando alcanzar el cielo por sus propias obras al guardar la ley, está intentando un imposible. El hombre no puede ser salvado sin la obediencia, pero sus obras no deben ser propias. Cristo debe efectuar en él tanto el querer como el hacer la buena voluntad de Dios.»[287]

No olvidemos que esta bendita experiencia está condicionada por la muerte con Cristo. «He sido crucificado con Cristo», dice Pablo. O incluso: «En cuanto a mí, que no se me ocurra poner mi orgullo si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la que [el] mundo está crucificado para mí y yo para [el] mundo» (Gálatas 6:14, CI). Ser crucificado con Cristo, morir para el mundo, nuestro viejo hombre crucificado con Cristo (Romanos 6:6), morir al pecado (Romanos 6:11); todas estas expresiones significan

---

[285] *Ibidem.,* pp. 82, 83.

[286] Ellen G. WHITE, *Palabras de Vida del Gran Maestro,* Pacific Press Publishing Association, 1971, p. 253.

[287] Ellen G. WHITE, *Mensajes selectos, op. cit*., tomo 1, p. 426.

que, habiendo descubierto el verdadero rostro de Dios, damos resueltamente la espalda a la serpiente del huerto de Edén. En lugar de querer ser Dios, reconocemos a Dios como nuestro Padre celestial. Lejos de querer reemplazarle tomando nuestras ideas o nuestros deseos como norma, aceptamos su voluntad. No en una actitud servil, sino como hijos e hijas, contentos de ser rehabilitados y de haber descubierto el secreto de la santidad. Cristo vive ya en el cristiano. Debe sustituirlo a su yo natural, renegado definitivamente al pie de la cruz.

6. La maldición. Gálatas 3:6-14

Este pasaje ha hecho correr ríos de tinta, por una parte como lectura cristiana del Antiguo Testamento,[288] y por otra a propósito de la tensión entre la ley y la fe. Nosotros nos ocuparemos únicamente de este último aspecto, en relación con la maldición de la cruz.

Tras haber aludido a la reciente experiencia de los Gálatas, Pablo la contrasta con la Escritura mencionando el ejemplo de Abraham, como lo ha hecho en Romanos 4. Abraham es el padre de los creyentes; representa al verdadero pueblo de Dios. Su historia es ejemplar. Sus verdaderos hijos no son sus descendientes carnales, sino los hijos de la promesa, considerados su posteridad (Romanos 2:28,29; 9:6-15). Su fe, a los ojos de Pablo, no se reduce a una simple confianza que agrada a Dios; en realidad, se cuenta como base de la justificación (Romanos 4; Gálatas 3:6,7). Quienes proceden de la fe (*ek pisteôs*) son, pues, hijos de Abraham (Gálatas 3:7). La fe es a partir de ahora la única condición que hay que cumplir para pertenecer al pueblo de Dios. Se abre la puerta a los gentiles. La universalidad de la salvación está asegurada. En Abraham son benditas todas las naciones (3:8).

El beneficio no solo favorece a los paganos, los judíos acceden igualmente a él. Porque el régimen de la ley es draconiano. ¿No proclama: «¡Maldito quien no mantenga todas las palabras de esta ley, poniéndolas

[288] *Cf*. Xavier LÉON-DUFOUR, en *L'Évangile hier et aujourd'hui,* Mélanges offerts au professeur Franz-J. LEENHARDT, Labor et Fides, Ginebra, 1968, pp. 109-116.

en práctica!» (Deuteronomio 27:26, CI)? Pablo cita este texto según la Septuaginta, que intensifica su trascendencia cuando declara maldito a cualquiera que no observe *todo* lo que está escrito en el libro de la ley. Obviamente, bajo este régimen nadie tiene ninguna posibilidad de escapar. Pablo lo afirma en el versículo 11, nadie puede alcanzar la justicia por la ley. Se esfuerza así en convencer a sus lectores de la inoperancia de la ley. Los Gálatas creían en Cristo, pero continuaban poniendo su esperanza en él **y** en la ley; quizás poco más o menos como Pablo había hecho, después de su conversión, en la penosa experiencia que él mismo confesó (Romanos 7). Bajo la ley, no se evita la maldición.

Ahora bien, ¿qué significa «maldecir»? Dos ejemplos nos ayudarán a esclarecerlo:

- Algunos días antes de su muerte, Jesús se traslada a Jerusalén. Siente hambre, ve una higuera y se acerca a ella para comer algunos frutos. Pero no encuentra más que hojas, y la maldice (Marcos 11:21; Mateo 21:18-20). Y la higuera se seca hasta las raíces (Marcos 11:20).
- En su discurso sobre el juicio final, el Maestro enseña que pondrá a los justos a su derecha y a los otros a su izquierda. «Entonces dirá también a los de la izquierda: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles…» (Mateo 25:41, RV95).

En cuanto a la higuera, Pierre Bonnard cita el comentario de Calvino sobre la maldición: «Aprendamos de aquí lo que significa la palabra maldecir; es decir: que el árbol es condenado a morir estéril.»[289] No cabe la menor duda: los malditos son condenados a la esterilidad y a la muerte eterna. ¡Temible veredicto!

Pero, gracias a Dios, Pablo ha descubierto la solución:

> «El Mesías nos rescató de la maldición de la Ley, haciéndose por nosotros un maldito, pues dice la Escritura: *"Maldito todo el que cuelga de un palo"*; y esto para que por medio de Jesús el Mesías la bendición de

[289] Pierre BONNARD, *El Evangelio según San Mateo*, *op. cit.*, p. 458.

> Abrahán alcanzase a los paganos y por la fe recibiéramos el Espíritu prometido» (3:13,14).

La primera parte de este pasaje ya no debería suponer para nosotros un problema grave, pues hemos reflexionado detenidamente sobre el celo de Cristo por nuestra salvación.

> «El propósito de Dios se extendía a todas las familias de la tierra (v. 8). Sin embargo, la ley había limitado provisionalmente la historia de la salvación al pueblo judío, que la había convertido en *su* ley. Encadenado a esta ley por su ambición religiosa, dominado por ella, el pueblo de Dios se asfixiaba en su legalista singularidad. Para que recobrara su vocación universal, era necesario primero que fuera liberado de la maldición de la ley y hecho apto para acoger en su seno a las naciones sin someterlas a las observancias legales. Es esta liberación la que describe aquí la idea de rescate. […] La idea de rescate (4:5; *cf.* 5:1), en la Epístola a los Gálatas está al servicio de esta liberación (5:1) más general y más fundamental.»[290]

Ante el hombre culpable, la ley nos abandona a la maldición. Maldición de la que Jesucristo nos libera, si nos adherimos a él por la fe.

Hemos de señalar que la maldición de la ley es también la maldición de Dios. Según Pablo, la ira de Dios se manifiesta contra toda impiedad y toda injusticia de los hombres (Romanos 1:18). Cuando escribe que Cristo *nos* ha rescatado, este *nos* no atañe solamente a los judíos o a los judeocristianos, sino a todos nosotros, hoy. Ningún hombre escapa naturalmente a esta ira y a esta maldición. Todos tenemos necesidad de Cristo.[291] Queda pendiente ahora descubrir cuál es el pensamiento de Pablo cuando afirma que Cristo se ha hecho maldición por nosotros.

Antes que nada, hay que alertar de la posibilidad de un terrible malentendido, que consiste en confundir a Cristo en la cruz con un criminal maldito por Dios. Este el código civil del Deuteronomio: «Si uno sentenciado a pena capital es ajusticiado y colgado de un árbol, su cadáver no quedará en el árbol de noche; lo enterrarás aquel mismo día, porque Dios maldice al que cuelga de un árbol, y no debes contaminar la tierra que el Señor, tu

---

[290] Pierre BONNARD, *L'épître de Saint Paul aux Galates,* Delachaux et Niestlé, París, 1953, pp. 68, 69.

[291] *Cf.* BUCHSEL, en *TDNT*, vol. I, p. 450.

Dios, va a darte en heredad» (21:22,23). El condenado no era ejecutado por medio del ahorcamiento, sino que este se producía después, en caso de un pecado particularmente odioso, como un agravamiento de la pena. Colgado de un árbol o de un poste, el cuerpo era expuesto al oprobio, como un objeto de horror. Al caer la noche, el cuerpo debía ser sepultado.

Es verosímil que los judíos hubieran considerado primero la muerte de Cristo en la cruz a la luz del código civil. Jesús se les aparecería entonces como maldito de Dios. Maurice Goguel piensa que Saulo de Tarso vivió este impacto hasta el punto de entregarse sin piedad a la persecución de los cristianos:[292] si Jesús es maldecido por Dios, hay que impedir que su nombre se imponga, puesto que maldecir consiste en hacer secar hasta las raíces.

Sin embargo, el apóstol, que no vive más que por Cristo y para Cristo, ya no puede albergar un pensamiento como este. Su vida entera está consagrada a difundir el conocimiento del crucificado. Además, no ha citado íntegramente el código civil: Deuteronomio precisa que un ahorcado es «maldición *de Dios*». Pablo omite en su referencia las palabras «de Dios». Podrían aplicarse con propiedad a los malhechores, pero no a Jesucristo cuya muerte es un sacrificio fragante (Efesios 5:2). ¡Existe una incompatibilidad absoluta entre una muerte maldita y un sacrificio fragante!

Por otra parte, Jesús no fue expuesto después de su muerte, sino en su pasión. La crucifixión fue a la vez el suplicio y la exposición del ajusticiado. Así pues, no hay aquí conformidad con el código; ambas situaciones no pueden superponerse.

Finalmente, resulta fundamental una aclaración: Pablo no dice que Jesús nos ha rescatado de la maldición *porque* se ha convertido *él mismo* en maldición. El texto no sugiere ninguna relación de causa y efecto entre la maldición y la liberación. Constata solamente una concomitancia entre las dos cosas. Jesús nos ha liberado mediante un ministerio que comenzó antes de que el mundo existiera y que se ha manifestado sobre todo en la cruz; y, precisamente en ella, ha padecido una muerte que se parece a lo que resultaba más innoble para un judío, una maldición. Esto recuerda el canto del siervo del Eterno: «*nosotros* lo estimamos leproso, herido de Dios y

[292] Maurice GOGUEL, *Revue d'Histoire et de Philosophie Religieuses*, nov.-dic. 1930, pp. 513, 514.

humillado» (Isaías 53:4). El Padre y el Hijo no ignoraban esta interpretación. ¿Sería exagerado decir que ello debió hacerles sufrir más que todo lo demás? Porque el Hijo ha sido injustamente condenado por una falsa blasfemia; y el Padre ha visto su rostro desfigurado de forma infamante. A pesar de todo, el Padre y el Hijo quisieron la cruz y aceptaron el juicio de maldición. ¡Esa fue la culminación de su sufrimiento! Era, pues, preciso para vencer a Satanás, para borrar las transgresiones, para erradicar el pecado, para liberar al hombre y rehabilitarlo en su posición de hijo.

¿Hay que ir más allá y admitir que Jesús fue maldecido por la ley debido a «su carne parecida a la del pecado»?[293,294] Dudo en admitirlo, pues

---

[293] (N. del T.) El autor cita Romanos 8:3 en la versión de Louis Segond. CI traduce: «…pues lo imposible para la ley, al estar debilitada por la carne, Dios [lo realizó] enviando a su Hijo en carne semejante a [nuestra] carne pecadora, y, para expiar el pecado, en su carne condenó al pecado…».

[294] «Conocemos las interpretaciones desarrolladas a partir de estas expresiones por algunos predicadores luteranos: Cristo ha sido realmente hecho pecador y maldición en nuestro lugar, asumiendo incluso la pena de condenación. La ley, que sentencia a muerte a los pecadores, tenía entonces un motivo para castigarlo; pero, al afectar a un inocente, un Hijo de Dios, que no había estado sometido a ellas, tanto la ley como la muerte han agotado todos sus derechos y pierden su potestad sobre los hombres. Se asegura que no hay ningún obstáculo infranqueable para que el castigo sea pagado por otra persona que no sea el deudor, que podrá, de este modo, ser amnistiado sin que la justicia pierda ninguno de sus derechos. La redención se reduce a esta clase de transferencia. En ese sentido, sin ser personalmente el objeto de la cólera divina, Cristo experimenta todos los efectos, a partir del momento en que quiso tomar el lugar de los pecadores mediante su sustitución. Los textos de San Pablo sobre el Hijo de Dios, hecho "maldición" y "pecado" por nosotros, proporcionan un apoyo bíblico a estas deducciones. En última instancia, el Hijo de Dios sufre incluso los tormentos del infierno, como lo atestiguaría su lamentación en la cruz: Jean RIVIÈRE, *Dictionnaire de Théologie Catholique*, tomo XIII, Letouzey et Ané, Paris, c. 1970, s. […] ¿Cuál es el valor de este razonamiento para la teoría de la sustitución penal?»

Resumo la respuesta propuesta por J. Bonsirven: Por amplio que sea el espacio concedido a la antítesis oratoria, no se puede admitir que el apóstol considere pecador y maldito a quien él llama Hijo de Dios, habiéndose despojado únicamente de los honores divinos, pero conservando la naturaleza divina. «No hay que completar arbitrariamente el pensamiento de Pablo, escribió el P. Prat (Ferdinand PRAT, *La Théologie de Saint Paul,* II, 28.ª ed., Beauchesne, París, p. 249) a riesgo de falsearlo o disfrazarlo. Pablo no sugiere que la Ley, que maldice injustamente al inocente, pierde en lo sucesivo el derecho de maldecir a los culpables; ni que la ley, al obtener la muerte de Cristo, recibe todo lo que se le debe y ya no tiene nada que reclamar. Se trata de puras imaginaciones de los exégetas desesperados. El verdadero pensamiento del apóstol es más simple y menos enigmático: la maldición, materialmente pronunciada por la ley y aceptada por el Salvador, no es el medio sino la condición de nuestra salvación. Dicho de otro modo: Jesucristo no libera a los judíos del yugo de la ley; sino que

da crédito al dogma del pecado original, concebido como un proceso que conlleva automáticamente la condenación de todos los hombres, independientemente de sus propios pecados. Si nosotros no somos condenados por el pecado de Adán, ¿por qué había de serlo Cristo? Sea como fuere, Jesús queda expuesto a la vista del mundo como una maldición por el pecado, se encuentra injustamente en la situación que debería vivir cada pecador, padece una terrible angustia. El sol se oculta; la tierra tiembla.

> «De repente, la lobreguez se apartó de la cruz, y en tonos claros, como de trompeta, que parecían repercutir por toda la creación, Jesús exclamó: "Consumado es." "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu." Una luz circuyó la cruz y el rostro del Salvador brilló con una gloria como la del sol. Inclinó entonces la cabeza sobre el pecho y murió. […] Y mientras, sumiso, se confiaba a Dios, desapareció la sensación de haber perdido el favor de su Padre. Por la fe, Cristo venció.»[295]

Muerto en la paz de Dios, Jesús resucita en la luz. Dios proclama así su solidaridad con aquel a quien los hombres creen maldito. Lejos de ser maldecida, la cruz, fecundada por Dios, se convierte en fuente de vida.

7. Revestirse de Cristo. Gálatas 3:27

«Todos, al bautizaros vinculándoos al Mesías, os revestisteis del Mesías.» El verbo *revestir* podría sugerir la falsa idea de una actitud superficial, pero no se trata en absoluto de eso. Pablo habla de *revestir*[296] las armas

---

toma sobre él la maldición de la ley para poder liberarlos del yugo de la Ley» (Joseph BONSIRVEN, *L'Évangile de Paul*, Aubier, París, 1946, pp. 171-173).

Este texto, muy moderado, tiene el mérito de destacar claramente las implicaciones de la sustitución penal: 1. La Ley, es decir Dios, golpea al inocente como si fuera culpable. Yo no percibo eso en los textos. De hecho, el Padre y el Hijo han aceptado vivir juntos una situación atrozmente injusta, integrándola en el plan de salvación por amor a nosotros y para satisfacer las exigencias de la justicia que desea y actúa para la conversión de los pecadores. 2. Según esta concepción, una vez la ley ha recibido lo que se le debe, ya no tiene nada que reclamar. Esto es contrario a la teología de Pablo, para quien la fe pone a la ley sobre su verdadera base (Romanos 3:31).

[295] Ellen G. WHITE, *El Deseado de todas las gentes,* Pacific Press Publishing Association, 1955, p. 704.

[296] (N. del T.) Para esta referencia y las subsiguientes, el autor emplea la traducción francesa de Louis Segond, que traduce en todos los casos con el verbo *revêtir*, siguiendo literalmente los originales que emplean ενδυω. Ninguna de las versiones castellanas citadas mantiene esta uniformidad.

de la luz (Romanos 13:12); hace falta que este cuerpo corruptible *revista* la incorruptibilidad y la inmortalidad (1 Corintios 15:53); debemos *revestir* el hombre nuevo (Colosenses 3:10) y las entrañas de la misericordia (Colosenses 3:12). Estos pocos ejemplos revelan que el verbo no describe una actitud puramente aparente. De hecho, lo que se persigue es la curación definitiva de la enfermedad mortal del pecado. La vestimenta que salva ya no está hecha con algunas hojas de higuera, ni de la piel de un animal, sino del mismo Cristo. El drama llega a su fin. Jesús vino al mundo para difundir en él la gloria de Dios y con el propósito de devolver al hombre la posibilidad de reflejar nuevamente la imagen de su creador. Sí, ha venido a nosotros para darnos ese poder que habíamos perdido; Él restituye la unidad a nuestra existencia. No solamente reconcilia en nosotros el *poder*[297] y el *querer*, sino que ese mismo *querer* tiene ahora otro origen. Es filial en lugar de advenedizo, es obediencia en vez de codicia, es el *querer* de quienes desean glorificar a su Padre celestial en lugar de buscar su propia gloria.

[297] (N. del T.) La cursiva es nuestra. La redacción del autor evoca el conocido texto de Filipenses 2:13, «porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad» (RV60).

Capítulo 5

La Epístola a los Efesios

De la Epístola a los Efesios se ha dicho que constituye un aleluya dogmático; como si el apóstol se detuviera para prosternarse ante el Padre y entonar un canto de alabanza. Oficia el misterio, primero escondido y luego revelado, pidiendo a Dios que abra los ojos de nuestro corazón para que podamos comprender su amor en Cristo. A partir de su origen celestial, recorre la historia de la salvación hasta sus últimos confines, insistiendo en la gloria y la alabanza a Dios como objetivo supremo de la redención de los hombres. La expresión «en Cristo» figura en la carta en veintiséis ocasiones, once de las cuales se encuentran ya en el capítulo primero; así que el secreto de la redención se desvela desde el principio.

1. Un nuevo comienzo. Efesios 1:7-14

«*En el que* tenemos la redención por su sangre, el perdón de las ofensas, conforme a las riquezas de su gracia» (1:7, CI). En el pensamiento paulino, la expresión «en Cristo» indica con claridad la función mediadora de Cristo. Ya hemos visto sus principales implicaciones. Aquí se alude a ellas a través de la palabra «redención», que describe la liberación del pecado que, por naturaleza, nos somete. «En Pablo, se distinguen las dos vertientes de esta liberación: su faceta *histórica*, consumada, existencial, ligada tanto a la Pascua como a la cruz […], y su dimensión *apocalíptica*, separación definitiva de la muerte y advenimiento del mundo venidero (*cf.* Romanos 8:23).»[298]

En este texto, el apóstol no emplea el término que describe el pecado como principio del mal en el hombre. Escoge una palabra que expresa nuestras transgresiones (*paraptôma*) y se refiere a sus consecuencias prácticas. La expresión «perdón de las ofensas» revela la voluntad divina de pasar página y olvidar nuestras faltas. Se trata de la nueva justicia que se nos ofrece en Cristo, gracias a la cual queda restablecida nuestra relación

[298] Michel BOUTTIER, *L'épître de Saint Paul aux Éphésiens*, Labor et Fides, Ginebra, 1991, p. 66.

con Dios. Este tema aparece en el núcleo de la predicación de Jesús y de los apóstoles (Lucas 24:47; Hechos 13:38), así como en la práctica del bautismo y de la Santa Cena. La alusión a la sangre recuerda todo el misterio de la cruz. Para ofrecernos su vida, Jesús ha tenido que aceptar la muerte.

Esta trascendente labor de salvación se desarrolla «conforme al proyecto que se había propuesto realizar […]: recapitular (*anakephalaiôsasthai*) en Cristo el universo (las cosas [que hay] en los cielos y las [que hay] en la tierra)» (1:9,10, CI). Estamos ante un extenso verbo cuyo sentido no es fácil de establecer, como lo evidencian las diferentes traducciones: «reunir todas las cosas juntas» (Calvino), «agrupar sobre él a todos los seres terrestres y celestes» (Oltramare), «reunir todas las cosas» (Huby), «reunir el universo entero bajo un solo señor» (TOB, Colombe), «hacer del universo un cuerpo cuya cabeza sería Cristo» (Centenaire), «volver a empezar todo en Cristo» (Hugedé).

La dificultad viene de que el verbo griego *anakephalaiôsasthai* aglutina diversas ideas imposibles de traducir con una sola palabra. Esto hace decir a Michel Bouttier: «En su concisión y su incalculable trascendencia simbólica, la expresión conduce a la epístola a un punto culminante.»[299] Por consiguiente, resulta indispensable averiguar el sentido del término a través de su etimología.

1. El prefijo *ana* significa *de abajo arriba*, con idea de totalidad en el plano espacial, y *de nuevo*, con idea de reinicio en el plano temporal.
2. *Kephalaiô* deriva de *kephalaion* = el punto culminante, el resumen, el sumario. La idea es reunir en un compendio completo.
3. Pero no se puede olvidar la palabra «cabeza» (*kephalê*), contenida en el verbo. Indudablemente Pablo piensa en ella, pues la emplea en la epístola en tres ocasiones (1:22; 4:15; 5:23), y la menciona también tres veces en la Epístola a los Colosenses, cuyo parentesco con Efesios está firmemente establecido (1:18; 2:10,19). Todo esto no es casual. La correspondencia entre la palabra *cabeza* (*kephalê*)

[299] *Ibidem.*, p. 69.

y el verbo *unir en un todo* (*kephalaiô*) ha impulsado seguramente al autor a escoger el amplio verbo *anakephalaiôsasthai*.

Además, el final del versículo 10 revela que Pablo abarca en su pensamiento a todo el universo, desde su fundación, tanto en la tierra como en el cielo. Es necesario, pues, incluir en este pasaje la preeminencia cósmica de Cristo, claramente desarrollada en la Epístola a los Colosenses. Cristo, punto de partida y líder a la vez. En Cristo, Dios recrea el mundo, vuelve a empezar de cero. Esto es cierto para la humanidad, como revela la imagen del segundo Adán; cierto también para el cosmos y la historia. Cristo, a la vez jefe (*kephalê*) y resumen (*kephalaion*) de la nueva creación, es también su punto de partida. Se pone en marcha una profunda renovación.

Cristo desea realizar esta obra de unificación a través de la iglesia, de la cual es la cabeza. Han de ofrecerse a todos los hombres idénticas oportunidades de salvación. La distinción entre judíos y paganos debe desaparecer bajo la hegemonía de quien encarna la voluntad de Dios al fin revelada ante todo el universo.

Michel Bouttier señala que los diversos componentes del versículo 10 generan los principales argumentos de la epístola:

- **1:15-23.** El Mesías es proclamado cabeza del universo porque ha obtenido la victoria sobre los poderes cósmicos; es presentado como jefe de la iglesia.
- **2:1-10.** La recapitulación es obra de la gracia, conclusión del perdón redentor.
- **2:11-22.** Es también la reconciliación del universo, más allá de la concordia entre Israel y las naciones. Se restablece la unidad perdida a lo largo de la historia.
- **3:1-21.** El proceso de recapitulación está vinculado al ministerio apostólico, depositario de la revelación divina.
- **4:1-16.** Ascendido a lo alto, Cristo sigue edificando a su cuerpo, la iglesia.

> «El final de la epístola exhorta a los destinatarios a entrar en ese gran proyecto que resume su existencia. Este plan no tendrá éxito sin el con-

> curso de una ética y de un combate en el que están comprometidos quienes dependen del Cristo-cabeza. La epístola desarrolla lo que el versículo 10 muestra en germen.»[300]

Jesucristo, recapitulación y nuevo comienzo del mundo por la gracia de Dios, quien en su amor confiado consiente en ver cómo su Hijo vive en nuestro lugar cada vez que nosotros olvidamos vivir en él. Esta es la heroica locura del amor del Padre. Aquí está el *quid* del evangelio, el escándalo de la justificación y de la santificación gratuitas. Rehusar este don es despojar a Cristo de su corona de mediador, es robarle la alegría por la que soportó la ignominia.

2. En los lugares celestiales. Efesios 2:1-10

Aunque no se haga referencia al bautismo, este pasaje guarda relación con Romanos 6:1-11, donde el apóstol Pablo presenta su doctrina sobre nuestra participación en la muerte y la resurrección de Jesús. Nosotros vivíamos en otro tiempo a merced de los deseos de nuestra carne; pero Dios nos llevó a la vida con Cristo por la caridad inmensa con que nos amó.[301] «Cristo murió, fue sepultado, resucitó *por nosotros*. El hallazgo de Pablo consiste en esta sencilla y esencial deducción: hemos muerto *con él*, viviremos *con él*. Forja estos nuevos verbos: co-crucificado (Romanos 6:6), co-sepultado (Romanos 6:8), morir con (Romanos 6:8).»[302] Los enuncia en griego para describir hechos ocurridos por acciones pasadas. Sin embargo, cuando se trata de proseguir con el asunto de la resurrección, Pablo pone los verbos en futuro, vinculándonos a la vida de Cristo. La Epístola a los Efesios ya no nos asocia directamente a la cruz como lo hacía Romanos, sino a la resurrección y a la ascensión. El amor por el Salvador nos transporta de un modo ideal a los cielos. Una unión misteriosa y espiritual, pero real y viva, nos liga de nuevo al Señor. Él permanece en nosotros y nosotros en él. Lo que le sucede a él, nos sucede a nosotros; y la historia del

---

[300] *Ibidem.*, p. 70.

[301] (N. del T.) El autor parafrasea parcialmente Efesios 2:3-5 siguiendo la traducción francesa de Louis Segond; nosotros hacemos lo propio con la versión CI.

[302] Michel BOUTTIER, *L'épître de Saint Paul aux Éphésiens*, *op. cit.,* p. 103.

Hijo del hombre se reproduce en cada uno de los que se unen a él por medio de la fe.

No hay duda de que estamos aún en la tierra, luchando a diario con las dificultades que la vida entraña. Somos salvados únicamente en esperanza. Pero nuestra cabeza, Cristo, está en los lugares celestiales, y *nosotros ya estamos también virtualmente con él*. Entre él y nosotros existe, no una simple analogía moral, sino una comunicación espiritual que es el verdadero secreto de nuestra santificación. Por principio, es necesario sustituir continuamente a uno mismo por Cristo. Si el sarmiento está en la vid porque obtiene su sustento, podemos añadir que la vid está en el sarmiento porque lo nutre con su savia. Cristo en nosotros, la esperanza de gloria (Colosenses 1:27).

El objetivo de Dios es: «mostrar en los siglos futuros las extraordinarias riquezas de su gracia, por [su] bondad para con nosotros en Cristo Jesús» (Efesios 2:7, CI). El misterio de Dios es que él quiere reunir todas las cosas en Cristo, las que están en los cielos y las que están sobre la tierra. La doctrina de la resurrección pone al alcance de los rescatados bienes que confunden la razón. «¿Es que no sabéis que los consagrados juzgarán el universo?» (1 Corintios 6:2). Jesús promete tronos a sus apóstoles (Mateo 19:28), y dice a quien vencerá: «Lo sentaré en mi trono, a mi lado, lo mismo que yo, cuando vencí, me senté en el trono de mi Padre, a su lado» (Apocalipsis 3:21). Semejante posibilidad produce vértigo. Hace falta una visión celestial para vislumbrar el esplendor de la esperanza que se aferra al llamado de Dios en Jesucristo.

3. La ley con sus mandamientos. Efesios 2:11-18

En este pasaje el autor evoca el pasado de sus interlocutores con el propósito de enfatizar el cambio suscitado por el amor de Dios. Introducido por el conector «por eso», constituye un desarrollo de todo lo anterior. Los paganos estaban sin Cristo, privados del derecho de ciudadanía en Israel, ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora, en Cristo Jesús, los que estaban lejos han sido acercados «en la sangre de Cristo». La mención de la sangre recuerda el acontecimiento de la cruz de una forma global. Este sacrificio es la base en la que se asienta

el acercamiento. Al revelar el verdadero rostro de Dios, la cruz hace desaparecer todos los malentendidos que separaban a los hombres y los llama a unirse. Dios le ha dado la vuelta a la situación.

Pablo explica esto en el versículo 14, cuando afirma que Cristo es nuestra paz, nuestro *shalom*, la paz que une a los cristianos de origen pagano y a los cristianos de origen judío. El apóstol recupera de este modo el mensaje de los profetas que señalaron los tiempos del Mesías como tiempos de paz (Zacarías 9:10; Isaías 52:7; 53:5). Isaías llama al Mesías el príncipe de la paz (9:5). Pablo, o el himno que él cita, menciona tres veces esa paz (2:14,15,17) y la remite a la reconciliación (2:16) de la que ya hemos hablado. Recordemos solamente que esta se alcanza por medio de la cruz (de la cual es la única referencia en nuestra epístola) en virtud de una iniciativa de Dios y que consiste en un cambio de los que estaban separados. Constatamos una vez más que la sangre, o la muerte de Jesús, o la cruz, no tienen como objetivo cambiar a Dios sino transformar a los hombres. No simplemente por medio de una demostración de amor, cualquiera que fuera su importancia, sino por el don de la vida, más allá de la muerte, realizado por el Padre en su Hijo.

Hemos mostrado también cómo el amor y la justicia de Dios cooperan en la salvación del hombre. El cambio interior del pecador –su arrepentimiento–, que produce gradualmente su metamorfosis –su santificación–, son indispensables. Aun en nombre del más grande amor jamás imaginado, no sería posible acoger en el reino restaurado a pecadores no convertidos. El drama de la caída se reproduciría indefectiblemente. Dios quiere hombres nuevos, hechos justos en Jesucristo (Romanos 5:19). Él fundó la iglesia para el perfeccionamiento de los santos (Efesios 4:11,12) «hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo» (Efesios 4:13, RV60). No se puede expresar mejor hasta qué punto Cristo en nosotros actúa como una información (en terminología informática),[303]

[303] (N. del T.) En el campo de la informática se define *información* como «un conjunto organizado de datos procesados que constituyen un mensaje que cambia el estado de conocimiento del sujeto o sistema que recibe dicho mensaje» («Información», *Wikipedia*, acceso el 18 de abril de 2019, https://es.wikipedia.org/wiki/Informaci%C3%B3n).

determinando completamente nuestro futuro. Desaparece cualquier anhelo de rebelión; se desvanece la duda insinuada por el enemigo sobre la legitimidad de las recomendaciones divinas; se instaura un clima de confianza. La voluntad del Padre recupera todos sus derechos y toda su belleza.

Pablo es concluyente:

> «Por tanto, en nombre del Señor os digo y os recomiendo que no viváis más como los paganos, con la cabeza vacía, con el pensamiento a oscuras y ajenos a la vida de Dios; esto se debe a la inconsciencia que domina entre ellos por la ceguera de su mente: perdida toda sensibilidad, se han entregado al vicio, dándose insaciablemente a toda clase de inmoralidad. Lo que es a vosotros, no fue ésa la instrucción que os dieron sobre el Mesías; supongo que os hablaron de él y que, a propósito de él, os enseñaron lo que responde a la realidad de Jesús: es decir, a despojaros, respecto a la vida anterior, del hombre que erais antes, que se iba desintegrando seducido por sus deseos, a cambiar vuestra actitud mental y a revestiros de ese hombre nuevo creado a imagen de Dios, con la rectitud y santidad propias de la verdad» (Efesios 4:17-24).

Por consiguiente, es imposible estar en Cristo y seguir como antes. Cristo en nosotros cambia nuestra vida, hace desaparecer la codicia (v. 22), la mentira (v. 25), la cólera (v. 26), el robo (v. 28), la pereza (v. 28). Queda claro que quien está en Cristo vive en armonía con la voluntad divina expresada singularmente en el Decálogo, al cual Pablo evidentemente se refiere.

Entonces, Efesios 2:15 requiere una explicación: «(Cristo) anulando en su carne la ley con sus mandamientos y normas, para crear en sí mismo, de los dos, un hombre nuevo, haciendo la paz» (CI). Comprendemos lo que se refiere a la paz establecida por la cruz entre los judíos y los paganos; pero, ¿qué significa la anulación de la ley con sus mandamientos y normas? Si la mayoría de los comentaristas ven aquí una alusión a las leyes ceremoniales, algunos pretenden no obstante que afecta a toda la ley.[304] Esto es

---

[304] «Con estas palabras, Pablo designa la legislación mosaica entera y no solo la ley ceremonial, porque Cristo, por su sacrificio ha abolido toda la economía legal» (Louis BONNET, *Le Nouveau Testament de Notre Seigneur Jésus-Christ: Epîtres de Paul*, Georges Bridel, Lausana, 1892, 3e, 2.ª ed., vol III, p. 379).

«Toda la ley es abrogada» (Charles MASSON, *L'épître de Saint Paul aux Ephésiens,* Delachaux et Niestlé, París, 1953, p. 166). *Idem* en T. K. ABBOTT, en 1903. Por el contrario, Michel Bouttier escribe

poner a Pablo en contradicción consigo mismo (Romanos 2:13; 3:31; 7:12; 1 Corintios 7:19; Efesios 4:17-30), y con Jesús (Mateo 5:17-48). En realidad, lo afectado no es la ley como tal, sino el uso que los judíos hacen de ella y, especialmente, los principios ceremoniales que de ella se desprenden.

No entendemos en qué la ley moral de los Diez Mandamientos habría podido constituir una barrera entre judíos y paganos. Sucede todo lo contrario con las leyes rituales y ceremoniales que se materializaban en un auténtico folklore nacional.

> «El sistema judío se convirtió en una barrera infranqueable, una pared intermedia que impedía que los gentiles aceptaran la adoración del verdadero Dios. Los judíos abominaban y detestaban a sus vecinos gentiles, y éstos, a su vez, odiaban y despreciaban a los judíos.
>
> »Dios había confiado a los judíos "la palabra" divina (Rom. 3:2). Ellos eran los representantes oficiales ante el mundo de la verdadera religión. No fue sino hasta la fundación de la iglesia cristiana que hubo otro pueblo al cual Dios pudo usar para que instruyera a los que buscaban salvación. Al referirse a los escribas y fariseos, quienes se habían sentado "en la cátedra de Moisés", Jesús aconsejó al pueblo: "Todo lo que os digan que guardéis, guardadlo y hacedlo" (Mat. 23:3). Cuando los judíos rechazaron a Cristo les fue quitada su condición de representantes oficiales de la verdadera religión, la cual le fue entregada a la iglesia cristiana (ver com. Mat. 21:43). Después de la crucifixión ya no era necesario que los hijos de Dios continuaran observando el ritual judaico (ver com. Gál. 2:16). Al comienzo la distinción entre judaísmo y cristianismo no fue entendida con suficiente claridad, y numerosos conversos judíos creían que el cristianismo era simplemente el judaísmo, al cual se le había agregado la creencia en Jesús como el Mesías. Sostenían que los conversos gentiles, además de aceptar a Jesucristo debían circuncidarse y ajustarse al sistema ritual judío. El concilio de Jerusalén fue convocado para re-

en su reciente comentario (1991): «La ley, concebida por el apóstol como la expresión de la relación con Dios, es aquí considerada bajo su aspecto ritual… La ley comprende mandamientos, que desembocan en decretos de aplicación (*dogmata*). […] La ley ya no es considerada a la luz de su Dador, sino en sus efectos y sus subproductos. Circuncisión, prescripciones alimentarias, calendarios fastos y nefastos, ritos de purificación, todo concurre a suscitar la segregación» (Michel BOUTTIER, *L'épître de Saint Paul aux Éphésiens*, *op. cit.,* p. 120).

solver esa situación (Hech. 15), y su decisión fue en contra de las opiniones de los judaizantes; sin embargo, no todos estaban dispuestos a aceptar las decisiones del concilio. Se formó un fuerte partido que continuaba insistiendo en que los gentiles debían aceptar el judaísmo junto con el cristianismo. Un grupo de judíos celosos de la tradición parecen haber agitado las iglesias de Galacia, lo que hizo que el apóstol Pablo escribiera su Epístola a los Gálatas, en la cual presenta claramente que el sistema del judaísmo ya había caducado.

»Este proceso de transición –de judaísmo a cristianismo– es el tema de Pablo en este vers. 15. El judaísmo con su complicado sistema de reglamentaciones y decretos, había perdido su eficacia. El derribamiento de "la pared intermedia de separación" más la aceptación de Cristo por parte de los gentiles, había hecho a éstos "cercanos". […]

»Pero los preceptos morales, los Diez Mandamientos –un reflejo del carácter divino–, son tan eternos como Dios; no pueden ser abrogados. Pablo dejó bien sentado en todas sus enseñanzas referentes a la abrogación del sistema legal judío, que la ley moral no ha sido abrogada (ver com. Rom. 3:31).»[305]

«El nuevo hombre parece así liberado de toda prescripción discriminatoria que lo distinguiría de los demás. Efesios atestigua, al final de la trayectoria paulina, este extraordinario reto de conformar un pueblo mesiánico que no se diferenciaría por ningún tabú, fuera religioso, alimentario o ritual. […] Pablo habla ya de nueva creación (o criatura) en Gálatas 6:15 y 2 Corintios 5:17, pero es en Efesios donde nace la expresión *el hombre nuevo*; que deriva probablemente de Colosenses 3:10 y vuelve a aparecer en Efesios 4:24. […] Está formado por la congregación *en Cristo* de aquellos a quienes todo separaba y que la fe y el bautismo han reunido por la sola gracia de Dios. Quedan en segundo plano los textos bautismales de 1 Corintios 12:13, Gálatas 3:26-28 o Colosenses 3:10, que celebraban la asamblea de los *hijos de Dios*, opuestos hasta entonces por sexo, raza, clase, cultura y religión. Y ello no se produce nivelando o negando las diferencias, sino mediante su incorporación mutua a un mismo destino comunitario.»[306]

---

[305] *Comentario Bíblico Adventista del Séptimo Día*, Pacific Press Publishing Association, Boise, Idaho, 1988, vol. VI, p. 1008.

[306] Michel BOUTTIER, *L'épître de Saint Paul aux Éphésiens*, *op. cit.,* p. 121.

4. Nuestro verdadero combate. Efesios 6:12

En realidad, la Epístola a los Efesios constituye la carta de la Iglesia. Después de haber mostrado cómo esta se edifica al pie de la cruz, el apóstol Pablo describe su terminación desde el capítulo 4 hasta el final. Se trata de caminar de una forma digna de la vocación con que fuimos llamados, en la unidad de la fe, formando un solo cuerpo (4:1-6); mediante los ministerios complementarios (4:7-12); viviendo el objetivo sagrado (4:13-16); a través de una progresión digna de Dios (4:17–6:24). Esta progresión debe manifestarse en la vida individual (4:17–5:21), despojándose del viejo hombre, y en la vida familiar y social (5:22–6:9), revistiendo las armas de Dios (6:10-22).

Pablo indica las verdaderas dimensiones de nuestra contienda. No se libra solamente en la esfera de nuestra naturaleza, contra nosotros mismos o contra los demás; su perspectiva es mucho más amplia. Cada una de nuestras luchas, sea a nuestros ojos pequeña o grande, anodina o dramática, es un episodio del combate que se libra en otro lugar y en todas partes, entre las tinieblas y la luz, en un universo cuyas dimensiones se nos escapan. Además, nuestra pugna es tremendamente seria; nunca debemos minimizar su gravedad. Podríamos decir que nuestra vida más profunda está inmersa en una especie de aventura cósmica; se trata de un universo mucho más extenso y más misterioso que aquel en el que el hombre sitúa sus satélites o lanza nuevos cohetes.

No sonriamos con aire de superioridad ante una lucha tan pequeña; no nos evadamos intentando librarnos de nuestros escrúpulos o de nuestro remordimiento, con el pretexto de que son solamente la desdichada consecuencia de una educación moralizante. Incluso si no soy más que un microscópico soldado de infantería, lucho en un inmenso campo de batalla donde, como en las guerras modernas, no hay vanguardia ni retaguardia; cada uno de nosotros está involucrado y amenazado.

Por tanto, no hay que extrañarse si este combate, nuestro combate, es realmente difícil y requiere las fuerzas que no tenemos. Hacen falta otras armas distintas de las humanas; algo diferente a nuestra voluntad, nuestro valor, la entereza de nuestro carácter, el dominio propio, el idealismo, el optimismo o la educación; algo más que la voluntad de no desfallecer o el deseo de no lastimar a nadie. Todo esto es absolutamente insuficiente. Sin

las armas de Dios, la lucha es desigual y la victoria imposible. Estamos destinados a la derrota porque tenemos que enfrentarnos a algo más grande y más fuerte que nosotros.

«Porque no entablamos el combate contra una criatura humana, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra las fuerzas espirituales del mal [que están] en las regiones del aire» (6:12, CI). El enemigo es más fuerte que nosotros, pero no más fuerte que Dios. Por eso, «no perdáis ocasión de orar, insistiendo en la oración y en la súplica; y para eso espantad el sueño y pedid constantemente por todos los consagrados» (6:18). Luchar contra el pecado es inútil; es desgastarse en vano. No luchar y creer que todo se arreglará es una falacia que solo seduce a los amantes de las utopías. La solución, la única, el secreto, consiste en luchar para conservar la comunión con Jesús. Pablo dice: «Orad constantemente, […] El que os llama es fiel y él lo hará» (1 Tesalonicenses 5:17,24).

Capítulo 6

La Epístola a los Filipenses

La Epístola a los Filipenses había de ser únicamente un mensaje de gratitud hacia quienes habían apoyado el ministerio del apóstol. En ese sentido, revela la sensibilidad del autor mejor que cualquier otra. Pero con un hombre como Pablo los propósitos más humildes alzan el vuelo y llegan a lo más alto. Ya analizamos en otro momento el maravilloso sermón cristológico presentado en el marco de una exhortación a la humildad[307] (Filipenses 2:5-11), así que no volveremos sobre ello. Sin embargo, para empezar, resultan indispensables algunas líneas sobre las conclusiones de este discurso.

1. Con temor y temblor. Filipenses 2:12-18

El llamado a la humildad y al entendimiento mutuo se precisa (por consiguiente) en el concepto de obediencia. Cuando Pablo se encontraba en Filipos, su presencia contribuía al buen orden, en el decoro y la humildad. En su ausencia, la situación se degrada. Ya no está actuando la fe; se requiere un esfuerzo para recuperar esa fe concreta, que se refleja en la vida cotidiana. «Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, –pide el autor– no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia» (2:12, RV60).

¿Significa eso que debemos temer a Dios? A lo largo de todo este libro, intentamos enseñar lo contrario y revelar el verdadero rostro de Dios. No será, desde luego, el apóstol Pablo quien nos contradiga sobre ese punto, cuando él mismo en la Epístola a los Efesios ha presentado las cuatro dimensiones del amor de Dios. Ahora bien, en cuatro ocasiones emplea la expresión «con temor y temblor» (1 Corintios 2:3; 2 Corintios 7:15; Efesios 6:5; Filipenses 2:12); en todas ellas sirve para definir relaciones humanas y describe más bien una actitud respetuosa en lugar de un verdadero

[307] Georges STÉVENY, *Descubriendo a Cristo, op. cit.,* pp. 223-236.

temor. Por tanto, es en su vida de comunidad donde los Filipenses son invitados al respeto mutuo (Filipenses 2:3; Efesios 5:21).

Pueden lograrlo sin su pastor porque es Dios quien obra en ellos el querer y el hacer. Incluso si «en vosotros»[308] reviste aún un sentido comunitario, significando «entre vosotros», nada se producirá en el seno de la comunidad si la intervención divina no alcanza el corazón de cada hombre. Solo Dios puede cambiar nuestras motivaciones profundas, pero es preciso todavía que nosotros lo deseemos de verdad: Dios no puede hacer nada por nosotros sin nosotros. De lo contrario, hace tiempo que hubiera transformado a todos los hombres.[309]

«Cualquier cosa que hagáis sea sin protestas ni discusiones, para ser irreprochables y límpidos, hijos de Dios sin tacha en medio de una gente torcida y depravada, entre la cual brilláis como lumbreras del mundo.» (2:14,15) Esta es una recomendación que, si se malinterpreta, puede convertirse en un instrumento de tortura (como Mateo 5:48). Decididamente, el pasaje no carece de trampas para los amantes del perfeccionismo moral.

> «El adjetivo irreprochable (*amemptos*) se emplea asimismo en 3:6 en un contexto completamente diferente: cuando Pablo estaba bajo el yugo de la ley y quería alcanzar la meta mediante su propio esfuerzo. El cristiano, por el contrario, se convierte en irreprochable cuando está henchido del Espíritu de Dios, con exclusión de cualquier otro espíritu. Es entonces

[308] (N. del T.) El autor se refiere a la exhortación del apóstol en los versículos anteriores («Haya, pues, *en vosotros* este sentir que hubo también en Cristo Jesús», Filipenses 2:5, RV60.) La versión de Louis Segond que utiliza el autor traduce también *«en vous»*; no así las traducciones de NBE o CI que registran «entre vosotros».

[309] Las últimas palabras del versículo 13 plantean un problema: *huper tès eudokias*. En el Nuevo Testamento, *eudokia* designa casi siempre el bondadoso designio divino. En consecuencia, la mayoría de las versiones traduce «según el benigno propósito». Pero entonces se fuerza el sentido de *hyper*. Basándose en el hecho de que *eudokia* puede aplicarse también a un comportamiento humano y significar «la buena disposición», se ha propuesto traducir «en vistas de un buen entendimiento». El sentido seguiría siendo comunitario (Jean-François COLLANGE, *L'épître de Saint Paul aux Philippiens*, Delachaux et Niestlé, París, 1973, p. 99. Rose-Marie MORLET, *L'épître de Paul aux Philippiens*, Edifac, Vaux-sur-Seine, 1985, p. 111). En un versículo en el que Dios está en el primer plano, me pregunto si no es más prudente mantener el sentido normal de *eudokia* y el sentido habitual de *hyper*: «a favor del benevolente propósito». ¿Acaso no obra Dios en nosotros el querer y el hacer para que su plan de salvación dé resultado?

> puro (*akéraios*), es decir, sin mezcla, como un vino que no ha sido diluido, como un metal precioso sin aleación.»[310]

A esta excelente observación puede añadirse la de Pierre Bonnard: «La perfección que aquí se considera *a)* no tiene ningún carácter meritorio; *b)* es concebida en definitiva como una obra de Dios en el hombre; *c)* está sujeta solo al juicio de Dios; *d)* no se refiere a las promesas de piedad individual sino a la fidelidad en la vida comunitaria de la iglesia.»[311]

Por eso, en medio de una generación corrompida y perversa, es importante brillar como antorchas en el mundo. La imagen de la luz recuerda el Sermón del Monte: «Vosotros sois la luz del mundo» (Mateo 5:14-16). De hecho, es Jesucristo quien es la luz del mundo; pero sus discípulos están llamados a presentarse como portadores de luz. En el judaísmo, los grandes hombres, como Adán, eran considerados portadores de luz. A partir de ahora, corresponde a los cristianos cumplir esta función. En el momento en el que escribe, el apóstol está en prisión y el martirio no puede descartarse de oficio. Pablo está listo para cualquier eventualidad. Si debe morir, ofreciendo su vida, se unirá a los Filipenses, a quienes convida a ofrecer su fe. Entonces, su sufrimiento no habrá sido en vano. Se puede incluso hablar de alegría, no en nombre de una mística del martirio, sino debido al progreso del evangelio. «En cuanto a la fe (*pistis*), es la que el apóstol se dispone a restaurar en Filipos (*cf*. 1:29; 3:2ss.). Si aquí se la califica como sacrificio (*thusia*) y liturgia (*leitourgia*), es porque estos son obviamente los signos que la manifiestan y que tanto escasean entre los interlocutores de Pablo.»[312]

2. La obediencia de la fe. Filipenses 3:7-11

Pablo conoce perfectamente el profundo cambio que comporta una verdadera conversión; ha vivido el tránsito del estado de judío modelo al de cristiano entusiasta. Es un cambio radical. Todos los valores se invierten: lo que tenía un precio ya no lo tiene, lo que no lo tenía se ha vuelto

---

[310] Rose-Marie MORLET, *L'épître de Paul aux Philippiens*, *op. cit.,* p. 112.

[311] Pierre BONNARD, *L'épître de Paul aux Philippiens*, Delachaux et Niestlé, París, 1950, p. 51.

[312] Jean-François COLLANGE, *L'épître de Saint Paul aux Philippiens*, *op. cit.,* p. 101.

importante. Y todo esto «a causa de Cristo», es decir, a causa de la revelación de Dios en Jesucristo. Cuando descubre que el resucitado no es otro que el crucificado, Pablo percibe plenamente el aspecto patológico de las concepciones religiosas que lo animaban. Ahora puede certificar la excelencia del conocimiento de Cristo; no el simple conocimiento teórico, el saber, sino la relación profunda e íntima, comparable a la que une a un hombre y a una mujer en el matrimonio. Esta percepción es superior a todo lo que se puede concebir. Tener a Cristo viviendo en uno mismo cambia totalmente a una persona. Nada más podría tener aún valor. El poder manifestado en el acontecimiento de la cruz y de la resurrección se evidencia en la fe del cristiano.

Por causa de Cristo, Pablo ha aceptado perderlo todo. Su único deseo es ser hallado en Cristo, «sin poseer una justicia mía que [proceda] de [la] ley, sino la [que viene] mediante [la] fe en Cristo, la justicia [que procede] de Dios, [basada] en la fe» (3:9, CI). Pablo tiene en mente el juicio final. Espera ser encontrado «en Cristo», es decir, justificado, conforme a su vida, con la justicia que viene de Dios. No ha de olvidarse que, para un judío, ser justo es ajustarse a una regla. Sin embargo, la esencia del cristianismo consiste en alcanzar esta justicia dejando a Cristo actuar en uno mismo. Como hemos visto, esa es la diferencia entre la obediencia de la ley y la obediencia de la fe. La diferencia puede parecer mínima pero, en realidad, es fundamental. La forma de vivir cambia, el estado de ánimo ya no es el mismo. La obstinación en ejecutar órdenes da paso a una maravillosa complicidad con un Señor poderoso.

El autor no llama sin motivo a Jesús «mi Señor» (3:8). Se instaura una confianza benéfica; la serenidad irradia la alegría de la salvación en lugar de la dolorosa tendencia a la rivalidad. El fruto del Espíritu sustituye a las obras de la carne, el suave poder del crecimiento natural hace que los chirridos y las lágrimas de los combates sin victoria desaparezcan. La palabra «obra» evoca una fábrica; el término «fruto» nos transporta en cambio al saludable ambiente de un vergel.

Si el conocimiento de Cristo permite que experimentemos un poder de vida, no nos sitúa, sin embargo, al amparo de las dificultades, de los sufrimientos, incluso de la muerte. A diferencia de todos los mercaderes de eu-

forias religiosas, guías de multitudes a las que esperan mortales decepciones, Jesús no hizo promesas increíbles. Con un realismo honesto, dijo a sus discípulos: «El que quiera venirse conmigo, que reniegue de sí mismo, que cargue con su cruz y me siga» (Mateo 16:24). Él sabía animar a los indecisos: «Sígueme»; o hacer que los valentones recapacitaran: «Las zorras tienen madrigueras y los pájaros nidos, pero este Hombre no tiene donde reclinar la cabeza» (Lucas 9:58). Pablo, el misionero intrépido, soporta día a día las pruebas que surgen a cada momento. Él vive «la participación en sus sufrimientos» (3:10, CI), y declara: «voy siendo configurado copiando su muerte, por si consigo la resurrección de entre [los] muertos» (CI). Probablemente, hay que ver en «la participación en sus sufrimientos» una alusión a la renuncia total de la que el apóstol acaba de hablar, «auténtica crucifixión de su personalidad farisaica, en consonancia con el juicio manifestado por Dios en la cruz de Jesucristo» (CI).

Llegar a ser semejante a Cristo en su muerte debe entenderse en el mismo sentido. El verbo griego empleado (*symmorphizomenos*) contiene la palabra «forma», empleada en el memorable pasaje (2:5-11) para describir la condición en la cual estaba Cristo como Dios, antes de su encarnación, y la condición en la que vino como siervo (*doulos*) entre los hombres. Si Pablo acepta tomar una forma semejante, es porque no duda en servir él también, sea cual sea el precio.

> «Pablo está resuelto a reconocer y aceptar la sentencia de muerte que la cruz de Jesucristo hace recaer sobre él para participar de la gloria de la resurrección final. Creemos que aquí el apóstol no se refiere solamente a la desintegración de su anterior vida de fariseo; sino que se propone también aceptar esta sentencia de muerte, primera condición de la resurrección última para todo creyente.»[313]

¿Es preciso todavía señalar que esta problemática de la cruz está en las antípodas de la presentada por San Anselmo, de la cual aún hoy se encuentran huellas en la literatura cristiana?

Anselmo aísla a Jesús en una experiencia que él vive solo para eximir de ella a todos los demás. Pablo, por el contrario, sigue a Jesús tan lejos como lo prevé para este el designio de Dios (*cf*. Colosenses 1:24). Pero él

---

[313] *Ibidem*.

experimenta también el poder de la resurrección, revelado en la victoria sobre la muerte durante la mañana de la Pascua, y que se manifiesta a cada instante en la vida presente, a la espera de su revelación suprema en el momento de la resurrección de entre los muertos, en la gloriosa parusía final, cuando el conocimiento de Cristo será por fin total.

3. La perfección. Filipenses 3:12-16

Antes de la gloria, hay que pensar en la carrera. En múltiples ocasiones, Pablo comparó la vida cristiana con una carrera en un estadio (1 Corintios 9:24; Gálatas 2:2; Filipenses 2:16; 2 Timoteo 4:7). También aquí aparece esta imagen. La perspectiva de la resurrección no le hace olvidar el camino que aún queda por recorrer. Persevera sin disminuir su atención ni su esfuerzo, porque, habiendo sido *alcanzado* por Cristo en el camino de Damasco, él se propone *alcanzar* el premio. El mismo verbo «alcanzar» se repite en el versículo 13: «Yo no me hago cuenta de haber[lo] alcanzado.» El tiempo verbal en griego expresa el resultado presente de una acción pasada. Por tanto, durante su encuentro con Cristo vivo, Pablo no alcanzó una ventaja de la que seguiría disfrutando. La carrera continúa; todavía no ha llegado, aún no se ha convertido en perfecto.

El último verbo (*teleô*) significa haber llegado a la meta o estar maduro. Se traduce a menudo como «ser perfecto». Esta es una palabra que no deja de suscitar polémicas inútiles. El profesor de teología René Voeltzel escribe con ironía:

> «El retrato del perfeccionista no es muy agradable. Fijaos en el personaje: aferrado con fuerza a unos cuantos principios morales, sin desviarse ni un milímetro del camino definitivamente trazado, de una fidelidad abrumadora a todos sus deberes religiosos, atosigando a propios y extraños con agrias observaciones, falto asimismo de una pizca de humor… No es especialmente agradable encontrarse con un hombre o una mujer así y, si además hay que convivir con él o con ella en el hogar o en el trabajo, nos exponemos a hacernos una idea muy desoladora de lo que el Señor nos ha propuesto como prójimo.»[314]

[314] René VOELTZEL, *Perfectionnisme, Le Christianisme au 20e siècle,* 14 marzo 1983.

Esta observación algo mordaz puede hacernos sonreír. Pero sería deseable también que nos haga reflexionar, tanto si nos sentimos en sintonía con el autor, como, por el contrario, si su retrato nos describe con relativo acierto. Puesto que la noción de perfección vuelve a aparecer en múltiples ocasiones en las Escrituras,[315] conviene saber exactamente lo que ella implica. Veamos las ideas principales según la exposición hecha por Delling, en el *Diccionario teológico del Nuevo Testamento* editado por Kittel:[316]

- **Mateo 19:17-21**. En la Septuaginta, el adjetivo «perfecto» (*teleios*) significa generalmente «entero, completo, sin mancha». En el Nuevo Testamento, domina la idea de «totalidad». Un joven rico pregunta un día a Jesús qué debe hacer para tener la vida eterna:

  > «Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. Le dice: ¿Cuáles? Jesús le dijo: Lo de no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no dirás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre, y amarás a tu prójimo como a ti mismo. Le dice el muchacho: Todo esto lo cumplí. ¿Qué me falta todavía? Jesús le dijo: Si quieres ser *perfecto*, vete a vender tus bienes y da [el importe] a los pobres, y tendrás un tesoro en [los] cielos; y vuelve aquí y sígueme» (Mateo 19:17-21, CI).

  La noción de totalidad, de integralidad, reaparece en la insigne orden: «Así que vosotros sed *perfectos*, como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mateo 5:48, CI).

Idéntico sentido domina el empleo del adjetivo *perfecto* en los pasajes siguientes:

- **Santiago 1:4**. El hombre cuya fe es puesta a prueba en el sufrimiento no está dispensado, no obstante, de cumplir una «obra *perfecta*», es decir, completa, acabada. Si le falta sabiduría, que la pida al Señor. Nada puede faltar a aquel que debe ser perfecto y acabado.

---

[315] Ellen G. WHITE recomienda a menudo la perfección, que ella presenta como el ideal a alcanzar, como una conformidad con la voluntad de Dios, una obediencia perfecta. El honor de Dios la exige; el progreso es ilimitado. Existen abundantes referencias.

[316] *TDNT*, vol. VIII, pp. 67-78.

- **1 Pedro 1:13.** «Tened *perfecta* esperanza»,[317] una esperanza intachable.
- **1 Juan 4:18.** «El *perfecto* amor echa fuera el temor» (RV60), amor completo. Ahora bien, este amor viene de Dios (16a,19b); permanecer en el amor es permanecer en Dios (16b).
- **1 Corintios 13:10**. «Cuando venga lo *perfecto*, lo limitado se acabará.» Los dones espirituales no ofrecen un conocimiento integral de Dios. Para ello, hay que esperar al encuentro.
- **Colosenses 4:12.** Pablo escribe: Epafras lucha por vosotros en sus oraciones «para que os mantengáis *perfectos* y colmados de todo [lo que concuerda con la] voluntad de Dios» (CI). Es una alusión a la sólida posición de los cristianos, que deben ser «llenos del conocimiento de su voluntad [de Dios] en toda sabiduría e inteligencia espiritual» (1:9, CI). El salmista dice: «Enséñame a cumplir tu voluntad, que tú eres mi Dios» (Salmos 143:10). Este clamor es la plegaria de toda alma piadosa. Jesús dijo: «Mi comida es hacer la voluntad del que me envió» (Juan 4:34, CI). La voluntad de Dios es nuestro sustento; fuera de ella, desfallecemos. Pero hay días de perplejidad en que esta voluntad parece velada. El silencio de Dios es la contrapartida de nuestra fe en Dios. La fe ya no sería tal (potencia activa de adhesión al Señor) si se identificara siempre con la evidencia. Querer la voluntad de Dios a pesar de todo, en esos momentos de oscuridad, es tender hacia la perfección como la aguja imantada apunta hacia el norte. Por supuesto, a veces es más difícil discernir nuestro deber que cumplirlo. Una cosa es clara: «lo que Dios quiere es que viváis consagrados a él» (1 Tesalonicenses 4:3). Y como Ananías le decía a Saulo de Tarso en el momento de su bautismo: «El Dios de nuestros padres te destinó para que conocieras su voluntad y vieras al Justo y oyeras la voz de su boca» (Hechos 22:14, CI).

---

317 (N. DEL T.) *La Sagrada Biblia nuevamente traducida de la Vulgata latina al español, aclarado el sentido de algunos lugares con la luz que dan los textos originales hebreo y griego, e ilustrada con varias notas*… Por Félix Torres Amat, Madrid, 1823.

- **Colosenses 1:28**. «Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria, al que anunciamos nosotros, amonestando a todos y cada uno de los hombres, y enseñando a todos y cada uno de los hombres con toda clase de sabiduría, para presentar a todos y cada uno de los hombres *perfectos* en Cristo» (CI). Este es el objetivo de las enseñanzas del apóstol. El hombre perfecto, es decir, completo, acabado, maduro es aquel que persevera en la vida en Cristo, sea bajo la sombra de la cruz o ya en la luz de la resurrección. Se produce aquí un deslizamiento semántico de la noción de integridad a la de madurez. En ese sentido, la palabra «perfecto» se contrapone a «niño» en algunas ocasiones.
- **1 Corintios 14:20.** «Hermanos, no tengáis actitud de *niños*; sed niños para lo malo, pero vuestra actitud sea de hombres *hechos* [*teleioi*, en griego].» Aquí, hombre *perfecto* significa adulto, llegado a la madurez, en contraste con el niño.
- **Efesios 4:13** y **Filipenses 3:15** presentan la misma acepción. Los hombres *perfectos* son aquellos cuyo juicio es maduro, según la instrucción dada en Filipenses 3:1-14, y en quienes Cristo ha sido moldeado, según Efesios 4:13.
- **1 Corintios 2:6.** «Entre los *perfectos* hablamos [de] sabiduría» (CI). Si Pablo se refiere así a los Corintios, no es sin ironía, porque un poco más adelante afirmará que no ha podido hablarles como a hombres espirituales, sino como a hombres carnales, como a niños en Cristo (3:1). Indudablemente, pretende oponer «perfectos», adultos, a niños aún carnales.
- **Romanos 12:2**. «Para que vosotros podáis discernir cuál es la voluntad de Dios, lo bueno, lo que [le] agrada, *lo perfecto*» (CI). Aparece aquí un matiz complementario: es perfecto lo que se ajusta a la voluntad de Dios.
- **Hebreos 5:14.** «El alimento sólido es de los perfectos.»[318] Todo el contexto muestra que la oposición se centra en la relación niño-

[318] (N. del T.) *Santa Biblia (Biblia Hebraica Stuttgartensia. Novum Testamentum Graece)*. Traducción contextual al castellano. Sociedad Bíblica Iberoamericana, 2007.

adulto. Los destinatarios todavía necesitan leche cuando deberían ser capaces de asimilar alimentos sólidos.

En síntesis, conviene destacar que el adjetivo «perfecto» (*teleios*) implica en términos generales la idea de totalidad y de madurez; adicionalmente, la de conformidad con la voluntad de Dios. Parece ajena a la Biblia una teoría de la perfección basada en unos niveles que hay que asumir en el plano moral. ¿Cómo podría saberse en qué momento se ha alcanzado el último grado? En cambio, es fácil discernir si se está maduro espiritualmente sabiendo lo que hay que creer y por qué hay que creerlo. Es también fácil saber si se descuida la palabra de Dios, en la medida en que se la ha comprendido. Ser adulto es no ser llevado ya por todo viento de doctrina (Efesios 4:14) y tener la lámpara encendida, con una buena provisión de aceite.[319]

Nos queda considerar la aparente contradicción entre Filipenses 3:12 y 3:15. En primer lugar, el apóstol Pablo afirma que no ha alcanzado la perfección sino que corre para tratar de obtener el premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús. Sin embargo, poco después, cuando muestra las consecuencias de esta situación, introduce la frase con *así que* (RV60) y se incluye con los Filipenses en el conjunto de los perfectos: «los hombres hechos» o perfectos. ¿Por qué la palabra «perfecto»? Rose-Marie Morlet, en su comentario, escribe: «Por consiguiente, tiene la libertad de usarla ante los filipenses, tentados en exceso a creerse perfectos, aunque su sentido es irónico.»[320] Collange adopta la misma explicación: «La contradicción […] apenas se puede explicar, a menos que supongamos que los filipenses se jactaban de ser perfectos.»[321]

Yo prefiero ver las cosas de otro modo. La perfección, en el sentido de madurez, no puede ser definida por un punto estático. Está en continuo movimiento, diferente hoy de ayer, e incluso en relación con mañana. Una

---

[319] El verbo *teleioô* significa llenar, cumplir, ejecutar. *Cf*. Juan 14:34; 17:4; Hechos 20:24; Hebreos 9:19.

[320] Rose-Marie MORLET, *L'épître de Paul aux Philippiens*, *op. cit.*, p. 136.

[321] Jean-François COLLANGE, *L'épître de Saint Paul aux Philippiens*, *op. cit.*, p. 118. es también la interpretación de Pierre BONNARD, *L'épître de Paul aux Philippiens*, *op. cit.,* p. 69.

carrera sigue siendo una carrera; ya no lo es en el momento en que se alcanza la meta. En ese sentido, la experiencia cristiana está en constante evolución (Filipenses 3:12); pero ello no me impide poder alcanzar *hoy* el punto requerido de mi desarrollo. Se trata entonces de una perfección relativa (Filipenses 3:15).

Por tanto, yo siempre puedo –incluso debo siempre– estar al nivel de mis posibilidades, sabiendo que no estoy nunca en el límite de mi madurez. La perfección está continuamente en proceso de adquisición o gestación según el punto de vista en el que cada uno se sitúa para considerarla.

> «No podemos decir: "Yo no tengo pecado", hasta que este cuerpo vil sea cambiado y transformado a la semejanza de su cuerpo divino. Pero si procuramos constantemente seguir a Jesús, tenemos la bendita esperanza de estar ante el trono de Dios sin mancha ni arruga, completos en Cristo, ataviados con su justicia y perfección.»[322]

La noción de perfección se ilumina también con un matiz de conocimiento según el contexto de 1 Corintios 2 y 3 y de Hebreos 5 y 6. No diremos que los perfectos son los iniciados, debido al sentido esotérico que actualmente se da a esta palabra y que no concuerda con el pensamiento del apóstol; se trata más bien de hombres que han adquirido la sabiduría estudiando la revelación divina y poniéndola en práctica. En el mundo griego, los candidatos se presentaban en el templo pagano, en una fecha prefijada, para recibir una iniciación en forma de mensajes relativos a su vida presente y al más allá. Dios pone a disposición de todas las personas el plan de salvación, que puede actualizarse cada día en sus vidas. El creyente pasa así del estado de niño al de hombre hecho. Si progresa cada día, es perfecto; incluso aunque no alcance nunca la plena perfección, que sigue siendo el objetivo hacia el cual no deja de correr.

Tampoco se ha de perder de vista que la adquisición de la sabiduría en su totalidad parece reservada a la iglesia: los creyentes crecen todos juntos hasta hacer realidad el hombre perfecto, el cuerpo de Cristo (Efesios 4:12,13).

---

[322] Ellen G. WHITE, *A fin de conocerle,* p. 360.

4. ¡Perfectos como Dios! Mateo 5:48

Es necesita una última reflexión de vital importancia. Volvamos a Mateo 5:48, «Así que vosotros sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (CI). Tomado en un sentido moral, este texto se convierte en una piedra de tropiezo. Sin embargo, constituye la piedra angular del sermón del monte. Jesús partió de la necesidad de superar la justicia de los escribas y de los fariseos. La voluntad de Dios, revelada particularmente en el Decálogo, se ilumina con él de una forma nueva. Nuestra obediencia no debe estar determinada desde el exterior, sino desde el interior: ya no se trata de hacer, sino de ser. Nuestro ego-viejo-hombre ha desaparecido; ha nacido nuestro verdadero yo, hijo de Dios, animado por una energía divina que está en Cristo. Se desarrolla libremente según el principio que contiene; poco más o menos como un ser en función de su ADN. Cuanto más vivo y vigilante está el yo verdadero, más crece en dulzura y alegría. Se trata de una auténtica liberación que conforma la nobleza de los verdaderos cristianos. En ellos y a través de ellos se revela la verdadera naturaleza humana; no la carne y la sangre del hombre en estado caído, sino el hombre espiritual, imagen de Dios. Esta es la virtud redentora que procede de Dios en Jesucristo. El amor es la marca de su origen redescubierto, el carácter de su Padre. No es una disposición moral que depende de la voluntad, sino el impulso espontáneo del hombre nuevo.

La perfección que Jesús reclama, así como la justicia que prescribe, no proviene de una diferencia de grado, sino de una diferencia de naturaleza. No apunta al absoluto de la cantidad, sino al valor de la calidad. Si el hombre ha nacido de nuevo, si ha sido crucificado con Cristo para dejar que Cristo viva en él, la simiente de la nueva vida se desarrolla en el pensamiento, en los sentimientos y en la acción.

«Como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto» no indica tanto el objetivo a alcanzar, y que no pertenece más que a Dios, como la manera de vivir la perfección que Dios ofrece al hombre, la de la nueva criatura. En esto consiste la obediencia de la fe en oposición a la obediencia de la ley. Para ser verdaderamente como Cristo hay que esperar su regreso: «Cuando Jesús se manifieste y lo veamos como es, seremos como él» (1 Juan 3:2).

Capítulo 7

La Epístola a los Colosenses

A lo largo de la Epístola a los Colosenses, de poco menos de un centenar de versículos, se menciona a Cristo en cincuenta y seis ocasiones. Está siempre presente en el pensamiento y en el corazón del apóstol, como debe ocurrir en la vida del cristiano. Pablo formula una excelente síntesis de la cristología, desde la creación en Cristo, por él y para él, hasta la recapitulación de todas las cosas en él mediante la redención, en virtud de la cual él es la cabeza de la iglesia, llamada su cuerpo. El evangelio se ha convertido en el misterio de la sabiduría de Dios, revelada en el llamado a los gentiles. Así es como reacciona el apóstol, en su clarividencia, contra el sincretismo de Colosas.

¿Qué Salvador más grande y más poderoso que Jesucristo podemos esperar? En él, somos liberados del poder de las tinieblas (1:13); nos reconcilia con Dios (1:20); gracias a él obtenemos la redención y la remisión de nuestros pecados (1:14); por la sangre de su cruz tenemos paz (1:20); desde entonces, el Padre nos hace dignos de tener parte en la herencia de los santos (1:12). Participamos por el bautismo en la muerte y en la resurrección del Señor (2:12,13); por tanto, nuestra vida está escondida en Cristo (3:3) y tenemos todo plenamente en él (2:10).

Los capítulos 3 y 4 presentan una verdadera síntesis de la ética evangélica. Lejos de eximirnos de actuar, la fe nos impele en las huellas de Jesús. Vosotros habéis muerto, dice el apóstol, haced, pues, morir vuestra naturaleza terrestre (3:3-5); habéis resucitado, buscad las cosas de arriba, pensad en lo que está en lo alto (3:1,2); habéis sido elegidos, revestíos de ardiente compasión, de bondad, de humildad, de delicadeza, de paciencia (3:12); habéis sido perdonados, soportaos unos a otros y perdonaos recíprocamente (3:13); habéis sido amados, revestíos del amor que es el vínculo de la perfección (3:14). Decididamente, estas páginas son inmortales. En nuestro recorrido, hemos tenido la oportunidad de citar esta epístola en múltiples ocasiones; conviene ahora que completemos nuestra visión insistiendo de nuevo en algunos textos directamente relacionados con el tema.

1. «Os ha hecho dignos». Colosenses 1:12 [323]

«Dando gracias con alegría al Padre, que os ha hecho dignos de tener parte en la herencia de los consagrados, en la luz.» En la proposición relativa, Pablo emplea un verbo que significa «hacer capaz de», «habilitar», «hacer digno de». Lo encontramos, por ejemplo, en Mateo 3:11, donde Juan el Bautista declara que *no es digno* de llevar las sandalias de Cristo. Por consiguiente, este versículo confirma magistralmente la forma en que hemos comprendido la obra del Padre y del Hijo: su objetivo es sin duda transformar a los hombres. Bajo la antigua alianza, el premio que le había correspondido a Israel era la Canaán terrestre; la herencia de los cristianos será el reino de Dios.

2. «Nos libró». Colosenses 1:13,14

«Nos libró del dominio de la oscuridad.»[324] El verbo *librar* da a entender que nosotros éramos esclavos, cautivos del poder de las tinieblas, es decir, de Satanás. El final del versículo «[nos] trasladó al reino de su Hijo querido», hace pensar en Efesios 2:6 que sitúa a los elegidos en el cielo.

En lo que concierne a la redención mencionada en el versículo 14, se prolonga la imagen de liberación. El sentido está claramente definido por la remisión de los pecados. El método de Dios, su evangelio, consiste siempre en infundir aliento a los pecadores, incluso a los más insensibles, para reavivar sus energías hablándoles de esperanza, incluso cuando a la vista de los hombres todo parece perdido. Confundir la arrogancia de los fariseos, orgullosos de su propia justicia, humillar su soberbia haciéndoles sentir su propia miseria. Abrir a todos las perspectivas de la verdadera libertad, que es liberación, emancipación, abandono de toda forma de esclavitud. Conducirlos hacia las brillantes posibilidades de una comunión cada vez más completa con Cristo, fuente de luz, de verdadero bien y de felicidad real. Esta es la voluntad de Dios, este es su amor redentor. «Para esto se manifestó el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo», dice Juan

---

[323] *Ikanoun tina ti.*

[324] *Hos errusato.*

(1 Juan 3:8). Pablo pronuncia el mismo clamor de alegría: «que nos libró del dominio de la oscuridad y [nos] trasladó al reino de su Hijo querido.»

3. «Cristo en nosotros, la esperanza de gloria». Colosenses 1:19-29

Los versículos 15-18 describen con precisión la preeminencia de Cristo sobre todas las cosas. Desde el versículo 19, Pablo explica por qué esto es así: «Porque determinó que habitara en él toda la plenitud» (CI). Esta es, por tanto, la razón de la grandeza soberana de Cristo: Dios ha considerado apropiado hacer que habitara en él la perfección plena. Pablo aleja a sus lectores de las especulaciones metafísicas y los reconduce al terreno religioso de la comunión con Cristo. Es el *pléroma*[325] quien le da la preeminencia sobre todas las cosas; en él habita de una forma completa el *pléroma* de la divinidad (2:9); y también en él participamos nosotros mismos de ese *pléroma* (2:10).

¿Cómo hay que entender este *pléroma*? Probablemente Pablo escogió este término debido al uso que se le daba en el lenguaje religioso de la época. Podemos identificarlo con una perfección ideal, teniendo en cuenta que alude también a las relaciones entre Dios y el mundo. Dios llena el mundo, y al mismo tiempo lo envuelve por todas partes. Él lo une todo en Cristo y Cristo lo domina todo. Ninguna otra criatura, ni siquiera los ángeles, participa de esta plenitud. Descansa únicamente en Cristo, el cual contiene todas las cosas en la medida en que están llenas de Dios. Por eso esta plenitud es dinámica y lleva a cabo la reconciliación de «todas las cosas» con Dios. «Todas las cosas»[326] se refiere al mundo, el universo.

Pablo sostiene una doble visión mística: por una parte, la del pecado que se extiende a toda la creación como una enfermedad que nada puede detener (Romanos 8:19-22); por otra, la de la redención que se opone al pecado y trata de implantar la fe en el hombre para reconciliarlo con Dios. Es preciso restablecer en ellos un vínculo de amistad y de armonía. Pero,

---

[325] (N. del T.) El *pléroma* [πλήρωμα], vocablo griego del verbo pleróo «llenar», es un elemento común a muchas doctrinas gnósticas, se define como la unidad primordial de la que surge el resto de elementos que existen o, dicho de otro modo, la plenitud.

[326] (N. del T.) Las comillas son nuestras.

más allá de los hombres, el objetivo es el universo: el pacto ha de ser restaurado.

Repasemos la secuencia de ideas. Pablo recomienda a los Colosenses que muestren su agradecimiento a Dios, que los ha hecho aptos para participar en la herencia de los santos en luz (1:12), arrebatándolos al poder de las tinieblas para hacerlos entrar en el Reino de su amado Hijo. Para ello, los libera y les ofrece la remisión de los pecados. Es la redención. El apóstol aprovecha esta ocasión para hablarles de la excepcional grandeza de Cristo, que es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda criatura. Posee dignidad soberana sobre todos los seres de la creación (1:15) porque, en su calidad de redentor, es el fundamento sobre el cual se asienta todo lo que vive, incluso los seres celestiales (1:16). En consecuencia, es superior a todo en el universo, que subsiste en él; y es la cabeza del cuerpo de la iglesia, la cabeza de los resucitados, a fin de ser el primero en todo y en todas partes (1:18), pues se entiende que agradó a Dios que en él habitara toda la perfección (1:19). Su muerte en la cruz se ha convertido en el medio más poderoso para reconciliar con Dios a todo el universo, sean las cosas que están en la tierra o las que están en los cielos.

Una vez revelada esta grandeza soberana, Pablo se dirige abiertamente a sus lectores. Ellos mismos han sido reconciliados; ellos, que eran extranjeros y enemigos por sus pensamientos y por sus malas acciones, experimentan ahora la reconciliación para su santificación (1:21,22). Una vez más se menciona el sacrificio de Jesús como el medio empleado por Dios para abrirse paso en los corazones. La cruz es el fundamento de la reconciliación porque revela el verdadero rostro de Dios. Observemos esta expresión extremadamente realista: «en su cuerpo de carne por medio de la muerte.» Se acentúa la idea de una muerte auténtica, que pone fin a la encarnación.

«Para presentaros ante él santos, inmaculados y libres de acusación» (1:22). El autor agrupa expresiones sinónimas para dar más profundidad a la afirmación. El primer término, «santos», orienta el sentido de la frase. Solo se puede ser santo en Jesucristo una vez se ha salido del mundo, entendido este en un sentido despectivo. Es santo quien está separado del mundo y, en consecuencia, unido a Cristo. El valor de esta divina presencia

en nosotros (Gálatas 2:20) es engendrar una vida nueva, sin mancha e irreprensible. No se trata de perfeccionismo moral, sino de vida nueva, de crecimiento en Cristo y solo a través de él. La verdadera justicia únicamente puede provenir de Dios. La santificación alcanzada en la vida del cristiano que persevera en la fe lo transforma en hombre hecho, a la medida de la estatura de Cristo. El objetivo final de la reconciliación del hombre con Dios es la santificación, que prepara la felicidad eterna.

La condición que ha de cumplirse, repetida constantemente, es la perseverancia en la fe (2:7). Pablo insiste en la firmeza de la fe, pues sin ella todo está amenazado, la esperanza del evangelio se desmorona. Este evangelio les ha sido anunciado, predicado por todas partes bajo el cielo, y Pablo ha sido constituido ministro del mismo (1:23). Ahora bien, su ministerio, como el de Cristo, exige pruebas (1:24). Con todo, su felicidad radica en anunciar cabalmente la palabra de Dios, el misterio escondido desde el origen de las edades y de las generaciones, pero revelado ahora a los santos (1:25,26). Este misterio es Cristo en nosotros, la esperanza de gloria (1:27).

El léxico de este pasaje es muy específico. Algunos piensan que está tomado de la lengua mística, conocida acaso por los Colosenses puesto que Pablo les previene contra los filósofos que se dedicaban a extrañas especulaciones basadas en la astrología (2:8). Otros dan prioridad en este vocabulario al tono apocalíptico. Sea lo que fuere, el misterio, a los ojos del apóstol, reviste un sentido escatológico, claramente sugerido por la palabra *esperanza* en la conocida expresión: «esperanza de gloria».

> «El término *doxa* (gloria) tiene un sentido muy preciso en el Antiguo Testamento: servía especialmente para traducir la palabra hebrea *shekinah*, que designaba la nube, oscura de día y resplandeciente por la noche, que acompañaba a los israelitas en el desierto (Éxodo 13:21). A Moisés, que quería ver el rostro de Dios, se le indicó que no era posible que el hombre viera la cara de Dios y viviera, pero que vería su gloria (Éxodo 33:9). La gloria de Dios es, pues, el reflejo de la presencia de Dios y, en la época de la Diáspora, los rabinos enseñaban que habitaba solamente en Israel y en sus colonias diseminadas por el mundo; en última instancia, en todas las reuniones de hombres piadosos. Sin embargo, para Pablo, la presencia de Dios entre los gentiles se hace sentir también desde el evangelio (2 Corintios 4:4). En algunas ocasiones, la gloria de Dios es el evangelio proclamado por el mundo; en otras, concretamente, Cristo mismo ofrecido a los no judíos. Nos hallamos aquí en el núcleo

> de la definición del Misterio de Cristo. Para Pablo, Cristo ya era metafóricamente la roca de la que los israelitas bebieron en el desierto (1 Corintios 1:31; 10:1-9; Filipenses 4:1; 1 Tesalonicenses 2:19); era el reflejo de Yahvé. No es de extrañar que él mismo sea la "gloria" de Dios.»[327]

Así, la presencia de Cristo entre los paganos cumple ya la esperanza de gloria. Gracias al evangelio, son iluminados, regenerados, transformados. Ha surgido un mundo nuevo a través de la manifestación del plan eterno de Dios. Conviene experimentar profundamente este privilegio. El apóstol insiste: conocer el evangelio no basta; la conversión es lo que cuenta. En consecuencia, mientras se instruye es preciso advertir, exhortar «para presentar a todos y cada uno de los hombres perfectos en Cristo» (1:28, CI). «Volver, presentar o hacer aparecer»[328] a todo hombre, no solo delante de Dios, en el día del juicio, sino desde ahora, en la vida cotidiana. Esto se desprende claramente de la conclusión de la epístola: «Os saluda Epafras, que es de los vuestros, esclavo de Cristo Jesús, siempre luchando por vosotros en sus oraciones para que os mantengáis perfectos y colmados de todo [lo que concuerda con la] voluntad de Dios» (4:12, CI).

> «Darse por satisfecho con anunciar el evangelio y después abandonar a su suerte a los nuevos conversos sería exponerlos a ser recuperados por el paganismo, del cual acaban de salir, o a ser atraídos por desviaciones del cristianismo. […] Es necesario prevenir a cada creyente contra los errores, las tentaciones y las caídas que amenazan sus primeros pasos en la vida cristiana y se le debe enseñar lo que Dios espera de él, las victorias que obtendrá y la gracia que las asegura. Y esto "con toda clase de [dones de] sabiduría" (1:9, CI), porque es el conocimiento de los caminos de Dios en Cristo, de su gracia y de su exigencia, lo que permite al apóstol comunicar a todos las "advertencias" y las "enseñanzas" necesarias "para hacer a todo hombre perfecto en Cristo".[329] Pablo no considerará acabada su labor respecto a aquellos a quienes ha ganado su predicación hasta haber hecho de cada uno de ellos un cristiano consagrado, llegado a su mayoría espiritual, capaz de asumir la responsabilidad de su vida y de su testimonio como cristiano. Del complemento "en Cristo"

---

[327] Norbert HUGEDÉ, *L'épître aux Colossiens*, Labor et Fides, Ginebra, 1968, pp. 94, 95.

[328] (N. del T.) Las comillas son nuestras.

[329] (N. del T.) El autor parafrasea Colosenses 1:28.

> con el que acompaña al adjetivo "perfecto" se desprende que no aspira a conducirlo a una cierta perfección angélica. Porque únicamente en Cristo alcanzará el creyente su madurez espiritual, solo en la fe en Jesucristo y bajo la acción de su gracia.»[330]

Esta cita de Charles Masson define correctamente la perfección que cada cristiano debe alcanzar. Se trata de una madurez espiritual adquirida mediante la comunión con Jesucristo, en el conocimiento de la sabiduría divina.

4. La astrología. Colosenses 2:8-12

En el segundo capítulo, Pablo alcanza el punto culminante de su preocupación al dirigirse a los Colosenses. Está angustiado por ellos, pues corren peligro debido a la propaganda herética a la que están sometidos. Todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento se encuentran en Jesucristo; pero estos tesoros son denominados «escondidos» (2:3, CI) porque solamente son accesibles con el conocimiento de la fe, a través de la meditación y de las experiencias. Los incrédulos no tienen la menor idea; se privan del camino por excelencia. Buscar en otra parte conduce a tomar el camino equivocado, cualesquiera que sean las promesas extraordinarias de las ideologías esotéricas o de los gurús seductores. Este peligro se denuncia ahora con insistencia: «¡Atención!, no sea que haya alguien que os cautive mediante la filosofía y sofismas vanos, de acuerdo con la tradición de los hombres conforme a los espíritus elementales del mundo, y no conforme a Cristo» (2:8, CI).

En este último versículo, se ha traducido la expresión griega *«ta stoicheia tou kosmou»* por «los principios elementales del mundo». O estoy muy equivocado o el lector se encontrará con palabras conocidas sin poder comprenderlas. Otros traductores sustituyen «principios» por «rudimentos»;[331] no aclara mucho. De hecho, el término *stoicheia* no era común en

---

[330] Charles MASSON, *L'épître de Saint Paul aux Colossiens,* Delachaux et Niestlé, París, 1950, pp. 113, 114.

[331] (N. del T.) El autor compara las traducciones de Segond «à la Colombe» («les principes élementaires du monde») y Louis Segond («les rudiments du monde»). En español, encontramos una traducción semejante en la Biblia de las Américas («los principios elementales del mundo») y en RV60

la época neotestamentaria. En gramática, significaba un trazo de letra, como la barra de una *t*. En el ámbito profesional, se refería a los rudimentos de un oficio. En filosofía, había que entender uno de los cuatro elementos constitutivos del universo: el agua, el aire, la tierra, el fuego. Y en las religiones mistéricas designaba los doce signos del zodíaco y, por extensión, los astros o la fuerza astral.

En cuanto a la palabra *kosmos*, puede entenderse en su sentido actual en francés,[332] es decir, la bóveda celeste, el universo aparte de la Tierra. Sin embargo, los paganos creían en la influencia de los planetas sobre la vida de las personas, como aún enseña actualmente la astrología. De allí surgieron prácticas rituales y ascéticas encaminadas a controlar las distintas influencias. Estas son las creencias que combate el apóstol; estos «principios» vienen del mundo y no de Cristo.

El culto a los ángeles denunciado en 2:18 guarda relación con las mismas influencias acerca de los ángeles, según la cosmogonía difundida en los círculos judíos desde el exilio en Babilonia, y sobre todo después de la supremacía de los medas y los persas. Son «seres que por naturaleza no son dioses», dice Pablo (Gálatas 4:8), pero que esclavizan a los hombres mal informados (Gálatas 4:9). Jesús triunfó sobre ellos con su muerte y su resurrección, despojándolos de su poder (Colosenses 2:15). No es posible haber comprendido las enseñanzas de Cristo y dar crédito a estas pseudociencias. Si los Colosenses necesitaban comprender esto, qué decir de nuestra época en que la astrología y todo lo que ella motiva seducen cada vez a más gente. La ideología de la Nueva Era constituye un ejemplo evidente.

En contraste con estos desatinos, Pablo afirma la plena divinidad de Jesucristo, en el seno de su encarnación (2:9), y el privilegio que se nos ofrece de poder participar, también nosotros, de la naturaleza divina

(«los rudimentos del mundo»). Las versiones empleadas mayoritariamente en esta traducción indican «lo elemental del mundo» (NBE) y «los espíritus elementales del mundo» (CI).

[332] El *Diccionario de la Lengua Española* define «cosmos» como «el espacio exterior a la Tierra».

(2:10).[333] Porque la circuncisión de la que nos beneficiamos no es como la de los judíos, que se limita a quitarle al cuerpo un pedazo de carne; los hombres no pueden hacer nada mejor. La circuncisión de Cristo transforma todo el ser, mediante una recreación interior (2 Corintios 5:17).

5. Clavó el acta. Colosenses 2:13,14

Colosenses 2:13 recuerda Romanos 6:1-4. Se alude al bautismo como una muerte y una resurrección. Esta es la circuncisión de Cristo: la posibilidad de volver a empezar desde cero. Cuando no estamos satisfechos con una grabación magnetofónica, borramos y volvemos a empezar. Con Jesús, todas las cosas son también renovadas. Nuestro primer nacimiento nos somete a toda clase de determinismos. Pienso en la herencia física, con sus tendencias más o menos marcadas; en la influencia de las secreciones hormonales de las que dependen nuestros impulsos psicológicos. Su acción es tan amplia que podríamos decir que gobiernan nuestra vida y nuestra muerte. Es terrible saber que algunos miligramos de más, o de menos, de una sustancia determinada pueden transformar a un apático en un maníaco. Pienso también en las imposiciones forjadas por el medio social, por la educación, por las costumbres. El ser humano se cree naturalmente libre, pero es víctima de una ilusión; la caída de la humanidad lo encadena a mil servidumbres.

Por fortuna, aunque el hombre no escogió su primer nacimiento, tiene el poder de escoger el segundo, el bautismo, que lo hará nacer de lo alto. Dos corrientes de fuerzas recorren el mundo, la del bien y la del mal (Deuteronomio 30). Es un grave error y una fatal ilusión imaginar ser libre cuando no se adopta ninguna regla de vida. En ese caso, se cede a las influencias, no se las controla; quien quiere vivir su vida se encadena a su destino. La solución no reside ni en la debilidad enfermiza o el conformismo obsoleto, ni en la estúpida e inútil sublevación. Lo que hay que hacer es sumergirse en el río de la vida, uniéndose al Hijo de Dios mediante el bautismo, para convertirse, gracias a él, en hijos e hijas de Dios.

---

[333] En el original, los versículos 9 y 10 no están separados. El texto griego dice literalmente: «En él habitó de parte en parte la altura de la divinidad corporalmente (mientras estaba encarnado) y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y de todo poder.»

Este es el camino real trazado por la cruz. La pieza horizontal de esta corresponde a nuestro primer nacimiento. En el horizonte se vislumbra la muerte; es el horizonte de este mundo con sus determinismos, el horizonte del cadáver. Los extremos del madero corresponden a dos actitudes opuestas: la actitud pasiva de la renuncia, de la aceptación, de la resignación; o la rebelión: este mundo es repudiado, rechazado. El hombre no ha creado este mundo, pero quiere corregirlo, transformarlo por sus propios medios. En última instancia, esta actitud es luciferina. Puede ejemplificarse mediante las teorías de Nietzsche o de Karl Marx. Pero no podemos impedir que este mundo pase, su destino es la muerte.

El poste vertical indica la salida del mundo para acceder al reino de Dios. Los dos maderos no se cruzan en oblicuo sino verticalmente, en ángulo recto. No hay conciliación posible entre estos dos mundos. Por eso la intersección de la cruz sigue siendo un signo de contradicción: «Fuego he venido a encender en la tierra» (Lucas 12:49). La cruz es un escándalo que a los hombres les resulta difícil perdonar. Jesús en la cruz, es Cristo, el verbo, el logos: es la vida. «Yo he venido a este mundo para abrir un proceso; así, los que no ven, verán, y los que ven, quedarán ciegos» (Juan 9:39). Niega al hombre el poder y el derecho a divinizarse a sí mismo. Solo, el hombre no puede escapar a su propio destino, que es la muerte. «Sin mí no podéis hacer nada» (Juan 15:5). Pero niega también al hombre la pasividad: «Te aseguro que no saldrás de allí hasta que no pagues el último cuarto» (Mateo 5:26). «El que quiera venirse conmigo, que reniegue de sí mismo, que cargue con su cruz y me siga» (Mateo 16:24). Y la cruz no es un sedante.

«Y a vosotros, muertos como estabais por vuestros delitos y por no extirpar vuestros bajos instintos, Dios os dio vida con él, perdonando todos nuestros delitos» (2:13). Es la desconexión de la vía horizontal y la instalación en la vía vertical: este es el nuevo nacimiento.

Cabe reiterar que esta nueva vida, en simbiosis con Cristo, tiende espontáneamente a alcanzar la armonía con la voluntad de Dios. Pero, ¿qué significa entonces Colosenses 2:14? «Anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz» (RV60). La palabra griega traducida por «acta» no

aparece en ninguna otra parte en la Biblia. Corresponde al español *manuscrito*, escrito a mano. Por esta razón muchos comentaristas la identifican con el Decálogo, del cual Moisés precisa que fue escrito por la mano de Dios (Éxodo 31:18; 32:16).[334]

Hemos de admitir, de entrada, nuestra extrañeza. Cuando habla del Antiguo Testamento, Pablo afirma categóricamente que «Toda la Escritura es inspirada por Dios» (2 Timoteo 3:16, RV60). Y Jesús precisa: «Más fácil es que pasen el cielo y la tierra que no que caiga un acento de la Ley» (Lucas 16:17). Sin embargo, en cuanto a la Biblia, si todo es inspirado, la elección de las palabras y el estilo quedan a la iniciativa del escritor. Se exceptúa únicamente un pasaje, el Decálogo: «Las losas […] eran hechura de Dios y la escritura era escritura de Dios grabada en las losas» (Éxodo 32:16), «escritas por el dedo del Señor» (Éxodo 31:18). El salmista exclama: «Tu palabra, Señor, es eterna, más estable que el cielo» (Salmos 119:89). Por consiguiente, ¿cómo podría haber imaginado San Pablo que el Decálogo, sagrado entre todos los textos bíblicos, hubiera podido ser suprimido por Jesús y clavado en la cruz? ¿Habría Jesús anulado mediante su muerte las enseñanzas confirmadas a lo largo de todo su ministerio? Simplemente, es imposible. En cuanto al apóstol Pablo, se habría contradicho, pues afirma que «La Ley es santa y el mandamiento santo, justo y bueno» (Romanos 7:12). Joseph Bonsirven tiene razón cuando escribe: «A un defensor de la ley divina, santa (Romanos 7:12), le desagrada calificarla de documento, establecido entre particulares y empleado más a menudo para designar una credencial, y sobre todo, que se diga que este documento es clavado en la cruz.»[335]

Renunciando categóricamente a esta interpretación, podemos escoger entre otras dos posibilidades. Mencionemos primero aquella que convence a la mayoría de los últimos comentaristas.[336] Aunque la palabra *jeirógrafon* (escrito a mano, autógrafo) es única en el Nuevo Testamento, es frecuente

---

[334] Es el caso, entre otros, de Oltramare, Bultmann, Alford, Fausset, Bonnet, Abbott, Haupt, Kittel.

[335] Joseph BONSIRVEN, *L'Évangile de Paul,* Aubier, París, 1948, p. 153.

[336] «Hay que admitir, con Schlatter, Dibelius, Lohmeyer, Percy, que el quirógrafo es el resguardo que registra la deuda resultante de nuestras transgresiones» (Charles MASSON, *L'épître de Saint Paul aux Colossiens, op. cit.,* p. 128). Son de la misma opinión N. Hugedé, TOB, Chouraqui…

en griego con el sentido de «texto firmado», «reconocimiento de deuda», «factura», «hipoteca», documento autógrafo por oposición a acta notarial.[337] Orígenes mantuvo este significado: «Cada uno de nosotros, por sus transgresiones, se constituye deudor y escribe el pagaré de su pecado.»[338] Nuestros pecados son como una deuda contraída con Dios. Metafóricamente, todo sucede como si nosotros hubiéramos firmado nuestra condenación. El *jeirógrafon* designa, pues, la hipoteca que pesa sobre nosotros debido a nuestros pecados. Pero en lugar de emplearla contra nosotros, Dios la rompe, clavándola en la cruz.

Jean Rivière adopta esta interpretación:

> «Aquí San Pablo no se dirige a los judíos: el decreto del que habla, y que afecta a todos los seres humanos, solo podría ser la condenación interpuesta contra los pecadores –deuda fatal suscrita por Adán y que nosotros refrendamos con nuestros pecados personales–. Jesucristo la borró con su muerte y dio una prueba pública de ello clavándola en la cruz, como se cuelga de un clavo un documento prescrito.»[339]

Citamos de nuevo a Pierre Benoit:

> «El quirógrafo no designa la propia ley, que sería rasgada, clavada en la cruz, o presentada como un contrato firmado por los israelitas en el Sinaí. Se trata precisamente de su veredicto de condenación concebido como un pago, un certificado de deuda que ella esgrime contra su deudor mientras este no haya abonado lo que debe.»[340]

Esta explicación es muy hermosa y refleja sin duda alguna una verdad: la cruz es el signo por excelencia del perdón ofrecido por Dios al pecador que regresa a él con sentimientos de arrepentimiento. Pero, ¿pensaba exactamente en esto el apóstol Pablo cuando escribía este pasaje? Si es así, ¿qué tenía en mente al denunciar las disposiciones (*tois dogmasin*) que nos son contrarias?

---

[337] *Cf*. James H. MOULTON y George MILLIGAN, *The Vocabulary of the Greek Testament*, Hodder and Stoughton, Londres, 1963, p. 687.

[338] ORÍGENES, *Migne,* P.G., 12, 235.

[339] Jean RIVIÈRE, *Le Dogme de la Rédemption*, 2.ª ed., Lecoffre, París, 1905, p. 41.

[340] Pierre BENOÎT, «La Loi et la Croix d'après Saint Paul», *Revue Biblique*, 1938, p. 493.

Se propone ver en ellas los preceptos que los colosenses se habían dejado imponer por los herejes, los cuales encontraban en aquellos un medio de salvación. Norbert Hugedé traduce:

> «Habiendo anulado en los preceptos (ese régimen que nos era enemigo) la hipoteca que pesaba contra nosotros. –Y explica– Parece […] que el contexto impone que Pablo estaría aludiendo, no a la Ley, que a él no le resultaría ventajoso devaluar ante las especulaciones de los herejes, sino a las normas de ascesis apreciadas por los colosenses.»[341]

Colosenses 2:20 apoya esta interpretación: «Si moristeis con el Mesías a lo elemental del mundo (alusión a la astrología), ¿por qué os sometéis a reglas como si aún vivierais sujetos al mundo?» Esta última parte de la oración traduce el único verbo griego: «*dogmatizesthe*», donde se reconoce la palabra «*dogma*», del versículo 14. Los Colosenses ceden a estos preceptos como culto voluntario porque tienen apariencia de sabiduría. Sin embargo, no merecen honor y contribuyen a la satisfacción de la carne (2:23).

Esta es una explicación a la que es difícil hacerle un reproche; se sostiene desde el punto de vista filológico y gramatical y encaja perfectamente con la situación de los Colosenses.

2. Ha de admitirse, sin embargo, que queda otra interpretación posible, según la cual el culto en cuestión sería el de los judaizantes, en lugar de proceder de la astrología del entorno. Encontraríamos entonces el famoso combate de Pablo, tratado ya en el concilio de Jerusalén (Hechos 15), al término de su primer viaje misionero, y al que hizo frente hasta su muerte.

En su comentario, Louis Pirot menciona el sentido de *jeirografon* como nota escrita para contraer un compromiso. A menudo, es un acto por el cual uno se reconoce deudor. Pero añade:

> «No obstante, este uso está lejos de ser único o incluso preponderante. […] El rasgo común de los quirógrafos es el de otorgar autoridad en el tribunal para forzar la ejecución de una cláusula o para desestimar una demanda. Aquí el término es una metáfora. ¿Qué significa? Desde los primeros tiempos de la exégesis, están presentes dos opiniones. Una ve

[341] Norbert HUGEDÉ, *L'épître aux Colossiens*, *op. cit.*, pp.106, 138.

> en esta cédula la ley mosaica. […] La segunda se refiere a la ley natural y la deuda contraída por la humanidad desde el pecado de Adán. […] La primera interpretación parece con mucho la más respaldada.»[342]

Si entendemos por ley mosaica las leyes judías civiles y ceremoniales, esta explicación merece ser tenida en cuenta. La encontramos igualmente en el *Comentario Adventista*. Indica, en primer lugar, el sentido jurídico de la palabra *jeirografon* y la aplica a Colosenses 2:14 en estos términos:

> «Algunos comentadores sostienen que el apóstol está diciendo a la iglesia de Colosas que la regeneración de sus miembros mediante el poder de la resurrección proveniente de Dios y la restauración dentro de ellos de la imagen divina, se efectuaron cuando Dios borró o canceló el pagaré que ellos debían pagar. Otros ven una referencia a la ley mosaica, especialmente tal como la interpretaban los judíos. El parecido del lenguaje con Efe. 2:15 y la similitud entre las dos epístolas, ha hecho pensar que "el acta de los decretos" y "la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas" son una misma cosa. […] En el presente versículo *dógma* describe los decretos de la ley judía.»[343]

Debo admitir que esta última interpretación me parece más rigurosa. De hecho, no acabo de ver la relación entre la cruz y las prácticas astrológicas. ¿Por qué Pablo habría hecho depender de la cruz la supresión de estas costumbres? ¿En qué medida habrían sido clavadas en la cruz? Por el contrario, las leyes ceremoniales judías se ven directamente afectadas por la muerte de Jesús, puesto que la prefiguraban. Estaban completamente separadas del Decálogo. Este último, escrito por la mano de Dios sobre tablas de piedra, permanecía *dentro* del arca de la alianza, en el lugar santísimo del santuario (Deuteronomio 10:1-5). Las otras leyes, escritas por Moisés en un libro, debían estar colocadas *al lado* del arca (Deuteronomio 31:24-26).

> «Muchos confunden estos dos sistemas y se valen de los textos que hablan de la ley ceremonial para tratar de probar que la ley moral fue abolida; pero esto es pervertir las Escrituras. La distinción entre los dos sis-

---

[342] Louis PIROT, *La Sainte Bible avec commentaire exégétique et théologique*, Letouzey et Ané, París, 1938, tomo XII, p. 117. Comparten la misma opinión: Thomas Scott, Mathew Henry, Juan Calvino, Alexandre Vinet, Adam Clarke, Francis David Nichol, Ellen G. White.

[343] *Comentario Bíblico Adventista del Séptimo Día*, Pacific Press Publishing Association, Idaho, EE.UU., 1988, vol. VII, p. 210; vol. VI, p. 1008.

> temas es clara. El sistema ceremonial se componía de símbolos que señalaban a Cristo, su sacrificio y su sacerdocio. Esta ley ritual, con sus sacrificios y ordenanzas, debían los hebreos seguirla hasta que el símbolo se cumpliera en la realidad de la muerte de Cristo, Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Entonces debían cesar todas las ofrendas de sacrificio. Tal es la ley que Cristo quitó de en medio y clavó en la cruz. (Col. 2:14).»[344]

En el momento en que Jesús expiró en el Calvario, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo (Mateo 27:51). Se manifestaba así públicamente el distanciamiento respecto del santuario judío. Toda la Epístola a los Hebreos insiste en la abolición del culto basado en una ordenanza anterior, a causa de su ineficacia e inutilidad (7:18), y precisa que al cambio de sacerdocio corresponde un cambio de ley (7:12). De ahora en adelante, Jesucristo es el único sumo sacerdote, ya no según el orden de Leví, sino según el de Melquisedec.

La elección de *dogmata*, como en Efesios 2:15, para referirse a las disposiciones de la ley apoya esta última interpretación. Cristo nos libra de ese documento que se opone y condena. El tratamiento que se le aplica se describe de tres formas:[345] *a)* es borrado, declarado nulo y sin valor; *b)* es suprimido, lo que muestra mejor aún su abolición; *c)* es clavado en la cruz. Ese documento, que los judíos acusaron a Jesús de transgredir y contribuyó consiguientemente a hacerlo crucificar, fue clavado en la cruz. Es el título de victoria a la par que el título de condenación rubricado por Pilato.

Por otra parte, no puede descartarse que el apóstol Pablo tuviera también en mente la manera fanática de aplicar la ley de los Diez Mandamientos. *Jeirografon* apuntaría entonces al régimen legalista como medio de salvación. Sin embargo, solo la gracia de Dios nos salva.

6. El triunfo de Cristo. Colosenses 2:15

«Destituyendo a las soberanías y autoridades, las ofreció en espectáculo público, después de triunfar de ellas por medio del Mesías.» Esta

---

[344] Ellen G. WHITE, *Patriarcas y Profetas,* Publicaciones Interamericanas, 1975, p. 380.

[345] (N. del T.) El autor parafrasea aquí Colosenses 2:14 «*anulando* el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, *quitándola* de en medio y *clavándola* en la cruz» (RV60).

traducción me parece correcta. Es siempre el Padre quien actúa. Ninguna razón obliga a pasar del Padre al Hijo, como algunos proponen. El último complemento, que es un pronombre en el original, se refiere obviamente a la cruz, que acaba de ser citada. En cuanto a las soberanías mencionadas, no conciernen a autoridades humanas que no tienen nada que hacer aquí, sino a fuerzas sobrenaturales, enemigas de Dios y de los hombres. Son las potencias del mal que han establecido su imperio sobre el mundo. A lo largo de toda su vida, Jesús no dejó de estar en conflicto con ellas. Satanás se esforzó denodadamente en destruirlo. Sin duda creyó en su propia victoria mientras los verdugos hincaban sus clavos en una carne ya lacerada. Pero es allí, en los confines del reino del cual es el príncipe usurpador, donde Dios lo espera para infligirle una derrota definitiva.

La cruz es inseparable de la resurrección. Cristo murió, más aún, resucitó (Romanos 8:34). Nuestro Dios es un Dios que se esconde (Salmos 10:1; 89:47; Isaías 45:15); se retira y se esconde para enaltecer el don de la libertad. Las criaturas angélicas y humanas pueden llevar su rebelión hasta el final. Es el tiempo de la caída, del mal y de la muerte. Nunca ha estado Dios más escondido que en el Calvario, donde se dejó atrapar por el engranaje infernal en la persona de su Hijo amado. Sí, también Yahvé, ofreciéndose a las siniestras potencias en el terreno en que estas prevalecen, el de la muerte, desaparece un momento en la noche. Se trata de una extraordinaria y terrible demostración del imperio del mal. Dios combate el pecado en el terreno de los hombres hasta la muerte de su Hijo.

Pero es un dominio al que los rebeldes no tienen acceso. Las puertas del Edén están bien guardadas por los querubines protectores. «¡Ya veía yo que caería Satanás de lo alto como un rayo!» afirma el Maestro (Lucas 10:18). «Al gran dragón, a la serpiente primordial que se llama diablo y Satanás y extravía a la tierra entera, lo precipitaron a la tierra y precipitaron a sus ángeles con él» (Apocalipsis 12:9). Satanás y todas las fuerzas sometidas por él, naturales y sobrenaturales, son desarmadas por Dios y convertidas en espectáculo por la cruz. Porque la muerte de Jesús es la última victoria del propio Jesús. Ha sido obediente hasta la muerte en la cruz. Este condenado a muerte, cercado por los abucheos de un pueblo ingrato, que parece el más abandonado y el más débil de los hombres, es en realidad un

triunfador que arrastra tras de sí a sus enemigos vencidos y los presenta como espectáculo.

Como en 2 Corintios 2:14, el verbo «triunfar de ellas» recuerda el séquito triunfal en que los enemigos encadenados marchan tras el carro del vencedor. En la cruz, Jesús triunfa sobre las potestades del presente siglo malo.[346] No son destruidas todavía, pero sí despojadas, puestas en espectáculo, y arrastradas a la sombra del vencedor. Si Satanás aún merodea como un león rugiente, buscando a quien devorar (1 Pedro 5:8), no ignora que el Dios de paz no tardará en aplastarlo bajo nuestros pies (Romanos 16:20).

Para que Jesús triunfara de la nada a través de su resurrección, era preciso que su muerte misma fuera ya el germen de su resurrección. Esta se convirtió en la plenitud de un sacrificio libre, la culminación de la redención, el cumplimiento de un ideal encarnado en la cruz, el sello de una obediencia perfecta. Todo esto lo hizo Jesús en nuestro lugar, porque nosotros somos incapaces de ello; y para nosotros, porque el Padre y el Hijo nos aman con un amor inefable.

[346] (N. del T.) El autor recuerda aquí Gálatas 1:4, «el cual se dio a sí mismo por nuestros pecados para librarnos del presente siglo malo» (RV60).

Conclusión de la quinta parte

Finalizamos aquí nuestra exposición sobre el pensamiento paulino vinculado directa o indirectamente a la cruz. No porque hayamos analizado todos los textos; para ello habría que recorrer todas las epístolas de un extremo a otro, pues el apóstol no quiso saber de otra cosa que de Jesucristo crucificado. No obstante, hemos examinado lo esencial y en ningún momento hemos encontrado la idea de una venganza del Padre resarcida por la muerte del Hijo. Se desvanece así la crítica formulada a menudo contra el amor de Dios.

Es innegable que Pablo invoca la crucifixión de Jesús como prueba del amor de Dios (Romanos 5:8). Dios no es responsable de la cruz. El antiguo perseguidor, que dio su aquiescencia a la muerte de Esteban, primer mártir cristiano, sabe bien quién debería ser acusado de ese «gran pecado». Pero el teólogo cristiano en quien se ha convertido Saulo de Tarso conoce también los misteriosos lazos que unen a Dios con este mundo. Dios, que dispone todas las cosas para el bien de los que le aman (Romanos 8:28), no eludió el Calvario. En Cristo, escogió la cruz para integrar en su plan de salvación la situación resultante de la caída. El crimen de los rebeldes entra así, a su pesar y providencialmente, en la historia de la salvación. Del mal supremo, Dios hace surgir el bien sublime.

En la cruz, Jesús atrae a los hombres hacia él; se hace posible la reconciliación y con ella el restablecimiento de una relación viva entre la tierra y el cielo. Jesús ofrece a los hombres su obediencia perfecta y en eso consiste la justificación. Toda la justicia del Justo nos es *imputada*. La justificación por la fe ha entrado en la salvación, la *puerta* estrecha. Pero, como el creyente se convierte con Cristo en una misma planta, la vida de la cepa fecunda los sarmientos. La *santificación* que resulta de ella es la salvación misma, la *vía* estrecha, que conduce a la gloria. Porque la obediencia de Jesús hasta la muerte desestima las acusaciones de Satanás. No tenemos ya nada que temer; la justicia de Dios ha sido satisfecha. El amor de Dios tiene el campo libre, ya nada se le opone. Dios es justo cuando justifica, porque la justicia de Cristo es *impartida* gradual pero inequívocamente a quienes se aferran a él con perseverancia. En lo sucesivo, ven todo a través de los ojos del Salvador.

Uno no se separa poco a poco del pecado; se rompe con él, de una vez por todas, en Cristo. Mediante un acto decidido de la voluntad, nos situamos en la esfera de la santidad perfecta. Y es dentro de esta donde se efectúa la labor de la santificación, la renovación progresiva de la vida personal. El verdadero cristiano no intenta desarrollarse a sí mismo; recibe y se apropia constantemente del principio divino de todo crecimiento espiritual.

> «Fuera y por encima del viejo hombre que vive todavía, el creyente posee un nuevo yo, uno con Cristo que ya vive en él; este yo ha roto con el pecado, está sinceramente consagrado a Dios. Este el ser que él ha de considerar de ahora en adelante como su verdadero ser; debe, en consecuencia, sustituirlo constantemente por su yo natural, negado de una vez por todas al pie de la cruz, pero siempre ávido de revivir. Aquí está el divino secreto de la santificación cristiana, que la distingue profundamente de la simple moralidad natural. Esta ha dicho al hombre: Conviértete en lo que debes ser. Aquella dice al creyente: Conviértete en lo que eres (en Cristo). Sitúa así en la base del trabajo moral un hecho positivo al cual el creyente puede regresar y recurrir de nuevo a cada instante.»[347]

Si la ley es como un pedagogo que nos conduce a Cristo (Gálatas 3:24), Cristo es también el fin de la ley (Romanos 10:4), su cumplimiento. La verdadera teología de la cruz conduce al amor hacia el Decálogo, que expresa la quintaesencia de la voluntad divina. Así se pone fin al pecado original como voluntad de autonomía personal. La voluntad de Dios recupera de forma espontánea su lugar en el pensamiento y en el corazón del discípulo de Jesús. La ley ya no está solamente escrita en piedra por el dedo de Dios, sino grabada en el corazón por el Espíritu Santo. Es la obediencia nacida de la gracia, la obediencia como culminación del amor. «El que os llama es fiel y él lo hará» (1 Tesalonicenses 5:24).

Si la santidad perfecta coincidió con la encarnación, cualquier evidencia de santidad en una vida humana está ligada a una renovación de la encarnación: Cristo en nosotros, la esperanza de gloria. Llevar a Cristo en uno mismo es albergar a quien antaño fue objeto de burla. Por consiguiente, es estar condenado a la oposición del mundo. Pero Cristo vive a la diestra

---

[347] Frédéric GODET, *Commentaire sur l'épître aux Romains*, Labor et Fides, Ginebra, 1968, vol. II, p. 38.

de Dios, Rey de reyes y Señor de señores. Caminar con él es también estar predestinado para la supremacía sobre el mundo.

Resumen esquemático de la quinta parte

I. Cómo concebir la salvación desde de un punto de vista jurídico
Dios juez ➔Ley = código penal 🡻

Privado de justicia, el pecador es condenado a muerte.

A partir de ese momento, ¿cómo concebir la salvación?

1. Observar rigurosamente la ley: conduce al farisaísmo o al desengaño (judaísmo).
2. Es necesario apaciguar a Dios, engañarlo para que renuncie a aplicar la ley:

   ➔salvación por las obras, mortificaciones.

   ➔salvación por el sufrimiento de Cristo, que satisface a Dios (catolicismo)
3. Astucias jurídicas: Jesús sufrió la condenación en nuestro lugar. Le obedecemos por gratitud (protestantismo evangélico).
4. Dios pide lo imposible. Con la nueva alianza, abole la ley y posibilita la salvación al mismo tiempo (protestantismo).

II. La salvación vista a partir de la reconciliación, restablecimiento de una relación familiar.
Dios amor ➔Reconciliación 🡻

Ley = guía de felicidad

El hombre pecador es salvado cuando se reconcilia con Dios. La *justificación* es el reconocimiento inmediato de esta nueva relación.

La *santificación* es la vida puesta aparte en el marco de esta relación que madurará y se profundizará. La justicia de Dios implica todas sus intervenciones para conducir y guardar a los hombres en esta relación. La santificación dura toda la vida. La *condenación* es la constatación del rechazo del hombre a entrar en esta relación y permanecer en ella.

A lo largo de las Escrituras, la relación de Dios con su pueblo se compara con un matrimonio. Es una ilustración muy reveladora. En primer lugar, es preciso que la mirada de Dios que busca al hombre sea descubierta y aceptada. Entonces, la mirada de este responde a la de Dios y comienza la relación de amor. Llega después el contrato de matrimonio que oficializa esta relación, la justificación. El ser humano es declarado justo y se convierte en hijo de Dios por el bautismo.

La justificación por la fe (fidelidad) corresponde al compromiso del hombre hacia Dios y de Dios hacia el hombre; a la confianza del hombre a pesar de la ausencia de Dios y a la confianza de Dios pese a las imperfecciones de la conducta humana. La nueva relación, oficializada por el matrimonio, evolucionará sin embargo de forma continua; madurará, se profundizará y superará los obstáculos: es la imagen de la santificación

Sexta parte

La redención en la Epístola a los Hebreos

Capítulo primero

Introducción

1. El autor

Son muchos los Padres de la iglesia que consideran al apóstol Pablo el autor de la Epístola a los Hebreos. Sin embargo, desde principios del siglo XX y por razones de crítica interna, los especialistas tienen una opinión diferente. Sabemos que Pablo no siempre escribía sus textos: Tercio actuó como secretario en la Epístola a los Romanos (Romanos 16:22). En ese caso, el autor no siempre dictaba de una forma literal. Escribir era una ardua tarea debido a los materiales de que se disponía. Por cien líneas de escritura, un secretario recibía el mismo salario que un obrero agrícola por toda una jornada de trabajo. Según Cicerón, también se daba el caso de autores que confiaban a un amigo la redacción de un texto del cual simplemente le habrían indicado las ideas principales de forma oral. Los auténticos autógrafos eran raros y los mensajes dictados palabra por palabra muy poco frecuentes.

Así que podemos suponer que la Epístola a los Hebreos fue redactada por un discípulo del apóstol que se habría inspirado en los pensamientos del maestro. Este discípulo no le habría dado a la carta el marco grecorromano de los otros textos paulinos, sino el contexto palestino-asiático de su propio origen y el de sus destinatarios. El estilo de Pablo reaparece, por otra parte, en el final, que parece revelar la influencia del apóstol. El escritor podría ser Lucas, Barnabás, Apolos, Clemente de Roma… No son más que meras conjeturas. Si Pablo tomó la iniciativa de este texto, la tradición pudo atribuírselo perfectamente. Incluso aunque él mismo no hubiera escrito una sola palabra al respecto, estaría en consonancia con las costumbres de la época.[348]

---

[348] *Cf.* J.-A. ESCHLIMANN, La rédaction des epîtres pauliniennes, *Revue Biblique*, vol. 53, n.º 2, abril 1946, pp. 185-196.

Sea como fuere, el contenido de esta carta es tan singular que merece aquí un lugar aparte. En lo que concierne a la muerte de Cristo, enfatiza el aspecto sacrificial.

2. Cuatro sermones para cristianos abatidos

Los destinatarios de la epístola son cristianos de dilatada trayectoria. El autor está informado de los sufrimientos que han padecido (10:33,34), de su amor por los santos (6:10), de las lagunas de su vida espiritual (5:11-14) y de sus fructíferas experiencias (6:9-12). Conocían a Timoteo (13:23) y los saludos de «los de Italia» son muy valiosos para ellos (13:24). Se relacionan, por tanto, con el mundo cristiano. Sin embargo, están en peligro; parece invadirlos un cierto desánimo, hasta el punto de que se sienten tentados a retomar el antiguo culto del judaísmo. Por ese motivo la epístola es ante todo una exhortación (13:22). Ahora bien, está construida según un procedimiento específico en el cual las exhortaciones se alternan con exposiciones teológicas de las que extraen su justificación.[349] Del mismo modo que en nuestros días un sermón debe estar basado en la teología con una clara aplicación a la vida de los oyentes, igualmente el autor basa sus exhortaciones en la presentación de Jesús como Sumo Sacerdote y autor del sacrificio supremo.

- El primer sermón (2:1-4) está basado en una imagen tomada de la navegación. Hay que fijar un rumbo y mantenerlo; cualquier desviación nos expone a los mayores riesgos. Así sucede en la vida espiritual.
- El segundo sermón (3:1–4:16) está sacado de un episodio histórico: la travesía del desierto entre Egipto y la Tierra Prometida. La rebelión privó a toda una generación del reposo esperado. Se enfatiza la necesidad de caminar «hoy».
- Un tercer sermón (5:11–6:20) se inspira en la agricultura: «Cuando una tierra se embebe de las lluvias frecuentes y produce plantas útiles para los que la labran, está participando de una bendición de

[349] *Cf*. William G. JOHNSSON, *In Absolute Confidence*, Southern Publishing Association, Nashville, Tennessee, 1979.

Dios; pero si da espinas y cardos, es tierra de desecho a un paso de la maldición, y acabará quemada» (6:7,8). El autor reprocha a sus lectores que no crezcan; los verdaderos cristianos deben mostrar signos visibles de la bendición.

- El sermón final (10:19-39) destaca el maravilloso privilegio del cristiano: beneficiarse de un libre acceso al santuario. Ahora bien, cualquier negligencia, cualquier duda, pone en riesgo nuestra salvación; es preciso mantener fielmente la profesión de nuestra esperanza (10:23).

El objetivo principal es elevar la moral de los cristianos desalentados. Evidentemente, Jesús todavía no está aquí. El tiempo dura, la espera es larga. En lugar de inquietarnos o sentirnos contrariados por ello, nos dice el autor, mantengamos una resuelta certeza. ¿Por qué? *a)* debido a lo que Jesús ha hecho; *b)* considerando lo que él es; *c)* en razón del lugar donde se encuentra, esto es, el santuario celestial; *d)* gracias a lo que va a hacer. Esas cuatro cuestiones: *a)* la obra de Cristo en la tierra; *b)* su naturaleza; *c)* la realidad del santuario en el que oficia; *d)* su ministerio en el santuario celestial constituyen los puntos cardinales de la teología desarrollada en la epístola.

El autor revisa los principales ritos de la antigua alianza, el papel del Sumo Sacerdote y el significado de los sacrificios. Esta dispensación providencial era ya reveladora de la santidad y la misericordia divinas; pero al mismo tiempo resultó incapaz de producir la purificación de los pecados. Era esencialmente preparatoria y, por consiguiente, temporal. Debe desaparecer puesto que, con la llegada del verdadero Sumo Sacerdote, su misión ha concluido.

La preocupación por la salvación se encuentra en el núcleo de la epístola, con sus dos aspectos: el perdón de los pecados y la entrada en el reposo bienaventurado que Dios reserva a los fieles.

> «Su autor se dirigiría a una comunidad cuya fe se tambalea, para mostrarle cómo, en compañía de su jefe Jesucristo, debe seguir el camino que conduce desde este mundo terrestre y perecedero hasta el mundo celestial y la realización escatológica; […] el autor de Hebreos, además de interpretar la muerte de Jesús como un acto sacerdotal, quiere describir el itinerario del "pueblo de Dios en marcha" (Hebreos 3 y 4), con su

> jefe Jesucristo, hacia la tierra prometida e inculcar los deberes que de esta condición se derivan.»[350]

3. Del judaísmo al cristianismo

El paso del judaísmo al cristianismo no se produjo bruscamente. Los primeros discípulos de Jesús siguieron siendo judíos piadosos que practicaban las ceremonias y observancias prescritas por la ley. El libro de los Hechos de los Apóstoles es muy preciso en esta cuestión: los apóstoles frecuentan asiduamente el templo. Incluso después del concilio de Jerusalén, los judeocristianos permanecían apegados al pasado. El regreso de Pablo a Jerusalén, después de su tercer viaje misionero, es significativo en cuanto a este asunto. Miles de judíos se hicieron creyentes, pero seguían siendo celosos observadores de la Ley (Hechos 21:20). Lo que saben de las enseñanzas de Pablo les inquieta. Así que los hermanos recomiendan al apóstol de los gentiles que lleve consigo cuatro hombres que hayan hecho voto, para subvenir a sus gastos y acompañarlos al templo. Sucedía, en efecto, que algunos peregrinos quedaban retenidos en la ciudad por dificultades financieras. Para un alma generosa, era la oportunidad de cumplir una obra considerada sagrada.

«Llévatelos, purifícate con ellos y costéales tú el afeitado de cabeza; así sabrán todos que no hay nada de lo que se dice, sino que también tú estás por la observancia de la Ley» (Hechos 21:24). Este es el consejo; sin embargo, «Pablo se llevó a aquellos hombres, se purificó con ellos al día siguiente y entró en el templo para avisar cuándo se terminaban los días de la purificación y tocaba ofrecer la oblación por cada uno» (Hechos 21:26).

Debe tenerse en cuenta que estamos en el año 58. Han transcurrido unos veintisiete años desde la partida de Jesús; se han fundado las grandes iglesias, en Asia Menor y en Grecia; han visto ya la luz las epístolas de Pablo a los Tesalonicenses, a los Corintios, a los Romanos y a los Gálatas. Sin embargo, no se ha producido ruptura alguna entre el judaísmo y el cris-

---

[350] Rudolf SCHNACKENBURG, *La Teología del Nuevo Testamento (Estado de la cuestión)*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1966, pp. 134, 135.

tianismo. Es probable que la Epístola a los Hebreos contribuyera a la separación. Esteban ya había comprendido que el Altísimo no habita en lugares hechos por la mano del hombre (Hechos 7:48).

El apóstol Pablo debía contribuir a desvelar el antagonismo entre el culto de la letra y el del espíritu (2 Corintios 3).

> «La doble lógica de las ideas y de los hechos imponía a los judeocristianos de Palestina la dolorosa necesidad de una elección. Y se puede intuir que los mismos judíos, cada vez más hostiles al cristianismo, no soportaron de buen grado ni indefinidamente que aquellos a quienes consideraban renegados, partidarios de un falso mesías, fueran admitidos en los mismos atrios que ellos y participaran de los mismos sacrificios»[351]

Esto es precisamente lo que sucedió en el episodio mencionado anteriormente.

> «Cuando estaban para cumplirse los siete días, los judíos de Asia, que lo vieron en el templo, alborotaron al gentío y agarraron a Pablo gritando: ¡Auxilio, israelitas! Este es el individuo que ataca a nuestro pueblo, a nuestra Ley y a este lugar, enseñando a todo el mundo por todas partes. Además, ha introducido a unos griegos en el templo, profanando este lugar santo» (Hechos 21:27,28).

Intentaron matarlo, de modo que el rumor llegó hasta al tribuno de la cohorte, que solo consiguió salvar al apóstol reteniéndolo en la cárcel, primero en Jerusalén y después en Cesarea. Fue allí donde Pablo, alegando su prerrogativa de ciudadano romano, hizo valer su derecho de ser juzgado en Roma. La intransigencia de los judíos le costó cuatro años de prisión.

Como sugiere C. E. Babut, es probable que este episodio contribuyera notablemente a ampliar la brecha entre judíos y cristianos. Incluso puede que el acceso al templo hubiera sido prohibido a los «nazarenos», apelativo con el que se conocía a los discípulos de Jesús. Si nuestra hipótesis es acertada, podemos figurarnos la consternación de quienes estaban angustiados por esta prohibición; el apego visceral al templo es sobradamente conocido. Ahora bien, la Epístola a los Hebreos habla de un altar al que los servidores del tabernáculo no tienen acceso (13:10), como si pretendiera

---

[351] Charles-Édouard BABUT, *Étude biblique sur la Rédemption*, Imprimerie coopérative «La Laborieuse», Nimes, 1914, p. 162.

mostrar la superioridad del privilegio cristiano en relación con los judíos. Se trata de un privilegio que el autor argumenta a lo largo de toda su exposición, para formular su llamado en este pasaje que se acerca a la conclusión: «Salgamos, pues, a encontrarlo fuera del campamento, cargados con su oprobio» (13:13).

Es evidente que la invitación a «salir» no implica necesariamente el alejamiento de un lugar. Ante todo, la idea es ir al encuentro de Cristo, aunque tampoco puede excluirse *a priori*. En ese caso habría que precisar la naturaleza del campamento.

> «Los comentaristas han tratado de comprender el significado de la metáfora. La propuesta más tradicional, ligada a una convicción sobre la identidad de los destinatarios de la epístola, es que el campamento del que hay que alejarse es el judaísmo. La ventaja de esta solución es que se mantiene en consonancia con la advertencia contra un culto exterior desfasado, tan fuerte en la epístola y en el contexto (vv. 9,10). La tentación de permanecer al amparo de la *religio licita* (el culto oficial) y apoyarse en ritos venerables y grandiosos debía de ser fuerte para los cristianos salidos del judaísmo.»[352]

El profesor Samuel Bénétreau, a quien acabamos de citar, señala otras interpretaciones. La exhortación de la epístola fue percibida como «una invitación a abandonar el mundo terrestre, el de las realidades sensibles y efímeras para dirigirse resueltamente hacia el mundo celestial». El campamento puede entenderse también como «el símbolo de un lugar de seguridad religiosa, de piedad tradicional».[353]

Considerando el contexto histórico, tiendo a precisar más. Había que escoger entre la fidelidad al pasado ancestral y el compromiso audaz. Nunca es fácil desprenderse de las costumbres. El paso de la religión establecida, con sus fastos, a un cristianismo sobrio pero exigente requería valor y determinación.

> «Así se explica el tono conmovedor, solemne, incluso amenazador, de las exhortaciones y de las advertencias contenidas en nuestra epístola.

---

[352] Samuel BÉNÉTREAU, *L'épître aux Hébreux*, Edifac, Faculté Libre de Théologie Évangélique, Vaux-sur-Seine, 1990, tomo II, pp. 223, 227.

[353] *Ibidem*.

> De esta manera cobran su auténtico sentido palabras como las del capítulo 13:9-13, que significan en síntesis: Si los judíos nos expulsan de sus altares, ellos mismos se separan del nuestro, que es la cruz de Jesucristo; se privan de bendiciones infinitamente mayores y más reales que aquellas que nos niegan. Así que no dudemos más; "salgamos del campamento", es decir, de la comunidad judía; llevemos alegremente el oprobio de Cristo y no temamos los anatemas de los hombres.»[354]

La cuestión es siempre la superioridad del cristianismo sobre el judaísmo. Pero en lugar de la antítesis ley-gracia, nos hallamos ante una oposición ritual. La idea dominante es la del sacerdocio de Jesucristo, el único eterno, el único eficaz, el único en consonancia con el plan de Dios para las necesidades del hombre. El sacerdocio levítico tuvo su hora de gloria; se apaga ante la luz que él anunciaba.

[354] Charles-Édouard BABUT, *Étude biblique sur la Rédemption*, o*p. cit.*, p. 163.

Capítulo 2

Las ideas clave de la Epístola a los Hebreos

1. Plan de la epístola

No es el propósito de este estudio desarrollar por entero la teología de la Epístola a los Hebreos. Fieles al método seguido hasta ahora, examinaremos los textos vinculados directamente a la muerte de Jesús. Sin embargo, parece conveniente trazar de antemano las líneas maestras de la exposición. Inspirándonos en Bénétreau, proponemos observar cuatro grandes partes:

1. **La situación de Jesús**, superior a los ángeles (1:5-14), a Moisés (3:1-6) y a Josué (3:7–4:11), por quien podemos acercarnos a Dios con seguridad (4:14-16).
2. **El nuevo culto**, con un nuevo sumo sacerdote según el orden de Melquisedec (5:1–7:28); un verdadero santuario celestial y una nueva alianza (8:1–9:28); el sacrificio único (10:1-18) y el libre acceso a Dios (10:19-39).
3. **Los testigos y su fe** (11:1-40) y la invitación a mantener la mirada fija en Jesús (12:1-13).
4. **Exhortaciones diversas** (12:14–13:25).

2. Originalidad de la epístola

Como puede observarse, estamos ante una vasta panorámica donde la persona y la obra de Cristo cobran vida en el nuevo escenario del santuario celestial. El rasgo característico y original es la mediación sacerdotal. Aparecen muchas ideas sobre las que ya hemos insistido con anterioridad: el autor reconoce la universalidad y la gravedad del pecado; las personas permanecen esclavizadas por el temor de la muerte y la espera del juicio (2:15; 9:27); nadie insiste más que él en el peligro de la apostasía (6:6-8); subraya la divinidad de Cristo (1:8) y su perfecta identificación con los seres humanos, sus hermanos; como ellos, Jesús participó de carne y sangre (2:14) y fue tentado en todo (4:15) sin cometer pecado.

En la Epístola a los Hebreos, la ley se concibe como un código de preceptos sobre las ceremonias y los sacrificios, al alcance de los hombres pero incapaces de proporcionarles paz. De ahí la necesidad de tomar conciencia sobre la inutilidad de esta ley y su abolición (7:18). La gracia es fuente de salvación (2:9) y la fe es el medio para apropiarse de ella. Con estas ideas, estamos perfectamente situados en un entorno paulino. Pero si Pablo ha aludido ya a la mediación de Cristo (1 Timoteo 2:15) y a su ministerio celestial (Efesios 2:6), es la Epístola a los Hebreos la que desarrolla estos conceptos con maestría.

Esquemáticamente, se puede decir que la idea de salvación en las epístolas de Pablo estudiadas hasta el momento está dominada por la noción de *justicia* y de *amor*: cómo poner al pecador en estado de gracia y restablecer en él la imagen de Dios enderezando lo que está torcido. Para ello, es preciso que la persona se adhiera a Jesucristo. En la Epístola a los Hebreos, el énfasis recae sobre todo en la noción de *santidad* (7:26; 12:10).

En hebreo, la raíz *qdsh* expresa la idea de corte, de separación. Los lugares sagrados están separados y prohibidos al común de los mortales. Ahora bien, la idea de poder está asociada a la de separación: quien es santo se encuentra bajo el imperio del poder divino, sobrenatural y misterioso.

> «El sacrificio tiene por objeto transmitir algo de la fuerza de vida que es la santidad divina, asimismo la ausencia de culto sacrificial debe ser considerada a menudo como una negativa de Dios a transferir su santidad a quienes no son dignos de ella (Éxodo 28:38; 29:33; Deuteronomio 12:26; Jeremías 11:15). Quien ofrece un sacrificio espera la revelación y la liberación de un poder de vida.»[355]

Desde esta perspectiva, se trata de saber cómo puede ser purificado el hombre contaminado por el pecado para recobrar su lugar en la comunión con el santo Dios. Frente a la justicia de Dios, la redención se manifiesta en la justificación; frente a su santidad, la redención efectúa la purificación. El medio para alcanzarla es la función sacerdotal. Antes de que veamos algunos textos concretos, no resultarán superfluas algunas aclaraciones sobre este asunto.

---

[355] Edmond JACOB, *Théologie de l'Ancien Testament,* Delachaux et Niestlé, Neuchâtel-París, 1955, p. 73.

3. La mediación sacerdotal

3.1. La noción de sacerdocio

El sacerdocio es el responsable de administrar las relaciones entre el hombre y Dios.

> «…siendo consideradas al principio las dos partes no solamente como distintas, sino distantes y separadas por un grave litigio, y requiriendo toda reconciliación la intervención de un tercero, de un mediador. Ha de añadirse que el sacerdocio está muy a menudo vinculado a un lugar sagrado, un santuario. Predomina el aspecto ritual de la función.»[356]

3.2. El sacerdocio antiguo

Hebreos 5:1-4 describe el sacerdocio tradicional en Israel:

a) El sumo sacerdote es un hombre escogido entre los hombres (5:1), por consiguiente, capaz de comprenderlos (5:2).

b) Ha sido establecido en favor de estos (5:1).

c) Su ministerio en beneficio del ser humano está esencialmente orientado hacia Dios; se centra en el acceso a Dios (5:1).

d) Su función es ofrecer dones y sacrificios por los pecados (5:1,3).[357]

e) Es Dios quien preside el sacerdocio (5:4). Hebreos 8:3 y 10:11 no añaden nada nuevo. Por el contrario, 7:5 menciona la retención de los diezmos, lo que incrementa su autoridad, y el capítulo 9 recuerda el ministerio del sumo sacerdote en el lugar santísimo del santuario. La función sacerdotal implica siempre una doble relación: solidaridad con el pueblo y representación de Dios.

3.3. Un nuevo sacerdocio

> «El mismo empleo, para Cristo, del título de *archiereus* (sumo sacerdote) o de *hiereus* (sacerdote) indica la existencia de elementos de con-

[356] Samuel BÉNÉTREAU, *L'épître aux Hébreux*, *op. cit.*, tomo I, p. 41.

[357] *Hyper hamartiôn* corresponde a *hattat* (sacrificio por el pecado) y a *asam* (sacrificio de culpabilidad).

> tinuidad entre el antiguo sacerdocio y el nuevo. Por el contrario, la abolición del culto antiguo, declarada en 8:3 y 9:10, deja entrever que la novedad no podría ser superficial.»[358]

La solidaridad de Cristo con los hombres está debidamente confirmada (2:17); Cristo está cerca de los hombres y perfectamente acreditado ante Dios. Además, él fue también establecido por Dios (7:21). Finalmente, su ministerio consiste asimismo en abolir el pecado (9:26). En esto estriba la semejanza o la continuidad entre la antigua y la nueva alianza. Pero debe reconocerse también una superación: Cristo es un sumo sacerdote sin parangón. La referencia al Salmo 110 sirve para constatarlo: Jesús ha sido exaltado a la diestra de Dios, donde ministra por la eternidad.

> «El contraste entre lo antiguo y lo nuevo, el elemento innovador, atañe al destino personal del sumo sacerdote, a su comportamiento excepcional en el desarrollo de pruebas igualmente excepcionales. La cualificación para el sacerdocio y, por ello, para la función suprema de autor de la salvación no es de naturaleza ritual, sino que se basa en un recorrido impecable en el corazón de la humanidad. […] El nuevo sacerdote no accede a su oficio en virtud de una ley de filiación humana, sino en razón de una vida indestructible (7:16).»[359]

Los capítulos 8, 9 y 10 describen la eficacia del nuevo sacerdocio que se desarrolla en el santuario celestial. Es la nueva alianza anunciada por Jeremías (31:33,34; Hebreos 8:7-13; 9:15; 10:16).

3.4. Continuidad y ruptura

La relación entre la antigua y la nueva alianza ha sido objeto de mucha discusión. Unos hablan de «funcionamiento diferente, pero dentro de una función semejante». Otros prefieren la fórmula: «Objetivo similar, pero función diferente». Nosotros preferimos el criterio de la propia epístola, que habla de una reforma (9:10). Había que sustituir el espíritu a la letra; reemplazar un culto formalista por un culto en espíritu y en verdad; renunciar a las obras de la voluntad humana en favor de las de la fe; dejar que Dios suscitara la obediencia de un corazón metamorfoseado.

---

[358] Samuel BÉNÉTREAU, *L'épître aux Hébreux*, *op. cit.*, tomo I, p. 46.

[359] *Ibidem.*, p. 50.

De la naturaleza del nuevo sacerdocio se deriva otra ruptura. El autor encuentra su origen en Génesis 14, interpretado a la luz del Salmo 110. Jesús no es sacerdote según el orden de Leví, sino según el de Melquisedec, que fue rey y sumo sacerdote en Salem y de quien se ignoraba el estado civil. Eso es lo que significa la afirmación: sin padre, sin madre, sin genealogía, que no tiene principio de días ni fin de vida (7:2,3). Se ignoraba el nombre de sus padres, así como la fecha de su nacimiento y de su muerte. Sucede lo mismo con la reina Ester (Ester 2:7).

No hay que subestimar la afirmación de esta diferencia. El nuevo sacerdocio no tiene la misma naturaleza que el antiguo. En última instancia, las similitudes podrían ser únicamente fortuitas, destacadas con un objetivo pedagógico; lo cual explicaría el silencio sobre este asunto en las epístolas destinadas a los cristianos de origen pagano. Los hebreos, en cambio, lo necesitaban; es la transición necesaria entre lo que ya saben y lo que deben descubrir.

El rasgo más impactante de esta diferencia consiste en el hecho de que el sumo sacerdote es al mismo tiempo la víctima del sacrificio (9:14,25). No hay nada similar en la antigua alianza. Las referencias previas a Cristo se encuentran en Isaías 53, donde no se menciona ningún sacerdote; o bien en Génesis 22, donde Abraham está dispuesto a ofrecer a otro «él mismo»,[360] pero su brazo es retenido por Dios, que muestra abiertamente su rechazo; o incluso en la conmovedora propuesta de Moisés, que suplica morir en lugar del pueblo rebelde (Éxodo 32:32). Sin embargo, Dios responde: «Al que haya pecado contra mí lo borraré del libro» (Éxodo 32:33).

Esta observación demuestra cuánta cautela se requiere al pretender interpretar el sacerdocio de Cristo a la luz del sacerdocio judío, o incluso las imágenes parciales que lo colman. Convengamos, no obstante, con Bénétreau que:

> «El sacrificio del Antiguo Testamento era una disposición en la cual Dios se comprometía, proveyendo un medio para hacer perdurar la alianza pese a las faltas del pueblo. […] Por otra parte, el sacrificio ofre-

[360] (N. del T.) Las comillas son nuestras. El autor se refiere con esta expresión a Isaac, el hijo de la promesa, a quien Abraham considera una representación de sí mismo.

> cía al creyente la ocasión de expresar su obediencia a Dios y su fe. Curiosamente, este último aspecto no se destaca a propósito de los sacrificios levíticos, sino en el capítulo 11, donde el conocido "por la fe" se aplica a tres sacrificios, el de Abel (11:4), el de Abraham (11:17) y el de Moisés (11:28). La cruz es sin duda el acto sacrificial por excelencia que cumple los ritos de la antigua alianza y que, en lo sucesivo, solicita la fe y el compromiso del hombre. Decir de ella que no es verdaderamente, concretamente, un sacrificio, sino una sanción penal injusta que recibe ulteriormente una interpretación sacrificial no hace justicia al acontecimiento. Seguramente, para un observador superficial, no se trata de un rito religioso común; pero tanto para el creyente como para el autor de la epístola es un drama muy concreto, donde ha sido vertida auténtica sangre, no por accidente o por faltas personales sino por motivos fundamentalmente religiosos, es decir, que conciernen a la relación entre el hombre y Dios. Es el sacrificio escatológico que convierte en inútil cualquier otro sacrificio de mediación.»[361]

Esta es la idea que hemos presentado al mostrar que al camino histórico que conduce a la cruz se superpone un camino teológico, donde Dios integra los acontecimientos de la historia humana en la historia de la salvación.[362]

3.5. Entrada en funciones

Se plantea la cuestión de si Jesús era ya sacerdote en la tierra o si se convirtió en tal después de su ascensión. Veamos la opinión del *Diccionario Bíblico Adventista*:

> «Después de haber muerto por los pecados de la humanidad, Cristo ascendió a los cielos y se sentó "a la diestra de Dios" (He. 10:12): fue consagrado como nuestro Sumo Sacerdote y apartado para ministrar en favor de nosotros en la misma presencia del Padre (8:1,2). Sólo luego de

---

[361] Samuel BÉNÉTREAU, *L'épître aux Hébreux*, *op. cit.*, tomo I, pp. 52, 53.

[362] El profesor M.-A. CHEVALLIER piensa que la muerte de Cristo no fue un sacrificio: «Los autores del Nuevo Testamento sabían bien que la crucifixión no era un sacrificio. […] Ya hemos observado una reducción de la explicación sacrificial a través de numerosos testimonios del Nuevo Testamento. Muy pronto, con la *Didaché*, Ignacio y Justino, la iglesia primitiva interpretó la Cena como un sacrificio… de acción de gracias (eucaristía). ¿No deberíamos tomar nota de tal menoscabo del valor semántico del sacrificio?» (*La prédication de la croix*, Études Théologiques et Religieuses, 1970, n.º 3, p. 244). Sin embargo, la Biblia enseña que la muerte de Jesús fue un sacrificio.

> ofrecerse como sacrificio por el pecado, Cristo pudo comenzar su ministerio especial (8:3; 10:12). Solo después que participó de carne y sangre, hecho "en todo semejante a sus hermanos" (2:17) –ya que "fue tentado en todo según nuestra semejanza", para poder "compadecerse de nuestras debilidades" (4:15; *cf.* 2:14,18)–, estuvo en condiciones de llegar a ser un "misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo" (2:17). Por tanto, después de su ascensión, Cristo entró "en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios" (9:24). "Dando el Espíritu Santo a entender con esto que aún no se había manifestado el camino al Lugar Santísimo, entre tanto que la primera parte del tabernáculo estuviese en pie" (v. 8).»[363]

Merece una mención aparte la opinión de H. H. Meeter, expuesta por S. Bénétreau:

> «Él parte de la idea de que el sumo sacerdote requerido por la situación del hombre es un sumo sacerdote celestial, capaz de presentar a Dios su obra acabada en la tierra. Así Cristo es, ante todo, en la epístola, una figura celestial, actual y viva. La cruz proporciona el presupuesto de este ministerio glorioso, pero, al mismo tiempo, no sería erróneo decir que este ministerio perpetúa lo que la muerte de Cristo cumple y proclama. –Sigue la cita de Meeter– Por eso Hebreos puede hablar a veces del sacrificio de la cruz como de una obra realizada por el sumo sacerdote, aunque, al mismo tiempo y en todo lo que concierne a la vertiente práctica, el sumo sacerdote del que tenemos necesidad esté presentado como el sumo sacerdote glorificado en los cielos.»[364]

En definitiva, toda la contienda de Cristo contra el poder de las tinieblas, es decir su obediencia hasta la muerte en la cruz, lo cualifica para su ministerio sacerdotal que culmina en el santuario celestial. Por tanto, lejos de concluir en la cruz, como enseñan algunos, la obra de Cristo llega a su

---

[363] *Diccionario Bíblico Adventista del Séptimo Día*, Asociación Casa Editora Sudamericana, Buenos Aires, Argentina, 1995, p. 1023.

[364] Samuel BÉNÉTREAU, *L'épître aux Hébreux*, *op.cit.* , p. 55; H. Henry MEETER, *The Heavenly High Priesthood of Christ. An Exegetico-Dogmatic Study,* Eerdmans-Sevensma, Grand Rapids, Michigan y Amsterdam, s.f., p. 105. N.B. Estos autores emplean la palabra «prêtre» (sacerdote), que personalmente desapruebo. «Prêtre» procede del griego *presbyteros*, que derivó en latín *presbyter*. En el Nuevo Testamento, este término designa la función de *anciano*, que no tiene sentido sacerdotal, puesto que Jesús es el único sumo sacerdote. La Iglesia Católica confiere erróneamente a los «prêtres» una misión sacerdotal. Emplear este término a propósito de Cristo comporta una desafortunada ambigüedad.

cenit en el momento en que ocupa su lugar a la diestra de Dios. Este aspecto vital se descuida con excesiva frecuencia; sin embargo, la Iglesia Adventista se muestra muy sensible a él.

Advirtamos aún que el ministerio del sumo sacerdote se desarrollaba en dos tiempos: la inmolación de las víctimas en el atrio y después la presentación de la sangre en el lugar santísimo. Conviene, pues, distinguir entre el servicio diario y el servicio anual. Estos diferentes elementos han de ser tomados en consideración para una correcta comprensión del ministerio sacerdotal de Cristo; pero ese estudio ya no se ajusta a nuestro propósito.

Capítulo 3

Algunos textos importantes

1. Las condiciones del sacerdocio: Dios y el hombre

El sacerdocio levítico ocupaba un lugar de honor en el corazón de la religión judía. Sin él, se suponía que ningún hombre podría acercarse a Dios. No porque Dios se negara a ello, sino porque el hombre en estado de caída no estaba en condiciones de comprender a su Creador. Por esa misma razón, Jesucristo fue investido sumo sacerdote único y definitivo en la economía cristiana. Para asumir esta misión, debía conocer perfectamente al *Eterno* y al *hombre*. En consecuencia, el autor de nuestra epístola se consagra a establecer la naturaleza divina de Cristo y su completa encarnación. En nuestra obra *Descubriendo a Cristo* ya consideramos este asunto; baste recordar aquí que la Epístola a los Hebreos supone una valiosa contribución a este estudio.

Hemos indicado asimismo la gravedad de las tentaciones a las que fue sometido el Mesías. Su naturaleza humana no era un simple velo que cubría su divinidad; se sumergió por completo en la naturaleza humana caída. En ese sentido, la Epístola a los Hebreos no deja traslucir ninguna ambigüedad. Subrayemos que el sacerdocio de Jesús no hubiera sido válido sin su auténtica identificación con los hombres. Ya hemos señalado anteriormente que su obediencia hasta la muerte en la cruz lo cualificó para su ministerio sacerdotal. Sin ella, no habría podido comprender nuestras debilidades y, por tanto, no hubiera sido apto para representarnos ante Dios. Lo que está en juego no es el amor del Padre, sino más bien la confianza solidaria de los hombres. Prueba de ello es la insistencia que se pone a menudo en recusar el ejemplo de Jesús debido a su divinidad. Desde esta perspectiva, vale la pena insistir en un texto clave sobre la obediencia del Señor.

2. Las condiciones del sacerdocio: La obediencia en conflicto

> «Él, en los días de su vida mortal, ofreció oraciones y súplicas, a gritos y con lágrimas, al que podía salvarlo de la muerte; y Dios lo escuchó,

> pero después de aquella angustia, Hijo y todo como era. Sufriendo aprendió a obedecer y, así consumado, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen a él, pues Dios lo proclamó sumo sacerdote *en la línea de Melquisedec*» (Hebreos 5:7-10).

Desde sus primeras palabras, la Epístola a los Hebreos exalta la grandeza de Cristo. Es el «reflejo de su gloria [de Dios]». «Por él había creado los mundos y las edades» y a través de él nos ha hablado Dios en esta etapa final, tras haberlo hecho antiguamente por los profetas (1:1-3). Sin duda alguna, los autores del Nuevo Testamento son:

> «…apasionados monoteístas que no se cansan de afirmar que todas las intervenciones de Jesús es el Padre quien las realiza en él; reservan la supremacía a aquel que es el principio único y soberano de todas las cosas y solo quieren ver en su Hijo al mediador a través de cual Dios actúa y se comunica.»[365]

Pero al presentarlo como «el reflejo de la gloria de Dios» afirman que, en el sol, el reflejo es una unidad con el origen del que procede. El Hijo, que es uno con el Padre, está tan estrechamente unido a él como lo están los rayos del sol al propio astro. Él refleja hacia afuera a aquel de quien es la expresión perfecta. Dios le otorga la soberanía sobre toda la creación.

Ahora bien, en plena dominación, en plena realeza, se nos habla de obediencia. No de una obediencia fácil, trivial y común; el libro sagrado nos abre nuevos horizontes. Jesús no fue espontáneamente obediente en virtud de una naturaleza impecable; de ninguna manera. Tuvo que *aprender* la obediencia aunque fuera Hijo. En otras palabras, por sorprendente que parezca, los sufrimientos de su vida le habían enseñado la obediencia, los de la muerte la manifiestan plenamente.

En nuestra época, en que se preconizan los derechos humanos, la obediencia ya no se percibe como una virtud esencial. ¿A quién se le ocurriría considerar el deber como un privilegio? Es la libertad lo que se reclama a voz en grito. Y me viene a la memoria una hermosa declaración de Wilfred Monod que no puedo resistir el placer de citar:

> «¡Oh hombre! ¡Exige libertad! ¡Exígela! Pero para obedecer mejor. Porque la obediencia es tan noble que un ser libre, solo, tiene el poder de

[365] Joseph BONSIRVEN, *Théologie du Nouveau Testament*, Aubier, París, 1951, p. 182.

> obedecer. Sin la libertad, la obediencia es imposible. La caña que se inclina bajo el aliento de la brisa, no obedece, se dobla; el caballo que se adentra, tembloroso, babeando espuma blanca, en el sendero por el que lo fuerzan a avanzar a golpe de espuela, el caballo vencido por el jinete, no obedece, cede. La obediencia es una prerrogativa del hombre. Solo él puede obedecer, porque solo él tiene una voluntad para someterse libremente, y un corazón para amar a quien le dirige. […] La obediencia, sin embargo, es el deber en todas sus formas. La obediencia, no obstante, es la fe, la resignación. La obediencia tiene como fórmula: "Sea hecha tu voluntad", es decir, quiero lograrlo cuando sea fuerte, quiero aceptarlo cuando sea débil. Por eso Vinet escribió: "La obediencia dignifica la vida humana. El entusiasmo, la abnegación, el amor, obtienen de la obediencia su principal belleza." Evidentemente, la obediencia no está al alcance de los cobardes ni de los escépticos; es una corona de la que pocas frentes son dignas y que generalmente se le niega al inteligente. Y si el nombre de Jesucristo está "por encima de todo nombre que pueda ser nombrado",[366] es porque la obediencia de Jesús está por encima de toda obediencia que pueda ser mencionada.»[367]

En la soledad del desierto, el Espíritu Santo le mostró la senda que habría de recorrer. En el desamparo del huerto de Getsemaní, le hizo comprender que había llegado «la hora». Mientras sentía vibrar en él tanto poder que daba órdenes a la naturaleza y a la muerte, debería transitar hasta el final el camino del hombre separado de Dios, despojado de todo. Nadie puede imaginar el sufrimiento físico y moral que conoció quien había sido abandonado por el Padre a una muerte inmerecida. La disyuntiva era esta: obstaculizar la experiencia de la encarnación, con las consecuencias incalculables que ya hemos analizado; o bien respetar el compromiso hasta el final, en una inquebrantable solidaridad con el ser humano perdido. Y la angustia fue tan terrible que se le envió un ángel para socorrerlo.

El cristiano que muere hoy sabe que Jesús venció a la muerte por él. Jesús se internó por un camino que nadie había recorrido antes que él. La experiencia de Moisés había sido muy diferente; no se enfrentó cara a cara con el poder de las tinieblas. Jesús tuvo que abandonarse enteramente a la

---

[366] (N. del T.) Efesios 1:21, aunque Pablo emplea también una expresión similar en Filipenses 2:9.

[367] Wilfred MONOD, *Il a souffert*, Fischbacher, París, 1932, pp. 46, 47.

misericordia, al amor y a la sabiduría de su Padre, en una experiencia nueva y única. Cabe destacar que el pasaje sobre la dolorosa obediencia de Jesús está enmarcado por dos declaraciones que lo proclaman sumo sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec (Hebreos 7:17,21). De este modo, el autor nos revela las condiciones que hay que cumplir con miras a estar cualificado para una misión como esta: la fidelidad en la obediencia, hasta la muerte. En una profecía mesiánica, el profeta Jeremías había anunciado que Cristo sería llamado: «Señor, justicia nuestra» (Jeremías 23:6). Este título fue merecido y obtenido con gran esfuerzo.

3. Las condiciones del sacerdocio: Jesús hecho perfecto

(Hebreos 2:9,10) El capítulo 2 de la Epístola a los Hebreos nos abre perspectivas sorprendentes y maravillosas sobre la obra de Cristo. Recordemos una vez más que el autor se dirige a cristianos de origen judío. Están decepcionados y desanimados al ver que el tiempo de espera se prolonga; su esperanza se ha debilitado y se sienten tentados de retomar los ritos judíos que habían abandonado al aceptar a Jesucristo. Una regresión así sería aún más grave si se tiene en cuenta que habían recibido la revelación suprema a través del mismo Jesús. Es verdad que Dios les había hablado por medio de sus profetas; pero hizo algo mejor, les habló por el Hijo (1:1,2) y confirmó su evangelio con señales, prodigios y diferentes milagros (2:4). Renunciar a una salvación tan grande sería un desatino, dice el autor. Toda la fuerza de su exhortación se basa en la incomparable superioridad de Cristo. El nuevo pacto supera ampliamente al antiguo.

En una argumentación rigurosa y profundamente semítica, el primer capítulo presenta siete referencias del Antiguo Testamento para demostrar la superioridad de Cristo en relación con los ángeles: ellos han sido creados y están las órdenes de Dios; Cristo, no creado, es Dios en las alturas, sentado a la diestra de la Divina Majestad (1:3). Nos encontramos en la cúspide de la gloria y del poder. Con el capítulo 2, por el contrario, seguimos a Jesús en su encarnación. Nos despeñamos por las laderas del precipicio al que el pecado ha arrojado al hombre; surge el espectro de la muerte provocando ansiedad (2:15) y, en el fondo del abismo, Jesús lucha como cualquier hombre en completa solidaridad.

La idea central está expresada en el versículo 9: «observamos a Jesús, el que "fue hecho un poco inferior a los ángeles" coronado de gloria y honor» (CI).[368] El escritor sagrado aporta entonces la razón de la coronación de Jesús: es consecuencia de la muerte que ha sufrido. Esta constituyó un acontecimiento doloroso cuya plena amargura Cristo experimentó conscientemente.[369] Por escandalosa que resultara, ya que era absolutamente injusta, la muerte no cogió a Jesús desprevenido. Sin su propio consentimiento al crimen, sus verdugos no hubieran podido ejecutarlo. De este mal sin justificación, Dios, por su gracia,[370] hace surgir un bien supremo.

Efectivamente, el Padre integra también el crimen cometido contra su hijo amado, por amor a nosotros, en su plan de salvación. Esta es la gran paradoja explicada en el versículo 10: «Porque convenía a aquel por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos» (RV60).

- «…convenía»: es la justificación de los padecimientos de la muerte.
- «…a aquel por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten»: se refiere al Padre, causa primera de la creación.
- «…proponiéndose conducir muchos hijos a la gloria»:[371] el tiempo del verbo griego sugiere una acción ya comenzada y que debe continuar.[372]

---

[368] «Coronado», en griego *estephanômenon*, participio perfecto pasivo, indica la eterna persistencia de la coronación.

[369] *Dia to pathêma tou thanatou*= a causa del acontecimiento doloroso de su muerte.

[370] Los manuscritos más antiguos indican *chariti Theou* = por la gracia de Dios. Sin embargo, diversos Padres de la iglesia, orientales y occidentales, leyeron *chôris Theou* = sin Dios. Esta interpretación puede haber sido sugerida por 1 Corintios 15:27 o por Mateo 27:46. Así, Jean Hering traduce: «a causa de la muerte que sufrió para que, separado de Dios, gustase la muerte para provecho de todo hombre» (Jean HERING, *L'Epître aux Hébreux*, Delachaux et Niestlé, Neuchâtel-París, 1954, p. 30). Nosotros preferimos fiarnos de los manuscritos antiguos.

[371] (N. del T.) Citamos aquí la traducción de la NBE, más acorde con el desarrollo subsiguiente del autor.

[372] Aoristo ingresivo, que marca el principio de una acción que debe ser acabada –*cf*. F. M. ABEL, *Grammaire du grec biblique*, J. Gabalda et Fils, París, 1927, p. 255.

- «…perfeccionase»: el verbo griego *teleioô* aparece en veintitrés ocasiones en el Nuevo Testamento, nueve de ellas en la Epístola a los Hebreos. Significa: «completar, acabar, perfeccionar». El sustantivo *télos* designa el objetivo;[373] el adjetivo *teleios* describe a quien lo ha alcanzado. La idea que se contempla no es la perfección moral. En ese sentido, a Cristo no le faltó nada, tanto si se considera su humanidad como su divinidad. Pero, como escribe el apóstol Pablo (1 Timoteo 1:15), «vino al mundo para salvar a [los] pecadores» (CI). Se convirtió en el autor de nuestra salvación,[374] suscitando la fe, para producir el arrepentimiento y el perdón de los pecados.

Dios siente un ardiente deseo de conducirnos a la salvación. El verbo traducido por «conducir» sugiere en griego una marcha. Por tanto, hace falta un guía.

> «Si Cristo es como el Príncipe o el Jefe de la economía de la salvación que él inaugura y de la que conserva la dirección, el énfasis se sitúa en su función de *guía* que conduce a los suyos a través de su ejemplo personal y su virtud… Él allana el camino, marchando en primera línea y recorriendo el primero el trayecto que deben seguir todos los que llegarán al cielo… Para hacer el papel de guía o de entrenador, hay que estar adaptado a él, y es así como el *archègos* de los elegidos ha tenido que ser "perfeccionado por aflicciones", más exactamente "acabado, completado", o "conducido al cumplimiento"… "conducido al punto final" que es la muerte.»[375]

---

[373] *Cf*. Roberto BADENAS*, Cristo, fin de la ley. Romanos 10,4 en la perspectiva paulina*, Aula7activa-AEGUAE, Barcelona, 2007. Traducción de la tesis doctoral publicada en 1985 por JSOT Press Department of Biblical Studies, The University of Sheffield, Reino Unido.

[374] La palabra griega *archêgos*, que traducimos por «autor», significa: que es la causa primera o principal de, autor de, jefe, rey, príncipe. Aparece cuatro veces en el Nuevo Testamento (Hechos 3:15; 5:31; Hebreos 2:10; 12:2) y se aplica siempre a Cristo. Segond traduce: «Príncipe» de la vida (Hechos 3:15), «Príncipe» y Salvador para dar a Israel el arrepentimiento y el perdón de los pecados (Hechos 5:31), «Príncipe» de su salvación (Hebreos 2:10) y «el jefe» y el consumador de la fe (Hebreos 12:2). (N. del T.) Nuestra versión castellana de referencia, *NBE*, traduce respectivamente: «autor» de la vida (Hechos 3:15), «Jefe» y Salvador, para otorgarle a Israel arrepentimiento y perdón de [los] pecados (Hechos 5:31), el «pionero de su salvación» (Hebreos 2:10) y «el pionero y consumador de la fe» (Hebreos 12:2).

[375] C. SPICQ, *L'Épître aux Hébreux*, Gabalda, París, 1977, pp. 72,73.

Observemos la trascendencia de esta palabra *archêgos*.[376] Jesús podría no ser más que un guía que muestra el camino a los pecadores incapaces de seguirlo. Pero no es este el caso. Sin lugar a dudas, al mismo tiempo que guía es autor, realizador. Recordemos, de hecho, que se presentó a sí mismo como «el camino». Ocurrió algunas horas antes de su muerte. Sus discípulos lo habían seguido durante tres años, marchando hacia un objetivo jamás alcanzado. Y, en el momento en que ellos creían llegar al fin, Jesús, con una palabra, los devuelve a la lucha. «Yo soy el camino», les dice (Juan 14:6). Por tanto, todavía hay que caminar.

Pero es un camino que se mueve, algo así como una cinta transportadora que nos traslada, o como un río que impulsa la barca hacia su destino; un camino que es el resultado de su propio recorrido, como la huella de su paso, que va desde el nacimiento a la muerte y a la resurrección. No falta nada, ninguna etapa. Sin la muerte, sin los sufrimientos de la muerte, su ejemplo habría sido incompleto. Siempre hubiéramos podido desfallecer en el paso que él no hubiera superado. Por tanto, puede invitarnos con todo derecho a llevar también la cruz. El camino está abierto a todos. «El que dice que permanece en él, debe también él caminar como Aquél caminó» (1 Juan 2:6, CI). El camino está trazado; además, está vivo. Dondequiera que tengamos que pasar, él ha dejado su luz, dispuesto a ofrecernos su apoyo. Como Salvador, su ministerio debía acabarse con la muerte y la resurrección.

No puedo dejar de señalar que la expresión «hacer perfecto» o «llevar a su terminación» se emplea al menos dos veces en la Epístola a los Hebreos con una connotación específica de resurrección. Por ejemplo en el capítulo 11, donde se describe la fe excepcional de los grandes hombres de Dios bajo la antigua dispensación, los cuales no recibieron lo que se les había prometido, dice el autor, es decir, la vida eterna, «por haber previsto Dios un [plan] mejor sobre nosotros, de forma que sin nosotros no llegasen *a la perfección*» (11:40, CI). Obviamente, el autor piensa en el objetivo

[376] «Jesús es llamado el autor de la salvación mediante un término intraducible (*archêgos*, 12:2; Hechos 3:15; 5:31), empleado en la literatura griega para designar al jefe de una empresa o de una tropa, o al promotor y la causa de una acción; Jesús es todo esto: principio, primicias, pionero, guía, ejemplo de salvación (Colosenses 1:18; Apocalipsis 3:14)» (Joseph BONSIRVEN, *Saint Paul: Épître aux Hébreux*, Verbum Salutis, París, 1943, pp. 213, 214).

que se ha de alcanzar a través de la resurrección, a la cual llegaremos todos juntos. Conviene hacer la misma observación respecto a los «espíritus de justos llegados *a la perfección*» (12:23, CI).

El teólogo suizo François Varone subraya con acierto la importancia en nuestra epístola del tema de la resurrección, mencionada desde el principio (1:5,6) y al final, en la conclusión (13:20,21). Hacer perfecto a Jesús es, por tanto, conducirlo a la resurrección, más allá de la muerte, y también entronizarlo como sumo sacerdote. De hecho, este verbo, empleado para designar la consagración sacerdotal, proyecta sobre el objetivo del sacerdocio una luz inestimable.

> «Lejos, pues, de quedarse en la muerte y el sufrimiento, el verdadero lenguaje sacrificial hace de ellos una etapa de "transición", porque la consumación de todo el proceso sacrificial es *la vida* del hombre hecha perfecta junto a Dios. Lejos también, por lo tanto, de definir el sacerdocio de Jesús por un acto de muerte, el verdadero lenguaje sacrificial lo define como la dignidad del hombre capaz de atreverse a emprender *la gran travesía humana hasta Dios y hasta su vida acogedora.* Es la resurrección, la perfección de la vida humana junto a Dios, la que define el sacrificio y el sacerdocio. […] La "sangre" que salva no es la de la muerte, sino la de la resurrección.»[377]

En definitiva, el objetivo del sacrificio no es aplacar a Dios, sino transformar al hombre, a todos los hombres; porque, por la gracia de Dios, Jesús padeció la muerte por *todos* (2:9b).

4. Desdramatizar la muerte. Hebreos 2:14,15

Hay otra razón que explica la necesidad de la muerte de Jesús: había que arrebatarle a la más cruel enemiga de la humanidad el horror con el cual se engalana. «Oh género de los atónitos por el miedo de la helada muerte»,[378] escribía Ovidio, poeta latino apenas mayor que Jesús. Nadie, a menos que esté loco –o salvado– puede mirarla sin temor. Estamos hechos

---

[377] François VARONE, *El Dios «sádico»: ¿Ama Dios el sufrimiento?*, Sal Terrae, Santander, 1988, p. 138.

[378] OVIDIO, *Metamorfosis,* XV, verso 153. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002. Traducción de Ana Pérez Vega.

para vivir y no para morir. Era preciso vencer a la muerte. Los hombres pueden filosofar sobre la muerte y proponer explicaciones e hipótesis, todas ellas gratuitas y sin fundamento sólido; solo uno la experimentó y regresó para dar testimonio de ello: Jesús.

Para que su victoria sobre la muerte constituyera un mensaje de esperanza a nuestro favor, él debía tener la misma naturaleza que nosotros. Y sobre este asunto la Epístola a los Hebreos es concluyente:

> «Por eso, como los suyos tienen todos la misma carne y sangre, también él asumió una como la de ellos, para con su muerte reducir a la impotencia al que tenía dominio sobre la muerte, es decir, al diablo, y liberar a todos los que, por miedo a la muerte, pasaban la vida entera como esclavos» (2:14,15).

¿Cómo expresar con más vehemencia, en el lenguaje bíblico, la perfecta identidad de naturaleza entre Jesús y nosotros? La expresión «carne y sangre» es el rasgo distintivo de una naturaleza en estado de caída. Como escribe Spicq, «La naturaleza de Cristo era débil, corruptible, mortal, […] La redacción de la frase […] pone énfasis en la asimilación perfecta de Cristo a la condición de sus hermanos […] esto es, su capacidad de sufrimiento y de muerte.»[379]

Retomemos el razonamiento del autor. Para liberarnos de nuestra angustia existencial, Jesús debe ser semejante a nosotros. Pero, ¿qué consecuencia tendría entonces esta identidad de naturaleza? ¿En qué puede la experiencia de Jesús cambiar la nuestra? Respuesta: gracias a una fructífera solidaridad, consecuencia de su divinidad. Aquél que santifica –Cristo–, y aquellos que son santificados –nosotros–, han salido todos de uno solo –es

---

[379] C. SPICQ, *L'Épître aux Hébreux, op. cit.*, p. 75. El texto griego aporta una precisión difícil de traducir: «los hijos han participado de la sangre y la carne». El término empleado es *koinôneô*. Moulton y Milligan señalan que este verbo indica siempre una participación activa, cuyo resultado depende de la cooperación de quien recibe tanto como de quien da. En consecuencia, nuestra debilidad proviene de la caída original, pero también de nuestra participación en el pecado (*cf*. Romanos 5:12). Jesús, por el contrario, no pecó nunca. Su participación en la carne y en la sangre está presentada por el verbo *metechô*. Con esto, el autor ha querido sin duda insinuar la diferencia de comportamiento entre Jesús y nosotros: nosotros sucumbimos al pecado; él, jamás. Su participación en nuestras debilidades es pasiva.

decir, del Padre[380] (Hebreos 2:11). Estamos vinculados a Jesús por una completa solidaridad física y espiritual. Lo que él vivió, podemos vivirlo también; somos hermanos.

Esta dimensión fructífera de la solidaridad se ve reforzada por una referencia a Isaías 8:18 donde se nos presenta, ya no como hermanos, sino como hijos. «Aquí estoy, yo y los hijos que Dios me dio» (Hebreos 2:13, CI). Jesús es también el padre de los cristianos (*cf*. Juan 13:33; 14:18; 21:5). Y, de tal palo, tal astilla. Por la fe, tenemos acceso a un auténtico parentesco; podemos unirnos a él como el sarmiento está sujeto a la vid, convertirnos con él en «una misma planta» (Romanos 6:5), a fin de ser transformados por él (Romanos 8:29). El padre y los hijos comparten las mismas posibilidades, sin diferencia, sin reservas. En ello reside todo el evangelio. «Todo [discípulo], bien formado, podrá ser como su maestro» (Lucas 6:40, CI).

Así pues, Jesús entró sin reservas en nuestro reino de sangre y carne para destruir al diablo, que detenta el poder de la muerte (Hebreos 2:14; Juan 8:44). Nunca antes había expresado el Nuevo Testamento con tanta fuerza y claridad este objetivo de la venida de Cristo a la tierra. Para destruir a Satanás, tuvo que encarnarse, con todos los riesgos inherentes a esta situación. Y, más aún, tuvo que querer la muerte. El texto es categórico: «para con su muerte reducir a la impotencia al que tenía dominio sobre la muerte.» También Juan, el visionario de Patmos, subraya brillantemente este aspecto del ministerio de Jesús, en su Apocalipsis. (12:7-12; ver también 1 Juan 3:8).

De entrada, la cuestión que se plantea es cómo pudo Jesús destruir «al que tenía dominio sobre la muerte». El comentarista alemán Hermann Strathmann se pregunta:

> «¿La idea es que el pecado ha sido borrado y que así "el aguijón de la muerte" (1 Corintios 15:56) ha perdido su eficacia? ¿O acaso se refiere

[380] *Ex henos*. Si *henos* está en neutro, hay que traducir «salidos de un mismo principio», lo que no significa gran cosa. En masculino, *henos* puede referirse a Adán, Abraham o Dios. Las tres posibilidades son interesantes. Estamos, sin embargo, de acuerdo con Juan Crisóstomo en que es mejor pensar en Dios a tenor del versículo 10. Dios es causa de todas las cosas (*panta*) y también de todos los hombres (*pantas*).

> a la irrupción de Cristo en el reino de la muerte, la cual no tuvo poder para retenerlo a él que era sin pecado, logrando así disputar su presa al príncipe de la muerte y, como adalid de los liberados, dejar el reino de la muerte y regresar victoriosamente a la vida? La segunda idea no excluye la primera.»[381]

Indudablemente, Cristo experimentó la victoria sobre la muerte. El apóstol Pedro indica con claridad la causa: «Dios lo resucitó rompiendo las ataduras de la muerte; no era posible que la muerte lo retuviera bajo su dominio» (Hechos 2:24). La victoria absoluta de Jesús sobre las tentaciones de Satanás conminaba a la justicia de Dios, frente al universo, para que le devolviera la vida. Por primera vez, el enemigo era derrotado.

Pero conviene insistir aún en la fecundidad de la experiencia de Jesús. En virtud de los vínculos posibles entre nosotros y él mediante la fe, –es decir de nuestra unión con él–, lo que él realiza se hace posible a nuestro nivel. La afirmación del apóstol Pablo es esencial: «Todo lo puedo en Cristo que me fortalece» (Filipenses 4:13). Y nosotros lo podemos todo porque Cristo mismo habita en nosotros para realizarlo (Gálatas 2:20). No hay en nosotros ningún mérito, ninguna capacidad que pudiéramos hacer valer. Toda la gloria corresponde a Dios y a Cristo Jesús. Por tanto, la victoria obtenida sobre la muerte en el Gólgota es también potencialmente la nuestra, si nuestra comunión con Cristo por la fe es auténtica. «Ésta es la victoria que ha derrotado al mundo: nuestra fe» (1 Juan 5:4). Nunca se insistirá lo suficiente en la *fecundidad* de la experiencia del Salvador. Al sumergirse en nuestra naturaleza, ha cambiado el destino de nuestras vidas. Este concepto reviste tal importancia para el autor de la Epístola a los Hebreos que lo presenta como una necesidad absoluta. Según él, Jesús «*debía* parecerse a los hermanos en todo» (2:17, CI). No se trata de una simple conveniencia, sino de un deber, de una obligación moral;[382] condición *sine qua non* para convertirse en sumo sacerdote. Como Hijo de Dios, representa a Dios ante los hombres; como hombre, representa a los hombres ante Dios. El sacerdocio implica ambas funciones.

---

[381] Hermann STRATHMANN, *L'Épître aux Hébreux*, Labor et Fides, París, 1971, pp. 34, 35.

[382] *Ôpheilen*: la necesidad le fue impuesta desde fuera; él la asumió voluntariamente.

¿Y cuál era el objetivo fundamental de esta tarea? El texto responde literalmente: «para ser sumo sacerdote compasivo y fidedigno en lo que toca a Dios y expiar así los pecados del pueblo» (2:17). Recordemos que el verbo *expiar* forma parte de las palabras trampa de la Biblia. Los términos bíblicos traducidos así en el pasado tenían un significado muy distinto al actual; en lugar de enfatizar el castigo, insistían en la gracia del perdón que borra y repara, que olvida y regenera. No obstante, aquí está la idea que se ajusta al contexto. En ese sentido, se dice de Jesús que puede socorrer a quienes son tentados, pues él mismo padeció siendo tentado. Se convierte así en un sumo sacerdote misericordioso y fiel. Al explicar así el versículo 17, el 18 demuestra que la intención del autor está completamente orientada hacia el hombre a quien hay que socorrer, y no hacia un Dios cuya ira ha de ser aplacada.

5. La purificación

5.1. La gran preocupación de la epístola

La idea de purificación se menciona varias veces de una forma explícita en la Epístola a los Hebreos:

a) 9:14, La sangre de Cristo purifica (*katharizô*).

9:22, casi todo se purifica con sangre.

9:23, las representaciones de las realidades celestes deben ser purificadas.

10:2, quienes practican el culto antiguo habrían sido purificados.

b) 1:3, después de haber realizado la purificación de los pecados (*katharismos*).

c) 10:22, el cuerpo lavado con agua pura (*katharos*).

d) 9:13, para la purificación de la carne (*katharotês*)

Además, no es exagerado decir que está en consonancia con toda la epístola. Por consiguiente, debemos precisar su significado.

5.2. Antiguo Testamento

En las religiones de la antigüedad, lo *puro* y lo *impuro* están en relación con lo animado por el poder divino. Estas ideas proceden de la magia, del

totemismo o del animismo. En un principio, no tenían ninguna relación con la moral. Cualquier contacto con el poder de Dios se concebía como peligroso; así que, cuando se producía, había que purificarse antes de restablecer la comunicación con Dios y la relación con el entorno. Hechos naturales como el nacimiento, la muerte y las relaciones sexuales convertían en impuro. Desde ese momento, se imponía un rito de purificación. El poder en cuestión podía ser benéfico u hostil, provenir de Dios o del demonio. Como la impureza se comparaba materialmente al lodo, debía ser lavada de un modo concreto.[383]

Esta concepción aparece también en el Antiguo Testamento, donde desempeña una función esencial. La impureza no consiste simplemente en la ausencia de pureza; es un poder positivo que contamina. Todo lo que está en relación con un culto extraño a Yahvé es impuro. Así, Palestina, consagrada a Dios, es pura; pero los demás países son impuros porque están dedicados a dioses extraños. Pureza y moral no están necesariamente asociadas: una acción moralmente buena, como amortajar a un difunto, puede convertir en impuro (Levítico 21:1-4). Igualmente, para una mujer casada es un honor y una bendición tener hijos, pero cada maternidad la vuelve impura (Levítico 12), porque la pone en contacto con el poder divino de la vida.

> «En la mentalidad primitiva, lo impuro es lo que está cargado de fuerzas misteriosas y peligrosas o lo que puede desencadenar estas fuerzas y debe, por consiguiente, evitarse a todo trance. Lo impuro está, pues, estrictamente prohibido (tabú). Esta prohibición absoluta puede alcanzar individuos, objetos, animales, acciones o estados, por ejemplo las mujeres en su período mensual o después de un alumbramiento, los muertos, algunos animales, los fenómenos sexuales. Lo impuro y lo sagrado son dos nociones muy próximas entre sí, pero sin embargo distintas; "aunque imprecisa, la distinción entre lo que es santo y lo que es impuro es real: en las leyes de santidad, el motivo es el respeto a los dioses; en la impureza, es principalmente el temor de un poder hostil y desconocido".»[384]

---

[383] *Cf. TDNT*, vol. III, p. 413 ss.

[384] P. VAN IMSCHOOT, *Teología del Antiguo Testamento,* Fax, Madrid, 1969, pp. 576, 577. (N. del T.) P. Van Imschoot cita en el entrecomillado final a: William Robertson SMITH, *Lectures on the*

Es también impuro lo que impide al ser humano comunicarse normalmente con Dios. Lo puro, por el contrario, es compatible con la integridad del alma. El hombre puede comer únicamente lo que es similar a su ser. Por consiguiente, la sangre y algunos animales le son prohibidos (Levítico 17:11,12; cap. 11). Yahvé, que es santo, no puede consentir nada impuro. Toda la legislación sacerdotal se asienta en este principio. Nos encontramos ante un concepto que nos resulta prácticamente ajeno en la actualidad.

No obstante, en algunos contextos, la terminología cultual de puro e impuro adquiere un sentido plenamente moral (Isaías 1:16; 6:5; Jeremías 33:8; Habacuc 1:13).

5.3. Nuevo Testamento

Obviamente, Jesús ya no observa en absoluto la pureza ritual: toca a los leprosos (Marcos 1:40-43), come con los publicanos y con los pecadores (Marcos 2:15-17) y denuncia el formalismo de las normas farisaicas (Marcos 7:1-23): «Más que las manos y las copas, lo que hay que purificar es el corazón.»[385] Sin embargo, la entrada de los gentiles en la iglesia primitiva no dejó de originar conflictos (Hechos 10:9-16; 11:1-18; 15:7-11; Gálatas 2:11-21). Entonces se impuso un desplazamiento de la pureza ritual a la pureza moral: hay que mantenerse puro e irreprochable (Filipenses 1:10), servir a Dios con un corazón puro (1 Timoteo 1:5), preservar una conciencia pura (1 Timoteo 3:9).

> «La pureza define la vida de los hijos de Dios, santificados, purificados (Juan 13:10; 15:3) por el espíritu del bautismo en la fe, completando su santificación (2 Corintios 7:1) en espera del encuentro con el Señor (Filipenses 1:10). Es toda la pureza moral del Antiguo Testamento, pero en el momento del cumplimiento de las profecías de la nueva alianza (Jeremías 31:31-34; Ezequiel 36:25-28).»[386]

Religion of the Semites, Adam and Charles Black, Londres, 1907, y E. DHORME, *L'évolution religieuse d'Israël*, Nouvelle société d'éditions, Bruselas, 1937, I, pp. 308ss.

[385] *Dictionnaire Encyclopédique de la Bible*, Brepols, Maredsous, 1987, p. 1078.

[386] *Ibidem*.

El propósito de la purificación ritual era quitar la mancha que impedía la relación normal entre el hombre y Dios. Del mismo modo, la purificación moral y espiritual debe cualificar de nuevo al ser humano para una comunicación satisfactoria con su creador. En ese sentido realizó Jesús la purificación de los pecados (Hebreos 1:3).

Así se muestra, desde las primeras palabras de la epístola, la dimensión dramática de la condición humana. Surge con la referencia al pecado, pero al mismo tiempo se confirma la solución: la purificación ya ha sido efectuada. A pesar de que la expresión «hacer la purificación» es excepcional en el Nuevo Testamento, toda la epístola insiste en explicitarla, sobre todo a partir del capítulo siete. «El punto capital de la exposición» (8:1) es que nosotros tenemos un nuevo sumo sacerdote a través del cual se nos asegura el *libre acceso* a Dios. Ha desaparecido ya el peligro del contacto con Dios; se ha superado la antigua concepción de *puro* e *impuro*. Toda la obra de Cristo contribuye a ello: sus enseñanzas, sus milagros, su muerte, su resurrección, su intercesión. Pero es importante subrayar el papel que la epístola atribuye a la *cruz*. Permanezcamos conscientes, sin embargo, de que la cruz separada del conjunto del ministerio pierde su dimensión salvadora. La cruz adquiere todo su valor en virtud de lo que la precede y la motiva; luego, de lo que la sigue y resulta de ella. Por desgracia, la historia ha registrado muchas crucifixiones; pero solo una cruz es fuente de vida.

6. El sacrificio de Cristo

6.1. Perseveremos en la humildad

La disparidad de interpretaciones sobre este tema nos incita a ser humildes, pues no sería prudente mostrarse absoluto en esta materia. La fe que se apropia del beneficio de la muerte de Cristo puede hallarse en cristianos que justifican la cruz de formas diferentes. Como afirma el pastor C. E. Babut:

> «Puede suceder, y ciertamente sucede hoy en día, que muchos conflictos y confusiones intelectuales oculten la redención y al Redentor a las almas anhelantes de justicia y de perdón; y estamos lejos de poner en cuestión que Dios sea capaz de hacerse encontrar por ellas y concederles su gracia. No obstante, vinculan generalmente esta gracia al nombre y a la persona de Jesucristo, aunque solo sea como testigo y revelador del amor

> divino. Pero una fe más completa, más evangélica, más apostólica, que se apropia por entero de Jesucristo y de este crucificado,[387] tiene sin embargo grandes privilegios. Es la fe que inspiró generalmente a los esforzados colaboradores de Cristo, los salvadores de almas, las columnas de la iglesia de Dios.»[388]

No puedo estar más de acuerdo con estas observaciones, aun cuando la explicación propuesta por Babut no satisface del todo mi afán de comprender. Y si yo mismo escribo, reconociendo incluso los límites de cualquier interpretación humana, es ante todo porque he conocido a muchos creyentes en crisis, profundamente heridos por los dogmas a los que estaban sometidos. Pero también con la profunda convicción de que, una vez iluminados, después de haber probado el don celestial y habiendo participado del Espíritu Santo, estamos protegidos contra la apostasía que el autor de la epístola deplora (6:4-6).

6.2. La ineficacia de las ordenanzas anteriores

La conclusión del autor de la Epístola a los Hebreos es categórica: la ley ceremonial no ha perfeccionado nada. Existe, pues, *abolición* de una ordenanza anterior a causa de su ineficacia e inutilidad (7:18). Los dones y los sacrificios presentados bajo la antigua alianza no pueden hacer perfecto en su conciencia al que practica ese culto (9:9); son disposiciones externas impuestas hasta el momento de la reforma (9:10). Conducir a la perfección significa lograr una comunión duradera con Dios. Los sacrificios en sí mismos no bastaban, se requería una mente bien dispuesta y un corazón puro (Salmos 51:18,19). Todos los profetas de Israel lo habían proclamado con vehemencia.

6.3. Entrada de Jesús en el mundo

Precisamente, el autor de la Epístola a los Hebreos recuerda el salmo de David (40:7[6]): «Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, […] no pides

---

[387] (N. del T.) Charles-Édouard Babut recuerda con estas palabras la declaración de Pablo a los Corintios: «decidí ignorarlo todo excepto a Jesús el Mesías, y a éste, crucificado» (1 Corintios 2:2).

[388] Charles-Édouard BABUT, *Étude biblique sur la Rédemption*, *op. cit.*, p. 68.

holocaustos ni sacrificios expiatorios.» La repetición de la negativa a aceptar los sacrificios confirma la insistencia del autor: «Sacrificios y ofrendas no los quisiste, […] holocaustos y víctimas expiatorias no te agradan; […] Sacrificios y ofrendas, holocaustos y víctimas expiatorias ni los quieres ni te agradan –éstos son los que manda ofrecer la ley» (Hebreos 10:5-8). Es preciso que la idea impacte, que penetre. Se está cuestionando toda una tradición; no se podía ser excesivamente concreto. Lo que nos parece evidente constituía en la época una auténtica revolución.

A la negativa hacia los sacrificios, se opone la venida de Cristo: «*Pero* me preparaste un cuerpo. […] Mira, aquí estoy […] para hacer, oh Dios, tu voluntad» (10:5,7). Y esta declaración se vuelve a repetir en el versículo 9. ¿Qué significa, pues: «para hacer tu voluntad»? Ménégoz escribe: «La voluntad de Dios a la que aquí se refiere no es la observancia de la ley moral, sino el descenso entre los hombres y la ofrenda de su cuerpo como sacrificio.»[389] Si esta afirmación fuera cierta, nuestro autor habría dicho esencialmente: «Como Dios no quiere sacrificio, envía a Jesús a sacrificarse»; lo cual nos parece inconcebible.

De hecho, la palabra «voluntad» (thelêma) se emplea habitualmente en el Nuevo Testamento. Indica la voluntad general de Dios, expresada en la ley (Mateo 6:10), o bien una voluntad circunstancial, aplicada a una decisión particular (Mateo 18:14). En cambio, la epístola insiste en la obediencia de Jesús (5:7-9). Vino bajo la ley (Gálatas 4:4), para cumplir todas las exigencias de la ley (Mateo 5:17). Lo hizo por sí mismo y por nosotros, que somos incapaces de hacerlo. En ese sentido, la voluntad de Dios corresponde a su voluntad general, expresada en particular en el Decálogo. Pero, dado que la obediencia de Jesús lo condujo a la muerte, esta muerte se inscribe también en el plan de salvación con su potente fecundidad. El Padre y el Hijo no retrocedieron ante este don supremo. La muerte, por tanto, ha sido también una voluntad circunstancial de Dios. En definitiva, la expresión «venido para hacer tu voluntad» ha de comprenderse en su sentido más amplio: Jesús se encarnó para realizar el plan de salvación, que implicaba su obediencia hasta la muerte.

---

[389] Eugène MENÉGOZ, *La théologie de l'épître aux Hébreux,* Fischbacher, París, 1894, p. 102.

6.4. La ejecución

La ejecución de Jesús no se parece en nada a la inmolación del animal sacrificado bajo la antigua alianza. El macho cabrío ofrecido al Eterno en el *Yom Kippur* era degollado por el sumo sacerdote, que previamente se había identificado con él mediante la imposición de las manos. Jesús fue asesinado por impíos convencidos de que eliminaban a un blasfemo y a un conspirador. A la luz del ritual judío, no se cumplieron las condiciones del sacrificio. El autor de nuestra epístola es plenamente consciente de ello y exhibe cierta audacia al situar la muerte de Jesús en la categoría de los sacrificios. Además, el argumento que emplea es bastante curioso. Un testamento, dice él, solo es válido a la muerte del testador: «[…] un testamento adquiere validez en caso de defunción; mientras vive el testador, todavía no tiene vigencia» (9:17).

El apóstol juega con el doble sentido de la palabra griega *diathêkê*, generalmente traducida por *alianza*, pero que significa también *testamento*. Cuando escribe que Jesús es el mediador de una nueva alianza, el lector griego puede comprender también que se le habla de un nuevo testamento. Ahora bien, la antigua alianza fue inaugurada con sangre.

> «Cuando Moisés acabó de leer al pueblo todas las prescripciones contenidas en la Ley, cogió la sangre de los becerros y las cabras, además de agua, lana escarlata e hisopo, y roció primero el libro mismo y después al pueblo entero diciendo: *"Esta es la sangre de la alianza que hace Dios con vosotros."* Con la sangre roció además el tabernáculo y todos los utensilios litúrgicos. Según la Ley, prácticamente todo se purifica con sangre, y sin derramamiento de sangre no hay perdón» (9:19-22).

Es evidente que, considerada desde una perspectiva sacerdotal, la antigua alianza fue inaugurada con sangre y su eficacia estaba basada esencialmente en esta. Solo los pobres estaban exentos de ofrecer un sacrificio cruento, que era sustituido por la décima parte de un efa de flor de harina (Levítico 5:11). Pues bien, constata la Epístola a los Hebreos: la nueva alianza ha sido también inaugurada por la muerte del testador, Jesucristo. Las condiciones son completamente diferentes, pero el resultado es el mismo. A decir verdad, es muy superior, porque la vida de Cristo es infinitamente superior a la de los animales. La vida de los animales no podía hacer nada; la vida de Cristo todo lo puede.

La comparación entre los dos sacerdocios es también muy significativa. El sumo sacerdote judío es mortal, Jesús es eterno; uno pecador, el otro perfecto; uno es un simple hombre, el otro es el Hijo de Dios. En ambos lados hay una víctima: allí, es un animal; aquí, un ser celeste que se convierte en el primogénito de entre los muertos, fuente de vida. En aquel, el sumo sacerdote entra solo una vez al año en el lugar santísimo; Jesús entró de una vez para siempre en el santuario celestial. El sumo sacerdote traspasa un velo que permanece; Jesús también traspasó un velo, su propio cuerpo desgarrado por la muerte (10:20), y el velo del templo se rasgó de arriba abajo. Se abre para nosotros un nuevo camino, nuestro sumo sacerdote está asentado al frente de la mansión de Dios, a donde nosotros podemos entrar (10:19-22). De este modo, la comparación entre las dos alianzas evidencia claramente la superioridad del cristianismo. La nueva alianza no tiene nada que envidiar a la antigua, la supera en todos los sentidos.

En la Epístola a los Hebreos, la muerte de Jesús se presenta primero en relación con la alianza-testamento. El testamento únicamente entra en vigor después de la muerte del testador; Jesús ha sido crucificado, así que puede empezar la nueva alianza. Pero entonces el autor ha de ir más allá en su análisis centrado en la comparación entre las dos alianzas.

Incluso si la crucifixión difiere mucho de los sacrificios antiguos, adquiere el valor de un sacrificio. En efecto, como escribe François Varone:

> «El sacrificio, en el plano ritual, es, pues, *un acto simbólico por el que el pueblo puede acceder a Dios para encontrar en la comunión con Él su propia plenitud*. ACCESO, COMUNIÓN y PLENITUD son los puntos fundamentales de esta definición. Todo el proceso se desarrolla en el rito y el símbolo: no es, pues, la materialidad de las ofrendas, ni la sangre ni la muerte, lo que abre el acceso a Dios, sino más bien la verdad interior y personal de la andadura expresada en el rito simbólico.»[390]

La obra de Jesús se percibe como una puerta de acceso a Dios (10:20) y, por consiguiente, como un sacrificio en el sentido más noble del término. Sin embargo, el hombre no puede acercarse a Dios sin la purificación de sus pecados. Porque «tus ojos [de Dios] son demasiado puros para estar mirando el mal» (Habacuc 1:13). En consecuencia, la gracia de la salvación

[390] François VARONE, *El Dios «sádico»*, *op. cit.*, p. 129.

que Dios nos ofrece en Jesucristo consiste realmente en recibir la pureza interior, a través de la abolición de los pecados que abruman nuestras conciencias.

6.5. La resurrección

Nuestra epístola repite varias veces que Dios llevó a su Hijo a la perfección (verbo *teleioô*, 2:10; 5:9; 7:28). La perfección o el desenlace al que se refiere no es otro que la resurrección.

> «Para tratarse de una Carta que tiene fama de insistir excesivamente en el aspecto de la reparación sangrienta y de la expiación dolorosa, esta inversión de perspectiva puede resultar sorprendente, –escribe François Varone–. Sin embargo, la dimensión central de la resurrección es evidente a lo largo de toda la Carta, con tal de que no se lea el texto desde los *a priori* religiosos de las teorías de la "satisfacción".»[391]

Efectivamente, como ya hemos observado, se resalta la resurrección desde el comienzo del texto. El Hijo es el heredero de todo (1:2); se sentó a la diestra de la majestad divina y sustenta todas las cosas con su palabra poderosa (1:3). Su Padre le dijo: «Mi Hijo eres tú, yo te he engendrado hoy» (1:5) y el engendramiento en cuestión se refiere a su resurrección (Hechos 13:33,34). Es también a través de ella como Jesús se convierte en primogénito (1:6) de entre los muertos.[392] La tierra y los cielos perecerán (1:11), pero el Hijo permanece el mismo y sus años no acabarán (1:12). Dios se expresa de forma definitiva en Jesús resucitado.

> «En el otro extremo de la Carta, y acabando de enmarcarla, reaparece de nuevo el tema de la resurrección como una verdadera definición de Dios y de su obra: nuestro Dios es, esencialmente, el que "resucitó a Jesús de entre los muertos… en virtud de la sangre de una alianza eterna", el que le ha hecho "Señor" y "Gran Pastor de las ovejas" (13:20-21).»[393]

La expresión «llegar a la perfección» (Hebreos 11:40, CI) o «llevarlos a la meta» (Hebreos 11:40, NBE) sirve de conclusión al prestigioso capítulo once dedicado a la nube de testigos de la fe. El versículo 39 enuncia

---

[391] *Ibidem.*, pp. 136, 137.

[392] *Cf.* Georges STÉVENY, *Descubriendo a Cristo, op. cit.*, pp. 187-204.

[393] François VARONE, *El Dios «sádico», op. cit.,* p. 137.

una paradoja: estos hombres ejemplares no obtuvieron lo que se les había prometido. Recibieron una plena aprobación por parte de Dios y, sin embargo, todavía no han vivido el cumplimiento, la perfección, es decir, la resurrección. Dios no quiere que lleguemos junto a él los unos sin los otros, él desea que lleguemos todos juntos. El sueño de la muerte es la genial invención del Señor para permitir que los santos lleguen todos juntos a la perfección, es decir, al cumplimiento que es la resurrección. Pureza, perdón, perfección, resurrección son, en nuestra epístola, ideas que confluyen. Todas se aplican a nuestro acercamiento a Dios, hecho posible a través de Jesucristo.

Sin la resurrección, la muerte de Jesús no habría salvado a nadie. La entronización se realiza a través de la resurrección y la ascensión. Elevado a la diestra de Dios, Jesús comienza su ministerio sacerdotal en el santuario celestial. Su comunión, ofrecida en todo momento a los creyentes, posibilita la purificación de las conciencias (9:14), gracias a la cual ellos pueden acercarse con un corazón sincero, con una fe plena y completa (10:22). A su vez, están en el camino de la perfección, hacia la resurrección (10:14), porque «como precursor entró *por nosotros*[394] Jesús, hecho sumo sacerdote perpetuo en la línea de Melquisedec» (Hebreos 6:20). Por nosotros y no en nuestro lugar, afortunadamente.

6.6. Advertencias solemnes. Hebreos 6:6

Según se desprende de los textos, la muerte de Cristo no tiene en sí misma un valor objetivo infalible. Jesús murió por todos, pero no todos serán salvos. Si la salvación estuviera automáticamente asociada a la cruz como acontecimiento, habría que decantarse a favor de la universalidad; la Biblia está muy lejos de hacerlo. Repasemos como ejemplo Mateo 25. Incluso entre los cristianos comprometidos (diez vírgenes) que esperaban la parusía, se rechaza a la mitad. Inmediatamente después de esta parábola, Jesús describe al pastor en el transcurso del juicio final situando a las ove-

[394] *Hyper hêmôn* = por nosotros, en nuestro favor y no «en nuestro lugar»… afortunadamente! No debemos confundir *hyper* y *anti*!

jas a su derecha y a los cabritos a su izquierda (Mateo 25:33). A estos últimos les dice: «Apartaos de mí, malditos» (Mateo 25:41). La universalidad es una indulgente utopía.

La Biblia entera dirige a los hombres una exhortación acuciante. Ya hemos visto que este es el objetivo principal de la Epístola a los Hebreos. Sin embargo, hay dos textos que merecen especial atención:

> «En efecto, [es] imposible, a los que fueron una vez iluminados, y saborearon el regalo del cielo, y llegaron a ser partícipes de espíritu santo, y saborearon la buena palabra de Dios y los prodigios del mundo venidero, y no obstante cayeron, volver a renovar[los llevándolos] a[l] arrepentimiento, cuando para su propio daño crucifican de nuevo al Hijo de Dios y lo exponen a pública ignominia» (6:4-6, CI).

> «Porque si, después de haber recibido el conocimiento de la verdad, nos obstinamos en el pecado, ya no quedan sacrificios por los pecados, queda sólo la perspectiva pavorosa de un juicio y el furor de un fuego dispuesto a devorar a los enemigos» (10:26,27).

La relevancia de estas observaciones es obvia, así que procuraremos comprenderlas debidamente. Nuestra primera apreciación se refiere al contraste entre el amplio relato de la rica experiencia con Dios y la brevedad de la exposición relativa a la caída. Las personas de quienes se habla: *a)* fueron iluminados; *b)* saborearon el regalo del cielo; *c)* llegaron a ser partícipes del Espíritu Santo; *d)* saborearon la buena palabra de Dios y los prodigios del mundo venidero… y no obstante cayeron. Una sola palabra en griego. «Esta breve palabra, que interrumpe súbitamente una frase que seguía a buen ritmo su armoniosa andadura, da la impresión física de una colisión, una caída. Después de tanta misericordia, ¿es posible caer?»[395]

El verbo escogido se aplica siempre a una falta grave. Se trata de una verdadera apostasía: apartarse del Dios vivo (3:12). El tiempo verbal sugiere que el alejamiento se ha manifestado de una manera concreta, incluso pública. Sin embargo, no es la gravedad de la falta lo que hace imposible el perdón, sino el rechazo del arrepentimiento. Podemos pensar en el pecado contra el Espíritu Santo (Mateo 12:31,32; 1 Juan 5:16,17). Cualquier

[395] R. P. MÉDEBIELLE, en *La Sainte Bible*, ed. por Louis Pirot, Letouzei et Ané, París, 1938, tomo XII, p. 315.

pecado puede ser perdonado, salvo el que excluye la única condición del perdón, es decir, el arrepentimiento. «El pecado para el que no hay perdón es el rechazo del testimonio interior del Espíritu Santo que acompaña la obra de Cristo, es el regreso a la incredulidad cuando se han probado los frutos de la fe.»[396]

El autor no apunta a una caída accidental, por grave que se la considere, sino a una obcecación deliberada, a una rebelión sistemática contra las verdades aceptadas. Establece su trascendencia mediante dos verbos en participio presente, tiempo que en griego indica una acción que dura, que se renueva sin cesar. Por tanto, debe entenderse que los pecadores en cuestión no dejan de aliarse, de hecho, con quienes crucificaron por su cuenta al Hijo de Dios y siguen exponiéndolo a la ignominia.

Por supuesto, no es posible volver a crucificar a Jesús: lo fue de una vez y para siempre.

> «El texto acusa sencillamente a todos esos nuevos incrédulos de asociarse de algún modo al crimen cometido por los judíos que crucificaron y expusieron a injurias al Hijo de Dios. Es lo peor que se pueda imaginar […]. Son los que hacen las obras del diablo con la conciencia bien tranquila. Si a esta perversión se añade además el orgullo de haber abandonado la enseñanza cristiana como una doctrina obsoleta y caduca, podemos preguntarnos si todavía es posible el retorno.»[397]

A estas consideraciones de Jean Hering, añadiremos la certera observación de C. Spicq:

> «La Pasión no es solamente un hecho histórico, es el drama contemporáneo de cada individuo, que debe tomar partido por o contra el Salvador, ser crucificado con él (Gálatas 2:19; 4:19) o ponerse del lado de los verdugos (*cf*. Juan 10:32) y excluir a Cristo de su vida como si se tratara de un muerto (*cf*. Gálatas 6:14). Por otra parte, si la cruz era un suplicio atrozmente doloroso, era también el más infamante. Sin embargo, la negación oficial de la fe jurada es un insulto a Cristo y arroja sobre él un

---

[396] Gaston DELUZ, *Prédestination et Liberté*, Delachaux et Niestlé, Neuchatel y París, 1942, pp. 135, 136.

[397] La preposición *ana,* en *anastaurountas,* no puede entenderse en un sentido temporal; enfatiza la elevación en la cruz. *Cf*. Jean HERING, *L´Epître aux Hébreux*, *op. cit.,* p. 60. Ahora bien, al obstinarse en el pecado se actualiza la crucifixión: todo sucede como si se crucificara de nuevo.

> oprobio absolutamente escandaloso; es como una reproducción caricaturesca del Calvario, especialmente de las escenas de injurias (Mateo 26:67,68; 27:38-43).»[398]

Efectivamente, el verbo traducido por «exponiéndolo a pública ignominia» implica las ideas de blasfemia y de publicidad.

> «Un drama espiritual como este siempre está repleto de consecuencias, sobre todo para la comunidad cristiana, pero persiste una sola dirección, con certeza la más decisiva: es un golpe dirigido a Cristo mismo (lo crucifican de nuevo) y a su nombre ante los hombres (lo exponen). […] Se llega entonces a la visión de una obstinada apostasía.»[399]

No poder es el castigo de quienes no quieren.

Samuel Bénétreau, cuyo admirable comentario hemos citado en múltiples ocasiones, piensa que la contumacia del ser humano en el pecado puede acarrear consecuencias insospechadas. El ejemplo de Esaú, expuesto en 12:16,17, da mucho que pensar. Jugar con fuego es más serio de lo que parece. Con Dios no se juega (Gálatas 6:7). Podría ocurrir que la posibilidad del arrepentimiento se encuentre un día misteriosamente fuera del alcance del pecador. Es preciso admitir la eventualidad de una caída tan radical que ya no haya salida favorable. Pero repitamos una vez más que la imposibilidad no atañe a Dios que negaría su gracia arbitrariamente; está en el ser humano, incapaz de producir un nuevo arrepentimiento.

6.7. Advertencias solemnes. Hebreos 10:26

Esta constatación nos conduce a una segunda advertencia: si pecamos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados… (10:26). Que el autor retome el mismo asunto da prueba de la gravedad del peligro. De nuevo, la forma del verbo griego implica una acción repetida. Se trata, pues, de quienes siguen pecando voluntariamente después de haber sido iluminados. No se alude a una falta aislada, sino a una actitud obstinada. Los versículos 6:6 y 10:26 describen situaciones idénticas, pero la consecuencia se presenta de

---

[398] C. SPICQ, *L´Épître aux Hébreux*, *op. cit.,* pp. 107, 108.

[399] Samuel BÉNÉTREAU, *L'épître aux Hébreux*, *op. cit.,* tomo I, pp. 245, 246.

otro modo. Allí, el autor afirma que el pecador empedernido crucifica al Señor; aquí, declara que no hay más sacrificios por los pecados. Ya no es como en la antigua alianza donde los sacrificios se repetían continuamente. Existía un alto riesgo de considerarlos como una ventaja: ante una tentación, uno podría dejarse llevar con el propósito encubierto de que todo volviera al orden por un precio apropiado, a través de un nuevo sacrificio.

Este cálculo mezquino ya no se sostiene en la nueva alianza. Si el sacrificio único y perfecto no conduce a la purificación de la conciencia y a la abolición del pecado, no habrá nada más que produzca la conversión. Continuaremos repitiendo tenazmente que el sacrificio de Jesús no tiene como objetivo cambiar los sentimientos de Dios hacia el hombre, sino los del hombre hacia Dios y ante la vida. Todo lo que Dios quiere ser para nosotros y todo lo que nosotros representamos a sus ojos se revela en la cruz de una manera concisa y sublime.

Si la cruz fuera un precio en un sentido concreto, objetivo y material, nada podría quitarla. Que el autor pueda escribir «ya no quedan sacrificios por los pecados», demuestra perfectamente que su valor depende de su efecto sobre nosotros. Pero ese efecto no se renueva sin cesar; la conciencia podría entenebrecerse.

La contemplación de la cruz revela la justicia indispensable, sin la cual es imposible la felicidad eterna. Si Dios pudiera prescindir de la justicia de los hombres, su paciencia (2 Pedro 3:9) sería inicua, porque suspende su intervención en un tiempo de prueba y de sufrimiento. Pero Dios tiene paciencia y espera nuestro arrepentimiento, sin el que solo nos quedaría «la perspectiva pavorosa de un juicio y el furor de un fuego dispuesto a devorar a los enemigos» (10:27). Por consiguiente, la muerte de Cristo no tiene que cambiar los sentimientos de Dios porque la debemos a su amor por nosotros (Romanos 5:8). En contraposición, puede cambiar la decisión final de Dios ante la eternidad: o la cólera de Dios, es decir su juicio efectivo, a saber, la aniquilación; o bien su amor, que se actualiza en su misericordia y brinda con alegría la vida eterna a quienes se arrepienten y se consagran a la metamorfosis que el Padre ofrece en Jesucristo, haciendo de todo ser humano su hijo y su hija.

7. La mirada fija en Jesús. Hebreos 12:1,2

7.1. Deshacerse de las cargas

El capítulo 12 está introducido por una conjunción cuyo objetivo es mostrar que la exposición que sigue desarrolla las consecuencias de lo que precede: «En consecuencia, rodeados como estamos por tal nube de testigos de la fe, sacudámonos todo lastre y el pecado que se nos pega. Corramos con constancia en la competición que se nos presenta.» Seguramente, el autor fue testigo de las carreras griegas denominadas «maratón». En su defecto, debía de saber por lo menos cómo se desarrollaban: cubrían distancias importantes, quince, veinte, treinta kilómetros o más; se celebraban con gran ostentación, y todos podían participar en ellas.

Los competidores se preparaban con mucha antelación. Entre otras cosas, lastraban sus cuerpos con pesos hasta alcanzar los tres kilogramos alrededor de las muñecas y los tobillos, y unos cinco en la cintura. Cargados de este modo, se entrenaban para la carrera. Cuando llegaba el gran día se trasladaban al estadio, siempre sobrecargados con los pesos de entrenamiento; pero, en el momento de la salida, se deshacían de ellos. Podemos imaginar lo ligeros que se sentían. Ante un número incontable de espectadores, animados por sus entusiastas aclamaciones y liberados de sus pesadas cargas, tenían la impresión de tener alas.

El autor nos dice: Vosotros, que corréis en el estadio de la vida bajo la mirada de aquellos para quienes sois una inspiración o una fuente de desánimo, liberaos de todo lo que dificulta vuestra vida cristiana, de vuestras debilidades, deficiencias y pecados. Desembarazaos de todo peso y corred con perseverancia para conseguir el premio de la carrera. Péguy escribió:

> «Así pues, pensad un poco menos en vuestros pecados cuando ya los habéis cometido
>
> »Y pensad un poco más en ellos en el momento de cometerlos.
>
> »[…]
>
> »Cuando ya habéis pasado por encima de vuestros pecados, los hacéis grandes como montañas, dice Dios.

> »En el momento de pasar por encima es cuando hay que ver que son, efectivamente montañas, y que éstas son horrendas. Vosotros sois virtuosos después. Pues sed virtuosos antes. Y durante.»[400]

7.2. El ejemplo de Jesús

El autor cita a Jesús como ejemplo. Pero, ¿en qué pensaba exactamente? Las traducciones son contradictorias:[401]

- «el cual, por la dicha que le esperaba, sobrellevó la cruz» (NBE).
- «que ante la dicha que se le proponía soportó una cruz» (CI).
- «el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz» (RV60).
- «por el gozo puesto delante de Él, soportó la cruz» (BT).
- «en lugar del gozo que se le proponía, soportó la cruz» (BJ).
- «soportó la cruz en lugar del gozo que se le proponía» (BN).

La alternativa se centra en dos planteamientos opuestos: Jesús sufrió la cruz *en lugar* de la alegría que le había sido propuesta en el cielo, o *en vista* de la alegría que le estaba reservada en la tierra.

Los traductores recientes han optado generalmente por «en lugar de». Esta es, de hecho, la acepción más común de la preposición *anti* = en vez de, en lugar de. La alegría a la que Jesús renunció puede interpretarse entonces como la felicidad de permanecer en un entorno de gloria junto a su Padre –sacrificio de la encarnación–; o bien como los placeres propuestos por Satanás –elección del sendero angosto en lugar de la vía ancha–. Ambas ideas corresponden a la realidad: Jesús dejó a su Padre y siguió el camino estrecho.

En esta interpretación, no obstante, me incomoda el participio presente del verbo *prokeimenês*, que significa «extenderse hacia adelante».[402] Una

---

[400] Charles PÉGUY, *El misterio de los Santos Inocentes*, trad. María Badiola, Ediciones Encuentro, Madrid, 1993, p. 23.

[401] (N. del T.) El autor, G. Stéveny, cita respectivamente las traducciones francesas de Louis Segond, Darby, Jérusalem, TOB, Chouraqui y Colombe. Nosotros hacemos lo propio con algunas de las principales versiones en castellano.

[402] Si el autor hubiera tenido en mente una elección pasada, habría empleado el aoristo. Además, la preposición *anti* tiene el sentido de «en vista de» en 12:16.

traducción completamente literal sería: «el cual, contra la alegría que no deja de extenderse hacia adelante.» No se trata de un gozo al cual renunció en el pasado, sino de una felicidad a la que se aproxima en el futuro. La antigua lectura me parece, pues, preferible.

> «La alegría propuesta a Jesús, en esta solución, es la del cumplimiento de la voluntad de Dios, de la realización del plan de salvación y de la reunión gloriosa con el Padre. La imagen del final de la carrera sigue siendo adecuada.
>
> »Esta lectura se adecua también al tema de la retribución de la fidelidad onerosa, muy presente desde el final del capítulo 10. Jesús ofrece un modelo de vida a los creyentes. Su resistencia fue excepcional, porque soportó la cruz, despreciando el oprobio. Su firmeza estuvo a la altura de una prueba igualmente excepcional, no solo porque la cruz era el más terrible y el más denigrante de los suplicios de la época, sino debido a la dimensión espiritual de una muerte *experimentada a favor de todos* (2:9). Esta humillación de un momento,[403] cumbre de la obediencia (5:8), desemboca en la reunión celestial, gloriosa y definitiva, descrita, una vez más, a la luz de Salmos 110:1.»[404]

Para consagrar al pueblo con su propia sangre, es decir con el don de su vida, Jesús sufrió fuera de las murallas (Hebreos 13:12). En la misma línea, la enseñanza de Pablo a los Efesios merece aquí nuestra atención: «Como hijos queridos de Dios, procurad pareceros a él y vivid en mutuo amor, igual que el Mesías os amó y se entregó por vosotros, ofreciéndose a Dios como sacrificio fragante» (Efesios 5:1,2). El perfume fragante es el que promueve la aceptación de Dios. El sacrificio del cristiano debe suscitar tanto la aceptación de Dios como la de Jesús; aceptación de poder dar libre curso a su gracia regeneradora y a su gozoso recibimiento. Precisamente, en vista de esta alegría sufrió Jesús la cruz, que preludia el gran banquete de las bodas del cordero.

---

[403] (N. del T.) Se recuerda Filipenses 2:8, «y estando en la condición de hombre, *se humilló a sí mismo*, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (RV60).

[404] Samuel BÉNÉTREAU, *L'épître aux Hébreux*, *op. cit.,* tomo II, pp. 174, 175.

7.3. Mejor que Abel. Hebreos 12:24

Nos acercamos al monte de Sion (12:22), dominado por la cruz del Calvario. Allí descubrimos al mediador de una nueva alianza, ante «la sangre de la aspersión, que clama con más fuerza que la de Abel» (12:24). Jesús no se detuvo entre cielo y tierra, descendió ciertamente hasta nosotros. Bajo la antigua alianza, la aspersión se repetía sin cesar, desde su inauguración hasta el *Yom Kippur*. La sangre de Jesús, por el contrario, solo fue derramada una vez y puso fin a todos los sacrificios. Esta es su eficacia eterna. En ese contexto, la alusión a Abel es significativa; porque Abel murió en condiciones comparables a las de Jesús, víctima de su fidelidad a Dios, en un mundo ya entonces hostil a Él. A Caín, el homicida, Yahvé le dijo: «La sangre de tu hermano me está gritando desde la tierra» (Génesis 4:10).

Desde el punto de vista humano, la sangre de Abel clama venganza. Incluso los piadosos profetas se hicieron eco de este grito: «¿Hasta cuándo, oh Eterno?» Y el visionario de Patmos oye en sueños a los mártires que gritan bajo el altar: «¿Hasta cuándo, Señor Santo y verdadero, [estarás] sin hacer justicia y vengar nuestra sangre de los habitantes de la tierra?» (Apocalipsis 6:10, CI). Pero el clamor de Jesús en la cruz habla de bondad, no de venganza: «Perdónalos, que no saben lo que se hacen» (Lucas 23:34). Es la inquebrantable personificación de la no violencia ante el más detestable e injusto estallido del odio. Indudablemente, la sangre de Cristo habla mejor que la de Abel. ¡Qué lejos estamos, gracias a Dios, de las elucubraciones de la Edad Media! Quien no sienta brotar el amor desde el fondo de su ser purificado, tras la supresión del odio mediante la sangre de la cruz, es verdaderamente insensible.

7.4. La fuerza de la mirada

«Corramos con constancia […] –aconseja el autor– fijos los ojos en […] Jesús» (12:2). De entrada, esta mirada hacia Jesús provoca conmoción. Experimentamos una amarga indignación ante la crueldad del mal, una inmensa compasión hacia la víctima inocente, una impaciencia febril entre la cruz y la resurrección. Al pie de la cruz, el hombre:

> «…no puede hacer otra cosa que mirar; no puede remediar o mitigar esta agonía, no puede impedir esta cruz, no puede rechazarla; mira. No puede sino mirar a este crucificado, a esta obediencia viviente y agonizante, a este sacrificio infinito consentido por él. ¿A quién más podría mirar? ¿A sí mismo? Solo vería angustia, egoísmo, temor, la muerte que se aproxima… ¿Al mundo y sus dioses? No vería más que ídolos que se tambalean… ¿A la iglesia? Si la mirara sin su líder, solo vería una lamentable institución humana, menos segura que las otras, más envejecida, más impotente. Él mira, y porque mira así, puede seguir caminando. Si se detuviera, si mirara fijamente algo distinto al objetivo, como quien avanza sobre una cresta, caería en los abismos abiertos a sus pies.»[405]

De hecho, todo el drama de la humanidad comenzó con una mirada: «Viendo, pues, la mujer que el árbol era bueno de comer, y un deleite a los ojos, y que era el árbol apetecible para lograr inteligencia»; después se abrieron los ojos del hombre y de la mujer «y comprendieron que estaban desnudos» (Génesis 3:6,7, CI) Desde entonces, la mirada nunca ha dejado de principiar el pecado «porque de todo lo que hay en el mundo –los bajos apetitos, los ojos insaciables, la arrogancia del dinero– nada procede del Padre, procede del mundo» (1 Juan 2:16). Cuando describe a los hombres injustos, el apóstol Pedro dice que «tienen los ojos llenos de adulterio, no se sacian de pecar, seducen a las almas inconstantes, tienen el corazón habituado a la codicia, y son hijos de maldición» (2 Pedro 2:14, RV60). La oración de San Agustín: «Señor, […] sana mis ojos»[406] resulta muy apropiada.

También la restauración comienza por una mirada. Recordemos la serpiente de bronce: «Y acaecerá que todo el que haya sido mordido y la *mire*, vivirá» (Números 21:8, CI). Mucho tiempo después, la mirada de Saulo de Tarso sobre Cristo resucitado lo postra de rodillas, con una plegaria en los labios: «Señor, ¿qué quieres que yo haga?» (Hechos 9:6, RV60). Pasados más de veinte años, encarcelado tras haber servido diligentemente, Pablo

---

[405] Pierre MAURY, *Le grand œuvre de Dieu*, Société Centrale d'Évangélisation, París, 1955, p. 191.

[406] (N. del T.) *Confesiones*, de San Agustín, libro undécimo, 41.

declara al rey Agripa: «No he sido desobediente a la visión celeste» (Hechos 26:19). Y, poco después, pide a Dios que ilumine los ojos del alma de los Efesios (Efesios 1:18).

Un día, Jesús relata la parábola del sembrador. Sus discípulos están desorientados. De repente, mientras explica, hace una advertencia: «Mirad, pues, cómo oís» (Lucas 8:18, RV60). Es importante; pero la manera de mirar tiene aún más implicaciones: «Te conocía sólo de oídas –confiesa Job–, ahora te han visto mis ojos; por eso me retracto y me arrepiento echándome polvo y ceniza» (Job 42:5,6).

Por tanto, no es de extrañar que Jesús nos invite a contemplarlo: «Pues la voluntad de mi Padre es ésta: que todo el que *ve* al Hijo y cree en él tenga vida eterna, y yo lo resucite el último día» (Juan 6:40, CI). Jesús no empleó el simple verbo *ver*; escogió una expresión más intensa, que significa ver con asombro, con admiración; es decir, admirar o contemplar. En el sermón del monte, llama la atención sobre la calidad de la mirada: «La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz; pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas» (Mateo 6:22,23, RV60). Es el ojo de la conciencia.

La mirada es una victoria del cuerpo sobre sus propios límites, una salida de sí mismo a través de la cual el mundo, y no ya el cuerpo, se convierte en el horizonte. Este mundo que tengo ante mis ojos es el mismo mundo que los demás seres contemplan; está formado por los mismos objetos sobre los cuales se cruzan y se encuentran todas las miradas. La materia separa los seres los unos de los otros. El papel de la conciencia es unirlos haciendo de ese mismo obstáculo el medio de unión; su propia esencia consiste en poder adentrarse en todas partes. Hoy en día se sabe que el ojo no actúa solamente de una forma pasiva, como el objetivo de una cámara fotográfica; el ojo *mira*. Sin embargo, es preciso que esté en buen estado y bien orientado.

David lo sabía bien, pues escribió: «Yahweh, por la mañana oirás mi voz; por la mañana esperaré en Ti, y miraré hacia arriba» (Salmos 5:4[3]).[407] «A Jehová he puesto siempre delante de mí; porque está a mi

[407] (N. del T.) Versión Kadosh Israelita Mesiánica. De las versiones en castellano consultadas es la única que traduce «mirar»; la mayoría emplea el verbo «esperar».

diestra, no seré conmovido. Se alegró por tanto mi corazón, y se gozó mi alma; mi carne también reposará confiadamente» (16:8,9, RV60). En el fondo, ¿no es el primer mandamiento del Eterno: «No tendrás dioses ajenos delante de mí» (Éxodo 20:3, RV60)? Yo, inestable y efímero, miro solo hacia ti, inmutable y Eterno. No hay un solo hombre sobre la tierra que no esté invitado al banquete de su propia transfiguración. Orar no es pedir para recibir, sino pedir para transformarse; el acto de recibir queda comprendido en el de devenir. Orar es contemplar el auténtico rostro de Dios, es mirar indefinidamente su ideal, con una mirada que no se desvía jamás de su objetivo, y con un corazón infinito, que solo se agrada verdaderamente en aquel a quien la muerte no puede retener.

La mirada posee el secreto del mimetismo, esta misteriosa propiedad de asemejarse al entorno en el cual uno se encuentra. Acabamos pareciéndonos a lo que miramos. El deseo de Dios es vernos contemplar a su amado Hijo. Jesús es el iniciador de la fe y quien la lleva a su cumplimiento, a la perfección, a la resurrección.[408] El destino aumenta la resistencia del corredor. «Aunque todavía no se ve lo que vamos a ser; pero sabemos que cuando Jesús se manifieste y lo veamos como es, seremos como él. Todo el que tiene puesta en Jesús esta esperanza se purifica, para ser puro como él lo es» (1 Juan 3:2,3).

7.5. Conclusión

Hemos repasado la Epístola a los Hebreos, de la que desconfían los que rechazan la noción pagana de sacrificio, por ejemplo Girard. Y, sin embargo, cuánta riqueza hemos hallado en ella. No hay duda de que al dirigirse a cristianos de origen judío el autor tiene presente la liturgia levítica; pero, si bien la toma como punto de referencia, se desliga de ella y la supera ampliamente. Por un lado, las imágenes, las sombras, los símbolos; por el otro, la realidad, la luz, Cristo, el legítimo liturgo. Aquí todo es brillante, bello y verdadero.

---

[408] *Archêgos* y *teleiôtês*, dos palabras griegas que contienen la idea de punto de partida (*archè*) y punto de llegada (*telos*), destino.

Muchos comentaristas creen que el autor pretende describir la muerte de Jesús como el cumplimiento del día de la expiación. Sin embargo, un análisis minucioso revela que es poco probable; Hebreos no focaliza la atención sobre esta ceremonia particular. En cambio, se muestra que las dos alianzas han sido inauguradas por la sangre, es un hecho presentado como tal. Pero la segunda alianza es diferente de la primera: Jesús no desciende de la tribu de Leví, es sacerdote según el orden de Melquisedec. La primera hunde sus raíces en la historia, con toda su trascendencia; la nueva parece independiente de las contingencias humanas y terrestres, apunta hacia el cielo y la eternidad.

Indudablemente, la muerte de Cristo se concibe como un sacrificio. Pero es significativo que Hebreos 9:13 se refiera a Isaías 1:11, donde el profeta aboga por una superación de los sacrificios levíticos. La cruz es un sacrificio de otro orden. No se trata de una transacción comercial con un trato cerrado con anterioridad, ni de una sustitución vicaria entendida como una venganza de la justicia del Padre satisfecha sobre su Hijo. El autor parte del acontecimiento de la cruz sin buscar sus causas, pero nos revela sus consecuencias redentoras, es decir, la purificación y la santificación (1:3; 13:12).

Ningún acontecimiento en la historia tiene más envergadura. La cruz está clavada en la cima del mundo. A cada uno de nosotros le corresponde contemplarla con su propia sensibilidad. Ojalá contribuya a hacernos descubrir el verdadero rostro de Dios, para conducirnos al banquete de las bodas del cordero, el supremo cumplimiento.

Séptima parte

La redención según los apóstoles Pedro y Juan

Capítulo 1

Las enseñanzas de Pedro

Tras el estudio de las epístolas de Pablo y la Epístola a los Hebreos, hemos recogido lo esencial de las enseñanzas neotestamentarias sobre la cruz. Con todo, decididos a no descuidar ningún aspecto, examinaremos también los escritos de Pedro y de Juan. Resulta innecesario demorarse en la Epístola de Santiago, pues en ella no se menciona la muerte de Jesús. Su único interés para nuestro análisis consiste en la importancia que otorga a las obras como manifestación de la fe, concepción que armoniza perfectamente con nuestra explicación de la justificación por la fe según san Pablo. Este último quedó fascinado por el concepto de fe-adhesión como principio fecundante: ve ya el fruto en la simiente. Santiago, que se dirige a cristianos poco comprometidos, hace hincapié en el fruto. Pretender tener fe está al alcance de todos; demostrarlo en la práctica mediante un cambio de conducta requiere esa auténtica transformación interior que la Biblia llama arrepentimiento, *métanoia*. Este es el argumento de Santiago. Desde esta perspectiva, desaparece cualquier contradicción entre Pablo y Santiago: Romanos 2:28, Gálatas 5:6 y Santiago 2:24 se complementan. Pablo sabe que la fe auténtica produce obras; Santiago espera las obras para reconocer la fe.

1. Los Hechos de los Apóstoles

Esta enseñanza aparece ya en el libro de los Hechos, relatado por Lucas. En él, Pedro denuncia con osadía a los responsables de la cruz; nunca a Dios. Muy próximo al templo y a su ritual levítico, Pedro hubiera estado en la mejor situación para reconocer en la cruz un sacrificio exigido por Dios; sin embargo, su razonamiento es distinto. Alentado por el Espíritu Santo, durante el Pentecostés, Pedro exclama con inusitada audacia: «Jesús el Nazareno […] *vosotros*, por mano de paganos, lo matasteis en una cruz» (Hechos 2:22,23). Y menciona explícitamente a los responsables: los judíos (2:22) y los impíos, es decir los romanos (2:23; *cf.* Hechos 7:52). No hay duda de que estos hombres no hubieran podido perpetrar su crimen sin el consentimiento de Dios. Es inherente a la Biblia dar cuenta de toda la realidad sin recurrir a ninguna forma de dualismo. Solo Dios está en el

origen de todas las cosas, de modo que el mal mismo sería imposible sin la vida y la inteligencia que Dios le confiere. Isaías afirma categóricamente en nombre del Eterno: «Yo soy el Señor, y no hay otro; fuera de mí, no hay dios. […] artífice de la luz, creador de las tinieblas, autor de la paz, creador de la desgracia; yo, el Señor, hago todo esto» (Isaías 45:5,7). ¿Significa eso que Dios desea la desgracia? Es evidente que no. «Eres de ojos harto puros para mirar el mal» (Habacuc 1:13, CI). Es demasiado bueno para amar el sufrimiento.

No sé si atreverme a decir que pocas cosas me indisponen tanto como los sufrimientos que algunos se infligen para agradar al Señor. Qué triste idea deben de tener de él para imaginar que pueda deleitarse con la aflicción; el verdadero rostro de Dios inspira relaciones muy diferentes. No puedo imaginar que uno de mis hijos sea capaz de acercárseme, deliberadamente ensangrentado, con la esperanza de encontrarme así mejor dispuesto hacia él; me quedaría con el corazón destrozado y el rostro cubierto de vergüenza.

A Pedro no debe atribuírsele tal infamia. Cuando escribe que Jesús murió «conforme al plan previsto y sancionado por Dios» (Hechos 2:23), su pensamiento es claro. Por una parte, Dios sabía, en su presciencia, cómo se comportarían los hombres; de ahí el anuncio de los sufrimientos del Mesías por parte de los profetas. Por otra, en lugar de aceptar pasivamente el crimen de los hombres, Dios se dedica a generar un bien para todos. La cruz será la revelación más poderosa de un Padre que, al aceptar el sufrimiento más inefable, llevará a su culminación el amor por ellos, mostrando que desea traerlos de vuelta a sí mismo arrebatándoselos al pecado, que mata… incluso a su amado Hijo. Comprender la cruz es descubrir a un Dios que acepta borrarse del horizonte de los hombres en rebelión, hasta la muerte, para reaparecer en un reino que ya no es de este mundo, al cual están invitados todos los hombres de buena voluntad. Este es el objetivo previsto, es el que «tu mano y tu plan [de Dios] había determinado previamente que sucediera» (Hechos 4:28, CI).

2. La primera epístola

Pedro es un personaje de carácter, con un auténtico instinto, siempre tan dispuesto a expresarse como a tomar la iniciativa. El primero en decirle

al Maestro: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (Mateo 16:16, RV60). El que, sin comprender del todo las alusiones de Jesús a su cercana muerte, se arriesga a prometer: «Aunque tenga que morir contigo, jamás te negaré» (Mateo 26:35); y lo niega tres veces. Pero también el que durante la mañana de la Pascua, al enterarse de que el sepulcro está vacío, corre hacia allí con Juan. Más joven, Juan llega antes; pero es Pedro el primero en entrar (Juan 20:3-10). Siempre él, desplegando su admirable fuerza y sus temibles debilidades. Finalmente, convertido por la muerte y la resurrección de su Maestro, es capaz de amar. A partir de ese momento se confirma su misión: apacentará los corderos y las ovejas del rebaño (Juan 21:15-19). Los Hechos de los Apóstoles describen a Pedro en acción; lo esencial de su pensamiento se transmite en sus epístolas. Él fue el primero en comprender el valor de la muerte de Cristo. Hay demasiada tendencia a considerar a Pablo como el creador de la teología de la cruz. De hecho, también Pedro comprendió perfectamente el papel de «siervo del Eterno» (Isaías 42:1), asumido por Jesús.

2.1. La introducción de la carta. 1 Pedro 1:1,2

Inmediatamente después de indicar los destinatarios de la epístola (1:1), Pedro menciona al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Más exactamente, «conforme a [la] previsión de Dios Padre, mediante [la] santificación [que es obra] de[l] Espíritu, para [vuestra] obediencia y [para que recibáis la] aspersión de [la] sangre de Jesucristo» (1:2, CI). Conviene señalar, de paso, que la dogmática bíblica no está formalmente establecida; no se nombra al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, sino al Padre, al Espíritu Santo y al Hijo. Por otra parte, la santificación no se atribuye al Hijo sino al Espíritu Santo. Ya hemos visto en Romanos 8 con qué elegancia pasa Pablo del uno al otro: es el misterio de la unidad divina en tres personas.

¿Cómo debe, entonces, entenderse la aspersión de la sangre? Probablemente, según la explicación ofrecida en la Epístola a los Hebreos. De hecho, sabemos que Pedro era específicamente responsable de la evangelización de los judíos, pues los gentiles le habían sido confiados a Pablo (Gálatas 2:7). Por tanto, la aspersión de la sangre se vincula a la purificación, la cual constituye el estado de gracia que nos permite recobrar una relación

favorable con Dios. No se requiere sino la renovación de la vida. Sin Jesucristo, el hombre está muerto aunque exista todavía (Romanos 6:13), es una muerte en suspenso. Se trata de un muerto virtual que ha de tomar conciencia de que lo está, gracias a la muerte de Jesucristo (Romanos 6:3-11), y que debe pasar por el nuevo nacimiento. «*Vosotros teneos* por muertos al pecado y vivos para Dios, mediante el Mesías Jesús» (Romanos 6:11). Eso es lo que significa tener parte en la aspersión de la sangre de Jesucristo: participar de la naturaleza divina (2 Pedro 1:4).

Pedro explica más adelante, en su doctrina bautismal, que el agua del bautismo «no [es] eliminación de suciedad corporal» (3:21, CI). La antigua traducción Segond dice que «no es la purificación de las manchas del cuerpo»; pero el término *purificación* no está en el original, que contiene una perífrasis traducida como «la remoción de la mugre.»[409] El agua no tiene ese poder; es precisa la sangre de Cristo, no como materia, evidentemente, sino como signo de la nueva vida que Dios nos ofrece en su Hijo. Cualquier otra explicación se equipararía a la mitología.

> «Este nuevo nacimiento (*cf*. 1 Pedro 1:3) es para nosotros el fruto de la resurrección de Jesucristo. Se realiza ante todo por la predicación de la Palabra que nos hace nacer a la fe. Porque somos engendrados por la Palabra de Dios, que actúa en nosotros como una semilla incorruptible (1 Pedro 1:23). Esta hace de nosotros "niños recién nacidos" que tienen que desear "la leche espiritual pura" (1 Pedro 2:2; *cf*. Santiago 1:18,21). Pero nuestro nuevo nacimiento pasa también por el bautismo, del que nos habla el Nuevo Testamento a la vez como de un baño de regeneración y como de una participación en el misterio de muerte y resurrección de Cristo. Porque para renacer, hay que morir: se juntan los grandes símbolos del nacimiento y de la muerte.»[410]

El versículo 3 es bien claro: Dios nos ha regenerado para una esperanza viva mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos. La regeneración es otra forma de expresar la obediencia y la aspersión de la sangre.

---

[409] (N. del T.) En el caso de las versiones en castellano, ninguna emplea la palabra *purificación*. De las utilizadas en esta traducción, se aproxima más al texto original la BT («remoción de la inmundicia de la carne»).

[410] Bernard SESBOÜÉ, *Jesucristo, el único mediador. Ensayo sobre la redención y la salvación,* Secretariado Trinitario, Salamanca, 1990, p. 218.

Así es como nosotros participamos en la santidad de Dios (1:15). Nuestra purificación se cumple «por la obediencia a la verdad» (1:22), hecha posible por la gracia que actúa en nosotros.

2.2. Una razón para esperar en la prueba. 1 Pedro 1:18-21

Tras los saludos y agradecimientos de rigor, Pedro presenta el valor de la esperanza en la prueba. El apóstol es consciente de que la iglesia atraviesa momentos difíciles y no subestima las dificultades. Los cristianos a los que se dirige sufren intensamente; pero, como el oro en el fuego, la fe es purificada en la prueba. Con la diferencia de que el oro más puro se desgasta, mientras que la fe es ya sustancia de la eternidad (Hebreos 11:1, en griego).[411] El cristiano está inmerso en un peregrinaje, sabiendo que en modo alguno ha sido rescatado mediante cosas corruptibles –plata u oro– de su vana forma de vivir, heredada de sus padres. Aquí, el complemento del verbo *rescatar* muestra con evidencia que se impone el sentido figurado: las tradiciones heredadas de los padres constituyen una argolla de la que es necesario ser liberados, porque conducen a la nada.

Sin embargo, somos liberados por la sangre preciosa de Cristo, semejante a un cordero sin defecto y sin mancha. Reaparece la retórica de la sangre (Romanos 5:9; Hebreos 9:12,14; 1 Juan 1:7), que refleja la entrega más completa. Esta sangre no fue derramada por un acto sacrificial, sino en el momento de un sacrificio existencial. El cordero no evoca la imagen de una criatura inofensiva que bala dócilmente, sino la no resistencia llena de fe de quien confía en su muerte para engendrar vida (Juan 12:24).

> «Metafóricamente, se comparará con la sangre de los sacrificios; pero el objeto de la analogía es apoyarse en una institución religiosa muy conocida para poder expresar la originalidad y la trascendencia de la sangre de Cristo, derramada en su sacrificio existencial, frente a la sangre de los animales, derramada de manera cultual y bajo la forma de sustitución. Por eso, este nuevo y único sacrificio logra abolir los antiguos. –No podría expresarse mejor. Y el autor añade con razón– Si se olvida todo este contexto bíblico, entonces podrá verse en la sangre de Cristo el símbolo de una condenación a muerte de tipo penal. La sangre será el precio, la

[411] (N. del T.) «Es la fe anticipo de lo que se espera»; ελπιζομενων («siendo esperadas»).

> verdadera contrapartida exigida para el perdón del pecado de los hombres. La sangre tendrá un valor objetivo en sí misma. Por este hecho, Dios Padre representará el papel de un sádico y los cristianos se comprometerán en un culto sadomasoquista. Toda la expiación realizada por Jesús en el sentido bíblico de esta palabra se verá pervertida y llegará a ser una falsa concepción del sufrimiento reparador.»[412]

2.3. La piedra rechazada. 1 Pedro 2:7,8

«La piedra que desecharon los constructores, ésa llegó a ser piedra angular, y *una piedra de traspiés y una peña* [ocasión] *de tropiezo»* (CI). Sin desarrollar de nuevo el tema del discurso de Pentecostés, el apóstol Pedro hace aquí una alusión clara a los responsables de la cruz. Jesús fue rechazado: es la pista histórica de la que ya hemos hablado. Pero la piedra rechazada se ha convertido en cabeza del ángulo (Salmos 118:22). Combinando esta imagen con la de Isaías 8:14, el autor recuerda que nuestra suerte depende de nuestra decisión ante Jesucristo: el honor para quienes creen, la condenación para los incrédulos.

2.4. El sufrimiento de Cristo. 1 Pedro 2:18-25

Ya hemos tenido ocasión de afirmar que en nuestra opinión es impensable que el Dios de la Biblia pueda complacerse en el sufrimiento. Sin embargo, lo utiliza; sobre todo, cuando no es merecido. Plauto, escritor latino de finales del siglo tercero antes de Cristo, relata que algunos esclavos, astutos, perezosos y ladrones, intentaban con argucias hacer más aceptable su suerte. De tanto recibir golpes, se endurecían hasta el punto de presumir entre sus compañeros de lo que podían soportar. Una vez convertidos en cristianos, los esclavos ya no seguirán este ejemplo. Pedro, que se dirige a hombres en plena zozobra, recuerda con naturalidad los sufrimientos de Jesús.

Una tesis doctoral presentada en Andrews University por Madelynn Jones-Haldeman, titulada «The Function of Christ's Suffering in 1 Peter

---

[412] *Ibidem.*, pp. 76, 77.

2:21»,[413] afirma que en este pasaje se anima a los siervos a mostrarse sumisos ante sus amos, sean estos indulgentes o severos. El propósito no es evitar la rebelión contra el sistema; se trata más bien de que los esclavos cristianos adopten una conducta cívica impecable, independientemente de la de sus amos. Si se producen injusticias, que por lo menos no estén justificadas por un mal comportamiento. Pedro recomienda la paciencia y rechaza la insurrección. «Porque dice mucho en favor de uno si, por la experiencia que tenemos de Dios, soporta que lo maltraten injustamente» (2:19). Los creyentes son los primeros beneficiarios de esta actitud. El sufrimiento del esclavo recibe la bendición de Dios, no porque tenga un valor en sí, sino con el fin de que sirva a algún otro. Hacer el bien, sufrir, resistir, es el sino del esclavo; tal vez contribuya a la salvación de otros. Su sufrimiento se convierte entonces en ejemplar, como el del Señor «porque también Cristo sufrió por vosotros, dejándoos un modelo para que sigáis sus huellas» (2:21).

«En consecuencia, los sufrimientos de Cristo por vosotros, en el versículo 21, no aluden a su muerte expiatoria. Más bien se explica por qué Dios ha bendecido y acogido a quien sufrió injustamente por los demás. Cristo es el paradigma supremo de esta concepción.»[414] Esto significa, en definitiva, que Jesús no sufrió para satisfacer una necesidad sádica de Dios. Si sus padecimientos hubieran asumido un misterioso valor divino, no habrían podido ser invocados como ejemplo para nosotros. Los sufrimientos en cuestión son aquellos a los que el apóstol Pablo añadía los suyos para cumplir con su propio mandato misionero (Colosenses 1:24): sufrir para servir.

2.5. Llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero. 1 Pedro 2:24, RV60

Este es el texto en que se basa la sustitución penal, según la cual Jesús fue castigado en lugar de los culpables. Se completa con Hebreos 9:28; 2

---

[413] Madelynn JONES-HALDEMAN, *The Function of Christ's Suffering in 1 Peter 2:21*, Andrews University Seminary Studies, vol. 27, n.º 3; otoño 1989, p. 226, acceso el 28 de junio de 2018, https://digitalcommons.andrews.edu/dissertations/60/.

[414] *Ibidem*.

Corintios 5:21; Gálatas 3:13; Isaías 53. John Stott es tal vez el autor que ha defendido recientemente esta tesis con más minuciosidad.[415] Por tanto, seguiremos con provecho su argumentación.

Su definición de la sustitución penal está tomada de J. I. Packer:

> «Jesucristo nuestro Señor, movido por un amor que está resuelto a cumplir todo lo necesario para salvarnos, soportó y agotó el destructivo juicio divino al cual de otro modo estábamos inexcusablemente destinados nosotros. De este modo obtuvo para nosotros el perdón, la adopción y la gloria. Sostener la sustitución penal equivale a decir que los creyentes están en deuda con Cristo específicamente por esto. Ese es el origen de todo su gozo, paz y alabanza, tanto ahora como por la eternidad.»[416]

Aunque mesurada, esta definición contiene todavía una idea problemática: Jesús habría experimentado el juicio destructor divino al que nosotros estábamos ineluctablemente destinados. Esta afirmación, sobre la que reposa toda la argumentación, es objetable por lo menos en tres aspectos:

- Dios está sujeto a una fatalidad: una vez cometido el pecado, está *obligado* a castigar al culpable. El Dios de la Biblia, por el contrario, es *libre* de hacer todo lo que quiere (Salmos 135:6).
- Es cierto que Dios, libremente, respeta sus compromisos. Ahora bien, el precio del pecado es la muerte (Romanos 6:23). Se nos dice que, queriendo salvar a los culpables, Dios hace morir al inocente. ¿Cómo no ver, una vez más, la contradicción con la Revelación: «El que peca es el que morirá» (Ezequiel 18:4). «De ningún modo tendrá por inocente al malvado» (Éxodo 34:7, RV60; *cf*. Proverbios 17:15)? No podemos admitir que la justicia divina pueda ser satisfecha cuando el inocente paga en lugar del culpable. Ya conocemos, entre los seres humanos, el escándalo de los errores judiciales.

Es innegable que la justicia de Dios exige la satisfacción; el amor más sublime no puede eludir la justicia. En Dios, amor y justicia son inseparables. Sin embargo, para satisfacer la justicia divina no se puede incurrir en

---

[415] John STOTT, *La Cruz de Cristo*, *op. cit.*, pp. 149-184.

[416] James I. PACKER, *What did the Cross Achieve?: The Logic of Penal Substitution,* S. N. Hunt, Rushden; Inglaterra, 1975, citado por John STOTT, *La Cruz de Cristo*, *op. cit.*, p. 162.

la mayor de las injusticias. La única salida es obtener la conversión del pecador: que se arrepienta, que cambie de conducta y que viva. «¿Acaso quiero yo la muerte del malvado –oráculo del Señor– y no que se convierta de su conducta y que viva?» (Ezequiel 18:23).

¿Por qué mantener a toda costa un dogma que aflige el alma y desgarra el corazón, mientras entra en conflicto con tantos textos concretos? Líbreme Dios de juzgar a aquellos a quienes satisface esta teoría. Que acepten, por lo menos, que se pueda contemplar al crucificado sin tener el corazón herido por lo que los hombres considerarían un injustificable error judicial.

- En la sustitución penal, la muerte de Cristo es un castigo infligido por Dios. En cambio, esta vez estamos en el lado opuesto del asunto; la cruz no ha sido decidida ni dirigida por una instancia jurídica divina. El juicio de Jesús es claro: Satanás inspira a Judas y a todos los artífices de la cruz, que cometen un gran pecado (Juan 13:2,27; 19:11). La ejecución de Jesús no tiene nada de sacrificio ritual reclamado por Dios.

Semejante teoría estaba destinada a provocar reacciones, que fueron abundantes. En nuestro desarrollo histórico hemos señalado ya la de Abelardo contra Anselmo, en el siglo XII, y la de Socino contra los reformadores, en el siglo XVI. Ellos vieron la debilidad del sistema sin descubrir toda la riqueza de la Revelación. Porque la explicación moral de la crucifixión olvida la justicia de Dios, soslaya todo el aspecto místico del «*en Cristo*» y, por tanto, desvirtúa el aspecto jurídico de la justificación.

John Stott menciona otras tentativas de explicación más recientes: mientras unos cambian el *castigo* sustitutivo por el *arrepentimiento* sustitutivo, otros hablan de *sufrimiento* sustitutivo. También se enfatiza la necesidad del arrepentimiento para convertir al hombre en un ser perdonable y santo; pero sin explicar el misterio mediante el cual el pecador convertido puede morir al pecado para vivir según la justicia. Ya hemos comprobado que esta es la clave del razonamiento del apóstol Pablo.

Stott mismo basa su explicación en la transferencia del pecado:

> «Es evidente, por el uso que se hace de esta expresión en el Antiguo Testamento, que "llevar el pecado" no significa tenerles compasión a los

> pecadores, identificarse con su dolor, expresar su penitencia, o ser perseguido a causa de la pecaminosidad humana, ni siquiera sufrir las consecuencias del pecado en términos personales o sociales. "Llevar el pecado" significa específicamente soportar sus consecuencias penales, cumplir la pena correspondiente.»[417]

El único argumento convincente que se presenta para corroborar esta afirmación filológica, es decir, para explicar el sentido de la expresión «llevar los pecados», proviene de la ceremonia relativa al macho cabrío para Azazel, durante el *Yom Kippur*. Según Stott, se comete un error al distinguir el papel del macho cabrío para el Eterno de la función del chivo expiatorio. Para él, Azazel no representa a Satanás, sino a Dios. No obstante, el rito concerniente al macho cabrío para Azazel es el único caso en el que el autor bíblico presenta explícitamente una transferencia de pecado acompañada de culpabilidad (Levítico 16:21). Stott escribe: «…la proclamación pública del día de expiación no ofrecía dudas, expresaba que la reconciliación era posible sólo llevando los pecados en forma sustitutiva.»[418] Conviene reconocer que nuestro autor se equivoca. En la actualidad la etimología está claramente establecida: Azazel no es Dios, sino Satanás. Así se desmorona el principal argumento en favor de la sustitución penal.

Stott cita además los siguientes pasajes indicando que se refieren manifiestamente a la transmisión del pecado: Éxodo 28:43; Levítico 5:17; 19:8; 22:9; 24:15; Números 9:13; 14:34; 18:22.[419] En todos ellos, aparece en hebreo el verbo *nasa*, que la Septuaginta traduce en griego por *lambanô* y nunca por *anapherô*, empleado en Hebreos 9:28 y 1 Pedro 2:24. Esto invalida el argumento escogido para explicar la expresión «llevar los pecados» en el Nuevo Testamento.

Hemos visto ya lo que el texto no significa; ahora nos corresponde tratar de comprender lo que el apóstol Pedro quiso decir. Para empezar, se impone una observación: 1 Pedro 2:24 contiene la locución conjuntiva de subordinación «para que», destinada a explicar la finalidad de la oración

---

[417] John STOTT, *La Cruz de Cristo*, *op. cit.*, p. 162.

[418] *Ibidem.* p. 163.

[419] *Ibidem.,* p. 162, nota 15 del cap. 6 de John STOTT, *La Cruz de Cristo*, pp. 400, 401.

«Jesús llevó nuestros pecados». Los llevó, no para asumir un castigo divino, sino «*para que*, muertos a los pecados, vivamos para la justicia» (2:24, CI). La finalidad no atañe a Dios, sino al hombre. Retornamos al pensamiento de Pablo, expresado en su Epístola a los Romanos, especialmente en el capítulo 6. El objetivo del Padre y del Hijo a lo largo de todo el plan de la salvación es transformar al hombre. Pedro dice explícitamente que las heridas de Cristo nos han curado (2:24b).

Entonces, ¿qué significa: «llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero?» Se podría pensar en la consecuencia de su encarnación en una carne semejante a la del pecado (Romanos 8:3); pero hay que ser más preciso. El verbo griego es *anapherô*, que significa «llevar en alto». De diez referencias en el Nuevo Testamento, tiene en dos ocasiones ese sentido literal: *Mateo 17:1*, donde Jesús encamina (lleva en alto) a Pedro, Santiago y Juan al monte de la transfiguración; y *Lucas 24:51*, cuando Jesús es «llevado en alto»[420] en el momento de su ascensión. En los otros seis casos, se trata de sacrificios, conforme al sentido de *anapherô* en la Septuaginta: *Hebreos 13:15* alude a ofrecer un sacrificio de alabanza, es decir «el tributo de labios que bendicen su nombre»; igualmente en *1 Pedro 2:15*, donde se nos invita a «ofrecer sacrificios espirituales que acepta Dios por Jesús Mesías». En *Santiago 2:21* se menciona a Abraham, que ofreció a su hijo. Este caso es interesante porque retoma Génesis 22:2, donde Chouraqui traduce: «Súbele en subida», y Marie Balmary: «Elévalo en elevación». Así pues, el griego y el hebreo coinciden: el sacrificio en cuestión es una elevación.

Quedan tres pasajes:

- Hebreos 7:27, los sumos sacerdotes judíos ofrecen a diario sacrificios por sus propios pecados y por los del pueblo.
- Hebreos 9:28, Cristo se ofreció (*prospherô*) una sola vez para llevar (*anapherô*) los pecados de muchos.

[420] (N. del T.) Las comillas son nuestras.

- 1 Pedro 2:24, Cristo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero.[421]

¿Qué significado, compatible con el conjunto de referencias, tiene el verbo? Yo observo tres:

- Poner el pecado en evidencia, denunciarlo públicamente de una forma irrefutable. Al dejarse crucificar por los impíos, Jesús alza los pecados del mundo sobre la cruz. O, si se prefiere, los pecados de los hombres son elevados a la vista del mundo. Poco antes de su arresto, Jesús había predicho que el Espíritu Santo convencería al mundo de pecado a causa de la cruz (Juan 16:8,9). Este es el sentido literal de *anapherô*.
- Por otra parte, exponiéndose al odio (Juan 7:7), Jesús sufrió en su cuerpo, sobre la cruz, las consecuencias de la maldad. Su pobre cuerpo herido y levantado (Juan 12:32) revela lo inhabitable que se ha vuelto el mundo a causa del pecado (Gálatas 6:14). En este caso, el sentido del verbo *anapherô* es a la vez literal y simbólico.
- Finalmente, anteponiendo la noción de sacrificio, retomamos el sentido bíblico de Isaías 53:4, explicado por Mateo 8:17. Cuando la Escritura afirma que Jesús llevó nuestras enfermedades, no significa que se haya convertido en enfermo o enfermedad en nuestro lugar. Asimismo, cuando dice que llevó nuestros pecados, no hay que ver en ello un sentido penal: no se ha *convertido en* pecador o pecado en nuestro lugar. 2 Corintios 5:21 es preciso: *ha sido hecho* sacrificio por el pecado, no se ha convertido en pecado (texto griego).[422]

Y, por supuesto, esto no significa que Dios haya exigido su muerte; los sacrificios humanos, que atribuye a una perversión, le horrorizan. «Debido a conceptos erróneos de los atributos de Dios, las naciones paganas fueron

---

[421] (N. del T.) «*subió* nuestros *pecados* a la cruz» (NBE); «subió nuestros pecados al madero» (CI).

[422] (N. del T.) υπερ (por) ημων (nosotros) αμαρτιαν (pecado) εποιησεν (hizo) («por nosotros lo hizo pecado», BT).

inducidas a creer que los sacrificios humanos eran necesarios para asegurarse el favor divino; y perpetráronse horrendas crueldades bajo las diversas formas de la idolatría.»[423] ¿Cómo, por tanto, habría podido Dios exigir el sacrificio humano más incomprensible? La cruz se integra en el plan de la salvación, no debido a un capricho divino, sino en función de las necesidades humanas confirmadas por Dios.

Recordemos las primeras palabras de Cristo en la cruz: «Padre, perdónalos, que no saben lo que se hacen» (Lucas 23:34). Jesús no dice: «Padre, te perdono por castigarme a mí, el inocente, en lugar de los culpables.» En cambio, su muerte evita de forma efectiva el castigo a todos los que, gracias a él, se reconcilian con su Padre.

El sentido es claro: Jesús se ha comprometido plenamente a librarnos del pecado y de sus consecuencias, la enfermedad y la muerte. Desde esta perspectiva, consintió en sufrir por nosotros más allá de todo lo imaginable como hombre. Llevó nuestros pecados en su cuerpo, sobre la cruz. Es el guardián de nuestras almas (2:25), el buen pastor que da su vida por sus ovejas (2:25; Juan 19:11). Así que, ya no somos como ovejas perdidas. Como dice el apóstol en la conclusión de su epístola: «Dios, que es todo gracia y que os llamó por el Mesías a su eterna gloria, él en persona os restablecerá, afianzará, robustecerá y dará estabilidad. Suyo es el dominio por los siglos, amén» (1 Pedro 5:10,11).

2.6. Una parábola

Tengo ante mis ojos un libro titulado *Parábolas*, del pastor Henri Eberhard. Un grupo misionero, formado por cuatro hombres con levita negra, predicaba la palabra de Dios en una iglesia o en un cine. Henri Eberhard debía tomar la palabra el último; presentaba su mensaje en clave de parábolas procedentes de la vida cotidiana, las cuales convertían el encuentro en un momento de despertar espiritual. Una de ellas es la historia –real– de una abuela.

---

[423] Ellen G. WHITE, *El conflicto de los siglos*, Publicaciones Interamericanas, Mountain View, California, 1975, 6.ª ed., p. 625.

Se había hecho cargo de su nieto huérfano. Por desgracia, el niño robaba. Por las tardes, volvía a menudo de la escuela con los bolsillos repletos de objetos hurtados. La pobre mujer, angustiada, lo regañaba; pero era inútil.

–Escucha –le dijo una vez la abuela– esto tiene que acabar. Atiende bien a lo que voy a decirte. Si te pillo robando otra vez, ¿ves esta aguja de tejer? La pondré al rojo en el fuego, al rojo hasta que se vea blanca entre las llamas, y te la clavaré en la mano ladrona… ¿Me has entendido? ¡Me has entendido! ¡Y sabes que cumpliré lo que he prometido!

Parece que el niño comprendió. Durante algún tiempo, regresó de la escuela contento y ligero. Después, un día, sus bolsillos se agrandaron de nuevo.

–Vacíalos –ordenó la tutora.

El niño obedeció: un imán, una brújula, una peonza, canicas, una goma, dinero…

–¿Quién te ha dado todo esto? –Pese a la insistencia, no hubo respuesta.

La abuela fue a buscar la aguja de tejer y la metió en el fuego a través de la rejilla abierta del horno. El acero enrojeció y después se volvió blanco.

– Dame tu mano –ordenó con firmeza la mujer.

Pálido, el niño tendió la mano. La abuela la tomó y dijo:

– Escucha, para que comprendas la gravedad de tu mal, y sobre todo para que te cures, es preciso que el castigo sea ejemplar. Solamente, mira.

Y diciendo esto, la mujer soltó los dedos de su nieto, abrió su propia mano y, retirando bruscamente del fuego la aguja de tejer, la clavó en su frágil palma. Totalmente conmovida, mostró al pequeño ladrón su mano horadada.

–¡No la apartes de tu vista! –acabó.

No hace falta añadir que la lección fue asimilada.

Y el pastor Eberhard concluye:

> «¿Habéis adivinado, hermanos, por qué os he contado esta historia? Dios también prometió el sufrimiento y la muerte al pecador. […] Pero cuando llegó el momento de aplicar el castigo, el verdadero castigo por su maldición eterna, cuando el culpable se presentó ante él, fue él mismo

> quien vino entonces a ocupar el lugar del pecador. Y fue traspasado con esta gran aguja de tejer que es la cruz para poder mostrarnos hoy su mano herida, que nos recuerda incesantemente el precio de nuestras vergüenzas y de nuestras vilezas.»[424]

Es, ciertamente, una historia conmovedora. Convengamos en que ilustra un aspecto de la obra divina; con una diferencia, sin embargo, que es sustancial. Para que la parábola coincida con la historia de Jesús, hay que cambiar el epílogo. Ya no es la abuela quien se clava la aguja en la mano, sino el nieto, que se rebela, se apodera de la aguja y traspasa la mano de la pobre mujer. La abuela es la inocente que se hiere de forma voluntaria, en tanto que Jesús es el inocente a quien se martiriza. Recordemos la reflexión de los viñadores en la parábola de Jesús: «Este es el heredero, lo matamos y será nuestra la herencia» (Lucas 20: 14). O incluso la instigación de Caifás: «antes que perezca la nación entera conviene que uno muera por el pueblo» (Juan 11:50). La historia o la parábola de la aguja no se ajusta al drama de la cruz.

Lo que resulta sobrecogedor en la historia de Dios y de Jesús es que ellos aceptaron dejarse atrapar por la escalada de odio de los hombres, que se oponían a la proclamación de la verdad (Juan 7:7), a la revelación de la justicia (Romanos 1:17) y a la demostración del amor (Romanos 5:8); que se oponían a la cruz.

> «Escandalizarse por la razón que constituye la muerte de Dios en la cruz es la única respuesta al escándalo del mal… Dios no hace morir a su Hijo, es el Hijo quien muere. Dios no está en el cañón que despedaza la carne, Él es la carne despedazada. Está en los poblados de chabolas, entre las víctimas de las inundaciones o de los terremotos. […] La doctrina de las iglesias ha borrado definitivamente la imagen de un Dios que se complace en poner a prueba a los hombres. Sin embargo, no ha logrado todavía erradicar la representación deísta, arraigada en las mentes durante siglos. Y mientras las iglesias no emprendan esta ardua tarea, la objeción sobre la existencia del mal seguirá provocando desolación, en especial entre los desfavorecidos.»[425]

---

[424] Henri EBERHARD, *Paraboles,* Nouvelle Société d'Éditions de Toulouse, Dieulefit, Drôme, 1946, pp. 27-34. He resumido el texto.

[425] Jacques DUQUESNES, *Dieu pour l'homme d'aujourd'hui*, Grasset, París, 1970, pp. 246, 247.

Anhelo con toda mi alma una predicación del evangelio centrada en la cruz, que revele a los hombres desamparados el verdadero rostro de nuestro Dios.

Capítulo 2

La Primera Epístola de Juan

1. Jesús y la vida

Ya hemos considerado en páginas anteriores los principales pasajes del Evangelio de Juan referidos a la muerte de Cristo. No obstante, vale la pena recordar brevemente lo esencial antes de analizar su primera epístola. Sin duda, el sustrato de este evangelio, la idea clave que aparece por todas partes, es la de la vida, como demostró con acierto el pastor Babut:[426] en el *Logos* estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres (Juan 1:3,4). La conclusión del evangelio concuerda con sus palabras iniciales: «Hemos escrito éstas para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y con esta fe tengáis vida gracias a él» (20:31). Y a lo largo de sus páginas, especialmente en los discursos, se pone siempre el acento en la vida. El versículo tal vez más conocido de toda la Biblia lo afirma con determinación: «Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único para que tenga vida eterna y no perezca ninguno de los que creen en él» (3:16).

Constataremos con algunas referencias que este tema se extiende a lo largo de todo el Evangelio de Juan:

- 4:10-14. En la conversación con la samaritana, descubrimos cuál es la naturaleza de la vida, comparable a una fuente de agua que siempre vuelve a brotar.
- 5:24. El que cree tiene vida eterna.
- 6:33. Jesús ofrece el pan de Dios, el que desciende del cielo y da la vida al mundo.
- 7:37,38. Durante su visita a Jerusalén para la fiesta de los Tabernáculos, Jesús hace un llamamiento: «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dijo la Escritura, de su seno brotarán torrentes de agua viva» (CI).

---

[426] Charles-Édouard BABUT, *Étude biblique sur la Rédemption*, *op. cit.,* pp. 244-251.

- 8:24. En plena discusión con los judíos, Jesús se identifica con la vida: «Si no creéis que yo soy el que soy, os llevarán a la muerte vuestros pecados.»
- 9:5. Jesús es la luz del mundo, ante la cual todos los hombres son ciegos de nacimiento y necesitan ser sanados. Y esta luz es la de la vida (8:12).
- 10:10,27. El buen pastor ha venido para que las ovejas tengan vida y la tengan en abundancia. Ellas lo siguen y él les concede la vida eterna.
- 11:25. Jesús es la resurrección y la vida.
- 12:23-25. El que ama la vida la perderá, y aquel que aborrece su vida en este mundo la conservará para la vida eterna. Pero esta vida procede de la muerte.
- 13:19. En plena institución de la Santa Cena, Jesús evoca su muerte y su resurrección: «Os lo digo ya ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda creáis que yo soy el que soy.»
- 14:19. «De aquí a poco el mundo no me verá más; vosotros sí me veréis, pues de la vida que yo tengo viviréis también vosotros.»
- 15:13. «No hay amor más grande que dar la vida por los amigos.»
- 16:21. Alusión a los dolores del parto y a las alegrías del nacimiento. Evocación de la nueva vida.
- 17:2,3. Cómo obtener la vida eterna.
- 18–20. Muerte y resurrección de Jesús. La fe da acceso a la vida en su nombre.

Ciertamente, no es exagerado afirmar que Juan, en su evangelio, presenta a Jesús como aquel que es la vida y da la vida. En la primera epístola volvemos a encontrar también la misma idea: «Dios nos ha dado vida eterna, vida que está en su Hijo: quien tiene al Hijo, tiene la vida; quien no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida» (5:11,12). Los seres humanos se jactan con frecuencia de ir en busca de un Dios imposible de encontrar. «No he visto a Dios», alardeaba el primer cosmonauta ruso a su regreso del primer vuelo espacial. Sin embargo, el Dios que se esfuerzan en descubrir se ha manifestado claramente: Él es el verdadero buscador. El Dios de

Jesucristo ha superado la distancia que separa el cielo de la tierra; no hemos de buscarlo en el espacio, se ha acercado a nosotros. Ha destruido la muerte y ha enfatizado la vida y la inmortalidad a través del evangelio (2 Timoteo 1:10). Permanece presente en su Palabra, presente en las señales de su cuerpo y de su sangre en la Santa Cena, presente cuando dos o tres se reúnen en su nombre… Él es el eterno contemporáneo.

2. Objetivo de la Primera Epístola de Juan

No abordaremos ahora todas las cuestiones relativas a la autoría de este escrito: creemos que lo compuso el apóstol Juan probablemente mientras ejercía su ministerio en Éfeso. Sus destinatarios serían, pues, los cristianos de origen pagano que vivían en Asia Menor: la exhortación contra los ídolos (5:21) no resultaría apropiada para judíos convertidos. Seguramente el autor vivió entre sus lectores, como lo evidencia la familiaridad con la que los trata. Como había muchas iglesias en la región, esta carta es probablemente una encíclica.

Su objetivo primordial es fortalecer a los fieles en la creencia en la dignidad del Salvador. Un grupo de disidentes religiosos enseñaba una falsa doctrina sobre Jesús y no practicaba el amor, considerado por el maestro como el rasgo distintivo de sus discípulos (Juan 13:35). Por consiguiente, el texto adquiere una dimensión a un tiempo polémica y moral. Cabe subrayar que en ese momento, a finales del siglo primero, ejercía mucha influencia un gran número de movimientos: la ortodoxia de la sinagoga, el movimiento bautista, la inspiración de Qumrán, la corriente apocalíptica y la filosofía de Filón de Alejandría; sin contar los cultos paganos, cuyos dioses adornaban el panteón.

> «La iniciación a estos misterios daba a sus adeptos una "gnosis" singular, un conocimiento específico que les permitía comprender la naturaleza divina y ser salvados de este mundo sometido al imperio del mal. Además, existía una enorme influencia popular de la astrología y, desde el punto de vista filosófico, el estoicismo ejercía a menudo un considerable ascendiente sobre los mejores espíritus de la sociedad.»[427]

[427] Flemming FLEINERT-JENSEN, *Commentaire de la Première Épître de Jean*, Cerf, París, 1982, p. 14.

Esta cita de Fleinert-Jensen describe un sincretismo plenamente equiparable al que se desarrolla ante nosotros en la actualidad. El apóstol Pablo también tuvo que combatirlo, en especial en Colosas y en Éfeso. Los herejes a los que Juan se dirige afirmaban tener un genuino conocimiento de Dios (2:4) e incluso verlo (3:6). Eran iluminados que caminaban en la luz celestial (2:9) y se consideraban intachables (1:8-10) porque vivían en comunión con Dios (1:6). En consecuencia, cuestionaban la verdadera naturaleza de Cristo, negaban su divinidad (2:22,23; 4:15) y la trascendencia de su encarnación (4:2,3): Jesús no era verdaderamente Dios, ni verdaderamente hombre. Ya estaban presentes, en germen, las grandes herejías de los siglos siguientes. Así que no debe sorprendernos que Juan denuncie al anticristo en cuatro ocasiones (1 Juan 2:18-22; 4:2,3; 2 Juan 7).

3. La redención

3.1. Jesús quita los pecados. 1 Juan 3:5

Aunque la muerte de Jesús se menciona con frecuencia en el cuarto evangelio, el concepto de redención no aparece en él. En cambio, en la primera epístola hay múltiples textos que atraerán nuestra atención respecto a este tema. Veamos la idea esencial: «Como sabéis, él se manifestó para quitar el pecado» (3:5). El verbo griego *airô*, traducido por «quitar», significa en primer lugar «levantar». Por ejemplo, alzar la mano para pronunciar un juramento (Apocalipsis 10:5). De allí, toma el sentido de «llevar». Lo encontramos en la conocida invitación de Jesús: «Tomad mi yugo» (Mateo 11:29, CI). «Levantar», «llevar», conduce a «quitar»: «Lo humillaron, negándole todo derecho» (Hechos 8:33 = Isaías 53:8). Se vuelve a encontrar el mismo sentido en Colosenses 2:14, acerca del quirógrafo que ha sido quitado, suprimido.[428]

Este es el significado que conviene retener para 1 Juan 3:5, el mismo que en Juan 1:29; el contexto no permite ninguna duda al respecto. No había pecado en Jesús; vino para hacer desaparecer el pecado o, como lo expone Hebreos 9:26, «su manifestación ha tenido lugar una sola vez, al final de la historia, para abolir con su sacrificio el pecado.» No se trata de

[428] *Cf. ThDNT,* vol. I, pp. 185, 186.

quitar la culpabilidad, sino de erradicar el pecado mismo. La epístola afirma igualmente que «la sangre de Jesús su Hijo nos limpia de todo pecado» (1:7). Y explica: «Si reconocemos nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, perdona nuestros pecados y, además, nos limpia de toda injusticia» (1:9); porque «hemos pasado de la muerte a la vida» (3:14).

Jesús condena el pecado como un cuerpo extraño en la vida del ser humano, que surge cuando este se opone a la voluntad divina (3:4). Por tanto, el pecado no es fatalidad, sino culpabilidad; separa al hombre de Dios. En cambio, quien se purifica es justo y anticipa ya sobre la tierra la comunión final con el Padre y el Hijo. La venida de Jesús al mundo demuestra que Dios no ha renunciado al ser humano. Su ministerio debe eliminar el obstáculo que impide la comunión: Jesús se manifestó para quitar los pecados. A semejanza de Pablo y de Pedro, Juan concibe la salvación como el camino de las tinieblas a la luz (2 Corintios 4:6; Efesios 5:8,9; Colosenses 1:12,13; 1 Pedro 2:9; 1 Juan 1:7) Pues bien, el fruto de la luz se llama bondad, justicia, verdad. «Cuando nos movemos en la luz, imitándolo a él, que está en la luz, somos solidarios unos de otros y, además, la sangre de Jesús su Hijo nos limpia de todo pecado» (1:7).

3.2. Víctima expiatoria. 1 Juan 2:2; 4:10

«Y él es [víctima de] expiación por nuestros pecados, y no por nuestros pecados sólo, sino también por [los d]el mundo entero» (2:2, CI).

«Envió a su Hijo como [víctima de] expiación por nuestros pecados» (4:10). Darby sustituye «víctima expiatoria» por «propiciación». La TOB indica «víctima de expiación»; BJ, «víctima de propiciación»; Chouraqui, «él es la absolución de nuestras faltas».[429] Unos pocos ejemplos bastan para evidenciar el desconcierto de los traductores. En nuestro estudio del vocabulario de la redención, ya hemos precisado el significado de la palabra griega *hilasmos*, mencionada en los dos textos. Sugeríamos traducirla por

[429] (N. del T.) En castellano, de las versiones empleadas en nuestra traducción, coinciden en el término «propiciación»: RV60, BJ y BT; por otra parte, NBE indica «para que expiara nuestros pecados».

«perfecta vía de perdón».[430] En esto coincidimos con Chouraqui, que traduce el término por «absolución», sentido que respeta perfectamente el origen hebreo del concepto.

En el primer pasaje se describe a Jesús como el paráclito, el que puede socorrernos en toda tentación mediante el Espíritu Santo. Entonces se desvanece el poder de separación del pecado, se nos ofrece una vía para vivir en la luz y la absolución queda asegurada para nosotros. Juan no propone la doctrina de la expiación o de la propiciación; concentra su pensamiento en el perdón, la victoria definitiva de Cristo sobre el pecado. Esta es la nueva situación del cristiano: antes, el pecado se interponía entre el hombre y Dios; ahora está aquí el Cristo mediador, que anula el poder del pecado. Y esta posibilidad no se promete solamente a unos pocos privilegiados, pues afecta al mundo entero.

El segundo pasaje (4:10) trata sobre el amor de Dios. Juan ha insistido ya en el amor fraternal (2:3-11; 3:11-24); describe ahora la naturaleza del amor remontándose a su fuente, que es Dios mismo (4:8,16). El apóstol Pablo enseña que el amor de Dios es derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo (Romanos 5:5). Juan presenta el amor humano como derivado del amor divino y motivado por él. El verdadero amor es impensable sin Dios: «todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios» (4:7).

«En esto se hizo visible entre nosotros el amor de Dios: en que envió al mundo a su Hijo único *para que nos diera vida*» (4:9). No se puede describir más claramente el propósito de la encarnación. El nacimiento de Jesús en nuestra historia hace posible nuestro nuevo nacimiento en la historia de la salvación. La afirmación «Dios es amor» no es una definición abstracta; revela a Dios como el Dios que actúa sin esperar ser amado, sino que envía por amor a su Hijo en nuestro auxilio, «como perfecta vía de perdón para nuestros pecados». Camino perfecto de perdón porque nos atrae hacia él (Juan 12:32); nos hace conocer el verdadero rostro del Padre (Juan 17:6); nos exhorta al arrepentimiento, la única condición del perdón (Romanos 2:4), tanto a judíos como a gentiles (Hechos 5:31; 11:18); nos ofrece su vida para hacernos pasar de la muerte a la vida (Romanos 6; 1

[430] (N. del T.) Ver en esta misma obra el epígrafe 2.8. ¿Expiar o indultar?: *Hilaskomai* en el capítulo 3 «El léxico de la redención» de la Segunda Parte «La magia de las palabras», pp. 73-75.

Juan 3:14). Entonces se cumple lo que Dios espera: el pecador cambia de conducta y vive (Ezequiel 18:23); practica la justicia (3:7) y el pecado es vencido. La victoria que ha vencido al mundo es nuestra fe (5:4).

3.3. El pecado definitivamente vencido. 1 Juan 3:6-9

Transcribimos únicamente el versículo 9, que sintetiza el pasaje: «Quien ha nacido de Dios y lo vive no comete pecado, porque lleva dentro la semilla de Dios; es más, como ha nacido de Dios y lo vive, le resulta imposible pecar.» Se trata de una afirmación categórica: quien lleva dentro la semilla de Dios no puede pecar.[431] Juan no escribe que puede no pecar; la oración es irrefutable «no puede pecar». Cualquiera puede apreciar la diferencia entre «poder no pecar» y «no poder pecar». Pero, por otra parte, Juan ha declarado: «Si afirmamos no haber pecado nunca, dejamos a Dios por embustero y, además, no llevamos dentro su mensaje» (1:10). ¿Es una contradicción?

No olvidemos que el apóstol debatía con herejes que proclamaban vivir sin pecado; de ahí que deban apercibirse de su contradicción, porque solo Jesús es sin pecado. Esta clase de entusiasmo religioso resulta peligroso, el pecado es sutil y se insinúa donde menos se esperaría. El problema no se centra únicamente en el *hacer*, sino sobre todo en el *ser*. Los actos justos no vuelven justo al hombre, solamente muestran que ya lo es; porque el justo solo puede practicar acciones justas. Solo un buen árbol puede dar buenos frutos.

«Es justo quien practica la justicia, imitándolo a él [el Señor], que es justo» (3:7).

> «Al hablar del justo, Juan no piensa, sin embargo, en la doctrina paulina de la justificación por la fe. Su campo de batalla no es el de Pablo. Para los adversarios de Pablo, había que observar ciertas prescripciones de la ley judía para adquirir la salvación; los adversarios de Juan, en cambio, no parecían hablar de ello. Intentaban confundir a su entorno pretendiendo ser moralmente perfectos y proyectando una visión errónea de Jesús. Apoyándose en sus convicciones, estaban seguros de hacer lo correcto y, en ese sentido, de ser justos. Frente a ese desafío, Juan quiere

[431] *Ou dunatai hamartanein = non posse peccare,* y no *posse non peccare*.

> mostrar que solo quien vive en verdadera comunión con Jesús puede ser llamado justo. Las consecuencias morales de esta comunión se expresan en una analogía con Jesús: así como Jesús es justo y se identifica como Hijo de Dios con la voluntad de su Padre, el hombre justo practica también, como hijo de Dios, la voluntad de su Padre.»[432]

El apóstol Juan prolonga su razonamiento planteando una alternativa sin concesiones: «Quien comete el pecado es del diablo, que ha sido pecador desde el principio. Precisamente para esto se manifestó el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo» (3:8). El hombre está sometido al poder del diablo o al poder de Dios. No hay otra posibilidad; nada de lo que agrada a Dios puede hacerse sin Él. Por tanto, para hacer la voluntad de Dios, hay que ser hijo de Dios. Y el que es nacido de Dios no puede pecar. La lógica parece imperturbable, y sin embargo, nos hallamos confrontados a una paradoja, por lo menos en apariencia: por un lado, somos pecadores, y por el otro, ya no podemos pecar (1:8; 3:9)

Resulta indispensable una primera puntualización exegética. La forma gramatical de la oración permite traducirla: «No puede pecar sin cesar, continuamente.» No puede vivir en el pecado. Juan examina aquí un principio, mientras que en el primer capítulo ha analizado la situación práctica y concreta del creyente. Es evidente que el cristiano no puede instalarse en el pecado, incluso en el caso de que ceda a veces a la tentación. Esta observación elimina la contradicción. Pero la relevancia del asunto nos impulsa a profundizar más en él.[433] En general, la Patrística griega piensa que la simiente de Dios es una fuerza interior que hace al hombre incapaz de escoger el mal. La exégesis latina tiende a limitar el alcance del texto: solo la violación del amor sería imposible. Pero el contexto no confirma esta interpretación. Ya no basta con evidenciar la incompatibilidad entre la gracia y el pecado, es un lugar común. Por consiguiente, debemos indagar más allá y preguntarnos, entre otras cosas, cuáles son las enseñanzas sobre este asunto en el conjunto de la Biblia.

---

[432] Flemming FLEINERT-JENSEN, *Commentaire de la Première Épître de Jean*, *op. cit.,* p. 71.

[433] Para hacerlo, nos inspiramos mucho en un estudio de Ignace DE LA POTTERIE aparecido con el título de: *L'impeccabilité du chrétien d'après 1 Jean 3:6-9*, en el libro: *La vie selon l'Esprit*, Cerf, París, 1945, pp. 196-216.

3.3.1. La impecabilidad en la Biblia y en el judaísmo

Al final de los tiempos, el pueblo elegido será un pueblo santo y vencedor. «En tu pueblo todos serán justos» (Isaías 60:21). Daniel presenta al Israel del futuro como el pueblo de los santos del Altísimo (7:18,27; 8:24). Ezequiel anuncia la renovación interior de los tiempos mesiánicos. Gracias al derramamiento del Espíritu, los hombres observarán los mandamientos de Dios y serán salvados de todas sus inmundicias (36:26-29).

Todos los apócrifos judíos, como los textos de Qumrán, desarrollan la misma doctrina. Volvemos a encontrarla en el Nuevo Testamento: hay que rechazar toda inmundicia y abundancia de malicia (Santiago 1:21). Pedro afirma: «no fallaréis nunca» (2 Pedro 1:10); Judas escribe que Dios puede guardarnos sin caída (Judas 24). Incluso Pablo exhorta a los Gálatas: «Caminad bajo la guía del Espíritu y no deis satisfacción a[l] deseo de [la] carne» (5:16, CI). Sin duda alguna, estas declaraciones son menos perentorias que las de Juan; sin embargo, hemos de reconocer que están en la misma línea.

3.3.2. Contexto escatológico

Conviene también subrayar que estas afirmaciones se producen generalmente en un contexto escatológico, sobre todo en el caso de 1 Juan. El anticristo se manifiesta; en consecuencia, los hijos de Dios deben vivir en Cristo con el fin de no sentirse avergonzados cuando se produzca su advenimiento (2:28). La sección 2:29–3:10 constituye una unidad literaria que finaliza con la distinción entre los hijos de Dios y los hijos del diablo, tema de la oposición escatológica entre las fuerzas del bien y del mal. La cuestión vuelve a aparecer en el capítulo 5: «El que ha nacido de Dios y lo vive, no peca; no, lo guarda el que nació de Dios, y el malo no puede tocarlo» (5:18,19). De nuevo nos encontramos ante la oposición escatológica entre los hijos de Dios y el mundo maligno. Mateo, Marcos y Lucas presentan la vida eterna como un bien futuro. Por el contrario, para Juan, el vencedor posee ya la vida eterna (Juan 3:36); su perspectiva es escatológica.

Haber pasado de la muerte a la vida (1 Juan 3:14) es pertenecer ya al mundo venidero; sin embargo, el cristiano vive aún en el mundo presente. Desde su bautismo, pertenece a dos mundos. Por eso, la línea divisoria no

pasa simplemente entre dos grupos de hombres, los bautizados y los que no lo están; sino que más bien distingue dos actitudes que cada persona puede tener. Aunque hayamos sido bautizados y pertenezcamos al grupo de los hijos de Dios, puede que en algunas ocasiones traspasemos la línea y nos encontremos en el mundo.

Cuando Juan afirma la imposibilidad de pecar para el que es nacido de Dios, presenta una prerrogativa segura pero en vías de actualización. Dicho de otro modo, el cielo, donde el pecado es imposible, no es un sueño irrealizable; podemos, ciertamente, acercarnos a él ya: «Amigos míos, hijos de Dios lo somos ya, aunque todavía no se ve lo que vamos a ser; pero sabemos que cuando Jesús se manifieste y lo veamos como es, seremos como él» (3:2). Es, pues, en la parusía cuando se realizará definitivamente la impecabilidad del cristiano. Como lo escribe Ellen White:

> «No podemos decir: "Yo no tengo pecado", hasta que este cuerpo vil sea cambiado y transformado a la semejanza de su cuerpo divino. Pero si procuramos constantemente seguir a Jesús, tenemos la bendita esperanza de estar ante el trono de Dios, sin mancha ni arruga, completos en Cristo, ataviados con su justicia y perfección.»[434]

3.3.3. La semilla. 1 Juan 3:9

¿A qué se refiere el texto? A menudo se piensa en el Espíritu Santo, pero este nunca es comparado a una semilla (*sperma*). En cambio, sí es el caso de la palabra de Dios. «Vosotros estáis ya podados, gracias a la doctrina que os he expuesto» (Juan 15:3, CI). «Conságralos en la Verdad: tu palabra es verdad.» (Juan 17:17, CI). «La palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al Malo» (1 Juan 2:14, CI). «Si permanece en vosotros lo que oísteis desde el principio, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre» (1 Juan 2:24, CI). «La verdad que permanece en nosotros» (2 Juan 2, CI). El apóstol Pablo escribe también: «Fui yo quien os engendré a vosotros con el evangelio» (1 Corintios 4:15). La parábola del sembrador es muy significativa al respecto (Mateo 13).

---

[434] Ellen G. WHITE, *A fin de conocerle,* p. 360.

El verbo *permanecer* se encuentra 112 veces en el Nuevo Testamento, 67 de ellas en los escritos de Juan y 11 en la parábola de la vid (Juan 15). Su modalidad oracional es unas veces exhortativa y otras enunciativa. «Si permanece en vosotros lo que oísteis desde el principio, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre» (1 Juan 2:24, CI). «Cabe destacar que esta tensión constante entre las dos formas de ver los bienes de la salvación, ya otorgados por Dios y, sin embargo, amenazados siempre por nuestra inconstancia, es un rasgo esencial de la escatología primitiva.»[435] La palabra de Dios es como una semilla que trabaja en nosotros y nos santifica, siempre que nos dejemos instruir por ella. Su influencia es real. Actúa como un arado, penetra en las profundidades del alma y arranca las raíces del pecado.

Si acordamos considerar el conocimiento experimental de las realidades sobrenaturales como una mística, el legado de Juan es más bien una mística y no una moral. En otras palabras, el principio de la impecabilidad no depende de la voluntad humana sino de la participación del hombre en la naturaleza divina. Nuestra verdadera labor es asegurar esta participación por medio de la comunión, y no luchar para alcanzar una perfección moral.

En resumen:

> «…aquí abajo seguimos siendo pecadores. Pero lo esencial es que el privilegio de la impecabilidad del más allá no nos será otorgado como algo nuevo y añadido, de un modo por así decir extrínseco: el principio mismo de la impecabilidad se da ya desde ahora en la vida divina de los bautizados, en su sumisión a la verdad interior. Solo que aún se sigue actualizando de manera imperfecta y en diversos grados. […] Por tanto, a través nuestra docilidad hacia la palabra y en la medida misma de esta docilidad, nos resulta ya imposible optar por el mal. Porque desde ese momento pertenecemos realmente a la ciudad futura, donde "nunca entrará en ella nada impuro" (Apocalipsis 21:27).»[436]

---

[435] Ignace de la POTTERIE, *La vie selon l'Esprit*, *op. cit.,* p. 212.

[436] *Ibidem.,* pp. 214, 215.

Capítulo 3

El Apocalipsis de Juan

1. La teología de un visionario

Basta una simple mirada al Apocalipsis para percibir un cambio de registro: tanto la lengua como el estilo son diferentes.

> «A pesar de los numerosos puntos de contacto con el Evangelio y con las epístolas de Juan, el Apocalipsis reclama con toda seguridad un examen separado. […] La lengua del profeta y del visionario, que ha asimilado profundamente tantos elementos originarios de lo apostólico evolucionando hacia un estilo muy litúrgico, esconde su contenido teológico bajo el velo de los signos y las fórmulas; si bien no lo expresa en desarrollos bien construidos y lógicamente encadenados. Se trata más bien de una teología reducida a lo esencial, a veces profunda y a menudo más apta para expresar una idea que las exposiciones sistemáticas; este es el caso, por ejemplo, de la relación entre creación (Apocalipsis 4) y consumación (Apocalipsis 21:1-5). Pero su fuerza principal está en su visión teológica de la historia como historia de la salvación, y en la relación que establece entre historia y escatología.»[437]

Pese a su carácter eminentemente profético, podemos encontrar a lo largo de la obra afirmaciones dogmáticas relacionadas con nuestro tema. Las estudiaremos a continuación.

2. El Cristo del Apocalipsis

2.1. El Señor

Ya desde el principio nos sorprende encontrar el insigne título con que Juan se refiere a Cristo en el prólogo de su evangelio: *Logos*. Ahora bien, es muy probable que el Apocalipsis sea anterior al evangelio. En la escena gloriosa de las bodas del Cordero, afirma: «Lo llaman Palabra de Dios.»

[437] Rudolf SCHNACKENBURG, *La Teología del Nuevo Testamento*, *op. cit.*, pp. 139, 140.

(19:13), apelativo que no emplea ningún otro autor. No insistiremos aquí sobre su importancia.[438]

Jesús es también llamado *archê tês ktiseôs*, comienzo o principio de la creación de Dios, que la Biblia «à la Colombe» traduce certeramente como «autor de la creación» (3:14).[439] Por consiguiente, Cristo es presentado como compañero de Dios en la obra primigenia. No nos extraña, entonces, verlo desempeñar un papel semejante en la revelación: es una revelación que Dios ha dado a Jesucristo (1:1). Aunque glorificado, sigue siendo el colaborador de su Padre, el eterno segundo de la divinidad.

Otros títulos contribuyen a poner de relieve su lugar eminente. Él es el *Alfa* y la *Omega*, el primero y el último, el comienzo y el fin (22:13; 1:17; 2:8). Es el Rey de reyes y Señor de señores (17:14; 19:16), el Santo, el Verdadero y el Fiel (3:7; 19:2). Escudriña la mente y el corazón (2:23) y da a cada uno según su obra (22:12), porque su libro es el libro de la vida (21:27). Su nombre está escrito sobre la frente de los elegidos (14:1). Para él son la gloria y el poder, por los siglos de los siglos (1:6). Incluso los seres celestiales se arrodillan ante él (5:8), porque el trono de Dios es su trono (3:21; 22:1).

2.2. El Salvador

Acabamos de descubrir al Señor; veamos ahora al Salvador. Es el retoño y el linaje de David, el lucero brillante de la mañana (22:16). Tiene las llaves de la muerte y del abismo (1:18). Prometido de la iglesia, será su esposo y sus gloriosas bodas pondrán fin al conflicto de los siglos (19:7,9). En la tierra nueva, él mismo será el templo con el Señor Dios Todopoderoso (21:22). La ciudad ya no necesita sol ni luna que la alumbre, pues la gloria de Dios la ilumina y su lámpara es el Cordero (21:23). El Cordero, que está ante el trono, apacentará a los bienaventurados y los conducirá a

---

[438] *Cf*. Georges STÉVENY, *Descubriendo a Cristo, op. cit.*, pp. 55-68. Para el Cristo del Apocalipsis, ver Charles-Édouard BABUT, *Étude biblique sur la Rédemption*, *op. cit.,* pp. 291-304; Jean ZURCHER, *Le Christ de l'Apocalypse*, éd. Vie et Santé, Dammarie-lès-Lys, 1980.

[439] (N. del T.) «El principio de la creación de Dios» (NBE y CI).

las fuentes de agua viva (7:17). Porque un río de agua viva, luciente como el cristal, sale del trono de Dios y del Cordero (22:1).

Dios y el Cordero son adorados de la misma manera, en términos casi idénticos. En el caso del Padre: «Tú mereces, Señor y Dios nuestro, recibir la gloria, el honor y la fuerza por haber creado el universo: por designio tuyo fue creado y existe» (4:11); en el del Hijo: «¡El Cordero que está degollado merece todo poderío y riqueza, saber y fuerza, honor, gloria y alabanza!» (5:12). Este último cántico es incluso más completo; lo cantan todas las criaturas del cielo, de la tierra, de bajo la tierra y del mar y todo lo que hay en ellos (5:13).

2.3. El Cordero

El término usado generalmente en la Biblia para designar al Cordero es *amnos*. Sin embargo, no aparece nunca en Apocalipsis, donde se emplea en veintiocho ocasiones *arnion*, citado una sola vez en el evangelio (Juan 21:15). Su significado es discutido; algunos lo traducen por *carnero* argumentando que se describe la ira del Cordero (Apocalipsis 6:16), su combate y su victoria (17:14) y sus siete cuernos (5:6). Es cierto que el empleo judío del término aboga por la traducción habitual. Además, se lo presenta cuatro veces como inmolado (5:6; 9:12; 13:8). No obstante, es sin duda su victoria lo que sobresale en todas las páginas del libro. Tal vez no esté ausente la figura del macho cabrío para el Eterno en el *Yom Kippur*.

> «Las declaraciones del Apocalipsis relativas a Cristo como *arnion* lo describen como redentor y legislador. *a)* El cordero lleva (rodeando su cuello) las huellas de su inmolación (5:6,9,12; 13:8); su sangre ha sido derramada para el perdón de los pecados (5:9; 7:14; 12:11). *b)* Pero el Cordero ha vencido a la muerte (5:5,6); es todopoderoso y omnisciente (5:6). *c)* Dirige el gobierno del mundo cuando abre el libro del destino en la corte celestial (4:2ss.; 5:7ss.), recibe una veneración propia de la divinidad (5:8ss.), establece el imperio de la paz (7:9) sobre el monte de Sion (14:1), obtiene la victoria sobre las fuerzas satánicas (17:14), ejerce el juicio (6:16; 14:10) y escoge del libro de la vida (13:8; 21:27). *d)* Como Vencedor, es el Señor de señores y Rey de reyes (17:14; 19:16),

> que celebra la fiesta de las bodas con la iglesia (19:9) y gobierna él mismo como copartícipe del trono de Dios (22:1,3).»[440]

Conviene asimismo señalar que el cordero tenía siete cuernos y siete ojos (5:6). La imagen del cuerno simboliza el poder; la de los ojos, el conocimiento y la sabiduría. Como el número *siete* expresa la plenitud, podemos concluir que Jesucristo dispone de una divina plenitud de poder y de sabiduría. Cuando ve el libro sellado que nadie puede abrir, Juan empieza a llorar. Uno de los ancianos le dice: «No llores, ha vencido el león de la tribu de Judá, el retoño de David; él abrirá el rollo y sus siete sellos» (5:5). El escritor mira y, en lugar de un león, descubre un cordero inmolado. Esta paradoja revela que el verdadero poder de Cristo proviene de la cruz. Pero donde los evangelios solo ven dulzura y debilidad, el Apocalipsis muestra el poder y la gloria que preparan la gran parusía: «Después de eso oí como [el] clamor potente de un gentío enorme en el cielo: "¡Aleluya! La salvación, la gloria, el poderío [son] de nuestro Dios"» (19:1, CI).

Ahora bien, la salvación implica justicia; por eso el final es un juicio con dos sentencias opuestas: la nueva Jerusalén o el lago de fuego. El cordero precisa de sus ojos y sus cuernos para desencadenar su ira (6:16,17) con ecuanimidad. «Sus ojos llameaban, sus pies parecían bronce incandescente en la fragua y era su voz como el estruendo del océano» (1:14,15). Así es Cristo cumpliendo el cometido de juez que el Padre le ha confiado (Hechos 17:31).

3. La redención en Apocalipsis

Una vez esbozada esta panorámica general, podemos analizar los tres pasajes que tratan la redención sin exponernos a deformar la imagen del Cristo del Apocalipsis.

3.1. Apocalipsis 1:5

«Al que nos ama y nos liberó de nuestros pecados con su sangre» (CI). Estamos ante una doxología, es decir, una oración para glorificar a Cristo, que alude a la obra de la salvación descrita a través de textos del Antiguo

[440] Joachim JEREMIAS, *ThDNT*, vol. I, p. 341.

Testamento. El amor hacia los hombres ocupa el primer lugar; abarca la redención sin detenerse en ella. Se trata de un amor que continúa manifestándose, pero que se ha dado a conocer en un acontecimiento cruento. Por consiguiente, Juan reconoce el papel de la sangre como expresión concreta del don de la vida.

Los manuscritos antiguos dicen que Jesús nos «*libró*» de nuestros pecados. Otros, más recientes, emplean el verbo *lavar*, que en griego solo tiene una letra más; el significado sigue siendo fundamentalmente el mismo. La continuación de la doxología esclarece el pensamiento del autor: «que hizo de nosotros linaje real y sacerdotes para su Dios y Padre» (1:6). La perspectiva anunciada en el establecimiento de la primera alianza se cumple ahora. Dios había anunciado: «Me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa» (Éxodo 19:6, RV60). Con Juan pasamos del futuro «*seréis*» al pasado «*que hizo de nosotros*». Se ha cumplido la promesa; el sacerdocio ya no está reservado a una tribu, es universal. El camino hacia Dios está abierto para todo el que cree.[441]

Para referirse al pecado, Juan utiliza la palabra griega *hamartia*, que significa, como recordamos, «errar el blanco». No se trata del pecado realizado en acto (= *hamartêma*), sino de la deformación de la naturaleza humana, en virtud de la cual nos alejamos de Dios, de la vida y de la felicidad. De esto es de lo que nos libramos si nos adherimos a Jesús.

«El plan de la redención contempla nuestro restablecimiento completo del poder de Satanás.»[442]

«Cristo murió para que todos pudieran deshacerse del pecado.»[443]

---

[441] Para una explicación del sacerdocio universal, ver el estudio de Georges STÉVENY en *Cena y ablución de pies*. Comité de Investigación Bíblica, División Intereuropea, Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día, Aula7activa-AEGUAE, 2014, pp. 145-153.

[442] Ellen G. WHITE, *Testimonios selectos,* Asociación Casa Editora Sudamericana, Buenos Aires, 1937, tomo 4, p. 265.

[443] Ellen G. WHITE, *Alza tus ojos*, Asociación Casa Editora Sudamericana, Buenos Aires, 1982, p. 376.

«Podemos vencer plena y enteramente. Jesús murió para hacernos un camino de salida a fin de que pudiésemos vencer todo mal genio, todo pecado, toda tentación, y sentarnos al fin con él.»[444]

3.2. Apocalipsis 5:9

«–Tú mereces recibir el rollo y soltar sus sellos, porque fuiste degollado y con tu sangre adquiriste para Dios hombres de toda raza y lengua, pueblo y nación» (5:9).[445] Al contrario que Pablo, Juan precisa que Cristo nos ha rescatado *para* Dios, con su sangre o, más exactamente, *por* su sangre. No se puede ver aquí la teoría del rescate por un precio pagado a alguien. ¿Al diablo? De ninguna manera, ya lo hemos visto. El yugo del que somos liberados es ciertamente el del pecado, la carne y el mundo. Pero de esto no se deduce que Satanás tenga derechos y que Dios se vea obligado a ceder ante él; menos aún, que Dios lo embauque con ardides.

¿Podemos decir que es a Dios a quien Jesús le paga el precio? Tampoco; el texto afirma explícitamente lo contrario. La obra del Salvador no pretende desligarnos del control divino, sino ponernos de nuevo bajo su autoridad. Somos liberados del mal para pertenecer a Dios, reconciliados con él. Y eso no se ha hecho sin la muerte de Jesús; nos ha liberado con su sangre. Juan describe una situación real, en la que el Cordero es digno de abrir el libro de la historia de la salvación del cual es el señor.

En el primer capítulo, Juan está solo recitando la doxología; aquí la entona todo el cielo, al son de las arpas, seguido inmediatamente por todas las criaturas, en el cielo, en la tierra, bajo la tierra y en el mar. Se trata de una explosión de entusiasmo, de alegría general (5:11-13). Más adelante se afirma que los 144.000 rescatados cantan también un cántico nuevo ante el trono, ante los cuatro seres vivientes y los ancianos. «Éstos son los que

---

[444] Ellen G. WHITE, *Joyas de los Testimonios*, Asociación Casa Editora Sudamericana, Buenos Aires, 1970, tomo 1, p. 43.

[445] *Agorazô* = rescatar, librar. Aparece en 1 Corintios 6:20; 7:23; 2 Pedro 2:1; Apocalipsis 5:9; 14:3,4. Su compuesto *exagorazô* es empleado solamente por Pablo. Como dice Pierre Prigent: «Pablo solo retiene la idea del rescate descuidando sistemáticamente los matices (por quién, a qué precio se es rescatado, etc.)» (Pierre PRIGENT, *L'Apocalypse de Saint Jean*, Delachaux et Niestlé, Lausana, París, 1981, p. 102).

siguen al Cordero adondequiera que vaya; los adquirieron como primicias de la humanidad para Dios y el Cordero» (14:4). Ha sido suprimida toda separación entre el cielo y la tierra; los querubines que custodiaban las puertas del Edén pueden dedicarse a otras ocupaciones.

3.3. Apocalipsis 7:14

Este es el último pasaje de Apocalipsis que se refiere a la obra redentora de Jesús. Un ángel parece estar ordenando no hacer ningún daño a la tierra. Se concede una tregua hasta que los siervos de Dios sean marcados con un sello sobre su frente. Son los 144.000. Después de haber *oído* pronunciar este número, Juan mira y *ve* una muchedumbre innumerable, de toda nación y raza, pueblo y lengua; estaban de pie ante el trono y ante el Cordero, vestidos de blanco y con palmas en la mano (7:9). De repente, uno de los ancianos toma la palabra y pregunta: «Esos vestidos de blanco, ¿quiénes son y de dónde vienen?» (7:13). Y él mismo responde: «Estos son los que han salido de la gran persecución; han lavado y blanqueado sus vestiduras con la sangre del Cordero» (7:14).

Aunque no podemos ahora entrar en toda la problemática profética de este pasaje, así como de 14:1-5, diremos al menos que conviene interpretar la cifra de 144.000 en su sentido simbólico. En la literatura apocalíptica, el número 3 representa la plenitud divina, 4 la plenitud terrestre, 7 (3+4) la intervención de Dios en la tierra, y 12 (3x4) el resultado de esa intervención, es decir, la santidad. Recordemos que «santo» significa «apartado»; en esta situación, los cristianos son santos sin ser tomados del mundo. Pero llegará un día en que el mundo pasará (1 Juan 2:17). Al regreso de Jesús, los elegidos serán definitivamente arrebatados del mundo. Entonces, su santidad corresponderá, simbólicamente, a 12x12=144. El 1.000 podría significar la intervención de Dios en el desenlace de la redención (Romanos 8:23). Según esta lectura, el número 144.000 no designa la cantidad de los elegidos, sino su calidad, su estado, su situación.

Sobre este aspecto existe un acuerdo general. En cambio, se puede dudar a la hora de considerar si todos los elegidos son designados así, o si los 144.000 constituyen únicamente una categoría específica, por ejemplo, los que estarán vivos cuando Cristo regrese. Personalmente, me inclino por

esta última interpretación, aunque el asunto no corresponde a nuestro estudio.

¿Qué significa: «Han lavado y blanqueado sus vestiduras con la sangre del Cordero»?

La imagen se inspira en el Antiguo Testamento: la desnudez, signo de pecado, es cubierta por Dios (Génesis 3:21), que muestra así su voluntad de socorrer al ser humano desamparado. En la bendición pronunciada por Jacob sobre sus hijos, Judá, el príncipe mesiánico, lava su ropa en el vino y su manto en la sangre de las uvas (Génesis 49:11). Por otra parte, al pie del Sinaí, cuando los hebreos se preparan para recibir la Ley de la alianza, se les invita a limpiar sus vestiduras (Éxodo 19:10,14). La tradición judía precisa que las blanquean.

Jesús rememora esta enseñanza en la parábola de las bodas:

> «Cuando entró el rey a echar un vistazo a los comensales, reparó en uno que no iba vestido de fiesta y le dijo: –Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin traje de fiesta? El otro no despegó los labios. Entonces el rey dijo a los camareros: –Atadlo de pies y manos y arrojadlo fuera, a las tinieblas. Allí será el llanto y el apretar de dientes» (Mateo 22:11-13).

Efectivamente, según el Apocalipsis, los que lavan sus vestiduras son los únicos admitidos en la nueva Jerusalén para tener derecho al árbol de la vida (22:14). Jesús dice también: «El que salga vencedor se vestirá de blanco y no borraré su nombre del registro de los vivos, pues ante mi Padre y sus ángeles reconoceré su nombre» (3:5). «La salvación es un regalo que se le ofrece gratuitamente; no se puede obtener de otra manera; solo como un regalo gratuito. Pero la cooperación de su parte es esencial para la salvación.»[446]

> «Decididamente, estas imágenes están estrechamente asociadas a la concepción escatológica del Apocalipsis. Se trata de la salvación final ofrecida hoy a los cristianos que están, en cierto sentido, más allá de las vicisitudes de la temporalidad: ya no están sujetos a ella, ya son las nuevas criaturas que serán en el Reino. […] Es obvio que la imagen ha sido

[446] Ellen G. WHITE, *Carta 9a*, 1891, acceso el 28 de junio de 2018, https://m.egwwritings.org/en/book/5925.2000001#12.

> ideada únicamente para expresar una verdad teológica, de otro modo resultaría grotesco hablar de las propiedades blanqueadoras de la sangre.»[447]

Recordemos que la sangre es el signo de una vida nueva en comunión real con Cristo resucitado. La vestimenta indica también un cambio radical de situación. Tras el regreso del hijo pródigo, su padre ordena que le pongan el mejor traje (Lucas 15:22). Es la imagen de la justificación por la fe, «don gratuito» de una nueva situación existencial ante Dios. Esta es la enseñanza de Pablo, pero Santiago quiere que le muestren las obras como frutos de la justificación. Igualmente, Juan, cuando describe los preparativos de la esposa para las bodas del Cordero, precisa: «Le han regalado un vestido de lino puro, esplendente. (Y el lino representa las buenas *obras* de los consagrados)» (19:8). La concordancia es total: no existe auténtica justificación que no conlleve la santificación. No obstante, el apóstol es categórico: el vestido de lino fino ha sido *regalado*. Así pues, la santificación es también una gracia de Dios, en Jesucristo. Cuando comprendemos que los elegidos han lavado sus ropas en la sangre del Cordero, tomamos conciencia, sin embargo, de que la apropiación de la salvación por parte de los pecadores es tan indispensable como la misma gracia de Dios.

3.4. Conclusión

Nos habíamos propuesto estudiar los principales pasajes referidos a Cristo crucificado y estamos ya al final del recorrido. La mayoría de los autores del Nuevo Testamento lo mencionan, en situaciones a menudo diferentes; sin embargo, es manifiesta su conformidad de pensamiento, desde los evangelios hasta el Apocalipsis. Por doquier, el Padre y el Hijo están íntimamente ligados, incluso en la muerte en la cruz, para rescatar a los hombres del infortunio.

Como escribe Bernard Sesboüé:

> «El amor es un acto de inteligencia y de voluntad: amar es revelarse a sí mismo. Lo que la palabra expresa está en el origen del efecto seductor que Dios ejerce sobre los hombres. Porque el amor es belleza. […] Jesucristo es la seducción de Dios hecha carne; es la belleza del amor de

[447] Pierre PRIGENT, *L'Apocalypse de Saint Jean*, *op. cit.,* p. 126.

> Dios plenamente manifestado. […] Aquí es donde el amor se muestra fuerte como la muerte (Cantar de los Cantares 8:6) e incluso más fuerte que ella.»[448]

Lo constatamos en todas partes, pero especialmente en Apocalipsis. Este libro, cuyo título significa «revelación», es en verdad la revelación de la fuerza de amar, que pone fin a la más firme de las resistencias porque culmina con la aniquilación del mal, al pie del árbol recobrado. «Dichosos los que lavan su ropa para tener derecho al árbol de la vida» (22:14). «El que se hace testigo de estas cosas dice: "Sí, voy a llegar en seguida"» (22:20).

[448] Bernard SESBOÜÉ, *Les Récits du Salut*, Desclée, París, 1991, pp. 428, 429.

Epílogo

El pueblo miraba

«Y el pueblo estaba mirando» (Lucas 23:35, RV60). Esta escueta declaración del historiador no se limita a las palabras que la componen, transmite un extraordinario mensaje. Imaginemos que hubiera existido la televisión. Hoy mismo, en todas nuestras casas, también nosotros podríamos mirar. ¿Mirar qué?

1. El sufrimiento llevado a su extremo

Olvidado por sus amigos durante su angustia en Getsemaní; abandonado por ellos después de su prendimiento; negado por Pedro; chorreando sangre bajo los atroces golpes de la flagelación; con la frente desgarrada por la corona de espinas; humillado por una vestidura escarlata y una caña como cetro real mientras los soldados le escupían. Sí, escupitajos, saliva emponzoñada, más infame que los golpes. Nada le falta al suplicio; sufrimiento del corazón y del honor, sin duda más doloroso que el de la carne.

Por último, la crucifixión. Ignoramos cómo ocurrió con detalle; no obstante, sabemos cómo se procedía habitualmente pues se había convertido en una especie de oficio. En el lugar donde se había desarrollado el proceso se cargaba al condenado con el *patibulum*, una pieza de madera mal desbastada que el desdichado debía llevar y que serviría de travesaño de la cruz. Pesaba unos cuarenta kilos.

En el Gólgota, todo estaba organizado. Las estacas verticales, denominadas *stipe*, se mantenían siempre clavadas en el suelo, rematadas por una muesca. Los verdugos tendían en el suelo al ajusticiado y clavaban sus muñecas a las extremidades del *patibulum*, que se levantaba para introducirlo en la ranura de la *stipe*. Restaba clavar ambos pies en el poste; el dolor era atroz. El suplicio duraba mucho tiempo. Los condenados perdían el aliento al hundírseles cada vez más el tórax; entonces, apoyándose con dificultad en el clavo de los pies, trataban de incorporarse un poco para seguir respirando. A veces se abreviaba el sufrimiento fracturando los huesos de las piernas. Jesús fue crucificado a las nueve de la mañana (Marcos 15:25).

A las tres de la tarde, lanzando un fuerte grito, expiró (Marcos 15:37). El pueblo miraba cómo sufría el Hijo del hombre.[449]

2. El pecado llevado a su extremo

Tal vez algunos piensen que el pueblo contemplaba el triunfo del orden. En ese caso, son discípulos del gobernador Pilato o del sumo sacerdote Caifás.

> «Desde el punto de vista romano, Jesús no había dado al César lo que pertenecía al César, y padecía el castigo de los conspiradores. Desde el punto de vista judío, Jesús no había entregado a Dios lo que correspondía a Dios, y sufría la condena de los blasfemos. Así que, tanto en el ámbito civil como en el religioso, Jesús representaba la anarquía; los intereses supremos del trono y del altar exigían que desapareciese.»[450]

En cierto modo, la teoría de la sustitución penal también ha convertido la cruz en un triunfo del orden.

La lógica de esta respuesta es endiablada. En verdad, lo que triunfa en la cruz es el desorden.

> «Lo que estalla es el odio, secundado por una alianza espontánea de todos los intereses y todos los privilegios coaligados, un odio donde se amalgaman el egoísmo, la sensualidad, la idolatría por el dinero y la ambición de poder. Un odio que a veces es más malvado que necio, odio pérfido, basado en la hipocresía; y a veces más necio que malvado, odio estúpido, basado en un fanatismo honesto y bobo. Y este último es aún más aterrador, porque parece casi irremediable.»[451]

No soportar a Jesús; no tolerar su presencia; sentirse incomodado por su bondad, por su justicia, por su pureza, por su firmeza; considerar su muerte como requisito para la supervivencia del mundo, ¿no es eso firmar la condena del mundo?

---

[449] *Cf.* René GILLY, *Passion de Jésus: Les conclusions d'un médecin*, Fayard, Poitiers, 1985.

[450] Wilfred MONOD, *Le buisson ardent*, Fischbacher, París, 1934, IV, pp. 4, 5.

[451] *Ibidem.*, p. 5.

> «Jesús mostró tal solidaridad con el destino del hombre, y especialmente con el destino del hombre víctima de injusticias, que él mismo fue atrapado por los mecanismos de defensa de una sociedad religiosa y condenado por motivos políticos. Debemos y podemos mostrar que su condena es una denegación de justicia, aceptada por fidelidad a un proceso de amor consecuente hasta el final.»[452]

La multitud contemplaba el triunfo del pecado. El profesor Max-Alain Chevallier se pregunta cómo predicar la cruz al hombre moderno. Responde:

> «También hay que saber presentarle un mensaje que no espera y que necesita precisamente porque no lo espera; a saber, que el destino de Jesús, este rechazo solapado o violento del testimonio de la justicia y del amor es un juicio radical que se hace sobre nuestro mundo, un mundo donde la justicia y el amor son permanentemente exaltados y habitualmente escarnecidos. Y debemos conducir al auditorio ante la cruz, a tomar conciencia de la contradicción que soporta en sí mismo, como cualquier ser humano en el mundo, entre sus aspiraciones y su impotencia, entre sus sueños y sus fracasos.»[453]

En el mundo, la cruz aparece como un cuerpo extraño. Para ayudar al hombre, hay que decírselo, atreverse a hablarle de pecado. Al entregar a Jesús a la cruz, Dios demuestra a los ojos del mundo que el pecado es una maldición.

3. El triunfo de Satanás

Más allá del sufrimiento, del desorden y del pecado, la cruz marca también el triunfo de un Principio nocivo. En el universo existe una voluntad hostil, a la que Jesús llama el Adversario, el Príncipe de este mundo. Por su culpa ha caído la creación y el mundo ha fracasado; un poder usurpador se opone a Dios. Decir, como el hombre actual, que él obra «en el interior», en el inconsciente individual o colectivo, no es suficiente. No debemos temer denunciar la trascendencia del mal. Jesús la afrontó en el desierto; en

---

[452] Max-Alain CHEVALLIER, *La prédication de la croix*, Études Théologiques et Religieuses, 1970, Nº 3, p. 239.

[453] *Ibidem*.

el Calvario, se dejó atrapar por el engranaje de su poder. La multitud estaba allí de pie, y miraba a Satanás.

4. La no violencia de Dios

Si la cruz fuera solo la explosión del mal, si fuera únicamente el resultado de una siniestra maquinación tramada contra Dios, no la colocaríamos en las tumbas como signo de esperanza. Lo que nos fascina en Gólgota, lo que nos conmueve las entrañas, es el dramático espectáculo de un combate a nuestro favor. Cuando un intrépido socorrista se lanza al agua para salvar a alguien que está ahogándose, lo observamos conmovidos, inquietos, embargados de admiración y casi sin aliento. Sin embargo, el rescate emprendido en el Calvario es el nuestro. Y nos sentimos consternados, está en juego nuestra salvación. Jesús apura las consecuencias del pecado aceptándolas en su cuerpo, sobre el madero, como un cordero indefenso. «Ha venido para salvar lo que se había perdido» (Mateo 18:11, RV60).

> «El mal es vencido como mal porque Dios *lo vuelve contra* sí mismo. El Señor hace del crimen supremo, del asesinato del único Justo, la operación misma que abole el pecado. La maniobra es insólita; no es posible imaginar una victoria más completa. Dios responde de una manera indirecta, acorde con la ambigüedad del mal; atrapa al engañador en sus propias redes. El mal, como un judoka, se aprovecha de la fuerza del bien y la pervierte. Pues bien, el Señor, como campeón supremo, responde empleando la misma llave de judo del adversario. Así se cumple el sorprendente versículo: "Con el sincero tú eres sincero, *con el taimado tú eres sagaz*" (Salmo 18:27).»[454]

Sagaz implica una superioridad respecto de taimado.

La cruz es la no violencia de Dios frente a la ofensiva final de Satanás. Es el mismo mal el que retorna contra el mal para aniquilarlo e instaurar la esperanza. El mal culmina en el crimen para quitarle la vida al Hijo de Dios. Dios, el Padre y el Hijo, unidos en la prueba, ceden en el ámbito de la muerte, para triunfar, enseguida, en el de la vida. La no violencia del amor realiza el gran milagro de la resurrección. Si no aceptamos esto, la inmolación del Hijo reviste un carácter inadmisible. Dios, que no dejó que

[454] Henri BLOCHER, *Le Mal de la Croix,* Éd. Sator, Méry-sur-Oise, Francia, 1990, p. 198.

Abraham degollara a Isaac, tampoco ha matado a su Amado; se dio a sí mismo en su Hijo.

5. El amor del Padre

La multitud permanecía allí de pie y miraba al Padre, en Jesucristo (Juan 14:9). La pasión de Cristo es el dolor del Padre, crucificado en su Hijo para ofrecer a su criatura libre la dádiva de participar en su divinidad.

> «Él vino al mundo con el solo propósito de poner al hombre en una posición ventajosa ante el mundo y ante el universo celestial. Vino a dar testimonio de que los seres humanos caídos, por medio de la fe en su poder y la eficacia del Hijo de Dios, pueden ser participantes de la naturaleza divina.»[455]

Descubrir en Dios al Padre es también tomar conciencia de que somos sus hijos; su verdadero rostro transfigura el nuestro.

> «A la luz del Calvario, se verá que la ley del renunciamiento por amor es la ley de la vida para la tierra y para el cielo; que el amor que no "busca lo suyo" tiene su fuente en el corazón de Dios; […] Jesús podría haber permanecido al lado del Padre. Podría haber conservado la gloria del cielo, y el homenaje de los ángeles. Pero prefirió devolver el cetro a las manos del Padre, y bajar del trono del universo, a fin de traer luz a los que estaban en tinieblas, y vida a los que perecían.»[456]

6. La justicia del sabio

La multitud estaba allí, de pie, y contemplaba a Jesús, fiel a la ley de Dios hasta la muerte. En esta fidelidad radica la necesidad de la cruz; lo que Dios quiere no es la muerte, sino esta lealtad. Como expresión de la fidelidad suprema, la aceptación de la cruz silencia al acusador de los hermanos. Y el universo entero debe reconocer la justicia y la sabiduría de Dios, según las palabras de Jesús: «Ahora es la condena de este mundo; ahora el jefe de este mundo va a ser expulsado afuera» (Juan 12:31, CI).

---

[455] Ellen G. WHITE, *Testimonios para la iglesia*, Asociación Publicadora Interamericana, Miami, Florida, 1998, vol. VIII, p. 219.

[456] Ellen G. WHITE, *El Deseado de todas las gentes*, Pacific Press Publishing Association, Mountain View, California, 1955, pp. 11, 14.

Se percibe al fin el verdadero carácter de Dios. La cruz es la manifestación inefable del amor de Dios, atado por su justicia, y de su justicia, liberada por el amor. Frente a la angustia de los hombres, Dios no presenta una explicación, se entrega a sí mismo. Este Dios irradia belleza moral y santidad. Es posible apreciarlo, adorarlo, amarlo.

> «Por medio de su obediencia a todos los mandamientos de Dios, Cristo efectuó la redención de los hombres. Esto no fue hecho convirtiéndose [Cristo] en otro, sino tomando él mismo la humanidad. Así Cristo dio a la humanidad la posibilidad de existir gracias a lo que él hizo. La obra de la redención es poner a la humanidad en comunión con Cristo, efectuar la unión de la raza caída con la divinidad. Cristo tomó la forma humana para que los hombres pudieran ser uno con él, así como él es uno con el Padre.»[457]

Toda alma puede decir:

> «Mediante su perfecta obediencia, Cristo ha satisfecho las demandas de la ley y mi única esperanza radica en acudir a él como mi sustituto y garantía, el que obedeció la ley perfectamente por mí. Por fe en sus méritos, estoy libre de la condenación de la ley. Me reviste con su justicia, que responde a todas las demandas de la ley.»[458]

7. La oración de Dios

La cruz es también una oración de Dios al hombre. Y es que Dios tiene necesidad del ser humano, pues este recibió la libertad. Desafortunadamente, quienes se dirigen a Él lo traicionan con frecuencia. Una antigua inscripción en la catedral de Lübeck lo expresa con amargura:

> «Me llamáis Maestro, y no me obedecéis.
> »Me llamáis Luz, y no me veis.
> »Me llamáis Camino, y no me seguís.
> »Me llamáis Vida, y no me deseáis.
> »Me llamáis Sabio, y no me escucháis.
> »Me llamáis Bueno, y no me amáis.
> »Me llamáis Todopoderoso, y no me pedís.
> »Me llamáis Eterno, y no esperáis en mí.

---

[457] Ellen G. WHITE, *Mensajes selectos*, *op. cit*., tomo 1, p. 294.

[458] *Ibidem.,* p. 463.

»Me llamáis Fiel, y no confiáis en mí.
»Me llamáis Señor, y no me servís.
»Me llamáis Altísimo, y no me honráis.
»Me llamáis Justo, y no me teméis. »

Es hora de despertar. El abandono consciente de la verdad y el olvido repetido de las advertencias divinas conllevan la falta de comprensión de la labor de Dios y cierran la puerta al arrepentimiento. Desde lo más hondo de la noche, Dios nos llama a través de la cruz; con ella anhela cerrarle el paso a nuestro pecado y abrir otro camino, el de la alegría.

En la entrada de la Biblia, se cierra una puerta, la del paraíso. Pero un día suena la hora de Dios y la puerta se abre de nuevo. Jesús dice: «Yo soy la puerta»; una puerta abierta, que da acceso, a través de su carne, al santuario del cielo. La cruz, decía Pascal, muestra al hombre la magnitud de su miseria por medio de la magnitud de la solución que ha requerido. Es precisa esta cruz para impedirnos vilipendiar el amor de Dios; es precisa esta cruz para ayudarnos a descubrir el verdadero rostro de Dios, cuyo poder acepta a veces la humillación.

> «Toda esta humillación y angustia las soportó para atraer a los errabundos, culpables y desagradecidos de vuelta a la casa del Padre. […] Cantaremos a las riquezas del amor redentor con nuestros cuerpos glorificados, con nuestras facultades acrecentadas, con nuestros corazones puros y con nuestros labios incontaminados. […] Hay un reposo para el pueblo de Dios, gracias al Señor, donde Jesús conducirá a los redimidos a los verdes prados, junto a las aguas vivas que alegran la ciudad de Dios. Entonces será respondida la oración de Jesús a su Padre: "Aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo."»[459]

Pero esto depende también de nosotros; sobre todo de nosotros.

La cruz manifiesta la confianza de Dios en el hombre. Revela, sin duda, el carácter de Dios, cuyo amor y justicia son inseparables. Desvela, al mismo tiempo, el fracaso de la humanidad; pero también hasta qué punto es amado el hombre, pues sigue siendo hijo de Dios pese a todo. La cruz es la oración silenciosa de Dios a los hombres. El pueblo permanecía allí,

---

[459] Ellen G. WHITE, *Maranata: El Señor viene,* Asociación Publicadora Interamericana, Miami, Florida, 2008, p. 316.

de pie, y miraba a nuestro Padre celestial esperando a que nosotros escucháramos su oración. El misterio de la cruz es la fuerza y la fragilidad de quien constituye el corazón del misterio de la vida, es el conmovedor llamado del Señor, es el fulgor de su justicia y de su amor.

¡Es el auténtico rostro de nuestro Dios!

Índice de referencias bíblicas

Antiguo Testamento

Génesis	**págs.**
1:26	36
1:31	35
2:1-3	193
2:15	42
3	35, 36, 44, 48
3:1	36
3:5	36
3:6	193
3:6,7	362
3:7	81
3:15	42
3:21	81, 403
4:1	39
4:10	361
4:15	193
6:5,11,12	193
6:14	66
11	43, 44
11:7,8	43
12:1	97
12:18	193
14	329
21:33	193
22	95, 329
22:2	379
24:50	39
26:5	192
28:7	193
30:33	193
31:24,29	39
35:1-5	192
39:7-9	193
49:11	404
49:24	149
50:20	108, 139

Éxodo	
2:3	66
9:27	46
12:23-27	99
12:26,27	99
13:2	115
13:8	156
13:8,9	99
13:12	64
13:21	297
16	193
19:5	169
19:6	401
19:8	257
19:10,14	404
20:3	192, 364
20:4-6	192
20:5	46
20:7	193
20:8-11	193
20:12	193
20:13	193
20:14	193

20:15 193
20:16 193
20:17 193
21:2-6 123
21:8 63
22:29 115
24:3 257
24:8 93, 134, 157
25:17-21 174
25:22 175
28:38 84, 326
28:43 378
29:33 84, 326
31:18 303
32 192
32:14 73
32:16 303
32:32 329
32:33 329
33:9 297
34:7 26, 376

Levítico
4:1–5:13 85
4:2,13,22,27 85
4:35 67
5:6,10,13,18 67
5:11 82, 350
5:14-16 87
5:15 51
5:17 378
6:17-23 85
6:22 86
7:1-6 87
8:20 96
11 346
12 345
16 89
16:10 66, 91
16:21 87, 378
16:32-34 67
17:11 89
17:11,12 346
19:8 378
21:1-4 345
22:9 378
23:27-32 89
24:15 378
25 123
25:4-7 123
25:9 89
25:10-17 123
25:24,25 64

Números
3:40 64
7:89 175
9:13 378
11:1,10,33 58
14:18 58
14:34 378
15:30-31 85
18:22 378
19:17-22 110
21:4-9 154
21:8 362
25:4 58
29:7-11 89
32:23 47
35:33 66

Deuteronomio
5:33 196
6:25 77, 172
7:8 169
9:11 103
10:1-5 306
12:26 326
12:31 97
15 123
15:1-3 123
15:15 169
20:4 63
21:22,23 264-265
21:23 2, 106, 414
25:5-10 64
27:26 263
30 301
31:24-26 306
32:35 20

Josué
3:7–4:11 325

Jueces
11:27 46
20:16 46

Rut
2:19,20 64
3:9-13 64
4:4,6 64

1 Samuel
4:4 175
6:3 109
12:22 144
15:22 114
16:14 236

2 Samuel
3:18 103

1 Reyes
8:32 47
12:19 46

2 Reyes
18:3,4 154
18:4 89

2 Crónicas
7:14 114
24:9 103
30:18 67

Nehemías
5 123
9:17 114

Ester
2:7 329

Job
1:8-11 223
1:11 223
1:12 223-224, 224
1:21 224
2:4-6 224-225
5:24 46
10:15 46
29:21,22 110
42:5,6 363

42:6 142

Salmos
5:4 363
6:5 63
7:12 77
7:15,16 47
9:11 144
10:1 308
18:27 410
22 134, 140, 143
22:23-32 143
25:6-11 114
31:2 172
31:6 144
32:1 67
32:2 67
32:5 47, 114
37:15 47
37:28 144
40:7 348
44:23 242
49:8,9,16 64
50:5 84
51 115
51:1 47
51:2,7 47
51:4 67
51:6 47
51:12,18,19 49
51:14 63
51:18,19 114, 116, 202, 348
69:19 64
78:38 67
80:2 149, 175
85:3 67
85:11 21, 85
89:47 308
94:1 55
98:2 172
103:3-12 114
110 328, 329
110:1 360
118:22 374
119 196
119:89 303
130:4 114
130:8 169
135:6 376
143:10 288

Proverbios
3:1-3 196
5:22 47
14:32 47
17:15 376
19:2 46

Cantares
8:6 405

Isaías
1:2 46
1:2,3 48
1:10-20 84
1:11 365
1:11-14 114
1:16 346
1:16-27 64
6:5 346
6:7 67

8:14 374
8:18 342
9:5 274
11 186
11:1 104
11:1-9 100
14:13,14 45
24:5,6 47
26:10 21, 49, 59
30:27,28 56
31:1 63
35 186
35:8-10 64
38:17 67
40:1,2 64
40:11 149
41:14 169
42:1 371
42:1-4 103
42:21 77
43:1 169
43:4-7 64
43:25 67
43:27 46
45:5,7 370
45:15 308
49:1-7 103
49:3 103
49:5 103
49:9ss. 149
50:4 103
50:4-11 103
50:6 103
52:7 274
52:10 64
52:13-15 101
52:13–53:12 101, 103, 109
52:14 101
53 104, 122, 329, 376
53:1 104
53:1-10 102
53:2 104
53:4 104, 105, 106, 266, 380
53:5 274
53:5,6,9,12 104
53:7,8 104
53:8 107, 388
53:10 108, 109, 246
53:10-12 134
53:11,12 101, 102
53:11b 102
53:12 102
55 170
60:21 393
61 123
61:1,2 123
61:2 55
63:4 55
65:17 100

Jeremías
2:19 47
3:1,2 48
6:20 114
7:1-34 114
7:22 114
11:15 326
13:23,24 48
23:3 149
23:6 336

31:10 149
31:33 48
31:33,34 328
33:8 73, 346
34:8-17 123
46:10 55

Lamentaciones
3:42 73

Ezequiel
16:63 67
18:4 26, 376
18:21,23 59
18:21-32 114
18:23 377, 391
20:25 178
20:25,26 114
28:2 45
28:13 45
28:14 45
28:15 45
28:16 45
33:16 67
36:25-28 346
36:26,27 49
36:26-29 393

Daniel
7:18,27 393
8:24 393
9:20-27 183

Oseas
2:25 186
5:6 114
6:6 114
8:11-13 114

Amós
4:4-12 114
5:21 55

Miqueas
4:10 64
6:6-8 114
6:7 97
7:19 67

Nahum
1:2 55

Habacuc
1:13 59, 346, 351, 370

Zacarías
3 223
3:2-4 227
9:10 274

Malaquías
2:1-4 114

Nuevo Testamento

Mateo	**págs.**
1:21	68
3:7-12	59
3:11	294
4:9	45
4:17	59
5:14-16	283
5:17	171, 349
5:17-48	276
5:18,19	210
5:20	178
5:21	178
5:22	215
5:23-26	116
5:26	302
5:48	282, 287, 292
6:10	349
6:12	123
6:13	70, 71
6:22,23	363
6:25-34	123
7:23	51
8:16,17	105
8:17	104, 380
8:25	68
9:2	67, 222
9:6	222
9:13	32, 116, 158
9:15	128
10:22	68
10:40	199
11:3	9, 414
11:29	185, 388
12:7	32, 116
12:20	121
12:31,32	354
12:39,40	98
13	394
13:44	234
13:46	234
15:18-20	202
15:19,20	49
16:21	98
16:21-23	137
16:24	285, 302
16:24,25	226
16:25	68
17:1	379
18:5	199
18:11	68, 410
18:14	349
19:8	178
19:17-21	287
19:27-30	123
19:28	273
20:20-28	147
20:22	128, 134
20:28	10, 12, 13, 69, 128, 134
22:11-13	404
21:12,13	127
21:13	113
21:18-20	263
21:33-46	128

21:34-46 129
21:35 129
21:38 129
21:43 276
23:3 276
23:29-37 129, 131
25 353
25:33 354
25:41 263, 354
25:45 199
25:46 107
26:2 99
26:6-13 128
26:21-25 128
26:26 156
26:26-28 155
26:26-29 128
26:27-29 157
26:28 32, 134
26:31 128
26:35 371
26:36-46 129
26:39 133
26:45 134
26:47-56 129
26:53 150
26:54 134
26:57-66 129
26:65-68 106
26:67,68 356
27:20-22 125
27:38-43 356
27:43 70
27:45 142
27:46 129, 134, 140, 337
27:51 107, 307
28:20 200

Marcos

1:40-43 346
2:15-17 346
2:19,20 128
5:34 68
7:1-23 346
8:31 128
8:35 68
9:31 128
10:15 69
10:33,34 128
10:35-45 147
10:38 128
10:45 128
11:20 263
11:21 263
12:1-12 128
14:3-9 128
14:18-21 128
14:21 131
14:22-24 155
14:22-25 128
14:27 128
14:32-42 129
14:35 134
14:36 133
14:43-52 129
14:48 131
14:53-64 129
14:62 131
15:25 407
15:34 129, 140
15:37 408

16:15,16 148
16:16 68

Lucas
1:68 69
1:74 70
1:77 68
2:38 12
3:21-23 196-197
3:38 36, 237
4:22 124
4:28,29 124
4:43 121
5:34,35 128
6:9 68
6:11 124
6:40 158, 248, 342
7:47 222
7:48 67
7:50 68
8:18 363
9:24 68
9:31 137
9:58 285
10:18 308
12:49 302
12:58 71
13:31-33 128
13:32 125
14:7-14 216
14:10 216
15:1,2 127
15:22 405
16:17 303
18:13 74
19:10 68
20:9-19 128
20:13 130
20:14 383
20:17 145
20:40-46 129
21:25 44
21:28 12, 69
22:3,4 131
22:15-20 128
22:17-20 155
22:21-23 128
22:42 134
22:47-53 129
22:66-71 129
23:8-12 125
23:34 131, 361, 381
23:35 407
23:43 222
23:46 144
24:21 69
24:26 137
24:27 138
24:47 270
24:51 379

Juan
1:3,4 37, 199, 246, 260, 385
1:12,13 231
1:14 122, 202
1:29 122, 388
2:13-22 127
2:18 122
2:19 122
3:14,15 153
3:16 174

3:17	68
3:36	56, 61, 393
4:7	151
4:10-14	385
4:22	104
4:24	235
4:34	150, 288
5:11,12	386
5:22	94
5:24	385
6:30	151
6:32-58	157
6:33	385
6:39	150
6:40	155, 363
7:1	124
7:7	124, 380, 383
7:17	150
7:37,38	385
8:1	222
8:12	386
8:20	151
8:24	136, 386
8:28	136
8:32	123
8:44	91, 135, 342
8:46	136
9:4	150
9:5	386
9:39	179, 302
10:10	121
10:10,27	386
10:11-21	149
10:17,18	136
10:18	150
10:30	142
10:32	355
10:35-38	106
11	151
11:25	386
11:45-54	124
11:50	31, 383
11:55	99
12:1-8	99, 128
12:23	151
12:23-25	386
12:23,27	134
12:24	13, 151, 373
12:25	151
12:31	411
12:32	136, 152, 380, 390
12:32,33	152
12:38	104
12:47	68
13:1	99
13:1-17	128
13:2	131
13:2,27	377
13:10	346
13:18-30	128
13:19	386
13:27	131
13:33	342
13:35	387
14:6	339
14:9	411
14:18	342
14:19	386
14:30	12
14:34	290
15	395

15:3 346, 394
15:5 302
15:9-11 255
15:13 150, 386
15:18-25 124
15:22 179, 214
16:7-11 131
16:8,9 380
16:9 132
16:10 132
16:11 133
16:21 386
16:26,27 222
16:32 142
16:33 10
17:1 134
17:2,3 386
17:4 290
17:6 111, 121, 390
17:17 394
17:19 248
17:20,21 142
18–20 386
18:1-11 129
18:12-23 129
18:36 150
18:37 121, 179
19:11 131, 135, 377, 381
20:3-10 371
20:23 151
21:5 342
21:15 399
21:15-19 371

Hechos
2:22 369
2:22,23 125, 369
2:23 108, 145, 369, 370
2:24 133, 136, 150, 220, 343
2:38 59
3:15 338, 339
3:19 59
4:12 260
4:28 370
5:31 68, 338, 339, 390
7:10 71
7:34 71
7:35 69, 70
7:48 321
7:52 369
8:33 388
8:30-35 104
9 161
9:4 199
9:6 362
10:9-16 346
10:38 105
11:1-18 346
11:18 390
12:11 71
13:33,34 352
13:38 270
15 305, 277
15:7-11 346
15:10 185
17:28 40
17:31 400

20:24 290
21:20 320
21:24 320
21:26 320
21:27,28 321
22:14 288
23:27 71
25:24 221
26:17 71

Romanos
1:5 238
1:16 27, 165, 181
1:16-18 168
1:17 383
1:18 56, 58, 264
2:4 171, 390
2:6,13-16,28, 29 171
2:13 276
2:14 207
2:16 230, 255
2:28,29 262
3 188
3:2 276
3:9 167-168
3:20 171
3:21 171
3:21-26 169
3:21–5:11 169
3:22,23 168
3:24 69, 169
3:25 145, 176, 177, 178, 179
3:26 179, 181
3:25,26 173
3:27 163
3:27–4:25 169
3:31 208, 267, 276
3:34 170
4 188, 262
4:7 67
4:8 67
4:25 35, 97
5:1 13
5:1-5 188
5:5 182, 209, 390
5:6-11 188
5:8 2, 170, 310, 357, 383
5:9 68, 373
5:10 72, 220
5:10,11 186, 186-187
5:11 65, 72, 169
5:12 35, 51, 341
5:12-21 188
5:14 51
5:15 51
5:17 190
5:19 51, 77, 204, 220, 243, 274
6 210, 379, 390
6:1-4 301
6:1-11 272
6:3-11 372
6:5 342
6:6 203, 261, 272
6:6,20,21 169
6:8 272
6:8-11 205
6:10 202
6:11 88, 261, 372

6:12-14 206
6:13 372
6:22 210
6:22,23 209
6:23 135, 141, 376
7 212, 263
7:1 212
7:1-6 212
7:4 212
7:7 212
7:7-13 212
7:9 215
7:11 217
7:12 217, 276, 303
7:12,14,21 207
7:13 217
7:14 13
7:14-25 207
7:19 27
7:23 232
7:24 70-71, 71
7:24,25 13
7:25 218
8 230, 371
8:1 243
8:2 232
8:3 155, 202, 233, 266, 379
8:4-8 235
8:9-11 236
8:12-17 237
8:13 238
8:16 237
8:18-27 239
8:19-22 295
8:22 169
8:23 69, 169, 269, 403
8:24 240
8:26 221
8:27 221
8:28 310
8:28-39 241
8:29 220, 342
8:31 241
8:32 97, 170
8:34 221, 228, 308
8:34a 218
8:34b 220
9:6-15 262
10:4 210, 255, 311
10:5 172
11:2 221
11:12 51
11:15 72, 186
11:26 70, 71
12:2 19, 289
12:19 55
13:2-4 20
13:9,10 209
13:12 268
15:18 239
15:31 70
16:19 239
16:20 309
16:22 317
16:25-27 239

1 Corintios

1–2 161
1:2 234
1:18 245

1:18-23 161
1:19,24 161
1:21 108
1:30 69, 169, 248
1:31 163, 298
2–3 291
2:2 1, 348
2:3 281
2:6 289
2:8 145
2:16 260
3:15 68
4:15 394
5:5 68
5:6-8 249
5:7 99, 100
6:2 273
6:11 234
6:17 158, 209, 233
6:20 69, 70, 170, 402
7:11 72
7:19 207, 208, 276
7:23 69, 70, 170, 402
9:24 286
10:1-9 298
10:2 197
10:32,33 259
11:1 258
11:19 138
11:23-25 128
11:23-30 155
12:13 277
13:10 288
14:20 289
15:3 161
15:27 337
15:29 183
15:53 268
15:55 144
15:56 135, 342

2 Corintios
1:10 71
2:14 251, 309
2:14-17 250
2:15 68, 251
2:17 251
3 321
3:6 232
3:17 235
4:4 297
4:6 389
4:11 260
5:10 167
5:17 21, 176, 243, 259, 277, 301
5:18-20 186
5:21 141, 245, 247, 248, 380
5:18,19 72
6:14-18 250
7:1 250, 346
7:10 68
7:15 281
11:10 260
12:10 108
13:3 260
13:4 202

Gálatas
1:4 71, 255, 309
1:15 108

2:2 286
2:9 256
2:11-21 256, 346
2:16 276
2:19 355
2:19,20 180, 259
2:20 297, 343
3:6,7 262
3:6-14 262
3:7 262
3:8 262, 264
3:10-13 70
3:13 141, 170, 376
3:13,14 264
3:24 254, 311
3:26-28 277
3:27 267
4:4 183, 207, 349
4:5 70, 170, 264
4:6 237
4:8 300
4:9 300
4:19 355
4:20 253
5:1 264
5:6 255, 369
5:16 393
6:7 356
6:14 132, 163, 261, 355, 380
6:15 277

Efesios
1:4 127
1:7 169, 170, 269
1:7-14 269
1:7,14 69
1:9,10 270
1:14 169
1:15-23 271
1:18 270, 363
1:21 335
1:22 270
2:1-10 271, 272
2:3-5 272
2:6 294, 326
2:7 273
2:10 271
2:10,19 270
2:11-18 273
2:11-22 72, 271
2:12 136
2:14 274
2:14,15,17 274
2:15 275, 277, 306, 307
2:16 72, 186, 187, 274
3:1-21 271
3:10 181
3:11 145
4:1-6 278
4:1-16 271
4:7-12 278
4:10 272
4:11,12 274
4:12,13 291
4:13 274, 289
4:13-16 278
4:14 290
4:15 270
4:17-24 275

4:17-30 276
4:17–5:21 278
4:17–6:24 278
4:22 275
4:24 277
4:25 275
4:26 275
4:28 275
4:30 69
5:1 258, 259
5:1,2 360
5:2 108, 145, 265
5:8,9 389
5:16 70
5:21 282
5:22–6:9 278
5:23 270
6:10-22 278
6:12 278, 279
6:18 279

Filipenses
1:8 260
1.10 346
1:20 261
1:21 260
1:29 283
2:3 282
2:5 282
2:5-11 281, 285
2:5-15 243
2:8 360
2:9 335
2:12 281
2:12-18 281
2:13 218, 268
2:14,15 282
2:16 286
3:1-14 289
3:2ss. 283
3:4-11 256
3:6 214, 282
3:7-11 283
3:8 284
3:9 284
3:10 149, 285
3:12 161, 290, 291
3:12-16 286
3:13 286
3:15 289, 291
3:18,19 41
4:1 298
4:13 218, 343

Colosenses
1:9 288, 298
1:12 293, 294, 296
1:12,13 389
1:13 71, 293
1:13,14 294
1:14 69, 169, 293, 294
1:15 296
1:15-18 295
1:16 37, 199, 296
1:18 270, 296, 339
1:19 108, 296
1:19-29 295
1:20 72, 293
1:20,21 187
1:20-22 186, 187
1:21,22 296

1:22 296
1:23 297
1:24 148, 285, 297, 375
1:25,26 297
1:27 273, 297
1:28 289, 298
1:29 260
2:3 299
2:7 297
2:8 297, 299
2:8-12 299
2:9 295, 300
2:10 293, 295, 301
2:10,19 270
2:12,13 293
2:13 301, 302
2:13,14 301
2:14 302, 305, 306, 307, 388
2:14,15 11
2:15 300, 307
2:18 300
2:20 305
2:23 305
3 293
3:1,2 293
3:3 260, 293
3:3-5 293
3:4,5 201
3:10 268, 277
3:12 268, 293
3:13 293
3:14 293
4 293
4:4 70
4:5 70
4:12 288, 298

1 Tesalonicenses
1:10 71, 169
2:8 108
2:19 298
4:3 288
5:9 68
5:17,24 279
5:21 32
5:24 311

2 Tesalonicenses
3:2 71

1 Timoteo
1:5 346
1:15 245, 338
2:3 245
2:5 228
2:6 69
2:15 326
3:9 346
4:10 245

2 Timoteo
1:10 387
2:10 68
3:11 71
3:16 303
4:7 286
4:17,18 71

Tito
2:11,12 154, 234

2:14 69
3:4 245
3:5 197

Hebreos
1:1,2 336
1:1-3 334
1:2 352
1:3 199, 336, 344, 347, 352, 365
1:5 352
1:5,6 340
1:5-14 325
1:6 352
1:8 325
1:11 352
1:12 352
2 336
2:1-4 318
2:4 336
2:9 326, 337, 360
2:9b 340
2:9,10 336
2:10 137, 337, 338, 352
2:11 342
2:13 342
2:14 12, 49, 135, 141, 325, 342
2:14,15 340, 341
2:14-17 202
2:14,18 331
2:15 71, 325, 336
2:17 74, 155, 328, 331, 343, 344
2:18 344
3 319
3:1-6 325
3:1–4:16 318
3:7–4:11 325
3:12 354
4 319
4:14-16 325
4:15 135, 325, 331
5 291
5:1 327
5:1,3 327
5:1-4 327
5:1–7:28 325
5:2 327
5:4 327
5:7-9 349
5:7-10 207, 334
5:8 360
5:9 137, 352
5:11-14 318
5:11–6:20 318
5:14 289
6 291
6:4-6 348, 354
6:6 353, 356
6:6-8 325
6:7,8 319
6:9-12 318
6:10 318
6:20 353
7:2,3 329
7:5 327
7:12 307
7:16 328
7:17-21 336
7:18 307, 326, 348

7:21 328
7:25 221, 228
7:26 326
7:27 379
7:28 352
8 328
8:1 347
8:1,2 330
8:1–9:28 325
8:3 327, 328, 331
8:7-13 328
8:12 73
9 328
9:7 51
9:8 331
9:9 97, 348
9:10 178, 328, 348
9:12 69
9:12,14 373
9:13 344, 365
9:14 344, 353
9:14,25 329
9:15 69, 328
9:17 350
9:19 290
9:19,20 93
9:19-22 350
9:22 344
9:23 344
9:24 331
9:26 21, 105, 145, 328, 388
9:27 325
9:28 205, 375, 378, 379
10 328
10:1-18 325
10:2 344
10:5,7 349
10:5-8 349
10:5-10 207
10:6 108
10:11 71, 327
10:12 330, 331
10:14 353
10:16 328
10:19-22 351
10:19-39 319, 325
10:20 351
10:22 344, 353
10:23 319
10:26 356
10:26,27 354
10:27 357
10:30 20
10:33,34 318
11:1 373
11:1-40 325
11:4 82, 330
11:17 330
11:17-19 96
11:28 330
11:35 69
11:39 352
11:40 339, 352
12 358
12:1,2 358
12:1-3 325
12:2 338, 339, 361
12:10 326
12:14–13:25 325
12:16 359

12:16,17 356
12:22 361
12:23 340
12:24 361
12:29 21, 228
13:9,10 322
13:9-13 323
13:10 321
13:12 360, 365
13:13 322
13:15 379
13:20,21 340, 352
13:22 318
13:23 318
13:24 318

Santiago
1:4 287
1:14,15 41
1:15 135
1:18,21 372
1:21 393
1:24 215
2:21 379
2:24 369
4:12 68
5:20 68

1 Pedro
1:1 371
1.1,2 371
1:2 371
1:3 372
1:3,23 176
1:6 138
1:13 288
1:17 167
1:18 13, 69
1:18-21 373
1:19 170
1:20 145
1:23 372
2:2 372
2:7,8 374
2:9 389
2:15 379
2:18-25 374
2:19 375
2:21 375
2:22-25 104
2:24 375, 378, 379, 380
2:24b 379
2:25 381
3:21 197, 372
4:13 149
4:18 68
5:8 309
5:10,11 381

2 Pedro
1:4 372
1:10 393
2:1 69, 402
2:5 192
2:7,9 71
2:14 362
3:9 357

1 Juan
1:7 373, 389
1:8 392

1:9 389
1.10 391
1:29 388
2:2 75, 389
2:3-11 390
2:6 339
2:14 394
2:15,16 255
2:16 362
2:17 403
2:18-22 388
2:24 394, 395
2:28 393
2:29–3:10 393
3:2 292, 394
3.2,3 364
3:4 50, 207
3:5 388
3:6-9 391
3:7 391
3:8 295, 342, 392
3:9 391, 392, 394
3:11-24 390
3:14 389, 390-391
3:16 174
3:24 255
4:2,3 388
4:7 390
4:8,16 390
4:9 390
4:10 75, 389, 390
4:16 21
4.18 288
5 393
5:4 343, 391
5:16,17 354
5:18,19 393

2 Juan
2 394
7 388

Judas
24 393

Apocalipsis
1:1 138, 398
1:5 400
1:6 398, 401
1:14,15 400
1:17 398
1:18 398
2:8 398
2:23 398
3:5 404
3:7 398
3:14 339, 397
3:21 273, 398
4 397
4,2ss. 399
4:11 399
5:5 400
5:5,6 399
5:6 399, 400
5:6,9,12 399
5:7ss. 399
5:8 398
5:8ss. 399
5:9 69, 70, 399, 402
5:11-13 402
5:12 399
5:13 399

6:2	176
6:16	399
6:16,17	400
7:9	399, 403
7:13	403
7:14	399, 403
7:17	398
9:12	399
10:5	388
11:5	138
12:7-10	225
12:7-12	49, 243, 342
12:9	42, 154, 308
12:10	223
12:11	225, 399
13:8	399
14:1	398, 399
14:1-5	403
14:3	69
14:4	402
14:10	399
17:14	398, 399
19:1	400
19:2	398
19:7,9	398
19:8	405
19:9	399
19:13	397
19:16	398, 399
20	91
20:9	94
20:9-15	61
21:1-5	397
21:22	398
21:23	398
21:27	395, 398, 399
22:1	398
22:1,3	399
22:12	398
22:13	398
22:14	404, 406
22:16	398
22:20	406

Índice de autores

A

ABBOTT, Thomas Kingsmill, 277, 303

ABEL, F. M., 337

ABELARDO, Pedro, 25

ADLER, Leo, 92, 94

AGUSTÍN de Hipona, 11

ALBRIGHT, William F., 81

ALLAZ, Joël, 253

AMBERG. E. H., 140

ANSELMO de Canterbury, xxvii, 11, 16, 18, 19, 20, 21, 121, 242, 285, 377

ANTONIN, Maurice, 188, 235

ARCHIDEC, Alain, 89

ARMENTEROS, Víctor M., 103

ARMINIO, Jacobo, 189

ATANASIO, 15, 16

B

BABUT, Charles-Edouard, 321, 323, 347, 348, 385, 398

BADENAS, Roberto D., 155, 156, 211, 338

BALMARY, Marie, 95, 96, 379

BARTH, Karl, 211

BASILIO, 16

BÉNÉTREAU, Samuel, 322, 325, 327, 328, 330, 331, 356, 360

BENOÎT, Pierre, 140, 304

BLOCHER, Henri, 410

BONHOEFFER, Dietrich, 211, 234, 235

BONNARD, Pierre, 77, 100, 141, 263, 264, 283, 290

BONNET, Louis, 275, 303

BONSIRVEN, Joseph, 70, 239, 266, 267, 303, 334, 339

BOST, Huber, 44

BOST, Paul Ami Isaac David, 233

BOSSUET, Jacques-Benigne, xxv

BOUTTIER, Michel, 32, 186, 187, 188, 260, 269, 270, 271, 272, 275, 276, 277

BOVON, François, 253, 256

BRUNNER, Emil, 76

BÜCHSEL, Friedrich, 70, 264

BULTMANN, Rudolf, 211, 303

C

CALVINO, Juan, 165, 189, 190, 211, 222, 263, 270, 306

CARREZ, Maurice, 239, 240, 247
CHEVALLIER, Max-Alain, 163, 330, 409
CHOURAQUI, André, 68, 95, 96, 106, 107, 110, 226, 303, 359, 379, 389, 390
CIRILO de Jerusalén, 16
CLARKE, Adam, 306
CRISÓSTOMO, Juan, 342
CLAVIER, Henri, 76
CLEMENTE de Alejandría, 10, 213
COHEN, A., 84, 86
COLLANGE, Jean François, 282, 283, 290
CONZELMANN, Hans, 211
CORSWANT, W., 83, 84
CÔTE-JALLADE, Marie-Françoise, 31
CRÈME, Benjamin, 4
CULLMANN, 0scar, 103, 104

D

DE LA POTTERIE, Ignace, 392, 395
DELLING, G., 252
DELUZ, Gaston, 171, 179, 355
DE PURY, Cécile, 253
DE PURY, Roland, 38, 60, 61, 214, 216, 224, 226
DE VAUX, Roland, 84, 86, 87, 88, 91, 106
DIBELIUS, 303
DUQUESNES, Jacques, 383
DURRER, Marcel, 253

F

EBERHARD, Henri, 381, 382, 383
EDERSHEIM, Alfred, 85
EMERY, Louis, 2, 3
ESCHLIMANN, J.-A., 317

F

FEUILLET, A., 247
FLEINERT-JENSEN, Flemming, 387, 388, 392
FROMMEL, Gaston, 22, 23, 25, 53, 230

G

GEORGE, Augustin, 127
GILLY, René, 408
GIRARD, René, 29, 30, 31, 32, 364
GODET, Frédéric, 151, 152, 213, 311
GOGUEL, Maurice, 265
GREGORIO el Grande, 11
GUILLEMIN, Henri, xxvi
GUILLET, J., 62

H

HEADLAM, Arthur, 204

HENRY, Mathew, 306

HEPPENSTALL, Edward, 94

HERING, Jean, 247, 249, 260, 337, 355

HIRSCH, Emil G., 85

HUGEDÉ, Norbert, 270, 298, 303, 305

HYDE, William T., 70, 74

I

IGNACIO de Antioquía, 62, 330

J

JACOB, Edmond, 64, 66, 89, 326

JACOBS, Joseph, 85

JEREMIAS, Joachim, 399

JOHNSSON, William G., 318

JONES-HALDEMAN, Madelynn, 374, 375

JOÜON, P., 134

JUSTINO, 330

K

KÄSEMANN, Ernst, 211

KOEHNLEIN, H. Mehl, 67

KOHLER, Kaufmann, 85

KNIGHT, George, 3

KRUGER, 213

KÜNG, Hans, 3

L

LACOQUE, André, 136

LADD, George, 165

LAUTERBACH, Jacob Zallel, 85

LEENHARDT, Franz J., 156, 157, 167, 172, 173, 198, 211, 213, 217, 218, 242, 262

LE HARDOUIN, Maria, 3

LEÓN el Grande, 11

LÉON-DUFOUR, Xavier, 100, 247, 262

LOASBY, 74

LOHMEYER, 303

LOHSE, E., 183

LOISY, A., 104

LUTERO, Martín, 172, 211

M

MAILLOT, Alphonse, 129, 130, 182, 183, 192, 211, 238, 240, 242

MARTIN-ACHARD, Robert, 143

MASSON, Charles, 275, 299, 303

MAUNOURY, Auguste-François, 204

MAURY, Pierre, 241, 362
MÉDEBIELLE, R. P., 354
MENÉGOZ, Eugène, 349
MICHAELI, Frank, 38, 39, 40, 43, 45, 55, 63, 68, 81, 98
MILLIGAN, George, 304, 341
MOLLA, Claude F., 151, 153
MOLTMANN, Jürgen, 140, 141, 247
MONOD, Wilfred, 148, 149, 181, 199, 200, 219, 258, 334, 335, 408
MORLET, Rose-Marie, 282, 283, 290
MOULTON, James H., 304, 341
MOUROUX, Jean, 118

N

NICHOL, Francis David, 306
NICOLET, Philippe, 162

O

OEPKE, A., 194
OLTRAMARE, Hugues, 183, 184, 185, 270, 303
ORÍGENES, 10, 11, 304
OVIDIO, 340
OXENHAM, H. N., 15

P

PACKER, James I., 376
PAYOT, Marinette, 253
PERCY, 303
PIROT. Louis, 305, 306, 354
PLATÓN, 152
POHIER, Jacques, 29, 30, 32
PRENTER, Regin, 147
PRIGENT, Pierre, 402, 404

R

RACINE, Jean, 213
RICOEUR, Paul, 62
RIESENFELD, H., 164
RIVIÈRE, Jean, 15, 266, 304
RORDORF, Bernard, 253
ROULET, Philippe, 253
RUEGG, Ulrich, 253

S

SAILLENS, Ruben, 121, 122
SANDAY, William, 204
SCHAEFFER, Francis A., 81
SCHLATTER, A., 247, 303
SCHLIER, 149
SCHNACKENBURG, Rudolf, 320, 397
SCHNEIDER, Francine, 162
SCHUERMANN, Heinz, 128, 140, 183
SCOTT, Thomas, 306
SELIGSOHN, M., 85

SENFT, Cristophe, 162
SESBOÜÉ, Bernard, 4, 23, 141, 372, 405
SINGER, Isidore, 85
SIX, J.-F., 4
SLOAN, Robert, 123
SPICQ, Ceslas, 338, 341, 355, 356
STÉVENY, Georges, xxv, xxvi, 37, 97, 129, 168, 171, 176, 177, 187, 203, 210, 219, 233, 237, 281, 352, 359, 398, 401
STOTT, John R. W., 1, 2, 90, 376, 377, 378
STRATHMANN, Hermann, 342, 343

T

TRENCH, Richard-Chenevix, 50, 51, 107, 170, 177
TRESMONTANT, Claude, xxix
TURMEL, Joseph, 10, 11, 16

V

VAN IMSCHOOT, P., 46, 47, 53, 345
VARONE, François, 340, 351, 352
VAUCHER, Alfred-Félix, 51
VINET, Alexandre, 22, 208, 240, 306, 335
VOELTZEL, René, 286
VON RAD, Gerhard, 46, 47, 48, 64, 84, 92, 101, 102, 109, 111

W

WHITE, Ellen. G., xxx, 82, 109, 113, 154, 155, 174, 176, 181, 195, 203, 205, 215, 222, 223, 227, 228, 243, 244, 258, 261, 267, 287, 291, 306, 307, 381, 394, 401, 404, 411, 412, 413
WINANDY, Pierre, 66

Z

ZURCHER, Jean, 398

Ejemplar gratuito

aula7activa